

A

11. 11. 11.



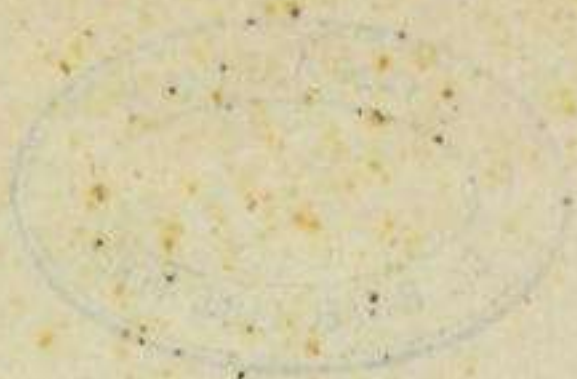
269  
LARIO



UNIVERSIDAD DE CADIZ



3720884895



**MATILDE.**



MEMORIAS DE UNA MUJER DEL GRAN MUNDO.

MATTIE

MEMORIAL OF THE WIFE OF THE LATE



# **MATILDE.**

**MEMORIAS**

**DE UNA MUJER DEL GRAN MUNDO.**

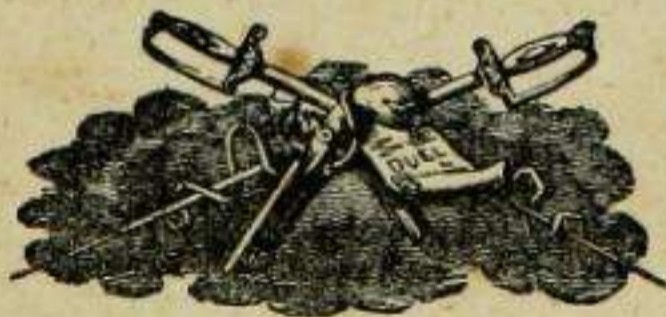
**POR**

**EUGENIO SUE.**

---

**TOMO I.**

---



**CADIZ: 1859.**

---

REPUBLICAN

1870

REPUBLICAN

1870

1870

1870

1870

REPUBLICAN

# MATILDE.

MEMORIAS DE UNA MUJER DEL GRAN MUNDO.

---

## INTRODUCCION.

---

### I.

#### EL CAFÉ DE LEBEUF.

A fines del mes de diciembre de 1838, existia (y aun probablemente existe en el dia) un café sumamente sencillo conocido con el nombre de café de Lebeuf, situado en la calle de San Luis enfrente del viejo palacio de Orbesson, edificio triste y espacioso, alquilado hacia poco, y en el cual habia vivido durante muchas generaciones una familia antigua de la magistratura.

Su último dueño, el presidente de Orbesson, murió poco despues de la restauracion.

Habian quitado las cédulas en el mes de octubre de 1838. Un inquilino vino á tomar posesion de este edificio sombrío que solo tenia dos pisos.

El palacio de Orbesson aunque habitado, parecia tan desierto y tan solitario como antes.

Estaba lleno de verdin el umbral de la puerta; no se ha-

bia abierto nunca desde la llegada del último inquilino, *el coronel Ulrik*.

En los barrios poblados ó elegantes de Paris, están sus habitantes al abrigo de la murmuracion ó de la curiosidad de los vecinos. Cada cual se halla demasiado ocupado de sus trabajos ó con sus placeres para perder un tiempo precioso en comentarios fabulosos, en ese espionage incesante que es la delicia de la vida de provincia.

No sucede lo mismo en ciertos barrios retirados, habitados generalmente por propietarios de poca renta ó antiguos empleados del gobierno, personas eminentemente ociosas y apasionadas de lo maravilloso, preocupadas siempre de la imperiosa necesidad de saber lo que pasa en la calle ó en la casa de sus vecinos.

Debe decirse en elogio de esta buena gente, tan deseosa de ejercitar su imaginacion, que no es muy exigente sobre la importancia de los hechos que quiere *poetizar* à su modo. La menor particularidad le basta para forjarse una historia terrible, con la cual vive contenta y satisfecha durante muchos meses.

Pero si la persona á quien espian se obstina en no darles pretesto para una fábula, si se envuelve en un misterio impenetrable, comprimida y no encontrando salida la curiosidad de los ociosos, adquiere entonces mayor fuerza, y se exalta hasta el frenesí. Por saciar su pasion favorita no retroceden ante ningun obstáculo.

Tres meses hacia que el coronel Ulrik vivia en el palacio de Obersson, y en este tiempo habia conseguido escitar en sus vecinos una especie de curiosidad furibunda: todos ellos eran parroquianos del café de Lebeuf, situado como hemos dicho frente de este palacio.

Nada parecia tan extraordinario como la vida del coronel; siempre tenia cerradas las ventanas, nunca salia de su casa, á menos que no fuera misteriosamente por una puerta del jardin que daba á un callejon desierto. Su criado se daba el tono de un hombre de importancia.

Todas las mañanas habria un postigo, recibia un ca-

nasto de provisiones que un fondista estaba encargado de traer y al momento cerraba.

Reducidos los curiosos á esplotar esta única circunstancia, se acercaron al fondista y procuraron averiguar las costumbres y el carácter del coronel examinando las provisiones que llevaba.

A pesar del génio inventor de los concurrentes al café Lebeuf, no pudieron fundar ninguna hipótesis sobre estas noticias.

En vista de sus provisiones, el coronel debía alimentarse de un modo muy sencillo y sóbrio.

Si algunas personas de imaginacion dieron á entender que podria comer muy bien crudas las aves que le traian, no consiguieron ninguna importancia á estas insinuaciones.

Importante y última observacion! Nunca habia traído el cartero ni una sola carta al palacio de Obersson, y hacia tres meses que nadie habia pasado el umbral de la puerta de aquel edificio.

Ya se figurarán nuestros lectores de cuantas astucias se servirian los curiosos, para sacar del cuerpo algunas palabras al criado del coronel, ó echar una ojeada en el interior del palacio.

Vanos fueron todos sus esfuerzos; inútiles todas sus tentativas. Los vecinos reducidos á una especie de observacion armada y de vigilancia continua, establecieron en el café de Lebeuf el centro de sus operaciones.

A la cabeza de los curiosos estaban los dos hermanos Godet, solterones, y cesantes del ramo de loterías. Desde que el coronel vivia en el palacio Obersson, estos dos solterones habian encontrado un objeto ó un pretesto para su vida hasta entonces bastante descolorida. Empeñados en descubrir quien era el misterioso incógnito, cada dia formaban proyectos nuevos, y hacian nuevos esfuerzos para penetrar el enigma vivo que los tenia vuelto locos.

La señora Lebeuf, dueña del café, auxiliaba á los dos hermanos: atrincherada detrás de su mostrador tenia fijos sus ojos saltones en las puertas del palacio. Quien se ad-

mire de esta perseverancia, se olvida de que la vanidad del espionaje de nuestros vecinos, debia servir de aguijon á su curiosidad. Todos los dias esperaban descubrir algunos hechos importantes.

Ya hemos dicho que se estaba á fines del mes de diciembre. Acababan de dar las doce en el reloj del café: Mad. Lebeuf con la nariz aplicada á los cristales, dividia su atencion entre la nieve que caia á grandes copos y la puerta del palacio de Obersson.

La viuda extrañaba no haber visto aun á los hermanos Godet, sus fieles parroquianos, que venian á almorzar regularmente todas las mañanas á su café.

Por fin los vió pasar por delante de la ventana; entraron y se quitaron sus capas llenas de nieve.

—Dios mio! señor Godet mayor ¿qué tiene usted en la frente? exclamó la viuda al ver la benda que sujetaba la cabeza de su parroquiano.

El señor Godet mayor era un hombre grueso, calvo, muy colorado, con un vientre eminente, con una fisonomia importante y dogmática. Aflojó un poco la benda que cubria su ojo izquierdo, la levantó y respondió con un aire indignado y con una voz ronca, que hubieran hecho honor al chantre de una catedral.

—Ya veis la obra de ese monstruo de *Robin de bois*. (Los curiosos del café Lebeuf habian puesto este nombre al habitante del palacio de Obersson.)

—Ya veis la obra de ese monstruo de *Robin de bois!* repitió Godet menor, eco de su hermano.

—Dios mio! contadme pronto como os ha sucedido eso, exclamó la dueña del café, llena de impaciencia.

—Es una cosa muy sencilla, dijo el cesante. Era necesario acabar con ese aventurero, con ese vagamundo que se oculta en su guarida como una bestia feroz (y al llamarle bestia feroz, no atacó en nada su honor y su moralidad; únicamente presentó esta cuestion: «si no hace mal á nadie ó si nunca lo ha hecho ¿porqué se oculta como una bestia feroz?»)

Después de este gran paréntesis, Mr. Godet alzó de nuevo la venda que cubría su ojo izquierdo.

—Y bien, ¿y por qué se oculta? repitieron los marchantes del café Lebeuf.

—Buen gobierno tenemos! exclamó Mr. Godet con amargura; saben encontrar, prender á los conspiradores; pero cuando se trata de la tranquilidad de los pacíficos ciudadanos, ya no hay comisarios de policía! estamos entre salvajes.

—Entre salvajes, repitió el otro Godet.

—En la situación peligrosa en que nos encontramos; abandonados á nuestras propias fuerzas, continuó Mr. Godet mayor, ¿qué es lo que he hecho? ¿qué he debido hacer? me he dicho á mi propio, Godet, eres un hombre honrado y tienes que cumplir con un deber; haz lo que debes, siempre que puedas Godet... Hay en tu barrio un vagamundo, un aventurero que á la faz de un barrio entero, se atreve á ocultarse con desvergüenza semanas y meses enteros, sin que el gobierno tome medida alguna para poner término á este escándalo público!!!

—Es un verdadero escándalo lo que pasa, dijo la señora Lebeuf; es imposible saber lo que hacen los vecinos que no se presentan nunca al público; y por lo mismo está una obligada á hablar mal de ellos.

--Eso es un escándalo horroroso, inaudito, añadió Mr. Godet mayor; no me contento con decirlo, sino que lo pruebo: es evidente, es palpable, que este aventurero se burla del modo de pensar de sus convecinos, obstinándose en no merecer su aprecio. El hombre pone y Dios dispone...

No comprendiendo Mad. Lebeuf la oportunidad de esta cita filosófica, é impaciente por llegar á la acción dijo:

—Es muy cierto señor Godet; pero ¿por qué motivo tiene usted venda en ese ojo?

—Voy á deciroslo, mi querida Lebeuf. Ayer llamé á mi hermano, á mi digno hermano; le dije: Juan, es preciso que tenga fin este abuso intolerable, es necesario, aunque nos cueste la vida, que sepamos quien es este aventurero; no debo

ocultártelo, hermano mio; para mí se trata de una cuestión de salud. Hace tres meses que ese vagamundo vive en este barrio y en vano he tratado de saber quien es, lo que hace; esto es no vivir. estoy devorado de inquietud, tengo sueños, pesadillas terribles. No pienso sino en el misterioso desconocido; hasta este punto se alteran mis funciones físicas. Sí, amiga mia, mis funciones se alteran. Así me he dicho á mí mismo. Godet, no seas tan tonto que vayas á labrarte tu desgracia porque así lo quiere ese aventurero! este misterio te preocupa Godet! pues bien, descubre ese misterio, y serás digno de volver á conquistar tu reposo, que este vagamundo ha turbado. Hice lo que voy á deciros, mi querida Lebeuf. Ayer al anochecer pedí prestada una escalera á nuestro vecino el carpintero; atravesé con Juan la calle; entramos en el callejón donde da la puerta del jardín de *Robin de bois*; puse la escalera contra la pared del jardín y subí; habia aun bastante claridad para ver el jardín y el interior de la casa.

—Y bien, exclamó Mad. Lebeuf, ¿qué sucedió?

—Pues bien, señora, en el momento que asomaba la cabeza á fin de mirar por encima de la pared, dispararon un tiro de fusil...

—Jesus, un tiro de fusil, exclamó la viuda.

—Un tiro de fusil, señora, verdadero atentado á mi existencia particular; cae mi sombrero, siento un dolor en la frente y en el ojo, como si me hubieran clavado puntas de alfileres; oigo la voz del genízaro de ese aventurero, que exclama con un acento feroz y burlesco: otra vez en lugar de perdigones será una bala y en vez de tirar al sombrero tiraré á la cara... He aquí amiga mia, á lo que estamos reducidos con el gobierno actual. Ya lo veis, vienen á asesinar á los pacíficos ciudadanos hasta en las mismas calles.

—Es un asesinato, exclamaron en coro los concurrentes al café de Lebeuf.

—Ah! es un monstruo ese hombre, dijo la dueña del café. Es preciso que vayais á ver al comisario, señor Godet y que presentéis testigos.



—Justamente decia yo lo mismo al bajar precipitadamente por mi escalera; si, yo decia para mí... Godet, es necesario que vayas inmediatamente á quejarte al juez. Pero vais á ver lo que es nuestro gobierno. Un cuarto de hora despues entré en casa del señor comisario en el momento en que abria la comisaria: llevaba yo conmigo las piezas del proceso, mi sombrero agujereado y mi frente tostada.

—¿Y qué dijo?

—Señora Lebeuf, el comisario me ha dicho, ha tenido la imprudencia de decirme que habia sufrido mi merecido, y que á no ser por la consideracion de que gozaba yo en el barrio hace 22 años, me hubiera puesto preso como culpable de una escalada nocturna en una casa habitada.

—Qué horror! exclamó la señora Lebeuf.

—Así, repuso Mr. Godet, con ironia amarga y énfasis ciceroniano; así un aventurero, cualquiera podrá venir á escitar la curiosidad pública ocultando su persona, y un pobre ciudadano honrado, cuya base esta bien sentada, conocido de todo el barrio, será impunemente fusilado porque haya intentado salir del estado de angustias, de inquietudes y de perplejidad, en que lo pone la ignorancia de un misterio que quizás importa á la causa pública... Oiga usted, señora, añadió Mr. Godet, en tono de oráculo, estirándose todo lo que podia. Un grande hombre ha dicho, yo no sé quien, pero es igual, un grande hombre ha dicho: *la casa de todos los ciudadanos debe ser de cristal*. Doy el ejemplo, que me imiten; mi casa es de cristal, un verdadero bote de vidrio; que mire todo el que quiera y verá de que me ocupo, verá que...

Mr. Godet, no pudo terminar su filípica.

Un suceso inesperado le cortó la palabra.

Paróse delante de la puerta del palacio Obersson, un coche magnífico tirado por dos hermosos caballos.

Este coche habia venido al paso; por las levantadas persianas se veia que estaba vacío. Apeóse del asiento trasero un lacayo vestido con una rica librea. Apenas habia tocado al aldabon de la puerta, cuando abrieron para recibir el coche y la volvieron á cerrar inmediatamente.

Los ociosos del café de Lebeuf se miraron con un aire aturdido.

Iban á entregarse sin duda á comentarios exorbitantes, cuando se volvió á abrir de nuevo la puerta; salió el coche con rapidez y pudieron ver á un hombre jóven aun, y algo moreno. Llevaba uniforme de húsar húngaro blanco, con cuello azul bordado de oro. En su pecho brillaban cruces y placas extranjeras.

—Ola! con que este *Robin* es un gran señor de un pais extranjero... exclamó Mr. Godet mayor.

—Habeis visto á los dos escuderos vestidos con tanto lujo? dijo Mr. Godet menor.

—Bah!.. Bah!... Bah!... Yo que creia que á pesar de su título de coronel, el aventurero, el vagamundo, era algun comerciante quebrado y retirado á un rincon! añadió Mr. Godet mayor.

—Señores; yo me figuro lo que es, esclamó la señora Lebeuf, es un actor. He visto en el circo olímpico escuderos vestidos de este modo.

—Pero, este coche magnífico, dijo Mr. Godet, será de la compañía? Las comedias no se representan en medio del dia.

—Quizás, dijo Mad. Lebeuf, este villano que vive con *Robin de bois* os deje entrar, ahora que su amo ha salido.

—Teneis razon, dijo Mr. Godet; pero ¿con qué pretexto me introduzco en su domicilio?

—No teneis mas que decirle que vais á darle excusas por lo que pasó ayer, dijo con timidez Mr. Godet menor.

—Cómo! darle excusas despues que por poco me deja tuerto? ¿Estás loco, Juan! Al contrario, voy á quejarme de su falta de política; siempre será un medio de entrar en conversacion. Vais á ver como me manejo.

Dicho y hecho; Mr. Godet salió y llamó á la puerta del jardin.

El criado del coronel se asomó al postigo.

—¿Qué quereis dijo.

—Yo soy quien recibió ayer un...

—Recibireis otros muchos si volveis, respondió el criado cerrando bruscamente el postigo.

Habiéndole salido mal su tentativa, Mr. Godet. fué otra vez á buscar á sus cómplices, que continuaban haciendo en el café Lebeuf las mas inauditas suposiciones con respecto al coronel, cuando el ruido de un coche que se paraba delante del palacio de Obersson, vino á interrumpir esta interesante conversacion.

El coronel volvió á entrar; á poco rato salió el coche que lo habia dejado.

Mr. Godet lo siguió, trató de entrar en conversacion con el cochero y con el lacayo, no pudo sacarles una palabra del cuerpo, ya porque no entendieran el francés, ya porque no quisieran responder á lo que se les preguntaba.

Mr. Godet y sus amigos concluyeron de este obstinado silencio que el coronel Ulrik estaba servido por mudos, lo que aumentó hasta el infinito el terror que inspiraba.

¿Será suyo este coche? Fué imposible resolver esta cuestion.

Los concurrentes al café Lebeuf en vano esperaron un dia y otro que volviera el coche; no volvió á parecer mas.

En nada parecian haber cambiado los hábitos solitarios de *Robin de bois*. Se habia escitado con mas violencia la curiosidad de los hermanos Godet, desde que sabian que el coronel era jóven, buen mozo, y que ocupaba una buena posicion social.

No le prodigaron ya los epitetos de vagamundo y aventurero; se contentaron con llamarle *Robin de bois*.

Una nueva fantasia vino á atormentar á los hermanos Godet; trataron de averiguar si el coronel á quien nunca habian visto en la calle, salia por la puerta del jardin.

Colocaron dos muchachos de centinela casi á la puerta que, bajo pretesto de jugar á la pelota, estaban encargados de observar si salia alguien de la casa. Durante tres dias los muchachos permanecieron en su puesto sin descubrir nada.

Los hermanos Godet impulsados por el demonio de la curiosidad, tuvieron la paciencia de emboscarse durante dos

dias á la entrada del callejon para asegurarse de si era esacta la relacion de los muchachos; tampoco vieron salir ni entrar á nadie. Habia caido una helada muy grande y no se podia descubrir huella alguna.

Los concurrentes al café Lebeuf concluyeron victoriosamente de la noticia que les daban los hermanos Godet, que si *Robin de bois* no salia de dia, saldria de noche.

Con el objeto de cerciorarse, Mr. Godet mayor recurrió á una estratagemã, que hubiese honrado al último de los Moicanos, al emplearla para sorprender las huellas de un guerrero Teuton.

Una noche obscura, los dos hermanos se fueron al callejon, estendieron delante de la puerta del jardin, y lo ancho de la calle una capa espesa de ceniza y se retiraron contentos con su invencion.

No es posible imaginarse con que angustia é inquietud se fueron por la mañana temprano al callejon, á ver si habian descubierto algo.

No hay duda; *Robin de bois*, salia de noche!... sus pisadas impresas en la ceniza le habian hecho traicion.

Seguros de este hecho los dos hermanos, no tenian mas que renovar su experimento para saber si los paseos del coronel eran cotidianos ó de tarde en tarde.

No tardaron mucho en adquirir la conviccion de que el coronel salia todas las noches, hiciese mal ó buen tiempo.

¿A donde iba? Esto era lo que faltaba averiguar.

Los concurrentes al café de Lebeuf se reunieron en consejo extraordinario; se resolvió que los hermanos Godet, siempre intrépidos, se emboscasen la primera noche obscura en las esquinas del callejon que daba al jardin.

Situados de este modo, el coronel debia pasar necesariamente por delante de uno de los dos curiosos, que le seguiria entonces la pista con grandes precauciones, á fin de no ser sorprendido.

---

## II.

### LA CARTA.

---

El día siguiente de la expedición proyectada por los dos hermanos, Mad. Lebeuf llena de impaciencia, se levantó mas temprano que de costumbre. Daba paseos desde el mostrador á la puerta y de sde esta hasta el mostrador, con una inquietud inesplicable.

¿Habrán salido bien de su empresa los dos Godet? ¿Habrán corrido algun peligro?

A medida que llegaban los parroquianos, se aumentaba la curiosidad general.

Uno de los ociosos, despues de haber reflexionado toda la noche y reasumido los antecedentes ya conocidos del coronel, declaró que debia ser un espia de alto rango.

Esta idea luminosa fué refutada victoriosamente, porque le hicieron observar que, segun todas las apariencias, era difícil á *Robin de bois*, no saliendo nunca sino de noche, hacer espionage alguno.

El terco caballero respondió á esta objecion diciendo, que si el coronel obraba así, seria para no dar lugar á sospechas,

lo que por otra parte hacia su espionaje aun mas peligroso.

A pesar del interés de esta discusion, léjos de olvidarse los parroquianos de los dos Godet, se admiraban de su larga ausencia; habian dado las doce y todavia ni uno ni otro habian parecido.

La señora Lebeuf se acordó del tiro, y temiendo algun desenlace trágico, iba á enviar al mozo de su café, cuando los vió venir.

Fueron acogidos con un grito general de curiosidad. Vamos ¿qué hay? ¿qué hay?

—Ah! hemos sabido muy buenas cosas respondió Mr. Godet mayor con un aire de importancia.

Advirtieron entonces que los dos hermanos estaban pálidos como la cera ¿deberíase atribuir esta palidez á la fatigas de la noche anterior ó á los temores de algun enorme peligro? Ahora lo sabremos por la narracion de Mr. Godet mayor.

Los parroquianos del café se formaron en círculo al rededor suyo y principió de este modo:

—No tengo necesidad de decirlos, señores, que habiendo consagrado mi vida valerosamente al descubrimiento de este misterio tenebroso, que importa á todos los ciudadanos pacíficos y honrados...

Le interrumpieron con inoportunas preguntas los parroquianos y cortaron el hilo de su discurso. Por fin, continuó así:

—Ayer al anocheecer, Juan y yo nos emboscamos en las dos esquinas de la callejuela, decididos á penetrar el susodicho misterio tenebroso. Dan las 7 en el reloj de la parroquia... y nada; dan las 8 y nada; dan las 9 y nada; dan las 10 y nada; dan las 11 y nada!...

—¿Qué valor y qué paciencia! Aguardar tanto tiempo con el frio que hace! exclamó á la vez todo el auditorio...

—Que bien os hubiera venido entónces un buen vaso de vino, dijo la señora Lebeuf, dando un suspiro.

—No me admiré, continuó Mr. Godet, con un tono doctoral, no señores, no me admiré de esta tardanza; me la es-

peraba. Me dije á mi mismo. Godet, si ha de haber alguna cosa, debo prevenirte que ha de ser á media noche; esta es comunmente la hora criminal de ciertas empresas... que... pero no anticipemos. Apenas habian dado las 12 cuando oigo perfectamente, *tris, chas*, y descorren el cerrojo de la puerta.

—Como os latiría el corazon, señor Godet, dijo la dueña del café... ay! yo no sé lo que á mí me hubiera sucedido; miedo me da pensarlo!...

—Habiéndome dotado la naturaleza, gracias á Dios, de valor, me cruzé mi levita para que no me molestáran los faltones, y me preparé á seguir á nuestro hombre. Unicamente sentí un sudor frio que atribuí á la temperatura. Oigo á *Robin de bois*... ó mas bien, no, porque no merece este nombre; debe llevar otro mucho mas merecido y mil veces mas terrible. Pero no anticipemos. Pues señor, oigo á nuestro *Robin de bois*, que venia por el lado donde yo estaba; andaba á paso lento; aguanto mi respiracion y me voy escurriendo á lo largo de la pared; pero la noche estaba tan oscura que no me vé; atravieso la esquina y principio á seguir sus pasos con la tenacidad del perro que persigue á su presa. Juan, que habia visto que se dirigia por mi lado, acude y seguimos á nuestro hombre, ó mas bien á nuestro... pero no anticipemos. . . íbamos, andando, andando... Era necesario que tuviera grandes remordimientos para no notar que seguíamos sus pasos.

—Se me herizan los cabellos, dijo Mad. Lebeuf, al pensar que podia haberos visto.

—En este caso, señora, tenia yo preparada una respuesta, una respuesta que me habia ocurrido preveiendo un conflicto.

—¿Cuál?

—Era muy sencilla: la calle es de todo el mundo; respondió Mr. Godet con ademanes heróicos.

—¿Cómo estaba vestido? preguntó la señora Lebeuf.

—Me parece que llevaba una capa negra y un sombrero de alas anchas, en fin despues de un sin número de vueltas y

revueltas, llegamos... ¿á donde direis? apuesto uno contra ciento, uno contra mil, á que no lo acertais.

—Nos damos por confundidos.

—Señor Godet, tened compasion de nosotros, dijo Mad. Lebeuf. El cesante despues de haber gozado un instante al ver la impaciencia general, dijo en fin con un tono sepulcral: Llegamos ah! señores...

—Pero decidlo pronto.

—Ah! llegamos al cementerio del padre Lachaise.

—Al cementerio del padre Lachaise!!! repitieron todos con un acento de horror y de espanto.

Se turbó Mad. Lebeuf tanto que tuvo que beber un vaso de rom para tranquilizarse.

—¿Y qué iria á hacer en el cementerio á esa hora? exclamó la viuda despues de haber echado un trago.

—Vais á saberlo, señores, ahora vais á saberlo. Como iba diciendo, llegamos á la puerta del cementerio. Estaba cerrada, como debia ser, para que nadie vaya á turbar la paz de la tumba de cada uno. Entonces nuestro hombre, esto es, el hombre, porque rechazo toda complicidad, toda comunidad con semejante monstruo, el hombre sirviéndose de una llave falsa, de una ganzua ó de cualquier otro instrumento semejante, abre la puerta, entra y vuelve á cerrarla.

—Entonces qué habeis hecho? preguntó Mad. Lebeuf.

—Juan y yo hemos tenido valor de esperar hasta las cuatro de la mañana á ese sacrílego abominable... durante este tiempo no hay duda que se ha ocupado en profanaciones abominables, á imitacion del héroe de ese melodrama famoso, llamado el *Vampiro*.

—Un vampiro! exclamó la señora Lebeuf; ¿creeis por ventura que hay todabia vampiros? ¿que el vecino de enfrente será un vampiro? un vampiro! Oh! qué idea tan horrible!

—Gracias á Dios, amiga mia, no soy tan supersticioso como para creer en esos vampiros exagerados que nos presenta el melodrama; pero creo que nadie entra de noche en los cementerios, sin motivos que por cierto no tienen nada de humanos ni de naturales, lo cual me obliga á llamar á Ro-



*bin de bois el vampiro*, y con este motivo debo declarar, que aquel que no respeta el asilo de las tumbas, acaba tarde ó temprano por sufrir la suerte de aquellos á quienes insulta, porque la providencia castiga siempre al culpable.

—Ah! ya lo creo, porque tarde ó temprano hemos de morir, dijo á media voz el desapiadado censor de Mr. Godet. Este le hechó una mirada que revelaba su cólera y terminó así:

—Cuando el hombre á quien ningun escrúpulo tengo en llamar vampiro, salió del cementerio del padre Lachaise, volvimos á seguirle; en primer lugar porque era nuestro camino, y además porque en el caso de tropezar con un ladrón valia mas ser tres que dos. En fin; el vampiro volvió por donde habia ido, entró por el callejon y se metió en su casa, que por cierto no sé que nombre darle, de la cual volverá á salir sin duda esta noche para continuar su tegido de horrores tenebrosos.

La narracion de Mr. Godet no satisfizo por completo á su auditorio.

La visita al cementerio unida á la brillante aparicion del coronel en un coche magnífico, fué un nuevo motivo para los comentarios inagotables de los parroquianos del café Lebeuf, é irritó aun mas la curiosidad general.

Verdad es que á escepcion de la viuda nadie creia positivamente en los vampiros; pero la conducta rara del coronel no dejaba de prestarse á las interpretaciones mas bizarras. En el momento en que estaba mas empeñada la discusion, entró un cartero y entregó una carta á la señora Lebeuf; esta, en vista del frio que hacia, se dignó darle un vaso de aguardiente por via de gratificacion.

Inmediatamente fué recompensada esta buena accion.

Sacando el cartero de su caja unos papeles sellados con sello negro, le dijo:

—El vecino de enfrente no es un buen parroquiano por que hace tres meses que no le he llevado ninguna carta: pero esta vale por muchas.

—Señores, señores, una carta para el vampiro, exclamó Mad. Lebeuf cogiendo la carta y levantándola por cima de su cabeza con un aire de triunfo.

Los parroquianos acudieron y cercaron el mostrador.

—Señora, hágame usted el favor, exclamó el cartero; y temiendo un abuso de confianza, alargaba la mano para volver á coger la carta.

—Estaos quieto, no tengais cuidado, de ningun modo tocaremos á esos papeles. Dejadme tan solo mirar el sobrescrito.

—Si, echar una ojeada, nada mas, añadió Mr. Godet, cogiendo la carta en sus manos trémulas.

—Vamos; otro vasito de aguardiente, dijo la viuda al cartero.

—¿Qué importa que lleveis esta carta cinco minutos antes ó despues?

El cartero bebió su segundo vaso de aguardiente sin quitar los ojos de la carta.

—Veamos, veamos, dijo la viuda, como dice el sobrescrito, y leyó: *al coronel Ulrik, número 38, calle de San Luis.--Paris.*

—¿Y el sello? ¿Tiene armas?

—No, es un lozange punteado.

—¿Y el timbre? preguntó otro curioso.

—De Paris, y segun su peso, lo menos vale un franco el porte, respondió el cartero. Con que señora Lebeuf, ya me parece que habreis visto bien la carta.

—Un momento nada mas; todavia teneis la nariz muy colorada, vamos bebed otro vasito de aguardiente, que hace un frio terrible.

—Gracias, gracias, dijo el cartero; pronto, pronto, venga mi carta!

Mr. Godet y sus amigos contemplaban esta carta con un ansia casi feroz; examinaban con ambicion su papel grueso, azulado, y la letra fina y corrida.

De repente, la viuda acercó la carta à su nariz chata y exclamó:

—¡Ah! esto huele á almizcle, Jesus! qué horror de olor!

Debemos decir que en efecto esta carta olia á pachuli; pero para ciertas personas, todos los perfumes son almizcle, y el almizcle es por tradicion un olor abominable.

Todos los concurrentes al café Lebeuf fueron aplicando una tras otro su nariz al paquete, y todos digeron; esta carta huele á almizcle.

—Es una carta de muger, exclamó Godet con un aire inspirado; y de una muger que gasta olores.

—Puf! dijo la viuda, haciendo un movimiento sumamente desdeñoso.

—¿Y quién no franquea una carta tan abultada, una carta nada menos que de un franco de porte? exclamó otro curioso.

—Esto lo que quiere decir es que la señora que la ha escrito, no es una gran cosa, repuso Mad. Lebeuf encogiéndose de hombros; una criatura que gasta olores y que no tiene con que franquear sus cartas...

—Calle usted, dijo Mr. Godet, reflexionando; esta le'ra tan fina é inclinada... y el número antes de la calle... pues, si señora, esta carta es sin duda de una inglesa.

¿Qué podia haber de comun entre una inglesa que gastaba olores, y un coronel estrangero que no salia de dia, y que iba por la noche á los cementerios?

Tal fué el resumen de las cuestiones que presentaron los concurrentes del café Lebeuf.

Echados casi sobre el mostrador, dirigian miradas codiciosas á la carta; que descubrian cuales eran sus deseos.

Se puede afirmar, sin que esto sea juzgar mal de la especie humana, que si hubiera dependido de los curiosos del café Lebeuf, poder dar la muerte inmediatamente con el deseo al desgraciado cartero, para poseer la preciosa carta, el mensajero hubiera corrido grandes peligros.

La viuda no se contentó con mirar; tuvo la audacia de levantar un pico del sobre á fin de descubrir algunas letras.

El cartero enfurecido se lanzó sobre su carta, gritando que tal abuso de confianza, le costaría no solo su destino sino algo más.

La viuda, llevada por el demonio de la curiosidad, se mantuvo firme y se empeñó en una lucha, de la cual la carta hubiera salido hecha pedazos, á no haber dado la casualidad de que en este momento exclamaran los parroquianos; señores! ahí va una muger que según su aire viene buscando el número de la guarida del vampiro!...:

Estas palabras tuvieron un efecto mágico.

La viuda soltó la carta, por cierto ya muy arrugada, y asomó su rostro á los cristales llenos de hielo. El cartero salió corriendo muy satisfecho de verse libre de aquella gente.

Mad. Lebeuf arañó con las uñas el hielo que se había formado en uno de los vidrios, hizo un agujero y miró con atención hacia la calle.

—Señores, que no nos vea esa muger, dijo Mr. Godet, podemos asustarla, imitemos á Mad. Lebeuf, pongámonos cada uno en nuestro agujero y observemos.

Una vez en acecho, quedaron los curiosos indemnizados de estar esperando tres meses sin fruto; en aquel día se acumulaban sucesos unos tras otros.

El cartero llamó, entregó su carta al criado del coronel, que la examinó con aire sospechoso, y manifestando incomodidad. Apenas había marchado el cartero, cuando la muger á quien acechaban los ociosos, se acercó á la puerta principal del palacio, y no encontrando aldabon se dirigió á una puerta pequeña que estaba á la izquierda.

Esta muger, ya de edad, parecía estar conmovida, agitada; llevaba un sombrero negro y una capa obscura, bajo la cual parecía que ocultaba algo.

Después de haber llamado á la puerta pequeña, en vez de esperar que vinieran á abrirle, se puso á dar paseos sin duda con el objeto de no llamar tanto la atención.

Se presentó el criado del coronel; la señora de edad le dijo algunas palabras, le entregó una caja de carey engar-

zada en oro, y desapareció despues de haber hecho algunas señas de inteligencia á una persona que los curiosos del café Lebeuf no habian apercibido.

El criado miró un momento la caja con aire de sorpresa y volvió á cerrar la puerta.

Mr. Godet, la viuda y sus cómplices, no respiraban detrás de los cristales; aguardaban con impaciencia á la muger invisible. Por fin apareció!

Era una jóven que representaba unos 25 años; vestida con sencillez; llevaba un sombrero de terciopelo negro, un trage de gros carmelita muy subido y un chal bastante grande de cachimira, caia hasta el faralá del vestido. Llevaba las manos cubiertas con un manguito de pieles que dejaba ver los picos de un pañuelo bordado. En fin, sus pies sumamente pequeños parecian temblar de frio dentro de unos botines de seda negra.

Lo que mas llamaba la atencion en el rostro de esta jóven, era el contraste de sus cabellos rubios con sus ojos negros y rasgados y sus cejas del mismo color. Sus rizos largos y poblados ocultaban parte de sus mejillas; á pesar del frio que hacia, esta jóven estaba muy pálida; sus facciones dejaban traslucir mucha inquietud. Dos veces alzó hácia el cielo sus ojos húmedos de lágrimas.

Cuando se aprocsimó á la persona que la esperaba, sus lábios contraídos por una sonrisa dolorosa dejaban ver unos dientes blancos y esmaltados.

Apretó el paso al pasar por delante de Mad. Lebeuf.

Mr. Godet no pudo contenerse; entreabrió la puerta y vió á las dos mugeres que subian á un birloche que habian dejado en la esquina de la calle de San Luis.

—Pues está bien! qué laberinto! dijo Mr. Godet cruzando los brazos y moviendo la cabeza con un aire de triunfo.

Los concurrentes del café Lebeuf reasumieron los sucesos que se acumulaban en aquella mañana.

—Una carta que huele á almizcle.

—Una vieja que trae una caja de carey engarzada en oro.

—En fin, una jóven que tiembla, llora y levanta los ojos al cielo al pasar por delante de la puerta de *Robin de bois*, del vampiro! añadió la viuda Lebeuf.

—Vaya que es guapa la chica, dijo Mr. Godet.

—Sí, es regularcita, su aire no vale cosa, dijo Mad. Lebeuf, y se puso muy soplada; como queriendo decir *yo sí que valgo mas!*,...

Apuesto cualquiera cosa á que esa muger es la misma que gasta olores y no franquea sus cartas, exclamó Mr. Godet despues de algunos minutos de reflexion.

—¿Quién, la inglesa?

—¿Pero no habeis visto como estaba vestida? respondió la viuda alzando los ojos con cierta superioridad.

—¿Qué! usted cree que esa muger es una inglesa?...

Por desgracia, la llegada de dos individuos que entraron en el café, interrumpió las observaciones de la señora Lebeuf.

Los parroquianos del café miraron con curiosidad á estos dos personajes tan desconocidos en el barrio, como lo era la muger jóven y hermosa de que acabamos de hablar.

---

---

### III.

#### LAS AVERIGUACIONES.

---

Los dos desconocidos eran jóvenes y estaban vestidos con elegancia.

Aunque hacia mucho frío, ni uno ni otro se habían desfigurado con esos sacos abominables, que tan mal imitan á los que gastan los marinos ingleses. El mas joven de estos dos hombres era rubio, delgado, tenia muy buen aire, llevaba encima de su fraque una levita de paño blanco. El nudo de su corbata de seda negra, estaba sugeto con un alfiler de turquesa. Su pantalon de un azul claro quedaba ajustado y sus botas perfectamente charoladas.

El otro desconocido, moreno y de alguna mas edad, manifestaba tambien ser, por su aire, un hombre de mundo; llevaba un sobretodo de color de bronce con el cuello doblado y forrado de terciopelo del mismo color. Su pantalon de color gris dejaba ver un pie pequeño, calzado con botines de seda negros. Una corbata encarnada con listas blancas hacia resaltar su tez morena y sus cabellos negros.

Insistimos en estos pormenores pueriles, porque espli-

can la curiosidad con que los parroquianos del café Lebeuf examinaron á estos dos hombres.

El mas jóven de ellos parecia dominado por una fuerte emocion.

Al entrar se quitó el sombrero, se sentó delante de una mesa y apoyó la cabeza en sus manos.

—No seais así, por Dios, le dijo su amigo (á quien llamaremos Alfredo). Calmaos, Gaston; os digo que os habeis engañado, no era ella.

—¡Qué no era ella; repuso Gaston levantándo la cabeza y sonriendose con amargura. ¡Como! ¿Quereis que yo me engañe, cuando en el baile de máscaras la conocí entre mil señoras, nada mas que por su aire, por su andar y por ese *yo no se qué* que solo ella posee? Vaya, Alfredo, me tomáis por un niño; la he visto apearse de su coche y subir despues en un birlocho pintado de azul; iba con esa maldita Mad. Blondeau que llevaba la caja...

Al oir los concurrentes del café Lebeuf estas palabras pronunciadas en alta voz por el jóven, no pudieron reprimir un movimiento de alegria.

Mr. Godet dijo en voz baja á su cómplice:

—Ois! la caja!... la caja!... pues sin duda es la que ahora mismo ha traído la vieja al criado del vampiro. Bravo. Esto se complica, y va llegando á ser muy interesante. Escuchemos, escuchemos á ver si pescamos alguna otra cosilla. Dadme un periódico; voy á deslizarme callandito y á colocarme en una mesa junto á estos señores, que no podrán comprender mi intencion.

Dicho y hecho; se acerca á la mesa en la que estaban hablando los dos jóvenes. Estos viendo que los miraban con atencion é incomodos porque se acercase una persona extraña, continuaron su conversacion en inglés dejando en ayunas de lo que decian á los pobres curiosos.

—¿Pero qué caja era esa? dijo Alfredo.

—Una caja que me habia dado, y que mi camarero por torpeza entregó á Mad. Blondeau creyendo que iba de mi parte...



Esta mañana me contó Pedro el disparate que habia hecho, fuí corriendo á su casa, pero habia salido... Os encuentro en el Puente Real delante del pabellon de artilleria mientras que estábamos hablando, la veo tan bien como os estoy viendo subir por el otro lado del puente á un birlocho con Mad. Bloudeau.

—Parte corriendo el birlocho, continuó Gaston; apenas nos queda tiempo para atravesar el puente; mientras que observabais la direccion que tomaba la muchacha aquella que tanto os agradó, voy corriendo á la calle de Back en busca de un cabriolé, lo traigo, nos metemos en él y seguimos el birlocho hasta la entrada de la calle del Templo; hace una hora que estamos corriendo calles: imposible, nada hemos conseguido...

—Pero vamos, ¿á qué habia de venir á este barrio en medio de la soledad? Vos mismo me habeis dicho que no conoce aquí un alma... Os digo que sois vos quien se ha engañado.

Y bien! supongamos, continuó Alfredo, que sea ella á quien habeis visto, aun en ese caso no concibo, por qué tenéis ese despecho y esa inquietud; ¿no me deciais ayer que queriais romper esas relaciones porque vuestro casamiento...

—Ah! sin duda, es verdad; quisiera romper... hace dos meses que trabajo por conseguirlo, pero tenia mis razones para tenerla contenta, y á la verdad me es muy sensible que me tome la delantera. Aquella caja contenia sus cartas, y os aseguro que me lleva el diablo al verme sin ellas. Nunca devuelvo las cartas, este es mi sistema, nadie sabe lo que puede suceder.

—Entonces, ¿cómo ha ido Pedro á entregarlas?

—Ah! esa infernal Blondeau ha venido á pedirle la caja de mi parte, diciendo que estaba en casa de su ama. Pedro ha visto cien veces á Blondeau que venia á traerme cartas y á hacerme encargos de confianzas; no ha desconfiado, y la ha creído.

—Luego *ella* sabia que sus cartas estaban en esa caja.

—Sin duda: me la habia dado con ese objeto; yo tenia

la llave y el secreto; pero estaba la caja en un mueble de mi cuarto de dormir que nunca cierro, porque tengo confianza en Pedro.

—Gaston, estoy pensando que en todo eso hay algo inesplicable; en vez de llevarse la caja, no sé donde, por qué no la ha guardado en su casa?

—No se hubiera atrevido.

—No se hubiera atrevido!... Creo que no será porque tema los celos de su marido; eso no habrá podido asustarla, dijo Alfredo sonriéndose á pesar suyo.

—No puedo deciros mas, continuó Gaston con embarazo, y poniéndose muy colorado. Pero tiene razones para creer que esta caja estará en cualquier parte mas segura que en su casa.

Alfredo miró á Gaston con aire admirado, y le dijo:

—Eso es otra cosa, pero de todos modos no habeis devuelto las cartas voluntariamente... y no veo porqué...

—No, hay mas! sabed que en sus cartas hay notas mias, y de otra muger acerca de estos amores: si, ella quiere y confieso que me he portado muy mal con ella para que no quiera... puede hacerme mucho mal, conozco su firmeza, y sabeis bien cual es su influencia en el mundo. Ah! Alfredo, con mis pretensiones de maquiavélico me he manejado como un chiquillo de escuela, como un tonto; estoy ahora á merced suya.

—Vaya! Gaston, demasiado es esperar los remordimientos sin ir á buscarlos; nada de exageracion. ¿Decis que habeis cometido algunas faltas? pero esta no es la cuestion. De lo que se trata es de saber si estas faltas pueden dañaros, y á la verdad, no lo creo. Todos dicen que es generosa y altiva. En otra época esplotábais vos mismo las cualidades de su corazon y sosteniais que era incapaz de una perfidia.

—Ah! sabeis tambien como yo lo que son esos caracteres que han sufrido mucho; se suelen irritar y entonces se vengan con mas crueldad. En dos años no he tenido ninguna queja de ella y no obstante la he dado muchos motivos de celos, pero es una muger que devora sus lágrimas y que os recibe con frente serena.

—Ah! continuó Gaston, esto mortifica mucho el amor propio. Si no hubiésen venido á proponerme ese casamiento que aumentará mi fortuna en mas de 5000 escudos de renta, hubiera conservado estas relaciones, si no como un gran placer, al menos como una costumbre agradable; además, en nuestras relaciones no habia nada que me pudiera incomodar... y despues de todo se sabe lo que uno deja, pero no se sabe lo que se va á tomar.

--Está perfectamente raciocinado, mi querido Gaston, es un egoismo muy refinado; vuestra conducta se ha resentido hasta aquí de este perfume esquisito de personalidad. No os dejéis aturdir por vanos errores; ¿quereis romper vuestras relaciones? Pues bien, esta es la ocasion mas oportuna; la caja es un motivo poderoso para lograr vuestro deseo. En cuanto á las notas, como decís, en cuanto á las notas, no creo que os puedan perjudicar; porque una muger en su posicion; una muger que se respeta á sí propia, no arriesga una venganza que puede perderla ó dejar ver que ha sido sacrificada á... á fē mia que no trato de preguntaros á quien... vamos creedme, no teneis motivos para alarmaros.

—Ah! Dios mio! exclamó despues de un momento de silencio, y como si le hubiese ocurrido una idea nueva. Quizás haya venido á la orilla del rio para echar la cajita.

—Estais loco, Alfredo, en ese caso mas bien hubiera quemado las cartas en su casa... Al contrario, se conoce que quiere guardarlas; quizas sea para hacer mal uso de ellas.

—Mal uso! dijo Alfredo, alzando los hombros con impaciencia.

—Despues de todo ¿qué prueban esas cartas?... ¿que os habeis portado mal con ella y que la habeis sacrificado? y quien va á seguir el partido de una muger sacrificada? Abatid á una muger de mundo con los procederes mas odiosos, tratarla públicamente con la crueldad mas atroz; sus amigos íntimos gritarán por todas partes diciendo que la desgraciada ha sufrido su merecido, y los hombres envidiarán vuestra insolencia brutal, sin atreverse á imitaros, como los rateros envidian á los asesinos.

—Os digo que no la conoceis, repuso Gaston.

Al ver la palidez de su amigo, Alfredo le dijo en francés:

—Vamos, Gaston serenaos; hemos entrado en esta demonio de taberna para descansar un momento y beber un vaso de agua...

—Teneis razon, repuso Gaston mirando en derredor suyo; pero todo esto está tan sucio que se me figura que va á ser difícil poder tomar nada.

Estas palabras aumentaron la cólera de Mad. Lebeuf y de sus parroquianos, furiosos ya por no haberse enterado de la conversacion de los jóvenes desde que empezaron á hablar en inglés.

—Señora, un vaso de agua con azúcar, dijo Gaston á la viuda.

Esta sin responder tocó una campanilla cascada y gritó con voz gangosa.

—Boitat, Boitat, un vaso de agua con azúcar.

—Qué olor tan malo hay aquí, dijo Gaston, huele á tufo.

—A tufo, repuso Alfredo con disgusto, y á no se que olor como de humedad.

—Pero, señora... he pedido un vaso de agua, dijo Gaston con impaciencia.

—Pero caballero, me parece que ya he llamado á Boitat, respondió con aspereza la viuda tocando de nuevo la campanilla.

—Es muy cierto, Gaston, la señora ha llamado ya á Boitat, dijo Alfredo con mucha seriedad. Tened un poco de paciencia. Pero como desconfio de la viveza de Boitat, voy á encender por precaucion un cigarro.

Alfredo sacó un cigarro de una petaca de Lima, cogió un fósforo, y lo encendió. Los parroquianos del café se miraron estupefactos, no sabiendo como calificar esta audaz invasion. Algunos tosieron, otros empezaron á hacer hun; hun; no hay duda que á no ser por el interés que inspiraban estos jóvenes, á causa del papel que parecian representar en la aventura de la cajita entregada al criado del vampiro, no

hay duda repetimos, que la viuda y sus partidarios hubieran protestado contra la libertad que se habian tomado los dos amigos.

En este momento apareció Boitat, muchacho moffetudo, con las mangas de la camisa remangadas, y para quien todas las estaciones eran canícula. Llevaba en un plato un jarro, un vaso de dos pulgadas de espesor, y cinco terrones de azúcar.

Mientras que Gaston parecia abismado en profundas reflexiones, Alfredo miraba el vaso de agua con una desconfianza mezclada de disgusto; de repente exclamó:

—Pero mi querido Boitat, hay una araña en ese jarro esto es mas de lo que habiamos pedido, tenemos mucha prisa, y queremos solamente un vaso de agua, sin araña, si es posible.

Boitat se rascó la cabeza, miró con atencion el jarro, y reconoció en efecto la presencia real de una araña.

En vez de quedar aturdido por este descubrimiento abominable, alzó los hombros medio volviéndose á la viuda y á sus parroquianos.

Este movimiento parecia querer decir: «A la verdad que este caballero tiene muchos escrúpulos.»

A lo cual la viuda y los concurrentes respondieron con otra pantomima que queria decir poco mas ó menos, «no me hables de eso: Boitat, esto no significa nada.»

Entonces el mozo, encogiéndose de hombros, cojió el jarro con una mano, metió muchas veces el dedo grueso en el agua y principió una pesca de nuevo género.

Esta pesca fué coronada con el mas completo suceso. Boitat, sacó la araña; la cogió delicadamente entre el dedo pulgar y el índice, la pisó, volvió á poner el jarro sobre la mesa con una sangre fria imperturbable, y dijo á Alfredo como si le hubiera echado en cara un capricho de niño mimado.

— Y bien, caballero, espero que no me direis ahora que el agua tiene arañas.

Alfredo habia contemplado la maniobra de Boitat con

una admiracion profunda. Estas últimas palabras le parecieron sublimes.

Le dió un napoleon y le dijo: esto es para ti, Boitat, toda perfeccion tiene su precio y en tu especialidad eres amigo mio, magníficamente desaseado.

Boitat miraba alternativamente á Alfredo, al napoleon, á la viuda y á los parroquianos con aire estúpido.

Gaston, que continuaba entregado á sus reflexiones, dijo en voz baja hablando consigo propio.

—Qué hago!... qué hago!... ¿adonde estará á estas horas esa caja? y alargó maquinalmente la mano como para coger el jarro.

—Cuidado hombre, no vayais á beber esa agua, dijo Alfredo.

Y contó á su amigo la pesca de la araña.

Gaston rechazó el plato con asco y exclamó con impaciencia.

—Está visto que es imposible beber aquí un vaso de agua; tengo la cabeza ardiendo y la garganta seca. Venid, Alfredo, á ver si encontramos algun otro lugar menos repugnante.

Estas palabras acabaron de irritar á la viuda.

Esclamó con un aire indignado dirigiéndose á Alfredo.

—En primer lugar, caballero, aquí no se fuma como en una taberna, ¿entendeis? y ademas debo deciros á pesar de vuestro aire burlon, que si no quereis beber lo que os sirven, no debeis tratar de hacer ascos á los demás.

Alfredo respondió con una seriedad imperturbable.

—Creed, amiga mia, que no he abusado de la influencia que pueda tener sobre el señor; os aseguro que cuando está dejado á sus propias inclinaciones, nunca acostumbra á comer arañas.

—Vamos, venid, esta muger está loca, repuso Gaston, tirando un luis sobre el mostrador.

La viuda rechazó con altivez la moneda de oro, diciendo que en su establecimiento no se pagaba sino lo que se habia tomado.

—Ya he pagado á este tuno por su araña, dijo Alfredo á Gaston.

Este recogió su Luis y los dos jóvenes se marcharon. Apenas habian cerrado la puerta del café, cuando Mr. Godet los siguió con la cabeza descubierta á pesar del frio.

—El sombrero, Mr. Godet, exclamó la viuda que adivinó las intenciones del parroquiano.

—Mi sombrero! dijo Mr. Godet; no necesito de él, voy ahora mismo á traerlos aquí, atados de piés y manos, y tan mansos como carneros.

En dos saltos encontró á los jóvenes, y tocó ligeramente el hombro de Alfredo, que era de los dos el que mas confianza le inspiraba.

—Qué quereis, caballero? dijo este último admirado de la figura grotesca del parroquiano del café.

—Quiero haceros un servicio inmenso; asi como se debe hacer entre buenos ciudadanos, convendria que nos ligáramos contra el enemigo comun. Ahora bien, en este momento nuestro enemigo comun es *Robin de bois*, ó en otros términos el vampiro.

Gaston acabó por decir á Alfredo.

—Venid amigo mio, no veis que está loca esta gente?

—Este hombre tiene un aire demasiado estúpido para ser loco.

Mr. Godet temiendo que se le escapara su presa, hizo como que no entendia la indirecta de Alfredo, y añadió con aire misterioso.

—Sé todo, buskais una jóven que iba en un birlocho pintado de azul con una señora de edad. He aquí las señas de la vieja; sombrero negro, capa de color de pulga; cabello cano y estatura baja: las de la jóven, son; cabello rubio, cejas y ojos negros, sombrero de paja y vestido carmelita.

—Ah! ellas son, exclamó Gaston.

En seguida recobrando su sangre fría, dijo á Godet con alegría maligna.

—En efecto, caballero, me interesa saber qué direccion han tomado las personas de quienes hablais.

—Y sobre todo saber donde han llevado la cajita de carey engarzada en oro; ¿no es así, caballero? repuso Mr. Godet.

—¿Por donde estais enterado de todo esto? pregunto Gaston, cada vez mas admirado.

—Todo lo que puedo aseguraros es, que hará una hora entregó la vieja delante de mí la caja al criado del vampiro; dijo Mr. Godet.

Era esta noticia tan inesperada y sorprendente, que no podian creerla los dos jóvenes. Mil sentimientos contrarios, tales como inquietud, cólera, celos, venganza, y curiosidad, luchaban á la vez en el alma de Gaston.

—Caballero, exclamó poniendose pálido: es preciso que me digais ahora mismo quien es la persona á quien llamais el vampiro y cual es su casa.

—Se conoce, amigo mio que teneis la cabeza cubierta y que sois joven, dijo Godet que no estaba dispuesto á dejar tan pronto á sus victimas; no puedo estar aqui mucho tiempo, no sea que se me pase la cabeza con el frio. Si quereis volver á entrar en el café Lebeuf podemos hablar á nuestro sabor sin que se quede uno yerto de frio.

—Bueno, dijo Gaston, volviendo á tomar con impaciencia el camino del café.

Nunca vencedor romano llevando á su séquito poblaciones enteras de esclavos, se mostró mas altivo que Mr. Godet al entrar en el café de la viuda seguido de los dos jóvenes.

Hizo una señal á sus compañeros á fin de moderar su curiosidad y se metió en un rincon. Mr. Godet se guardó muy bien de decir desde luego el nombre del coronel: á pesar de la impaciencia que los otros manifestaban, tuvieron



que escuchar las historias absurdas forjadas por el decano de los concurrentes al café Lebeuf.

A no ser exactos, evidentes, los hechos que el desapiadado curioso habia ya revelado, Gaston no hubiera prestado fé á sus palabras; sin embargo, le fué necesario oír la historia del tiro, del coche magníficamente adornado, del uniforme del coronel, y por último las visitas sacrilegas de este último al cementerio del padre Lachaise.

Al traves de todas estas tonteras los jóvenes quedaron admirados de la vida rara del coronel...

—En fin, caballero, dijo Gaston, tengo el honor de pediróslo por la vigésima vez; hacedme el favor de decirme donde vive ese hombre. Indudablemente son muy curiosos esos pormenores, pero me corre prisa saber las señas de la casa.

—Seguidme, señores, dijo Godet levantándose de pronto con aire imponente.

Abrió la puerta del café, alargó un dedo, señaló á Gaston hácia la puerta pequeña del palacio de Obérsson; y le dijo:

—Ahi teneis, caballero, la guarida del vampiro; ahi enfrente... la puerta pequeña.

Gaston fué corriendo hácia la puerta sin pronunciar una palabra.

Mr. Godet volvió á cerrar la del café, y esclamó refregándose las manos con un aire de alegría diabólica.

—Ah! esto marcha, señores, esto marcha; ahora cada uno á su agujero! á su puesto!

Los parroquianos del café Lebeuf se volvieron á poner en observacion. Gaston llamó a la puerta con violencia. El rostro del criado del coronel apareció, no en la puerta, sino en el postigo.

Segun los movimientos que hacian los dos jóvenes parecia que instaban mucho por entrar: súplicas, amenazas, todo fué inútil: fué necesario que Gaston se resignara á pasar por

---

el postigo un papel, en el cual escribió á la ligera con lápiz algunas palabras.

Viendo que los dos jóvenes hablaban con calor, Mr. Godet entreabrió la puerta del café y oyó á Gaston decir con voz fuerte.

—Mañana á las nueve no tendrá excusa.

Los dos jóvenes desaparecieron andando muy de prisa.

---

---

## IV.

### LA CITA.

---

El día siguiente á las nueve de la mañana se paro el coche de Gaston á la puerta del palacio Obersson. Llamo el lacayo; abrieron la puerta pequeña y apareció el criado.

Apeáronse Gaston y Alfredo.

—¿Está el coronel Ulrik? dijo Gaston.

El criado inclinó la cabeza, y sin responder hizo una señal á los jóvenes para que le siguieran.

Nada mas triste y desconsolado que el interior de aquella casa.

En el patio habia un sin número de losas tendidas por aquí y por allí, y que provenian sin duda de alguna demolición. Se hubiera dicho que eran las piedras sepulcrales de un cementerio abandonado.

Todas las ventanas exteriores estaban cerradas; la vidriera del vestíbulo giró sobre sus goznes mohosos, é hizo resonar con un ruido lúgubre las bóvedas sonoras de la escalera principal.

El coronel vivia en el piso bajo. El criado condujo á los

jóvenes á un salon inmenso casi desamueblado; unas ventanas altas sin cortinas, formando cuadrados pequeños, daban á un jardin rodeado de paredes altas y tristes como las de un cláustro.

—Ahora mismo vendrá el señor coronel, y des apareció.

El dia estaba triste, el viento silvaba á través de las rendijas de las puertas mal cerradas: en la casa todo revelaba no miseria, ni desaseo, sino el mas profundo abandono del bienestar material.

Alfredo y Gaston se miraron algunos instantes en silencio.

—Desde que hemos entrado, dijo Alfredo tiritando de frio, no parece sino que siento sobre los hombros una plancha de plomo helado. Aqui no hay fuego; es un verdadero espartano este hombre.

---¿Y quién es este hombre? Quien es? dijo Gaston hablandose á sí propio.

---Ella sola hubiera podido aclararnos este punto, pero creo que se ha marchado esta noche ¿no es así?

—Esta noche, sí, esta noche.

—¿Ulrik? dijo Alfredo, ¿Ulrik? este debe ser un hombre ruso, prusiano, ó aleman; he ido ayer al club de la Union, esperando hallar algunos miembros del cuerpo diplomático; en efecto, he visto á tres ó cuatro secretarios de embajada; pero ninguno conocia al coronel Ulrik; ya no nos queda mas que acudir al embajador de Rusia, pero no he podido encontrarlo.

—¿Despues de todo, qué importa? dijo Gaston, este hombre tiene mi secreto, ella me ha sacrificado á él, es una traicion indigna. El, ó yo, hemos de morir.

---No vayais tan adelante, amigo mio, quizás ese imbécil de ayer nos haya informado mal. Verdad es que todas las apariencias tienden á hacer creer que han traído aquí esa caja, pero debeis observar que no ha entrado y que Mad, Blondeau fué quien se la entregó al criado. En fin, Gaston,

espero que esteis obres vos, y que no vayais á conducirnos como un chiquillo.

—La cosa es grave, lo que debemos hacer es medir bien las palabras.

—Lo que mas me incomoda, dijo Gaston, es la falsedad de esa muger! La creia incapaz de una mentira, del menor disimulo. Nunca ha pronunciado delante de mí el nombre del coronel y no obstante en él es en quien confia..... vamos, aqui hay un misterio odioso que quiero penetrar.

—No hay duda que es muy extraño todo lo que nos contó ayer aquel charlatan del café, dijo Alfredo: y de esta relacion se infiere que ese coronel es un personage infinitamente raro. Este interior arruinado y casi sin muebles, revela que ese hombre no es amigo de los goces materiales; á no ser por vuestra incomodidad, me alegraria mucho encontrarme frente á frente con *Robin de bois*; con el vampiro, como decia ayer aquella gente; pero qué frio!..... qué frio!..... este hombre, aunque no fuera mas que por consideracion á las personas que vienen á verle, debia tener un poco de fuego.

En este momento abrió el criado la puerta y entró el coronel.

Era un hombre de estatura alta, vestido con mucha sencillez. Representaba 35 años, aunque su cabello negro principiaba á ponerse algo cano hácia las sienes.

Tenia el cútis muy tostado; un pliegue profundo separaba sus cejas negras y espesas que daban un aire á su rostro duro, altanero, aunque sus facciones regulares hubieran podido espresar en otra situacion sentimientos dulces. Tenia en la mano la carta de Gaston; miró á los jóvenes y dijo con voz firme, breve y sin ningun acento estrangero;

—¿Quién es el conde Gaston de Seuneville?

—Yo soy, caballero, dijo Gaston. Y en seguida, señalando hácia su amigo, dijo: este es el señor marqués de Brodicourt.

El coronel hizo un movimiento de cabeza á manera de saludo.

Miró á Gaston cara á cara, cruzó sus manos detrás de sus espaldas, y aguardó á que este último le explicara el motivo de su visita.

A pesar de su seguridad y de su mundo, Gaston se quedó un momento cortado.

Las facciones duras y bronceadas del coronel, no tenían movimiento; parecían una máscara de bronce. Sus ojos pardos y grandes, miraban de un modo tan fijo y penetrante, que al cabo de un rato no se podía soportar su mirada.

Nada mas difícil que romper ciertos silencios. Sea que Alfredo esperaba que Gaston tomase la palabra, que este aguardara que hablase el coronel, el resultado fué que los tres se quedaron callados durante algunos minutos.

Entonces sintió Gaston cuan difícil era explicar el motivo de su visita, sin comprometer á la muger de quien creía tener motivo para quejarse.

Así como sucede muy á menudo, en el momento mismo de la explicacion que venia á pedir, Gaston hizo mil reflexiones que hubiera debido hacer antes de presentarse en casa del coronel.

El embarazo, el despecho, la cólera, le hicieron poner colorado. Queriendo poner un término á esta escena embarazosa, Alfredo dijo al coronel.

—Caballero, sabeis sin duda el objeto que nos trae aquí.....

—No, señor, dijo Ulrik.

—Se trata de una caja que me pertenece dijo Gaston, y os ha entregado ayer una muger que debeis conocer... porque es emisaria de otra persona que tampoco debe seros desconocida.....

—No entiendo lo que quereis decir, caballero, respondió el coronel.

—¡Caballero!... dijo con viveza Gaston.

—¡Caballero!... dijo el coronel sin alterar la voz.

Hubo otro momento de silencio; Gaston se mordía los labios con despecho.

Alfredo continuó con sangre fria.

—El señor de Seuneville tiene un gran interés en saber si os han entregado ayer por la tarde una caja que le pertenece, y que encierra papeles muy importantes. Si quereis caballero, darle vuestra palabra de honor de que no teneis en vuestro poder esa caja, Mr. de Seuneville se dará por satisfecho.

—No me daré por satisfecho, sino cuando.....

—Amigo, me habeis tomado por consejero, dijo Alfredo, permitidme que me explique con el señor.

—La explicacion será muy sencilla, dijo el coronel dando algunos pasos hácia la puerta, en señal de que seria inútil cualquier pregunta que se le hiciera; no tengo que daros respuesta alguna.

—Luego reusais. dijo Gaston, dar vuestra palabra.....

—Reuso, caballero, responder á las preguntas que me haceis, dijo el coronel, y continuó dirigiéndose hácia la puerta.

Gaston y Alfredo se quedaron cerca de la ventana.

—Caballero, dijo Alfredo, conteniéndose con trabajo, vuestro movimiento hácia la puerta significa que ha durado demasiado la conversacion.

—*Demasiado*..... no, dijo el coronel llevando la mano al pestillo de la puerta, pero..... ha durado bastante..... Nada tengo que decir ni que escuchar.

—Y yo os digo, caballero, que no saldré de aquí sin que me hayais respondido, dijo Gaston, ¿está aquí la caja; si ó nó?

—Un momento os suplico, dijo Alfredo, que se proponia agotar todos los medios de conciliacion. Sois un hombre de mundo, y como tal nos hemos dirigido á vos. Nos hemos resuelto á esto despues de haber tomado noticias seguras; estas noticias nos dan la certeza de que á los criados de esta casa han entregado la caja de que se trata. Si ignorais esta circunstancia podeis preguntarlo.

—Es inútil, caballero.

—Pero entonces, dijo Gaston, es preciso.....

—Gaston espera, dijo Alfredo y añadió: pues que reusais

respondernos terminantemente, sois responsable del hecho en cuestion. Nos dirigimos por última vez á vuestro honor para obtener una respuesta positiva. Mr. de Seuneville sentiria mucho tener que salir de los límites de la moderacion, y sois un hombre demasiado fino para no acoger con política una pregunta que os hace con la mayor urbanidad.

—He tenido el honor de deciros ya, por dos veces, que no tengo que dar ninguna respuesta acerca de este asunto, repitió el coronel con la mayor serenidad.

Gaston y Alfredo se miraron con indignacion.

—Es evidente, caballero, dijo Alfredo, que no podemos obligaros á que hableis, á que os espliqueis: pero.....

Es inútil prolongar mas esta conversacion, dijo Gaston con firmeza, rehusar responder equivale á confesar que poseeis la caja; tengo milrazones para considerar esta posesion como un ultrage hecho á mi persona y por lo tanto os pido una satisfaccion.

—Corriente, dijo el coronel abriendo la puerta de la sala.

---El señor volverá para entenderse con vuestros testigos, dijo Gaston señalando hácia Alfredo.

—Es inútil, caballero, podemos elegir ahora mismo la hora, el sitio, los armas, dijo el coronel.

—Pues bien, la hora, mañana por la mañana à las diez, dijo Gaston.

—A las diez, repitió el coronel.

--En el bosque de Vincennes.

—En el bosque de Vincennes, dijo el coronel.

—En cuanto á armas podeis elegir la que quiérais, dijo Gaston.

—Me es indiferente, caballero.

—Pues bien, la espada.

—Corriente, la espada! dijo el coronel cerrando la puerta sin que su rostro se hubiera alterado en lo mas mínimo.

El criado volvió á acompañar á los dos jóvenes y el palacio de Obersson quedó de nuevo silencioso y solitario.

Los parroquianos del café Lebeuf que estaban en ace-



cho desde por la mañana temprano, habian visto entrar á los dos jóvenes. Cuando salieron para volverse á meter en su coche, Mr. Godet, llevado de su invencible curiosidad, abrió la puerta del café y con la cabeza descubierta se dirigió á Gaston y le dijo con aire misterioso y familiar.

—Y bien, joven, vos que habeis penetrado en la guarida del vampiro, podeis decirnos ¿cómo es el interior de esa cueva? ¿os ha devuelto la caja de aquella señorita? Yo creo que le habreis calentado bien las orejas, ¿no es asi?

Alfredo y Gaston subieron al coche sin responder una palabra á las preguntas de Mr. Godet.

El lacayo cerró la portezuela y dijo al cochero:

—Al palacio.....

Y las esperanzas del pobre Godet quedaron frustradas.

—Impertinente! caprichoso!.... dijo Mr Godet, ayer eras mucho mas político, porque tratabas de averiguar mi secreto. Pero no le hace, ya me figuro lo que podrá haber pasado; ellos estaban muy pálidos....! sus rostros revelaban haber tenido alguna incomodidad.

Al volver á entrar Mr. Godet en el café, todos los concurrentes le rodearon para hacerle preguntas.

Tomó un aire de importancia y respondió:

—Esos caballeros solo han tenido tiempo de referirme algunos pormenores y de darme gracias por el interés que me tomo por ellos. Mañana es cuando se aclarará todo.

Los concurrentes aguardaron el dia siguiente con impaciencia.

En efecto, aquel dia debia ser grande para los curiosos del café Lebeuf.

A las ocho salió solo el criado del coronel y volvió cerca de una hora despues en un birlocho, trayendo consigo dos soldados de infanteria.

—Ya! exclamó Mr. Godet colocándose en su puesto de observacion. Ha ido á llamar á la guardia. Quizá sea para defender á su amo contra los jóvenes! Se conoce que el vampiro no es hombre de armas tomar.

—Si fuera la guardia, hizo observar uno de los concur-

rentes, los soldados traerian sus fusiles y sus cartucheras, y no han traído mas que los sables.

Bien, eso es exacto, pero entonces ¿á qué vienen esos dos soldados sino á dar auxilio al vampiro?

Hasta aqui habia llegado la discusion, cuando se abrió la puerta del palacio de Obersson. Salió el coronel embozado en una capa y subió al birlocho con los dos soldados. Cuando hubo partido, el criado en vez de volver á entrar en la casa segun su costumbre, se quedó algunos momentos á la puerta, echando una mirada inquieta en la direccion del coche..... En seguida se retiró y volvió á cerrar.

Nada de esto se escapó á los espías del café Lebeuf, pero no podian comprender lo que todo ello significaba ¿á donde podia ir el coronel en compañía de aquellos dos soldados?

La viuda dijo que habia observado como la contera de una espada que salia por debajo de la capa del coronel, pero no se atrevió á afirmarlo.

—¡Como! ¿una espada? pero callen ustedes, dijo Mr. Godet, frotándose las manos, quizá la viuda tenga razon, tal vez se trate de un desafio con aquellos jóvenes de ayer. Vamos, esto cada vez va siendo mas divertido; bravo! bravo!.....

—Si hubiese desafio, dijo rencorosa la viuda, daria; cualquier cosa porque dieran una estocada al joven, que hizo tantos ascos por una araña.

—Puesto que esos jóvenes no han usado conmigo de toda la política que debieran, repuso Godet, me uno á vos para desearles algo desagradable, mi querida Lebeuf. Pero estoy pensando que si se tratara de un desafio, se necesitarian testigos.

—¿Y aquellos soldados?

—Vamos, ¿no os haceis cargo de que el vampiro es coronel?

—Y qué, podria tomar por testigos á esos dos soldados.

—Esto seria contra todas las reglas de la disciplina ¿Qué diablos vendrá á hacer este criado tan plantado en el umbral de la puerta? añadió Mr. Godet mirando á través de los cristales. Desde que su amo salió, ha venido tres veces á plantarse ahí como un centinela. ¡Aquí hay algo! Ese hombre manifiesta estar inquieto..... Si yo fuera á preguntarle qué hay.....

—El momento no es oportuno, Mr. Godet dijo á la viuda, no os espongais á las brutalidades de ese miserable viejo.

—Silencio, silencio..... oigo el ruido de un coche, dijo Mr. Godet, asomando de nuevo la cara por los cristales.

En efecto, el birlocho volvía con los dos soldados y el coronel.

Este se apeó, dijo algunas palabras á los soldados, les dió la mano y los despidió.

Mad. Lebeuf afirmó mas tarde que habia visto correr una lágrima por las mejillas del criado del vampiro, cuando volvió á entrar en su casa.

Por desgracia para los concurrentes del café de Lebeuf á estos dos dias tan fecundos en sucesos, sucedieron dias de una monotonía insoportable.

No vieron llegar ni carta, ni coche, ni caja, ni nada; todas las mañanas venia el fondista á traer su provision acostumbrada, pero á esto se redujeron todos los sucesos.

El experimento de la ceniza repetido de cuando en cuando, probó que el vampiro continuaba sus paseos nocturnos.

Aunque Mr. Godet no tuvo ganas de volver al cementerio, no dudó de que los pasos del vampiro se dirigian hácia dicho punto.

El único hecho que despertó ligeramente la curiosidad de los parroquiános del café, fué la aparicion de la muger de edad que habia traído la caja.

Dos meses despues del desafio del coronel, esta muger

volvió al palacio de Obersson y entregó un paquete voluminoso al criado del coronel.

No volvió á parecer despues.

Contaremos la última visita de Mad. Blondeau al coronel Ulrik.

---

V.

EL CORONEL ULRİK.

---

El criado hizo entrar á Mad. Blondeau en la sala principal donde dos meses antes habia recibido el coronel á Gaston y á Alfredo.

La fisonomia de Sthok, asi se llamaba el antiguo criado, habia perdido su espresion áspera.

—¿Cómo está el coronel?, Sthok.

—Sigue lo mismo, el cuerpo es de hierro, pero la cabeza está muy débil; algunas veces pasa los dias enteros llorando como un niño..... Llorar él!..... quien lo hubiera dicho hace un año!..... y despues casi todas las noches..... y Sthok suspiró.

—Sigue yendo al cementerio?

—Siempre, señora, siempre; esto es capaz de estremecer al corazon mas empedernido.

—¿Y lo demas del tiempo qué hace? preguntó la anciana?

—Sueña, da paseos por el cuarto donde está siempre. Es cien veces mas frio que todos los demás, porque ha servi-

do de casa de baños; no parece sino que el amo lo ha escogido exprofeso, porque es el mas malo que hay en el palacio. ¡Ah! ¡señora Blondeau! hay ciertas cesas que parecen pueriles y que sin embargo, le hacen á uno asomar las lágrimas á los ojos.

Hace seis meses que vivimos en esta casa, y á fuerzas de dar paseos por este cuarto desde la puerta á la ventana y desde la ventana á la puerta y siempre por el mismo sitio, ha gastado los ladrillos del suelo donde se ven marcadas sus huellas.

—¡Ah! es una vida horrible Dios mio.

—¡Ah señora Blondeau! Se conoce que su espíritu esta concentrado en una sola cosa y que le es indiferente todo lo demás en este mundo. Si no le avisara las horas de comer, de seguro que nunca comeria. Durante este invierno, que por cierto ha sido muy frio, no ha querido encender fuego. Por lo demás, puedo deciros una cosa que os llamará la atencion: desde hace treinta años, mi amo me permite, segun nuestra antigua costumbre húngara, besarle la mano cuando me retiro. Esta es una señal de adhesion y respeto. Pues bien, á pesar del frio, su mano está seca y ardiente como si tuviera una calentura muy fuerte.... No ha cambiado nada: verdad es que su naturaleza es de bronce. En nuestras campañas contra los turcos, le he visto estarse á caballo veinte ó treinta horas sin probar bocado y tomando de cuando en cuando un poco de nieve de la que cubria la crin de su montura para apagar la sed y nunca le he oido quejarse. Al recibir alguna herida se sonreia cuando me acercaba á él, pero con una sonrisa tan dulce, que no podia menos de tranquilizarme á pesar de mis temores. ¡Ah! desde hace un año, no ha vuelto á asomarse en sus lábios aquella sonrisa .... No vé á nadie... No vá á parte alguna... Solo una vez ha ido á visitar al embajador de Rusia para recibir una orden de S. M. el emperador..... ¡Ah! ¡señora Blondeau! casi ha sido un dia de fiesta para mi cuando le he visto vestido de uniforme. Estaba tan buen mozo! ¡ah! me recordaba tantas y tantas cosas que.... Me quedé tan admirado cuando me

pidió su uniforme que me dijo era para ir la embajada á recibir una carta del emperador; he comprendido que en este caso consideraba el ropage como un vestido mas respetuoso: ¡el emperador ha sido tan bueno para él! lo amaba tanto..... ¡desde aquel dia no ha vuelto á salir, escepto para el desafio!

—Ah! el desafio ¡cuando pienso que la caja ha sido la causa de todo!

—Yo no estaba muy inquieto por mi amo, señora; sabia muy bien cual era su destreza y su fuerza. Habia batiendo á los mejores profesores de esgrima franceses; sin embargo, á pesar de esto iba y venia á la puerta á ver si volvia. Cuando le he visto entrar con los dos soldados que me habia mandado buscar para testigos, la alegria rebosaba en mi corazon. Aquel jóven recibió una estocada que lo ha tenido un mes en cama..... La noche del desafio, mi amo habló consigo propio como le sucede muy á menudo, y murmuró en voz baja. «No aborrezco á ese hombre; escepto en la guerra el ver sangre me ha repugnado siempre, y no obstante, he visto correr la suya con una alegria feroz. Estaba á punto de darle la muerte; pero la voz me ha dicho que le dejara la vida, y la he escuchado.»

—Qué voz era esa? Sthok.

—No sé, señora..... Algunas veces interrumpe de repente sus paseos y se queda parado..... parece que está escuchando, se lleva las manos á la frente y continúa sus paseos.

—Pobre coronel.....

—A la verdad que soy egoista, porque no os he hablado mas que de mi amo; ¿cómo está la señora vizcondesa?

—La señora sigue en Turena sufriendo bastante.

—¡Ah! ¡señora Blondeau! desde hace seis años que nos conocemos, cuántos cambios y cuantas desgracias han ocurrido!

—Permita el cielo que haya llegado el término! ¿No puedo ver al señor coronel? Desearia entregarle este paquete pare volverme hoy mismo á Tours, no puedo estar separada un momento de la señora.

—Todavía no me ha llamado. Para vos un rato mas ó menos no es nada; dijo Sthok con tono de súplica: si su-  
piérais la falta que le hacen algunos momentos de sueño!  
¡Duerme tan poco! Además, hoy por la mañana ha venido  
tarde.....

—¡Qué vida! dijo Mad. Blondeau suspirando.

—No me quejaria, repuso Sthok, si solo tuviese que  
pensar en mi amo; pero no podeis figuraros lo que me  
están incomodando media docena de viejos imbéciles, que  
nos están acechando todo el dia. Se han servido de veinte  
mil astucias para introducirse aquí. Siempre están en el  
café de enfrente sentados en sus sillas como los cuervos  
en los árboles, para figonear lo que aqui pasa.

—Sin duda deben ser esos mismos los que me estaban  
acechando cuando llamé á la puerta; dijo Mad. Blondeau.

—Quienes habia de ser sino esos majaderos que se  
conoce no tienen en que pensar. Sin embargo, no hace  
mucho meses, di á uno de ellos una buena leccion! pero ni  
por esas; siguen con su propósito de enterarse de la vida  
ajena.

En este momento sonó una campanilla.

—¡Ah! el amo me me llama..... tened la bondad de es-  
perarme un momento, Mad. Blondeau..... Voy á prevenirle  
de vuestra llegada.

Mad. Blondeau entró un cuarto de hora despues en  
la habitacion del coronel..... Estaba en pie liado en un  
capote forrado de pieles de un color oscuro. Por la ven-  
tana baja entraba en el cuarto una claridad como la del  
crepúsculo.

Una especie de contraccion dolorosa daba al rostro  
del coronel una espresion dura: pareció disminuir algo  
cuando vió á Mad. Blondeau.

—¿Cómo está *Matilde*? dijo con un acento lleno de  
dulzura y de bondad.

—¡Ah! caballero, la señora sufre mucho.

Y se alteró la voz de la pobre anciana; sus ojos se  
anegaron en lágrimas.



—Dispensadme, que vierta estas lágrimas, pero no puedo oír pronunciar su nombre sin sentirme conmovida.

—¡Ah! la llamo así delante de vos por su nombre de soltera porque la habeis educado, porque habeis sido para ella una madre.

—No merezco ese elogio..... solo soy una criada.

—Al hablar así, no haceis justicia ni á vos ni á ella..... Sé cual ha sido vuestra conducta; y sé tambien que Matilde la aprecia como debe. Sois una muger escelente..... Pero ¿qué quereis?

—La señora me ha encargado que traiga estos papeles no atreviéndose á confiarlos á los riesgos del correo. Me ha encargado tambien que os diga de su parte que no exige respuesta. Leereis esto cuando os parezca, en los ratos perdidos: sabe muy bien que.....

—Bien, bien, dijo con dulzura el coronel, como si hubiera querido desechar un recuerdo que le mortificaba, y puso sobre la mesa los papeles. *¿Y la caja?* preguntó á Mad. Blondeau.

—La señora me ha dicho que sino teniais inconveniente la conservarais en vuestro poder.

A pesar de la buena acogida que habia hecho á Mad. Blondeau se veia que el coronel sentia una pena profunda; apenas habia pronunciado las últimas palabras, cuando volvió á caer en su tristeza y meditacion.

Cruzó los brazos, agachó la cabeza y principiό á dar paseos por la sala, olvidándose de que estaba allí Mad. Blondeau. No atreviéndose esta á interrumpir las meditaciones del coronel se retiró al momento. . . . .

„Palacio de Maran 13 de Abril de 1838.“

„No se amigo mio, si de aqui á algun tiempo tendreis valor para abrir esta carta.

„He conocido..... he amado, ah! he amado mucho á la muger á quien llorais; conozco vuestro corazon y vuestro carácter; sé lo que erais para ella y lo que ella era para vos. Nadie mejor que yo puede comprender cuan agudo

«Ulrik, amigo mio, hermano mio, ninguna persona hay en el mundo que pueda estimaros tanto como yo.... No he tenido mas amigo que vos.... Lo sabeis... Si hubiera escuchado mas á menudo la voz severa é inflexible de vuestra amistad sincera, cuántas amarguras no me hubiera evitado! Pero no hablemos de mí en esta carta, sino de vos... de vos, corazon grande y generoso; de vos, ideal de la bondad humana.

«¡Sufrís, amigo mio! ¡sufrís una pena cruel! mientras mas ahondais este abismo, mas profundo llega á ser y mas se aumentan sus tinieblas.

«Hace un año, cuando supe la catástrofe, me hincé de rodillas delante de Dios, recé por ella, y sobre todo recé por vos....

«Entonces no quise escribiros ni pensé en veros... Hay desgracias á las cuales irrita y exaspera aun mas la vanidad de los consuelos.

«Habeis dejado todo por vivir cerca de los restos queridos de Emma, y por hacer una vida fria y silenciosa como su tumba.

«Es cosa estraña y magnífica á la vez ver como los grandes caracteres, grandes por su valor y sus sentimientos, prevenen de antemano lo que deben sentir.

«Hace tres años que Emma decia riéndose: «*Ulrik, si yo me muero ¿que será de vos?*» Mas me parece que estoy oyendo todavia la respuesta que le disteis sin ocultar las lágrimas que se asomaban á vuestros ojos: «*Frio y DON-DE ESTUVIERAIS viviria en el aislamiento... Nunca me consolaria. Quizás no tendria ánimo para volver á ver á Matilde, nuestra amiga y nuestra hermana.*»

«Estas palabras dichas por cualquier otro hubieran parecido tristes ó exageradas... Dichas por vos... Ulrik, tenian un carácter de verdad terrible.

«Emma y yo llorábamos tan asustadas como si la mano de Dios hubiera descorrido en aquel momento el velo que oculta el porvenir.

«No habeis faltado á esa promesa terrible, asi como nunca habeis faltado á las que habeis hecho.

«Os remito estos papeles con toda confianza; si leéis esta carta, es una prueba de que os sentis con valor para pensar en mí, en la amiga de vuestra Emma.

«No querrá decir esto que vuestrá pena se haya debilitado, ¡ah! ¡no! ¡no!... al contrario; será una prueba de que quereis buscar entre estas páginas, aquellas que hablan de Emma: porque sentireis uná especie de alegría cruel en avivar vuestro dolor, ya tan acerbo.

«Quizás no leais mi manuscrito hasta de aqui á mucho tiempo, tal vez nunca lo leais.. Entonces, amigo mio, recomendareis estos papeles á la fidelidad de Sthok, y lo mismo la cajita que habeis recibido hace dos meses..“

«Si leéis el manuscrito que os remito, sabreis porque os he enviado la cajita.

«Un remordimiento eterno me seguirá. Este depósito pudiera haberos sido fatal... he sabido todo... ¡El desafio! ¡ah! Dios es testigo de que nunca me podia figurar que hubiera persona que supiera que aquellos papeles estaban en poder vuestro.

«¿Por qué fatalidad han descubierto este secreto? ¿Por qué fatalidad han estado comprometidas vuestra vida y la de una persona á quien ya no puedo acusar?... Esto será siempre un arcano para mí.

«Perdonadme que os ocupe de mí un momento.

«He sido muy desgraciada desde hace mucho tiempo y sobre todo de un año á esta parte. Comparar mis pesares con los vuestros seria una blasfemia; sin embargo, la vida ha sido para mí un peso insoportable. Cuando vine hace dos meses á este retiro, donde probablemente acabarê mis dias, el recuerdo de lo pasado me causó un sentimiento doloroso.

«Tenia tanta necesidad de quietud y sosiego, ó mas bien de olvido de todo y de todos, que me era odioso el estrépito lejano del mundo que ya para mí no existia.

«Entonces me he hecho esta reflexion. Cuando se confian las penas, se amortiguan y hasta llegan á gastarse. Quizas escribiendo la historia de mi vida, conseguire desterrar los recuerdos que me mortifican.

«Tal vez esta confesion muda me dé el descanso que apetezco. Tambien he creido que hallaria una especie de goce en recorrer por última vez lo pasado, en coger algunas flores preciosas aun, pero ya secas, y en poder desahogar la indignacion que mi altivez ha tenido hasta aqui siempre comprimida.....

«No me he engañado en mi esperanza. Esta confesion leal de toda mi vida, de mis acciones nobles y de mis errores, me ha aliviado en algun modo; se han disipado las fantasmas que asustaban mi imaginacion.

«Al echar una ojeada sobre los tiempos pasados, al hacer la relacion de mis dolores y de las lágrimas que he vertido, al calcular con frialdad lo que las habian causado, el desden ha venido á ocupar el lugar del dolor, y una tranquilidad triste y silenciosa, ha sucedido á las crueles agitaciones de otro tiempo.

«He podido conocer el bien sin orgullo y el mal sin humildad fingida.

«No he denigrado á mis enemigos; tampoco he elogiado á mis amigos; solo he hablado de la conducta de ellos para conmigo... He echado en derredor mio una mirada justa, severa como la de un juez.

«En mi mente siempre me he dirigido á vos y á nuestra amiga, á nuestra pobre hermana.

«Me he acordado de que muchas veces ella y vos me habiais dicho en aquellos tiempos felices: contadnos algunas páginas de vuestro corazon; me acordaba que mi franqueza os encantaba algunas veces y otras os llenaba de terror.

«Si llegais á ver estas páginas, amigo mio, no me amareis ya, pero quizás me estimareis.

«Ahora he logrado mi objeto. El corazon está vacio, pero tranquilo. Lo pasado me responde del porvenir; á vos

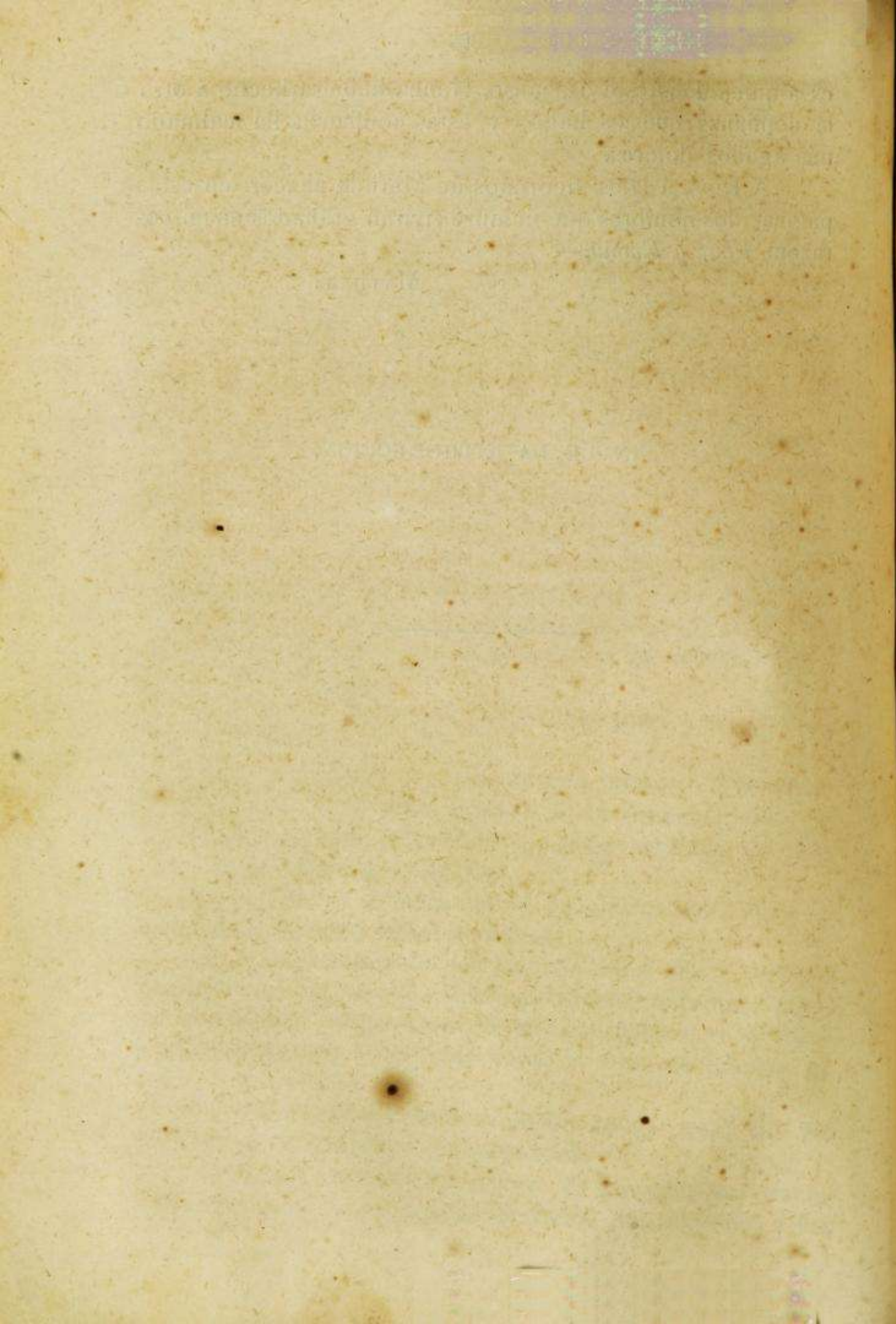
es á quien debo este descanso. Nunca hubiera hecho á otro la confianza que os hago, y esta confianza ha calmado mis agudos dolores.

«A Dios, á Dios: acordaos de Matilde al leer en estas páginas dos nombres que siempre vivirán grabados en mi corazón: *Ulrik y Emma*.—

MATILDE.

FIN DE LA INTRODUCCION.

---



---

## PRIMERA PARTE.

# MIS PRIMEROS AÑOS Y MI ENTRADA EN EL MUNDO.

### I.

#### LA SEÑORITA DE MARAN.

---

Huérfana de padre y madre, he pasado mi niñez al lado de mi tía la señorita de Maran, hermana de mi padre; fui criada por Mad. Blondeau, muger escelente que desde antes que yo naciera habia servido á mi madre.

Mi tía nunca habia querido casarse. Era jorobada, de un talento extraordinario y escesivamente burlona.

A pesar de su deformidad, á pesar de su fealdad y de ser sumamente baja de cuerpo, nunca he visto una fisionomia mas imponente, y mas altiva que la de la señorita de Maran.

No inspiraba la deferencia respetuosa que comunmente inspiran la nobleza de las facciones y la dignidad de las maneras, pero en presencia suya se sentia un temor y una desconfianza inesplicable.

Nunca se habia separado de mi padre; á mediados de la revolucion habia emigrado con él á Inglaterra, despues de haber partido tambien con él sus penas y sus peligros.

A pesar del mal que me ha hecho, no puedo dejar de conocer que amaba con ternura á su hermano; pero el amor de las su malignidad; no parece

sino que quieren á una persona para tener pretesto de aborrecer á ciento; os aman, pero detestan á los que tienen derecho á vuestro cariño, ó á los que os manifiestan algun interes.

Tal fué el amor de mi tia hácia mi padre.

Lo dominaba completamente por la altanería y la firmeza de su carácter. No hacia nada mi padre sin consultar á su hermana. Esta siempre le daba consejos llenos de prevision y de habilidad.

Aborreciendo á Napoleon tanto como á la revolucion, teniendo amistad con muchos miembros del gabinete ingles y presintiendo la caída del Imperio hácia el año de 1812, habia obligado á mi padre á que viviera junto Hartwuell y á que hiciera la córte á Luis XVIII.

Ella misma visitaba muchas veces al rey á quien agradó por la vivacidad cáustica de su talento, por la firmeza de sus juicios y por la libertad de sus conversaciones. Como sabia perfectamente el latin, le citaba pasages llenos de oportunidad que encerraban generalmente alguna lisonja.

Diestra, penetrante, temible por su maldad sarcástica, no arredrándole nada en este mundo, la señorita de Maran se valia de su fealdad y de su deformidad como de un arma defensiva y ofensiva. Se inmolvaba al ridiculo, para tener derecho de sacrificar á los otros sin compasion.

Se servia con un arte muy peligroso de los secretos que sabia siempre sorprender á los aturdidos, para dominar despues á los que caian en sus redes.

Como conocia el punto vulnerable de cada cual, no retrocedia delante de ninguna broma por muy punzante que fuera, suplicando á su vez que hicieran otro tanto con ella.

Afectaba de ordinario cierta familiaridad de lenguaje que se acercaba mucho á la vulgaridad. Le he oido decir que habiendo pasado una parte de su juventud en Pontehartraian con la señora de Maurepas, habia contraido la costumbre de servirse de espresiones vulgares, costumbre muy á la moda en la época de la regencia y que se habia trasmitido á algunas personas de la córte hasta el fin del reinado de Luis XV.

No os admíreis, amigo mio, de encontrar ciertas veces en mi relacion algunas espresiones que en nuestros dias parecerian muy chocantes. No he querido alterar nada de lo que



podiera hacer mas exacta la fisonomía de la señorita de Maran.

Luis XVIII, á quien gustaba la crueldad en el epigrama y la sequedad en las bromas, tenia una gran complacencia en hablar con mi tia, y decia: «Está uno con ella mas á sus anchas que con un hombre y con menos embarazo que con una muger.»

Mi padre, el marqués de Maran, tendria en 1812 como unos 40 años. Muchas veces habia querido casarse, pero mi hermana creyendo perder el imperio que sobre él ejercia, habia roto varios proyectos de casamiento, ya calumniando diestramente á las jóvenes que proponian á Mr. de Maran, ya suponiendo á este de un carácter violento y reservado: por esto muchos padres no quisieron oír hablar de un enlace con semejante yerno.

Mr. de Maran vió á mi madre; era tan hermosa, tenia un carácter tan dulce y una conversacion tan encantadora que se enamoró de ella con pasion, tanto, que anunció al mismo tiempo á su hermana sus nuevos amores y su resolucion de casarse.

Hija de un emigrado, el baron de Arbois, general de los ejércitos del rey, mi madre era pobre, pero muy linda. Codiciosa y deforme Mad. de Maran despreciaba la pobreza y aborrecia la hermosura. Puso en obra todos los medios que podian servirle para hacer desistir á mi padre de esta determinacion; empleó súplicas, amenazas, lágrimas, burla, perfidia, todo en fin, para conseguir su objeto.

Pero mi padre fué inflexible en esta ocasion, se casó con mi madre.

Ya podeis figuraros, amigo mio, cual debió ser el aborrecimiento de mi tia contra mi madre. Por primera vez mi padre sacudia el yugo de su imperiosa hermana. Como muger hábil, disimuló sus resentimientos. Al principio se mantuvo fria con su cuñada delante de mi padre, poco á poco pareció humanizarse, hizo algunas concesiones aparentes; pero como no habia dejado de vivir con Mr. de Maran, volvió á recobrar su imperio sobre él.

La edad y el espíritu sarcástico de mi tia imponian mucho á mi madre, muger de una bondad angelical, y de una

Mi padre la trataba como á un niño mimado, y reservaba todas las cuestiones serias para Md. de Maran. No tardó esta mucho en hacer espiar á mi madre con disgustos la fatal union que habia contraido.

Mi padre, el mejor de los hombres, era por desgracia de un carácter debil, aunque lleno de rectitud y de generosidad; amaba indudablemente á su muger, pero sentia hácia su hermana cariño y veneracion; la consideraba como una especie de mentor.

Despues del primer año de casamiento, la influencia de mi tia llegó á ser mas poderosa que antes. Mi madre comenzó á advertir que no habia obtenido nunca la confianza de mi padre.

Nada se hacia sin la aprobacion de mi tia. Dos ó tres veces intentó mi madre ser el ama de su casa, y se quejó á su marido de las usurpaciones de su cuñada: hubo con este motivo escenas crueles.

Mi padre declaró terminantemente á su muger que nunca sacrificaría el cariño fraternal á un sentimiento indudablemente muy fuerte, pero tambien muy reciente, mientras el primero habia principiado y debia acabar con su vida.

Desde aquel dia, herida profundamente mi madre, demasiado altiva para quejarse y muy tímida para atreverse á luchar con su cuñada, se resignó del todo y se sacrificó á Mad. de Maran.

Los sucesos que siguieron á los desastres de 1813, poniendo á mi padre en buena posicion para satisfacer sus miras ambiciosas, aumentaron la influencia de mi tia. Gracias á las relaciones que mi padre habia tenido con Luis XVIII, le encargaran comisiones muy delicadas en las córtes de Viena y de Berlin.

Tuvo á su hermana al corriente de sus negociaciones. Verdad es que era muy capaz de tomar parte en los negocios políticos mas importantes. Fueron sus consejos muy útiles á mi padre y las misiones que le confiaron tuvieron los mas felices resultados. El año de 1814 obtuvo una recompensa gloriosa de sus servicios, siendo admitido en los consejos de Luis XVIII, á quien siguió despues hasta Gand y con quien volvió á Francia.

Yo habia nacido en 1813, precisamente en la época en

que mi padre fué á Alemania. Este suceso, que quizás hubiera podido volver á dar á mi madre algun imperio, si hubiera estado á su lado su marido, no produjo sino un pequeño cambio en relaciones tan amortiguadas. Mientras mayor iba siendo la fortuna de mi padre, mas se aumentaba el dominio de Mad. de Maran y mas penosa é insufrible iba siendo la suerte de mi desgraciada madre.

El salon de mi padre llegó á ser un salon político, del cual Mad. de Maran era la única que hacia los honores.

Mi madre, jóven de 18 años, tenia una antipatia profunda á los negocios de estado que no le interesaban en lo mas minimo: preferia la música y la poesia á la aridez de las discusiones diplomáticas, en las cuales no queria ni podia tomar parte. Por el contrario Mad. de Maran se encontraba en su centro. Al hallar mas adelante en el mundo OTRAS MUGERES AFICIONADAS A LA POLITICA, me he convencido de que todas son iguales: es una raza bastarda que tiene las pasiones ambiciosas y egoista de los hombres y que no poseen ninguna de las cualidades ni de las gracias de la muger. Se distinguen por la esterilidad de su imaginacion, por la dureza de su carácter: todas tienen el corazon seco, y son incapaces de sentir ningun afecto tierno; tienen pretensiones ridiculas y exageradas; en una palabra, las mugeres políticas tienen algo de los maestros de escuela y de las madrastas, y aunque estén casadas se asemejan á las solteronas.

Poco á poco pretestó mi madre hallarse enferma para retirarse del mundo donde tanto gozaba su cuñada. Concentró en mí todo su cariño; me amó como el único refugio de sus penas. como su único consuelo y su única esperanza.

Pero su corazon era tan bueno y tan generoso, que nunca se la oyó quejarse de su cuñada.

A mi padre le hicieron par de Francia.

Quedaba reservada á mi madre una pena mas terrible que todas; notó que el cariño que mi padre me tenia iba disminuyendo mas y mas: de vez en cuando me hacia algunas caricias diciendo con sentimiento: «Que desgracia que no sea esta varon.»

No tardó mucho en suceder una completa indiferencia por mi parte. La fieltad que mi padre me manifestaba. Mi madre no pu-

— 5 —

do sufrir este golpe terrible; cayó mala, se fué consumiendo, y murió de allí á algunos meses!

Mucho lloré y muy amargamente al oír á mi ama contar los últimos momentos de la mejor de las madres, y los temores que la inspiraba mi porvenir al verme caer en manos de Mad. de Maran.

Mi madre conocia la debilidad de mi padre. Hizo que mi ama jurára que nunca se separaria de mi lado: hizo prometer tambien á mi padre que la conservaria siempre en mi casa. —«¡Ah; lo preveo por desgracia, la pobre Matilde no podrá contar con mas cariño que el vuestro,» dijo á Blondeau.

—«No la abandoneis, por Dios.»

Severas y solemnes fueron las últimas palabras que dirigió á mi padre. «Muero muy jóven, he sufrido mucho, jamás me he quejado; perdono todo; pero vos teneis que responder á Dios de la suerte de mi hija.»

Cerca de un año despues de la muerte de mi madre, mi padre dió una caida de un caballo yendo á caza con el Delfin. Las consecuencias de este accidente fueron mortales y de allí á poco murió.

A la edad de cuatro años quedé huérfana, confiada á los cuidados de mi tia que era mi parienta mas cercana.

Es necesario ser justa con Mad. de Maran: amaba á su hermano cuanto la era posible amar; su conducta para con mi madre nacia de celos de cariño llevados hasta el aborrecimiento.

Mad. de Maran sintió mucho la pérdida de mi padre; sus lágrimas fueron amargas, su desesperacion concentrada, pero violenta. Su carácter se hizo mas áspero, su conversacion mas incisiva, y mas desapiadada su maldad.

Yo era en todo un retrato vivo de mi madre. Olvidando que era la hija de su querido hermano, mi tia solo veia en mí á la hija de una muger á quien habia aborrecido.

Durante mi infancia fué para mí la señorita de Maran una persona temible, me asustaba al verla: aquella cara larga, enjuta, marchita; aquellas facciones pronunciadas, me parecian mas duras todavia, porque una buena cantidad de cabellos postizos la ocultaban la mitad de la frente. Tenia las cejas llenas de canas y muy pobladas, y los ojos pardos, pero muy chicos y muy penetrantes.

En todas las estaciones llevaba un vestido de seda carmelita, y un sombrero del mismo color y del mismo género: por las mañanas temprano tenia la costumbre de almorzar y de escribir ó leer en su cama vestida de bata, tambien de seda carmelita, como se estiló antes de la revolucion.

Todos los dias tenia yo que entrar en el cuarto de mi tia; para decidirme á que fuera á ver á Mad. de Maran, tenia que servirse mi pobre Blondeau de todos los medios cariñosos, y aun algunas veces me decia que si continuaba manifestando ese temor delante de mi tia, se veria obligada á separarse de mi lado. Esta amenaza me hacia vencer mi repugnancia; sofocaba mis lágrimas, apretaba la mano de Blondeau é iba á aquellas visitas desagradables.

Era necesario atravesar una sala, en donde comunmente estaba el mayordomo de mi tia llamado SERVION. Este hombre dividia mi aversion con el perro de la señorita de Maran. SERVION tenia en su rostro unas manchas encarnadas, efecto de su aficion al vino: su boca enorme, y sus manos grandes y belludas le hacian semejante á un verdadero ogro.

Cuando habrian el cuarto de la señorita de Maran, agarraba el traje de Blondeau y me acercaba temblando á la cama de mi tia.

Mi terror no dejaba de tener fundamento porque Feliz, un perro pequeño, blanco, con orejas puntiagudas asomaba su cabeza debajo de la colcha, enseñando dos filas de dientes muy agudos.

Muchas veces me habia mordido hasta hacerme sangre. Mi tia en vez de pegarle le decia con voz dulce: vamos, loco, ¿quieres dejar á la niña? ¿no ves que no quiere jugar contigo?

Mad. de Maran era muy instruida y estaba al corriente de los asuntos políticos. La encontraba en bata y con sombrero de seda carmelita leyendo los periódicos ó algun libro; siempre me recibia ó regañándome ó lanzándome algun sarcasmo.

Estas escenas se han renovado tanto y me han dejado una impresion tan profunda, que las tengo gravadas en la memoria con todos sus pormenores. Insisto en ellos, porque el temor continuo que me ha dominado durante mi infancia ha tenido una influencia poderosa sobre toda mi vida.

Me parece que estoy viendo todavía el cuarto de Mad. de Maran. En el fondo de su alcoba habia un Santo Cristo de marfil, debajo de una calavera tambien de marfil, y todo estaba cubierto por un dosel de terciopelo negro. Casi todos los cristales estaban pintados de colores.

En el cuarto del secretario estaban dos cajas de cristal que encerraban al padre y al abuelo de Feliz embalsamados.

Aquellas especies de fantasmas inmóviles, y sobre todo sus ojos esmaltados me causaban mucho terror.

Habia para mí algo de sobrenatural en unos animales que no se movian y que siempre me enseñaban los dientes. Habia colgados en las paredes multitud de cuadros viejos, y uno de ellos representaba á mi segunda tia, abadesa de las Bernardinas de Blois, cuyo rostro frio y severo producía un efecto triste y desagradable.

Los demas retratos no me llamaban tanto la atención. Eran muchos de parientes nuestros vestidos de corte ó de guerra.

En fin, dos animales de porcelana de china adornaban la chimenea. Estos monstruos estaban siempre en movimiento por medio de un balancin oculto, que ademas los hacia dar vueltas de un modo espantoso. Figuraos, amigo mio, una pobre niña de cinco á seis años en medio de estos prodigios misteriosos, y concebireis cual seria mi terror.

¡Ah! no era sino el preludio de otros muchos tormentos. A pesar de los ladridos de Feliz, queria siempre mi tia que me sentaran sobre la cama.

Mad. de Maran tomaba tabaco con profusion; su olor me era insoportable. Hacia esfuerzos inauditos para vencer mi repugnancia, pero muchas veces no podia conseguirlo.

He sabido mas adelante (y la conducta de Mad. de Maran me ha probado su aversion) que no era por cariño sino por el placer de asustarme que me obligaba todas las mañanas á ir á saludarla. Entre otras muchas hay una escena que me ha dejado un recuerdo inefable. Os hará juzgar del carácter de mi tia.

Un dia cuando me llevaron á su cuarto, ¿era presentimiento ó casualidad? Nunca me habia parecido mas maligna... no me atrevia á acercarme á ella, y bajé tanto la cabeza que mis rizos me caian sobre la cara. Cogiéndome en brazos

Mad. Blondeau me puso sobre la cama de Mad. de Maran. Esta me cogió por un hombro, exclamando con voz ágría.

—¡Qué aire tan estúpido tiene esta muchacha con esos ojos atontados, y con ese cabello que le cae por la frente! vaya, vaya, es preciso cortarle á manera de cerquillo como á los niños, y estará mejor, y tendrá la cara mas despejada.

La señora Blondeau que me ha contado despues estos pormenores, juntó las manos y exclamó.

—¡Virgen santa! ¡seria un asesinato, señorita, cortar el cabello tan hermoso y tan rubio de Matilde! le llega hasta los pies.

—¡Pues bien! con eso no se lo pisará... vamos, acabemos pronto, unas tijeras.

—¡Ah! señorita, exclamó Blondeau con lágrimas en los ojos, os suplico no hagais eso por Dios... Permitidme que os diga, señorita, que seria una impiedad, un sacrilegio...

—¿Qué quiere decir eso? preguntó mi tia con su voz tan imperiosa y penetrante que hacia temblar á todos.

—Si, señorita, respondió mi nodriza con voz conmovida. La señora marquesa me encargó que no le cortaran el cabello á su hija... nunca se lo habían cortado á ella. ¡Pobre señora! tambien tenia un cabello tan hermoso!... Por eso me hizo ese encargo antes... ¡antes de morir! dijo la buena muger y se hechó á llorar como un chiquillo.

—¡Eres una impertinente y una embustera! MI CUÑADA nunca ha dicho semejante tontería... Vamos, unas tijeras y acabemos pronto!

Mi tia pronunciaba estas palabras, MI CUÑADA con un acento de ironia tan amarga, que cuando las oia me producian siempre una impresion muy desagradable.

La señorita de Maran parecia estar tan irritada, que si hubiera peligrado mi vida, no me hubiese asustado mas. Con una mano me atraia hácia sí apretándome con sus dedos delgados y duros como el hierro y con la otra quitaba mi peineta á fin de desatarme el cabello que caia por mis espaldas.

El terror me dejó enmudecida y no tuve fuerzas para gritar.

—Señorita, señorita, dijo Blondeau hincándose de rodillas, en nombre del cielo, no, no hagais eso, va á suceder alguna desgracia á Matilde; no desobedezcais la voluntad de su moribunda madre.

—¿Me dareis las tijeras? sí ó no.

—Por Dios, señorita.

Sin responder una palabra mi tia tocó una campanilla. Servion apareció.

—Servion, tráeme unas tijeras grandes.

—Voy por ellas, señorita, dijo Servion, y se marchó.

—Señorita, exclamó mi nodriza con energia, no soy mas que una pobre criada, vos sois el ama, pero antes me dejaré hacer trizas, que permitir que se toque á un pelo de mi niña.

Y mi nodriza se adelantó hácia la cama de mi tia para arrancarme de sus manos.

Escitado Feliz por este movimiento, se avanzó á Blondeau y le mordió en la cara.

—¡Ah! bestia maldita, exclamó montada en cólera, cogió á Feliz por el cuello y lo tiró con fuerza al suelo.

El perro dió gritos; yo sentí las uñas de mi tia que se clavaban en mis espaldas.

—Salid de aquí, dijo á Blondeau.

En seguida al ver entrar á Servion, añadió, echad á esa insolente del cuarto y volved para sujetar á esta niña á fin de cortarle el cabello.

—Señorita, perdon, perdon, he hecho mal, me he olvidado de mi deber, pero tened compasion de Matilde; por Dios, ¡no toqueis á su cabello! ¡Ah! la mano de su madre moribunda lo ha tocado, y es sagrado, señora.

—Como volvais á decirme una palabra, haré que os planten en la calle... ¿Entendeis? le dijo mi tia.

Esta amenaza llenó de estupor á Blondeau: sabia muy bien que la señorita de Maran era capaz de cumplir su palabra. Temia ante todo separarse de mi lado y se resignó al sacrificio.



Toda mi vida me acordaré de esta escena. Parece pueril, pero para mí era horrible.

Servion tenia las tijeras abiertas. Creí que queria matarme, dí gritos agudos.

Cogedla en brazos, dijo mi tia, y sujetadla bien, porque si se mueve puede hacerse daño.

¡Ah! yo no pensaba en moverme, casi habia perdido el sentido.

Blondeau lloraba y se tapaba la cara para no ver el sacrificio. Servion me cogió en sus brazos.

Cerré los ojos, temblaba cuando el acero de las tijeras se acercó á mi cuello. Oí el sonido..... Sentí caer al derredor mio todo mi cabello. Concluida la ejecucion, mi tia dijo á Servion echándose á reir.

—Ahora se parece á un seise.

—Vamos, vamos Servion, vé á llamar una de las criadas para que venga á barrer esto.

Blondeau pidió permiso para recogerlo y guardarlo.

Mi tia se lo concedió y le mandó que me sacara de allí.

En el momento que salí del cuarto la señora de Maran me llamó, me miró un instante y exclamó echándose de nuevo á reir: Jesus ¡sabeis que está asi fea la chiquilla!

Cuando volví á entrar con Blondeau en mi cuarto esta me cogió en brazos, y me cubrió de lágrimas y de besos.

Habia sentido tanto terror al ver las tijeras de Servion que me pareció muy feliz el desenlace de esta escena. Yo no participaba de la admiracion de mi nodriza por mi cabello y confieso que me alegró mucho poder correr por el jardin sin tener que separarlo de mi frente. Lo que me habia llamado mucho la atencion fueron las últimas palabras de mi tia.

—Qué fea está asi esa muchacha! y supliqué á mi nodriza que me llevara delante de un espejo. Me encontré tan rara que me eché á reir á carcajadas, dejando sorprendida á Blondeau. Mas adelante he podido explicar la conducta singular de la señora de Maran. Siempre habia tenido antipa-

—  
tia, aversion profunda á todo lo que era hermoso, y sin que esto sea vanidad, amigo mio, segun me decia Blondeau, era cuando niña una criatura preciosa. Ademas mi tia detestaba siempre en mí á mi madre. Mas adelante, hice con este motivo descubrimientos muy crueles por cierto.....

EL PROTECTOR.

Habia llegado á la edad de siete años. La aversion de mi tia hácia mí iba aumentando por dias. Tenia una complacencia en atormentarme.

Al principio me servian la comida en el cuarto de mi nodriza; pero mi tia quiso hacerme comer con ella en la mesa; su caja de tabaco me causaba un disgusto extraordinario, y por lo mismo la ponía abierta delante de mi asiento; si me repugnaban algunos platos, todos los dias me los presentaban; si no podia vencer mi repugnancia, Mad. de Maran para castigarme, hacia que colocaran mi asiento junto á Felix á pesar de mi miedo y me condenaba á ir de rodillas á pedir aquel mismo plato.

Mi tia habia observado que la presencia de mi querida Blondeau me daba ánimo para sufrir todo sin llorar, y le prohibió que se quedara para servirme. Encomendó este

cuidado al mayordomo Servion, hombre que me inspiraba repugnancia y horror.

Lo que me cuesta ahora trabajo concebir es como mi tia, á pesar de sus ocupaciones y de su talento superior, podia emplear tanto cálculo y tener tanta perseverancia en mortificar á una niña.

Nada era debido á la casualidad, lejos de eso; era muy estudiada la conducta que observaba conmigo.

Poco á poco fui acostumbrándome á el dolor. Los sufrimientos despertaron en mi la necesidad de la venganza. Observé que mientras mas lloraba mas se reia mi tia, y mas satisfecha parecia estar. Conseguí despues de esfuerzos inauditos comprimirme y ocultar mis lágrimas. Sentí una alegria extraordinaria al ver su admiracion y su despecho.

A medida que me hacia sufrir mas, mayores eran mi disimulo y mi valor.

Algunas veces me estremezco todavia al pensar en esta lucha abierta entre una niña abandonada, y una muger tal como Mad. de Maran, lucha en la cual acabé por tener la ventaja, porque la malignidad de mi tia no podia pasar mas allá de ciertos límites.

Todos los de la casa temblaban delante de ella; mi nodriza tambien sufría mil vejaciones. Verdaderamente necesitaba esta escelente muger tener una adhesion y un desprendimiento mas que heróico para sufrir tantos disgustos. Dos veces quiso mi tia separarla de mi lado, pero caí tan gravemente enferma, que tuvo que renunciar á toda tentativa de esta especie.

No sé si por parte de mi tia era abandono, pero á los siete años todavia no me habia puesto ningun maestro.

Mi nodriza me habia enseñado á leer, á escribir y á rezar; todos los dias hacia que leyera el catecismo; recibia, gracias al cariño maternal de esta buena muger, la educacion que una persona de su clase hubiera dado á su hija.

Los niños no se engañan nunca sobre los sentimientos y sobre los caracteres de las personas que los rodean.

Su penetracion es admirable; cuando se ven amados, saben asegurar su imperio con una habilidad increíble.

Tan tímida y tan tierna como era con Mad. de Maran,

tan alegre y despótica me convertia con mi nodriza. Nunca resistia esta pobre muger á mis caprichos mas extravagantes, á menos que no dañaran á mi salud. Me idolatraba; alababa mi talento, mi hermosura y mi gracia.

Pasé asi mi primera edad entre los sarcasmos y durezas de mi tia, y las lisonjas ciegas de Blondeau.

Mi carácter debia participar de estas influencias diversas.

Yo era á veces rigorosa y otras humilde hasta el exceso; mi corozon rebosaba de alegría, ó estaba destrozado de dolor; sentí el aborrecimiento y el amor á un punto increíble en mi edad. Casi me alegraba de las crueldades de mi tia, porque me ofrecian el medio de luchar con ella y de incomodarla con mi sangre fria.

Se vengaba persuadiendome con un arte increíble que era fea y tonta.

Contenia mis lágrimas, é iba corriendo á buscar á mi nodriza para desahogarme llorando. Entonces la pobre muger para consolarme, hacia de mí los elogios mas exagerados, en los cuales llegaba á creer.

De aquí sin duda mis resentimientos siempre exagerados; de aquí mi impotencia para aceptar mas tarde ese «término medio» tan frecuente en la vida.

La edad nunca ha podido modificar en mí este modo extraño de juzgarme. En vez de elegir un medio razonable entre estas dos exageraciones, en vez de creerme enteramente inferior ó enteramente superior á los demas, he vivido en la alternativa continua de una desconfianza humilde ó de una confianza estremada.

Los triunfos que obtenia algunas veces, no me impedian llegar otras hasta una humildad ridicula, así como las humillaciones que sufría, no me estorbaban ser orgullosa hasta el desden.

Desde la primera mirada dominaba ó era dominada, y esto en las relaciones mas comunes de la vida. Hay personas generalmente temidas ó temibles, ante las cuales tiemblan las personas mas osadas, y á quienes he impuesto siempre; mientras que personas sumamente insignificantes han llegado á tomar sobre mí un imperio absoluto.

Debia conservar de mi primera educacion la costumbre y la voluntad de disimular mis penas ó mis sufrimientos, y de vengarme del mal que me hacian con una apariencia de insensibilidad desdeñosa. . . . .

Todavía no habia cumplido siete años, cuando mi educacion cambió completamente. Los sucesos que produgeron esta revolucion han quedado muy grabados en mi alma.

Me habian abandonado al cuidado de mi tia siguiendo la opinion del baron de Orbeval, uno de mis tutores, pariente muy lejano de mi padre y á quien veia rara vez.

Cuando venia á visitarnos, la señora de Maran me enviaba á buscar y me quitaban una especie de saco con que queria mi tia que siempre estuviese vestida. Me ponian un trage decente y me llevaban á recibir á mi tutor. Era un viejo alto, descolorido, de una fisonomia indigesta y áspera; tenia peluca rubia que tiraba á colorada; llevaba siempre una chupa de seda verde y una casaca tambien de seda color de pulga, pero un poco raída; era consejero del tribunal de Casacion y estraordinariamente avaro.

Cuando me acercaba á él me miraba con aire severo y me preguntaba si era buena muchacha; mi tia se encargaba siempre de responder que era voluntariosa, perezosa y torpe.

Mi tutor me daba entonces un capirotazo en la mejilla y me decia, señorita Matilde, cuidado como continnais así siendo tan mala porque os meterán en el hospicio.

Me echaba á llorar y Blondeau me sacaba del cuarto.

Hacia tres ó cuatro meses que no me habian presentado á mi tutor, cuando se me presentó un hombre jóven todavía, y á quien nunca habia visto.

Desde que entró, exclamó Blondeau juntando las manos con una espresion llena de sorpresa y de alegria. ¡Dios mio! ¡sois vos Mr. de Mortagne.

Este sin responder á mi nodriza me cogió en sus brazos, me miró en silencio, en seguida me dejó en el suelo y dijo enjugándose las lágrimas:—¡Como se parece!..... ¡como se parece!.....

Se quedó pensativo.

El rostro de aquella persona estraña me parecia tan be-

névolo; á pesar de la severidad de sus facciones, noté que estaba conmovido, y que su presencia producía tanto placer á Blondeau que me acerqué á él sin temor ninguno.

Era primo hermano de mi madre. Viajaba hacia muchos años y acaba de llegar á Francia.

El conde de Mortagne pasaba por hombre muy raro. Había servido bajo el imperio, siempre se había distinguido por su valor. Después de esta época no se podía explicar su vida siempre errante. Había recorrido los dos mundos. Todos decían estaba dotado de gran instrucción, de un carácter de hierro y de un valor á toda prueba; pero su franqueza casi brutal le había conciliado pocos amigos.

Había amado á mi madre como el más tierno hermano.

Muchas veces había procurado hacer comprender á mi padre todo el valor del tesoro que despreciaba por seguir los consejos ambiciosos de Mad. de Maran; así es que mi tía había tomado un odio profundo á Mr. de Mortagne; pero como uno de mis tutores y encargado como tal de velar sobre mis intereses, tenía que estar en contacto con ella.

Hacia cuatro años que viajaba por la India.

La primera visita que hizo al llegar á Paris fué á nosotros. No podía cansarse de mirarme y admirarme. Hacia á Blondeau un sin número de preguntas.

¿Estaba contenta?

¿Era feliz?

¿Recibía la educación que debía recibir?

¿Cuales eran mis maestros?

A los siete años debía de saber muchas cosas, tenía una fisonomía que manifestaba inteligencia. ¿Me había aprovechado de la educación que me habían dado?

Mi pobre nodriza apenas se atrevía á responder, pero en fin confesó la verdad llorando..... Era ella quien me había enseñado lo poco que sabía. Mad. de Maran era cada vez más dura y más injusta para conmigo. No tenía ninguno de los placeres de que todos los niños disfrutaban á mi edad; y lo que más exasperaba á Blondeau era, que nunca estaba vestida como debía estarlo la hija de la marquesa de Maran.

Cada palabra de mi nodriza aumentaba la indignación de Mr. de Mortagne.

Mi protector era un hombre de buena estatura. Estaba vestido con abandono. Aunque apenas tenía cuarenta años, estaba ya calvo. Llevaba, como ahora llevan algunas personas extravagantes, la barba larga.

Sus maneras bruscas, sus palabras fuertes y algunas veces groseras, su fisonomía singular y casi salvaje habían hecho que le pusieran de sobrenombre «el aldeano del Danubio.»

Pertenecía á la union liberal mas avanzada y no ocultaba sus ideas, aunque muchas personas amigas suyas le habían suplicado que tuviera mas moderacion, sobre todo en sus conversaciones.

Cuando queria disimulaba la ironía mas mordaz bajo las apariencias de bonhomia.

Pero su lenguaje era sumamente duro y casi brutal.

Cuando mi nodriza contó á Mr. de Mortagne el modo como mi tia me educaba, montó en cólera, se puso á dar paseos con agitacion y en seguida cogiéndome en brazos se dirigió al cuarto de Mad. de Maran exclamando!

—¡Ah! asi es como trata esa muger á la hija de mi pobre prima. Ahora le diré yo dos palabritas que no le gustará escuchar.

—Pero, señor conde, dijo mi nodriza siguiéndole con un aire asustado.

—No tengais cuidado, no me intimido por tan poco. He dado de puntapiés á bestias mas malignas y feroces que Mad. de Maran: y me abrazó dos veces diciéndome.—¡Pobre niña! va á cambiar tu suerte. Nunca olvidaré la alegria que sentí figurándome que mi protector iba á vengarme de las maldades de mi tia.

Llena de reconocimiento abracé el cuello de Mr. Mortagne y creyendo hacerle un servicio importante le dije en voz baja.

—No es sola mi tia la que es mala, tambien es muy malo su perro Feliz; es necesario que tengais cuidado porque muerde y hace sangre.

—Si me llega á morder, hija mia, lo hecho por la ventana abajo, dijo Mr. de Mortagne volviéndome á abrazar.

Mr. de Mortagne me pareció un héroe, por primera vez sentí el ardor y el placer de la venganza.



Servion estaba segun su costumbre en el cuarto inmediato al de Mad. de Maran.

Mr. de Mortagne, iba abrir la puerta seguido de Blondeau; el mayordomo se levantó, y dijo.

—No sé si la señorita esta visible.

Mr. de Mortagne, sin responder, le dió un empellon y entró en el cuarto de mi tia. La encontró sentada en su cama con su sombrero y su bata, segun su costumbre; leia algunos periódicos.

Fué tan brusca y ruidosa la entrada de Mr. de Mortagne, que Feliz se abalanzó á las piernas de mi protector.

—¡Ah! ¡por Dios tened cuidado, ese es el perro de que os he hablado, le dije en voz baja.

—¡Vereis como no me muerde! Y le dió un puntapié tan fuerte, que le hizo rodar debajo de la cama.

A los ahullidos de su favorito, mi tia ya muy incomoda por el modo con que habia entrado Mr. de Mortagne, á quien detestaba, exclamó con aspereza.

—Caballero, ¿qué quiere decir esto? ¿No hay mas que entrar en mi cuarto, tomarlo por asalto..... y lastimar á mi perro? ¿Creeis que todavia estais en vuestro cuartel?.....

Muchas veces Mr. de Mortagne me ha contado esta escena.

Se sentó sin ceremonia junto á la cama de Mad. de Maran, teniéndome siempre en brazos, y la respondió.

—No se trata ni de perros ni de asaltos; se trata solamente de esta niña desgraciada, á quien educais como madrasta.

—¿Que es eso? respondió mi tia con aire altanero. ¿Habeis venido de los antípodas para decirme esas insolencias? Porque seais un hombre salvaje y que tengais una reputacion de grosero, y por cierto bien merecida, no creais que me deje insultar ni intimidar en mi casa: ¿entendeis?

—Y porque tengais, señora, la fortuna de unir la fealdad y la malignidad del difunto duque de Gesvres á la deformidad y al espíritu sarcástico de Esopo, no creais tampoco que deba sufrir vuestras insolencias: ¿entendeis, señora? repuso

Mr. de Montagne, que devolvía á Mad. de Maran grosería por grosería.

Mi tía se puso pálida de corage y exclamó:

—Caballero, sabed que cuando aborrezco; aborrezco bien..... y cuando aborrezco, sé probarlo.

—Sé que teneis amigos poderosos y hechuras muy peligrosas, pero no necesito de nadie..... á nadie temo..... os diré la verdad.....si os incomoda tanto peor para vos. La he dicho á otras personas que valen mucho en la sociedad y que no han muerto por desgracia. En una palabra, os vuelvo á decir que habeis abandonado enteramente á esta niña, que me avergüenzo por vos, ya que por vos misma no os avergonzais de tratar así á la hija de vuestro hermano!

Estas palabras despertaron á la vez el amor de mi tía á mi padre y su aborrecimiento á mi madre.

Esclamó.—Por lo mismo que para mí es sagrada la memoria de mi hermano, trato á esa niña como me conviene tratarla. Me la han confiado y solo tengo que dar cuenta á su tutor; así, no teneis que meteros en nada, y podeis llevar vuestros ultrages á otra parte.

—Os equivocais, porque como miembro del consejo de familia puedo intervenir en vuestra conducta para con esta niña; hoy mismo voy á pedir que se reuna para examinar si vuestra sobrina ha recibido la educacion que debia tener.

Esta amenaza pareció producir gran efecto en la señorita de Maran.

—Niña, venid aquí, y responded, dijo, haciéndome una señal para que me acercara.

En vez de obedecer me agarraba mas á Mr. de Mortagne mirándolo con aire de súplica.

—Ya veis que vuestros cariños la asustan, dijo Mr. de Mortagne. Quien debe responder no es esta niña, sino vos. ¡No la habeis puesto un maestro! Apenas sabe lo que el hijo de un infeliz artesano sabe á su edad; no la quereis vestir como corresponde á su posicion. Y sin embargo, os pagan muy caro para que la cuideis.

—¿Qué quiere decir que me pagan? exclamó mi tía con indignacion.

—Quiere decir, que os dan mil francos al mes de los bienes de esta pobre niña para subvenir á sus gastos; y al ver el modo como está vestida, y la instruccion que ha recibido, se conoce que no gastais 100 Luises..... ¿Y que haceis de lo demás? Si lo guardais, será necesario que deis cuenta de ello..... Por lo demas podeis estar tranquila, yo cuidaré de sus intereses. Que seais muy maligna no es una razon para que no seais tambien muy codiciosa.

—¡Pero ya esto no puede sufrirse! sino supiera que estais loco. era preciso echaros por la ventana. Por ventura no tengo que daros cuenta de nada. ¿Qué significa esta impertinente inquisicion? esclamó la señora de Maran montada en cólera.

—Os digo que soy pariente suyo y que hago parte en el consejo de familia, ¿me entendeis? Respondió Mr. de Mortagne con voz de trueno, y como tal os citaré ante el consejo para que respondais de vuestra conducta! si no me hacen justicia me la haré á mi propio, y nos veremos las caras.....

—¡Ah! sois un monstruo..... hombre abominable! Tratar asi á una pobre muger! dijo mi tia con furor: ¿quereis que caiga enferma?

—¡A! señora, hace mucho tiempo que por vuestra malignidad habeis hecho olvidar la compasion que merecen la vejez, la fealdad y las enfermedades..... ¡no sois una muger!

—¡Como ¡que no soy una muger!..... ¿seré un unicornio quizás? idos de aquí, no quiero dar un escándalo delante de mis criados..... sino.....

—Sino, ¡seria lo mismo! He aquí lo último que tengo que deciros: voy á ver á todos los miembros del consejo de familia á fin de que separen de vuestro lado á esta desgraciada niña y la pongan en un convento ó en un colegio.

—Y para completar esta buena obra, repuso Mad. de Maran con tono irónico, os encargarán sin duda de designar el convento! Es una lastima que no haya *Jacobinas* para ponerla con ellas, ¿no es asi? *En medio de los hermanos y amigos de 93*, cuya historia os gusta tanto: llamareis á la niña la señorita *Scipiona* ó *Igualdad*; ¿qué digo? estaria me-

jor llamarla *ciudadana*. Por desgracia ya estos tiempos han pasado y en los nuestros se tiene cuenta en todo y por todo, ¿entendeis? se tiene cuenta de lo que hacen y piensan las personas que quieren prevalezca su opinion contra las *pensadoras*.

La señorita de Maran pronunció estas últimas palabras con una espresion tal, que Mr. Mortagne comprendió todo su alcance.

—¡Ah! mucho estrañaba que no me hubiérais tratado de *Jacobino* ó de *Bonapartista*..... Sé que sois bastante pérfida para suscitar contra mí en el consejo una cuestion de partido con motivo de la reclamacion que voy á hacer. Sé que nuestros parientes ultras, son muy numerosos. Sé que siguen ciegamente vuestros consejos, y es probable que hagan en estas circunstancias, como en otras muchas, un uso criminal de su mayoria.

Y abrazándome con cariño Mr. de Mortagne añadió con tristeza.

—¡Pobre niña! ¡pobre Francia!

—Ah! sois á la vez tierno y sublime, exclamó mi tia riéndose á carcajadas, conque *Pobre niña, y pobre Francia*.

Asi se espresaba el tierno Saint-Just en el club de los Cordeliers, pero no dejaba por eso de mandar cortar la cabeza al dia siguiente aunque fuera á uno de los que habian sido sus amigos y hermanos. Sí, veo muy bien, que si dependiera de vos no estaria mucho tiempo mi cabeza sobre mis hombros, porque me tratariais á la manera de esos pobres *hermanos*. Se conoce bien que habeis hecho parte de esos *señores del Loire*.

Mr. de Mortagne me dijo que en efecto los sarcasmos frios y crueles de Mad. de Maran, lo pusieron fuera de sí, y que despues sintió haberle respondido asi.

—Es muy cierto: cuando me acuerdo que á fuerza de pesadumbres habeis dado la muerte á mi prima Maran, cuando pienso que atormentais á esta pobre criatura con una maldad diabólica, me pregunto si no debiera ponerse fuera de la ley los que física y moralmente están fuera de la naturaleza!

—Basta de insultos, caballero! salid de aqui! exclamó

Mad. de Maran, con tanta cólera, que cuando Mr. de Mortagne quiso levantarse para ponerme en el suelo, me agarré á él con toda mis fuerzas, suplicándole que no me dejara con mi tia.

Me puso en brazos de mi nodriza que se habia quedado aturdida durante esta estraña escena.

Salimos los tres: Mad. de Maran se quedó entregada á su rabia.

---

EL CONSEJO DE FAMILIA.  
—

No me habia enterado mucho de la conversacion que Mr. de Mortagne tuvo con mi tia. Pero me habia alegrado de oir hablar á mi protector con tanta firmeza á Mad. de Maran.

Presentia un cambio feliz en mi posicion. La idea de entrar en un convento ó en un colegio, idea que tanto asusta á los chiquillos, me llenaba de alegría. Lo que deseaba mas que nada, era dejar la casa de mi tia. El consejo iba á decidir si deberia quedar ó no en poder de Mad. de Maran. Deseaba con ánsia que Mr. de Mortagne consiguiera su objeto. Llegó el dia fatal; mi tia me hizo vestir con bastante cuidado y bajó á la sala donde estaban reunidos los miembros de nuestra familia.

Buscó con la vista á Mr. de Mortagne; todavia no habia venido. Me colocó á su lado y al de Mr. Orbeval.

Todos nuestros parientes parecían temer á Mad. de Maran y mostraban una deferencia obsequiosa. Se sabia que era muger de poder; en su salon se reunian los hombres mas influyentes del gobierno; por respetos á Luis XVIII, manifestaban los príncipes á mi tia mucha benevolencia.

Mr. de Tayllerand visitaba con frecuencia á Mad. de Maran. Este grande hombre de estado que, como decia mi tia, guardaba casi siempre un silencio elocuente, hablaba algunas veces una hora con Mad. de Maran, porque era una de estas mugeres con quienes se tiene gusto en hablar.

Los niños se dejan siempre llevar de las apariencias; no pueden darse cuenta del poder que ejerce el talento y la intriga; así me fué imposible comprender durante mucho tiempo como Mad. de Maran, á pesar de su figura tan ridicula y casi grotesca, ejercia tanto imperio sobre personas que no estaban bajo su dependencia.

Cuando mi tia estaba sentada, su cabeza, casi al nivel de su hombro izquierdo, infinitamente mas alto que el derecho, no llegaba al extremo del espaldar de un sillón comun. Sus pies largos, calzados siempre con zapatos de castor negro, descansaban en un cojín muy alto donde se echaba Feliz.

Y á pesar de su fealdad y de su malignidad, Mad. de Maran reunia todas las noches en su salon lo mas escogido de Paris, y regañaba con altanería á las personas que algunos dias dejaban de ir á verla. Sus reconvenções agrias y duras manifestaban que no eran hijas de aprecio, sino de orgullo.

Solo se aguardaba á Mr. de Mortagne: llegó. Mi corazón latia con fuerza. De él iba á depender mi porvenir.

No tardé en observar que mis parientes recibían á Mr. de Mortagne con bastante frialdad. Su barba, y su vestido abandonado, hicieron sonreír y cuchichear á toda la reunion. Aunque todos conocian su originalidad, sabian la profunda aversion de mi tia hácia él, haciéndole burla, sabian que la lisongeaban.

Después de algunos momentos de silencio, mi tutor, Mr. de Orbeval suplicó á Mr. de Mortagne que reprodujera

las razones que habían motivado la reunion del consejo de familia.

Mr. de Mortagne repitió lo que había dicho á mi tia sin modificar sus palabras, y acabó por pedir que me pusieran en el convento de las inglesas, que entonces estaba en gran voga.

Durante esta acusacion violenta, Mad. de Maran estuvo impassible. Nuestros parientes le tenían un miedo horrible, y manifestaban su indignacion contra Mr. de Mortagne, interrumpiéndole mientras hablaba. Las miradas de todos dirigidas á mi tia parecian protestar contra el lenguaje brusco de mi protector.

Este enteramente indiferente á estos rumores, aguardaba que hubiera cesado el ruido para volver á principiar á hablar y no modificó nada su lenguaje. A la verdad que era necesario tener valor para atacar así á Mad. de Maran; en la posicion en que se encontraba podia hallar mil medios para vengarse de él..... ¡Ah! demasiado probó que era implacable el aborrecimiento que le tenia.

Entonces era yo muy niña y sin embargo me acuerdo de un hecho que me llamó la atencion á pesar de parecer insignificante, y que ahora tiene á mis ojos todo su valor.

A pesar de este debate, la fisonomia de mi tia no había revelado ninguna emocion; tenía en su mano una aguja de hacer calcetas..... A medida que hablaba Mr. de Mortagne, Mad. de Maran apretaba mas y mas esta aguja entre sus dedos descarnados. En el momento que mi protector dijo que si nada había mas respetable que la fealdad, la vejez y las enfermedades, nada era mas bajo que abusar de estas ventajas deplorables para responder impunemente con insolencia á los hombres que le pedian cuenta de una conducta á la vez vergonzosa y cruel; Mad. de Maran hizo pedazos la aguja que tenía en sus dedos: y nunca olvidaré la mirada fatal que lanzó á Mr. de Mortagne.

Mi tutor en nombre de la mayoría del consejo, respondió al antagonista de mi tia y censuró fuertemente su lenguaje. Mi protector se cuidó muy poco de este ataque. Mr. de Orbeval preguntó desques á mi tia con la deferencia mas respetuosa y únicamente por fórmula, si creía necesario va-



riar algo mi educacion; teniendo muy bien cuidado de añadir que todos los miembros del consejo aprobarian su decision cualquiera que fuese sobre este asunto, pues que nadie mejor que mi tia se hallaba en el caso de poder conocer lo que mas me convenia.

Mad. de Maran, sin hacer la menor alusion á los ataques de Mortagne respondió con arte y destreza, diciendo que en efecto estaba yo muy poco adelantada, que tenia la cabeza débil y el entendimiento poco desenvuelto; que creia no debia fatigar en vano mi inteligencia dándome lecciones de que todavia no podia aprovecharme disgustándome muy pronto del trabajo; y que por el contrario habia querido ocuparse al principio de mi salud, que gracias á Dios estaba en muy buen estado, y me encontraba en el mejor caso para poder ganar el tiempo perdido sin temer las fatigas del estudio. Concluyó diciendo que antes de la convocacion del consejo de familia estaba resuelta á que muy pronto principiaria mis estudios.

Mr. de Mortagne me ha dicho muchas veces que era imposible defenderse con mas habilidad como lo hizo mi tia; demostró claramente que economizando la educacion de mis primeros años, habia querido reservarse los medios de darme despues una instruccion mucho mas estensa y completa; añadió que era muy natural que no estuviera contenta en la casa de una tia vieja y enferma, pero que habia prometido á mi padre no abandonarme nunca y que asi no podia creer que mis parientes quisieran hacerme entrar en el convento.

Para conciliar todo y para que tuviese una compañera de mi edad, anunció que cediendo á sus instancias mi tutor habia consentido en sacar dentro de algunos meses á su hija del convento y confiársela á ella.

Mr. de Orbeval era viudo; y de este modo su hija haria conmigo sus estudios y vendria á vivir á casa de Mad. de Maran.

Mr. de Mortagne respondió con dureza y franqueza acostumbradas, que de este modo yo sería quien costearia la educacion de la señorita de Orbeval, que era pobre, y añadió que mi tutor no habia consentido sino por interes personal y

Mr. de Mortagne agregó que en cualquier otra circunstancia no se hubiera opuesto á la educacion particular que quieran darme y de la cual habia de sacar fruto mi jóven parienta; pero que tenia razones poderosas para creer que la influencia de la señora de Maran podia serme muy funesta; y pues habiendo atormentado mi niñez, quizás perderia mi juventud.

Un rumor de indignacion le cortó la palabra.

Mi tutor esclamó que nunca su hija pondria los pies en casa de mi tia; que si él se habia conformado con las proposiciones que le habian hecho, era solo por interés mio, pero pues se interpretaba tan mal su cariño, retiraba desde luego su promesa. Sin embargo, cuando todos los miembros del consejo de familia unieron su voz á la de Mad. de Maran, para apaciguar el baron de Orbeval y censurar el lenguaje de Mr. de Mortagne, mi tutor prometió dejar venir á su hija á casa de mi tia. No pudiendo contener su cólera, Mr. de Mortagne llegó á decir que no habia en toda la reunion un hombre de valor y de carácter, pues que todos temblaban ante el crédito de la señora de Maran.

Como mi protector ofrecia sostener con la espada en la mano lo que habia dicho, no hubo mas que un grito de indignacion contra este espadachin que queria hacer prevalecer la fuerza brutal en las deliberaciones de familia, y que no respetaba ni el sexo ni la vejez.

Incómodo Mr. de Mortagne por no haber conseguido nada, vino hácia mí, me abrazó con ternura y me dijo; pobre niña! dentro de poco nos volveremos á ver. Que Dios os preserve de esta muger maligna; ya veo que ellos están en mayoría, paciencia! paciencia!..... encontraré medios de salvarnos á pesar de esta gente..... Me abrazó de nuevo, y salió.

Despues de haber salido Mr. de Mortagne, se aumentó la indignacion general.

Los parientes que se hallaban en el caso de responder á las provocaciones de mi protector y que no lo habian hecho por temor á mi tia mas bien que por falta de valor, afirmaron que Mr. de Mortagne tenia el cérebro algo trastornado y que no habia que hacer caso de sus locuras.

A pesar de sentir mucho la derrota de mi protector, no podia menos de pensar casi con alegría en la compañera de que habian hablado; miré á su padre con menos inquietud, me animé hasta llegar á preguntar á mi tia cuando llegaría mi prima.

La señora de Maran me respondió sin dureza, casi con tono afectuoso, que no tardaria mucho en venir la señorita Ursula de Orbeval.

Esta noticia me llenó de alegría. Si hubiera sido mas feliz, quizás hubiera visto con envidia la llegada de mi prima, mientras que entonces la miré como un bien en la posicion en que me encontraba.

Desde aquel dia cambió por completo la conducta de Mad. de Maran para conmigo. Me puso los mejores profesores de Paris. Por un motivo que he sabido despues, me dejó á Mad. Blondeau para que me sirviera de aya, aunque estaba muy distante de tener los conocimientos necesarios para llenar estas funciones, sobre todo, cuando mi educacion debia ser muy selecta.

Me puso una doncella para que cuidara de mí en vez de dejarme vestida como antes, me compraba trages de lujo que no eran propios de mi edad.

Me acuerdo de la sorpresa y de la alegría que me causó un dia encontrar en mi cuarto un vestido magnífico adornado con encages del mejor gusto.

En lugar de regañarme y mortificarme diciéndome que era fea é inepta, mi tia elogiaba de un modo exagerado mi belleza, mi talento, mi elegancia y mis disposiciones.

Como este cambio brusco de maneras debia llamarme la atencion, Mad. de Maran me dijo en confianza, que hubiera sido muy peligroso confesarme estas verdades cuando era una perezosa, porque mi amor propio se hubiera exaltado, y podia haberme perjudicado, pero ahora que trabajaba con asiduidad, era un modo de recompensarme, confesar que no habia en el mundo una persona mas encantadora que yo.

La doncella que me habia dado mi tia me repetia las mismas palabras. En fin, todos en casa, hasta el mismo

Mi pobre Blondeau, con aquel instinto y aquella sagacidad profunda que produce el cariño, se asustó de este cambio repentino en la conducta de mi tia: me regañaba y me reconvenia, porque pensaba demasiado en componerme, porque no rezaba como antes, y porque me iba haciendo altanera y caprichosa.

A pesar de mi cariño hácia ella, me incomodaron sus reconvenciones. Me parecieron tanto mas penosas, cuanto que hasta entonces me habia tratado con la ternura de una madre.

Sentí que se enfriaba mi afecto, y que por el contrario se iba aumentando mi confianza en Julia, mi doncella, que no desperdiciaba ocasion de irritarme contra Blondeau.

A pesar de las atenciones y miramientos que Mad. de Maran tenia conmigo, no podia vencer la repugnancia y la aversion que me habia inspirado; sin embargo, hacia todo lo posible por conseguirlo, creyendo que era un verdadero deber manifestarle algun cariño. Hacia verdaderamente progresos rápidos, me apliqué con ahinco al dibujo, á la música, al estudio del inglés y del italiano, á fin de no ser inferior á mi prima Ursula Orbeval, cuya llegada estaba anunciando continuamente mi tia.

Rara vez salia Mad. de Maran; me enviaba todos los dias á pasear al bosque de Bolonia en su coche con mi doncella, porque no ocultaba las preferencias que tenia con esta jóven.

Durante el paseo me repetia que todo el mundo me miraba con admiracion.

En fin, hacia un año que se ocupaban particularmente de mi educacion, y estaba enteramente desconocida; en instruccion gané mucho, se habia desenvuelto mi entendimiento; pero ya principiaba á fermentar en mí el gérmen de las malas pasiones.

A pesar de tener en su alcoba un Cristo de marfil, no era mi tia aficionada á los actos religiosos.

Se limitaba á enviarme á oír misa á Santo Tomás de Aquino, con una de sus criadas. Un lacayo me seguia con un cojin para los pies y un bolso de terciopelo donde estaba el libro de misa. Era un aparato ridiculo

para una niña de mi edad, y por eso oía decir junto á mi:  
«Ya es una locura el cariño ciego que tiene esa señora á su sobrina.»

Acabé por creer en su cariño. En efecto, por todas partes decían que mi tia me adoraba, y que su debilidad y su escesimo amor habian de ser causa de que saliera mal criada.

Aun á estas horas hay muchas personas que están creidas que me ha amado siempre con esceso.....

No hay personas mas amables, pero tampoco mas egoistas que los niños.

Me complacia en dar á mi doncella señales inequívocas de cariño delante de Blondeau para hacerla rabiar.

La pobre muger, cuyo buen sentido le hacia comprender todo, no se irritaba, ni tenia envidia, pero sufría de un modo horrible, al ver que aquella á quien amaba con tanta sinceridad, le habia olvidado y apenas hacia caso de ella.

De allí á poco mi ingratitud no tuvo límites.

A medida que se desenvolvía mas mi inteligencia, Mad. de Maran me inspiraba si no mas cariño, al menos mas curiosidad. Ya empezaba á comprender sus sarcasmos y á divertirme con ellos; se burlaba de Blondeau, de su rigidez, de sus reconvenciones sobre mi compostura, y yo me reía mucho. Hacia burla de su ignorancia y de las espresiones de que se servía; y todo esto me divertía.

Poco á poco se añadió al olvido de este afecto tan santo y tan desinteresado el desprecio y el desden, porque mi tia hizo que me avergonzara de la especie de familiaridad en que vivía con una muger de su clase.

Sin duda yo no tenia razon, era culpable; pero apenas tenia ocho años, y una muger de un talento muy superior, abusaba de mi edad para lanzarme en un camino funesto.

Seguí por desgracia sus consejos; mostré tanta frialdad á mi nodriza, que la pobre cayó enferma de sentimiento despues de haber hecho todo lo posible para despertar en mí el cariño que antes le tenia.

Cuando la vi pálida y desfigurada, conocí toda la estension de mi falta; lloré y no quise separarme de su lado. Notando mi tia mi afliccion, me persuadió que la enfermedad de Blondeau era un juego, una ficcion. Esta interpretacion odiosa servia de excusa á mi ingratitude, y presté fé à las palabras de la señora de Maran.

Nunca olvidaré la admiracion dolorosa que se pintó en las facciones de mi nodriza cuando me vió à su lado risueña, ligera y burlona. Alzó hácia el cielo sus manos descarnadas, y exclamó llorando:

—¡Dios mio! han perdido á esta niña que tenia un corazon tierno y que era un retrato de su madre.

Desde aquel dia la infeliz Blondeau se puso mas triste y mas taciturna; aunque se sentia con mucha debilidad, quiso levantarse..... al ver su distraccion parecia que estaba preocupada una idea fija. Los criados se reian de ella y la tomaban por juguete. Esta muger que tan impaciente habia sido siempre, parecia sufrir todo con resignacion ó mas bien con indiferencia. Apenas me hablaba.

Me acuerdo que una noche al despertar la hallé con la cabeza inclinada sobre mi cabecera, los ojos anegados en lágrimas y mirándome con una angustia inesplicable. Tuve miedo, y me hice la dormida: al otro dia dije todo á mi tia. Me respondió que era una broma de Blondeau que queria asustarme. Creí á Mad. de Maran, y guardé rencor á mi nodriza.

Llegó el dia primero del año; la víspera mi tia me habia dicho hablándome de los aguinaldos de Blondeau, «En lugar de darle algun trage ó alguna alhaja será mejor darle dinero. A ESTA GENTE LE GUSTA MAS EL DINERO QUE NADA; y me entregó cinco Luises.

Los años anteriores nunca me habia dado mi tia nada para mi nodriza. Como entonces la amaba yo estrañablemente y tenia un placer en probarselo, todos los años la escribia sin que nadie lo viera, una carta cariñosa y bordaba para ella todo lo mejor que podia, un pañuelo ó cualquier otra cosa.

Es imposible figurarse la alegria de Mad. de Blondeau, cuando la víspera de año nuevo, echándome á su cuello, le traia la ofrenda de mi cariño.

Ahora que pienso en esto, me parece que habia algo de religioso en la manifestacion de mi afecto: pobre huérfana, abandonada y sin poder cosa alguna, recurria á mi trabajo para pagar la deuda de mi corazon.

A pesar de la inferioridad de su condicion, tenia mi nodriza un alma muy elevada para no comprender y sentir esta prueba de cariño que nadie me habia aconsejado.

Es de figurar cual seria su dolor cuando la vispera de año nuevo, le puse cinco Luises en la mano con aire alegre y risueño.

La pobre esperaba que la trajera algun dibujo como prueba de mi nueva habilidad. A pesar de mi ingratitud aparente, no habia creido posible, ni un momento, que me hubiese olvidado del todo de las tradicciones delicadas de mi niñez; mirándome con tristeza é inquietud me devolvió el dinero.

—Os equivocais, Matilde, esto es para Julia; para mi... para mi teneis otra cosa, ¿no es asi, hija mia?

Y su voz temblaba y me miraba con aire inquieto.

—Pero..... no tengo otra cosa que darte, la dije.

—Sin embargo..... otros años..... y procuraba ocultar sus lágrimas..... sabeis muy bien..... que por la noche..... despues del rezo..... me dabais.....

—¡Ah! si, sé lo que quieres decirme; pero ya ves que ahora no tengo tiempo para ello, es preciso que estudie..... Y ademas á vosotras, OS GUSTA MAS EL DINERO QUE NADA.

En seguida sin abrazarla y sin darla la menor prueba de afecto, la volvi á dar el dinero, y me salí saltando de alegría para ir á admirar una hermosa paletina de armiño que me habia regalado mi tia.

Al separarme de mi nodriza oí un gemido doloroso y el sonido que hacia el dinero al caer en el suelo.

Deseosa de ir á contemplar el regalo de mi tia no me detuve, ni volví la cabeza.

Ah! amigo mio! aunque jóven todavia he sufrido mucho, he derramado muchas veces lágrimas de amargura; pero Dios sabe que en mis momentos de desesperacion he exclamado siempre: debo sufrir todo sin quejarme, porque he

causado á la mejor de las criaturas la pena mas cruel que puede sufrir el corazon humano.

La noche de aquel mismo dia, á pesar de mi indiferencia, me avergonzaba al pensar en Blondeau; esperé reconvecciones, y encontré por el contrario á mi nodriza mas cariñosa que nunca; pero estaba muy pálida y muy afectada. Me pareció notar en sus miradas algo de extraordinario.

Me acosté y me abrazó muchas veces con efusion; sentí que sus lágrimas corrian por mis mejillas. Volvieron á parecer mis buenos sentimientos y me eché á su cuello pidiéndola perdon de haberla afligido.

—Acusaros..... á vos..... hija mia..... nunca,—decia llorando y besando mis cabellos y mis manos.—Nunca, desgraciada niña! Mientras os han dejado abandonada á vuestras inclinaciones, habeis sido buena y delicada, un retrato fiel de vuestra madre... .. Pero no hablemos ya de esto, hija mia. Vamos..... rezad..... Sí, rezad por vuestra pobre Blondeau, os ama mucho, tiene necesidad de que rezéis por ella. Los rezos de los niños son como los de los ángeles, Dios los escucha.

Cuando acabé de rezar, me besó con ternura la frente y me dijo: ahora, hija mia, buenas noches.

Observé que temblaba, que sus manos ardian y que sin embargo estaba muy pálida.

Me quedé dormida.

No puedo decir cuanto tiempo estuve sumergida en un sueño profundo: de repente me desperté sobresaltada. Se apoyaba sobre mí un cuerpo pesado.

Asustada medio abrí los ojos, no sabia que hora era. Una lamparilla quedaba siempre sobre la chimenea y alumbraba el cuarto con luz vacilante.

A la luz de la lamparilla ví á mi nodriza; estaba junto á mi cama; me habia despertado al querer abrazarme.

No atreviéndome á moverme, la seguí con la vista; su rostro tan dulce y tan suave, tenia una espresion siniestra que me llenó de espanto.

Me miraba hablando consigo propia, en voz baja.

—No, no; decia, no puedo soportar esto por mas tiempo. Ese monstruo está perdiendo á mi niña; Matilde ya no



me ama, me desprecia. No la sirvo de nada..... No tengo necesidad de estar aquí mas tiempo..... No; hoy he sufrido mucho, ah! han llenado la medida..... darme dinero á mí!..... á mí!..... no sé como no me vuelvo loca..... Creo que ya lo estoy..... Vamos..... concluyamos pronto..... daremos el último beso á este angelito: ha rezado por mí y Dios me perdonará.

Al decir estas palabras Blondeau me besó en la frente y añadió sollozando:—á Dios, á Dios!..... nunca sabrás el mal que me has hecho, hija mia!..... No te culpo á tí..... sino á ese monstruo que ha matado á tu madre á pesadumbres y que quiere perder tu alma..... A Dios hija..... quiero besar por última vez estos hermosos cabellos rubios:—sentí sobre mi frente sus labios yertos.

Aunque estaba despierta, habia cerrados los ojos. De repente miré y ví que mi nodriza se dirigió hacia la ventana y la abrió con violencia: adiviné cual era su intencion, corri hácia ella y me agarre de su trage en el momento en que iba á tirarse.

La pobre muger se quedó estupefacta; mis gritos la hicieron volver en sí, cayó de rodillas y exclamó—¿qué iba yo á hacer? ¡Dios mio! perdonadme, estaba loca, olvidaba que habia jurado á su madre moribunda no separarme del lado de esta niña, pero sufría tanto..... ¡Ah! Dios me ha enviado este angel para impedirme que cometa un crimen..... No, no, me quedaré siempre á tulado, hija mia, sufriré, moriré si es preciso de pena, pero moriré junto á tí; lo he prometido á esa pobre señora que está en el cielo y que me escucha.

Esta escena produjo en mi una impresion tan profunda, que sofocaron para siempre mis primeros gérmenes de ingratitud. Fuí con Blondeau lo que habia sido en otro tiempo, y por cierto que con gran sentimiento de Mad. de Maran, que habia esperado privarme de este afecto tan sincero y desinteresado.

Poco tiempo despues me dijo mi tia que mi prima, la hija de mi tutor, iba por fin á venir uno de aquellos dias, añadiendo que yo era mucho mas linda, que estaba mucho mas instruida que ella, y que por consiguiente tendria un placer en hacerla sentir mi superioridad.

No me dejaba Mad. de Maran ningun sentimiento en toda su pureza, en toda su flor! Ya la alegria dulce y sencilla de hallar una amiga, se habia marchitado con la idea de inspirarla celos, envidia, y por consiguiente aborrecimiento.

No sé si habreis observado, amigo mio, que mi tia con una sagacidad singular habia dividido mi juventud en dos partes: hasta los nueve años habia tenido que sufrir privaciones y abandono, porque todavia no estaba madura para otros proyectos.

---

## VI.

### UNA AMIGA DE LA INFANCIA.

---

Iba á comenzar para mí una era nueva.

Hasta entonces solo habia tenido sentimientos incompletos; temia á mi tia, pero sus sarcasmos me divertian. A pesar de algunas pruebas de frialdad y de olvido, amaba con ternura á mi nodriza; pero no habia entre nosotras ninguna relacion de edad ó de carácter.

Cuando llegó Ursula de Orbeval, estaba tan sola, habia pensado tanto en este afecto prometido, que ya sentia agradecimiento hácia mi prima, porque iba á realizar mis dulces esperanzas. Olvidé los consejos pérfidos de mi tia; y en vez de pensar en humillar á Ursula, no pensaba sino en amarla.

Llegó á casa el dos de Enero: tenia un año mas que yo. Por una estraña casualidad, su cabello era negro y azules sus ojos, mientras que yo tenia los ojos negros y rubio el cabe-

llo. Teníamos casi la misma estatura. Las facciones de Ursula no eran buenas, pero no se podía imaginar una fisonomía más interesante, y una sonrisa más dulce y amable.

Hacia poco que había muerto su abuela, y por eso, la primera vez que ví á Ursula estaba de luto. Su traje negro hacía resaltar más la blancura sonrosada de su cútis; me pareció tan graciosa y tan linda, que me eché á su cuello y la llamé hermana.

Lloraba sin poderlo remediar; aquellas lágrimas fueron las más dulces que he derramado nunca. Mi prima acogió mis caricias con gracia y ternura, la llevé á mi cuarto, y puse á su disposición todo lo que tenía.

Ursula no manifestó cortedad. Me dijo conmovida que me pedía mi amistad porque era casi huérfana, pues su padre era sumamente severo.

Sentí que se despertaba en mí un mundo de sensaciones nuevas, comprendí el placer de servir, de proteger, de defender á la persona á quien se ama; casi me alegré de que Ursula fuera pobre, pues que yo era rica y podía ofrecerla lo que necesitara; también me alegré de que estuviera abandonada, pues mi corazón estaba pronto á ir delante del suyo y á ofrecerla el cariño que la faltaba.

Desde que tuve una amiga á quien amar, creí no ser ya niña, me figuraba que era GRANDE, como dicen los niños; me hice formal, me avergonzaba de mis travesuras, y decía á Ursula enseñándole todos mis trajes con desden: esto era muy bueno cuando estaba sola.

Mi prima estaba de luto: yo quería vestirme de negro.

Toda la noche estuve trabajando en ese proyecto. Por la mañana entré con resolución en el cuarto de Mad. de Maran.

—Tía, yo quisiera vestirme de negro como Ursula todo el tiempo que ella lo esté.

—¿Estás loca? niña. Ursula está de luto y tú no tienes ningún motivo para estarlo, contestó con admiración.

—¿Pero y el luto de mi madre? respondí bajando los ojos.

Mi tía se echó á reír á carcajadas y exclamó: es cosa graciosa la imaginación de esta muchacha: si has llevado el

luto hace siete años, ¿cuantas veces quieres llevarlo? basta con una vez.

—Estaba de luto sin saber que lo estaba, respondí á mi tia, y sentí que se me asomaban las lágrimas á los ojos. La carcajada de mi tia me incomodó mucho.

—¡Jesus! que ideas tan originales tiene esta muchacha, agregó Mad. de Maran, riéndose y tomándome la cara..... Bueno, satisfacereis ese capricho; esto es, te vestirás de negro, pero no de luto; seria muy ridiculo: ¿no es así, hija?..... tendrás trages muy lindos de seda y de terciopelo negro, mientras esa infeliz niña no podrá llevar mas que trages de lana ó de coco..... lo cual no dejará de hacerla rabiar.

—Pero tia, yo quisiera estar siempre vestida como mi prima.

—Muchacha, ¿hasta este punto llega tu originalidad? exclamó Mad. de Maran, fijando en mi sus ojos penetrantes. Vamos, esto es mas de lo que yo pensaba. Vaya, no tengas cuidado; cuando se haya acabado el luto estareis vestidas como dos hermanitas; eres bastante rica para poderle regalar de cuando en cuando un traje á tu prima que no tiene un cuarto.

—Tia no me comprendeis, respondí con impaciencia; pues que Ursula es pobre, yo quisiera vestirme como ella y no que ella se vistiera como yo.

La señora de Maran me volvió á mirar con atencion y dijo con aire sardónico.

—¡Jesus! hasta donde llega la delicadeza de esta niña. ¡Ah! qué corazon tan tierno. Esto es de familia. En segnida añadió hablando consigo propia;—NO LE HACE, TANTO MEJOR, —y dirigiéndose á mi,—bien..... bien..... tratar á Ursula como hermana. Veo con placer que se manifiestan en tí síntomas de gran delicadeza, y de una escesiva sensibilidad. Tanto mejor, no me esperaba esto; has ido mas allá de mis lisonjeras esperanzas.

Salí del cuarto de Mad. de Maran altiva y satisfecha. Fui corriendo á ver á mi nodriza para decirla el resultado de mi conversacion con mi tia.

Blondeau me abrazó con alegria y me dijo: ¡ah! ya han vuelto tus buenos sentimientos; me parece que oigo hablar

Cualquiera hubiera creído que Mad. de Maran había dado treguas á sus malignidades, pero no era así.

Nunca se creyó mas segura de dañarme en lo presente y en lo futuro. Entonces, ignoraba lo que he sabido despues y me entregaba con placer á mis sentimientos de amistad exaltada. Mi prima correspondia á ellos con la expansion mas afectuosa.

A los pocos dias de la llegada de Ursula no tenia para ella secreto alguno. La habia contado todo lo que habia pasado, escepto el designio de mi nodriza, y me costó mucho trabajo guardar ese secreto.

Aunque Ursula era mayor que yo estaba tan adelantada como ella en los estudios. Nuestros profesores no dejaban nunca de elogiarme, sea que lo mereciese realmente, sea que de este modo creyeran lisongear á mi tia. Sin saberlo se hacian cómplices de sus secretos designios.

Temiendo herir el amor propio de Ursula con mis adelantos, hacia todo lo posible por escusar mi superioridad; hallé mil razones para esplicar mis triunfos con desventaja mia, ya diciendo que nuestros profesores querian agradar á Mad. de Maran dándome á mi primer lugar, ya suponiendo que Ursula me amaba bastante para cometer faltas expofeso y dejarme de este modo la ventaja.

No sé si nuestro cariño contrarió los proyectos de Mad. de Maran, pero lo cierto es que esta encontró medios de atormentarme de nuevo y con mas crueldad que nunca.

Bajo pretesto de acostumbrarnos poco á poco á ver el muudo, nos hizo ir algunas veces por la mañaua á la sala. Recibia todas las noches; pero ademas muchas personas intimas amigas suyas iban á verla entre cuatro y seis.

Cualquiera podrá figurarse la incomodidad que tendria yo cuando por primera vez la oí decir á personas estrañas—«quereis creer que mi sobrina, que tiene un año «menos que la señorita de Orbeval, y que ha principiado «su educacion mucho mas tarde, se ha aplicado tanto que «ha hecho progresos rápidos y en todo es superior á su «compañera? No es esto admirable? Generalmente las mu-

«chachas pobres y sin fortuna son las que trabajan con mas «asiduidad; y aqui sucede lo contrario. Matilde no se contenta con ser superior á su prima en riqueza y hermosura; «quiere ademas estar mas instruida, tener mejor educacion; «esta niña es un tesoro, un ángel, un vivo retrato de su «madre.»

Y la señora de Maran me colmaba de caricias hipócritas.

Se despedazaba mi corazon. Miraba á Ursula con aire suplicante. Apenas estuvimos solas me eché en sus brazos llorando, pidiéndole perdon por las alabanzas exageradas y ridículas que hacia de mi Mad. de Maran.

Conmovida como yo mi prima, calmaba mis temores, embromaba, y me probaba con su cariño que de ningun modo estaba celosa de mis ventajas, ni resentida por las reconvenciones de Mad. de Maran.

Entonces hice todo lo posible por dejar á Ursula el primer lugar; pero en vano acumulaba faltas sobre faltas; nunca conseguia que los trabajos de mi prima fueran preferidos á los míos. Un dia no quise hacer nada ni aprender mis lecciones. Fué preciso entonces dar el primer lugar á mi compañera.

Mad. de Maran nos hizo bajar á la sala, donde por cierto habia muchas personas.

Despues de una conversacion insignificante, me hizo ir á su lado y en seguida dirigiéndose hácia una de sus amigas.

—Vais á decirme que siempre repito lo mismo; pero es preciso perdonar á las viejas que sean machaconas cuando tienen que hablar de las personas á quienes adoran. Veo que os reis; ya os figurais que se trata de mi Matilde. Es muy cierto; estoy loca, chocha si quereis, es muy cierto, no puedo remediarlo, dijo mi tia con un tono tan dulce que hubiera engañado á cualquiera; continuó:—comparad á Matilde con Ursula..... por ejemplo, y encontrareis una gran diferencia. Siempre tengo que echar sermones á la señorita Orbeval, y nunca tengo que decir nada á mi niña. En seguida, volviéndose hácia mi prima, continuó con aire soberbio; señora, sois pobre, os aprovechais de todos los maestros

de Matilde, y sois tan perezosa que sufrís que vuestra prima, este ángel de bondad, falte como hoy de exprofeso á sus deberes, para dejaros el primer lugar que no habeis podido ganar por vuestra aplicacion:

Pero tia, exclamé yo, Ursula no sabia nada.

—¡Ya veis el buen corazon de esta criatura! ¡qué generosidad! ¡Todavía la defiende! Y mi tia me dió un abrazo. Dirigiéndose en seguida á mi prima que llena de vergüenza lloraba á lágrima viva, la dijo con dureza.

—Y como no os avergonzais de sufrir, quizás de exigir de esta niña tales sacrificios.

—Pero, señora, exclamó la pobre Ursula, os aseguro que ignoraba.....

—Bueno..... bueno, dijo Mad. de Maran, yo bien sé lo que debo pensar.

Nos mandó salir de la sala despues de haberme abrazado con ternura.

Me incomodaban sus caricias. Volví á aborrecerla mas que nunca. Principié á figurarme que su malignidad queria enagenarme las simpatías de mi amiga.

Despues de esta escena me heché á los pies de Ursula sollozando. La pobre niña me devolvió mis caricias, me dió gracias por las pruebas que la daba de cariño; pero lo noté; estuvo mucho tiempo dominada por la impresion que la habian producido las reconvenciones de mi tia, impresion tanto mas fuerte y dolorosa, cuanto que mi prima era altiva y orgullosa. Lo que temia mas era que Ursula me creyera capaz de ser cómplice de las alabanzas que hacian de mí.

Resolví ponerme en hostilidad abierta contra Mad. de Maran, é incomodarla á toda costa contra mí, á fin de probar á Ursula que no era traidora, y que queria partir con ella sus reconvenciones.

Se trataba de dar un buen golpe; mi desaplicacion, lejos de indisponerme con Mad. de Maran, habia sido causa de que la pobre Ursula sufriera reconvenciones crueles; era necesario por consiguiente hacerme culpable de otro modo; medité mucho tiempo este proyecto: segun me ha dicho despues Blondeau, tenia siempre un aire pensativo y



preocupado. Estuve mas cariñosa con Ursula; pero tomaba todas las precauciones posibles para que nunca pudieran acusarla de haber conocido mis proyectos.

Entre otras muchas diabluras, pensé romper una magnífica copa de porcelana de Sevres que el Rey Luis XVIII habia regalado á mi tia y que tenia en mucho.

Este proyecto no me satisfizo. Podian atribuirlo á torpeza ó imprudencia. Necesitaba alguna cosa muy premeditada, alguna maldad franca y que nada pudieran disculpar.

Entónces se me ocurrió prender fuego á las cortinas de la sala, pero las consecuencias de este incendio podrian ser peligrosas para Ursula y para Blondeau, y ademas tambien podia atribuirse muy bien á la casualidad.

Al maquinarse todo esto, confieso que no tenia el menor escrúpulo; creia hacer algo de heróico y de generoso; sentia hervir la sangre en mis venas.

Estaban bullendo estos pensamientos en mi cabeza, cuando quiso la fatalidad que fijase la vista en el perro de mi tia.

Tenia que vengarme de este animal maligno, porque me habia mordido muchas veces. El dia anterior habia mordido á Ursula: pero lo confieso, aunque hubiera sido el perro mas manso del mundo, su mayor crimen á mis ojos, ó mas bien, la razon que me hizo preferirlo para víctima, eran los extremos que por él tenia Mad. de Maran.

Sabia lo que la incomodaba cuando por casualidad cualquiera de los criados tropezaba con él y lo lastimaba, aunque fuera sin intencion. Tuve un momento la cobardia de temblar al pensar en la cólera de Mad. de Maran. La creia capaz de hacer cualquier disparate si hacia yo algun daño á su perro. Pero pudo mas mi amistad á Ursula. Arrostré todas las consecuencias de mi resolucion.

Me hallaba sola en el cuarto de mi tia; Feliz estaba acostado en su cama de terciopelo; solo veia su cabeza; queria hacerme mal, pero no sabia como; era muy desconfiado y tenia mala intencion, ademas un puntapié por ejemplo, no bastaba ni á mi venganza, ni á mi proyecto.

Ahora, amigo mio, no puedo menos de sonreirme al referir estos detalles pueriles; sin embargo, no me acuerdo haber sentido nunca una emocion tan profunda y tan violenta como la que sentí en aquel momento.

¡Cosa rara! He tenido que tomar en mi vida resoluciones muy graves y muy culpables; pero os aseguro la verdad; nunca he sentido el temor, la irresolucion, el remordimiento anticipado, si es posible decirlo así, que sentí en el momento de ir á cometer una verdadera diablura de chiquillo.

Confieso que fué muy bárbara mi venganza contra Feliz; yo no era cruel por carácter; era preciso todo el deseo que tenia de rehabilitarme con Ursula, para decidirme á esta atrocidad.

Fué la idea por cierto cruel: puse á la luz unas tenazas hasta que se enrojecieron; en seguida me dirigí al sitio donde estaba Feliz; se levantó de su cama y se me abalanzó ladrando: tuve la destreza de cogerle con las tenazas una de sus orejas puntiagudas; el pobre animal dió ahullidos atroces y cayó sin fuerzas para volver á su cama. Tuve un instante de remordimiento al ver humear la oreja del desgraciado animal, y al oír sus ahullidos; pero sofoqué este movimiento de compasion, contando conque mi tia se enfureceria y me pegaria.

Me habia quedado en pié heróicamente con mis tenazas en la mano: mi víctima estaba revolcándose delante de mi.

Al oír los chillidos de su perro, la señora de Maran acudió corriendo y asustada.

Su mayordomo la seguia.

—¡Qué ha sucedido, Dios mio! dijo acercándose á Feliz. ¿Qué tiene mi pobre perro?..... Viendo que tenia quemada la oreja, levantó la cabeza y me dijo enfurecida.

—Estúpida, ¿no puedes cuidar de ese animal ni un momento..... impedir que se acerque al fuego?..... Servion, Servion, pronto, agua fria, yelo.....

Con los ojos desencajados, me cogió por el brazo, me tiró pellizcos, y exclamó; ¿no podias cuidar de este animal, indigna criatura?

Mad. de Maran tenia una cara tan horrible; estaba tan enfurecida, que estuve un momento indecisa si declararia ó

no la verdad; podia hacerla creer que la quemadura del perro habia sido sin poderlo remediar; pero pude mas que esta cobarde debilidad; y soltándome de sus manos, la enseñé las tenazas que todavia tenia en la mano, diciéndola con una calma admirable:

—Puse al fuego estas tenazas y me he servido de ellas para quemar la oreja de Feliz.

No habia terminado estas palabras, cuando sentí sobre mis mejillas los dedos descarnados y huesosos de mi tia.

Fué tan violenta la bofetada que por poco no me caigo al suelo.

No os sonriais, amigo mio, pero aunque fué fuerte el dolor, y grande mi miedo, solo pensé en el insulto; la cólera me cegó, no supe lo que me hacia, y tiré las tenazas contra Mad. de Maran.

La fatalidad me sirvió; las tenazas dieron contra la magnífica copa de porcelana de Sevres, y se hizo pedazos el regalo de Luis XVIII.

Me acuerdo, amigo mio, de haberos oido analizar con vuestro juicio tan exacto y tan verdadera la emocion que sentiais, cuando en la guerra os exaltaba el instinto involuntario de la carniceria.

Pues bien, sentí una impresion semejante.

Despues de haber quemado al perro y rotó la copa, insensible á las reconvenciones y amenazas de mi tia, corrí triunfante y llena de orgullo á buscar á mi prima, gritando hasta mas no poder. Ursula! Ursula!.... Ven y veras!....

No pudiendo resistir á la violencia de los sentimientos que me agitaban desde hacia algunos minutos, perdí enteramente el conocimiento.

Juzgad cual seria mi alegria! Al volver en mí, me ví acostada en la cama; mi nodriza estaba á mi cabecera, y mi prima hincada de rodillas, tenia agarradas mis manos.

No puedo pintaros la alegria y el orgullo que senti en el momento, recordando mi accion valerosa.

Pregunté á Blondeau si se habia apaciguado la cólera de mi tia.

—Jesus! pobre niña! dijo mi nodriza; vos que erais tan buena ¿cómo habeis tenido placer en hacer mal á ese perro?

Es arisco y maligno como el demonio, lo sé..... pero siempre ha sido lo mismo.

—¿Y mi tia, está muy incómoda? dije con impaciencia.

—Que si está incómoda! dijo Blondeau; está tan rabiosa, que ha tenido un ataque de nervios.,..... Al volver en sí, lo primero que ha dicho es mandar que os pongan á pan y agua durante ocho dias.

—Ah! Ursula, exclamé echándome al cuello de mi prima.

—Pues hay mas, señorita, añadió Blondeau con tristeza.

Vuestra tia ha mandado haceros un capoton de tela basta y oscura con un cartel, con el cual debereis bajar mañana á la sala cuando haya gente.

—Ursula, Ursula, ya lo ves, me castigan tambien..... tambien me detesta! exclamé llena de gozo y abrazando á mi prima.

—Ah! ya me figuro todo, dijo mi nodriza; y la buena muger cruzó las manos mirándome con ternura.

## PRIMERA COMUNION.

A pesar de su talento y de su penetracion. Mad. de Maran no adivinó el motivo de mi venganza contra Feliz.

Crejó que habia obrado por aborrecimiento y por resentimiento contra su perro: léjos de arrepentirme, me alegraba cada vez mas de haber tomado aquella resolucion. Ursula se admiró de esta prueba de amistad, y se estrecharon mas y mas los lazos de nuestro tierno afecto.

Conocia en Ursula un carácter superior al mio; muchas veces era yo terca y voluntariosa; y mi prima por el contrario, siempre tenia una paciencia y una serenidad profundas; su mirada era dulce y algunas veces se cubria de lágrimas. Parecia destinada al sufrimiento y á la resignacion.

Mad. de Maran aparentó olvidar poco á poco las faltas que habia cometido, y continuó alhagándome el amor propio á costa de mi prima.

Convencida esta de mi cariño, parecía invencible á las perfidias de mi tia.

Uno de los sucesos mas graves de la vida de una jóven que no es ya una niña es la «primera comunión»; en mi puedo decir que despertó nuevos pensamientos.

Mad. de Maran no observaba ninguna de las prácticas exteriores de la religion. Ningun sentimiento piadoso se revelaba en su language ni en sus costumbres. Al hacernos cumplir con nuestro deber religioso, creía solo cumplir con una obligacion social.

Por desgracia, el sacerdote encargado de nuestra educacion religiosa, miraba esta mision celestial solo como un deber de su profesion: conformándose con esta santa ceremonia no ponia el espiritu divino al alcance de nuestra débil inteligencia. Así es, que no nos hizo mirar la confesion como un acto de confianza piadosa y benéfica.

Lo confesion fué para nosotras un acto penoso y aun repugnante.

El sacerdote que venia todos los dias para prepararnos á la comunión, era el abate Dubourg, hombre de carácter duro y melancólico; se daba prisa por concluir nuestras conferencias; su enseñanza era fria, seca, y casi desdeñosa. Orador elocuente, habia predicado dos cuaresmas con el mejor éxito, y segun creo, aspiraba á la dignidad episcopal. Sabiendo el crédito é influjo de mi tia, habia aceptado por cálculo las funciones de preceptor religioso; funciones que indudablemente consideraba inferiores para un hombre de su saber y de su elocuencia.

Ahora que puedo comparar y apreciarlos hechos, me parece que las lecciones del abate Dubourg no se diferenciaban en nada de las de los demas profesores: nos daba lecciones de religion y nada mas.

¡Ah! felices las jóvenes cuya educacion religiosa se ha desenvuelto y fecundado por la ternura de una madre, intermedio sagrado entre Dios y su hijo.

¿No es preciso que los rayos de la luz divina penetren en las naturalezas tiernas y delicadas á través del amor maternal?

Sin embargo, el instinto religioso que existia y que ha

existido siempre en mí, me revelaba de un modo confuso la santidad del acto en el que iba á tomar parte. Pero mi ignorancia limitaba á mis sentimientos personales este símbolo magestuoso é inmenso como la humanidad.

Comulgar con Ursula, fué para mí comprometerme ante Dios á ser para ella la hermana mas cristiana. Asi concentré en ella el amor sin límites que la religion reclama para todos.

Nuestra comunión al pié de los altares, fué para mí la consagración santa y eterna de nuestra amistad.

Lo sé, la ley sagrada no se estiende á uno solo, pero el Señor en su misericordia ha debido compadecerse de dos niñas huérfanas que, en su ingénua exaltación, ligaban su cariñosa fraternidad con uno de los misterios mas imponentes de la religion.

Desde aquel dia nuestros lazos parecieron indisolubles; trazábamos los proyectos mas extravagantes; no debiamos separarnos ni casarnos nunca; la vida de las solteronas nos parecia la existencia mas envidiable del mundo.

Los tres ó cuatro años que siguieron á mi primera comunión, pasaron sin que ocurriera nada importante. Mi único sentimiento era verme vestida con mas elegancia que mi prima, y oír á Mad. de Maran que decia delante de mí y de ella á las personas que venian á verla.

«Parece increíble que los años cambien tanto las facciones..... Ya veis..... Matilde era únicamente linda cuando chica, pero á medida que va creciendo, se va poniendo tan hermosa que todo el mundo vuelve la cara en la calle para mirarla; Ursula por el contrario tenia una cara graciosa cuando pequeña, y ahora que va creciendo es un verdadero mascarón; y ademas va tomando un aire tan comun..... tan..... tan..... vulgar!! mientras que su prima tiene una fisonomía distinguida. Pero qué quieres, hija, añadía Mad. de Maran dirigiéndose á Ursula con una resignación hipócrita y tomando su aire de sencillez, es preciso que nos resignemos y pasar asi..... Esto es herencia de familia. Por nuestro lado no ha habido ni gracia ni hermosura! Puedo hablar así, porque soy tan fea como los siete pecados mortales, y tengo el cuerpo como un saco de nueces. Pero á propósito

«de joroba, añadía mi tía dirigiéndose á sus amigos, ¿no os parece que Ursula tiene el cuerpo un poco encorvado? Es casi nada, pero ciertamente hay algo, ¿no es así?..... Es como un recuerdo de familia por el lado «paterno.....»

Los amigos de Mad. de Maran no dejaban de negarlo con dulzura, pero mi tía continuaba diciendo:

«¡Qué diferencia con Matilde! es un verdadero cuerpo de hechizo; derecho como un junco, flexible como un mimbre; no hay una joven de su edad que reúna como ella la gracia á la magestad, y el talento á la belleza. «¿Y como ha de ser? Tú, que no tienes estas cualidades «créeme Ursula, para consolarte de ser en todo inferior «á tu prima, debes admirarla..... La admiracion es el «consuelo de las feas generosas; y esto tendrá tanto mas «mérito en tí, cuanto que pareces todavia mas fea cuando «te comparan con Matilde. Te sucede lo que á mí; nunca «ca aparezco tan horrorosa como cuando estoy al lado de «una muger joven y linda; pero, como te digo, me consuelo admirándola!..... Además de esto tienes mil razones «para amar á Matilde; me encanta vuestro cariño, me «prueba que no eres ingrata: ya ves que tu prima ha «hecho contigo la mayor caridad del mundo; sin ella ¿hubieras tú tenido la educacion espléndida que recibes? ¿hubieras podido pagar tu padre profesores á un luis el billete? Haces muy bien de amar y bendecir á tu prima; «gracias á ella puedes olvidar con tu instruccion y tus talentos, que tu figura es tan desagradable como encantadora «la de tu prima.»

Nada habia ni mas pérfido ni mas odioso que estas censuras y estos elogios exagerados sobre nuestros dotes físicos.

No he comprendido nunca la falsa modestia que consiste en negar una que es bella. Es un hecho independiente de la persona, y siendo bien parecida, confesarlo no es vanagloriarse, sino decir la verdad.

Por el contrario tendria el mayor escrúpulo en apreciar el mérito del saber ó de las ventajas adquiridas.

Creo pues, que á los 16 ó 17 años era linda, aunque



no tanto como lo pretendia Mad. de Maran; era lo suficiente para justificar algo sus alabanzas, si no hubiesen sido tan exageradas.

Lo mismo sucedia con las censuras que hacia de mi prima; era de estatura alta, delgada, bastante derecha; pero lo que daba algunas apariencias de realidad á las malignidades de mi tia, era que Ursula, como todas las muchachas que crecen de repente, tenia la costumbre de inclinarse un poco. Se vé cuanto arte empleaba Mad. de Maran en sus perfidias.

Era el mismo sistema de que se habia servido desde mi niñez. Bajo cierto punto de vista decia la verdad y el arma era de dos filos.

Mi tia queria herir la vanidad de Ursula y escitar mi amor propio hasta el ridículo.

Si las ideas mas falsas, las mentiras mas abultadas cuando se repiten continuamente, acaban por dejar huellas profundas en nuestra alma, ¿que será si se trata de verdades aparentes?

Mi prima habia acabado por creerse desnuda de todo encanto, de todo agrado; si le aseguraba lo contrario, consideraba mis palabras como dictadas por un pensamiento de compasion afectuosa y me respondia.

—¡Dios mio! ¡qué buena eres! queriendo consolar-me así!..... pero yo me engaño, Mad. de Maran tiene razon..... Eres tan hermosa como yo fea; ya he tomado mi partido.

Indudablemente el language de mi primera era sincero.

Entonces nada podia hacerme creer que mi tia habia logrado su objeto, que habia sembrado los celos en aquel corazon puro y cándido.

¡Pero ah! el porvenir probará si no fué un crimen..... un gran crimen de Mad. de Maran, despertar en el alma de Ursula la pasion mas feroz y mas implacable de todas..... ¡LA ENVIDIA!

Era menos grave el otro peligro de exaltar mi amor propio. Al hablar así mi tia me hacia sin saberlo un gran servicio. Me puso siempre en guardia contra las lisonjas

Lo que hace peligrosas las lisonjas es la costumbre de haber sido elogiada con tacto, con cariño y con verdad.

Se deja una entonces llevar el encanto de cuantas palabras son benévolas: nos recuerdan tiempos llenos de confianza, de amor y de sinceridad.

¿Qué poder irresistible no tendría una lisonja que pareciera continuar los elogios de una madre.

Cuando hablabamos de nuestros proyectos de permanecer solteras, á los cuales pensaba ser fiel, me decia Ursula sonriéndose con tristeza.

—Permanecer soltera, ¡ah! eso se queda para mí que soy pobre y fea; pero tú, rica, bella, llena de gracia, ¡ah! tú te casarás, serás feliz. Unicamente me guardarás un sitio en tu corazon y en tu casa, para que pueda siempre contemplar tu felicidad.

¡Ah! algunas veces se riè la fatalidad de nuestros votos y de nuestras previsiones.

Ya habia cumplido diez y siete años. Casi nunca habiamos ido mi prima ni yo á sociedad alguna.

Algunas veces soliamos ir á la ópera con Mr. de Orbeval, mi tutor, pero todavia no nos habian presentado en el mundo.

Muy rara vez nos quedábamos por la noche en la sala de mi tia. Iban mas hombres que señoras, y la presencia de dos jóvenes hubiera sido un obstáculo para la conversacion que no dejaba de ser algo libre. Pensando sin duda en casarme, Mad. de Maran resolvió presentarme en el mundo á principios del año de 1830.

Nos dió parte de esta resolucion á mi prima y á mí, añadiendo segun su costumbre, algunas cosas punzantes á Ursula.—«No es ya en mi casa á donde vas á sufrir la comparacion que harán entre Matilde y tú, la dijo, sino en el gran mundo..... delante de todos..... Armate de valor, hija mia..... Muy pronto tienes que dar la primera prueba..... Mañana por la mañana os presentaré á la embajadora de Austria, y el Miércoles os llevaré al gran baile que

vá á dar. Es tiempo de que entreis en el mundo. Ya yo soy vieja; estoy ademas bastante achacosa, y no quiero morirme sin ver establecida á mi sobrina, y sobre todo establecida como deseo. . . . .

LA ENTRADA EN EL MUNDO

Quando nos suñamo Mad. de Mariva por nos conducir al baño de la embajadora de Austria, mi prima y yo nos quedamos muy impudicas, como era natural, porque siempre habiamos vivido en el retiro. Nada nos molestaba y singular para nuestras costumbres. Por la mañana dejamos nuestras lecciones. A medio dia saliamos á dar un paseo, luego á mi con Mad. Blondet, ó bien en coche con Mad. de Mariva; despues volviamos á tratar por vestimnos y nos estabamos en la sala con mi tia haciendo cualquier cosa hasta la hora de comer. Muchos de sus amigos venian á verla á estas horas. Eran pocas en número y casi todos compañeros de colegio con mi padre. Entre ellos especificamos mucho á M. de Verac, con plecho en palacio.

---

## VI.

### LA ENTRADA EN EL MUNDO.

---

Cuando nos anunció Mad. de Maran que nos conduciría al baile de la embajadora de Austria, mi prima y yo nos quedamos muy inquietas, como era natural, porque siempre habíamos vivido en el retiro.

Nada mas monótono y singular que nuestras costumbres.

Por la mañana dábamos nuestras lecciones. A medio día salíamos á dar un paseo, bien á pié con Mad. Blondeau, ó bien en coche con Mad. de Maran; despues volvíamos á entrar, nos vestíamos y nos estábamos en la sala con mi tia haciendo cualquier cosa hasta la hora de comer.

Muchos de sus amigos venían á verla á estas horas. Eran pocos en número y casi todos compañeros de emigración de mi padre.

Entre ellos apreciábamos mucho á Mr. de Verzac, empleado en palacio.

A pesar de sus setenta años no se podia encontrar un viejo mas alegre ni mas amable. Tenia un aire muy elegante, montaba muy bien á caballo y siempre asistia á las cacerias que daban el rey ó el Delfin. Habia sido muy bueno para conmigo, y muchas veces habia defendido á Ursula tomando su partido con gracia y con arte contra mi tia.

Mr. de Verzac era de un carácter amabilísimo, pero sin consistencia; habia pasado su vida en agradar y le hubiera sido imposible no decir algo de amable y lisonjero.

Muchas veces estoy tentada de creer, que esta *benevolencia* ocultaba, si no un profundo desden, al menos una indiferencia completa á todos y hácia todos. Pero si en efecto existia este sentimiento en Mr. de Verzac, era muy difícil penetrarlo á través de una corteza de urbanidad y de afabilidad esquisitas. Por lo demas nunca he podido representármelo en mi imaginacion sino sonriéndose, embromando ó lisongeando; tenia unos dientes como perlas, muy blancos y esmaltados, una sonrisa seductora, y quizás contribuian estas ventajas á su optimismo.

Todavía me parece que estoy viendo su rostro lleno de nobleza y de la gracia afectuosa propias de los viejos del gran mundo. A pesar de estar blanco su cabello, lo llevaba con gracia y vestia con mucho gusto.

Rara vez ví á la señora duquesa su muger, que desde la restauracion se habia retirado á la abadía de Pathenmont donde se ocupaba de obras buenas y piadosas.

No os admireis, amigo mio, si os hablo mucho de Berzac, porque sabeis muy bien que mas tarde he llegado á pertenecerle muy de cerca.

Lo que hacia tambien que nos agradara tanto, eran las relaciones encantadoras que hacia de los bailes de la señora duquesa de Berry. Mr. de Verzac era hombre amigo por excelencia de los placeres, y hablaba con el mas vivo interés de las distracciones de la vida ociosa y opulenta.

Entre las personas que componian por la mañana el círculo de Mád. de Maran, habia un consejero del rey. Era el mejor hombre del mundo. Nos divertia mucho con sus dis-

tracciones y con su sueño, al cual cedía algunas veces en medio del día con una bonomía encantadora.

Lo que ponía el colmo á nuestra risa, era la llegada de Mr. Bisson, hombre de un saber profundo y de una reputación europea; pasaba por uno de los miembros mas eminentes de la academia de las ciencias; era alto, delgado, y de cabeza pequeña; su rostro revelaba un carácter suave y dulce. Su cuello largo y delgado salia de una corbata blanca hecha una sogá, y cuyo nudo estaba siempre por detrás de la cabeza. Llevaba en todas estaciones un carrik verde forrado de seda encima de su frac negro con faldones muy largos. Por nada en el mundo se metia en un coche, tanto temor tenia de volcar; así es, que en el tiempo en que llovía entraba en casa de Mad. de Maran hecho una miseria, lleno de lodo, de agua y de basura.

Hombre de talento, de conocimientos y de bondad, no tenia mas que una mania incurable; la de tocar á todo, de quitar las cosas de su sitio, y muchas veces hasta de romperlas.

Mi tia se ponía furiosa; pero como la gustaba mucho hablar de ciencias con un hombre de la reputación de Mr. Bisson, acababa por apaciguarse.

Siempre me acordaré de una caja de tabaco esmaltada que mi tia habia entregado, en medio de una disertación sobre una de las últimas memorias leídas por el duque de Luynes en la academio de ciencias sobre los vasos etruscos.

Mr. Bisson principió á dar vueltas á la cajeta en su mano; despues se fué animando poco á poco la conversacion. Mad. de Maran no era mésurada en sus ataques; antes que ceder negaba la evidencia. El sábio, exasperado por yo no sé que afirmación falsa, exclamó dando golpes sobre la chimenea.

—No, os digo que no, mil veces que no.

A cada negación acompañaba un golpe con la cajeta contra la meseta de la chimenea.

Mi tia no se apercibió de la destrucción de su frágil cajeta sino por la nube de tabaco y la lluvia de esmalte que se escapaba de ella.

—Jesus que hombre! todo lo hace pedazos, exclamó

montada en cólera, ¿que es lo que me ha roto ahora?... Ay Dios mio! es mi cajeta. Pero hombre! por amor de Dios, estaos quieto; me echais tabaco en los ojos! me vais à dejar ciega. Desde ahora os prohibo que pongais los pies en mi casa, entendéis?... pobre cajeta!.. Ya se sabe que no queda vivo y sano lo que cae en vuestras manos. El otro dia, meneando esos telégrafos que teneis por brazos, me rompisteis un tarro precioso de cristal de roca, apreciado en sesenta luisés. Hacedme el favor de iros de aqui, porque me cuestan muy caro vuestras conversaciones científicas, sin contar con lo que estropeais las alfombras con el lodo que recogeis de todas las calles de Paris.

—Por mas me digais, señora, exclamó Mr. Bisson con mucha calma, nunca me meteré en un coche; es cosa resuelta hace mucho tiempo; y mejor quiero ensuciaros vuestra alfombra, que romperme la cabeza tontamente. Y el sábio nada dijo con respecto al desastre de la cajeta.

—Mr. Bisson, dejadme por Dios en paz, dijo mi tia. Me haceis salir de mis casillas; y á la verdad que no tengo ganas de incomodarme. Hacedme el favor de salir inmediatamente, y sobre todo, de no volver mas.

—¿Y á donde quereis que vaya ahora? No son mas que las dos, y hasta despues de las tres y media no tengo necesidad de estar en el instituto, dijo el matemático, y se sentó en un sillón cogiendo un abanico de la chimenea, que fué lo primero que se le vino á la mano.

—¿Que á donde quiero que vayais? exclamó enfurecida Mad. de Maran. Por ventura, ¿está destinada mi casa á servir de sala de asilo á los miembros del instituto, cuando no tienen nada que hacer?... Pero, ¿qué teneis en la mano?... Ay! el abanico de la chimenea! y ya lo estais destrozando!... esto es intolerable.... vuestro génio destructor es capaz de echar una casa abajo..... Y arrancó de las manos de Mr. Bisson el abanico casi roto.

—Es admirable con que poca solidez trabajan en el dia. Esto proviene de que se exagera demasiado la produccion!.. dijo Mr. Bisson con aire meditabundo, armándose de una es-

cobilla de chimenea, y sirviéndose de ella á guisa de tenazas para atizar el fuego.

Se renovaban muy á menudo estas escenas, y nos divertian mucho, porque al cabo de dos ó tres dias volvía Mr. Bisson, sin acordarse de lo que habia pasado, y Mad. de Maran no podia guardarle rencor.

Despues que se retiraban los amigos de mi tia, íbamos á comer con ella: nunca convidaba á nadie por estar á sus anchas. Tenia siempre buena mesa; era sumamente glotona, pero tenia una costumbre que nos causaba una repugnancia invencible.

Su mayordomo Servion le traia todo lo que se ponía en la mesa, porque probaba de todo, y muchas veces se servía con sus dedos; ademas solia poner encima de la mesa á su perro Feliz; á la sazon valetudinario, y le daba allí de comer.

El tiempo que duraba la comida era para nosotras un suplicio. Volviamos un instante á la sala, y estábames en ella hasta que mi tia se quedaba completamente dormida en su sillón, costumbre que nunca abandonó. Sus criados tenían órden de no despertarla, y de decir á las personas que vinieran *prima sera*, que tuvieran la bondad de esperar en otra sala. A eso de las ocho volvíamos Ursula y yo á nuestro cuarto, y allí nos estábamos charlando, leyendo ó estudiando hasta la hora del té. Nunca asistíamos á la tertulia de Mad. de Maran; recibia pocas señoras, y las que iban eran de su edad.

Acostumbradas á esta vida monótona, ya podeis figuraros cuan deslumbradas estaríamos con la perspectiva de los bailes y de las funciones, de que mi tia nos hablaba.

Al saber esta noticia, nuestra primera impresion fué de alegría: pero poco á poco la reflexion produjo en nosotras pensamientos melancólicos. Pasamos la noche que precedió al baile en una agitacion singular; á medida que se iba acercando la hora, me sentia mas y mas triste y abrumada. No habia tenido la felicidad de gozar del cariño de mi madre; quizás en aquel instante la echaba de menos mas que nunca.

La esperiencia me ha probado que no me habia engañado mi instinto; cuando entramos en el mundo es cuando nos son mas indispensables los cuidados protectores é imponentes de una madre.



Es sabido que la aparicion oficial, por decirlo así, de una jóven en medio mundo, alienta y autoriza las pretensiones de los que pueden pedir su mano.

Esté ó no justificado, se teme generalmente tanto el crédito como la sagacidad del corazon de una madre y ciertas personas poco susceptibles de conseguir su objeto, temen arrostrar esta penetracion maternal tan atenta y tan desconfiada.

Por el contrario, cuando una jóven está huérfana, cualesquiera que sean de que las vean las personas rodeada, la creen y con razon menos defendida, y llega á ser entonces una especie de presa, de conquista á la que todos quieren pretender.

Sin comprender esto con tanta claridad, una inquietud dolorosa me tuvo despierta una parte de la noche, tenia un presentimiento vago de todo esto; estaba incómoda casi irritada al pensar que personas estrañas ó indiferentes iban á examinarme, á comentarme, á calcular mi fortuna, á escudriñar mi nacimiento y á clasificarme en la categoria de los *partidos* de un modo mas ó menos ventajoso. Me parecia que no tendria que temer á ninguno de estos cálculos si estuviera acompañada de mi madre.

Tenia otro motivo de disgusto, estaba lejos de participar de las prevenciones de mi tia con respecto á mi prima; pero á fuerza de oir repetir á Mad. de Maran que Ursula era fea, que estaba desnuda de todo atractivo habia aabado por temer que el mundo confirmara el juicio de mi tia y que mi prima se apercibiera de ello.

Temia que una vez en los grandes salones, en medio de una sociedad escogida, Ursula, á pesar de su dulzura y de su resignacion, me envidiara las frívolas ventajas que le faltaban y que sus celos se cambiaran quizas en un sentimiento mas amargo.

Su amor propio no habia sufrido nunca sino en presencia de algunos amigos de Mad. de Maran; ¿qué sucederia si llegaba á sufrir en público una indiferencia desdeñosa?

Os aseguro, amigo mio, que esta preocupacion fué la que quizás me atormentó mas; tan sincera y profunda era la amistad que profesaba á Ursula! Ademas, sin decirle una

palabra pensé formalmente en los medios de partir con ella mi fortuna. No era esta una de esas exageraciones infantiles que se olvidan tan pronto como se conciben; era una resolución tomada con firmeza: para realizarla con mas seguridad no queria hablar de ello á mi tia, estaba yo muy decidida á presentar esta donacion como la primera cláusula de mi contrato de casamiento.

Os reis sin duda, amigo mio, de mi sencillez con respecto á asuntos de intereses; doy gracias al cielo de no estar mejor instruida de tales cosas, porque he debido á esta ignorancia algunos momentos de felicidad.

En fin, llegó el dia del baile. A pesar de su fealdad y de su abandono en el vestir, Mad. de Maran tenia un gusto esquisito. Su costumbre constante de criticar todo, su aborrecimiento hácia lo que era jóven y bello, la habian hecho tan difícil, que lo que aprobaba se podia decir que no tenia la menor tacha.

Nos habia hecho vestir á las dos del mismo modo y con el mayor gusto y elegancia; despues me he preguntado á mí misma muchas veces, como Mad. de Maran ha sido generosa en no hacerme poner algun trage ó algun adorno de mal gusto, lo cual le hubiera sido muy facil y me hubiera puesto en ridículo, porque la primera impresion que recibe el mundo no se borra tan fácilmente, pero era indigna de ella una venganza mezquina; ah! supo muy bien lo que se hizo.

Si no temiera faltar al órden de los sucesos refiriéndoos ahora cosas que he sabido despues, veriais, amigo mio, que en aquella época de mi vida estaba casi envuelta en la trama que el aborrecimiento de Mad. de Maran habia urdido contra mí, con una prevision que probaba un conocimiento profundo y fatal del corazon humano.

### VII.

## EL BAILE.

Desde por la mañana estábamos hablando Ursula y yo de los grandes sucesos de la tertulia; encontré muy abatida á mi prima; desconfiaba de sí y estaba resuelta á no ir al baile; me dijo que habia llorado toda la noche; sin embargo, su rostro no estaba ni pálido, ni ojeroso; únicamente tenia una espresion melancólica.

Me parece que la estoy viendo con la cabeza baja, la frente oculta bajo los rizos de su cabello negro, con las manos cruzadas sobre sus rodillas y suspirando de vez en cuando.

Ursula, Ursula, hermana mia, le dije abrazándola con ternura; por Dios, ten valor, no te asustes ¿no estoy contigo? ¿no ignoro tambien el mundo á donde vamos?

Mira, nadie reparará en nosotras, poco á poco nos iremos acostumbrando. Estando siempre juntas como estamos,

será una felicidad confiarnos nuestras observaciones: y bien! si por primera vez cometemos una falta de mundo, si nos cortamos no nos faltará medio de desquitarnos confiándonos algunas observacioncillas malignas.

Ursula se sonrió y me respondió estrechando tiernamente mis manos.

—Perdóname, Matilde, pero no puedo espresarte el horror que tengo al mundo..... nunca podré acostumbrarme á él; no es niñería, no, es mi deber quien me lo dice: una persona como yo, pobre y sin atractivos, no debe ponerse en evidencia, debe estar metida en un rincon; es una tontera ir á buscar desdenes..... tu, enhorabuena, tu posees todo lo que es necesario para aparecer y brillar en el mundo..... vé sola. Te esperaré, y tendré un placer en oírte contar tus sucesos! Veré por tus ojos esas fiestas espléndidas, sí, creelo que me bastará; y sonriéndose con gracia añadió; oye, yo seré no la Cendrillon del cuento de la hechicera, desgraciada y olvidada; sino una Cendrillon voluntaria y contenta al verte hermosa y admirada! Sí..... Cuando llegues del baile cansada de divertirte y harta de lisonjas, descansarás de tus sucesos en la calma de mi amistad.

Era necesario haber visto y oído entonces á Ursula para hallarla, amigo mio, no bella, sino encantadora, á pesar de la irregularidad de sus facciones.

Era tan puro y tan suave el metal de su voz, sus ojos tenían una espresion tan dulce y tan sumisa, que se encontraba una sojuzgada.

—Ursula, exclamé, ¿como puede concebir tal desconfianza de tí, cuando hablas y miras así? yo, tu hermana, yo que no me he separado nunca de tu lado, y que deberia estar acostumbrada á tu voz y á tu mirada, te encuentro en este momento hermosa, pero hermosa hasta el punto de tenerte envidia, si yo pudiera tenertela. No te conoces..... nunca te has visto, por decirlo así..... Creeme, á pesar de la malignidad de Mad. de Maran, á pesar de tus desconfianzas, eres encantadora; puedes figurarte que tu hermana sea capaz de engañarte? Vamos, Ursula, ánimo..... apoyémonos mutuamente..... seamos valientes, que quizás no reiremos mañana de nuestros temores..... Te digo, que si

no me acompañas al baile, de ningun modo iré sola.

—Por Dios, Matilde, no insistais.

—Ursula, te lo ruego.

—No puedo,

—Ursula, no debemos hacer eso..... ¿No ves que mi tia te reconvendria fuertemente, y diria que tu negativa tenia por objeto que yo no fuera al baile?..... Debes conocerla y saber de lo que es capaz; ¿sabes lo que yo sufro cuando te regañan injustamente?..... Pues bien, ¿quieres causarme esté digusto? Ursula, hermana mia, reusarme este favor equivale á decir que me crees indiferente á tus penas..... y por cierto que estoy muy distante de merecer tal reconvencion.

—Matilde, ¡ah! ¿qué dices? exclamó mi prima, ya no vacilo, no; te daré gusto, iré.....

Mientras se acercaba el momento, mas inquieto estaba, no tanto por mi, como por Ursula. A pesar de mi seguridad aparente, no sabia como estaria con vestido de baile. Para no debilitar mi primera impresion, en vez de ir á verla vestir, cuando estuve lista bajé á la sala para esperarla.

Encontré á Mad. de Maran y al duque de Verzac que debia acompañarnos.

Ya no tengo pretensiones, amigo mio; tan lejos están de mí; mi primera belleza y juventud! me parezco ahora tan poco á lo que era antes, que puedo hablaros de Matilde á los 17 años como si fuera de una persona estraña. Por otra parte, creo que se necesita valor, modestia y humildad para decir: *yo era linda*: porque esto significa que ha desaparecido la belleza.

Figuraos á vuestra amiga hace diez años, en la flor de su juventud, peinada con gusto y sencillez: un cupido ceñia su frente, y su cabello rubio caia en rizos sobre sus espaldas. Iba vestida con un traje de crespon blanco sumamente sencillo, guarnecido solamente de encages. sin mas adornos que unos ramos de flores del tiempo; la señora duquesa de Berry habia tenido la bondad de escoger entre sus flores unas muy raras del cabo de Buena Esperanza, y enviárselas á Mad. de Maran.

Tenia la cintura muy delgada. Mr. de Verzac elogió la

redondez de mi brazo, mientras que me ponía los guantes. En cuanto á mis pies y á mis manos nada debo deciros, porque son las únicas cosas que no han cambiado.

Muy bien debió encontrarme Mad. de Maran, cuando al verme no pudo menos de fruncir las cejas á pesar de la costumbre que tenia de alabarme exageradamente. No obstante reprimió el primer movimiento y dijo á Mr. de Verzac.

—¿Es verdad que esta niña está hermosa y encantadora como un astro?

—Por fortuna tiene esta señorita bastante talento para que no tema uno hablarle de su hermosura, respondió sonriéndose Mr. de Verzac.

Mad. de Maran, llevaba como siempre un traje de seda carmelita, y por primera vez vi que tenia una papalina muy sencilla.

Estaba esperando con inquietud la llegada de Ursula; por fin apareció.

No creais que exagero, amigo mio, al deciros que apenas la conocí; tan hermosa me pareció.

Estaba peinada con un gusto exquisito; su hermoso cabello negro, separado en medio de su frente, caía en rizos por los dos lados cubriendo parte de sus mejillas, llegaba hasta sus hombros: su palidez, su dulce y triste sonrisa, y hasta su languidez parecian personificar en ella el ideal de la melancolia, espresion que no pueden tener los rostros de las personas, cuyas facciones son regulares.

Se podria asegurar que es preciso que una fisonomia melancolica eche de menos alguna perfeccion.

Cuando he leído á Shaskepeare, he evocado siempre el recuerdo de Ursula vestida de baile, para representarla á Ofelia.

A pesar de estar un poco inclinada, segun su costumbre, probaba por su andar lleno de gracia y por sus movimientos flexibles, que su cuerpo era perfecto; inclinaba siempre un poco la frente, y este movimiento daba á su cuello una ligera curvatura de una elegancia extrema y añadía nuevo encanto á su cuerpo.

Se leía en su rostro una tristeza comprimida, que mez-

clándose con las alegrías del mundo parecia no tomar parte en ellas.

La mirada sumisa de Ursula parecia perder perdon de ser estraña á los placeres, que la hacian indiferente una preocupacion dolorosa.

Estaba acostumbrada á ver á Ursula paciente y resignada, pero el dia de baile era, por decirlo así, el sufrimiento y la resignacion, POETIZADOS, ahora diria mejor vestidos para el baile.

Pero ¡ah! los epigramas no me vengarán del mal cruel que me ha causado esta amiga..... ¿podia creer en tanto disimulo, en tanta ficcion? pero no, no es á ella á quien debe acusarse sino á Mad. de Maran cuyos punzantes sarcasmos.....

Pero demasiado pronto llegarán estos tristes descubrimientos, volvamos á nuestra relacion.

Me habia acercado á Ursula para cogerla la mano y felicitarla de estar tan linda.

Mr. de Verzac exclamó, ah! quedaos así un momento las dos de la mano! que adorable contraste! Vos Matilde, bella, la frente radiante de felicidad y de gracia, vos que sois la reina de nuestras fiestas..... y vos Ursula, imágen tierna de la melancolica que se sonrie con las lágrimas en los ojos.

Mad. de Maran se hechó á reir á careajadas y dijo á Mr. de Verzac.

—¿Porqué deteneros en tan buen camino y no llevar la comparacion hasta la rosa gloriosa y la humilde violeta? Venis de las orillas del *Lignon*. No está mal lo del contraste. La rosa tiene cerca 100,000 libras de renta y la violeta no tiene un cuarto; he aquí la razon porque la una alza la frente y la otra la baja con modestia.

La comparacion de Mr. de Verzac, la maligna observacion de Mad. de Maran y quizás el rostro de Ursula, que nunca me habia parecido tan hermosa, me inspiraron, por primera vez en mi vida, un pensamiento de celos que pronto se cambió en despecho.

No dudando de lo que decia mi tia, creí tener el aire orgulloso, y envidié la modestia interesante de Ursula que en sus facciones un encanto tan tierno.

Sin duda me duró poco este pensamiento, cuando me avergoncé de mí misma, al pensar que habia tenido la poca generosidad de tener envidia de mi prima, de mi tierna amiga, y hasta del interés que me inspiraba su pobreza: tal vez sin la maligna observacion de mi tia no hubiera sentido este movimiento de envidia, escusable quizás, pues que siendo rica envidiaba ser pobre. Sin embargo, esta impresion me dejó un resentimiento amargo.

En el momento de salir, Mr. de Verzac, dijo á Mad. de Maran.

Se me ha olvidado decirles que Gontran ha llegado de Lóndres esta mañana.

—¡Vuestro sobrino!.....! pues ya tenemos una pareja para estas niñas.

Miré á Ursula con admiracion. Ni Mr. de Verzac ni Mad. de Maran habian pronunciado nunca delante de nosotras el nombre de este sobrino. Ibamos á subirnos al coche, cuando entró uno de los amigos íntimos de mi tia, y la dijo que tenia que hablar de un asunto muy importante. Mad. de Maran pasó á su biblioteca, y Mr. de Verzac se puso á leer un periódico.

Con el pretesto de ir á ponerme un alfiler, me llevé á Ursula al cuarto de mi tia; allí la confesé mi movimiento de envidia, y la pedí perdon con lágrimas en los ojos.

Ursula me agradeció mi franqueza, y me tranquilizó con las mas cariñosas protestas.

Volví á entrar en la sala con el corazon tranquilo y contento, prometiendo hacer todo lo posible, por no tener el aire de una rica heredera.

A poco rato subimos al coche.



### VIII.

#### LA PRESENTACION.

Al entrar en el primer salon del palacio del embajador de Austria, acompañada de Mr. de Verzac, sentí que me abandonaba mi resolución. Fué necesario que la embajadora me recibiera con suma bondad para animarme un poco.

Mad. de Maran daba el brazo á Ursula.

Entonces pude apreciar mas que nunca cual era la influencia de mi tia y cnanto la temian. La muger mas elegante y preciosa, no hubiera sido recibida con mas respeto y consideracion que lo fué Mad. de Maran; recibia esos homenajes con una afabilidad casi desdeñosa.

Fuimos por el lado de la galería donde bailaban. Mr. de Verzac, á quien daba el brazo, me nombró un sin número de personas de distincion.

Nos detuvimos un momento junto á una puerta de la galeria. Oí á dos personas á quienes no pude ver, que se

—Conque no sabeis que ha llegado Mr. de Lancry de Inglaterra.... acabo de verlo, está mas elegante que nunca...

—Conque está de vuelta! repuso la otra; muy contenta debe estar la duquesa de Richeville, porque estaba muy triste desde la partida de Lancry..... ¡Pobre muger!

Por un movimiento bastante brusco que hizo Mr. de Verzac para abrimos paso entre la multitud, comprendi que queria distraer mi atencion de este dialogo, del que no era conveniente que me enterára, y del cual era el héroe su sobrino Gontran de Lancry.

Entonces no di la menor importancia á este incidente, y seguí á Mr. de Verzac. Antes de llegar al baile, me parecia que todo debia aturdirme; pero pasada mi primera emocion, una vez en medio de la sociedad á la que pertenecia, me senti, si no completamente á mis anchas, al menos rodeada de los míos.

Nunca se intimida ni se aturde nadie, sino cuando se encuentra en una esfera inferior ó superior á la que pertenece. Muy pronto recobré mi libertad de observacion.

Al entrar en la galería donde bailaban, casi me deslumbraron el brillo y la magnificencia de los vestidos. Mad. de Mirecour, amiga de mi tia, nos ofreció un sitio junto á ella.

Mad. de Maran aceptó; Ursula y yo nos sentamos entre Mad. de Mirecour y mi tia.

Mr. de Verzac se separó de nosotras para ir á buscar á su sobrino, á quien queria presentarnos.

—¡Ves! dije á mi prima; despues de todo, ya conoces que esto no causa el terror que nos esperábamos. ¿Estás ahora tranquila?

—No, me dijo Ursula; no puedo vencer mi emocion; tiemblo; apenas veo lo que pasa en derredor mio.

—Pues yo veo muy bien, la dije con alegría, y para animarla un poco añadí; confieso que parece muy bien este primer golpe de vista. ¡Qué desgracia que no puedas gozar de este placer. Ciertamente que un baile es una cosa muy linda.

Como decia estas palabras con una alegría sencilla, mi tia á cuyo lado estaba sentada se echó á reir á carcajadas.

Muchas personas que estaban en pié delante de nosotras

durante el momento de descanso de un wals volvieron la cara. Mad. de Mirecour que estaba al otro lado de Ursula, se inclinó y preguntó á mi tia.

—¿Por qué os reis así?

—Es imposible contener la risa con las ocurrencias de esta burloncilla, dijo mi tia, mirando hácia mi..... Si hubiérais oido sus oportunas y malignas observaciones..... os hubiérais muerto de risa.... Tened cuidado, porque suele tomar la iniciativa..... volviéndose en seguida hácia mi, añadió con tono cariñosamente regañon..... Me hareis el favor de no tener el espíritu tan graciosamente sarcástico, van á decir que os he hecho mala.

Dijo todo esto en voz baja, pero de modo que lo pudieran oír las personas que se hallaban cerca de nosotras. Miré á mi tia con una admiracion profunda. Ursula me preguntó al oido, cual era el dicho que tanta gracia habia hecho á mi tia.

—Hija, no comprendo una palabra de lo que acabas de decirme.

He aquí, amigo mio, la esplicacion de este enigma. Mi tia queria principiar por hacerme adquirir una reputacion de maligna, en la cual habeis creido, y que durante mucho tiempo ha sido una de las prevenciones mas fuertes que habeis tenido contra mí. Gracias á las palabras pérfidas de Mad. de Maran, muchas personas que estaban delante de nosotras (y entre ellas la buena lady Fetz-Allan, que me lo ha repetido despues) creyeron ser objeto de mis burlas.

Entraba por primera vez en el mundo; por muchas razones que sabeis debia llamar la atencion; la exclamacion de mi tia debia repetirse, y en efecto se repitió al momento.

No hay reputacion mas funesta para una muger que la de burlona..... con gracia. Los tontos temen á esta clase de mugeres y las calumnian. Las personas sarcásticas las envidian; los caracteres generosos se alejan de ellas. Asi es que no hacia media hora que habia llegado al baile, y ya tenia enemigos.

Lady Fetz-Allan me ha contado despues que mi malignidad fué un momento el objeto de la conversacion del baile. Hablaron de la ironia mordaz de la señorita Ma-

tilde de Maran (me llamaron así desde entonces para distinguirme de mi tía.)

Nadie había oído mis sarcasmos, pero como sucede siempre, todo el mundo hablaba de ellos.

Mi tía quiso completar su obra, y algunos minutos después, en el momento en que descansaba de bailar un wals, dijo en voz alta á Ursula.

—¡Dios mío! no tengas ese aire tan serio y tan melancólico; sé como todas las jóvenes de tu edad.

De estas palabras de mi tía oídas, repetidas y comenzadas, dedujeron todas que yo era tan burlona y aturdida como tímida y sensata mi prima.

Conoceis bien al mundo, amigo mío, sabeis que es difícil que vuelva atrás de sus primeras impresiones; comprendéis muy bien, por consiguiente, toda la influencia que estas palabras de mi tía pudieron tener sobre mi destino.

¡Ah! es preciso decir la verdad: mi inesperienza y mi vanidad, aumentaron el mal que me hacía mi tía... Mas adelante he sentido mucho esta reputación de burlona. Al principio tuve la debilidad de sentir un placer y creermé lisonjeada. Me creía hermosa, me figuraba que la ironía era un diploma de ingenio y de talento.

Acabando el wals, Mr. de Verzac se acercó á mi tía con su sobrino el vizconde de Lancry.

Lo confieso..... No pude menos de quedarme casi inmóvil de sorpresa al ver á Mr. de Lancry; tenía entonces cerca de 30 años. Era difícil ver un hombre de una figura mas agradable y seductora. Creo que os admirará, amigo mío, el desinterés con que voy á hablar de Mr. de Lancry.

Al escribir estas líneas, yo misma me he admirado de acordarme tan bien de mis primeras impresiones, y de poder aislarlas por completo de las que las han sucedido. Juzgad del imperio que tengo sobre mí misma, ó mas bien del triste estado de mi corazón, por la calma y sangre fría con que voy á pintaros á Mr. de Lancry tal como era entonces.....

¡Ah! quizás no tenga siempre la misma firmeza; tal vez recuerdos muy crueles, hagan temblar mi mano al referiros ciertos hechos.

En fin, voy á procurar recordar las impresiones que recibí entonces. No os sonriais, si entro en algunos detalles pueriles: era muy jóven y en casa de Mad. de Maran no habia visto á nadie que pudiera compararse con Mr. de Lancry.

Antiguo page del rey, habia servido y hecho la guerra en España: agregado despues á una embajada, habia abandonado al cabo de algunos años la carrera militar; y gracias á las bondades del rey y á la proteccion de Mr. de Verzac, habia sido nombrado gentil hombre de cámara.

Me se ha quedado muy presente mi primera entrevista en el baile de la embajadora de Austria. Habia multitud de personas: muchos hombres de la córte habian venido al baile de uniforme. Mr. de Lancry salia tambien de las Tullerías: llevaba su brillante uniforme de gentil hombre de cámara; en su pecho se veian la cinta encarnada y la cruz de oro de comendador de la legion de honor, y una placa de una órden estrangera. Mr. de Lancry tenia una estatura regular, pero un aire sumamente elegante: sus facciones, de una regularidad perfecta, eran (segun decia mi tia, y en esto tenia razon) las de un jóven ateniense animadas por toda la gracia y elegancia de un parisien. Tenia el cabello castaño, ojos pardos, dientes blancos como perlas, una mano y un pié que envidiaria cualquiera muger: teniendo 30 años solo representaba 25.

Estas ventajas indudables realzadas por insignias de honor que generalmente no se conceden sino en una edad mas madura y que parecen anunciar el mérito, debian hacer infinitamente notable á Mr. de Lancry.

Cuando se acercó á mi tia, esta le dió la mano y le dijo:

—Buenas noches, mi querido Gontran! Hasta ahora poco no me ha dicho Mr. de Verzac que habiais vuelto de Lóndres; vamos ¿y qué habeis hecho en ese pais tan hermoso?

Mr. de Lancry se acercó, á Mad. de Maran, y la dijo en voz baja algunas palabras que no pude oir.

—Quereis callaros? esclamó mi tia riéndose. En seguida añadió, por fortuna se pueden decir todas estas cosas á

una vieja como yo. Pero para hacer penitencia vais á bailar con estas niñas.

Volviéndose entónces hácia mí, dijo á Mr. de Lancry con un aire lleno de dignidad que sabía tomar mejor que nadie cuando queria.

—La Señorita Matilde de Maran mi sobrina.

Mr. de Lancry se inclinó respetuosamente.

—Aqui teneis á la señorita Ursula de Orbeval, nuestra prima, añadió mi tia con otro tono de voz que indicaba la diferencia que queria establecer entre mi prima y yo.

Mr. de Lancry hizo otra cortesía.

Bajé los ojos y senti una impresion estraña; me puse encarnada; mi mano estaba junto á la de Ursula, y la apreté con temor.

—¿Quereis hacerme el favor de bailar conmigo la primera contradanza? me dijo Mr. de Lancry.

—Si señor, respondi echando una mirada inquieta á Mad. de Maran.

Mr. de Lancry me saludó, y dirigiéndose á Ursula le dijo.

—¿Puedo esperar, señorita, que os digneis concederme el mismo favor que Madlle. de Maran, para la segunda contradanza?

—Con mucho gusto, caballero, respondió Ursula dando un suspiro: despues, bajando la cabeza, echó á través de sus pobladas pestañas una mirada melancólica á Mr. de Lancry.

En el momento en que hablaba con nosotras se paró á nuestro lado una señora jóven muy bien parecida, vestida con lujo y elegancia; tenia ojos rasgados, negros, y penetrantes; su fisonomia era altiva y algo descarada: iba del brazo de un jóven coronel inglés.

—¿Os olvidais de vuestros amigos, Mr. de Lancry? dijo con voz dulce y sonora.

Mr. de Lancry se volvió con prontitud, reprimió una turbacion bastante visible y dijo haciendo un saludo.

—No merezco esa amable reconvencion, señora duquesa; hoy mismo he llegado de Lóndres y esperaba mañana tener el honor de presentaros mis respetos.

—Ah! qué poco engañan ciertos presentimientos, amigo

mio, desde el momento que oí decir á Mr. de Lancry.....  
*Señora duquesa*, no dudé un instante que fuera la de Richeville, cuyo nombre habia oído mezclado con el de Mr. de Lancry.

Principió á tocar la música.

—Ya veis que buena soy, dijo la duquesa á Mr. de Lancry, os perdono vuestro olvido y os digo ahora que no estoy comprometida para esta contradanza; ¿soy bastante generosa?

Mr. de Lancry la miró de nuevo con aire admirado y respondió con algun embarazo.

—Tendria muchisimo gusto en ello..... Pero voy á bailar esta contradanza con la señorita de Maran á quien he tenido el honor de convidar ahora mismo.

Creyendo Mad. de Richeville que hablaba de mi tia, y que Mr. de Lancry estaba embromando, se echó á reir y exclamó:

—¿Venis de Inglaterra para hacer bailar á Mad. de Maran? ¿Quereis señalaros entre los intrépidos?

Mr. de Lancry se apresuró á interrumpir á Mad. de Richeville. Tenia la vista baja y no habia reparado que estaba allí mi tia.

—Debo tener el honor, señora, de bailar ahora mismo con la señorita Matilde de Maran, dijo Mr. de Lancry apoyándose mucho en la palabra Matilde, y mirándome con cortesía.

—¡Ah! ¡ya entiendo! por fin la presenta al mundo, dijo la duquesa.

Cogió su lente de carey y me examinó con una curiosidad que me pareció impolítica.

Yo estaba en un suplicio.

Mi tia habia oído toda esta conversacion. Al ver el lente de la duquesa de Richeville dirigido hácia mí, la dijo desde su sitio con una voz agría é imperiosa:

—Señora duquesa, no es verdad que es muy linda mi sobrina?

—Es verdad, señora, respondió la duquesa de un modo seco, dejando de echarme el lente. Se acercó á Mad. de Maran y la hizo una cortesía llena de gracia y de nobleza.

He sabido despues que mi tia y la duquesa se detestaban; esto me esplicó la atencion con que todos habian mirado á estas dos enemigas igualmente temibles.

—Señora, repuso mi tia, me alegro mucho de que os parezca tan bien esta niña; la aprobacion de una muger como vos, no puede menos de anunciar felicidad á una jóven que entra en el mundo; es como un presagio..... A pesar de esto, no me atrevo á creer que el mérito de mi sobrina pueda acercarse al vuestro.

En la apariencia, nada habia mas sencillo y político que estas palabras; no obstante, el acento con que las pronunció mi tia, me hizo presentir que encerraban alguna perfidia. En efecto, al alzar los ojos para mirar á Mad. de Richeville y á las personas que estaban en deredor nuestro, vi á la primera afectar una gran serenidad, y á todos muy aturridos.

Conoceis, amigo mio, á Mad. de Richeville; sabeis sin duda lo que decian de ella, exagerándose hasta la calumnia mas odiosa la ligereza de su conducta. Se decia, que á no ser por el ilustre nombre que llevaba, por las relaciones de su familia, y por su fortuna inmensa, dificilmente la hubieran perdonado sus faltas, pues que su marido se habia visto obligado á separarse de ella. Sin embargo, era bien recibida en las mejores sociedades, solo en palacio no tenia buena acogida. Ahora conoceréis todo lo que habia de amargo en el apóstrofe de Mad. de Maran. Aprovechándose esta de su ventaja, dió otro golpe á Mad. de Richeville, esclamando:

—Qué hermosos rubís llevais, señora ¿Son estos los que pertenecian á aquella escelente duquesa viuda de Richeville? ¡Que desgracia que no haya podido ver que los llevais! Y que placer tendrá Mr. de Richeville al veros adornada con pedrerías de su señora madre!

• Para comprender la crueldad de la observacion de Mad. de Maran, es preciso que sepais, amigo mio, que segun se decia (he sabido despues que era falso) el duque de Richeville cuando se casó, habia dado á su muger este adorno de familia, y al separarse de la duquesa habia tenido la delicadeza de no volvérselo á pedir; delicadeza que esta no habia imitado



en el hecho de continuar haciendo uso de esas alhajas.

Todos parecían aterrados de la malignidad de Mad. de Maran. Mad. de Richeville tuvo bastante imperio sobre sí misma para ocultar su resentimiento; echó á mi tia una mirada llena de dulzura y de dignidad; y la dijo de un modo afectuoso:

—Me confundís, señora, con esos elogios; quisiera poder reconocer las pruebas de interés que me dáis; pero en cambio, puedo daros una noticia que espero os será agradable. Un amigo vuestro llega de Italia donde ha estado durante algunos años sin que se supiera de él. Pero veo que estais inquieta, y no quiero abusar por mas tiempo de vuestra curiosidad... Pues bien, añadió Mad. de Richeville con un aire gracioso, sabed que Mr. de Mortagne estará aqui dentro de algunos dias..... Sí; he recibido noticias suyas de Venecia. Dicen que su desaparicion fué un romance terrible..... Confesad que os ha sorprendido su vuelta, de que tanto debiais alegraros.

Mad. de Richeville lanzó estas palabras á Mad. de Maran como una puñalada; en seguida al oír los preludios de la contradanza dijo á Mr. de Lancry:

—Os ofrezco un wals en pago de la contradanza que me habeis reusado. Y volviéndose al coronel inglés, con quien iba del brazo, le dijo: subámos á la galería, quiero ver bailar esta contradanza.

Nunca habia visto turbada á Mad. de Maran. La causaron mucha impresion las primeras palabras de Mad. de Richeville. Pero cuando pronunció estas otras: *Mr. de Mortagne estará aquí dentro de algunos dias*, se puso pálida mi tia como la cera con gran admiración de los que conocian su audacia, y no comprendian el sentido oculto de la respuesta de Mad. de Richeville.

Principió la contradanza; Mr. de Lancry tuvo el gusto y la delicadeza de no echarme los requiebros que tanto embarazan á una jóven. Estuvo muy alegre, embromó, me habló de Mad. de Maran con veneracion afectuosa, de Mr. Verzac con cariño; le pareció muy interesante la fisonomía de Ursula; me preguntó cual era la pena que causaba su melancolia. Era aficionado á la música; hablamos de algunas óperas:

yo prefería la música alemana; él la italiana: fué tan amable y tan ingeniosa la discusion, que no me intimidó ya al fin de la contradanza.

Despues de haberme dejado en mi sitio y recordado á Ursula la promesa que habia hecho, fué á saludar á muchas señoras amigas suyas.

—Jesus, me dijo Ursula, ¿cómo has hecho tú para hablar tanto? He estado admirada.

—¡Ah! la dije, al principio he tenido miedo, pero poco á poco me he ido animando, y ademas Mr. de Lancry parece tan bueno y tan amable..... ya verás cuando bailes con él.....

—¡Ah! apenas podré responderle, dijo Ursula con timidez.

—Harás mal; porque le pareces muy bien; me lo ha dicho ahora mismo, y quizás sea esta la razon porque lo he encontrado tan amable. No pude continuar mi conversacion con Ursula. Todos los caballeros que conocian á mi tia vinieron á saludarla. Entre ellos nos presentó á unos cuantos jóvenes con quienes bailamos Ursula y yo.

Estaba tan ocupada en bailar, que aunque quise, apenas tuve tiempo para pensar en las últimas palabras de Mad. de Richeville acerca de Mr. de Mortagne.

Siempre habia conservado de él un recuerdo lleno de gratitud: habia sido en mi niñez mi primero y único defensor.

Hacia ocho ó nueve años que no se habia pronunciado su nombre en casa de mi tia. Lo único que me acuerdo es de haber oido decir que no tenian noticias suyas. Era tan estraña su vida, se sabia tanto su aficion á viajar que no hubo en esto nada que me llamara la atencion: lo que si me habia parecido estraordinario era el efecto que produjo en Mad. de Maran el anuncio de su llegada. Tocarón un wals, y me distraje de todas estas reflexiones.

Entre las parejas que iban en aquel torvellino ví á Mr. de Lancry y á la duquesa de Richeville. Tenia un cuerpo perfecto, una cintura delgada, y como él, balsaba con una gracia y una rapidez admirables; los bucles de su cabello negro como el azabache, flotaban con gracia en deredor de su cabeza espresiva y un poco caida hácia atrás.

Era preciso que esta muger fuera muy inocente, ó que desdeñara profundamente las murmuraciones del mundo, para arrostrarlas de este modo despues de las palabras crueles de Mad. de Maran, que acababan de despertar, por decirlo así, todos los escándalos reales ó supuestos de su conducta.

Lo que me sorprendió mucho fué la espresion de las facciones de Mr. de Lanery durante el wals; parecia alternativamente desdeñoso, sardónico é incómodo; cuando volvió á llevar á su sitio á Mad. de Richéville, me pareció que se sonreia con amargura de algunas palabras que Mr. de Lanery le decia en voz baja.

Sentí al principio oprimido el corazon al ver walsar á Mr. de Lanery con Mad. de Richeville. Me acordé involuntariamente de las palabras que oí: no dudé un momento de que la amaba. Tenia un aire de resolucion y de altaneria que me asustaba: sin embargo, cuando pensé que era la amiga de Mr. de Mortagne que tanto habia querido á mi madre, procuré vencer la impresion desagradable que la duquesa me causaba.

Las contradanzas interrumpieron estos pensamientos.

Mi reputacion de maligna y mordaz habia llegado sin duda á noticia de muchos de los que me sacaron á bailar, porque algunos de ellos creyendo agradarme se pusieron á lanzar algunos epigramas; otros me hicieron alabanzas exageradas, y otros me daban bromas que no comprendia.

Aunque habia entre tantos jóvenes muchos agradables y elegantes, me pareció que á la mayor parte le faltaba ese tacto fino de que estaba dotado Mr. Lanery. Porque en efecto, es preciso que un hombre tenga mucho arte y mucha habilidad para tener con una jóven una conversacion de confianza que la entretenga y la divierta. Es preciso tener un lenguaje cuyos matices se modifiquen ó se debiliten con oportunidad y delicadeza; así, quizás es una prueba de mal gusto estar alabando la belleza, mientras que siempre hay gracia en elogiar el ingenio. Son tan nobles y generosos nuestros instintos, tan radiosas nuestras ilusiones, que nuestro carácter y nuestros pensamientos participan de la elevacion de nuestra alma. Volvamos al baile. Ví á Ursula que bailaba con la misma gracia triste é interesante. Parecia que

no estaba muy divertida: sin embargo no dejaba de bailar ninguna contradanza, pero suspiraba como si fuese á hacer un gran sacrificio.

Despues de haber ido á ver el ambigú y tomado una taza de té, dejamos el baile. Mr. de Lancry que salia al mismo tiempo nos encontró en una de las antesalas y se reunió con nosotras.

Mr. de Verzac dió el brazo á Ursula, y Mr. de Lancry ofreció el suyo á Mad. de Maran que le dijo riéndose:

—Tened la bondad de no hacerme proposiciones ofensivas: ¿tengo acaso el talle para aceptarlas? Dad el brazo á mi sobrina, que yo voy bien sola.

Cuando subimos al coche, dijo á Mr. de Lancry:

—¡Ah! Gontran, pues que estais de vuelta, cuento con que vengais con vuestro tio á vernos por la mañana; sabeis que no sufro que me desdeñen..... A propósito de desden, ¿sabeis que la linda duquesa tiene una máscara de bronce, y que seria necesario todo el fuego del infierno para enrojecerla?..... ¡Pero qué digo delante de estas niñas!..... Buenas noches, Gontran, y cuidado con olvidarme

Mr. de Lancry aseguró á mi tia que la obedeceria, y volvimos á entrar en casa.

---

---

## VIX.

### EL DIA SIGUIENTE AL DEL BAILE.

---

Sucede con ciertas impresiones, como con algunos paisajes, que es preciso verlos á distancia para conocer su mérito.

El dia despues del baile, me acordaba de sus mas pequeños pormenores y sentia en mi una especie de reaccion.

¿Por qué he de ocultarlo? Entre aquellos recuerdos uno dominaba á los demas, y era Mr. de Lancry walsando con Mad. de Richeville un wals de Weber.

Su música melancòlica se venia sin pensar á mi memoria recordándome la de la contradanza que bailé con Mr. de Lancry.

Fué casi triste el resultado de mis impresiones. El mundo á pesar de su urbanidad completa, á pesar de sus esquisitas y encantadoras exterioridades, me pareció una *are-*

na donde se daban y se recibían golpes terribles, con sonrisa en los labios y flores en la frente.

Lo que había pasado entre la señorita de Maran y la duquesa de Richeville me lo demostraba; no había oído más que palabras atentas; pero su verdadero sentido ocultaba algún misterio cruel.

Sin embargo me habían obsequiado mucho, se me figuraba que había parecido bella; noté que la señorita de B..... y de P..... apenas habían bailado tres ó cuatro contradanzas, al paso que Ursula y yo no habíamos dejado de bailar una; no había dejado de oír al andar de un lado á otro un murmullo que siempre lisongea á los oídos de una muger. Mr. de Lanery, el hombre más agradable sin disputa de aquella reunión, había estado casi siempre á nuestro lado y sin embargo, la impresión de mis recuerdos era triste y amarga.

A aquella noche de fiesta debía también un pensamiento agradable, como lo es una esperanza vaga. Mr. de Mortagne iba á volver.....

Me complacía su vuelta; sentía confusamente necesidad de sus graves y sesudos consejos; no solo continuaba sintiendo una profunda aversión á mi tía sino que sus elogios, sus consejos y sus observaciones, me dejaban una inquietud continua.

Me parecía á los desgraciados que temen haya veneno en cualquier cosa que se acercan á los labios.

Amaba á Ursula con todo mi corazón, pero era tan joven y carecía de experiencia como yo; contaba con el cañño de Blondeau, pero esta excelente muger, no podía, no sabía más, que amar ciegamente.

Mr. de Orvebal, padre de Ursula, se había retirado á Turena donde tenía algunas propiedades y nunca lo veía; además, estaba dominado completamente por mi tía del mismo modo que mis demás parientes. Miré pues la llegada de Mr. de Mortagne como un suceso muy próspero para mí.

Lo que hacía más vivo mi deseo de verlo era el susto de mi tía cuando Mad. de Richeville le anunció su vuelta.

En medio de todas estas preocupaciones entró Ursula en mi cuarto.

—¿Sabes querida Ursula, la dije sonriéndome, que al verme tan radiante han podido creer que era de mi de quien estaba contenta, cuando en realidad eras tú mi orgullo? pero ¿qué nos importa esto á nosotras que conocemos el secreto de nuestros corazones?

—¿Qué tal te ha parecido Mr. de Lancry? me preguntó de repente mi prima.

—Me parece muy bien, la dije algo sorprendida con semejante pregunta. Si..... muy bien, especialmente cuando no baila con esa duquesa de Richeville que tiene un aire tan imperioso.

Ursula me miró con mucha atención, bajó los ojos, guardó un momento de silencio y replicó.

—¿Quieres, Matilde que diga lo que creo?

—Sí, dilo pronto.

—Pues bien, creo que la señorita de Maran y Mr. de Verzac, se alegrarian mucho de poderte casar con Mr. de Lancry.

Primero hice un gesto de admiracion, y despues me eché á reir á carcajadas.

—¿Qué encuentras de poco razonable en esta suposicion, Matilde? ¿Mr. de Verzac no ha sido quien presentó á Mr. de Lancry á la señorita de Maran? ¿Esta, no le ha suplicado, con muchas instancias, que venga á vernos á menudo por la mañana? ¿y á quien recibe ella por las mañanas? ¿A cinco ó seis personas muy íntimas? ¿con qué objeto hubiera podido hacer una escepcion en favor del sobrino de Mr. de Verzac?

—¿Quieres Ursula que te diga lo que creo? repliqué sirviéndome de las mismas palabras de mi prima, es que Mr. de Verzac y la señorita de Maran, se alegrarian mucho de poderte casar con Mr. de Lancry.

Tocó á Ursula la vez de echarse á reir.

—¿Qué locura! me dijo, tan buen partido para mí, humilde y sin fortuna, este no es posible. No, no; sabes mi deseo y mi resolución de no casarme: me hago demasiada justicia para pretender lo que no puedo esperar; y si mañana no

dependiese más que de mí, no me casaría con Mr. de Lancry. Te sorprende esto, y es cierto, es demasiado bello, demasiado elegante, está demasiado á la moda..... para mí que no busco de ese modo la felicidad; para mí, que no he nacido en una posición tan brillante.

—Nunca estaremos de acuerdo en esto, mi buena Ursula..... te diré..... si consulto mi corazón, creo que serás feliz por cuenta propia ¿por qué crees que las *peligrosas ventajas* que Mr. de Lancry posee me agraden más que á tí?

—¿Por qué? porque casándose conmigo haría un mal casamiento, y casándose contigo, que posees las mismas ventajas, esta unión no podrá producir sino consecuencias muy agradables.

—Estás loca, Ursula; Mr. de Lancry piensa en mí como yo en él; además que á mí también me gusta una felicidad menos brillante, pero más segura.

—Sin embargo, á tí te parece muy bien Mr. de Lancry.

—¡Dios mío! que mala eres..... si..... bien, todo lo que puede parecer bien una persona á quien se ha visto por espacio de dos horas.....

—¡Enhorabuena! pero te parece muy bien, *especialmente cuando no walsa con la duquesa de Richeville.*

No pude dejar de ponerme colorada. Si, dije á mi prima, no se por que esto es así, y tampoco sé por que me pongo colorada cuando te oigo repetir las palabras que he dicho.

—Por qué! por qué? quieres que te lo diga? replicó mi prima con tristeza, porque llegarás á amarlo.

—Vaya Ursula, te lo vuelvo á repetir, eres loca.

—No, no, Matilde, no soy loca..... me sirven de experiencia en esta ocasión, mi amistad para contigo, el temor de verme olvidada, y si quieres mis celos de cariño..... Matilde..... debía esperar este cambio en tu vida, un día ú otro debía suceder... Perdonas.... perdona..... mis lágrimas....

Y se arrojó en mis brazos llorando.

No podré decir, amigo mío, la profunda emoción con que respondí á esta prueba de cariño de Ursula: procuré tranquilizarla con las protestas más tiernas.

—Mira, la dije secándome los ojos, no se necesita más para que aborrezca á Mr. de Lancry.... te juro.....



—Matilde cállate, dijo Ursula poniendo dulcemente su mano sobre mi boca..... cállate: he sido una tonta, una loca en ceder á mi primer movimiento, pero ha sido mas poderosa que yo.

Blondeau interrumpió nuestra conversacion diciendo al entrar.

—¡Ay Dios mio! señorita, que coche tan lindo; nunca ha parado otro igual en nuestro patio! y qué jóven tan elegante acaba de bajar de él; ha preguutado por la señorita de Maran.

Ursula me miró y la comprendí; el jóven de quien me hablaba no podia ser otro que Mr. de Lanery.

Me chocó una visita tan pronta; resolví no bajar aun en el caso de que la señorita de Maran, me mandase á llamar con cualquiera pretesto.

Oimos las ruedas del coche; Blondeau corrió á la ventana y dijo:—Ah! es el jóven que se marcha, pues no ha hecho una visita muy larga.

Quedé aliviada de un gran peso, y casi sentí no haber tenido ocasion de negarme á bajar.

Un poco antes de la hora de comer entramos en el salon de mi tia; estaba sola, pero muy incomoda.

—Y bien, nos dijo; no sabeis un nuevo rasgo de ese abominable rompelo-todo de Mr. Bisson. A Dios gracia no volverá á poner aqui los pies.

—Ha roto alguna otra cosa Mr. Bisson, tia?

—Como si ha roto..... sin duda por culpa de ese imbécil de Servion—esclamó mi tia con doble furor;—le habia prohibido que dejase solo á ese maldito hombre en el salon. Estaba en mi gabinete ocupada en escribir una carta, cuando oí un pequeño ruido seco; no sabiendo lo que era entré en el salon, y qué es lo que veo, á ese maldito Mr. de Bisson que andando en el interior de mi relox habia roto el cristal y algunas piezas de él: lo he echado á la calle y no volverá mas.

—Y se ha ido sin sombrero, dije á mi tia.

—Tanto mejor, esclamó; ojalá coja una fiebre cerebral. Me atreví un rato despues á preguntar á mi tia donde estaba Mr. de Mortagne.

—Qué os importa? me contestó, á qué viene esa pre-

gunta? me cuido yo acaso de averiguar lo que ese hombre hace? A Dios gracias, diga lo que quiera esa bella duquesa, cuya alma es mas negra que el infierno, bástete saber que *está bien donde está, y que permanecerá allí mucho tiempo.* ¿Lo entiendes?

Subrayo estas palabras, amigo mio, porque me estremeció la espresion siniestra y casi feroz con que las pronunció mi tia. Me acordé involuntariamente de que hacia diez años, que casi en el mismo sitio habia echado una mirada implacable sobre Mr. de Mortagne, rompiendo al mismo tiempo la aguja de calceta que tenia en la mano.

No pude contestar una palabra.

Despues de algunos momentos de silencio dijo.

—Ha venido Gontran á proponerme para mañana el pacto de los gentiles hombres y he aceptado, iremos á la ópera.

Crei ser muy heróica y probar á Ursula mi amistad, reusando esta ocasion de volver á ver á Mr. de Lanery.

—Estoy muy cansada del baile y preferiria no ir.

—Preferirás lo que yo te mande que prefieras, respondió con acritud la señorita de Maran.

Ursula me echó una mirada de súplica.

—Iré á la ópera si lo deseais absolutamente.

## LA ÓPERA.

Lo que me habia dicho Ursula acerca de la posibilidad de mi casamiento con Mr. de Lancry, me hizo reflexionar profundamente cuando me encontré sola.

Quizás sin las observaciones de mi prima, hubiera estado mucho tiempo sin darme cuenta de la impresion que habia producido en mi, el sobrino de Mr. de Verzac. Me pregunté francamente, dejando á un lado la prevencion favorable que inspiran siempre en un hombre la distincion de maneras, un nombre conocido y una buena figura.

Yo misma queria saber si me causaba alguna turbacion el recuerdo de Mr. de Lancry, si sentia hácia él algun interés. Me pareció que me era absolutamente indiferente. Solo me admiré de haberme afectado de un modo desagradable al verle bailar con Mad. de Richeville.

Por lo mismo que me pareció inesplicable la causa de

esta última impresion, me obstiné en descubrirla y lo conseguí..... La observacion de Ursula me habia puesto en camino para averiguarlo.

Siempre he creído que las mugeres no tienen carácter formado sino despues de haber amado. Una vez en juego las primeras impresiones, ó mas bien, los primeros intereses del amor, despiertan, desenvuelven, exaltan ciertas facultades del alma, nobles ó peligrosas que poco á poco invaden todas las demas.

Asi, á los diez y siete años, no tenia ninguna cualidad dominante buena ó mala; creo que hubiera sido difícil particularizar, por decirlo asi, mi carácter.

Era ya humilde, ya orgullosa hasta el esceso, porque en mi niñez me habian, unas veces lisongeadado hasta el ridículo y otras deprimido hasta el último extremo: era piadosa por sentimiento; sentia la necesidad imperiosa de dar gracias á Dios de todo lo bueno que me sucedia. Al principio llevé este sentimiento; loable por otra parte, hasta una puerilidad vituperable, y despues hasta una gratitud impía. Era generosa todo cuanto podia serlo: pero confieso con vergüenza, que nunca sentia compasion hácia los desgraciados, sino cuando yo misma sufria; entonces me interesaban los dolores de otro y procuraba consolarlos. Los goces; sin hacerme egoista, me absorbian por completo; era preciso escitar mi piedad para hacer que me compadeciera. Tiernos ó crueles, mis resentimientos eran mas duraderos que violentos; perdonaba una falta, una ofensa, pero no la olvidaba; no porque tratara nunca de dañar á quien me habia ofendido, sino porque me vengaba con un desprecio constante. Ya lo veis, amigo mio, no habia nada de fijo, nada decidido en mi carácter.

Pues bien, desde el dia en que vi por primera vez á Mr. de Lancry principió á apuntar en mi una pasion que hasta entonces habia ignorado por completo. Al principio era imperceptible, pues se manifestaba por una contrariedad vaga; la de ver valsar á un hombre á quien apenas conocia, con una muger á quien no conocia.....

¡Ah! no tengo necesidad de decirlo, amigo mio; esa pasion que debia algun dia desencadenar todas las demas y

llegar á ser el móvil de mi carácter, esa pasión era los zelos, ya ocultos, comprimidos, ó negados por el orgullo; ya confesados, declarados, humildes y suplicantes hasta la bajeza. . . . .

. . . . . Acostumbrada desde mi infancia á reflexionar mucho y á replegarme en mi misma, con una imaginación muy viva, y con un talento penetrante, no tardé mucho tiempo en resolver la cuestión que mi prima me habia presentado.

«¿Por qué me habia sido mas desagradable ver bailar á Mr. de Lancry con Mad. de Richeville que con otra cualquiera?»

Os lo repito, amigo mio, á pesar que me agradaba mucho Mr. de Lancry, no sentia nada que me pareciera amor.

Ademas, pensaba que quizás me seria necesario luchar contra ese sentimiento, que si llegaba á nacer en mí, podia hacerme la muger mas desgraciada, porque tal vez Mr. de Lancry no participaria de él; y aunque no fuese asi, quizás sus miradas debian desagradar á su familia ó á la mia.

En medio de estas reflexiones tan graves para una cabeza de diez y siete años, echaba de menos la falta de mi único amigo, de Mortagne en quien tenia una confianza instintiva. Por desgracia las últimas palabras de Mad. de Marnan hicieron desvanecer las esperanzas que me habia hecho concebir Mad. de Richeville al anunciarme la próxima llegada de mi antiguo protector. Ya comprendéis, amigo mio, que una vez entregada al curso de mis reflexiones, una vez resuelta á espiar todos los movimientos de mi corazón, aguardé con una especie de ansiedad la noche en que habia de volver á ver á Mr. de Lancry.

Llegamos muy tarde á la ópera. El teatro estaba lleno, la concurrencia no podia ser mas brillante. La señora duquesa de Berry asistia á esta representación.

Daban el sitio de Corinto. La primera persona á quien ví en otro palco casi frente del nuestro, fué á la señora de Richeville; la acompañaban Mr. de Mirencour y su señora, una de las amigas de mi tia.

No habia nada mas elegante ni mas lindo que la señora de Richeville. El turbante de gasa blanco con perlas

que llevaba, sentaba perfectamente á su rostro algo trigueño y á sus ojos negros como el azabache. Llevaba un vestido de terciopelo color de cereza con mangas cortas, y á pesar de sus guantes largos se podia juzgar muy bien de la perfeccion de sus brazos: tenia en la mano un ramo de rosas blancas, cosa rara y escasísima en el invierno. Hice todo lo posible por ser indiferente á su belleza; no pude menos de entristecerme; la música melancólica del wals de Weber que habia valsado con Mr. de Lancry vino por decirlo así á acompañar estos pensamientos tristes.

Mad. de Mirecour se acercó á Mad. de Richeville que estaba mirando hácia el patio, para hacerle observar nuestra llegada.

La duquesa cogió inmediatamente su lente y me miró con aquella atencion é impolítica que tanto me habia llamado la atencion el dia anterior.

Levantaron el telon. Me gustaba tanto la música, me parecia tan buena la ópera, que estuve escuchando y mirando todo como una muchacha que acaba de salir de un colegio.

Durante el entreacto, ví á Mr. de Lancry que se presentó en el palco de la duquesa de Berry.

La princesa pareció acoger á Mr. de Lancry con amabilidad; habló mucho tiempo con él, y en el momento que iba sin duda á salir, se dignó detenerlo.

Cuando dejó el palco real, deseaba saber si vendria á hacernos visita antes de ir á saludar á la duquesa de Richeville.

Durante algunos minutos, esta curiosidad fué para mí una angustia; mi corazon latia con fuerza cuando oí abrir la puerta de nuestro palco; no dudé que fuera Mr. de Lancry.

En efecto, era él.

Me sentí turbada y no me atreví á volver la cabeza. Dió las buenas noches á Mad. de Maran y á mi prima. Mi tia me tocó ligeramente el brazo y me dijo:

—Matilde, ahí está Mr. de Lancry.

Me volví y lo saludé poniéndome colorada.

Poco á poco senti que se disminuia mi embarazo y tomé parte en la conversacion.

Mr. de Lancry estuvo muy amable y muy gracioso; conocia á todo lo mas escogido de Paris, y todo Paris asistia á aquella representacion. Me acuerdo perfectamente de la conversacion.

—Veamos, Gontran, le dijo Mad. de Maran; vos que vais á todas partes, ponedme al corriente de toda esta concurrencia que no conozco; soy tan estraña á ella como estas niñas; hace mas de quince años que no pongo los pies en el teatro. Debe estar aqui la flor y la nata de la banca, ¿no es asi? Debeis conocer aquella de nombre ó de vista. Muy rica debe ser segun el lujo que gasta. Aquella otra tiene siempre un palco en la ópera, mientras que nosotras nos aprovechamos de los palcos de la córte, que gracias á Dios son mejores.

—Poco puedo deciros, señora, dijo Mr. de Lancry, porque en los cuatro meses que he estado en Inglaterra han cambiado de dueños muchos palcos de la banca como decis. Apenas conozco á nadie: tiene tantos caprichos la bolsa, hace y deshace de repente tantas fortunas!

—No nos faltaria mas que ver á esas personas ricas toda la vida. Seria un ejemplo fatal para los demas. ¿Pero quien es aquella pequeñita que está en el palco segundo, con vestido color de rosa? ¿Es verdad que es muy linda?

—Muy linda, dijo Mr. de Lancry. Ella y su marido son los héroes de una historia muy sensible y tierna, añadió con un tono de melancolia que me admiró y que dió mucho encanto á su fisonomia.

—Vamos, contadnos eso, Gontran. ¿Cómo se llama esa linda heroina?

—El nombre de estos héroes es muy insignificante.... se llaman Mr. y Mad. Dupré. dijo Lancry sonriéndose.

—¿Dupré? ¡pues es un nombre muy bonito! Este nombre vale tanto como los Duparc, los Dupont, Delbois!..... Vaya, Gontran, contadnos el romance de Mad. y de Mr. Dupré.....

—Figuraos, señora, que hace dos años.....

En seguida interrumpiéndose Mr. de Lancry, dijo á mi tia.

Señora, vuestra sonrisa burlona me asusta. Permitid-

me que me dirija á las señoritas Matilde y Ursula: no me desanimarán, y estoy seguro de que se interesarán mas que que vos en esta historia.

Levanté los ojos, me encontré con la mirada de Lancry y me puse colorada.

—Vamos, contad vuestro cuento á estas niñas. No miraré, dijo Mad. de Maran; y si me rio volveré la cara á otro lado.

—Señoritas, dijo Mr. de Lancry dirigiéndose á mi prima y á mi, la historia como he dicho antes es sumamente sencilla. Mr. y Mad. Dupré eran unos esposos muy felices.

—Está muy bien, dijo Mad. de Maran, el principio se parece mucho á una historia del amigo de los niños ó de Berquin. ¡Quien podria creer que un antiguo capitan de húsares de la guardia, se ponía á contar estas cosas! Continúad, continuad; mirad á la princesa Ksernika que entra en su palco con todo su séquito. Habreis acabado vuestra historia antes que cada uno de esos escuderos haya llenado sus funciones. Ya veis; uno lleva el abanico, otro el lente, otro el ramo de flores. He ahí una princesa á quien no le divertirían los cuentos de Berquin.

—Señora, sé muy bien, dijo Mr. Lancry sonriéndose con malignidad, toda la diferencia que hay entre un cuento de Berquin y la señora princesa de Ksernika; pero me dirijo á estas señoritas: creo que no necesito pedirles perdon por la sencillez de esta historia y asi continuaré. Mr. Dupré y su señora eran completamente felices, y gozaban de una buena fortuna: no sé que abuso de confianza los arrojó por completo. Mr. Dupré tenia á su madre, señora de bastante edad á quien idolatraba y que estaba ciega; esta le habia abandonado todo lo que poseia con la condicion de vivir con él y con su nuera á quien amaba tiernamente. Al saber su ruina, el mayor sentimiento de Mr. Dupré y su muger, fué el temor de la pobreza por su madre que desde hacia algun tiempo estaba acostumbrada á un bienestar, casi indispensable á su edad. Resolvieron ocultarle este desastre. Su enfermedad los ayudó maravillosamente á llevar á cabo este proyecto. Algunos restos de sus bienes,



le permitieron hacer frente á los gastos de los primeros dias. Mr. Dupré sabia perfectamente el inglés y el alemán y se dedicó á hacer algunas traducciones; su muger pintaba muy bien, hizo dibujos de album, y pintó paisajes de abanicos. A fuerza de trabajo, de privaciones y sobre todo de constancia y de ánimo, consiguieron engañar durante dos años á su madre, la cual no hallando ningun cambio material en su modo de vivir, no se apercibió de la pobreza de sus hijos, desgracia que hubiera sido doblemente funesta, tanto por la pena que hubiera sentido, como por las privaciones que hubiera tenido que imponerse. En fin, hará algunos dias que Mr. Dupré recibió cien mil francos con una carta, en la cual le anunciaban que esta suma era una restitucion de parte del comerciante que lo habia arruinado. Otras personas atribuyen este don á un bienhechor misterioso.

—Lo cual es mas probable que el remordimiento de un comerciante, dijo mi tia.

—El resultado es, que gracias á esta suma, esta buena gente acostunbrada ya al trabajo, ha vuelto á su estado de bienestar y la pobre anciana no ha sabido que ha estado tan cerca de la miseria.

—El fin ha sido como el principio, dijo Mad. de Maran, lo que prueba que siempre se recompensa la buena conducta. Por eso cuando la princesa de Ksernika se presente ante Dios no estará allí mucho tiempo.

—¿Os reis, señora? repuso Mr. de Lancry, pues bien, tendré el valor de considerar esta anécdota como uno de los hechos que mas honran nuestra época. Despues, dirigiéndose á mí, añadió: ¿no os parece, señorita, que hay una delicadeza muy rara en esta conducta? ¿Tener bastante imperio sobre sí para sofocar toda crítica, toda alusion involuntaria á la desgracia que se sufre y que se oculta bajo una solicitud tan piadosa? ¿Tener en medio de las inquietudes de la pobreza bastante presencia de ánimo para conservar siempre un carácter igual y alegre?.... ¿No es, en fin, un cuadro noble y tierno que presentan estos dos jóvenes engañando de un modo religioso á su madre, y creando á fuerza de trabajos un rincón de opulencia en medio de sus miserias?

—Ah! sin duda es admirable tal conducta, dijo Ursula con voz conmovida, llevándose la mano á los ojos. Al oír contar rasgos como estos, añadió, no se siente ser pobre, puesto que la pobreza inspira tanto afecto y tanto desprendimiento.

Yo estaba tan turbada que no pude decir una sola palabra, y me parecía que Ursula había sido muy feliz en haber podido decir algo.

Mr. de Lancry había contado con mucha gracia esta historia sin duda pueril, pero por esta misma razón llena de encanto en boca de un hombre como él.

Muchas veces durante esta relación había mirado á Mr. de Lancry; la expresión afectuosa de su fisonomía daba nuevo atractivo á sus palabras; no se podía apreciar una acción como aquella, sin ser capaz de imitarla.

Quedé enmudecida y llena de admiración; no me esperaba encontrar una sensibilidad tan dulce bajo el exterior brillante de un hombre de mundo. Así es, que sentí mi corazón oprimido cuando oí á mi tía que dijo, dirigiéndose á Mr. de Lancry.

—Mi sobrina Matilde es tan maliciosa, que con su aire de Sor Angélica, es muy capaz de burlarse de vuestra historia.

Miré inmediatamente á Lancry, como para decirle que no debía hacer caso de lo que decía mi tía. Encontré su mirada, pero tan triste que estuve á punto de llorar de pena y de despecho.

No sé como se hubiera terminado esta escena sin la llegada de Mr. de Verzac que entró á pocos momentos de levantarse el telón.

Sentía una turbación profunda, una especie de vértigo aumentado por el poder de la música; á cada uno de los pensamientos que me agitaban acompañaba, por decirlo así, una armonía ya triste, ya tierna, ya apasionada que estaba muy de acuerdo con el estado de mi corazón.

En ciertas circunstancias tiene la música seducciones incomprensibles; parece traducir nuestros más confusos pensamientos.

Así es, que sin pensar un momento en los obstáculos que podía encontrar el sentimiento que en mí se despertaba,

mecida en estas melodias encantadoras, me complacia en traer á la memoria las palabras tiernas de Mr. de Lancry. Me dejaba llevar de toda la admiracion que me inspiraba el carácter que le suponía. Me asaltaban ciertas ideas de celos, cuando á traves de este sueño, se me presentaba á la imaginacion el rostro trigüeño y gracioso de la duquesa de Richeville.

Se habia concluido el acto y estaba escuchando todavía. Estaba tan preocupada, que mi tia debió llamarme muchas veces antes de conseguir que saliera de mi distraccion.

Salimos del palco, di el brazo á Mr. de Verzac; y Mr. de Lancry se lo dió á Ursula.

Bajé maquinalmente sin ver apenas lo que pasaba en deredor mio. En el momento en que nos vinieron á avisar que el coche estaba á la puerta del teatro, oli un perfume muy agradable, pero muy fuerte: senti rozar un vestido con el mio, y una voz conmovida me dijo estas palabras casi al oido.

—Cuidado, pobre niña, sabed que os quieren casar; esperar á Mr. de Mortagne. Volví al momento la cabeza para ver quien era la persona que acababa de hablarme; solo apercibí el turbante de la duquesa de Richeville, que bajaba la escalera delante de mí con Mr. de Mirecour.

LA DECLARACION.

Se habia pasado un mes desde el dia que fui á la ópera con mi tia, y con Mr. de Lancry.

Este habia venido á vernos al principio un dia si y otro no. En seguida todos los dias.

A medida que se aumentaba nuestra intimidad descubria en él un sin número de cualidades encantadoras.

No era posible encontrar un carácter mas igual ni mas atento. Su talento delicado é ingenioso se habia disfrazado con destreza, me hacia aceptar las lisonjas cuando habia desconfiado siempre de las alabanzas y de los elogios, acordándome de las exageraciones pérfidas de mi tia. Generoso y apasionado, no habia una causa noble que Mr. de Lancry no defendiera con calor. Lleno de modestia, sufría mucho cuando le hablaban de los méritos que le habian valido distinciones tan raras á su edad. Aunque pocas veces se hablaba de-

lante de nosotras de los sucesos que obtenia Mr. de Lancry en la sociedad, fácilmente se veia que no les daba ninguna importancia: su conversacion, cuando queria, era, si no sería, al menos instructiva. Habia viajado mucho y con fruto; hablaba de las artes con gusto y no era extraño á la literatura contemporánea. Pintaros con tanto detenimiento sus ventajas, equivale á deciros que lo amaba; si..... lo amaba.

¿Cómo era posible que no lo amase? viviendo con mi tia casi en la soledad, no viendo á nadie mas que á él y viéndolo todos los dias, ¿me hubiera sido posible resistir mucho tiempo al encanto que lo hacia tan seductor? Ya os he dicho cuan triste y monótona era la vida que hacia en casa de mi tia. Desde que Mr. de Lancry vivió en nuestra intimidad, todo cambió: la esperanza, el placer de verle, el deseo de parecerle bien, el temor de no conseguirlo, los recuerdos que sucedian á su ausencia, en fin, esa multitud de deseos misteriosos de la pasion, me tenian en una turbacion continua y el tiempo corria con una rapidez increíble. Sí, amaba; y este amor me hacia gozar unas veces y otras padecer.

Gozaba en los momentos en que confiaba en mí, en los dias en que tenia orgullo de mi belleza y de mis sentimientos, entonces creia que Gontran no hallaria en otra las garantías de felicidad que podia yo ofrecerle, si llegaba á pedir mi mano.

Padecia! ah! y padecia mucho, cuando dudando de mí, de mi belleza y aun de mi corazon, no me atrevia á creer que Gontran pudiera amarme y me persuadia de que estaba en relaciones con Mad. de Richeville.

Entonces me acordaba de las palabras que me habia dicho, «cuidado, pobre niña, que os quieren casar.»

En medio de mi desanimacion no tenia fuerzas para aborrecer á aquella muger cuyas palabras entendia como si me hubiese dicho: «cuidado, niña, quieren casaros con «Gontran, no poseeis nada que pueda agradarle, y vuestro «amor no será correspondido.»

Cuando renacia mi confianza, veia en las palabras de la duquesa una especie de amenaza disfrazada, una prohibicion de pretender un corazon que poseia.

Me abrumaban tanto mas estos pensamientos, cuanto que no podia confiarlos á nadie. Mi tutor Mr. Orbeval habia mandado llamar á su hija para pasar una temporada á su lado. Aunque nuestra separacion habia durado poco, no por eso dejó de serme muy sensible. En estas circunstancias me era todavia mas cruel la ausencia de mi prima.

En medio de mis dudas, me tranquilizaba al pensar que Mad. de Maran no hubiera manifestado tanta deferencia á Mr. de Lancry, si este no le hubiera hablado de sus miras. No obstante, nunca habia hecho mi tia alusion alguna á la posibilidad de casarse conmigo Mr. de Lancry.

Al fin cesaron estas angustias.

El 15 de Febrero, me acuerdo de aquel dia y de todas aquellas circunstancias como si hubieran pasado ayer; el 15 de Febrero, estaba sola en la sala donde crei encontrar á mi tia, pero habia salido, dejando dada la órden de decir á las personas que preguntaran por ella, que iba á volver pronto.

Estaba leyendo las meditaciones de Lamartine, cuando oigo que abren la puerta de la sala. Servion anuncia al señor vizconde de Lancry. Nunca me habia hallado sola con Gontran; sentí una turbacion cruel.

—Señorita, me han dicho que dentro de poco volverá vuestra tia y que habia dejado dicho á las personas que vieran que tuviesen la bondad esperarla..... En seguida; despues de haber titubeado un momento, añadió conmovido —no creia tener la felicidad de encontraros aqui; así permitidme que aproveche esta ocasion tan preciosa para suplicaros que me escucheis.

—Caballero..... no sé..... que es lo que teneis que decirme, le respondí tartamudeando: el corazon me latia con fuerza. Entonces me dijo con voz trémula, cuyo acento nunca olvidaré.

—Ah! señorita, permitidme que os hable con toda franqueza..... prometeis responderme del mismo modo?

—Os lo prometo, caballero.

—Pues bien, sabed, que mi tio el duque de Verzac abusando de un secreto que ha podido penetrar pero que nunca le he confiado, estaba decidido á pedir en mi nombre

vuestra mano á Mad. de Maran..... Le he suplicado que no lo haga.

Me faltó el valor..... sentí oprimido el corazón, creí que era antipática á Mr. de Lancry, y respondí con voz apagada.

—Era inútil hacerme saber, caballero.....

No pude concluir.

—No, señorita, no era inútil, permitidme que os lo diga: de ningun modo podia autorizar á Mr. de Verzac para que diera este paso sin tener antes vuestro consentimiento.

—Lo que venis á pedirme es mi consentimiento! exclamé sin poder ocultar mi alegría, y sin pensar en ello.

Al notar en Mr. de Lancry un movimiento de sorpresa, me arrepentí de haber sido franca; temí que interpretara mi franqueza de un modo desfavorable, me puse encarnada, me turbé y no pude decir una palabra mas.

Después de un momento de silencio, Gontran continuó.

—Si, señorita, vengo á solicitar vuestro consentimiento sin atreverme á esperarlo. Sois libre en vuestra eleccion y hubiera sentido haber sido causa de instancias que pudieran seros desagradables.

—Caballero, yo.....

Gontran me interrumpió y me dijo con acento cariñoso y sério:

—Señorita, permitidme que os diga mi pensamiento antes que destruyais con una negativa quizás, no esperanzas presuntuosas, sino votos que no me atrevo á formar. Sois huérfana, casi se puede decir que estais sola en el mundo. Debo como caballero y hombre honrado, hablar el lenguaje sério que tendria con vuestra madre..... Ya sabeis porque..... me dirijo á vos en esta circunstancias..... y no á Mad. de Maran, añadió con un aire tan significativo que me probó que habia penetrado cuales eran mis relaciones con respecto á mi tia, pero que la delicadeza le impedia hablar de esto.

El modo grave y afectuoso con que Gontran se espresó, me entusiasmó mas, y le dije:

—Os comprendo y os doy gracias.

—Cuando me hayais oído, continuó, podreis prejuzgar del porvenir con tanta certeza como si se hubiera realizado. Quizás tenga pocas cualidades, pero siempre he sido leal y sincero en el cumplimiento de mi palabra..... Habia resuelto no casarme sino con una muger á quien amara con el amor mas respetuoso y ardiente..... Con ese amor santo, que en nada se asemeja á los placeres pasajeros de la juventud, asi como las relaciones efimeras no se asemejan á la duracion del matrimonio. Nada en el mundo me parece mas romancesco que un enlace tal como yo lo concibo..... Para cumplir estos votos, basta saber portarse bien con la persona que ha de ser el tesoro de nuestra felicidad..... Entonces se pasa con encanto en una confianza mútua una vida de ternura y de amor, vida que el genio del corazon puede variar hasta el infinito..... Porque vuelvo á deciros, que nada hay mas romancesco que el casamiento cuando se sabe amar.

No sé porque en este momento me acordé de Mad. de Richeville..... No pude menos de decir á Mr. de Lancry.

—Sin embargo, caballero, esas relaciones efimeras de que hablais, algunas veces parecen.....

Ah! señorita. exclamó interrumpiéndome, se las podrá nunca comparar con una felicidad legítima y verdadera? Ah! creedme..... Cuando se ama de veras pronto se conoce la nada de esos afectos culpables. Cual es su encanto para preferirlos á un amor que Dios ha bendecido? Porque os pertenezca una muger ante el cielo y ante los hombres, es una razon para que no sintais placer á su lado? Se gozará menos de sus preferencias, porque hayan sido merecidas á los ojos de todos á fuerza de cuidados y de cariños? Os serán menos caros su talento, su gracia y sus cualidades todas, porque su mirada pueda buscar la vuestra sin temor alguno y deciros: «disfrutad del placer que inspirais»? Tendrán menos perfume y brillo las flores que la adornan, porque hayan sido escogidas por una mano amiga y respetada? Si se desea viajar, descansar del bullicio de Paris y contemplar la belleza de la naturaleza, seria absolutamente preciso robar una hija á su padre, una muger á su marido para gozar de la multitud de



placeres de un viage amoroso, hecho en un pais encantador y poético? Será por ventura menos hermoso el cielo de España ó de Italia para los que pueden ser amantes sin avergonzarse? Ah! creedme, os lo repito, un enlace fundado en el amor tal como lo concibo, encierra tesoros inagotables de felicidad pura y de romancescos placeres..... Porque os lo confieso, me seria imposible ver en el matrimonio una vida indiferente y fria. Ah! no..... quisiera concentrar en esa vida todos los goces, las adoraciones todas de mi corazon! Ah! ya sabeis que conozco los placeres de la juventud, y me parece que están tan léjos, tan distantes de la verdadera felicidad como la supersticiou lo está de la religion. Señorita, no sè si me habeis comprendido bien; ignoro si he podido daros una idea ligera de mis sentimientos. Si fuera bastante feliz para que me permitiérais autorizar la peticion que Mr. de Verzac desea hacer en mi nombre á Mad. de Maran; creed á fé de hombre honrado..... creed, señorita, que si me llegárais á amar seria en todo digno de vos....

Al decir estas últimas palabras, Mr. de Lancry que estaba sentado en un sillón junto al mio, se levantó con una gravedad á la vez afectuosa y solemne.

No puedo deciros, amigo mio, todas las emociones que despertó en mi corazon este lenguaje tan nuevo para mí; me pareció que se abria ante mis ojos un horizonte nuevo y radiante; sentí un estremecimiento delicioso, porque las palabras de Gontran esplicando la felicidad legitima, traducian y reasumian por completo un sin número de pensamientos hasta entonces confusos y vagos para mí. Este cuadro encantador de un amor legitimo con las delicadezas y los misterios de la pasion me llenó de esperanzas.

Era muy feliz para ocultar mi alegria y para no responder franca y llanamente. Sentí que me latia el corazon, pero no era efecto de timidez, sino de una resolucion generosa. Quise ponerme á la altura del hombre que acababa de hablarme con tanta sinceridad y cuyas palabras me inspiraban una confianza ciega.

—No seré ni menos franca ni menos leal que vos, le dije.

—Soy huérfana: á nadie sino á Dios tengo que dar

cuenta de la eleccion que puedo y quiero hacer. Tengo fé en el amor que me pintais, porque yo misma he soñado muchas veces este porvenir.

—Señorita, será cierto..... Podria yo esperar.....

—Os he prometido ser franca..... Lo seré; antes de daros, no una esperanza, sino una certeza, permitidme que diga tambien algo sobre mis sentimientos. No tomeis lo que os voy á decir por la espresion de una duda: léjos de mí ese pensamiento...,.... Quiero á mi prima como mi mas tierna hermana; es pobre: quiere hacer un casamiento á su gusto y para ponerla en el caso de que pueda elegir, sin tener que cuidarse de la cuestion de interés, deseo asegurarla la mitad de mis bienes. Si no se casa, quisiera que estuviera siempre á mi lado..... consentís en que sea hermana vuestra?

Gontran me miró al principio lleno de admiracion, y juntando en seguida las manos exclamó:

—Ah! que corazon tan noble, que alma tan hermosa! Cómo habia de desaprobarme, qué digo, de no admirar un afecto tan generoso? No sería esta una garantía de vuestros elevados sentimientos si fuera posible dudar de ellos? Además ¿no conozco á Ursula? ¿No sé que merece tanto cariño y tanto desinterés?

—Ah! bien, bien! dije llena de gozo, ya veo que mi corazon encuentra eco en el vuestro. Voy á haceros ahora la última pregunta..... añadi bajando los ojos y tartamudeando..... La señora duquesa de Richeville.....

No pude decir mas que estas palabras.

Gontran me respondió al momento:—Os comprendo, señorita..... se conoce que han llegado á vuestros oídos ciertas voces que corren con respecto á mí..... Desde mi vuelta á Inglaterra, ó mas bien, desde el baile que dió la embajadora de Austria, os juro por mi honor, que no me ha ocupado sino un solo pensamiento y una sola persona.

Di la mano á Gontran sin poder detener dos lágrimas: ah! dos lágrimas muy dulces! si quereis la mano de una huérfana..... vuestra es..... Os la doy ante Dios.

—Os juro tambien ante Dios hacer todo lo posible por merecerla, dijo Gontran, é hincó una rodilla en tierra de un modo tan natural, que nada exagerado me pareció este movimiento.

En toda mi vida habia sentido una impresion tan dulce y tan serena.

El ruido de un coche que entraba en el patio anunció la vuelta de Mad. de Maran.

Matilde, me dijo Gontran; ¿me permitís que ahora mismo delante de vos pida vuestra mano á Mad. de Maran?

—Ah! si, si, esclamè con alegria, teneis razon..... con eso volvereis esta noche.

Mi tia entró en la sala.

—Apuesto cualquier cosa, me dijo desde la puerta, á que no sabeis porque ha ido Ursula á Turenne.

—No, señora.

—Y vos, Gontran?

—Lo ignoro completamente.

—Pues bien, yo lo sé; vengo de casa del escribano de Mr. de Orbeval, que lo es tambien mio; estaba revolviendo ¿vaya que no sabeis qué? apuesto uno contra ciento, uno contra mil. Andaba revolviendo y buscando títulos, donaciones para Ursula, dijo Mad. de Maran echándose á reir á carcajadas, para Ursula, que se casa.

—Se casa Ursula y sin escribirme! Ni una palabra me ha hablado de esto en su última carta! esclamé sorprendida.

—Ah! calla, calla, es verdad, ahora me acuerdo que Pedro despues de haberme abierto la puerta cochera me ha entregado algunas cartas que he metido en el bolso sin mirarlas. Quizás hay para tí alguna de Ursula.

Mad. de Maran registró su bolso, y sacó tres cartas, leyó sus sobrescritos y dijo, en efecto, aqui hay una para tí.

—Señora, dijo Mr. de Lanery á mi tia, tengo que hablaros de un asunto grave: ciertamente no guardo la costumbre que debe observarse; pero soy tan feliz y sobre todo estoy tan deseoso de gozar lo mas antes posible del privile-

gio que quizás me concederéis..... que vengo, seguro de consentimiento de Matilde, á pedir su mano.

—Ola! exclamó mi tia. Que me decis Gontran? que quiere decir esto? Jamás he visto que se arregle un casamiento de este modo, estas cosas no se hacen de trompon.

—Es muy cierto, señora, si dais vuestro consentimiento, y si creo lo que me dice mi corazon..... este casamiento será único entre todos los casamientos, dijo Gontran mirándome con dulzura.

—Pero á la verdad que estoy atontada. Estas cosas no se hacen asi, querido Gontran, los parientes mas próximos son los que se encargan de hacer las proposiciones con todos los preliminares y preámbulos necesarios. Se trata, se habla de esto durante ocho dias y despues de otros preámbulos se hace venir á la jóven y se la dice que se piensa en casarla, y que en tal caso un jóven que reune tales y cuales condiciones podia ser un partido ventajoso.

—Pues bien, tia dije con alegria á Mad. de Maran, figuraos que han pasado ya estos ocho dias de preámbulos y que habeis dicho á la jóven que se la presentaba un partido ventajoso.....

—Y bien! dijo mi tia.

—Y bien la jóven acepta con un reconocimiento profundo, dije á Mad. de Maran apretándole la mano con cariño. Hallé su mano helada: apretó mucho la mia entre sus dedos descarnados fijando en mi una mirada penetrante; en seguida se sonrió.

—¿Quereis tener por marido á ese abominable hombre?..... Bueno, sea, no quiero contrariaros, consiento en ello, salvo la aprobacion de Mr. de Orbeval, vuestro tutor, y la de Mr. de Vereac vuestro tio, Gontran.

El mismo iba á venir á pedir en mi nombre la mano de Matilde, dijo Mr. de Lancry lleno de alegria.

—Ah! tia mia, sois para mi una segunda madre, exclamé abrazando á Mad. de Maran con efusion.

—Já..... já..... já..... está loca, dijo mi tia riéndose á carcajadas con su risa burlona.—Una segunda madre.....

Ah! habia blasfemado al dar á Mad. de Maran el nombre de madre..... Dios debia castigarme cruelmente.

Por la noche á eso de las nueve Gontran volvió con su tío. Este anunció oficialmente que el rey habia tenido la bondad de permitir que Mr. de Lancry sustituyera á su tío en los cargos y honores que este tenia asi que se verificara el matrimonio.

—Vamos, con eso vais á ser duquesa, lo que por cierto es muy agradable. sobre todo cuando á esto se agregan cien mil libras de renta, dijo Mad. de Maran. En seguida añadió.

—A propósito de renta. Tengo que hablar con Mr. de Verzac acerca del contrato: los novios no tienen para que oír nada de esto; dejadnos en paz é idos á la biblioteca.

—¿Que os he de decir amigo mio, de aquella noche oche ocupada tan deliciosamente en hablar del porvenir que tan alagüeño se me ofrecia? Es imposible reunir mas probabilidades de felicidad? Talento, hermosura, gracia, delicadeza, mérito, buena cuna y riqueza, he aquí las ventajas que reunia le persona con quien debia casarme.

## LA CARTA.

Al volver á subir á mi cuarto, cual fué mi sorpresa! hallè en el una canastilla llena de jazmines y de electropos, mis flores de predileccion.

Estábamos en el mes de Febrero. Solo desde aquella mañana tenia derecho Gontran para ofrecermé flores; no pude concebir como habia podido reunir en tan poco tiempo esa multitud de flores tan escasas en aquella estacion.

Me llenó de gozo este obsequio de Lancry: Blondeau me esperaba. Lo conté todo, le dijo cuales eran mis esperanzas y despues de haberme escuchado con suma atencion me dijo.

—No dudo, señorita, que el señor vizconde de Lancry es tan amable como decís, llegará á ser un dia duque y par..... es muy cierto; pero permitidme que os diga que antes de casarse seria siempre bueno tomar informes.

—Que quiere decir informes? estás loca, muger! Pues qué, no se los ha dado ya á mi tia el duque de Verzac.

Blondeau meneó la cabeza.

—Señorita: los informes de los parientes son siempre muy buenos; no se debe creer en ellos, ni en los de sus amigos,

—Y á quien quieres dirigirte?

—Señorita, si me lo permitis, me dirigiré á los criados del vizconde y podré saber muchas cosas.

—Ah! no; eso es indigno..... Y te atreves á hablarme de un vil espionaje!..... Ten presente una cosa, esclamé; y es, que si tienes en algo mi estimacion hácia tí, me debes prometer que no harás ninguna pregunta á los criados de Mr. de Lancry.

—Pero, señorita, segun se dice, vuestra tia es quien hace este casamiento, y os olvidais ya de todas sus maldades, y del aborrecimiento que tenia á vuestra pobre madre á quien dió la muerte á fuerza de pesadumbres..... En el momento de ligaros para siempre..... reflexionad señorita..... Perdonadme si os hablo asi. No soy mas que una infeliz muger que os ama con amor maternal, y este sentimiento es el que me dá ideas superiores á mi posicion..... Pobre señorita!..... Sois tan buena, tan generosa, que no desconfiais de nadie. Lo mismo os sucede con Ursula á quien no creo franca á pesar de sus suspiros y de su aire compungido.

—Mira, Blondeau, conozco muy bien que los celos de cariño te hacen hablar injustamente de mi prima, asi te escuso en parte; pero te suplico que no hagas la menor alusion á un enlace que quiero contraer, porque me darias mucho disgusto en ello. Sé lo que hago, no soy ya una niña. No es Mad. de Maran la que ha hablado de este casamiento, al contrario, yo soy quien la ha hablado de este asunto..... Además, estoy segura de que si mi madre viviera aprobaria mi eleccion.

—Señorita, permitidme que os haga la última observacion. Si son buenas, como creis, las noticias que adquiriera respecto del señor Gontran, qué os importa que.....

—Escucha, dije á Blondeau con tono firme, no pue-

do impedirte que hagas lo que te se ponga en la cabeza; pero por mucho que me cueste privarme de tus servicios, te declaro desde ahora que como vuelvas á hablarme de este asunto, te separo para siempre de mi lado despues de haber asegurado tu suerte.

—Ah! señorita! por Dios, no me mireis asi. Esto me recuerda el dia en que estraviada por los malos consejos de vuestra tia, me digisteis que *yo querria dinero mejor que nada*.

Y la infeliz se echó á llorar como un chiquillo.

—Ah! la dije con impaciencia y casi con dureza. Por que has de venir con tus visiones ridiculas á turbar mi felicidad?

En seguida no queriendo que nadie tomara la canastilla de flores que Gontran me habia enviado, la cogi y me la llevé á mi cuarto.

El encanto de los recuerdos del dia fué disipando poco á poco la incomodidad que me habia causado Blondeau. Habian sido tan poderosas mis preocupaciones que no habia abierto aun la carta de Ursula en que me anunciaba su casamiento.

Conservo esta carta asi, como otras muchas.....

Observareis al leerla que el estilo es un poco exagerado y romancesco. Muchas veces he reconvenido amistosamente á mi prima por este modo de escribir; pero no he logrado corregirla.

Vos, amigo mio, que conoceis tan bien como yo casi todas las fases de mi amistad con Ursula, y las consecuencias de su casamiento, no podreis contener una sonrisa de amargura al leer esas lineas, en que se pinta con colores muy lúgubres como una victima.

Pero entonces *no habian cambiado los tiempos*, tenia todas mis ilusiones, y me contristó en extremo la desgracia de Ursula.

Esta carta estaba sellada de negro y el sello representaba una calavera.

San Nobert Febrero de 1840.

«Querida Matilde: ya está consumado el sacrificio: tu pobre Ursula ha consagrado su vida al luto y al dolor. Si



en medio del porvenir sombrío que la aguarda entrevee un rayo de consuelo, lo deberá á tu santa amistad..... Pero, ¿por qué me he de lamentar de este golpe, cuando estoy tan acostumbrada á sufrir desde hace tanto tiempo? Como víctima resignada á la desgracia, solo debo callar y llorar.

«Perdona, hermana mia, que venga á entristecer tus goces con estos quejidos que exhala mi alma. Tengo el presentimiento de que serás feliz; te casarás con la persona á quien amas..... tan linda, tan graciosa y tan rica, no necesitas mas que presentarte para parecer bien.

«La pobre Ursula, por el contrario, sin gracia, sin atractivo y sin fortuna, ha nacido para ser desgraciada..... Qué quieres? tal es su destino..... Pero qué digo?

«No, no, soy injusta; ¿no me he encontrado contigo en mi camino? No has tendido la mano á esta criatura abandonada? ¿No ha debido á tu generosidad y á tu amistad el mas precioso bien? una educacion brillante, como dice con razon Mad. de Maran?

«No te he debido..... no te debo, un sentimiento mas dulce y mas caro á mi corazon? Ah! sin esto ya hubiera muerto de desesperacion..... á la hora esta estarias llorando á tu amiga.

«Mira, Matilde, dirás que es una locura..... corriente..... pero te aseguro que es una locura triste y dolorosa... Tengo presentimientos fúnebres; no sé cual es la suerte que me espera.,... pero en todo caso quisiera darte mis libros, y aquel pequeño aderezo de coral.

«Ah! soy pobre, no tengo nada..... perdona la clase de regalo que te hago, pero al menos te recordará nuestras diversiones inocentes: ¿no es asi, Matilde? Llorarás á tu amiga: ¿no es verdad que te acordarás de ella, en medio de las brillantes sociedades, donde serás la reina?.....

«Quisiera tener aquí mi último asilo. He ido muchas veces al cementerio del pueblo; nada he encontrado en el de repugnante: es un terreno cubierto de yerba menuda rodeado de arbustos que en la primavera deben estar llenos de flores. Se ven acá y allá cruces de madera. Ah! que dulce, que grato me seria estar confundida allí con esas criaturas humildes que descansan en esas tumbas, ignoradas del

«Perdona, Matilde, este principio triste de la carta; pero tengo el alma tan destrozada que me he dejado llevar de la amargura de mis impresiones.

«No obstante, debo decirte el motivo de mis lágrimas.

«Me casan!....

«Qué casamiento!.... Dios mio!.... Tengo que despedirme de mis ilusiones..... A Dios mis esperanzas: á Dios, sobre todo esta vida que hubiera querido pasar siempre á tu lado.

«Algunas veces he pensado luchar contra la voluntad inflexible de mi padre; pero he sentido que muy pronto se hubieran gastado mis fuerzas en un combate tan desigual y que quedaria vencida en la lucha: ademas tenia una razon muy poderosa para resignarme. He obedecido; muy pronto sabrás porqué.

«Hará ocho dias, precisamente el mismo en que te escribí sin saber lo que me esperaba, que mi padre me hizo llamar á su cuarto. Nunca has visto á mi padre sino en sociedad ó delante de Mad. de Maran que le impone mucho; por consiguiente ha debido parecerte grave y compasado. Aqui está acostumbrado á dominar y á hablar como dueño y soberano; su rostro tiene una espresion muy diferente.

«Sois pobre, me dijo, es preciso que penseis en casaros. He encontrado para vos un partido escelente; un jóven que tiene 12,000 duros de renta sin contar con sus esperanzas y con lo que puede ganar aun, porque dirige sus negocios perfectamente y entiende su comercio á las mil maravillas. Mañana vendrá aqui con su madre.

«Componeos para parecerle bien; porque si le agradais es cosa hecha. Tened cuidado de estar sencilla y alegre, pues Mr. de Secherin es un jóven de buen humor, llano y franco. Reflexionad bien en esto. Os dejo por unos dias, porque tengo que ir á mi quinta de Sanlais, y á la verdad que esta propiedad me cuesta mas de lo que me produce, y por lo mismo os es preciso hacer un buen casamiento para no estar despues de mi muerte en una posicion peor que mediana.

«Sin darme tiempo para responder una palabra se retiró y me dejó sola.

«Ah! amiga mia! no podria decirte en que abismo creí caer al oír estas palabras fatales; yo, que habia siempre soñado como tú esa union encantadora de las almas que tarde ó temprano se buscan involuntariamente.

Pasé la noche llorando.... Me preguntarás quizás, si habia olvidado la promesa generosa que me habias hecho de partir con migo tu fortuna para facilitarme un casamiento ó inclinacion, ó bien para estar á tu lado si no encontraba partido que meconviniera. No, Matilde, no; no podia olvidar esta promesa; sabia que tu corazon era bastante noble y generoso para cumplirla; pero por eso mismo he querido hacer imposible el sacrificio que querias hacer á nuestra amistad.

«Desinteresada hasta la irreflexion, no habias pensado en el porvenir, debias pensar en que tus bienes no eran tan considerables para dividirlos asi. Con la fortuna que posees, eres una heredera rica y puedes prometerte los mejores pártidos. Dividiendo tus bienes, disminuyes mucho esas probabilidades.

«Estar eternamente á tu lado ha sido uno de mis sueños mas dulces. Pero quien sabe si agradaria este convenio al que elijieses por marido. Ah! Dios mio! antes morir mil veces que ser la causa de la menor desavenencia entre tú y el que fuera tu esposo! Me he resignado, Matilde. Tu amistad y tu desinterés me han dado fuerzas para encontrar esta resignacion. Siempre bendeciré el sacrificio que me he impuesto al pensar que quizás contribuya á asegurar tu felicidad venidera.....

«Ah! me ha costado mucho, he llorado amargamente toda la noche que precedió á mi primera entrevista con Mr. de Secherin.

«Me atreveré á decirte y á confesarte todo. Un pensamiento impio suspendió un momento mis lágrimas..... La casa de mi padre está rodeada de fosos profundos y llenos de agua..... Me levanté..... abrí mi ventana..... medí la altura, hacia una noche triste de invierno..... Soplaba un viento fuerte. Me acerqué al balcon..... y me dije á mí misma: mas vale una muerte criminal que la vida que me espera; estaba dominada por un vértigo; quizás iba á ceder

á una inspiracion funesta, cuando al dar el último á Dios á todo lo que me era grato, me detuvo tu recuerdo..... Ah! te doy gracias, Matilde porque este recuerdo me ha detenido al borde del precipicio.... me ha impedido cometer un crimen..... Me he resignado á vivir.....

«Ah! ¿no se gastará muy pronto esta vida que disputo á las penas que me abruma? Ah! si fuera así daria gracias á Dios de que me quitase de esta tierra, aceptaré la muerte como una recompensa de tantos sacrificios que he tenido el valor de imponerme.

«Llegó el dia fatal. Por la mañana mi padre me hizo las recomendaciones mas severas; esperé con tristeza el momento en que me habian de presentar á Mr. de Secherin.

«A pesar de las órdenes de mi padre, no me compuse; tenia un traje negro, verdadero emblema de los pensamientos que destrozaban mi alma. Mi cabello caia formando rizos en derredor de mi rostro pálido como la cera: me tenia tan agoviada el dolor, que esta vez me hubiera echado en cara con razon Mad. de Maran que tenia mal cuerpo.

«Por mas que mi padre me riñó con dureza y me mandó que tuviera un aire risueño, no pude vencer las emociones que me agitaban; apenas volvi la cabeza cuando anunciaron á Mr. de Secherin y á su madre.

«Segun me ha dicho mi padre, Mr. Eloy Secherin tiene parte en grandes empresas y aumenta por dias la fortuna que le ha dejado su padre. Nada puedo decirte de su figura ni de sus maneras, porque veo todo á trevés de una nube de lágrimas.

«Despues que salió Mr. de Secherin, mi padre vino á felicitar me porque he parecido bien al esposo que me propone; su madre tambien habia quedado encantada de mi.

«Estoy como una pobre prisionera cuyos ojos no han podido penetrar aun las tinieblas que la rodean. He visto confusamente á Mr. de Secherin y á su madre. He oido mas bien que escuchado algunas palabras; he respondido maquinalmente. Hoy mismo se firma el contrato y debe verificarse mi casamiento mañana ó pasado todo lo mas tarde.

«Cuando me vuelvas á ver en Paris, dentro de algunos dias, abrirás tus brazos á la pobre victima obediente y resignada.....

«Perdonad, Matilde, que haya venido á entristecer tu felicidad; porque un presentimiento secreto me dice que eres dichosa, que G..... te ama: lo sabes desde el dia que fuimos al baile de la embajada..... Acuérdate que te dije *tu le amarás* y estoy segura de que se ha hecho digno de este amor.

«Matilde mia, necesitaba la certidumbre de tu felicidad para poder soportar esta vida miserable..... hasta que el peso de mis sufrimientos rinda mi alma; y entonces dejaré esta mansion del dolor, echando una mirada de sentimiento sobre los años que he pasado junto á ti.

«A Dios, á Dios! Habia pensado suplicarte de rodillas que vinieras á asistir á mi casamiento para darme ánimo; pero he pensado despues que tu vista, al recordarme todo lo que pierdo separándome de tí, me quitaria la poca energia que me queda.

«A Dios..... Me faltan las fuerzas; he llorado tanto... Tu apasionada hermana.—Ursula de Orbeval.»

La lectura de esta carta me dejó aterrada.

El pensamiento que dominó todos los demás fué que Ursula, asi como lo habia dicho, se habia sacrificado por mí, temiendo perjudicar mi casamiento con Mr. de Lancry. Hice mentalmente una reconvencion á mi prima por haber contado tan poco con mi cariño y con el de Gontran. Reinaba en su carta una tristeza tan profunda, un abatimiento tan desesperado que temí mucho por su salud.

Me quedaba una esperanza. Podia retardarse el casamiento de Ursula.

Me decidí á suplicar al dia siguiente á Gontran que fuera á Tourenne á impedir el casamiento de Ursula, convenciéndola de que la ejecucion de mis promesas no podia producir ninguna dificultad en mi enlace con Lancry. Pasé una noche muy agitada. Al dia siguiente esperé con la mayor ansiedad la llegada de Gontran. No vaciló un momento en ir á Tourenne, participó de mis temores y de mis esperanzas con una bondad admirable.

No debia decir nada de este viage á Mad. de Maran, y salir al momento. Estabamos hablando de este asunto para mi tan intereresante, cuando me trageron una

Ya se habia casado Ursula. Su carta del dia anterior tenia muchos dias de atraso.

Esta noticia me dejó fria. Me hacia gozar tanto el amor de Gontran que comprendia cuan cruel debia ser la suerte de Ursula.

Mi prima me anunciaba que llegaria dentro de pocos dias con su padre y su marido, y que pasaria el fin del invierno en Paris.

Subí á mi cuarto para escribir á Ursula, para quejarme de su falta de confianza, para consolarla y para hacer en fin, resaltar á sus ojos las ventajas que su dolor le impedía ver en ese casamiento que tanto la desesperaba.

Encontré á Blondeau en mi gabinete de estudio; me dijo que una señora que estaba á la puerta, deseaba hablar conmigo para comunicarme una noticia importante,

La dije que la hiciera entrar.

Vi á una muger envuelta en una capa y con la cara tapada con un velo negro y tupido.

Salió Blondeau.

La muger se quitó la capa y alzó el velo.

Era la duquesa de Richeville.

---

### XIII.

#### LA ENTREVISTA.

---

Me sorprendí y me asusté tanto al ver á Mad. de Richeville que tuve que apoyarme sobre el espaldar de una silla que estaba junto á mi.

No obstante, la espresion de las facciones de la duquesa no tenia nada que pudiera aterrarme. Me pareció muy mudada. Conoció la impresion que su vista habia producido en mi.

Se apresuró á decirme como para inspirarme confianza.

—Por muy estraña que parezca mi vista, podeis estar tranquila. Vengo en nombre de un amigo vuestro, de Mr. de Mortagne.

—Pues que, está aqui?

—Ah! no, y aunque lo esperamos de un momento á otro, todavia no puedo deciros nada de su viage misterioso,

pero sé..... todo el interés que se toma por vos. Me contó hace ocho años su última entrevista con Mad. de Maran..... Me refirió lo que pasó en el consejo de familia, me habló de aquella escena con vuestra tia cuando os tenia en sus brazos. Entro en estos pormenores para probaros que este hombre, el mas generoso de todos cuanto he conocido, tenia en mi una confianza absoluta..... y en nombre de esta confianza vengo á pedirós la vuestra.

—La mia, señora?..... Vos?

Me apoyé de tal modo en la palabra vos, que Mad. de Richeville se sonrió amargamente y repuso.

—Pobre niña! creis ya en las calumnias del mundo? Habrán alterado la bondad que Mr. de Mortagne preveia en vos, y que se revela en vuestras facciones todas? Por qué acogeis de un modo tan frio este paso dictado solo por vuestro interés, este paso que doy, por decirlo asi, bajo la autoridad de un hombre que fué uno de los mejores amigos de vuestra madre! Vamos, decidme, por qué me recibis asi?

Es imposible pintar el encanto de la voz de Mad. de Richeville y la mirada triste y cariñosa que acompañó á aquellas palabras; á pesar de los celos que de ella tenia me conmoví y la respondí con menos sequedad.

—No debeis estrañar que me llame la atencion una visita que no me esperaba, puesto que no tenia el honor de conoceros.

—No os dije hará un mes al salir de la ópera estas palabras: *tened cuidado, niña, quiéren casaros?*

—En efecto oí esas palabras, pero ignoraba el objeto con que me las dirigiais.

—Conque lo ignorabais? me dijo Mad. de Richeville echándome una mirada penetrante, que por cierto me hizo poner colorada como la grana.

No queriendo sin duda aumentar mi confusion me miró con menos intencion y continuó dulcificando mas su voz.

—Atended..... para que deis crédito à mis palabras; para que yo pueda tocar el asunto que me trae aquí, sin que os figureis que me llevo segunda intencion, es preciso que os dé algunas esplicaciones sobre lo pasado. Siempre ha



sido amigo mio Mr. de Mortagne; me ha hecho uno de aquellos servicios que un alma generosa no puede pagar sino con muchas pruebas de amistad, y cuando digo amistad, hablo de los deberes sagrados que impone. No sé con que colores me habrá pintado Mad. de Maran á vuestros ojos; pero espero que algun dia sabreis que mis enemigos mas encarnizados no han puesto en duda mi valor, ni el interés que me tomo por cualquier amigo. Quizás sepais mas adelante la causa de mi gratitud eterna á Mr. de Mortagne..... Sabia y sé todo el interés que le inspirais..... He aqui ya un motivo para que me intereseis en extremo..... no es asi? tengo muchos enemigos, pero ningun me aborrece tanto como Mad. de Maran..... Se que vuestra tia no ha perdonado medio por haceros sufrir durante vuestra niñez..... ahora se propone haceros la muger mas desgraciada..... debeis odiarla por lo menos tanto como yo la odio..... He aqui otro motivo para que me intereseis..... Arrancaros de estos designios malignos, descubriros nuevas perfidias..... probar en fin mi amistad, mi gratitud á Mr. de Mortagne, aconsejandoos como él mismo os hubiera aconsejado..... he aqui motivos bastante poderosos para esplicar el interes que me tomo por vos; me parece.....

—Señora, en efecto, he podido quejarme de Mad. de Maran; pero desde algunos dias á esta parte hace tanto por mi que debo olvidar lo que ha pasado entre nosotras.

Me apoyé esprofeso en estas palabras, *hace tanto por mí*, á fin de dar á entender á Mad. de Richeville que queria hablar de mi casamiento con Gontran.

La duquesa hizo un movimiento de cabeza y me dijo: ¿Con qué hace tanto por vòs?..... Sí, decis verdad. Nunca ha hecho tanto por labrar vuestra desgracia.

Desde aquel momento creí adivinar el objeto de la visita de Mad. de Richeville. Amaba á Gontran. El casamiento de este conmigo la tenia furiosa de zelos, era tan diestra como disimulada, y venia indudablemente á calumniar á Mr. de Lancry, á fin de romper un enlace que aborrecia. Partiendo de esta hipótesis, me interesó mas Gontran al ver cuanto me disputaba su corazon. Casi me vanaglorié de ver que una muger como Mad. de Richeville, tan linda, tan al-

tanera y tan desdeñosa, recurría á la falsedad mas hábil y complicada para venir á representar con respecto á mi un papel odioso.

Decidida á considerar la conducta de la duquesa bajo este punto de vista, la respondí con mucha sequedad.

—Os repito, señora, que ahora no puedo menos de estar muy reconocida á todo lo que hace por mi Mad. de Maran.

—Debe ser así, dijo Mad. de Richeville, y por lo mismo que es así y que podeis caer ciegamente en el lazo que os tiene tendido, vengo á prestaros mi auxilio á vos, niña desgraciada, abandonada y aislada de todos..... Mirad en derredor vuestro y decidme á quien podeis pedir consejo, en duién os fiais desde que partió vuestro único amigo, vuestro único protector.

—En nadie tengo que fiarme.....

—¿En nadie? ¿ni aun en mi? Ah! esto es cruel, Matilde!..... ah!..... no os ofendais de esta familiaridad. Tengo doble edad que vos, y ademas no sé que hacer, no sé que decir para destruir ese desvio que sentís hácia mí! perdonad si al hablar con vos me sirvo de terminos demasiados cariñosos quizás..... pero en este momento solo habla mi corazon.

Era necesario todos mis celos y mi prevencion contra Mad. de Richeville para no quedar desarmada al oir esas palabras de la duquesa.

Como sucede siempre, ciertas palabras, conmueven profundamente ó incomodan tanto mas segun la disposicion en que nuestro ánimo se encuentra: así es que respondi á Mad. de Richeville.

—Quería, señora, saber el objeto de esta entrevista: sino tiene otro que el de despertar mi odio contra Mad. de Maran, en este caso debo daros gracias por el interés que tomáis por mi en nombre de Mr. de Mortagne; pero no puedo menos de repetiros, que ahora solo tengo motivos de agradecimiento hácia Mad. de Maran.

—Es preciso que hayais sufrido mucho, para que os preseis así á los 17 años, dijo Mad. de Richeville, mirándome con un aire de compasion y de dolor; es preciso que

sean muy invencibles las prevenciones que teneis contra mi..... Entonces dijo hablando consigo propia: que voy á hacer?..... es trabajo perdido..... Qué importa?... .. qué importa?..... Es un deber; y dirigiéndose á mi, me dijo con viveza.....—Si, es un deber y lo cumpliré..... Quieren casaros con Mr. de Lancry!

—Mad. de Maran y Mr. el duque de Verzac han confirmado una resolucion que Mr. de Lancry y yo habiamos tomado. Y este casamiento es cosa hecha, añadí con mucho orgullo, creyendo dejar vencida á mi rival con estas palabras, quizás poco delicadas en boca de una jóven soltera.

—Sabeis lo que es Mr. de Lancry?

—Señora.....

—Pues bien, voy á deciroslo: Mr. de Lancry es un hombre seductor, lleno de gracias y de talento, valiente, sumamente elegante y bien formado: sabeis esto, ¿no es verdad? Ese brillante exterior os ha deslumbrado y seducido: nada tiene de extraño, ni yo tampoco trato de echároslo en cara: pero bajo ese exterior brillante se oculta un corazon seco, un egoismo intratable, una codicia insaciable que trata de satisfacerse en el juego mas desenfrenado. Hace mucho tiempo que disipada enteramente su fortuna, tiene deudas considerables: creedme, Matilde, Mad. de Maran ha facilitado y protegido este casamiento, porque os ha de precipitar en un abismo de desgracias: asi os suplico en nombre de vuestro amigo Mr. de Mortagne, que demoreis ese enlace hasta la vuelta de vuestro protector, que está muy próxima. Ah! no sabeis quien es el hombre que habeis elegido por esposo! Por Dios, esperad á Mr. de Mortagne, esperadlo, en nombre de vuestra madre.

—Basta, señora, exclamé indignada, no permitiré que se invoque el nombre de mi madre á propósito de una calumnia de que debierais avergonzaros....., vos, señora duquesa..... Ah! señora; que mal os he hecho para que trateis de envenenar lo que miraba y miro aun, gracias á Dios, como la única esperanza de mi vida. Ah! me estremezco al pensar que si otro cualquiera que vos hubiera pronunciado esas palabras, quizás se hubieran alterado la confianza, la admiracion y el amor que tengo á Mr. de Lancry.....

—Con que tal vez hubierais creído aquellas palabras si otra cualquiera las hubiera dicho? repitió Mad. de Richeville mirándome con atención y como queriendo penetrar el sentido de mi pensamiento. Por qué teneis en mí menos confianza que en otra cualquiera?

—Por qué? y vos me lo preguntais? Se trata de Mr. de Lancry, señora, y por muy infundado que sean ciertos rumores.....

—Ah! pobre niña! me cree celosa de Mr. de Lancry, exclamó Mad. de Richeville llena de sorpresa. Si creéis eso, veo todo perdido, Matilde. Dios mio! es preciso que me hayan calumniado cruelmente para que me supongais capaz de tal infamia. Enamorada de Mr. de Lancry vengo á vuestra casa á calumniarle para hacer imposible un casamiento que me llenaria de desesperacion? Eso decis, y eso creéis! no es así?

—Dispensadme que os responda, señora.

—Pues bien: voy á hacer os una declaracion. Es muy dura, muy cruel; pero que importa? puede salvaros y ese es mi único deseo.

Después de haber titubeado mucho tiempo Mad de Richeville dijo en fin con una voz alterada y llena de confusión.

—Sabed que del mismo modo que vos..... he amado á Mr. de Lancry; sus maneras elegantes, todo su exterior me sedujo como á vos..... Pero no tardé mucho en descubrir el egoismo, la dureza y aun la crueldad de su corazón así que su vanidad estuvo satisfecha. En el día no sé cual es el sentimiento que puede mas en mi alma, si el aborrecimiento ó el desprecio á ese hombre.

Me parecieron tan odiosas estas últimas palabras de Mad. de Richeville que no pudiendo contenerme exclamé:

—Sin embargo, cuando estabais en el baile de la embajadora de Austria, no pensabais del mismo modo.

Mad. de Richeville se apresuró á responderme haciendo un movimiento de impaciencia.

—Bien, escuchad y sabreis porque obré así en el baile; esto os servirá para conocer á Mr. de Lanary. Hará cerca de un año acababa de sufrir una gran desgracia. Estaba des-

consolada y afligida..... Ojalá, Matilde, no sintais nunca cuan débiles nos hace el sufrimiento; ojalá que nunca seais tan desgraciada para conocer el encanto de una voz amiga que nos consuela y se compadece de nosotras! Creí en las protestas de Mr. de Lancry, le amé con sinceridad; era para él la mejor y mas tierna amiga; vivia entonces casi retirada del mundo, tratando siempre de ir delante de todos los deseos de Gontran. Llegó un dia en que vi que no vino á casa. Envié á la suya un criado para saber de él..... habia partido aquella mañana para Londres sin escribirme una palabra, y dejando al mundo el cuidado de hacerme saber que habia ido á Inglaterra á acompañar á una cómica con quien estaba en relaciones hacia algunos dias. Era tan brutal y tan despreciable esta conducta, que me encolericé contra mi misma. Con gran admiracion mia noté que la indiferencia mas absoluta y mas desdeñosa, habia sucedido á un sentimiento que creia indestructible el dia anterior. Hay ultrages tan miserables, que no inspiran cólera, sino compasion. Cuando encontré á Mr. de Lancry en el baile, lo volví á ver por primera vez desde que me habia sacrificado de un modo tan bajo. A pesar de su serenidad y de su mundo quedó algo confuso al verme..... No sentí nada..... nada mas que deseo de probarle mi aprecio, al acogerle con tanta afabilidad aparente, como si nada hubiera pasado..... Mi venganza no iba mas allá. Pero para un hombre del caracter de Mr. de Lancry, y en general para todos los hombres, nada hay que les hiera mas que ver sonreir con indiferencia á la víctima á quien han creido dar un golpe mortal..... Os he dicho con que interés me habia hablado de vos Mr. de Mortagne: os miraba con una curiosidad cariñosa, cuando me interpeló Mad. de Maran para lanzarme algunos epigramas crueles, cuyo sentido no podiais comprender. Tuve bastante imperio sobre mi para responderle con un hecho que debia llenarla de terror..... la llegada de Mr. de Mortagne, que sabia de positivo: este infeliz ha sido victima de una conjuracion abominable. Dentro de poco lo sabreis.

—Dios mio! ¿qué significa eso? señora, exclamé aturrida.

—Aun no puedo deciroslo, repuso Mad. de Richeville,

pero pronto estará aquí. Por eso os suplico que espereis su llegada antes de contraer ese casamiento fatal..... Permitted que os diga algunas palabras mas, añadió la duquesa al ver mi impaciencia; y os dejó inmediatamente. La misma noche que fuisteis al baile de la embajada, no eran ya un misterio los proyectos de vuestra tia y de Mr. de Verzac; por todas partes decian que el duque habia hecho venir de Inglaterra á su sobrino con el objeto de casarlo con una jóven muy rica. Cuando dos dias despues os ví en la ópera en el palco de los gentiles-hombres de cámara, no dudé un momento de la realidad de estos rumores. Vuestra tia y Mr. de Verzac lo habian confirmado á intento, haciendo que os viesen todos en la ópera con Mr. de Lancry, á fin de impedir que se os presentara otro partido. Mad. de Marau sabia que un jóven de quien os hablaré muy pronto, amigo de Mr. de Mortagne, y que os habia visto en el baile, debia pedir vuestra mano, porque le habiais agradao en extremo..... Conocí el peligro que corriaís y por eso os dije á la salida del teatro: «tened cuidado niña, que quieren casaros.» No quise limitarme á este aviso esteril..... Lo que os digo ahora, queria deciróslo antes que Mr. de Lancry os hubiera interesado; dotado de las ventajas que reune, y favorecido por vuestra tia, debia agradaos. Por desgracia estuve muy desazonada al dia siguiente de aquella representacion; despues caí gravemente enferma y no pude cuando quise llevar á cabo mi proyecto. Hallándome en este estado, me franqueé á Mad. de Mirecour, íntima amiga mia que visita muy á menudo á vuestra tia: la encargué que tratara de hablarós en secreto á fin de enterarse de todo lo que pasaba, y de haceros detener el casamiento hasta la llegada de Mr. de Mortagne. Vuestra tia desconfiaba de Mad. de Mirecour; sabia nuestra amistad, y la impidió que se hallara sola con vos..... Maldije entonces los males que me tenian encerrada en casa. Sabia muy bien que cada dia iria aumentando vuestro amor hácia Mr. de Lancry; quise escribiros; temí que vuestra tia interceptara mi carta. Estaba desesperada pensando que quizás no os pudiera prevenir á tiempo si habiais comprometido vuestro porvenir..... Ah!

me tomo tanto interés por vos, que este pensamiento me hizo sufrir mas..... Pero vuestra frialdad me hace ver Matilde, que no os convenzo. Llena de desconfianza, os preguntais siempre la causa de este interés tan poderoso que me tomo por vos, Dios mio! Será preciso que os repita otra vez, que no hago mas que pagar una deuda á mi amigo Mr. de Mortagne.

—Y os vengais al mismo tiempo de Mr. de Lancry, dije con amargura.

—Vengarme yo, Matilde? respondió dulcemente la duquesa. ¿Es absolutamente necesario ese motivo para que me compadezca de vos? ¿No siento dolorido el corazon al veros tan jóven, tan interesante, abandonada, perdida en medio de esos egoistas infames, víctima del aborrecimiento de vuestra tia y de la codicia de Mr. de Lancry?

—Ya es demasiado, señora, exclamé llena de orgullo y de cólera; valgo tan poco, que al pedir mi mano Mr. de Lancry, piense solo en mi fortuna y no en mi persona? Que os haya engañado, y engañado de un modo odioso, es una razon para que no estime un corazon que se entrega á él con placer? Quién os asegura, señora, que le hayais amado como merecia que lo amasen? Quién os dice que todas las mugeres á quienes ha engañado de un modo tan indigno lo hayan amado como yo? Y quien os asegura, señora, que por lo mismo que su alma es generosa y grande, no ha de saber medir toda la distancia que existe entre unas relaciones culpables y un amor sagrado á los ojos de Dios y de los hombres? Con qué derecho me podreis reconvenir de una mala accion, vos, que habeis cometido una falta grave? Y con qué derecho venis á comparar mi amor con el amor vuestro?

—Ah! Dios mio! Dios mio! Tener que oir esto! dijo Mad. de Richeville tapando su rostro con sus manos, con una espresion de dolor y de humildad que me hubiera enternecido si me hubiese sentido menos indignada: pero ah! no pude moderar mi lenguaje! hoy estoy arrepentida de haberle hablado así, Llevada del deseo de vengar á Gontran de las calumnias de que le creia objeto, continué de este modo:

—Decis que no tiene bienes porque los ha disipado;

tanto mejor, señora, con eso soy mas dichosa pudiendo ofrecerle los míos. Decís que tiene que buscar recursos en el juego; poseyendo de aquí en adelante mis rentas todas, no se verá precisado á recurrir á semejante medio. Creéis que me engaña, no tengais cuidado..... La envidia y los celos son demasiado previsores..... El amor verdadero es mas feliz: lleno de generosidad prevee la recompensa que merece y que llega á obtener.

Mad. de Richeville levantó la cabeza, que habia tenido inclinada mientras yo hablaba, y vi con sorpresa su hermoso rostro bañado de lágrimas.

Os lo confieso, amigo mio, á pesar de mi indignacion me conmoví al ver que aquella muger, de ordinario tan altiva y orgullosa, escuchaba con resignacion mis fuertes reconvenciones.

Me cogió una mano, y me dijo con un acento profundamente triste.

—Matilde, veo que no hay ya esperanza..... sois víctima de un sofisma que me ha perdido y que ha perdido á muchas mugeres: yo tambien me dije cuando amaba á Mr. de Lancry: no tengo mas mérito y mas atractivo que mis rivales..... No han podido fijar ese corazon inconstante ni domar ese carácter altivo y desdeñoso, que se burla de los sentimientos mas puros..... yo lograré lo que ellas no han conseguido. Ah! Matilde, os he dicho mas de lo que debiera. Sabeis mi vergüenza y mi ultrage. No creias ahora que piense un instante compararme con vos, que sois en todo superior á mi. Aprecio las cualidades amables que os distinguen; y por lo mismo es mayor mi celo por servir á la protegida de Mr. de Mortagne..... Sin medir todo el alcance de vuestras palabras, me habeis hecho sentir ahora mismo de un modo cruel la diferencia que existia entre el amor que podia yo ofrecer á Mr. de Lancry y el que vos le concedeis..... teneis razon, Matilde..... Si Mr. de Lancry fuera capaz de apreciar todo lo que hay de bueno y de elevado en vuestro amor, es seguro que podiais esperar la felicidad que soñais..... Pero creedme, añadió la duquesa bajando la cabeza y fijando en mí una mirada anegada en lágrimas, mirada que penetró en mi corazon; creedme; por



muy culpable que sea..... cualquier muger que ama y que se entrega sinceramente..... ningun hombre de un corazon elevado y de un carácter generoso corresponde jamás con el insulto y la crueldad á las pruebas de un cariño profundo..... Tal conducta prueba siempre una índole perversa..... No obstante, quizás tengais razon sin saberlo..... tal vez esteis destinada á cambiar por completo el carácter de Mr. de Lancry..... si la hermosura, la gracia, las perfecciones mas amables pudieran hacer ese prodigio, ciertamente que entonces lo conseguiriais..... Pero ah! creedme, si yo hubiera tenido la menor esperanza de esta conversion, hubiera creido cometer un crimen en venir á destruir la fé vuestra en ese amor.... En fin..... el porvenir decidirá..... A Dios, Matilde, á Dios; quizás llegue un dia en que me conozcais mejor, un dia en que tal vez me digais con amargura:—ojalá os hubiera escuchado..... Pero, preferiria mil veces aparecer á vuestros ojos como una muger pérfida y maligna que ver justificadas mis previsiones por vuestras desgracias. A Dios..... ¿conque no quereis esperar la llegada de Mr. de Mortagne?

—Señora, respondí conmovida por las lágrimas de Mad. de Richeville, os suplico que dejemos esta conversacion. Ah! me se han escapado algunas palabras que siento infinito haber dicho; esto al menos os prueba que el calor con que he defendido á Mr. de Lancry, nace de mi corazon que siempre será suyo.

—Antes de dejaros, permitidme que os diga cual era el proyecto de Mr. de Mortagne con respecto á vos, lo cual no debe alterar en nada vuestra resolucion. Antes de partir para Italia, ocupado de vuestro porvenir, me habia hablado, así como os lo he dicho, de un casamiento entre vos y el hijo de un intimo amigo suyo Mr. Abel de Rohegune, jóven de veinte años de edad y sumamente rico. Le pareció este un partido ventajoso y digno de vos. A causa de haber muerto su padre, uno de los caracteres mas nobles de la época, Mr. de Rohegune se encuentra en el dia dueño de bienes considerables. Ha estado algun tiempo viajando, y hace pocos meses que ha llegado á Paris: todos le conceden talento y muy buenas cualidades; sin ser un buen mozo, su fisonomía

es muy agradable..... Os vió en el baile de la embajada, le llamasteis la atencion, fuisteis la persona que mas le agradó y á no haber proclamado Mad. de Maran con tanta afectacion vuestro casamiento con Mr. de Lancry, Mr. de Rochegune hubiera pedido el favor de seros presentado. Si hubiera estado aquí Mr. de Mortagne, os hubiera traído su protegido. Os digo todo esto, Matilde, para probaros que vuestra resolucion de no esperar para casaros la vuelta de Mr. de Mortagne, podrá seros tanto mas fatal quanto que sus miras eran hacer vuestra felicidad.

—Si estuviera aquí Mr. de Mortagne, cuyas bondades nunca olvidaré, le responderia que he hecho una eleccion á mi gusto y que ninguna consideracion impedirá mi enlace con Mr. de Lancry. Respondí con aquella terquedad inflexible de voluntad que caracteriza el amor profundo, exaltado por la contradiccion.

—A Dios, Matilde, dijo Mad. de Richeville con un tono afectuoso, dadme al menos la seguridad de que creéis desinteresado el paso que acabo de dar, esto me consolará del sentimiento de no haber podido ganar vuestra confianza..... Decidme, sí, decidme que no conservareis de mi un recuerdo desagradable.....

Iba á responderle, cuando entró bruscamente Blondeau.

—Señorita, me dijo esta, de parte de la señora de Maran que tengais la bondad de ir á verla.

Mad. de Richeville me hizo una cortesía y se retiró.

Ahora, amigo mio, sé á no dudarlo, que al hablarme asi Mad. de Richeville no se llevaba un segundo objeto.

Sentia hácia mi una compasion cariñosa. Su reconocimiento para con Mr. de Mortagne, el interés que mi posicion la inspiraba habian sido los únicos móviles del paso que habia dado.

—Ya sabeis, amigo mio, que en esta muger se reunen los contrastes mas estraños. Pasa la mitad de su vida llorando las faltas que ha cometido, y lo hace con el fondo de su alma y sin hipocresia. Su posicion social y su caracter altivo no la permiten disimular.

No es una de esas criaturas escepcionales, poderosas así

para el mal como para el bien; ha salido de las manos de Dios pura, noble y grande; la educacion, el mundo mas bien que sus inclinaciones la han hecho culpable. Pero tiene cualidades tan escelentes, un entendimiento tan claro, un juicio tan superior, un corazon tan bueno y un alma tan generosa que en medio de recuerdos desconsoladores dirige al cielo una mirada suplicante y de desden. Mas adelante os contaré, amigo mio, algunos rasgos admirables de esta muger que cometió sin duda algunas faltas, pero que ha sido siempre calumniada de un modo indigno; os diré como fué su casamiento que quizás ha sido la única causa de su desgracia. Ahora podeis juzgar de los remordimientos que me abruma al recordar el modo con que recibí á Mad. de Richeville que tanto interés manifestaba por mi.....

Apenas hubo esta salido cuando bajé á la habitacion donde estaba Mad. de Maran.

Gontran estaba hablando con ella.

---

#### XIV.

### JUSTIFICACION.

---

Al ver á Mr. de Lancry me puse colorada pensando en las calumnias de que le creia victima.

—Os he hecho llamar, Matilde, me dijo mi tia, porque aqui teneis á Gontran que me está abrumando con preguntas acerca de los regalos: quiere saber cual es vuestro gusto y cuales son los adornos que deseais. Vale mas que se lo digais..... Arreglad eso..... Ahi teneis con que escribir y me señaló hácia su carpeta, porque estábamos en su biblioteca.

En el mismo instante entró Servion y dijo á su ama; señorita, en la sala está Mr. de Bisson.

—¿Y le habeis dejado solo? Va á hacer pedazos todo! exclamó Mad. de Maran saliendo precipitadamente para impedir que hiciera alguna averia.

Me quedé sola con Gontran; dudando si debia con tarle

la visita de Mad. de Richeville me quedé callada.

Gontran me dijo.

—Me alegro mucho que se haya ido Mad. de Maran porque tengo que hablaros de cosas muy serias.

—¿De los regalos? le dije sonriéndome.

—No; respondió, con aire grave y casi triste. Ayer os hablé del porvenir, de mis proyectos, de mis sentimientos.... Me habeis creido, me habeis confiado el cuidado de vuestra fecilidad, me habeis dado generosamente vuestra palabra. Ayer, embriagado con la alegría que me causaba este inesperado suceso, no me acordé de hablaros de lo pasado..... Y lo pasado es siempre una garantía mala ó buena para el porvenir..... Tengo ahora un escrúpulo. Sois huérfana: Mad. de Maran es amiga íntima de mi tío Mr. de Verzac, y está muy prevenida en favor mio. Si tuviera algunos defectos, algunos vicios, no sería por cierto ella, ni Mr. de Verzac quienes os advirtieran de ellos; ¿no es así? Os habeis manifestado conmigo tan leal, tan confiada, que no puede menos de imponerme deberes la nobleza de vuestra conducta..... Sois sola..... Os hallais rodeada de personas que me estiman, y que sin duda me habrán presentado á vuestros ojos como el hombre mas perfecto..... Me toca deciros con franqueza cuales son mis defectos y lo que hay de culpable en mi vida pasada. Lo haré sin exagerar el mal; pero con una sinceridad severa..... Despues que me oigais, juzgareis si soy siempre digno de vos. Si tengo la desgracia de que me sean desfavorables estas revelaciones, si pierdo la esperanza mas cara de mi vida, tendré al menos el consuelo de haberme conducido como caballero.

A medida que hablaba Mr. de Lancry, me sentia conmovida y me llenaba de sorpresa. Por una casualidad casi prodigiosa, Mr. Gontran iba delante de los pensamientos que habia escitado en mi la conversacion de Mad. de Richeville.

El instinto de su corazon le impulsaba á justificarse, como si hubiera podido preveer que lo habian atacado. Me encantaba su franqueza, esperaba su confesion con mas curiosidad que inquietud. Me sentia tan confiada y tan tranquila, que le dije sonriéndome.

—Os escucho, pero si es una confesion, sabed que no puedo oirla toda.

—Os juro que es una cosa muy seria, repuso Mr. de Gontran. Ahora que hecho una mirada atrás, ahora que os he visto, y sobre todo, ahora que he podido comparar mis impresiones de otra época con las que siento en el dia, mi vida se me presenta bajo otro aspecto; si, ahora se esplican con toda claridad ciertos pensamientos confusos hasta aquí. Comprendo la especie de disgusto y de fastidio que viene siempre á marchitar ó á romper esas relaciones efímeras que aparecen al principio tan seductoras..... Mientras mas tiempo pasaba, mientras mas edad tenia, iba conociendo mas la nada, la amargura de esos efectos; buscaba la felicidad, la calma del corazon..... y no hallaba mas que una agitacion dolorosa que me dejaba fatigado. Cuando algunas mugeres me habian sacrificado sus deberes despues de una larga lucha, sentia remordimientos que me hacian á veces maldecir mi felicidad, mientras que muy pronto me llegaba á repugnar la desfachatez de las que no se avergonzaban de sus faltas..... Y no obstante, me decia á mí mismo, hay otras felicidades que estas. Desesperado al ver que no alcanzaba el fin que tendian todas las facultades de mi alma, rompí muy pronto el ídolo que habia adorado. Sentia una especie de alegría, maligna si se quiere, en hacerle participar la amargura que destrozaba mi alma; llevé quizás este sentimiento hasta la crueldad; ¿deberé acusarme? no sé..... Mas bien seria necesario acusar el ideal que yo soñaba. Si, porque él era quien me hacia tan injusto, tan severo para con todo lo que no se le parecia. Si preguntais al mundo algo acerca de mi conducta, os dirá que en algunas relaciones me he manifestado egoista, desdeñoso y duro..... Es muy cierto..... Estaba descontento de mí mismo, deseaba romper los lazos de una felicidad verdadera que huia de mi..... Casi siempre sucede que las ideas mas sencillas son aquellas que nunca se nos ocurren: estaba muy distante de pensar que el fin de mis deseos, ese fin que buscaba con una inquietud ardiente era «el amor en el casamiento»..... Ah! si entonces me hubieran esplicado asi aquella impaciencia y aquel desasosiego que experimentaba, me hubiera sonrei-

— 120 —

do con un aire de duda. Cuando os he visto, Matilde, me se ha caído la venda que tenía en los ojos; lo presente me ha revelado lo pasado; cuando os he visto he concebido con toda claridad lo que había deseado de un modo vago! Al desdeñar tantos sentimientos culpables rendía homenaje al sentimiento puro y sagrado que vos sola debeis hacerme conocer.....

Quedé estupefacta de admiración al oír la explicación que Gontran hacía de su vida pasada.

Observareis, amigo mío, que por una coincidencia singular, se defendía con los mismos sofismas de que me había yo servido contra las denuncias de Mad. de Richeville.

Ya podeis haceros cargo si debían hacerme impresión los razonamientos de Gontran. ¿Qué mujer que habla con pasión no creería ciegamente al hombre que la dice: «os amo y os amaré tanto, cuanto he desdeñado y ultrajado á todo lo que no era vos.» Decidme, amigo mío, ¿hay una paradoja mas peligrosa? ¿No se necesita una destreza fatal, ó mas bien, un conocimiento profundo del corazón humano para hacer una especie de pedestal de todas las traiciones de que se ha hecho culpable, y colocar en él á la nueva divinidad?

¿En fin, no es mas peligrosa esta paradoja cuando la mujer á quien se aparenta adorar tiene la conciencia de no parecerse en nada á las mugeres que han sido sacrificadas? ¿No me encontraba en esta posición con respecto á Gontran?

Ah! era un orgullo muy natural creer que mi amor era superior á todos los amores que había encontrado!

Me pareció que Gontran se había disculpado tan bien de las acusaciones de Mr. de Richeville, que me pareció inútil hablarle de mi entrevista con la duquesa. Creí que podía haber venido guiada por un interés plausible, porque era amiga de Mr. de Mortagne y esto solo bastaba para hacerme guardar silencio. Gontran me miraba con aire inquieto, sin saber el efecto que en mí habían producido sus palabras.

Le dí la mano sonriéndome:—Hablémos de nuestros proyectos del porvenir.

Hizo un movimiento con la cabeza y me dijo:

—Ah! cuan buena y generosa sois!.... Pero aun no

puedo decir *nosotros* al hablar de vos y de mi; me queda que hacer otras confesiones.

—Pues bien, pronto confesadme lo de..... Vamos, ¿de qué se trata? ¿Habeis sido jugador pródigo? ¿Habeis arruinado vuestra fortuna? ¿Son estas las confesiones terribles que teneis que hacerme?

En seguida añadí sonriéndome.

—Ya veis que os hablo como un padre indulgente.

—Por Dios! no tomadlo á broma, Matilde, respondió Gontran. Si, he jugado..... he jugado con furor durante algun tiempo; si..... he tratado de buscar en el juego emociones que no encontraba en otra parte..... Indignado de la desvergüenza de ciertos amores; incómodo con los remordimientos de que era causa..... no teniendo nada que me apegara á la vida..... no teniendo otro porvenir que el dia siguiente, sintiendo gastado mi corazon, avergonzándome de mi conducta y de la de los demas, desesperado de no encontrar la felicidad que deseaba, no amando, no sintiendo nada, me lancé en el abismo de la casualidad..... Pero muy pronto me cansaron las agitaciones estériles del juego, sus angustias y sus sórdidas esperanzas..... jugaba para aturdirme y no para ganar, perdí mucho y se resintió mi fortuna..... Ya habia sufrido grandes golpes con los inmensos gastos que habia tenido que hacer para conservar dignamente mi rango en la embajada á que estaba agregado; sin embargo á estas horas poseo.....

—Ah! no habéis una palabra de esto, exclamé con tono de reconvencion. ¿Podeis hablar asi? ¿Creeis que me haya ocupado un momento de la idea de si podeis ó no poseer algo? Cuando os hablé de la donacion que iba hacer á mi prima ¿pensasteis en que se iban á reducir mis bienes á la mitad?

—Pero, Matilde.....

—Pero hablemos de los regalos, dije sonriéndome, ó de cosas mas graves; ocupémonos de nuestros proyectos del porvenir. ¿A donde iremos cuando salgamos de casa de mi tia? Vamos, ¿habeis pensado en preguntarme el barrio donde queria vivir? Os habeis informado de mi gusto para poner la casa?



—Matilde, quisiera que fuérais mas seria en asuntos de intereses.

—Ah! ¿quereis verme seria? Pues bien, le dije con la gratitud que sentia, permitidme que os diga cuan feliz he sido al ver ayer en mi cuarto la canastilla de jazmines y de eleotropos que me enviasteis. Ah! esto es mas sério que los asuntos de intereses..... Aquí hay algo mas que cifras..... hay un sentimiento, un presagio, qué digo, un presagio, una certeza de la felicidad futura..... Si..... en las mas pequeñas cosas se revela el corazon..... y el hombre que ha manifestado tanta delicadeza en una ocasion no puede desmentirse nunca..... Estas flores que han sido una manifestacion de vuestros sentimientos serán siempre para mí el simbolo de mi felicidad.

—Ah! Matilde, debo adoraros de rodillas. ¿Quien no dará su vida por vos? Seria preciso ser un miserable para no jurar ante Dios de haceros la mas feliz de las mugeres.

—Ah! os creo, Gontran. Tengo demasiada confianza en mi amor, para no tener una fé ciega en el vuestro. ¿Por qué me habiais de engañar? ¿Con lascualidades de que os ha dotado la naturaleza, no os seria fácil encontrar mil jóvenes, que no os amarian sin duda mas que yo, pero que tendrian para vos mucho mas atractivos? Creo lo que me decis, Gontran, porque os veo leal y generoso. Todo lo que acabais de referirme sobre vuestra vida pasada, á riesgo de disgustarme, es para mí una nueva prueba de vuestra sinceridad.

Todo lo demas de nuestra conversacion versó sobre los proyectos del porvenir. Debia celebrarse nuestro casamiento tan luego como se hubieran cumplido las formalidades necesarias. El rey debia de dar á Gontran su licencia.

Hablamos con un placer indecible acerca de nuestra casa, de las épocas que debiamos pasar en Paris, viajando, ó en nuestras tierras. Gontran me habló de una casa magnífica situada en el arrabal de San Honorato y que daba á los campos Eliseos. Convenimos en irla á ver con Mad. de Maran.

Me suplicó que aprendiera á montar á caballo á fin de que pudieramos dar largos paseos por el campo y de que estuviera en el caso de acompañarle á caza, uno de sus place-

res favoritos. Arreglamos nuestros gastos. Gontran que siempre habia sido pródigo me habló de una economía razonable. Mientras que habia sido jóven nunca se le habian ocurrido esas ideas de órden; pero ahora comprendia toda la necesidad de ser metódico y arreglado. Me encantaban estos pensamientos sérios y risueños á la vez. Habia sido tan triste mi primera juventud que no podia creer en la felicidad que me esperaba. . . . .

Dos ó tres dias despues de esta conversacion, Gontran vino una mañana á buscarnos para que fuéramos á ver la casa de que nos habia hablado.

Despues de algunos momentos de conversacion acerca de la casa, Mad. de Maran dijo á Mr. de Lancry:

—¿Si será tal vez la casa de Rochegune de la que se trata?

—Si señora, dijo Gontran. Se presenta una ocasion magnifica. El viejo marqués de Rochegune ha muerto el año pasado. Su hijo Abel de Rochegune, de vuelta de su viage, habia hecho grandes obras porque pensaba vivirlo; pero como es tan caprichoso ha cambiado de repente de parecer y ahora quiere deshacerse de él.

—Esto es de familia, dijo Mad. de Maran: no habia un hombre mas original ni mas insufrible que su padre.

—Pues hablaban de él con veneracion, dijo Gontran algo admirado.

—Vaya! exclamó Mad. de Maran, riéndose con aire sardónico. Era una especie de filósofo imbecil, un filántropo furioso y siempre metido en las cárceles y en los presidios donde se dejaba despojar por los señores ladrones y los señores asesinos á quienes abrazaba con cariño y llamaba *hermanos*, lo que por cierto debia ser muy agradable para su familia. Añadid á esto que ese viejo imbécil al salir de sus besos de Judas, no tenia inconveniente en querer abrazaros siempre bajo cualquier pretesto de amistad ó de parentezco, como si fuerais ni mas ni menos que unos de sus *caros hermanos los presidiarios*.

—Pero, señora, se dice que ha fundado en una de sus tierras un hospicio para los pobres.

—Ah! lo sé muy bien; pero esta es otra abominación.

—¿Y cómo, señora? dijo Gontran.

—Había fundado un hospicio para tener derecho de tiranizar á una multitud de viejos vagamundos que de este modo dependían de él. No hay una idea de las cosas que se le ocurrían para atormentar á aquella pobre gente: para divertirse les hacía comer lobos, ratas y murciélagos, les daba de palos como á burros y los hacía trabajar diez horas al día en toda clase de obras de las que sacaba provecho, de manera que ese llamado hospicio, era una especie de quinta que le producía mucho sin contar con la reputación de caridad, que le servía de capa para ocultar todas sus malas acciones.

Aunque no tenía motivo para interesarme por la memoria de Mr. de Rohegune, me indignó en extremo la malignidad de mi tía. Por una mirada hice comprender á Gontran el efecto que había hecho en mí la relación de Mad. de Maran.

—Creo, señora, que habeis estado muy mal informada, dijo á mi tía, y que.....

—Nada de eso, sé muy bien lo que me digo. Era un hombre desagradable, aunque no se le juzgara mas que por la clase de amigos que tenía; un discípulo suyo era pariente de mi cuñada, y no valía mucho mas que él, un tal Mr. de Mortagne á quien no sé si conocereis.

—Sí! Mr. de Mortagne, aquel veterano del imperio, aquel viagero tan original como infatigable, dijo Gontran, no sabía que tuviera el honor de ser pariente vuestro.

—Sí, por cierto, tenemos ese honor..... Al menos lo teníamos.

—Como! ¿ha muerto Mr. de Mortagne? preguntó Mr. de Lancry.

—Ha muerto! Dios mio! exclamé cogiendo involuntariamente la mano de Mad. de Maran.

Me miró con aire irónico, y dijo riéndose con su risa aguda y mordaz.

—Ja, ja, ja, vaya con la emocion de Matilde. Pues bien, si, se dijo que habia muerto, pero ahora parece que se sabe de positivo.

—Ah! señora, quizás os equivocais, dije con amargura.

—Equivocarme! ¿y que importa que se haya muerto ese hombre? ese héroe de taberna, ese jacobino, uno de esos embrollones peligrosos que para hacer progresar á la humanidad como ellos dicen, se cuidan poco de llenarse de sangre hasta la cabeza.

—Señora, respondi, no soy mas que una pobre muger, me cuido poco de las opiniones políticas, pero mientras no tenga la prueba de la desgracia de que hablais, siempre aguardaré á Mr. de Mortagne con la impaciencia de un corazon agradecido; fué el amigo de mi madre..... aun cuando por desgracia no pudiera dudar de su muerte, conservaria de su memoria un respeto piadoso.

—Pues bien, querida mia, ya podeis principiar esa hermosa conversacion, no hablemos mas de ese hombre, muerto ó vivo lo aborrezco, dijo Mad. de Maran de un modo imperioso y dirigiéndose á Gontran agregó:

—Vamos y qué clase de sugeto es el hijo del viejo Rohegune?

—No puedo daros de él una idea exacta. Os diré sin embargo lo que sé de él. Ha llegado hace poco: ha hablado una vez en la cámara de los pares de un modo muy notable, aunque en mal sentido. Lo he encontrado alguna que otra vez en el mundo donde rara vez va. Parece que en España ha tenido una aventura romancesca y terrible, que ha dado mucho que hablar, y en la cual se ha conducido con la discrecion caballeresca y el desprendido heroismo de los antiguos moros de Granada: lo dejaron por muerto, por no sé cuantas puñaladas. Se trataba de salvar la reputacion de una muger y..... pero, agregó Gontran riéndose, no puedo contarle delante de la señorita Matilde: lo contaré mas adelante á la señora de Lancry.

—Ah! Dios mio! repuso Mad. de Maran, ¿conque segun eso vamos á ver á un héroe de romance?

—Poco ménos; pero dudo que lo veamos..... al principio ofreció ponerse á nuestras órdenes para enseñarnos su casa, pero de repente ha cambiado de opinion y me ha mandado decir que quizás no podria él mismo hacernos los honores.

VZ

LA USTA

Al saber que ibanos á casa de Mr. Rochester en el  
estacion que tuvimos que estar en reuniones con este  
hombre de quien me habia hablado Mr. de Rochelle, di-  
ciendome que Mr. de Montigny habia tenido unido de que  
se casara conmigo. Me habia el con mi hijo de con-  
tinuar con Goustan. Si la habian llegado la consercion de Mr.  
de Rochelle habian podido darlo por un tiempo de-  
nada encontrarme con Mr. de Rochester.  
Los ganos por fin á casa del conde de Mr. de Monty-  
ne. Me alegré mucho al saber que habian salido. Los  
invitados me habian de dar un regalo en cada uno  
nos envió la casa, que agrada á Mr. de Monty-  
El piso bajo destinado á las piezas de vestir, no de-  
jaba nada que desear. Vinos un cuarto muy bien situado,  
pero cuyas paredes estaban desahucadas. Daba por un lado á un

---

## XV.

### LA VISITA.

---

Al saber que íbamos á casa de Mr. Rochegune sentí en extremo que tuviéramos que entrar en relaciones con este hombre de quien me habia hablado Mad. de Richeville, diciéndome que Mr. de Mortagne habia tenido ánimo de que se casara conmigo. Me hechó en cara mi falta de confianza con Gontran. Si le hubiera referido la conversacion de Mad. de Richeville hubiera podido decirle porque me debia incomodar encontrarme con Mr. de Rochegune.

Llegamos por fin á casa del amigo de Mr. de Mortagne. Me alegré mucho al saber que habia salido..... Una entrevista me hubiera desagradado sin duda. Su mayordomo nos enseñó la casa, que agradó á Mr. de Lanery.

El piso bajo, destinado á las piezas de recibo, no dejaba nada que desear. Vimos un cuarto muy bien situado, pero cuyas paredes estaban desnudas. Daba por un lado á un

---

jardin y por otro á una pieza destinada á conservar plantas delicadas.

—Por qué es este el único cuarto que no está adornado? dijo Gontran.

—Porque el señor marqués lo habia dedicado á su *future* y sin duda querria que lo amueblara á su gusto, repuso el mayordomo.

—¿Luego piensa casarse Mr. de Rohegune? preguntó Lanery.

—Es probable, señor conde, porque esta es la razon que me dió el arquitecto cuando le he preguntado porque dejaba asi este cuarto.

—Ya veis que Mr. de Rohegune, sin saberlo, ha tenido una prevision admirable, me dijo Gontran. Mé alegraria mucho que os conviniera este cuarto en cuanto á su distribucion, porque podriamos adornarlo á vuestro gusto.

—Es hermoso, respondí á Mr. de Lanery poniéndome colorada.

Mientras que examinaba Gontran todas las piezas con atencion, me acordé de lo que me habia dicho Mad. de Richeville, y al hablar el mayordomo de Rohegune del casamiento de su amo creí que tal vez habia pensado en mi. Me pareció una cosa singular que llegara á ser mia esta casa. Insisto en esta circunstancia porque al recordarosla mas adelante, os admirareis de las raras consecuencias que tuvo.

Subimos al piso principal, y habiendo llegado á la antesala, el mayordomo advirtió que habia olvidado la llave de una sala que hacia de biblioteca, y bajó á buscarla.

Cediendo á un movimiento de curiosidad, entramos con Gontran en una galeria de cuadros modernos; al extremo de esta galeria habia una puerta doble forrada de terciopelo encarnado. Como una de las ojas estaba abierta dejaba ver otra puerta cerrado.

Examinando los cuadros nos acercamos insensiblemente á la puerta.

Gontran hizo un movimiento y dijo con aire admirado.

—Alguien hay ahi porque estan hablando alto. Yo creia que habia salido Mr. de Rohegune.

No habia pronunciado Lancry estas palabras cuando una persena dijo desde la pieza inmediata con un tono de súplica.

—Por Dios! tened la bondad de guardar silencio ¡nos podrian oir! aqui hay algunas personas y he dado orden de decir que no estoy en casa.

—Es la voz de Rohegune, dijo Gontran.

—Malo va esto, repuso Mad. de Maran. Vamos á hacer algun descubrimiento desagradable: estoy segura de que el hijo es lo mismo que el padre. Retirémonos de aqui, dijo á Mr. de Lancry.

No tuvimos tiempo para ello. Otra voz exclamó respondiendo á Mr. de Rohegune.

—Hay ahí alguien? y bien, tanto mejor, señor, todo lo que yo deseo es que me oigan. Bendita sea la casualidad que me envia testigos.

—Vais á ver que se trata de alguna suma entregada al viejo Rohegune y cuyo depósito niega el misántropo de su hijo, dijo Mad. de Maran acercándose á la puerta.

—Caballero..... esperad..... os suplico, dijo Mr. de Rohegune, ¿qué vais á hacer?

En este momento se abrió con violencia la puerta. Entró un hombre y exclamó al vernos.

—Me alegro que haya aqui gente.....

Cual fué mi admiracion cuando reconocí á Mr. de Dupré, é quien Gontran nos enseñó en el teatro, y cuya historia nos contó aquella noche. La otra persona era Mr. de Rohegune; alto y muy pálido. Lo que mas me llamó la atencion en su fisonomia fué la espresion triste y severa de sus ojos negros.

Gontran pidió mil perdones á Mr. de Rohegune por nuestra indiscrecion involuntaria.

—Ah! señoras, exclamó Mr. de Dupré con exaltacion dirigiéndose á nosotras, cuanto me alegro de que esteis aqui, con eso podré manifestar todo mi reconocimiento á mi bienhechor.

—Caballero, os suplico..... dijo Mr. de Rohegune turbado.

Miré á mi tia; hasta entonces sus facciones habian ma-



nifestado una especie de triunfo. Llena de despecho al oír aquellas palabras se sentó en un sillón sonriéndose con gesto irónico.

—Caballero, repuso Mr. de Rochegune dirigiéndose á Mr. Duaré, os suplico por segunda vez que os calleis.

—Callarme! exclamó Mr. Dupré con emoción. Callarme! ah! no; estos rasgos son muy caros y honran demasiado al hombre para no publicarlos en alta voz.

—Señora, dijo Mr. de Rochegune á mi tía: estoy á la verdad lleno de confusión..... Había dado orden de que no dejaran entrar á nadie, escepto á vos. Pensaba quedarme en mi gabinete para no molestaros.....

—Y yo he faltado á la consigna, exclamó Mr. Dupré. Un presentimiento secreto me decia que estabais en vuestra casa; habia sabido que de un momento á otro ibais á salir de Paris, desde ayer he sabido á quien debo la vida de mi pobre madre, y era preciso que os viera á toda costa.

—Caballero, por Dios! dijo Mr. de Rochegune.

—Ah! caballero, no se trata de hacer el bien en silencio y ocultarlo despues. Por fortuna se hallan aqui estas señoras, y van á ser jueces de vuestra acción para conmigo. Una quiebra me habia arruinado. Hasta entonces habia vivido con bastante holgura: aquel golpe fué terrible, menos pormi que para mi pobre madre que era anciana y estaba ciega. Ante todo era preciso ocultarle esta desgracia. A fuerza de trabajo mi muger y yo lo conseguimos durante algun tiempo: pero se iban agotando nuestras fuerzas; mi pobre madre cayó enferma. Quizás ibamos á morir de pena cuando recibí un billete de cien mil francos! con una carta en la que se me decia que era una restitucion que hacia el comerciante que en la quiebra me habia llevado cuatrocientos mil francos.

Ya os podeis hacer cargo cual seria mi alegría; de aqui en adelante mi madre y mi muger estaban al abrigo de la miseria. Para nosotros acostumbrados ahora al trabajo, que no hemos interrumpido por esto, los cien mil francos eran una riqueza; en todas partes conté que debia este socorro inesperado á los remordimientos del miserable que nos habia llevado todo. Las personas que conocian aquel comer-

ciante dudaron y tenían mucha razón, porque el señor marqués de Rochegune, que está presente, era el autor de esta acción generosa.

Os vuelvo á suplicar que os calleis, estais abusando de los momentos de esta señora, dijo Mr. Rochegune con impaciencia.

Vamos al hecho, dijo Mad. de Maran con voz agria, agitándose con despecho en su sillón.

Amigo, exclamò con alegría Gontran, cogiendo la mano á Mr. Dupré: nos ligamos todos contra Mr. de Rochegune: por mas que diga, y aunque estemos en su casa no saldremos de aquí hasta que nos hayais contado todo.....

En hora buena, dijo Mr. de Dupré, vais á ver que soy digno de apreciar estas cosas..... Impaciente por saber de donde habia venido un socorro tan generoso, volví á leer la carta, no conocia la letra; la Providencia ha venido á mi auxilio. Un amigo mio que vive en provincia, y que llega muy pronto á Paris..... Mr. Elois de Secherin me suplicó que le buscara un criado de buena casa.....

¿El marido de Ursula?..... exclamé.

¿Conoce la señora á Mr. de Secherin? me dijo Mr. de Dupré con un aire de admiracion.

—Por amor de Dios, continuad, dijo Mad. de Maran.

—Ayer, dijo Mr. Dupré, se presentó en mi casa un criado: le pedí su certificado, me enseñó muchos, el último se lo habia dado el marqués de Rochegune; al abrirlo me llamó la atención la letra, corro á buscar mi carta, comparo una con otra letra, no hay duda era la misma, absolutamente la misma, imposible de engañarse. Ya podeis figuraros cual seria mi alegría. Pedí al criado noticias de su amo, le dije que me diera sus señas.—Ah! me respondió, no hay un hombre mejor ni mas caritativo, es el retrato de su padre que ha hecho mucho bien.

—¿Y por qué habeis dejado su servicio? le pregunté.

—Ah! el señor marques va á partir para un viage largo, nunca lleva consigo sino dos antiguos criados suyos.—Ya no me podia quedar la menor duda acerca de mi protector, conté todo á mi muger, parti ayer y llego aquí. Mr. de Rochegune habia salido; vuelvo por la noche, todavia no

habia vuelto; por fin, hoy por la mañana despues de haber intentado verle aunque en vano, y temiendo que se marchase, he subido contra la voluntad del portero y he podido estrechar las manos de mi bienhechor. Ah! al principio ha querido negarmelo, pero no sabe mentir.

—Amigo, dijo Mr. de Rochegune con embarazo y turbacion

—Si, exclamó Mr. de Dupré, no sabeis mentir..... Os digo que habeis mentido de ún modo piadoso, y cuando os he propuesto para confundiros que me escribierais algo para comparar vuestra letra con la de la carta de cien mil francos no os habeis atrevido; responded á esto. He aqui, señora, lo que este caballero ha hecho por mi. He aqui lo que he aceptado, no como donacion, sino como préstamo, porque cuento pagarlo con mi trabajo..... He aqui la accion buena y generosa de que hablaré en todas partes, ahora quizás no se atreva á negarlo.....

—Si, señor..... lo negaré, dijo Mr. de Rochegune, porque me importa que sea conocido el verdadero bienhechor; por muy agradable que sea vuestro reconocimiento, no puedo ni debo aceptarlo; al obrar asi no he hecho mas que obedecer los últimos votos de mi padre, dijo Mr. de Rochegune con tono triste.

—Vuestro padre! exclamó Mr. de Dupré.

—Si señor, no he hecho mas que ejecutar su último deseo.

—Pero si yo no tenia el honor de conocerlo. Ademas habeis tenido la desgracia de perder á vuestro padre antes de la época en que habeis venido con tanta generosidad á socorrerme.

—Algunas palabras mas os esplicarán lo que acabo de deciros. Mi padre en su juventud habia puesto una pequeña suma en una de esas sociedades fundadas en provecho del último que sobrevive. Se habia olvidado por completo de esa cantidad. Poco tiempo antes de su muerte recibió trescientos mil francos que provenian de esta sociedad. Un escrúpulo, muy natural por cierto, le impidió aprovecharse de una suma debida á la muerte sucesiva de muchas personas: destinó esta cantidad á obras caritativas, empleó una parte de

su vida. Cuando murió, me recomendó que hiciera uso de este dinero con el mismo objeto. Supe con que energia piadosa habiais luchado durante dos años contra la suerte. Supe tambien cuan admirable habia sido vuestra conducta con vuestra madre; ya veis que no he hecho mas que obedecer las órdenes de mi padre. Habia creido que esta como otras tantas acciones generosas suyas quedarian secretas. La casualidad ha querido que no sea así... Os confieso que ahora lo siento menos, porque conozco personalmente al que me habia llamado la atencion por su cariño filial y por sus buenas acciones; y Mr. de Rochegune dió cordialmente la mano á Mr. de Dupré.

Me conmovió en extremo la escena que acababa de presenciar, me acordé de la gracia con que nos habia contado Mr. de Lancry en la ópera la historia de Mr. Dupré; de este modo el recuerdo de Gontran se mezclaba con los pensamientos grandes y generosos que habia escitado en mí esta escena. Lo miré con emocion. Me pareció que participaba de la admiracion que me habian inspirado el protector y el protegido.

Mad. de Maran se habia sonreido muchas veces con aire irónico.

Reconocí su malignidad acostumbrada en el retrato que habia hecho del padre de Mr. de Rochegune, uno de los hombres mas notables y mas respetados de su tiempo, y que se habia hecho ilustre por un sin número de actos filantrópicos y por grandes trabajos de inteligencia.

—Amigo, dijo Gontran á Mr. de Rochegune, con suma amabilidad, me alegro mucho que una casualidad me haya hecho confirmar en la opinion que tenia de que ciertas familias privilegiadas, y la vuestra es una de ellas, son hereditarias las cualidades mas nobles; en seguida dirigiéndose á Mr. de Dupré, añadió:

—Hace dos meses que tuve el honor de contar en la ópera á estas señoras, vuestra conducta con el entusiasmo que me inspiraba; no me esperaba que llegaría un dia en que pudiera deciros la admiracion con que os miro.

—Era en el sitio de Corinto, ¿no es así? dijo Mr. Du-

pré con sencillez. Un dia en que asistió al teatro la señora duquesa de Berry. Era la primera vez que ibamos á él mi muger y yo despues de la desgracia que nos habia agobiado; y por cierto que de esto hacia dos años; así es que fué para nosotros una verdadera fiesta.

—Observamos, que el collar que llevaba vuestra señora, le sentaba perfectamente; que linda estaba, parecia un ángel! y no manifestaba estar reducida á un estado tan desgraciado como decís.

—Quizás os pareciera que mi señora estaba vestida con demasiada elegancia para nuestra posicion, dijo Mr. Dupré con cierta altanería dolorosa. Pero es que entonces creia que este dinero era una restitucion. Desde que he sabido que es un préstamo, rehusaré todo lo que sea supérfluo. Incómodo Gontran de la observacion maligna de Mad. de Maran, dijo á Mr. de Rohegune sin duda para dar otro giro á la conversacion.

—Pero tambien he tenido el placer de veros en aquella noche, y estaba muy distante de saber que fuérais el bienhechor misterioso de la persona, cuya historia contaba á estas señoras.

—Sí, creo en efecto, que estaba aquel dia en la ópera, repuso Mr. de Rohegune un poco cortado.

Álcé los ojos por casualidad y encontré la mirada de Mr. de Rohegune, que inmediatamente volvió la cara á otro lado poniéndose colorado.

—Nada de lo que vemos, dijo Mad. de Maran á Mr. de Rohegune, tomando un aire bondadoso que me presagió alguna perfidia, puede admirarnos, porque vuestro señor padre habia acostumbrado á todo el mundo á la admiracion con sus buenas obras.

—Señora, dijo Mr. de Rohegune inclinándose con tibieza y desvio, sea que no le gustara Mad. de Maran, sea que su modestia sufriera con la prolongacion de esta escena.

—Nadie podrá dudar que era un hombre admirable, agregó Mad. de Maran. Precisamente no hace dos minutos que estaba hablando con mi sobrina de las visitas que vuestro padre hacia en las cárceles, y de la bondad con que

trataba á los pobres de su hospicio; era una especie de San Vicente de Paul ò algo parecido.

—No era mas que un hombre de bien. Nunca ha pretendido otra cosa, dijo Mr. de Rochegune, con un tono firme y severo, que probaba que no se dejaba engañar por las alabanzas irónicas de Mad. de Maran.

Ví con placer en la fisonomia de Mr. Gontran, que sufría como yo al oír á mi tia hablar así. Pero era demasiado altivo el carácter de Mad. de Maran para ceder, siempre quería, como se dice vulgarmente, «quedar encima.»

Ofreciendo el brazo á Mr. de Lancry, dijo á Mr. de Rochegune:

—A Dios, es igual, por mas que digais; un hombre de bien por solo serlo no tendrá jamás esos rasgos de generosidad; pero en otro tiempo solamente los que eran culpables se permitian pagar esa especie de contribuciones honrosa por via de penitencia.

—A Dios, dijo Gontran interrumpiendo con viveza á Mad. de Maran. Estas señoras tienen que hacer algunas visitas, volveré á ver esta casa si me lo permitis.

—Está á vuestras órdenes, dijo Mr. de Rochegune haciendo un saludo frio, y conteniendo con trabajo la indignacion que le habian causado las últimas palabras de mi tia.

Cuando volvimos á meternos en el coche, no pude menos de decir á Mad. de Maran.

—Ah! señora, habeis sido muy cruel.

—Cómo, muy cruel? exclamó echándose à reir. Dejados en paz. Creeis que al cabo de mis años voy á hacer caso de esas comedias?

—Qué comedia?

—Qué comedia? Vaya, no seas tonta, muger: todo esto ha sido cosa convenida y arreglada de antemano: sabiendo que teniamos que venir, nos estaban esperando para principiar la funcion. Es evidente que habian hecho venir á ese señor Dupré para que estuviera pronto á «lanzar esos gritos» de reconocimiento: por eso se puso á gritar como un desesperado cuando supo que estabamos cerca de la puerta. Sin duda el tuno del mayordomo fué á avisar con

el pretesto de buscar la llave de la biblioteca.

—Ah! qué suposición! dijo Gontran ¿y con qué fin había de hacer eso?

—Es un cálculo muy sencillo: ahora Mr. de Rochegune os pide por su casa veinte ó treinta mil francos mas de lo que valga, no os atreveréis á regatear con un hombre tan generoso; agreguese á esto que el vivir en una casa que ha sido testigo de acciones tan virtuosas, es de buen agüero y esto se paga. Apuesto algo á que el viejo Rochegune ha hecho otras muchas acciones virtuosas para adquirirse la reputación de filántropo á fin de hacer impunemente toda clase de agios aun los mas abominables. Dicen que daba dinero á préstamo en pequeñas cantidades y á un interes muy crecido; lo creo muy bien, porque ha muerto ese hombre millonario. La prueba de lo que digo, es que no se dan limosnas de cien mil escudos cuando se tiene limpia la conciencia.— «Solos los grandes pecadores son los que regalan mucho á los pobres» repetia siempre el cura de mi parroquia, que por cierto no tenia pelo de tonto... Pues no es nada! Dar cien mil escudos por gusto de darlos! Este es un tributo que se paga al diablo, ó mejor dicho, es el interes de un capital de toda clase de villanias...

—Pero, señora, dijo Gontran con impaciencia, confesareis al menos que cualquiera que sea el origen de este dinero no se puede emplear de modo mejor.

Ciertamente, que esta señora Dupré está muy bien con su collar de perla y con los lazos que tenia en la cabeza. Quizás le gustará así á Mr. de Rochegune, y el bendito de su marido viene á darle gracias...

—Ah! qué indignidad! exclamó Gontran. Mr. de Rochegune se vá dentro de algunos dias.

—Y bien que se vaya, ¿qué tenemos con eso? Todo lo mas que probaria es, que se habia cansado de esa muger, dijo Mad. de Maran riendose á carcajadas.

—Señora, dijo Mr. de Lancry mirando para hacer conocer á mi tia la falta de miramiento al hablar así en presencia de una jóven.

Difícilmente, podria pintaros, amigo mio, la impresion

dolorosa que sentí al oír á Mad. de Maran marchitar de un modo tan maligno lo que mi corazón acababa de admirar; nunca se habia manifestado de un modo tan odioso su aborrecimiento á todo lo bello, fuera físico ó moral.

Esta nueva prueba de su desapiadada malignidad me hizo pensar en mí misma y en mi posición. Resucitó mi antigua desconfianza contra Mad. de Maran, sin que por esto se disminuyera en lo mas mínimo mi confianza en Gontran. No pude menos de acordarme de lo que me habia dicho Mad. de Richeville «no os fieis de ese casamiento, lo protege vuestra tia y por consiguiente debe seros fatal.» También reconocí que la duquesa no me habia engañado acerca de las cualidades de Mr. de Rohegune, con quien Mr. de Montagne habia querido casarme.

Os confieso, amigo mio, que me disgustó un momento la gravedad de estas reflexiones. Tembló mi corazón, por decirlo así, al ver que mi razón se hallaba confusa para responder.

Miré como por instinto á Gontran... Me tranquilizó la vista de su fisonomía tan noble, tan dulce y tan leal.

No es Mad. de Maran, sino mi corazón, quien ha hecho este casamiento; dije entre mí; y en fin, porque tenga buenas cualidades Mr. de Rohegune ¿es acaso una razón para que Gontran no las posea? ¿No es él quien me ha contado con interés las buenas acciones de Mr. de Dupré, recompensadas con tanta nobleza? No ha participado ahora mismo de mi emoción? El reconocer las buenas acciones y elogiarlas con entusiasmo ¿no es una prueba de que es capaz de imitar al que las hace?

Estas reflexiones borraron las impresiones que habian producido en mí las palabras pérfidas de mi tia.

Cuando nos apeamos del coche, uno de los criados de Mad. de Maran, le dijo que la señorita Ursula, esto es, «Mad. de Secherin» (añadió corrigiéndose á sí propio) aguardaba en la sala con su marido.

Habia llegado mi prima: olvidáudome de mi tia, de Gontran y de todos, subí corriendo la escalera, y abrí precipitadamente la puerta de la sala. En efecto, eran Ursula y su marido.



la imperiosa voluntad de su padre.

Al abrazar á Ursula, le apretó la mano; me comprendió y apretó la mia levantando los ojos al cielo.

Mad. de Maran entró con Mr. de Lancry; Ursula me lanzó una mirada que me llegó al corazón. Compárame á su

marido con Götman.

Mr. de Maran presentó su marido á mi tí; creía yo que esta iba á dar rienda suelta á su genio irónico; pero con gran sorpresa mia no fue así; Mad. de Maran se portó como una

buenas señoras; y dijo á Mr. de Secherin con la mayor sencillez, para inspirarle confianza.

—Caballero, ¿queréis hacer á Ursula la mas feliz de las mujeres? ¿Queréis que se olvide de todos nosotros que tanto

la amamos? Sabéis que voy á tener muchos hijos, á lo menos de vos.

**MR. Y MADAMA SECHERIN.**

—Debo prevenir una cosa, y es que aquí tenemos por costumbre de hablar con toda franqueza, á la media hora nos conoceréis como si hubiésemos pasado juntos toda la vida.

Yo soy una buena viuda que siempre está repitiendo lo mismo... que ahora á estas dos niñas, Matilde y Ursula; así

que tened entendido que nunca acabo cuando se trata de ellas; también quiero á los que las aman casi tanto como las amo á ellas; soy algo teñidor, y caprichoso, y este

—Ursula!

—Matilde!

Nos abrazamos afectuosamente.

Esperaba hallar á mi amable prima muy cambiada; y me admiré de verla mas guapa y mas linda, aunque sus miradas siempre eran melancólicas, y triste su sonrisa.

Me presentó á Mr. Eloy Secherin; era este un jóven de mediana estatura, muy rubio, de una figura bastante regular, de buen color y de espresion risueña y franca.

A primera vista, me pareció uno de aquellos hombres á quienes se debe perdonar la vulgaridad de su figura y de su lenguaje por la franqueza é ingenuidad de sus modales.

Sin embargo, nunca hubiera creído que mi prima, con nuestras ideas de solteras, hubiera podido decidirse á hacer semejante casamiento. Al ver á Mr. de Secherin, me parecía mayor el sacrificio que Ursula decíame haber hecho. La

compadecí profundamente por haber tenido que sucumbir á la imperiosa voluntad de su padre.

Al abrazar á Ursula, le apreté la mano; me comprendió y apretó la mia levantando los ojos al cielo.

Mad. de Maran entró con Mr. de Lancry; Ursula me lanzó una mirada que me llegó al corazón. Comparaba á su marido con Gontran.

Mi prima presentó su marido á mi tía; creía yo que esta iba á dar rienda suelta á su genio irónico; pero con gran sorpresa mia no fué así; Mad. de Maran se portó como una buena señora; y dijo á Mr. de Secherin con la mayor afabilidad, para infundirle confianza.

—¿Caballero, quereis hacer á Ursula la mas feliz de las mugeres? ¿Quereis que se olvide de todos nosotros que tanto la amamos? Sabeis que voy á tener muchos celos, á lo menos de vos, Mr. de Secherin. Sí, no hay duda y desde luego os debo prevenir una cosa, y es que aquí tenemos por costumbre de hablar con toda franqueza, á la media hora nos conocereis como si hubiesemos pasado juntos toda la vida. Yo soy una buena vieja que siempre estoy repitiendo lo mismo... que adoro á estas dos niñas, Matilde y Ursula; así pues tened entendido que nunca acabo cuando se trata de ellas; tambien quiero á los que las aman casi tanto como las amo á ellas; soy algo regañadora, y caprichosa, porque este es privilegio de la vejez. Sin embargo, á pesar de esto, señor Secherin, no sé porque... pero siempre se concluye todo amándome ellas un poco.

Mr. de Secherin quedó prendado de esta fingida ingenuidad. Observaba yo en su fisonomia franca y cordial la confianza que le inspiraba mi tía; su embarazo é irresolucion desaparecieron, y exclamó en tono muy alegre:

—A fé mia, señora, que no soy de opinion que se os deba amar un poco, sino que se os deba amar mucho. Y puesto que es preciso hablar francamente, os confieso que me infundiais un miedo diabólico. Pero vuestra acogida me lo ha desvanecido enteramente.

—Cómo! ¿me teniais miedo, mi querido Secherin? ¿Y por qué? Decidme lo, si gustais.

En vano Ursula hizo señas repetidas á su marido; no

la advirtió.

—A la verdad, señora, os tenia miedo, repuso Mr. de Secherin con mas confianza, y habia razon para ello.

—Dios mio! me juzgabais muy mal, Mr. de Secherin.

—Sin duda, señora. Mi padre político, el baron de Orbeval, me zumbaba siempre al oido: cuidado, hijo mio! Mad. de Maran es una gran señora. Si tienes la desgracia de desagradarle, eres perdido; porque tiene un talento veinte veces mayor que el tuyo, y se sabe servir de él; os respondo de ello. Querreis ahora saber lo que contesté á mi suegro? Yo no necesito mucho tiempo para medir las personas...

Ursula se sonrojó al oír estas espresiones vulgares y Gontran se mordió los labios. Mad. de Maran dijo al marido de Ursula con un tono de bondad increíble.

—Dispensad, Mr. de Secherin, nos hemos prometido ser francos, ¿no es así?

—Si, señora.

—Pues bien; no se dice, hablando de una vieja como yo, medir las personas. Esto es de muy mal gusto. No os lo dejaré pasar desde luego! os lo prevengo. Hé aquí cual soy; ademas hemos convenido en ser francos.

—Escuchad, señora, dijo Mr. de Secherin con una espresion muy tierna de reconocimiento, lo que acabais de hacer es un acto de generosidad; os doy gracias de todo corazon! Otros se hubieran burlado de mí; pero vos por el contrario habeis tenido la bondad de reprenderme. ¿Qué quereis? señora, me he criado y vivido en provincia, y estoy poco hecho á los modales de la capital.

—De Paris... Mr. de Secherin! No se dice de la capital, repuso Mad. de Maran con gran seriedad.

—De veras? vaya que es gracioso. Sin embargo, nuestro sub-prefecto siempre dice la capital.

—Así será; pero esto se dice en terminos de administracion y de geografia... continuó Mad. de Maran, y no mas... Bien veis que soy implacable, mi pobre amigo, Mr. de Secherin.

—Seguid, seguid, señora; seguid siempre así; nunca olvido lo que se me dice una vez. Si ahora tuviese que hacer vuestro retrato á mi suegro... le diria: Mad. de Ma-

ran es, sin duda, una muy gran señora, por su posición pero en el fondo es una niña muy guapa, franca y sencilla, que tiene el corazón en las manos, y dotada de tan buenos sentimientos como de gran talento. Y bien! ¿es verdad que no me engaño?

—¿Pero esto quiere decir, mi querido Mr. de Secherin que Lavater no era nada comparado con vos; sois un Nostradamus, un Cagliostro en cuanto á preveer y predecir! Estoy tan contenta del retrato que habeis hecho de mí, que no le quitaré ciertas palabras...

—Bien! si, señora, si... quitadlas; ó sino, tendré un disgusto, os lo advierto.

—Pues no, Mr. de Secherin, os lo suplico...

—No, señora, os digo que me disgustaré, y así sucederá si no me reprendéis!

—Pues bien, puesto que lo quereis absolutamente, y para conservar buena armonía entre nosotros, os advertiré que llana y el corazón en las manos es bastante vulgar.

—Bueno... bueno, no lo diré mas. Pero, ¡oh! señora, que buena sois! Bien vereis que no ha habido malicia, como lo habreis conocido.

—Si por cierto, todo lo he conocido, mi buen Mr. de Secherin, me pareceis el mejor de los hombres, y en verdad no os creo el mas apacible.

—Apacible... yo! como un pichon; lo que me falta, bien lo sé, es educación, ¿pero qué quereis? me he criado en una provincia, mi padre era un pobre mercader; empezó su fortuna comprando bienes de los emigrados.

—Con un estremo como ese no podia dejar de prosperar... dijo Mad. de Maran; ciertamente aquellos bienes de los emigrados debieron labrar la felicidad de vuestro padre.

—Efectivamente así ha sucedido, señora...

—Lo creo; continuad, Mr. de Secherin.

—En cuanto á mi madre, prosiguió la infeliz víctima de la perfidia de mi tia; en cuanto á mi madre es la mejor de las mugeres, pero siempre ha querido conservar las modas de su tiempo; es una muger casera ó de gobierno, en toda la extensión de la palabra; por lo tanto, bien veis que no he sido criado como un duque ó un par. He estudiado alguna

cosa en el colegio de Tours; por muerte de mi padre, tomé la dirección de la casa, y encontré en su escritorio un inventario de 63,700 libras de rentas en tierras y en propiedades, y todo, señora, libre de impuestos, sin contar el material de dos fábricas en que empleó quinientos trabajadores que no pueden dar abasto á los pedidos... Esto es lo que soy, señora.

—Estais pues, en una posicion magnífica, Mr. de Secherin, esto es muy sencillo las personas honradas siempre prosperan; y estoy segura de que los bienes de los emigrados de que hemos hablado, son los que proporcionaron tan gran prosperidad á vuestro padre.

—Señora, dijo Ursula, que estaba como en un suplicio, temo que estos pormenores...

—Déjanos, Ursula; por el contrario, me interesan mucho, mi querida niña.

—Sin duda, «querida bonitilla», mis asuntos no pueden dejar de interesar á nuestra buena parienta.

—Mr. de Secherin, siempre fiel á mi sistema de franqueza, dijo Mad. de Maran, os advertiré que «querida bonitilla» debe reservarse para la mas amable y mas secreta intimidad; profanais el encanto misterioso de estas adorables espresiones prodigándolas así.

—Sin embargo, señora, mi padre, llamaba siempre á mi madre, «querida bonitilla» y mi madre le llamaba «padrecito» y otros nombres por este estilo.

—Pero notad, mi buen Mr. de Secherin, que no acrimino en sí mismas las tiernas y sencillas espresiones de «querida bonitilla» «padrecito» y otras; por el contrario, espero que Ursula religiosamente fiel á estas tiernas tradiciones de vuestra familia, os prodigue en secreto estos dulces nombres.

—¿Has dicho tú, á la señora, que me llamas tu zorro? dijo Mr. de Secherin, dirigiéndose á Ursula y dando una palmada como de sorpresa.

—Ciertamente! Ursula... os llama ya su zorro, mi buen Mr. de Secherin, exclamó Mad. de Maran.

—Sí, señora, y por cierto que no se hace de rogar, continuó Mr. de Secherin, con orgullosa satisfaccion.

—Ah! señora, podeis creerlo! dijo Ursula, y se asoma-

ron á sus ojos lágrimas de vergüenza y confusion.  
—Cómo! repuso Mr. de Secherin, cómo? ¿No te acuerdas de que el día despues de nuestro casamiento, cuando te hice ver el inventario de nuestros bienes, te dije dándote un abrazo: todo esto es para tí y para tu zorro, y me respondistes abrazándome tambien: si, todo para mi zorro? Acuérdate bien, que esto pasó en el cuarto pintado de verde que me sirve de gabinete.

Es imposible figurarse el dolor, la pesadumbre de Ursula, al oír estas palabras.

Yo estaba tambien en brasas. Gontran se sonreía á pesar suyo; Mad. de Maran triunfaba. Sin embargo, no quiso prolongar mas esta escena, y prosiguió:

—Quereis callaros, Mr. de Secherin, indiscreto! Estas cosas no se dicen. Estas golosinas se guardan para uno solo, son unas felicidades de poca monta que no se confiesan! Ursula os habrá llamado mil y mil veces su zorro y se dejaría matar, antes que confesarlo, y tendría razon. Os repito que sois un indiscreto. Ah hombres! ah hombres!... nosotras no podemos dejar leer en nuestro corazon nuestras mas encantadoras preferencias; no podemos manifestarlas por los nombres mas dulces, sin que ellos vayan en seguida á alabarse de ello por todas partes.

—Es verdad, señora, dijo Mr. de Secherin, he hecho mal, teneis sobrada razon; otra leccion mas de que me aprovecharé. Guardaré á bonitilla y á zorro para nosotros dos, mi muger y yo.

—Y haceis muy bien. Habladme de aquellos bienes de emigrados que compró vuestro padre cuando era mercader. No sabeis lo que esto me ha interesado. ¿Eran muy considerables esos bienes?

—Si, señora; habia parte de ellos que pertenecian á la familia de Rohegune antes de la revolucion; pero al principio de la restauracion mi padre se los vendió al viejo marqués.

Al oír este nombre que tan singularmente y tantas veces se habia pronunciado aquel día, frunció mi tia las cejas.

—¿Y qué, Mr. de Rohegune tiene muchas propieda-

des en esa provincia? preguntó Gontran.

—Si señor, tiene todas las propiedades de su padre, y tambien todas las cualidades... El hospicio de los ancianos fundado por el difunto Sr. Marqués está á dos leguas de mi casa. Ah señora! añadió Mr. de Secherin con exaltacion dirigiéndose á mi tia, ¡cuánto bien hacia al pais el difunto marqués!... y con tan poco orgullo! Figuraos que mientras estaba en su castillo de Rochegune iba todos los domingos á misa al hospicio de los ancianos, despues de misa comia con ellos en su mesa, iba con ellos á vísperas, cenaba tambien con ellos y se acostaba en su dormitorio, hacia siempre esto una vez á la semana; aun hay mas, acompañaba al cementerio á los pobres que morian. Hé aquí, señora, lo que se llama hacer bien, sin vanidad... ¿no es verdad?

—Si, sin duda, respondió irónicamente Mad. de Maran, ir á comer en el plato de aquellos viejos vagamundos, esta idea la encuentro muy graciosa.

—Ah! teneis mucha razon, señora, repuso sencillamente Mr. de Secherin; porque alegraba el corazon á aquellas pobres gentes. Pero aun hay algo mas que esto.

—Ay Dios mio! ¿Hay alguna cosa mas estravagante todavia que la comunión de platos?

—Si, señora. Como yo era el mayor fabricante del pais, el Sr. Marqués me pidió que le mandáse algun trabajo de poca monta á aquellos infelices: ellos lo hacian, pero Dios sabe como; á mí de nada me servia; el difunto Marqués me pagaba el material que se perdia, y no contento con esto me reembolsaba las cortas cantidades que daba á aquellos pobres ancianos por precio de su trabajo, de modo que creian haber ganado las comodidades que con ese dinero se procuraban...

—En efecto, esto es delicadeza, dijo Mad. de Maran, estaba muy bien pensado; sobre todo porque si esos señores vagamundos hubieran llegado á persuadirse de que Mr. de Rochegune se tomaba la libertad de darles limosna en todo y por todo, hubieran podido cuando menos amotinarse, acosar al impertinente marques, y aprovecharse de una noche que hubiese ido á dormir en su dormitorio para juz-

garle un lance pesado...

La crueldad con que Mad. de Maran se burlaba de una accion de desusada delicadeza, pero que revelaba la mayor bondad, probaba cuán incómoda estaba de ver desmentidas tan brillantemente sus calumnias.

Gontran participaba de mi emoción. Ursula, con los ojos bajos, parecia estar del todo absorta.

Mr. de Lancry dijo á Mad. de Secherin.

--A mi tambien me parece admirable la conducta de Mr. de Rochegune, ¿y el hospicio sigue todavia?

--Si, señor, y el marqués actual hace lo que hacia su padre. Cuando volvió de sus viages, vino á pasar seis meses á su castillo, y una vez á la semana, fué á comer y á dormir al hospicio como su padre; por lo tanto es adorado como lo era aquel...

--Y bien, seguramente lo merece... «como su padre» dijo Mad. de Maran con agrura. ¿No se pone tambien la gorra y la casaca de los pobres de aquellos bellos tiempos?

--No, señora; él se viste como le corresponde. Esto lo hace como todas sus acciones, sencillamente, sin ostentacion; en su casa es muy tratable; lo ha heredado de su padre, lo mismo que el valor, pues es valiente como un leon. Atended; hace siete ñ ocho años, entonces no tenia mas que veinte años, él y otro de buen humor, el conde de Mortagne, hicieron una que quizá hubiera hecho retroceder á los mas intrépidos.

Al oír el nombre de Mortagne, se aumentó el mal humor de Mad. de Maran.

--Habeis conocido á Mr. de Mortagne, dije con viveza á Mr. de Secherin.

--Si, señorita; era un original que habia estado en el fin del mundo, un antiguo guerrero del grande ejército con una barba como un gastador; venia bien á menudo á vernos á la fábrica; mi pobre padre tambien lo queria. Volviendo á mi historia; un dia él y Mr. de Rochegune perseguian una liebre á caballo y con los perros; no tenian escopetas, y todas las armas que llevaban se reducía á un látigo; la liebre sale del bosque de Rochegune y se dirige á tierra llana. Esto pasaba en medio del invierno; se encuentran en



el campo un pastor cubierto de sangre y medio muerto...

—Bueno... bueno... desde ahora veo lo que es, dijo Mad. de Maran con impaciencia, algun perro, algun lobo rabioso que habrá mordido á los carneros y al pastor, y que estos dos paladines matarian. Vamos, esto es soberbio... No hablemos mas de ello.

—No, señora, era...

—Bien, bien, mi querido Mr. de Secherin, hacednos el favor de dejarnos de estas historias, deben ser de una belleza terrible; y esta noche su memoria me causaria una pesadilla. Pero, esperad, que veoen los ojos de Ursula el deseo que tiene de irse á charlar con Matilde.

Me levanté, tomé á mi prima por la mano y la llevé á mi habitacion, dejando á Mr. de Secherin con mi tia y con Gontran.

---

## XVII.

### LA CONFESION.

---

Podeis haceros cargo amigo mio, de cual debió ser la humillacion de Ursula. No solo le habia hecho sufrir la vulgaridad de su marido, sino tambien la revelacion de las espresiones familiares de que habia hecho uso hablando de los dias que siguieron á su casamiento.

Los deseos de Mad. de Maran habian quedado satisfechos: su bondad aparente dando lugar á que el marido de Ursula se franquease por completo le habia hecho confesar mas de lo que debia.

Ahora conozco que sin anticipar los sucesos conviene haceros observar que desde mi infancia Mad. de Maran no habia tenido mas que un pensamiento, el de escitar contra mí la envidia de Ursula, se habia propuesto hacer tarde ó temprano enemiga implacable de la persona á quien amaba con la mayor sinceridad.

Cuando era niña habia elogiado mi talento y mis dispo-

siciones al mismo tiempo que rebajaba la inteligencia de Ursula; siendo jóven, mi belleza y mi fortuna debian eclipsar á mi prima; por último queria hacer resaltar indirectamente la distincion, la elegancia, la posicion social, el nacimiento de Gontran con quien iba á casarme provocando con una malignidad infernal la confesion cándida de Mr. de Secherin el marido de Ursula.

Ah! amigo, creo que sin los esfuerzos de mi tia, mi prima no hubiera comparado tan á menudo mi posicion con la suya; tampoco me hubiera envidiado algunas ventajas y hubieramos vivido sin ódio ni envidia.--Siempre creeré que el corazon de Ursula hubiera sido bueno y generoso sin las insinuaciones de mi tia.

Subi á mi cuarto con Ursula, tenia una confianza ciega en su franqueza, veia en ella una víctima; me acordaba de la carta tan lúgubre que me habia escrito; así en vano trataba de esplicarme la familiaridad de sus espresiones á su marido pocos dias despues de un casamiento que le habia sugerido ideas de suicidio. Si hubiera sospechado un momento la falsedad de Ursula, y la hubiera creido capaz de contraer ese enlace, sino con placer, al menos por cálculo, hubiera comprendido la contradicción estraña de las palabras y de la carta de mi prima; pero lo repito, tenia en ella una fé profunda, aguardaba con ansia la esplicacion de este misterio. Al entrar en mi cuarto, Ursula se dejó caer en un sillón, ocultó con sus manos su rostro, sin decir una palabra.

—Ursula amiga mia! hermana mia! le dije echándome á sus pies y estrechando sus manos.

—Déjame... déjame... dijo tratando de soltarme y sonriéndose con amargura al través de sus lágrimas.

—¿Y por qué? estas palabras de ternura no pueden ser sinceras? Ah Ursula! es cosa cruel. Qué te he hecho? ¿qué te he dicho? ¿porqué me acoges así despues de una ausencia tan larga?

—Matilde, no culpo á tu corazon; es bueno y generoso, pero por lo mismo que es generoso debe aborrecer todo lo que es falso y mentiroso; así déjame, déjame! no debes amarme ya.

—Ursula... qué dices?

—Por ventura ignoro que me desprecias? añadió la desgraciada echándose á llorar. En seguida se levantó y se fué junto á la ventana á enjugar sus lágrimas.

Me quedé admirada sin comprender lo que me decia. Fui corriendo hácia ella.

—Pero por Dios, espícate; ¿qué quieres decirme? ¿porqué quieres que te desprecie?

—¿Por qué? Matilde; ¿puedes preguntármelo? hace quince dias que escribí una carta desconsolada, una carta donde te decia lo traspasado que tenia el corazon: te conmovió mi desesperacion, compadeciste á tu amiga... llorastes por mi sacrificio, por mis ilusiones perdidas, y en este momento oyes decir que la muger que hace poco no encontraba otro refugio que la muerte para librarse de un porvenir odioso, esa muger tres dias despues del casamiento que tanto detestaba, prodiga á su marido los nombres mas tiernos y familiares... sí, Matilde... te repito que no puedes menos de despreciarme... ó bien ocultas ese sentimiento, y tienes compasion de mí... pero compasion... no la quiero... prefiero el desden... prefiero el aborrecimiento... la indiferencia... pero compasion... ah! jamás, jamás!

Llevando el pañuelo á la boca, Ursula sofocó los sollozos, que no podia contener.

—Estás loca! Ursula, no piensas lo que dices... Y despues de todo ¿qué me importa una mentira de tu marido?

—Una mentira... No es una mentira, Matilde... no, he dicho esas palabras tan ridículamente familiares... oyes! las he dicho...

—Las has dicho?... Ursula?

—Sí, déjame, ya lo ves... soy la criatura mas falsa del mundo... finjo la desesperacion para que me compadezcan al paso que estoy contenta con este casamiento... Es tan rico mi marido... que vergüenza! qué infamia!

Y Ursula se llevó las manos á su frente con ademan trágico.

—No... no hay infamia ni vergüenza en esa accion, exclamé.

Hay un misterio que comprendo á la verdad.

Pero qué me importan despues de todo, algunas palabras

que han pasado ya. Sufres y lloras, pues bien quiero sufrir y quiero llorar contigo... Mira mis lágrimas; toca mi corazón, verás como late... dí, dí ahora si es compasión ni desprecio lo que siento hacia tí...

--Bien, te creo, Matilde. Perdóname, perdóname por haber dudado un momento de tu corazón... pero es que temía y aun temo no destruir en tu ánimo tantas prevenciones.

--No; ninguna hay, le dije.

—Pues entonces, escúchame, querida hermana. Tus lágrimas y tu aflicción me arranca mi secreto. Ahora mismo no quería decirte nada... No quería volverte á ver, porque sería para mí imposible vivir á tu lado, sospechada de falsía.

--Pobre Ursula! qué, bien no merezco tu confianza?

--Si... ah! si, tú sola... Escúchame... Este casamiento me causaba tal desesperación que hasta el último momento creí que un suceso imprevisto llegaría á impedirlo... si, me hallaba en la situación que se encuentran los condenados que saben que van á morir, que para ellos no hay perdón y que sin embargo, no pueden menos de esperar esta gracia imposible.

--Ursula... Ursula... ah! es cruel lo que me dices... Dios mio cuanto habrás dehido sufrir!

—Obedecí á mi padre... quise ponerte en la imposibilidad de consumir el sacrificio generoso que me habias propuesto. Se realizó el casamiento. Se fijó irrevocablemente mi suerte: no tenia mas que dos alternativas... la muerte...

—Querida Ursula... no hables así... me llenas de terror...

—La muerte ó una vida desgraciada para siempre. Quedé abrumada un momento bajo el peso de este porvenir funesto. Sin embargo, antes de entregarme por completo á la desesperación, me pregunté la causa del desvío que me inspiraba mi marido. Conocí que no era mas que la vulgaridad de sus modales, y su educación poco esmerada, porque su corazón es bueno.... lo creo así.

--Ah! indudablemente, Ursula; debes creerlo; es generoso, es bueno. ¿No has observado con qué sensibilidad hablaba de los beneficios de Mr. de Rochegune? Su lengua-

ge y sus modales irán mejorando con el trato de las personas elegantes y finas.....

—¡Bien! he dicho entre mí: este lenguaje me choca, estas maneras groseras me repugnan..... y de aquí en adelante debo estar siempre al lado de este hombre; debo renunciar para siempre de todas mis ideas de soltera. De aquí en adelante mi vida debe ser de otro... Animo... ya es cosa hecha, no tiene remedio!! (Y las lágrimas cubrieron la voz de Ursula.) Es la delicadeza natural de mis costumbres, añadió, lo que me hace tan desgraciada. Pues bien, ya que no puedo colocar á mi marido á mi altura..... me rebajaré hasta él... sí, hablaré ese lenguaje que tanto me choca... imitaré esos modales que tanto me repugnan..... Matilde!.. Matilde... lo he hecho, he lisongeadó á ese hombre como quería que lo lisongeara. He fingido amarle, como quería que lo amara..... he repetido sus espresiones familiares y groseras, ruborizándome al misma tiempo de tanta humillacion y de tanta vergüenza..... Ah! hermana mia..... nunca podrás saber lo que he sufrido durante los ocho dias de prueba que yo misma me habia impuesto! Nunca podrás saber lo que hay de cruel en esta profanacion de sí propia, en esa mentira que repugna al corazon..... ah! cuantas lágrimas he devorado en secreto mientras que representaba esa comedia llena de tristeza y amargura..... Pero ya ves. Ya no puedo mas, sufro demasiado..... no, ya no puedo mas, antes que continuar rebajándome de ese modo; prefiero mil veces la muerte.

Era tan desesperado el acento de Ursula, estaban sus facciones tan desfiguradas que no pude menos de asustarme.

Comprendi entonces su conducta; me llamó la atencion sobre todo el valor que habia necesitado para haberse casado tan á disgusto suyo.

—Tranquilizate, tranquilizate, hermana mia, le dije, escucha mis consejos. Te equivocas al creer necesario ponerte al nivel de tu marido; su corazon es generoso, te ama con idolatria; procura al contrario subirlo á tu altura..... ¿no has visto ahora mismo con que placer y

tendedme vuestros brazos... Seria demasiado cruel haber deramado en mi corazon esos sentimientos de desconfianza. Es tanto mas cruel esta duda, cuanto que puede referirse á todo y hacerme sospechar de un modo vago lo que amé mas en el mundo.

—Ola, ¿con que os parece asi? pues bien, tanto mejor, con eso estareis entretenida tratando de descifrar el enigma. Es un juego muy divertido... Os prometo deciros lo que es, si lo acertais.

Señora.. exclamé indignada al ver la fria malignidad de mi tia, vos misma lo habeis dicho, la justicia divina y la humana os alcanzarán, si....

—Já.... já.. já..... exclamó mi tia interrumpiéndome con una carcajada sardónica: oh! ¿con que quereis amenazarme con la justicia ó con los rayos de vaticano? No veiais que yo estaba embromando!.... Es una cosa muy sencilla. Se está ten alegre un dia de boda.... Se muy bien que vais a hablarme de mis dos lágrimas.... pues bien voy á haceros, querida mia, una confianza que podrá serviros algun dia para enternecer á Gontran en uno de esos altercados que hay siempre entre familia. Cojeis dos granos de tabaco y os echais uno en cada ojo y llorareis como una Magdalena y ya veis que unos ojos tan hermosos como los vuestros son irresistibles cuando lloran.

—Pero.....

—Ah! me se olvidaba deciros que tengo aqui algunas cosas, que segun el testamento de vuestra madre debo entregaros el dia de vuestro casamiento, quiero decir, despues que se haya concluído el casamiento. Quisiera darosla ahora mismo: pero os las daré esta noche despues que se haya firmado el contrato, dijo levantándose y cerrando con llave su papelera.

—Ah! señora, concededme al menos eso, le dije: vais á dejarme muy triste, muy asustada con vuestras reticencias. Estas últimas pruebas del cariñe de mi madre me consolarán al menos.

—Es imposible, dijo Mad. de Maran, es muy formal la cláusula del testamento. Una ves casada os en-

tregaré esto..... Pero como ya son las cinco y todavía no estoy vestida! dejadme, hija mia.

Diciendo estas palabras, mi tia llamó á una de sus doncellas, que entró inmediatamente y dijo que acababa de traer una cosa para mi de parte de Mr. de Lancry.

—Ir pronto.... sin duda vuestra canastilla, me dijo mi tia; y se ha de juzgar por el gusto de Gontran debe ser á la vez muy linda y magnífica.

Salí del cuarto de Mad. de Maran con el corazon oprimido.....

Al pensar en el secreto que habia querido confiarme, me acordé sin poderlo remediar de lo que me habia dicho la marquesa de Rechelieu..... Ir no obstante, no tenia el menor motivo para desconfiar de Gontran. El mismo ¿no habia ido delante de mis sospechas al confesarme las faltas que podian echarle en su rostro? Además el amaba con pasion; tenia en él una fé profunda.

Si me sentia tranquila de mi porvenir era solo porque Gontran estaba encargado de velar por él. Lo mismo me sucedia con la amistad de Ursula; la creia tan sincera la que yo misma sentia hácia ella.

Fuí á la sala, encontré la canastilla que me enviaba Mr. de Lancry. Asi como lo habia previsto mi tia era imposible ver nada mas elegante ni mas rico; diamantes, alhajas, encajes, chales de cachimir etc. etc. todo era de un gusto exquisito. Pero estaba yo demasiado triste para gozar de estas maravillas. Apenas las hubiese mirado sino estuvieran escogidas por Gontran.

Sin embargo, la fuerza de querer adivinar el misterio que me ocultaba Mad. de Maran, acabé por creer que su ternura, que me pareció al principio sincera, no lo habia sido, y que únicamente se habia propuesto atormentarme hasta el último dia que decia pasar á su lado.

Por fortuna la vista y las palabras de Gontran me tranquilizaron por completo.

A las nueve estábamos reunidos mi familia y la de Gontran en la sala principal de la casa de mi tia.

Yo estaba á su lado y al del duque de Verzac. Llegó el notario. Casi al mismo instante se oyó el crujido



de un látigo y el ruido de un coche que entraba en el patio.

Miré á mi tía; se puso pálida como la cera.

Un momento despues apareció Mr. de Mortagne á la puerta de la sala.

XIX

MR. DE MORTAGNE



A no ser por las señoras prorrumpidas por  
tormentas de risa, el momento de Mr. de Mortagne hubiera  
de haber sido un momento de silencio. Había un momento de silencio; se  
deja de hacer punto blanco como la nieve; se deja de  
preguntar sus hijos, sus hijos, en esta ocasión, como en otras  
ocasionadas por los vientos; en cambio de esto, estaba  
tan atenta como en los momentos.  
Esta situación era similar en un momento de  
los días de la infancia y los momentos de silencio con el  
que se llama un momento de silencio.  
Al principio se quedó silenciosa, tal la con-  
tancia de Mortagne, se vino a un momento de  
levantarse, como si fuera un momento de silencio.  
Es decir, la expresión de la situación y de la  
dura con el mundo, que dice  
—En la vida, se tiene que vivir, que no

---

## XIX

### MR. DE MORTAGNE.

---

A no ser por las facciones pronunciadas que caracterizaban la fisonomía de Mr. de Mortagne, hubiera sido difícil conocerlo. Había encanecido enteramente; su barba se había puesto blanca como la nieve; su frente arrugada, sus ojos hundidos, su cara enjuta, manifestaban sufrimientos largos y crueles; en cuanto á su ropa estaba tan abandonada como de costumbre.

Esta aparición casi siniestra en medio de aquel salón lleno de hombres y de mugeres vestidas con elegancia formaba un contraste extraño.

Al principio se quedó silenciosa toda la concurrencia; Mr. de Mortagne se vino á mi en derechura; me levantó, me cogió las manos, me miró algunos minutos; se dulcificó la espresion feroz de sus facciones y abrazándome con cariño me dijo:

—En fin, ya me tienes aquí, Dios quiera que no

sea demasiado tarde..... y examinándome con atención añadió:—Es enteramente su madre.... el retrato todo de su pobre madre, Ah! comprende muy bien el aborrecimiento del monstruo.

Una vez pasada la primera impresión, Mad. de Maran recobró ánimo, y con su audacia acostumbrada exclamó con resolución,

—Que venis hacer aquí caballero.

Sin responderle Mr. de Mortagne exclamó con voz fuerte.

Vengo aquí á acusar y convencer á tres personas de sus indignos manejos y boga codicia!.....

Estas tres personas son vos, señora de Maran, vos señor de Orbeval, y vos señor de Verzac.

Mi tia hizo un movimiento de cólera é impaciencia. Mr. de Orbeval se puso pálido como la cera y Mr. de Verzac se levantó, pero su sobrino exclamó con viveza.

—Sr. de Mortagne!..... cuidado con insultar á mi tio el duque de Verzac, porque equivale á insultarme á mi.

Ya os llegará vuestra vez, Mr. de Lanery, pero mas tarde: primero las causas y despues vienen los efectos, dijo Mr. de Mortagne.

Coji la mano de Gontran, y le dije en voz baja y con tono de súplica.

—¿Qué os importa? os amo: no os incomodeis contra Mr. de Mortagne; ha sido el único protector de mi infancia.

Mr. de Mortagne continuó.

—Me espero gritos, amenazas; pero quien me impida hablar, probará que teme oír mis palabras.

—No se temen sino vuestras injurias, exclamó mi tutor.

—Cuando haya dicho lo que tengo que decir, entonces estaré á las órdenes de los que se consideren ofendidos.

—Pero es una tiranía insoportable; ¡venis á imponeros con vuestros aires furiosos de mata-moro y de espa-

dachín! exclamó Mad. de Maran.

—En efecto es intolerable, dijo Mr. de Verzac, parece imposible que un hombre bien nacido, sea grosero hasta tal punto.

—En las palabras de ese hombre solo puede haber calumnia y difamacion, dijo mi tutor.

—Luego temeis mis revelaciones, pues que quereis sofocar mi voz, exclamó Mr. de Mortagne. Temeis tambien que haga cambiar á esta niña de opinion con respecto de Mr. de Gontran, y que se deshaga un casamiento que tanto deseais!

—Caballero, exclamó Gontran, ahora á mí es á quien toca hablar; entendeis..... y hablar sin reticencia..... por muy feliz y por muy honrado que me considere al unirme con la señorita Matilde, renunciaria desde el momento á votos tan caros, si tuviera la menor idea acerca.....

Interrumpí á mi vez á Mr. de Lancry y dije á Mr. de Mortagne.

No dudo que vuestra conducta sea dictada por el interés que tomais por mí..... no he olvidado vuestras bondades ni el cariño que me teneis; pero debo advertiros que nada en el mundo podrá hacer cambiar mi resolucion.....

—Pero yo seré quien cambiará, respondió Gontran.... Si.... por muy cruel que sea esta resolucion..... renunciaré vuestra mano, si este caballero no se esplica al instante.....

—Precisamente es lo que deseo, dijo Mr. de Mortagne.

—Pero, exclamó Mad. de Maran pálida de cólera; no teneis sangre en las venas, pues os dejais imponer por ese hombre escapado del hospicio.

—Escapado de las cárceles de Venecia, donde me habeis hecho estar desde hace ocho años, á consecuenoia de una execrable maquinacion, exclamó Mr. de Mortagne con voz de trueno cogiendo con dureza á Mad. de Maran por el brazo y sacudiéndola con furor.

—¡Va á asesinarme, es capaz de todo! exclamó mi tia.

—Y tú, criatura infernal, ¿de qué no eres capaz? ¡tu

traicion no me ha hecho sufrir mil muertes!.... mis cabellos blancos, mi frente marcada por los padecimientos, ocho años de trabajos, ah! me vengaré aunque debiera perseguirte hasta el fin de tus dias!.... aun no sé porque no liberto al mundo en este momento de un monstruo como tú, añadió tirando á Mad. de Maran sobre su sillón.

Habia sido tan brusca esta escena y tan extraordinaria la acusacion que Mr. de Mortagne dirigia á mi tia, que todos los concurrentes se quedaron un momento admirados y llenos de estupor.

Mad. de Maran aunque muy temida era tan detestada que no quisieron sus amigos ser involuntariamente testigos de una escena tan escandalosa.

La frente de Mad. de Maran estaba cubierta de sudor; apenas respiraba y miraba á Mr. de Mortagne con terror.

—No sabeis como he descubierto vuestra abominable trama, continuó dirigiéndose á mi tia, y sacando de su faltriquera algunos papeles:—¿Conoceis esta carta dirigida al gobernador de Venecia?.... ¿Conoceis estas proclamas incendiarias? Todo esto os admira señores! dijo Mr. de Mortagne al ver las miradas curiosas é inquietas que todos echaban sobre aquellos papeles.—¿Aun no comprendéis? Lo creo; nunca se ha concebido un complot con mas malignidad ni de un modo mas sábio; escuchad y conoceréis á esta muger.

Hace ocho años la acusé delante de todos vosotros que componíais el consejo de familia de mi sobrina, de educar como madrastra á esta pobre niña; os pedí entonces que la separaran de su lado, me rehusásteis una peticion tan justa. Estaba solo, teníais la mayoria, me precisaba marchar, esperaba volver pronto á Paris, y por fuerza ó por grado ejercer una vigilancia continua sobre la educacion de Matilde. Mi vuelta asustó á su tia; vais á ver como lo impidió..... Temblais todos delante de esta muger; pero quizá tendreis ánimo para reconocer toda la negrura de su alma, si es que hay un alma en ese diforme cuerpo.....

—¿Y vos permitis esto? ¿Y me dejais todos insultar asi? exclamó furiosa Mad. de Maran, volviéndose hácia el auditorio.

Nadie le respondió.

—Hace ocho años, continuó Mr. de Mortagne, partí para Italia..... debía esperar en Nápoles á Mr. de Rocheguno, hijo de uno de mis mejores amigos, este jóven de un corazon ardiente y generoso iba á venir conmigo á combatir algun tiempo en Grecia, era enteramente ageno á los complots que tramaban entonces en Italia las sociedades secretas. Llegué á Venecia..... Estaba muy tranquilo porque nada tenia que temer; pero una noche entró en mi casa la policia, me prendieron, me ataron, cogieron mis papeles, mis efectos y me condugeron á la cárcel; estuve incomunicado. Protesto mi inocencia; desafio que haya en contra mia la menor prueba de culpabilidad; me responden que el gobierno austriaco estaba informado de mis designios fatales, que vengo á tomar una parte activa en las conspiraciones de las sociedades revolucionarias. Niego esta acusacion. Traen mi maleta, la abren delante de mí y hallan en un sitio secreto, cuya existencia ignoraba, muchos paquetes cerrados.

—Es preciso estar tan loco como este hombre para escuchar con seriedad tantos desatinos, exclamó Mad. de Maran. Tocante á mí no los escucharé por mas tiempo, y se levantó.

—Marchaos enhorabuena, no es á vos á quien trato de descubrir esos misterios abominables, porque sabeis bien el secreto.

Mad. de Maran se volvió á sentar trémula de rabia.

Mr. de Mortagne continuó:

—Se abrieron aquellos paquetes, y se hallaron las proclamas mas incendiarias, un plan de insurreccion contra el poder austriaco y algunas cartas misteriosas dirigidas á mí, con sello de Paris, en las cuales se me prometia la cooperacion de todos los hombres libres de la Lomnardia..... Estas apariencias eran mas que sospechosas y quedé anonadado ante este inesplicable hecho. Se me pidió cuenta de mis opiniones, no tuve la vileza de negarlas; y respondí que me habia consagrado á una sola causa, la de la libertad santa y pura de toda mancha..... Aquellos hombres no comprendieron que, pues tenia valor de confesar las opiniones que podian perderme, debia ser creido jurando por mi honor que ignoraba la existencia de aquellos papeles tan peligrosos. Me metieron en un calabozo, donde he permanecido ocho

años..... Salí de él, como veis, viejo antes de tiempo.... ¿Quereis saber como llevaba, sin tener noticia de ello, esos peligrosos papeles? Poco tiempo antes de mi salida para Italia, esta muger envió á Servion, su digno criado, para que se hiciese amigo del que debia acompañarme. Con pretesto de introducir en Italia algunos géneros de contrabando, y venderlo allí con gran utilidad, lo decidió á hacer, sin que yo lo supiera, dobles fondos á mis maletas y á esconder en ellas los que el decia paquetes de encajes de Inglaterra, Estando dentro de Venecia debia recogerlos un corresponsal y abonar 25 luises á mi criado; este infeliz ignorando el peligro de semejante comision la aceptò desde luego....Partí, y casi al mismo tiempo que yo, partió tambien esta carta, dirigida al gobernador de Venecia.

«Mr. de Mortagne antiguo oficial del imperio, conocido por la exaltacion de sus ideas revolucionarias y por sus conexiones con los anarquistas de todos los paises, llegará á Venecia en todo el mes de Mayo; en algunas maletas de dos fondos se hallarán las pruebas de sus peligrosos designios.....»

—Ahora bien! esto es una infamia, exclamó Mr. de Mortagne cruzando los brazos y lanzando á Mad. de Maran una mirada llena de indignacion.

Esta, turbada un momento, recobró presto toda su audacia y dijo:

—¿Y qué tengo yo que ver señor mio, con vuestros paquetes de encages que contenian conspiraciones? ¿Es culpa mia si viendo descubiertos vuestros proyectos revolucionarios, habeis inventado una historia absurda, que nadie cree, y con razon? ¿Quién podrá creer que me haya divertido en forjar proclamas, constituciones y conspiraciones, y que enviase uno de mis criados para que llevase á efecto tan bella obra? Vamos, señor mio, estais loco..... Ni una palabra de verdad hay en todo lo que acabais de referir.

—¿Lo negais? Y vuestro miserable confidente Servion ¿negará tambien la deposicion de mi criado, que le acusa formalmente de haberle entregado los paquetes?

—Vuestro criado! exclamó mi tia, riéndose á carcaja—

das; bella garantia en verdad, y que debe admitirse desde luego. A tal amo, tal criado. No se conocen vuestros antecedentes! ¿Que hay de sorprendente en la carta que fué dirigida al gobernador de Venecia? ¿No habeis sido tenido siempre por el campeon de los hermanos y amigos de todos los paises? La policia de aqui, que os vigila, habrá como buena hermana, advertido á la policia austriaca de vuestros proyectos, esto es muy sencillo... sucede todos los dias.... dejadme en paz con vuestros paquetes de encajes rellenos de conspiraciones, este es un cuento de viejas. Habeis querido ser un bruto, un Washington, un Lafayette, os enjaularon é hicieron muy bien..... Os quejais de tener los cabellos blancos; ¿tengo yo la culpa? bien sabido es que los calabozos de Venecia no son la fuente de Juvencio, no por cierto. Si de resultas, vuestra imaginacion está desarreglada, como parece, curaos y dejadnos en paz, porque estais insoportable.

Los crueles sarcamos de Mad. de Maran surtieron un efecto contrario del que se esperaba, pues Mr. de Mortagne se mostró impasible, y le respondió con la mayor sangre fria.

—Gracias á los activos servicios de Mad. de Richeville, de Mr. Rochegune y de algunos otros amigos vuestros, me veis; y á pesar de vuestra imprudente audacia, tenemos suficientes pruebas para ponerlos en el pilori de la opinion pública, y lo lograremos.

—Nos veremos, señor mio?

—Y no estareis sola; haré que os acompañen vuestros cómplices..... aquellos que por cobardia egoismo ó codicia, han servido á vuestros malignos designio..... ¿Oís. Mr. de Lancry? ¿oís, Mr. de Orbeval? oís, Mr. de Verzac.

Estas palabras de Mr. de Mortagne fueron oidas con grandes muestras de indignacion; continuó sin desconcertarse.

—No sé, caballeros, si vuestra conducta es aun mas execrable que la de Mad. de Maran..... A lo menos esta me aborrece, y lo mismo á su sobrina, y aunque el oido sea una pasion detestable, prueba al menos cierta ener-



gia..... Pero vosotros tres..... la habeis auxiliado por cobardia, por egoismo, por codicia.

—Continuad, continuad, dijo Gontran pálido de coraje.

—Cierto dia, sin duda, Mr. de Verzac, dijisteis á Mad. de Maran; mi sobrino está lleno de deudas; es un jugador desenfrenado; hago la vista gorda á sus escandalosas aventuras, pero él me lo estorba; si se mete en peores pasos, me veré obligado por respetos humanos á sacarlo de ellos. Vuestra sobrina es muy rica; arreglemos este casamiento; se pagarán las deudas de mi sobrino, y no tendré que ocuparme de él.

—Caballero, dijo Mr. de Verzac con mucha urbanidad, os manifestaré que lo que me habeis hecho el honor de decidme no es del todo exacto y que.....

—¿Señor Duque, repuso Mr. de Mortagne, si tuvieseis una hija que os fuese muy querida..... la dariais á vuestro sobrino?..... Responded bajo palabra de honor.

—Me parece, caballero, que no hay entre nosotros una familiaridad tan grande como la que se necesita, para hablaros confidencialmente sobre este asunto dijo Mr. de Verzac.

—Este subterfugio..... es fatal para vuestro sobrino replicó Mr. de Mortagne.

Gontran se iba encolerizando; lo contuve á fuerza de suplicar; Mr. de Montagne continuó:

—Mad. de Maran reflexionó sin duda acerca de la propuesta de casamiento; consultó consigo misma si el partido que se le proponia reunia todos los defectos y todos los vicios necesarios para asegurar la infelicidad de su sobrina, á quien aborrecia..... Mr. de Lancry le pareció dotado de las cualidades convenientes; dió palabra á Mr. de Verzac, y se comenzó esta odiosa maquinacion..... Aquí teneis una jóven huérfana, privada desde su infancia de todo afecto, abandonada á si misma, sin apoyo sin tener quien la aconsejara..... Introducen á su lado, á cada momento, á un hombre dotado del arte de seducir; alejan todo rival de mérito; la entregan á aquel á él solo..... á un hombre muy versado en las intrigas

de la galanteria. La pobre niña, sin esperiencia habituada á la aspereza, á la perfidia de una madrasta, escucha con ingenua confianza y enagenada los requiebros hipócritas las mentirosas promesas da aquel hombre. Ignorante del peligro que corre, no se apercibe de que ama... hasta que el amor se ha arraigado de firme en su corazon..... La infeliz niña no tiene un amigo, un pariente que la advierta de los peligros á que se espone, de su posicion, de los antecedentes del hombre que la engaña.

—Basta, basta, exclamé trasportada de indignacion porqué sufría cruelmente por lo que debia sufrir Gontran. Yo, yo sola soy quien debe responder aquí..... en lugar de callarme, acerca de lo que vituperais con tanta acritud..... Mr. de Lancry, lleno de franqueza y de probidad, se adelantó á los informes que no podia tomar; me dijo: no quiero engañaros; mi juventud ha sido muy disipada, he jugado he sido pródigo. Pero cuando quiso hablarme de sus bienes, de lo poco que poseia, no quise yo oirle.... No he sido engañada concediendo mi mano á Mr. de Lancry; tengo gran fé absoluta en la palabra que me ha dado, en las promesas que me ha hecho, en el porvenir que de él espero; y sintiendo amargamente esta triste discusion, soy feliz, si, muy feliz en poder declarar resueltamente que estoy orgullosa con la eleccion que he hecho.

Mr. de Mortagne me miraba con dolorosa sorpresa.

Matilde..... Matilde..... Pobre niña, si os engaña.... No sabeis lo que os espera.....

—Caballero, siempre respetaré el sentimiento que ha inspirado vuestra conducta, y espero que un dia mudareis de opinion con respecto á Mr. de Lancry.

Dirijiéndome en seguida á la mesa donde estaba el contrato, lo firmé con viveza y dije á Mr. de Mortagne:

Esta es mi respuesta. Mr. de Mortagne se fué á él, y le dijo con voz conmovida, y casi suplicante:

—Tened piedad de ella! sois jóven, no pueden haberse estinguido en vuestro corazon todos los buenos sentimientos... perdon á Matilde, perdon á tanto candor, á tanta confianza, á tanta generosidad... No abuseis de vues-

tra influencia sobre ella. Bien sabeis que no podeis hacerla feliz... Son sus bienes los que codiciáis... hablad.... hablad.... soy rico....

A esta última oferta, que venia á ser un ultrage, se puso Gontran pálido de rabia.

—Firmad... oh! dige á Mr. de Lancry con voz desfallecida.

—Sí, sí, firmaré, dijo él conteniendo su furor. No firmar seria merecer los ultrages de este hombre; no firmar seria confesarme indigno de vos... señorita. Y firmó enseguida.

—Decid que no firmar seria renunciar á la fortuna que codiciáis, porque sois indigno de comprender y de apreciar las cualidades de este ángel... dentro de dos meses la tratareis tan brutalmente como á vuestras queridas... sino se pone la mano en ello....

—Gontran, dije en voz baja á Mr. de Lancry, soy vuestra muger, concededme la primera cosa que os pido... no digais ni una palabra á Mr. de Mortagne..... os lo suplico... terminad esta escena que me mata...

Reflexionó Gontran por algunos momentos y me dijo en tono triste.

—Bien está, Matilde... mucho me pedis, os lo concedo.....

—El sacrificio está consumado, dijo Mr. de Mortagne: así debia ser... ahora mas que nunca tengo que velar por vos, Matilde... si puedo, debo hacer que os sean menos funestas las consecuencias de vuestra fatal imprudencia é impedir las desgracias que preveo... donde quiera que vayais os seguiré..... Este monstruo, y señaló á Mad. de Maran, ha sido vuestro ángel malo, yo seré vuestro ángel tutelar... Y declaro aqui guerra encarnizada, sin perdon ni piedad, á todos vuestros enemigos, cualesquiera que sean... Mis cabellos están blancos, mi frente arrugada; pero Dios me ha dejado la energia del corazon y buenas intenciones. Ah! pobre niña, he llegado tarde. Pero me parece no he llegado «muy tarde»..... Adios, hija mia, adios... Voy á firmar este contrato, asistiré á vuestro casamiento, es un derecho y deber mio... En este momento mas que nunca tengo que

cumplir con estas dos cosas.

En seguida fué á la mesa, y firmó el contrato con pulso bien firme. La voz, el semblante de Mr. de Mortagne tenían tal carácter de autoridad, que nadie dijo una palabra; así que hubo firmado dijo:

—Mr. de Orbeval, Mr. de Verzac, Mr. de Lancry, no me retracto de nada de lo que he dicho... es la verdad, lo sostengo y lo sostendré como verdadero, aquí y en todas partes. Ahora diez años, hubiera añadido que lo sostendría con la espada en la mano, señor de Lancry! Hoy día no lo diré, mi vida pertenece á esta niña que segun veo, no tiene á nadie en el mundo; no os sonriais con desdén, hombre joven; bien sabeis que Mr. de Mortagne no tiene miedo. Estendiendo en seguida su mano izquierda hizo un ademán amenazador é imperioso, y dijo á Mr. de Lancry.

—Si no enmendais vuestra vida pasada, si con un tierno y grato amor, si con una adoracion no interrumpida no os haceis digno de este ángel, tendreis que temblar delante de mí, caballero..... Oh! no me asustan miradas de furia, he domado á otros mas bravos que vos. Dicho esto se retiró mesuradamente.

Apenas se hubo ido, se disipó la especie de estupor que habia causado este hombre singular. Todos lo atacaron, lo despreciaron, le pusieron de loco. Se recordó que nueve años antes habia hecho otras cosas increíbles y disparatadas. El interés que habia escitado por un momento refiriendo la perfidia de Mad. de Maran se desvaneció bien pronto, casi todos nuestros parientes se acercaron á mi tia, y le manifestaron que no creian ni una palabra de la fábula de Mr. de Mortagne acerca de las causas de su prision en Venecia.

Algunos instantes despues de su partida, fuimos al ayuntamiento.

A pesar de la escena cruel que acaba de pasar, mi ciega confianza en Mr. de Lancry no se disminuyó. Mr. de Mortagne y Mad. de Richeville lo acusaban de defectos que él mismo me habia confesado y cuya escusa y casi justificacion la habia encontrado en su amor á mí, lo creí y no sentí sino algun enojo contra Mr. de Mortagne, y aumentarse mi cariño á Gontran; me acusaba con bastante pena de ha-

ber sido causa de una escena tan sensible para él, y me prometia hacérsela olvidar á fuerza de afecto.

Si os sorprendeis, amigo mio, de mi empeño en llevar á cabo este matrimonio, no obstante tantos consejos juntos, es porque no conocéis la ciega é intratable obstinacion del amor, que se aumenta casi en razon de la oposicion que encuentra.

Al dia siguiente por la mañana fuimos á la capilla de la cámara de los Pares, donde debia celebrarse el matrimonio á las nueve. La primera persona que ví al entrar fué á Mr. de Mortagne. No habia asistido el dia antes á los dichos por no estar prevenido.

Monseñor el arzobispo de Amiens nos hechó las bendiciones. Su alocucion á Gontran fué grave, séria, algo severa, creí que se juzgaba á mi marido por su conducta pasada; casi me llené de orgullo por la especie de conversion que su amor hácia mí iba á efectuar en adelante. Cuando salimos de la capilla, entramos en un salon que nos tenia preparado el señor canciller. Estaba yo junto á una ventana con Gontran y Mad. de Maran esperando á Mr. de Verzac para irnos con él, cuando se nos acercó Mr. de Mortagne.

Ví centellear de cólera los ojos de Gontran.

Atemorizada, lo cogí del brazo diciéndole: Gontran, acordaos de vuestra promesa; pero me desvió con aspereza diciéndome:

—Bueno..... sé lo que tengo que hacer; en seguida adelantándose hácia Mr. de Mortagne, le dijo con voz apagada.

—He aguantado vuestros ultrages y vuestras amenazas, caballero..... he tenido muchas razones para aguantarlas; estas no existen ya, y será preciso que me deis satisfaccion, ahora que Matilde es mi muger.

Mad. de Maran cogió por la mano á Gontran; sus ojos relucieron con una maldad infernal, y dijo á Mr. de Lancry mostrándole á Mr. de Mortagne:

—De aquí adelante el señor debe ser sagrado, inviolable á vuestros ojos, ¿entendeis? diga ó haga lo que quiera, debeis aguantárselo todo.

—¿Debo sufrirlo todo? dijo Gontran, ¿y porqué?

—¿Porqué? dijo con su espantosa sonrisa Mad. de Maran lanzando una mirada de bívora sobre mí y sobre Mr. de Mortagne; debeis aguantarlo todo de Mr. de Mortagne, mi pobre Gontran, por una razon muy sencilla... porque nadie debe batirse con el PADRE DE SU MUGER.

Mr. de Mortagne quedó como herido de un rayo..... Gontran lo miraba con estupor... yo permanecí algunos momentos sin comprender la horrorosa estencion de las palabras de Mad. de Maran... Luego cuando penetraron en mí, pensamientos ardientes como un dardo de fuego, no pude menos de esclamar..... Madre mia!... y me desmayé.....

Algunos años han pasado despues de esta horrible escena, amigo mio, bastantes veces he llorado amargamente pensando en ella; en el dia aun lloro al recordarla. ¡Oh madre mia! madre mia, la mas santa de las mugeres! ¡Oh vos, cuya virtud angelical brillaba con un esplendor tan puro, que el monstruo que causaba vuestra lenta agonía no se atrevió á aventurarse á calumniaros durante vuestra vida! ¡Oh madre mia! Ha sido preciso que vuestras cenizas estuviesen ya muy frias para que un oído sacrílego osase profanar vuestra memoria.....

Tal fué mi infancia, tal mi primera juventud hasta la época de mi casamiento. Mi espíritu está abatido, postrado; todos estos recuerdos me han conmovido tan diversamente, que es preciso descansar un poco antes de referiros el segundo periodo de mi vida.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE.**

---

## SEGUNDA PARTE.

### EL CASAMIENTO.

#### I.

#### LA RETIRADA.

---

Después de la celebración de mi casamiento con Mr. de Lancry ¡cual fué mi admiración al ver, saliendo de la capilla Luxembourg, un coche tirado por caballos de postas! Mad. Blondeau estaba sentada en el testero. El lacayo de Mr. de Lancry abrió la portezuela.

—¿Adonde vamos? pregunté á Gontran.

—¿Quereis fiaros de mi? me respondió sonriéndose.

Subí contenta porque creí que no volvería á ver á Mad. de Maran: su atroz calumnia contra mi madre había puesto el colmo á mi aversión hacia ella.

En vano me había dicho Gontran que no era efecto de malignidad sino de locura las odiosas sospechas que me habían irritado; conocía que me sería imposible de allí en adelante ver á Mad. de Maran.

Partió el coche con rapidez.

Durante tres horas que duró el viaje Gontran estuvo

muy atento y obsequioso conmigo; me habló poco, pero sus palabras fueron á la vez tiernas y graves.

Sentia que para iniciarse en las grandes felicidades era preciso una especie de meditacion melancólica.

Nada hay mas serio ni mas pensativo que la felicidad cuando llega á lo ideal. Me conmovió en extremo la espresion de ternura protectora con que Gontran me miraba á menudo. Nunca he sentido mi alma mas elevada; nunca he tenido inspiraciones tan generosas.

Pensaba con encanto en todos los deberes grandes y piadosos que tenia que cumplir. Contemplaba el porvenir con serenidad y orgullo; esperaba con impaciencia religiosa el momento de probar á Mr. de Lancry todo lo que valia mi corazon.

En fin, al pensar que á fuerza de amor llegaria yo á ser quizás indispensable á la felicidad de Gontran, sentí un momento la embriaguez y el orgullo que la ambicion debe causar á los hombres.....

.....Llegamos á Chantilly.

Estábamos á fines de Abril: el Sol algo opaco derramaba una luz dulce y tibia. Con gran admiracion mia vi entrar nuestro coche en el bosque, costeó las lagunas pintorescas de la Reina Blanca y llegó hasta los bosques que circundan el llano.

Mr. de Lancry me hizo apearse del coche. El criado se lo llevó y quedamos solos con Mad. de Blondeau.

Sonriéndose Mr. de Gontran de mi sorpresa me ofreció el brazo.

Seguimos un sendero perfumado de violetas y claveles: despues de andar algunos minutos llegamos delante de un vallado de pitas, en medio del cual habia una puerta de madera.

La abrió Blondeau y entramos.

Vi una casita y un jardin que hubieran cabido en el salon principal de Mad. de Maran.

Esta casa estaba adornada con mucho gusto; su techo dispuasto en forma de gradas estaba cubiertos de macetas. El jardin lleno de rosales, de eliotropos, de jazmines y de otra infinidad de flores.



Nuestra casa se componia de un solo piso; al entrar se encontraba una salita donde vi con agradable sorpresa mi piano, mi harpa y los libros que me habia dejado el dia antes en casa de Mad. de Maran.

A la derecha habia dos cuartos para mí. A la izquierda estaban los de Gontran, en el fondo del jardin una choza de madera rústica, contenia el cuarto de Blondeau y la cocina.

Pintar la elegancia increíble casi hechicera de este pequeño Eden, seria tan imposible como pintar mi reconocimiento á Gontran, y mi alegría al pensar que íbamos á vivir allí durante algun tiempo.

Mr. de Lancry preguntó riéndose á Blondeau, si seria capaz de hacernos todos los dias la comida.

Mi nodriza, respondió con mucha altivéz, que nos llenaria de admiracion por su modo de guisar, ella debia servirnos sola, mientras estuviéramos en esta casita.

—¿Necesito acaso decirlos cuanto aprecia esta atencion delicada de Gontran?

Apenas eran las tres, me agarré de su brazo para dar un paseo por el bosque.

El sol habia disipado poco á poco las nubes que lo ocultaba; el aire estaba embalsamado; las ojas de las flores verdes aun, se movian con el soplo ligero de la brisa. Pájaros de todas clases gorgojeaban, voleteaban y se buscaban en aquellos árboles magníficos, turbando con sus cantos alegres el silencio profundo del bosque.....

Mi corazon se dilatava con fuerza. Respiraba con ánsia inefable los perfumes y las emanaciones suaves de la naturaleza.

Me apoyé mas en el brazo de Gontran..... andábamos despacio..... apenas trocábamos de vez en cuando algunas palabras distraidas.

Quise acordarme un momento de algunas impresiones de mi primera juventud, cosa estraña! me fué casi imposible. Me representaba lo pasado como vago y oscuro, no me acordaba de nada. Nunca he podido explicarme esta sensacion rara. ¿Seria que la felicidad presente invadia y absorvia mis facultades todas, y me quitaba de la memoria los

días pasados?

Muy luego llegaron á ser tan vivos estos sentimientos que medio cerré los ojos, no pude dar un paso; á pesar mio mi cabeza se apoyó sobre los hombros de Gontran, y junté mis dos manos apoyándolas sobre su brazo.

Gontran, conmovido quizá tanto como yo, se paró, y no turbé este momento de mi embriaguez inefable.

—Perdona, le dije, despues de algunos momentos de silencio, ¿no es verdad que soy muy niña y muy débil? ¿Pero que quieres? tanta felicidad es superior á mis fuerzas... ah! que feliz es inspirar tanto amor.

—Tienes razon, Matilde; porque inspirarlo es lo mismo que sentirlo. A mí es á quien me toca pedirte perdon de mi silencio..... sin embargo, el silencio espresa algunas veces mas que las palabras... dí, Matilde, ¿qué palabras podrian pintar lo que sentimos?

—Ah! es verdad: me parece tambien que la palabra debe callar cuando el pensamiento habla con el alma... pero Dios mio! añadí sonriéndome; quizás te parezca esto muy metafísico y muy ridículo. Mira cuanta razon tienes..... quiero esplicar estas impresiones adorables, y digo locuras. Continuémos nuestro paseo y dejémos á nuestros corazones que hablen en silencio.

El sol caminaba hácia el ocaso cuando entramos en la casita casi sumergida en la sombra, tan poblados eran los árboles que la cercaban. Nos encontramos con placer en la sala la chimenea que habia encendido Mad. de Blondeau, porque aun eran frias las noches de primavera. Cerca de la chimenea estaba una mesa puesta con gusto en el sitio donde debiamos comer. Gontran me confesó que estaba dispuesto á dar un voto de gracias á la cocinera. En efecto, lo merecia porque nuestra comida estaba bien hecha. Nosotros mismos nos servimos. Yo queria prevenir los deseos de Gontran, él los míos; de aquí discusiones en que acababa él siempre por ceder.

Despues de comer, abrió la puerta de la sala, y cojió un sillón donde me senté.

—Ya ves que noche hace tan hermosa.

La luna despedia una luz blanquecina que iluminaba

nuestro jardín y los árboles que lo rodeaban.

En el bosque reinaba el silencio mas profundo..... Las estrellas brillaban por encima de nosotros en la profundidad del firmamento; las flores embalsamaban el aire que respirábamos.

Gontran se sentó á mis pies..... Tenia vuelto hácia mí su hermoso rostro; un rayo de la luna venia á dar sobre su frente y su cabello. Ponia una de mis manos entre las suyas, me miraba con una especie de estasis... raro contraste de nuestra naturaleza. En este momento llegué al apogeo de mi felicidad. Estaba á mis piés el hombre á quien amaba con todo mi corazón. Sin embargo, en este momento se apoderó de mi corazón una tristeza indefinible..... lloré.

Gontran vió mi llanto; bien pronto se arrasaron de lágrimas sus ojos. Incliné mi frente sobre la suya, nuestras lágrimas se confundieron.....

¿Qué diré de aquellos dias afortunados, tan rápidos y tan dulces, de aquella vida de amor y de soledad que Dios quiso rodear con todos sus resplandores, porque hizo un tiempo hermoso?

Cuatro palabras serán suficientes para hacer comprender la amargura de mi pesar, cuando fué necesario abandonar aquella existencia encantadora.

Todas las mañanas despues de haber admirado mi canastilla de jazmines y de electropos que nunca me habia faltado al despertarme, y que Gontran se complacia en cogermé él mismo, íbamos desde muy temprano á pasearnos á pié por el bosque pisando las yerbas empapadas en el rocío, saboreado los perfumes de las plantas aromáticas y viendo á los ciervos y á las ovejas retirarse á la espesura de los cerros.

Cuando el sol principiaba á calentar nos íbamos á almorzar, y despues íbamos á descansar de nuestro paseo á la sala donde echábamos las persianas para gozar del fresco y de la sombra, y durante la fuerza del calor nos íbamos á dormir la siesta. Me sentaba al piano, cantaba con Gontran algunas canciones que tenian para nosotros recuerdos agradables. Otras veces leíamos. Era tan agradable el eco de la voz de Gontran, que era para mí siempre un placer oírle

leer algunos de mis poetas favoritos. Estas ocupaciones estaban acompañadas de largas conversaciones, de proyectos para lo futuro, y de miradas dulces que siempre tenían algún significado; despues, á la hora de comer íbamos á servirnos con tanto gusto y elegancia, como si viviéramos en un palacio lleno de gente.

Daba mucha importancia á los elogios de Gontran; tenia un gran placer en peinarme yo misma, á fin de no deber sino á mí sola los sucesos todos que queria obtener.

Apesar de las buenas disposiciones de Mad. de Blondeau para la cocina, Mr. de Lancry que confesaba francamente su aficion á comer bien, habia hecho venir un cocinero á Chantilly. Todos los dias nos traia nuestra comida en un porta-vianda y Blondeau no tenia mas que servirnos.

Gontran tenia tambien caballos en Chantilly: despues de comer, nuestro birlocho venia por nosotros: íbamos á dar largos paseos por las calles magníficas del bosque, y volviamos algunas veces por la noche mecidos por los pensamientos mas agradables y seductores. El coche se iba y Blondeau nos servia el té.

Ah! que noches pasadas así, con la puerta de la sala abierta y nosotros gozando de todas sus bellezas y silencio interrumpido por el ligero mecido del follage.

Ah! que horas pasadas de este modo, durante las cuales escuchaba á Gontran que me contaba su vida, su primera juventud, los combates de su padre, uno de los héroes de la Vendée, que habia muerto valientemente en las tierras de la Bretaña por su fé y por su rey.

¡Con qué curiosidad tan insaciable hacia yo preguntas á Gontran, acerca de la guerra que habia hecho y de los peligros que habia corrido! Mientras mas penetraba en lo pasado, gracias á mi confianza en Mr. de Lancry, mas convencida estaba de la vanidad é injusticia de las acusaciones de Mad. de Richeville y de Mr. de Mortagne.

Me habian pintado á Gontran como un hombre de un carácter desigual, egoista, duro é incapaz de comprender las delicadezas de un amor sublime..... ¡cuales eran mi alegría y mi orgullo! Lo veia lleno de dulzura, de atenciones, de cariño, y sobre todo, dotado de un tacto perfecto y es-

quisito .....

Tres semanas hacía que duraba esta felicidad.

Una noche tomando el té Gontran me dijo sonriéndose:

—Matilde, tengo que hacerte una proposición.

—Ah! decidmela, decidmela pronto.

Prolongar algún tiempo nuestra permanencia aquí.....

si es que no os desagrada esta soledad.

—Gontran!.... Gontran!....

—¿Con que aceptais?....

—¿Que si acepto? con mucho placer..... cuando volvamos al mundo ¡cuanto tenemos que hechar de menos, cuantos sacrificios tenemos que hacer... y por qué nos hemos de ir de aquí!

—Teneis razon, Matilde, dijo Gontran, hay tantos encantos en esta existencia, y es fuerza dejarlos para echarse en ese abismo que llaman el mundo.

—¿Pero quién nos obliga á ello, amigo mio? ¿Para qué sirve la fortuna sino para vivir cada uno libremente y á su gusto..... Pero no decis esto por bondad hácia mí, Gontran, sois aun demasiado jóven para renunciar al mundo.....

—Pobre niña, dijo Gontran sonriéndose con dulzura; vos si que sois demasiado jóven para privaros de los placeres que apenas conoceis..... prolongad por mucho tiempo esta vida que os parece encantadora y os llegaria á fastidiar y á pareceros monótona.

—Ah Gontran! decís que soy linda..... luego os cansareis de mi belleza.....

—Matilde, que diferencia.....

Unas pisadas y voces de personas desconocidas interrumpieron á Gontran.

Hablaban del otro lado del vallado.

‘Llamaron á la puerta del jardin. Eran las once de la noche: esto me inquietó.

—Voy á abrir, me dijo Gontran.

—Por Dios, tened cuidado.

—No hay nada que temer, toda la noche está rondando el guarda del duque de Borbon.

—¿Quién es? dijo Gontran.

—Soy German, señor vizconde.

Era un palafrenero de Mr. de Lancry. Mi marido abrió la puerta.

—¿Qué quieres?

Un criado del conde Lugarto ha venido en posta, trae una carta al señor vizconde; sabia donde viviamos en Chantilly, y ha venido á buscarnos y á decirme que os presente á S. S. porque corre prisa entregaros la carta.

—¿Dónde está ese hombre?

—Allí detrás de la puerta, señor vizconde.

—Hacedle entrar.

Ví á la claridad de la lámpara que habia en la sala á un hombre bastante alto vestido de camino. No sé porque me pareció siniestra su fisonomía.

Se quitó el sombrero y entregó una carta á Gontran.

Desde que llegó este hombre me pareció notar á Gontran triste y abatido.

Se acercó á la lámpara: tomó la carta y la leyó con rapidéz: noté que dos veces frunció las cejas: me pareció que reprimia un movimiento de impaciencia y de cólera.

Hizo pedazos la carta despues de haberla leído, y dijo al portador.—Está bien: direis á vuestro amo que mañana lo veré en Paris. En seguida dirigiéndose á su palafrenero, añadió. Darás orden á Pedro, de que mañana por la mañana traiga aqui el coche de viage. Nosotros partiremos esta noche para Paris con los caballos y la berlina: cuando llegueis á casa, direis que esté todo listo porque llegaremos en el mismo dia.

Habiéndose marchado los dos criados, dije á Gontran con inquietud.

—Estais triste..... ¿qué teneis?

—Nada, os aseguro que nada..... Un servicio muy importante que me pide un amigo mio que llega de Inglaterra, me obliga ir á Paris antes de lo que pensaba.

—Que desgracia tener que dejar este retiro, dije á Gontran sin poder comprimir mis lágrimas.

—Vaya, vaya..... me contestó con dulzura, Matilde, no seais niña!

—Pero volveremos ¿no es verdad? Esta casita será para

nosotros un recuerdo vivo y sagrado.

—Sin duda, Matilde; pero os dejo; es preciso que partamos mañana desde temprano, porque me precisa llegar pronto á Paris... Debeis dar algunas órdenes á Mad. de Blondeau. Voy á pasearme; me duele un poco la cabeza.

—Permitidme que os acompañe.

—No, no, quedaos aquí.

—Os suplico que me dejéis acompañaros porque estais malo.

No, prefiero estar solo..... dijo Mr. de Lanery con impaciencia. Y se dirigió hácia la puerta del jardin.

—Derramé algunas lágrimas: esta vez eran lágrimas amargas.

—Retirada á mi cuarto esperé la vuelta de Gontran. Volvió una hora despues, se habia estado paseando por el jardin con aire agitado y entró en su cuarto.

---

---

## II.

### LA PARTIDA.

---

Pasé la noche llena de angustia pensando en la inquietud y agitacion que en vano habia querido disimular Mr. de Lancry.

Me levanté al amanecer bastante oprimida de dolor. Quise ver por última vez aquel misterioso y encantador retiro donde habia pasado momentos tan felices.

Ah! ¿era esto un presagio? ¿Tanta dicha debia desaparecer para siempre?.....

El cielo tan despejado por muchos dias, se cubria de negros celages; un viento frio soplaba por entre los grandes árboles del bosque.

La predisposicion del alma es un prisma que colora los objetos exteriores con sus reflejos sombríos ó risueños. Hice una observacion pueril, que me lastimó el corazon.....

Todas las flores que adornaban aquella mansion habian



sido traídas trasplantadas de otra parte para que hiciesen las veces de una decoracion campestre. Poco á poco habian enfermado, y por consiguiente puéstose marchitas. Absorta con mi felicidad; viéndolo todo al través de mi amor, no habia advertido que aquellas plantas se ahilaban insensiblemente; pero en este momento, bajo un cielo pardo, pensando en una partida que me affigia, me afectó dolorosamente este espectáculo.

Apesar mio, hice una vaga comparacion entre los dias felices que acababa de pasar y la existencia de aquellas flores efimeras, sacadas de su pais, sin raices, que en vez de abrirse cada mañana, siempre frescas y vivaces, morian precozmente, despues de haber arrojado un perfume y brillo pasajeros.

Me estremecí..... pensando si debia ser así la felicidad que habia empezado á disfrutar.

Sin embargo, quise librarme de estas penosas reflexiones; las miraba como una blasfemia.

Cogí algunas ramas de eleotropos y de jazmines que resolví guardar siempre; tambien pensaba que era un desatino buscar pronósticos dolorosos en un estado de cosas que yo podia hacer cesar.

Resolví poner un jardinero en nuestra casita para que cultivase las flores que ya de algunos dias á aquella parte se marchitaban.

Reflexionando estravagantemente, hice la observacion de que asi como se cuidaban tan religiosamente los tristes jardines de los sepulcros, ¿porqué no se habia de tener el mismo afectuoso y tierno cuidado con los lugares consagrados por algunos caros recuerdos?

Volví adentro.

Gontran parecia estar mas inquieto que el dia anterior.

Llegó el coche, y partimos.

Ni una palabra me dijo que manifestase su sentimiento por el abandono en que dejábamos nuestro retiro entregado á uno de sus criados; esto me incomodó. Despues de algunos momentos de silencio, me dijo Gontran.

—Matilde, os presentaré mañana á uno de mis mejores y mas íntimos amigos, Mr. de Lugarto, que acaba de

llegar de Londres. Ha dejado á Chantilly para hacerle un servicio muy importante que exige de mí. Lo veremos á menudo; y deseo que lo recibais con agrado.

—Aunque Mr. de Lugarto sea la causa de nuestra precipitada vuelta á Paris, digo sonriéndome á Mr. de Lanery, os prometo olvidar esta grande incomodidad, y recibir á vuestro amigo como deseais; nunca me habeis hablado de él.

—He estado tan distraido y tan absorto con mi amor, replicó Gontran con mucha gracia, que no es raro no os haya dicho muchas cosas..... Habia dejado á Lugarto en Londres; es muy perezoso; escribe raras veces, y yo gozaba de unas compensaciones tan encantadoras que no me cuidé del silencio de este ingrato.

—Pero sabeis, Gontran, que es preciso que ameis mucho á Mr. Lugarto para que asi os hayais sacrificado por él..... Eramos tan felices en nuestro retiro!.....

—Sí, sí, sin duda, pero Lugarto me ha hecho en otro tiempo muy grandes servicios: os lo contaré.

—Oh! entonces, amigo mio, pagais una deuda de reconocimiento, no me quejo; además, tengo un proyecto, y á mi vez, os pediré una gracia que, si me la concedeis, me llenará de contento.

—Hablad..... hablad..... Matilde.

—Pues bien! es preciso que me prometais que vayamos todos los meses á pasar unos dias en nuestra casita de Chantilly.

Gontran me miró como admirado.

—Esta casa no es mia, me dijo.

Mi corazon se oprimió de dolor.

—¿Cómo es eso? le pregunté.

—Nada mas sencillo: tenia encargado á mi agente que me buscara una casa pequeña en Chantilly ó en algun otro parage bien retirado, y que la alquilara para la temporada; encontró esta á un aldeano casi enclavado en el bosque; fui á verla y me pareció muy bonita por su posicion, envié un tapicero, que tiene muy buen gusto, para que la adornase, y bien veis como transformó una espantosa choza en un verdadero palco de ópera. Estaba tambien mejor

porque su dueño con algunas yugadas de tierra dependientes de ella, está á punto de venderla al señor duque de Borbon: así que hayamos sacado lo que dejamos en esa casita, la van á derribar; yo no la habia alquilado mas que por cuatro meses, y nos quedan, segun creo, tres semanas que disfrutarla.

Ay! las palabras de Gontran me trageron casualmente á la memoria mi observacion de por la mañana acerca del brillo artificial de las flores efimeras de nuestro jardin.

Mr. de Lancry me causó sin quererlo, una gran tristeza. Aquel agente, aquel decorador, aquel alquiler..... todas estas palabras vinieron á desvanecer uno á uno todos mis gratos recuerdos.

No era yo sin duda, tan insensata que quisiese olvidarme de las realidades de la vida; pero me parecia que aquel retrete debia quedar cercado de todo su prestigio, de toda su poesia; y de modo que pudiese ser siempre respetado.

No acusaba á Gontran: lleno de la presente felicidad no se habia cuidado del porvenir; pensaba que á nosotras las mugeres nos estaba generalmente reservado el culto de lo pasado.

—Gontran, le dije, estoy llena de orgullo con un pensamiento que no os ha ocurrido á pesar de tener un corazon tan ingenuo.....

—Hablad, mi querida Matilde.

—Es preciso que adquiramos inmediatamente aquella casa y el campillo que la rodea, si es que no está aun vendida al señor duque de Borbon.

—No penseis en ello, Matilde, el principe debe pagar las ganas por esta adquisicion. El propietario nos pondrá las mismas condiciones que al principe! en iguales circunstancias esta clase de gente tiene siempre pretensiones exorbitantes.

—Però aun..... ¿cuanto valdrá?

—Que se yó.... quizás treinta, cuarenta mil francos, ó mas, porque no se puede fijar precio á una cosa en que se pagan las ganas.

—¿Como? ¿No valdrá mas que eso? exclamé muy

alegre.

—Niña, me dijo Mr. de Lancry interrumpiéndome con bondad, puesto que estamos en este capítulo, es menester que hablemos un poco en razon... y de cosas caseras, como se dice; es muy fastidioso, pero muy necesario, y deseo saber si serán de vuestro agrado las cosas que he dispuesto.

—Hablad, amigo mio; pero no desistiré de nuestra casita, á todas horas os hablaré de ella.

Gontran encogió los hombros sonriéndose, me miró y continuó.

—Debeis comprender, Matilde, que nuestra posicion nos obliga á portarnos de un modo conveniente, digno de nuestra fortuna, y que os ponga en posicion de gozar de los placeres propios de nuestra edad.

—Nuestra casita..... es todo lo que desea mi razon.

—Matilde, hablemos con seriedad. Ved aqui como he arreglado la casa: tendremos un mayordomo, hombre de confianza, que nos servirá de administrador, una doncella, un ayuda de cámara, cuatro lacayos para la ante-cámara y...

—Pero amigo mio, os aseguro que en cuanto á mi prefiero reducir esta gente de librea, y conservar nuestro pequẽño paraíso.

—Sed pues razonable. Es preciso, mi querida niña hablar desde luego de los gastos necesarios..... Nuestra caballeriza se compondrá de cuatro caballos de coche, y un cochero para vos, para mí, de cuatro caballos de arnés y de dos ó tres caballos de montar, con sus caballerizos ingleses, dos mugeres para vuestro servicio sin contar á Mad. de Blondeau, un cocinero y una moza de cocina formarán nuestra familia. Perdonadme estos pormenores, mi querida Matilde; pero convenido esto una vez, no volveremos á hablar mas de ello.

—Os escucho, amigo mio; al momento os haré mis observaciones.

—Viviremos el invierno en la casa Rohegune; luego haremos un viage á las aguas ó á Italia, á fin de estar de

vuelta en vuestra tierra de Maran por el mes de Diciembre, época en que volveremos á Paris. Tendreis, si lo quisieris, una noche á la semana para recibir; daremos una comida el mismo dia. Tendreis á vuestra eleccion palco en la ópera y en otro teatro. En fin, si creeis que con mil francos al mes tendreis lo suficiente para vuestro tocador, fijaremos esta suma.

—Amigo mio.

—Una palabra mas, mi querida, y me callo, dijo Gontran sonriéndose.

—Bien veis, que el estado de nuestra casa es muy sencillo; en la posicion en que nos hallamos, no podemos tener menos; disimulad si entro ahora en cuentas. Vuestros bienes ascienden á unos ciento treinta mil francos de renta; con lo que me queda de los míos, podemos contar con una renta de casi ciento setenta mil francos; pero rebajando lo que ha costado la casa de Rochegune, los atrasos y economias que debemos rigorosamente tener de reserva para los casos imprevistos, no debemos contar sino con cien mil francos al año poco mas ó menos. Ahora bien, querida Matilde, con esto no nos sobra ni falta para montar la casa bajo el pie que os he dicho. Bien lo veis, tenemos lo que se puede llamar lo «necesario del lujo» sin sobrante alguno, porque todos los gastos que os he enumerado son absolutamente indispensables.

—Todo lo que hagais lo consideraré siempre muy bien hecho, amigo mio, aunque me parece que se puede vivir siendo muy feliz sin el grande aparato de lo «necesario,» segun decis; pero lo que os agrada, está bien; no quiero ver sino por vuestros ojos, pensar como no sea por vuestro pensamiento. Pero aunque para ello fuese preciso cercenar algo de lo que destinais para mí, quiero... ois, quiero absolutamente mi casita de Chantilly; es, para mí, lo mas indispensable, lo mas necesario, el menos superficial de todos los gastos; este será mi mayor lujo. Iremos temporadas á hacer allí una romería con la sola comitiva de mi pobre Blondeau.

—Vamos, vamos, tranquilizaos, otra vez hablaremos de esto, terquilla, me dijo Gontran con alegria.—Ah! se me olvidaba, será preciso que nuestro tapicero vaya á vuestro

castillo de Maran. Hace veinte años que no ha estado habitado y debe por consiguiente estar muy mal.

—Sin duda..... y despues un castillo, es tan grande..... Escuchad, amigo mio..... reñidme; pero vuestra casita me ha hechizado..... Ah! la primavera de Paris me va á parecer pesada y fastidiosa despues de la que hemos pasado en el bosque!.... Ved, cuan tirana soy; no puedo perdonar á vuestro amigo el sacrificio que habeis hecho por él.

—A propósito de Lugarto, me dijo Gontran, será preciso disimularle ciertas maneras un poco libres, que quizás no son propias de la mejor cultura..... ha estado tan consentido!

—¿Qué quereis decirme con eso?

—Escuchad, Matilde, os voy á trazar con corta diferencia el retrato de Lugarto; asi lo conoceréis cuando os lo presente. Tiene veinte y dos ó veinte y tres años cuando mas; es oriundo del Brasil. Su padre, hijo de un esclavo mulato, fué manumitido desde su infancia, y habiendo sido despues administrador de un gran señor portugués, manejó tan bien ó tan mal los bienes de su amo, que lo arruinó completamente, y adquirió una gran parte de sus riquezas. Tal fué el origen de una fortuna desde el principio considerable, y despues colosal, porque las empresas de minas en la América del Sur aumentaron de tal modo sus bienes que cuando murió Mr. de Lugarto dejó á su hijo mas de sesenta millones.

Mr. de Lugarto, padre, habia vivido en las colonias con el fausto y con la depravacion de un sátrapa. Corrompido enteramente, hacia alarde de un cinismo escandaloso, era tan cobarde como perverso y se contaba que en un acceso de cólera feroz maltrató de tal manera á su muger que murió de sus resultas.

—Ese hombre era un monstruo... exclamé y..... que triste y cruel herencia es su memoria..... su hijo debe lamentarse de ello, no obstante sus millones!

—Tanto mas debe lamentarse, dijo Gontran sonriéndose con amargura, cuanto que su padre le dió los mas horribles ejemplos. Dueño Lugarto á los quince años de un caudal de rey, creció en medio de los escesos y de

las adulaciones de toda especie. A los veinte años sufría todos los disgustos y el fastidio de la vejez, gracias al abuso de todo lo que se compra con el oro; de naturaleza débil, delicada, estragada antes de su desarrollo, no tuvo de jóven mas que su edad, su misma cara, á pesar de sus facciones agradables tenia algo de mórbida, de mustia, de convulsiva que revelaba enfermedades precoces.

Oía á Gontran con estrañeza trazar el retrato de Mr. de Lugarto; su voz tenia un acento irónico, y parecia que se deleitaba en la triste pintura del carácter de aquel hombre.

Estuve por hacerle esta observacion pero no sé que escrúpulo me contuvo: continuó.

—En punto á moral, es Lugarto un hombre muy depravado, sin palabra, sin valor, sin bondad, avituado á despreciar en sumo grado á los hombres, porque casi todos han adulado bajamente su fortuna. Tras de una necia prodigalidad y de una sórdida avaricia, sus gastos no han tenido otro móvil que el orgullo, otro fin que la ostentacion. El procurador mas redomado, no entiende mejor los negocios: él maneja sus inmensos bienes con una sagacidad y se enriquece mas cada dia con especulaciones poco honrosas. Retrato fiel de su padre, la innoble rapacidad del esclavo lucha todavia en él contra la ridicula vanidad del manumiso, todo prueba estas dos naturalezas; su lujo arreglado con severidad, su fausto ostentoso aunque mísero; todo, hasta sus estrepitosas limosnas hechas con indiferencia y sin conocimiento de la desgracia que socorre y que no compadece..... dos llagas incurables emponsoñan sin embargo la opulencia imperial de Lugarto; la bajeza de su origen y el conocimiento de lo poco que vale personalmente. Así pues, por una farsa que no engaña á nadie sino á el, se ha disfrazado con el título de conde, y ha hecho que le pinten no se que ridiculos escudos de armas. Exaltado por la adulacion y por el orgullo, ambas cosas le atormetan; lo sabe él bien, á

su fortuna es á quien se hacen los obsequios; mañana, si llegara á quedar pobre, seria completamente despreciado; entonces su rabia no tiene límites; pero, lo mismo que su padre, Lugarto es tan cobarde como malvado, y se venga de tantas prosperidades acumuladas injustamente en él, maltratando con la mas cruel dureza á aquellos cuya dependencia obliga á soportar sus violencias: las mugeres.....las mugeres mismas no están al abrigo de sus brutalidades.—Pues bien, á pesar de tan odiosos vicios, el mundo no ha tenido para él sino sonrisas; los mas atrevidos se han mostrado con él indiferentes.

No pudiendo contenerme por mas tiempo, exclamé:  
—¿Y cómo os atreveis á llamar á este hombre vuestro amigo? ¿Como podeis sacrificarle vuestros mas caros deseos?..... En verdad, Gontran, no os comprendo.

Mr. de Lancry, vuelto en sí por estas palabras, me miró como desconcertado.

—¿Qué decis, Matilde?

—Os pregunto, ¿que como podeis llamar amigo vuestro á Mr. de Lugarto?.... Jamás consentiré en ver á un hombre tan perverso, tan odioso.... Y despues que por causa suya dejais tan pronto aquel retiro donde viviamos tan felices!..... Gontran, aqui hay algo que no se puede esplicar.....

Mr. de Lancry se repuso de su emocion, y me dijo sonriéndose:

—Escuchad una comparacion bien ambiciosa, Matilde....¿El hombre que logra domar y hacer sociables y sumisos al tigre y la pantera, no contrae amistad con la bestia feroz que ha podido hacer apasible y obediente? Pues bien: aunque este pobre Lugarto no sea un tigre, hay segun creo algo de este sentimiento en mi amistad con él. Si, lo he visto displicente, perverso, altivo con los otros. En cuanto á mi, siempre ha sido bueno, obsequioso, afectuoso. Os lo confieso, Matilde, no he podido menos de apreciar las muchas pruebas de afecto que me ha dado..... y, creedlo, con bastante desinterés. Además, juzgad, pues, cuan desgraciado debe ser; nadie lo ama; no



tiene ni un amigo..... dominado siempre por el temor de no ser buscado sino por sus bienes, tiene conmigo una confianza que no ha tenido con ninguna persona; decidme pues, Matilde, mi corazon.....mi vanidad..... casi diré mi honor, ¿no me prescriben que lo acoja con benevolencia?

Ya conocia bastante la fisonomia de Gontran para haber notado una especie de embarazo cuando me esplicaba la causa de su amistad con Mr. de Lugarto, mientras por el contrario se habia abandonado á un placer manifiesto pintándome el carácter odioso de aquel hombre.

Sin poder justificar mis sospechas, conocia que en ello habia algun misterio; las esplicaciones de Gontran no me aquietaron sino á medias.

Sin embargo, tan grande es el prestigio del amor que reflexionando poco á poco en lo que acababa de decirme Gontran, ví una nueva prueba del encanto que él inspiraba en la influencia extraordinaria que ejercia sobre Mr. de Lugarto.

Si hubiese tenido necesidad de acusarme á mis propios ojos de no haber podido resistir á las raras seducciones de Gontran, me hubiera dicho que debia ceder á esa inevitable fatalidad, puesto que los caracteres mas intratables, los mas altaneros, no habian podido librarse de ella.

¿Qué diré? mi pasion era tan ciega, que Mr. de Lugarto llegó á parecerme quizá menos odioso por haber cedido al irresistible imperio de Gontran.

---

LA VISITA DE BODA.

Mr. de Lancry se habia aprovechado de nuestra ausencia para hacer preparar la casa Rochegune, y la hallamos lista cuando llegamos à ella. Aunque estaba adornada con esplendidéz, no pude vencer un sentimiento de tristeza que se apoderó de mí al entrar en ella. Todo me era nuevo en aquella casa, y lo desconocido siempre me ha incomodado.

Ursula y su marido se habian marchado. Ursula debia ir á pasar el otoño en Maran. Mr. de Secherin la dejaria allí y volveria despues por ella, porque sus ocupaciones no le permitian ausentarse por mucho tiempo.

El dia despues de nuestra llegada, me desperté á una hora regular; tiré de la campanilla y vino Blondeau.

—Ola!.... ¿y mis flores? le dije, no viendo la canas-

tilla de jazmines y de eliotropo que me presentaba todas las mañanas desde que me desposé con Gontran.

—No la han traído, señora.

—Es imposible.

—Puedo aseguraros, señora, que nada han traído..... Vengo de la antecámara.

—Es imposible; te suplico que vuelvas, mi querida Blondeau

Volvió sin flores.....

Fué sin duda una niñería, pero mis ojos se inundaron de lágrimas.

Blondeau lo conoció y me dijo:

—Pero, señora, ayer vinimos, y no puede ser sino un olvido.

Ay! si, no era mas que un *olvido*, y este olvido me desazonaba.

Por una supersticion de corazon, daba una importancia, una significacion estremadas á aquella prueba diaria de la memoria de Gontran. Era una cosa muy sencilla en si, no se trataba sino de mandarlo y ver si lo hacian; y por esto mismo sentia mas una privacion que tan fácilmente pudiera haberme ahorrado.

Viendo Blondeau mis lágrimas trató de consolarme; me confesó que los temores que ella habia tenido de no verme feliz se habian desvanecido, que Mr. de Lancry segun parecia se desvivía por mí, y que no era razonable afectarme tan profundamente por tan poca cosa.

Nunca hubiera acusado á Gontran, contuve mi pena, dije á Blondeau que tenia razon, que estaba loca, que no se debia pensar mas en ello.

Despues pensé que todo esto podia tambien ser una torpeza de nuestros criados..... Esperé al dia siguiente con angustia..... No hubo canastilla.

Para concluir con las flores, desde aquel dia no volvieron á aparecer.

Por nada del mundo hubiera yo hablado de ello á Mr. de Lancry. Despues de la pena que causa el olvido de ciertos agasajos, nada hay mas doloroso, mas humillante para

el corazón que reclamar contra ellos.

Aunque sufrí cruelmente, y largo tiempo por una puerilidad insignificante en la apariencia, escusaba á Gontran á costa de mi exagerada y desatinada susceptibilidad.

Le agradecía haber á lo menos puesto una especie de transición á un olvido tan cruel para mí.

¡Cuántos hombres al día siguiente de su casamiento sustituyen de repente una especie de indiferencia indolente y egoísta á los agasajos, á los galanteos de la víspera!

Insensatos! para evadirse de algunas gratas incomodidades, para vivir lo que ellos llaman *sin sujecion*, no saben de que hechiceras delicias se privan para siempre! no comprenden que el matrimonio llega á ser una existencia monótona, insignificante, á veces intolerable, faltando aquella continuidad de esquisitos obsequios, de graciosas coquetearias, de regalos encantadores y misteriosos!

No comprenden que de esas atenciones tan fútiles en la apariencia depende á veces la felicidad, el reposo de la vida.

No conocen en fin á que lastimera humillacion reducen á una muger, desde el día en que la fuerzan á preguntarse á sí misma si su título de esposa es el que le ha acarreado este cambio tan repentino. No conocen de cuan generosa resolucion es preciso que esté dotada una muger para no hacer una comparacion fatal entre los atentos miramientos de las personas que nada le tocan..... y la negligencia del que debe ser todo para ella.....

Ayl sé que á las mugeres se le hecha en cara que, sintiendo muy vivamente estas indiferencias, dan una importancia desmedida, ridícula á cosas pequeñas, á *bagatelas*; y sin embargo, estas bagatelas bastan casi siempre para la felicidad de las mugeres!

Por esas bagatelas se consagran ciegamente, con orgullo y contento!

Por esas bagatelas olvidan á veces las privaciones, las penas, las grandes desgracias que las atormentan, porque semejantes bagatelas les prueban que son muy amadas, y hay dos cosas que siempre las lastiman de un modo horrible,

la indiferencia y el desden.

Y luego puesto que los hombres, con su gloriosa capacidad, tratan de niñería lo que tanto vale para nosotras, ¿es bien generoso en ellos tan sabios, tan poderosos, negarnos algunos obsequios que les costarian tan poco, y que serian para nosotras á lo menos un pretesto para amarlos adorablemente?

Esta larga disgresion era quizás necesaria para haceros conocer cuanto debia sufrir por el olvido de Gontran. Esta fué la primer pena que me causó...

Este dia, tan desgraciado en su principio, debía serme funesto.

Despues de almorzar, Mr. de Lancry me enseñó la lista de las visitas de boda que teniamos que hacer, y me dijo:

—Me ha parecido escusado poner aquí á Mad. de Maran, porque es natural que empezemos por ella.

Miré á Mr. de Lancry como pasmada.

—¿Mi tia? No penseis en ello, amigo mio.

—¿Cómo es esto?

—¡Ir yo á su casa, yo!

—Pero en verdad, Matilde, no os comprendo.

—No me comprendéis..... Ah!..... Gontran!

—Bueno..... ya estoy..... ¿pensais aun en aquella calumnia insensata contra vuestra madre? Hemos convenido en que era una tontera. Es preciso apreciar á las gentes por lo que valen... si no tuviese á quien calumniar, vuestra tia murmuraria de sí misma, es una enfermedad moral á que se debe tener tanta lástima como á una enfermedad fisica..... Me mirais como pasmada..... sin embargo nada es mas sencillo... ¿dareis la menor importancia á las palabras de un loco?..... No, sin duda, ¿no es así? Pues bien, haced lo que yo... Olvidad aquellas necias palabras dictadas por el extravio del odio; la noble memoria de vuestra madre es superior á semejantes calumnias.

Mi corazon se destrozaba; no tuve fuerzas para decir una palabra, exclamé deshecha en lágrimas, porque desde por la mañana las estaba comprimiendo.

—Jamás..... jamás pondré los piés en casa de Mad.

de Maran..... os lo suplico, no insistais en ello..... me sería imposible.

—Calmaos, Matilde, calmaos..... debeis creer que no os pido mas que lo justo, lo necesario..... No exijo que veais frecuentemente á vuestra tia, sino que la veais algunas veces.

—No, os digo que la vista de esa muger me quitará la vida..... Me horroriza.....

—Esas son exageraciones, mi querida Matilde. Reflexionad una cosa: él mundo no podrá comprender vuestro repentino rompimiento con una parienta que os ha criado..... y que ha hecho nuestro casamiento. Esto lo sabeis, Matilde..... Se harán comentarios..... suposiciones..... Preguntarán á vuestra tia..... Esta, picada de vuestra conducta será capaz de esplicarlo á su modo..... Vos, yo..... y.... Mr. de Mortagne, añadió pronunciando este nombre con esfuerzo, somos los solos que hemos oido las necias y perversas palabras de Mad. de Maran; guardaos de irritarla; podria repetir á otros lo que quedará siendo un secreto entre nosotros..... y á pesar de su intachable pureza, la memoria de vuestra madre.....

—Y sois..... vos, Gontran, quien me propone eso!... ¿Qué me importa el mundo?..... ¿y qué me importan las malignas falsedades de Mad. de Maran?..... ¿Creeis que si se me pregunta dejaré ignorar la razon que he tenido de romper con ella para siempre? No, no..... La mayor venganza que se puede tomar de los calumniadores es publicar sus calumnias, y destruirlas así á costa de su deshonor! Ah! no temais nada, Gontran, la noble memoria de mi madre puede desafiar todos los ruines ataques de Mad. de Maran. Todas las personas honradas me darán la razon cuando les diga porque no quiero poner los pies en casa de esa horrible muger.

—Matilde: hablais como una niña tierna y apasionada; esto no es nada raro, porque no conoceis el mundo. Creedme, al presente la memoria de vuestra madre me es tan sagrada como á vos; y para conservarla pura de toda mancha es por lo que, á pesar de vuestra repugnancia, in-

sisto absolutamente en que visiteis de vez en cuando á Mad. de Maran. Además, esto es necesario, indispensable..... ¿me entendeis?

Al pronunciar estas últimas palabras, la voz de Mr. de Lancry, hasta entonces suave y afectuosa, tomó una espression mas firme, y Gontran contrajo ligeramente las cejas. Temí haberlo incomodado con mi resistencia; lo sentí; pero lo que él exigia de mí, quizás con razon, me parecia superior á mis fuerzas.

—Perdon, perdon, amigo mio, le digo, tened piedad de mi flaqueza..... No puedo..... lo repito; por nada del mundo..... volveré á ver á esa muger..... En nombre de nuestro amor, Gontran..... no exijais eso de mí..... No lo podré hacer.

—Os aseguro, Matilde, que lo podeis..... Es un sacrificio, un gran sacrificio..... lo concedo..... os lo pido.

—Gontran, por piedad.

—Os digo que esto es necesario, y que lo hareis.

—Pero, Dios mio! Dios mio! no sabeis lo que es que...

Mr. de Lancry, me interrumpió con violencia contenida hasta entonces, y exclamó dando con el pie un golpe en el suelo.

—Bien se lo que es! por haber aguantado las horribles infamias, las insolentes bravatas de Mr. de Mortagne... por haber sido insultado en presencia de vuestra familia y de la mia; por haber reprimido mi cólera y mi deseo de venganza; en fin por haber, por respetos á vos, consentido en no obligar á aquel hombre á que me diese satisfaccion aunque se atrincherase con la proteccion que os dispensaba. Pues bien! porque sabeis cuanto me ha costado esto... os pido en pago que hagais lo que creo propio de vuestro severo deber..... Una vez no mas, señora, tan blando como me vereis para acceder todos vuestros deseos arreglados, tan duro me encontrareis cuando se trate de ceder á un capricho.

—Un capricho!..... Gontran..... Dios mio!..... un capricho!!!

—La exageracion de un sentimiento muy laudable os impide juzgar imparcialmente esta cuestion.

—Pero mi corazon se resiste..... á mi pesar: ¿qué puedo hacer?

—Ahora bien! puesto que las razones, puesto que las súplicas no pueden nada con vos, dijo Mr. de Lancry encolerizado, os declaro que sino consentis en aacompañarme á casa de Mad. de Maran, descubriré donde vive Mr. de Mortagne, conozco su valentia, sé que no obstante su resolucion de no batirse, hay ultrages que no sufrirá..... y si me forzais por vuestra repulsa... yó.....

—Ah! esto es espantoso... Gontran... iré á casa de Mad. de Maran, dije llorando y tomando la mano de mi marido entre las mias casi con susto, y como para sacarlo de un gran peligro.

Llamaron á la puerta de la sala en que estábamos, y me retiré á mi alcoba enjugándome las lágrimas.

Oí que un ayuda de cámara anunció á mi marido que el señor conde de Lugarto lo esperaba.

Gontran vino á buscarme, cambió de tono, me habló con ternura, y me dijo que le avisase cuando podia traer á Mr. de Lugarto, pues queria presentármelo.

—Estoy llorando, le dije, por favor dejad por ahora esta visita.

—Pronto, pronto, enjugaos esos bellos ojos, me dijo Gontran con aparente alegría, y os traigo aquí en seguida á mi tigre domado. Mientras os reponeis, voy á hacerle admirar nuestra casa, y mandaré á preguntar si podeis recibirnos.





#### IV.

#### MR. DE LUGARTO.

Me enjugué las lágrimas, y aguardé esta imperiosa presentación.

Ni un solo momento tuve queja de Gontran. Creía que él veía las cosas desde un punto de vista, y yo desde otro; creía no tener razón, y por consiguiente debía someterme.

El solo pensamiento de un encuentro entre Mr. de Mortagne y Mr. de Lancry me llenaba de susto. En fin, tanto entonces como después, pensando en el cruel sacrificio que iba á hacer á Gontran, pensando en todo lo que iba á sufrir en presencia de Mad. de Maran, me consolaba con la idea de que mi resignación complacería á mi marido.

Desde luego comprendí el siguiente terrible principio tan verdadero que parece una paradoja:

«Cuando una muger ama apasionadamente..... las ór-

denes mas injustas... el mas bárbaro trato, lejos de disminuir su amor..... lo aumenta; besa devotamente la mano que le hiere, así como los mártires, en su doloroso enagenamiento, dan gracias al Señor por los tormentos que les impone».....

Vinieron á preguntar de parte de Mr. de Lancry si podia recibirlo con Mr. de Lugarto. Hice que se le respondiera que viniese cuando gustare.

Pocos instantes despues entraron Gontran y su amigo.

El retrato que mi marido me habia hecho de este último, me pareció exacto.

Mr. de Lugarto era alto y delgado, estaba vestido con mas cuidado que gusto. Se notaban en sus facciones, aunque agradables, el tipo primitivo de su raza, tenia el color cetrino, la nariz aplastada, los ojos verdosos y los cabellos negros y broncos.

Su fisonomia enfermiza tenia una espresion de capacidad, de astucia y de maldad que se me resistió desde luego.

—Mi querida amiga, permitidme que os presente á Mr. de Lugarto, el mejor de mis amigos.

Lo saludé sin poder encontrar una palabra que dirigirle.

—Lancry me habia dicho que erais encantadora, pero veo que sus elogios se han quedado atrás de la realidad, me dijo Mr. de Lugarto con una especie de libertad protectora y familiar.

Nada le respondí.

Gontran me hizo señas de estar impaciente, y se apresuró á decir á su amigo sonriéndose:

—Yo que no tengo la modestia de Mad. de Lancry, yo que me alegro de sus felicidades, como si fuesen mias, os confieso, mi querido Lugarto, que me es muy agradable vuestro voto.

—Y teneis razon, querido mio, bien sabeis que yo no me entusiasmo tan fácilmente. Os juro pues, que no he visto persona mas seductora que vuestra esposa..... esto es lo que siento. Os diré tambien con la misma franqueza que es muy peligroso para vuestros amigos ver semejante tesoro...

—Ah! mi querido Lugarto; cuidado con la exagera-

cion; habeis empezado tan bien! dijo Gontran algo turbado con mi silencio.

Estaba como en un tormento, no obstante, haciendo un esfuerzo, dije á Lugarto con mucha frialdad.

—¿Acabais de llegar de Lóndres, caballero?

—Si, señora; fuí á las carreras de caballos de la primavera.

—Ved, aqui, mi querida amiga, uno de los habituales vencedores de Epsom y de Darby. Los caballos de Lugarto son célebres en Inglaterra, se apresuró á decir Gontran para enredar la conversacion.—¿No hareis venir algunos para las carreras del bosque de Koloña y del Campo de Marte?

—Callad... vuestros caballos franceses no merecen la pena de que uno los monte; no los podeis tener para hacer grandes apuestas, dijo desdeñosamente Mr. Lugarto.—Dirigiéndose á mí: pasado mañana por la mañana hay baile en la embajada de Inglaterra; id á él, allí se hallará todo lo mejor de Paris..... Estará escelente, sobre todo si vos asistis.

—Ignoro, caballero, si Mr. de Lancry tiene intencion de ir á casa de la señora embajadora de Inglaterra.

—Ah ya! ¿querido mio, conque sois un tirano... vuestra esposa espera vuestras órdenes para saber donde debe ir? Y volviéndose á mí Mr. Lugarto añadió:—Creedme, en materia de diversiones, haced lo que mejor os parezca; poned inmediatamente á mi querido Lancry en el buen camino. No hay cosa mas desagradable que estos diablos de maridos cuando una vez se hacen á malas mañas.

Miré á Gontran, y respondí á estas ridículas vulgaridades dichas con la mas estravagante seguridad con estas palabras.

—¿Se ha abierto ya el Museo, caballero? á fin de hacer conocer á Mr. Lugarto con tan intempestivo cambio de conversacion que no me agradaban sus chanzas de tan mal gusto.

Mr. Lugarto, habituado sin duda á otra acogida, parece se picó, y dijo á Gontran:

—Querido, jugamos á los despropósitos con Mad. de Lancry, le hablo de la tiranía de los maridos, y me respon-

de con una pregunta acerca del Museo.

—Es porque en efecto, mi querido Lugarto, vuestra conversacion deslumbra mucho; habeis nacido tarde, debiais haber venido al mundo en tiempo de la regencia; y tambien, mi querida amiga, me dijo Gontran, no se debe juzgar á Lugarto por sus palabras, vale mucho mas que ellas, pero está acordado pasárselo todo..... lo han consentido tanto..... vamos, vamos, me encargo de hacer la paz con Mad. de Lancry.

—Sentiria haberos desagradado por una indiscrecion, repuso Mr. de Lugarto con sonrisa contraida; sin decirme «señora», especie de familiaridad que le era como habitual, y que me parecia no ser lo mas decente.

Estuve á punto de responderle alguna cosa mas dura, pero me contuve, y le dije. Me ha parecido que os dais demasiada prisa tener conmigo la intimidad que os une á Mr. de Lancry.

—Es porque, como sabeis, todos se apresurarán á gozar de las ventajas que desean, y espero que por eso mismo me dispenseis, me dijo Mr. de Lugarto sonriéndose de una manera convulsiva; luego me lanzó una mirada ceñuda y fria que casi me causó miedo.

Mi instinto me dijo, que en pocos minutos acababa de grangearme un enemigo.

Mi marido parecia estar incómodo; queriendo entablar segunda vez la conversacion que corté á fin de que concluyese la visita lo mas pronto posible, pues me era insostenible. Gontran dijo á Mr. Lugarto, cuya impertinente serenidad en nada se habia turbado.

—¿Habeis visto el invernáculo que da á la habitacion de Mad. de Lancry? vos que sois un gran aficionado á flores, es menester que nos deis vuestro parecer. ¿Quereis venir, Matilde?....

Iba á negarme á ello, obedecí á un imperioso gesto de Gontran: lo acompañé en el pasadizo que comunicaba con el invernáculo.

—Esto está muy mal arreglado, exclamó Mr. de Lugarto, despues de haberlo examinado. Vuestro arquitecto

no lo entiende. Está labrado sobre una bóveda; pasando el frío por encima, nunca habrá en él una temperatura conveniente. Estos son los franceses... quieren remedar la opulencia, y están reducidos á un lujo económico.

Mr. de Lancry se sonrojó, pero hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y respondió.

—Sois demasiado severo para con Mr. de Rohegune, el antiguo dueño de esta casa, mi querido Lugarto, porque cuando vinimos aquí ya estaba hecho este invernáculo.

—¿Rohegune?... ¿Rohegune?... dijo Mr. de Lugarto, lo conozco muy bien; lo he visto en Nápoles. Entonces era yo amante de la condesa de Brandini... Rohegune me la quitó, pero no gozó mucho tiempo de su triunfo..... Por medio de ciertas cartas falsificadas..... y bien sabéis que imito toda clase de letra á las mil maravillas, el marido...

—Amigo mio, aquí hace mucho calor, dije á Mr. de Lancry interrumpiendo á Mr. de Lugarto, cuyo cinismo me chocaba, ¿quereis volver á la sala?

—Perdonad, me dijo Mr. de Lugarto; queria con corta diferencia tomar la medida de este invernáculo con mi baston; quiero enviaros algunas magníficas granadillas del Brasil y otras plantas muy raras que he encargado á Holanda, y es menester ver si estarán bien aquí.

—Caballero, os doy gracias..... Me bastan las flores que hay en este invernáculo.

—Pero son horribles las tales flores! siempre serán del gusto de Mr. de Rohegune; cuando se tiene una cosa, es menester tenerla completa..... Escuchad, Lancry, yo, por ejemplo, quise este invierno hacer buscar plantas equino-ciales en Holanda; ¿qué hice? Mandé construir un grande carro cubierto con vidrieras y dispuesto como un invernáculo con una pequeña estufa de vapor; se arregló todo tan perfectamente, que aunque el carro vino en posta del Haya, ni uno de los vidrios se rompió, dos jardineros acompañaban aquel invernáculo ambulante en un carruage que lo seguia; todo llegó como por encanto.

—En efecto fué una idea muy ingeniosa, dijo Mr. de Lancry, teneis mucha invencion, Lugarto.

—¿Qué quereis? no basta tener dinero, es preciso tambien tener talento para emplearlo convenientemente... hay tantas personas que no saben ni aun gastar el caudal que no tienen.

—Gastar cuándo no se tiene, hablais enigmáticamente, mi querido Lugarto.

—Ah! ¿creeis, mi querido Lancry?

Me pareció que Gontran y su amigo se cambiaron una estraña mirada durante un silencio de algunos segundos.

Mi marido rompió primero el silencio, y dijo sonriéndose y como cortado:

—Os comprendo..... en este sentido, teneis razon..... Pero, si quereis volveremos á la sala. Temo efectivamente que el calor haga daño á Mad. de Lancry.

Mr. Lugarto acabó de medir la altura de la pared con su baston, y dijo:

—Mis granadillas prevalecerán aquí perfectamente; les añadiré algunas otras plantas muy raras para que se enreden en ellas. A lo menos tendreis un invernáculo muy adornado. Es verdad que está tan mal construido el vuestro, que todo se perderá; pero esto se remediará, y me proporcionará la ocasion de renovar vuestras flores mas á menudo.

—Volvimos á la sala.

Creí que se habia acabado esta interminable visita, pero no fué así: Mr. de Lancry hizo ver á Mr. Lugarto una hermosísima vista de Venecia, de un pintor moderno, y le dijo:

—Vos que sois inteligente, ¿qué pensais de ella?

—No está mala. ¿Os ha costado mucho?

—No, este cuadro entró en la cuenta de la casa.

—Ese es el mejor modo de comprar las pinturas, porque esta canalla de artistas afamados, os las hacen pagar doble de su valor cuando se les encargan, y saben que es uno rico... Cuando jóven, era yo demasiado tonto y les pagaba adelantado; así sucedia que muchas veces me costaba trabajo recoger mi pintura... Y qué pinturas!.... Comido ya el dinero, no se incomodaban por lo demás..... Ahora, franco..... franco, las pago si me gustan, sino las hago re-

tocar, rehacerlas y rehacerla hasta que me parecen bien. A lo ménos así no soy robado.

Esta brutal insolencia me indignó, y no pude menos de decirle:

—Caballero... me descubris una dolorosa falta de talento que ignoraba yo del todo... ¿y hallais artistas?

¿Si los hallo? y de los mas famosos... Me abruman con sus necedades cuando voy al taller; me piden mi parecer hasta de las pinturas que no son para mí, y me escuchan por obsequiarme. En verdad no sé que es lo que no haria esta casta de gente por algunos billetes de mil francos. A esta clase de gente no se le gana mas que con dinero.

Me fué imposible contenerme mas; me acordé de lo que me habia dicho Gontran acerca de la rábia de Mr. de Lugarto por no tener ni conocimientos, ni valor personal, y dije á Mr. de Lancry.

—Ay Dios! amigo mio, lo que este caballero nos dice me recuerda una historia interesante de *un grande artista* y de *un gran señor*, que se le ha oido contar varias veces á vuestro tio el duque de Verzac. Se trataba de Greusse y del duque de Penthiebre; ¿no os ha hablado nunca de ella?

—No, al menos no me acuerdo, me dijo Mr. de Lancry.

—Contádnosla; téngo algunos cuadros de Greusse, y me interesará, dijo Mr. de Lugarto.

—Ved aquí, respondí dirigiéndome á Gontran, lo que me ha contado vuestro tio. El duque de Penthiebre gustaba apasionadamente de las artes; las protegía como un gran señor digno de comprender que la antigua ilustracion de la especie y el genio se tocan, de lo cual resultan esas magníficas ventajas que solo la historia ó Dios nos dan, y que todos los tesoros del mundo no podrían adquirir ni reemplazar..... Miré á Mr. de Lancry, que se sonrojó de despecho, y continué. El duque de Penthiebre tenia gran amistad con Greusse. Bien sabeis que la inagotable bondad de este excelente príncipe igualaba á la superioridad de su alma, á su delicadeza y á una gracia escelente; cuando fué á ver los primeros cuadros que Greusse hizo para él, y que los remu-

neró con una liberalidad propia de un rey, dijo al gran pintor con aquel modo encantador propio de los grandes.

Mi querido Greusse, encuentro admirables vuestros cuadros; pero tengo que pedir os una gracia.

—Monsieur, estoy á vuestras órdenes.

—Pues bien, dijo el príncipe con una especie de perpiedad tímida y como si hubiese pedido un favor, pues bien!.. quisiera que pusieseis con vuestra mano al pie de estos cuadros:—DADO por Greusse á su amigo el duque de Penthiembre.—La posteridad sabrá que he sido amigo de un gran pintor.

—Confesad, dije á Gontran notando con alegría que habia acertado el tiro, y que Mr. de Lugarto no podia disimular su incomodidad, confesad que no hay nada mas delicado, ni mas excelente que la conducta del príncipe.

—Si en efecto... es excelente, dijo Mr. de Lancry con alguna turbacion, haciéndome una seña de estar impaciente y mostrándome con la vista á Mr. de Lugarto que, con los ojos bajos mordía el puño de su baston.

A pesar de mi deseo de complacer á Gontran, continué:

—No es verdad, amigo mio, que esto ensalza á la vez al grande artista capaz de inspirar semejante sentimiento, y al verdadero gran señor capaz de sentir y manifestar asi la amistad?

Gontran trató de interrumpirme haciéndome algunas señas; pero estaba muy enojada con Mr. de Lugarto para resistir al placer de mortificarlo.

Lo logré; lo conocí en la palidez de aquel hombre y en otra mirada ceñuda y fria que llegó á mi corazon tan pesada como el plomo.

Mr. de Lugarto, sin embargo, no se turbó, y repuso con una imperturbable seguridad:

—No sabia esa historia del duque de Penthiembre; es muy linda, pero no me conviene. Prefiero no pasar por bobo á los ojos de los artistas, á tomarme el trabajo de ser delicado con ellos. Pero, ahora que me acuerdo, tengo justamente una vista de Nápoles, de Bonnington, que hará buen juego con vuestra vista de Venecia, mi querido Lancry; os



la enviaré con las flores que he prometido á vuestra esposa.

—Os suplico, mi querido Lugarto.

—Vamos... haceis cumplimiento, entre amigos, por un miserable cuadro ¿qué importa eso?

—Soy de vuestro parecer, no se deben dar gracias entre amigos por un cuadro. Permitidme pues que os envíe mi vista de Venecia que hará tambien buen juego con vuestra vista de Nápoles.

—A fé mia querido, he sido preso en mis propias redes, acepto con tanto mas gusto cuanto que este cuadro estaba en la habitacion de Mad. de Lancry. A la noche, querido mio, os veré un momento en el club. ¿No es asi?

—No sé; tengo que hacer muchas visitas con Mad. de Lancry.

—Sí... sí... os veré..... estoy seguro de ello... Sabeis porque.....

—Ah! si... se me olvidaba, teneis razon. Esta noche, pero un poco mas tarde, respondió Mr. de Lancry algo turbado.

Aunque esta costumbre inglesa apenas estuviese extendida en el mundo, me chocó aun menos que la audacia de Mr. de Lugarto.

En vez de tomar la mano que me ofrecia correspondí con un saludo muy frio.

—¿Resueltamente no quereis hacer la paz? Vamos, querido mio, vuestra esposa me declara la guerra, dijo Mr. de Lugarto á Mr. de Lancry. Pues bien; no tiene razon porque concluirá por reconocer que yo valgo mas que mi reputacion..... Este es un reto, tened cuidado, querido mio, quizás me veré forzado á obsequiar á vuestra esposa para hacerla salir de sus preocupaciones..... Bien veis que no soy traidor, Lancry, pues os lo prevengo.

—Siempre sereis el mayor loco que he conocido, le dijo Gontran conociéndole y tomándole por el brazo.

Quedé mas sorprendida aun de la paciencia de Gontran que de la insolencia de este hombre. Procuraba penetrar cual podria ser el secreto de la influencia que ejercia sobre Gontran, cuando este volvió.

Por primera vez ví en sus bellas facciones una espresion de cólera que las desfiguraba.

—Ay Dios! señora, gritó cerrando violentamente la puerta, no os habia visto poner en ejecucion aquella maldad de que tanto habia oido hablar en el mundo! Pero hubiérais podido, me parece, no haber elegido por víctima á mi mejor amigo. Cada palabra vuestra no podia haber sido mas larga y pérfidamente calculada para herirlo cruelmente. Ayer, os dije en confianza que Lugarto sentia amargamente no ser gran señor y no tener otro valor que el de sus millones, y vos os estendeis complacientemente en las ventajas de la aristocracia del nacimiento y del talento! á pesar de su aire de risa, ha salido furioso..... lo conozco bien... está furioso, os digo.

—¿Cómo, amigo mio, lo defendeis?..... vos..... vos! que me hechais en cara haberle hecho sentir todo lo que tenían de insultos sus modales?

—Señora, os previne que tenia unas maneras quizá muy familiares, y que os agradecería que las dispensárais en favor de la amistad que me une á él; veo con pena que, á pesar de mis recomendaciones, haceis todo lo posible por irritarlo, porque, os lo repito, está muy irritado.

—¿Pero qué os importa la cólera de Mr. de Lugarto?

—Me importa no perder un amigo... un amigo íntimo, al cual estoy sinceramente unido..... ¿Me entendéis, señora?

—¿Amais á este hombre, Gontran?... Quisiera creerlo, y no puedo..... No hay conexion alguna entre la nobleza de vuestros sentimientos y la groseria de Mr. de Lugarto... Y despues, no sé... pero cuando hablais de la amistad que le teneis... vuestras facciones se contraen... vuestra palabra no es dulce..... y se diria que se trata de un sentimiento todo al contrario.

Estas palabras, que dije casi á la ventura, parece produjeron un efecto terrible sobre Mr. de Lancry. Dió una patada en el suelo, y gritó temblándole de cólera los labios:

—¿Qué entendéis de eso, señora? ¿Qué entendéis de eso?

Asustada, me faltó el ánimo, me deshice en lágrimas, y dije á Gontran,

—Perdon, amigo mio, perdon, no ha sido mi ánimo decir cosa que os pueda lastimar, no puedo comprender...

—No se trata de comprender; se trata de obedecer sin interpretar mis palabras, sin escudriñar mis sentimientos secretos; si os digo que Mr. de Lugarto es mi amigo, os mando que lo trateis como tal, debeis creerme y obedecerme sin racionar ni reflexionar.

—No os enojeis, Gontran..... os obedeceré; dejadme que os diga que me cuesta mucho; en este dia me habeis mandado dos sacrificios bien crueles; volver á ver á Mad. de Maran y admitir en nuestra intimidad un hombre cuyo caracter y cuyas maneras deben inspirar una grande aversion á todos los que como vos no escusan á Mr. de Lugarto por una indulgente amistad.... Además, amigo mio, porque el sacrificio que hago es penoso, no creais que faltaré á mi promesa..... Mientras mayores sean las pruebas de afecto que me pidais, mas serán testigos de la vivacidad de mi amor.... Perdonadme, amigo mio.... la perplegidad que he manifestado. Ahora haré todo lo que quisierais sobre este asunto.

La cara de Mr. de Lanery habia poco á poco recobrado su habitual espresion apacible: solo parecia apesadumbrado. Me tomó la mano, y me dijo bondadosamente:

—A mí me toca, Matilde, pedir os perdon de mi violencia.... Pero una vez por todas, creed..... oh! creed bien que no pido nada que no sea indispensable á vuestra felicidad... No me atrevo á decir á la mia.

Ah! amigo mio! esta razon es la sola que debe invocarse; ella será siempre suficiente para decidirme.

Vinieron á anunciar á Gontran que el coche estaba listo, y salimos para ir á hacer visita á Mad. de Maran.



**V.**

**LA PRINCESA KSERNIKA.**

Mr. de Lancry no me habló una palabra en el tiempo que hechamos en llegar á casa de Mad. de Maran; parecía estar pensativo, abatido.

Así que el coche paró delante de la puerta, me faltó el ánimo, y supliqué á Gontran que al menos dejase la visita para otro día, pero me respondió con un gesto de impaciencia.

Ví algunos coches en el pátio, y casi me alegré; me parecía que así me sería menos penosa la primera entrevista con mi tía.

Cual fué mi sorpresa al entrar en el salon y encontrar en él á Mr. de Lugarto. Ví tambien á la princesa Ksernika que estuvo en la representacion de Guillermo Tell, en el palco de los gentiles hombres de cámara, cuando fuí á la ópera con Mad. de Maran.

Buenos días, mi querida hija, me dijo mi tía con el tono mas afectuoso del mundo, levantándose para abrazarme.

Temblé de miedo, y estuve por rechazarla; pero me hizo resignar una mirada de Gontran.

Está mucho mas hermosa, dijo Mad. de Maran, examinándome con atencion. Esto es muy sencillo... la felicidad sienta bien. Gontran sabe mejor que nadie prodigar este adorno. Dirigiéndose despues á la princesa Ksernika: permitidme que os presente á Mad. de Lancry, mi sobrina, mi hija adoptiva.

La princesa se levantó y me dijo con mucha gracia.

—Ya empezábamos, señora, á tenerla por bastante egoista; pero se le vituperaba sin duda porque se le tenia envidia.....

Saludé á la princesa y me senté junto á ella.

Era esta una jóven linda, de buena estatura, delgada, de hermoso talle; sus facciones muy regulares tenian casi siempre una espresion altiva; comunmente tenia medio cerrados sus grandes ojos un poco cargado. Esta costumbre, unida al genio imperioso que se manifestaba en el modo de tener la cabeza, le daba un aire mas bien displicente que digno... Aunque polaca, hablaba nuestro idioma sin el menor acento, pero con una especie de flogedad y de lentitud casi asiáticas; aunque era muy elegante, cuidaba mas de su aderezo que de su persona.

Apenas me senté junto á la princesa, vino Lugarto á ponerse detrás de mí en una silla, y me dijo:

¿Estais todavia enojada?.... ¿Quereis todavia la guerra? Y dirigiéndose á la princesa mostrándome con la vista, añadió:

—Princesa, decidle que gano en ser conocido, y que vale mas tenerme por amigo que por enemigo.

Me sonrogé de despecho; no me atrevia, por no desagradar á Gontran, á responder con dureza, y guardé silencio.

La princesa respondió con su voz languida, y mirando con altivéz á Mr. de Lugarto por encima del hombre.

—¿Vos?.... Me seria igual teneros por amigo ó por enemigo, porque no creeria en vuestra amistad, ni temeria vuestra enemistad. Sabed que no comprendo porque tanto los

hombres como las mugeres, toleran vuestros modales audaces y ordinarios.

—Es un secreto mio y no lo sabreis.

—Vais á hacerme creer en algun poder... sobre natural ¿no es así?

—Puede ser.

—Sois un loco!

—Soy loco! Bien! ¿quereis que os haga poner colorada hasta en el blanco de los ojos, y despues perder el color mas de lo que quisieseis?

Lugarto se sonrió algunos momentos con la sonrisa perversa y convulsiva que le era peculiar..... Leía yo en sus ojos empapados la espresion de una alegria maligna; y dijo pausadamente fijando por algun tiempo los ojos en la princesa:

—Soy tan ignorante como un salvage, es verdad; pero hay cosas que nadie en el mundo mas que yo las puede saber, porque se necesita mucho dinero para comprar esta ciencia.

—Ciertamente, dijo con desden la princesa.

—Ciertamente..... Y lo que tiene de mas graciosa es que mi ciencia no parece nada... pero como todas las personas hábiles, con poco hago mucho. Así, por ejemplo, vos no teneis idea de los resultados que obtengo, supongo con una fecha, un nombre de calle y un número.

—Miré casualmente á la princesa, y estaba colorada hasta el estremo.

—Así, el 12 de diciembre..... calle del Poniente.... número 17..... por ejemplo..... Esto parece que no significa nada, dijo Lugarto, y sin embargo no es preciso mucho mas para haceros perder el color... ahora que os habiais puesto colorada, como os lo habia predicho.

En seguida continuó de manera que no lo pudiesen oír mas que ella y yo:

—Cuidado, princesa, que se os nota; no me mireis de ese modo fijo y absorto; me parece muy mal. Vuestros ojos son mucho mas lindos cuando están medio cerrados, añadió con cruel ironia.

La princesa estaba en efecto pálida en extremo, y parecía anonadada por la revelacion que acababa de hacerle Mr. de Lugarto.

En este momento Mad. de Maran estaba hablando en voz baja con Mr. de Lancry, y notando la agitacion de Ksernika, le dijo:

—¿Os habeis puesto mala, querida princesa?

—Si, señora, he tenido todo el dia una jaqueca espantosa, dijo la pobre muger balbuciendo y reponiéndose con trabajo.

Lo veis..... vale mucho mas tenerme por amigo que por enemigo, me dijo en voz muy baja Mr. de Lugarto.

Se levantó.

Entraban entonces dos señoras; la princesa pudo salir y disimular mas fácilmente su turbacion....

Quedé casi amedrentada del poder misterioso de Mr. de Lugarto.

Gontran me hizo seña, mostrándome un sillón desocupado junto á Mad. de Maran; me senté en él. Mi tia me dijo muy bajo:

—¿Pensais que he creido en la jaqueca de esta hermosa princesa? Apuesto algo á que este *negro*, y me señaló á Mr. de Lugarto, le ha dicho alguna infamia. Es bueno que lo sepais, no he consentido en recibir esta especie de archimillonario sino para azotarlo muy fuerte..

A pesar de la aversion que me inspiraba Mad. de Maran, no pude menos de agradecerle esta resolucion.....

Las dos señoras que habian llegado nuevamente, hablaron algunos instantes con Mad. de Maran, Gontran y Mr. de Lugarto.

—Decidme pues, Mr. de Lugarto, dijo de repente Mad. de Maran sin dejar de trabajar en un encaje, é interrumpiendo uno de aquellos silencios que cortan á veces las conversaciones, ¿es vuestro el coche en que lo encontré el otro dia?

—¿Por qué razon me haceis esa pregunta? dijo negligentemente Mr. de Lugarto.

Mad. de Maran, en vez de contestar á esta pregunta le hizo otra. Muchas veces me habia dicho que nada era mas impertinente ni mas incómodo que este modo de proceder.

—¿Por qué no tenia entonces armas, si era el vuestro?

Hubo un momento de silencio. Mr. de Lugarto apretó los labios frunciendo las cejas. Yo miraba á Gontran, que no pudo dejar de sonreirse amargamente; pero luego al ver á una mirada entre colérica y suplicante de Mr. de Lugarto, dijo con viveza á Mad. de Maran:

—A propósito de blason, señora, tendreis la bondad de prestarme vuestro Hosier, tenia que hacer algunas averiguaciones acerca de una de nuestras ramas colaterales; pero pienso; no podriais....

—Dejadme tranquila con vuestras ramas colaterales, replicó Mad. de Maran, venis á cortar una conversacion interesante! Sabed pues, Mr. de Lugarto, que os han robado bonitamente si os han vendido caras aquellas armas.... Entonces, permitidme que os diga que eso es no tener sentido comun. Quién se fia de esas gentes para arreglar un blason? Ya que habeis tenido esa idea, pudierais haberos dirigido mejor.

—Pero, señora, dijo Lugarto, pálido por disimular su cólera....

—Pero, caballero, os repito que vuestro maestro de coches ó su pintor son unos necios. ¿Se ha visto nunca en un blason poner metal sobre metal? Figuraos pues, mi pobre caballero, que se han burlado completamente de vos con sus estrellas de oro en campo de plata; inventaron esto porque era mas rico probablemente, y porque recordaba vuestros montones de duros y de onzas. Dejemos los dos leones rapantes con que aquellos necios han cubierto vuestro escudo. ¿Sabeis que harian un soberbio efecto vuestros dos leones rapantes, sino tuviesen el inconveniente de pertenecer á la casa Real de Aragon?

—Pero, señora, yo no soy el inventor de estas armas. Son las de mi familia, dijo Mr. de Lugarto levantán-



dose con impaciencia y lanzando una furiosa mirada á Gontran.

Este quiso en vano intervenir en la conversacion; Mad. de Maran no abandonaba nunca tan fácilmente su presa.

—Ah! Dios mio! Dios mio!..... ¿En verdad, estas son las armas de vuestra familia? exclamó mi tia quitándose los espejuelos y juntando las manos con una aparente sencillez. ¿Por qué no me lo habiais dicho desde un principio? Además, no hay cosa mas natural que eso. Es probable que un Lugarto, por algun hecho de armas contra los moriscos en España, obtubiese de uno de los reyes de Aragon el favor insigne de llevar leones rapantes en sus armas, lo mismo que nuestros reyes han concedido las flores de lis á ciertas casas de Francia.....Asi es como vuestras «estrellas de oro en campo de plata»; este es seguramente algun glorioso misterio heráldico sepultado en vuestros archivos de familia. Y yo me barlaba de ello! pero ahora admiro, bajo mi palabra, vuestras «estrellas de oro en campo de plata». Quizás sea un genero, un blanco tan particular como la cruz de Lorraine, el endrino de Crequi, los macles de Rohan, ó las agilillas de Montmorency. Debe ser muy curioso el origen de vuestras estrellas de oro en campo de plata: averiguadnoslo, mi querido caballero.

—Señora, si es una chanza, francamente, me parece de muy mal gusto, dijo Lugarto, tratando de recuperar su sangre fria.

—Ni por pienso, mi querido caballero, nada hay mas sério, porque, como yo pienso, sois oriundo del Brasil, el Brasil pertenece á Portugal, Portugal ha pertenecido á España; y bien veis que remontándonos acercamos á los reyes de Aragon. Muy bien! si, pero hay una cosa muy pequeña que me detiene en mi ascenso hácia lo pasado.

—Señora, no os ocupeis mas de eso; os doy gracias por vuestra solicitud, dijo Mr. de Lugarto.

Mad. de Maran hizo que no lo habia oido, y continuó:

—Si, no hay mas que esta pequeña dificultad, y

es que se dice que vuestro abuelo era alguna cosa así como un esclavo negro, ó que se le parecía.

—Señora..... abusais.....

—Esto es lo que hace, continuó Mad. de Maran sin dejar su labor, esto es lo que hace que yo no pueda llegar á figurarme á vuestro abuelo con una corona de conde en la cabeza. Adornado así, se parecía como dos gotas de agua á aquellos salvages de Bongainville que llevaban gravemente una cruz de San Luis en la punta de la nariz.

Me estremecí al ver la espresion casi feroz que tomó por un momento la fisonomia de Mr. de Lugarto; me llamó la atencion tanto mas cuanto al mismo instante prorumpió en una carcajada de risa nerviosa y forzada.

—No es chistosa esta comparacion que he imaginado? dijo Mad. de Maran dirigiéndose á Mr. de Lugarto.

—Muy graciosa, señora, muy graciosa: pero confesad que tengo buen caracter.

—Como pues! el mejor del mundo! y estoy bien sêgura de que no guardareis contra mí el menor rencor. Y despues de todo, teneis razon; no hay nada mas inocente que mis chanzas.

—Rencor, yo! dijo Mr. de Lugarto; ah! ¿podeis creerlo? Mirad, quiero llevar ahora conmigo á Gontran para reirme con él á placer de mis estrellas de oro en campo de plata.

—¿Venis, Lancry? dijo Mr. de Lugarto á mi marido.

—Esta noche os veré en el club; hemos convenido en ello, respondió Gontran como cortado.

—Sí, pero habia olvidado una cosa, nuestro hombre de Lóndres nos espera, dijo Lugarto con imperio.

A estas palabras, Mr. de Lancry frunció las cejas, se levantó y dijo á Mad. de Maran.

—Señora, os dejo á Matilde; Mr. de Lugarto me recuerda una cita que habia olvidado.

—Lancé una humilde mirada á Gontran; pero él la evitó.

—Lugarto me lleva, añadió, os dejo el coche, os veré antes de comer,

Las dos señoras que habian, como yo, sido mudas es-  
pectadoras de la escena entre Mad. de Maran y Mr. de Lu-  
garto, se fueron algunos instantes despues.

Quedé sola con Mad. de Maran.



---

## VI.

### LA SRA. DE MARAN.

---

Contenida dolorosamente por largo tiempo, estalló en fin mi indignacion, contra esta muger, que habia osado calumniar á mi madre de una manera tan atroz.

—Ved aquí una leccion que no olvidará tan pronto este majadero, me dijo Mad. de Maran. Estará tanto mas furioso por habérsela dado, y á fé mia lo hice con intencion, delante de las dos condesas de Ambeterre, que son las mayores malas lenguas que conozco. Esta noche sabrá todo Paris la historia de las estrellas de oro en campo de plata.

—¿Señora, dije á Mad. de Maran, estareis admirada de verme en vuestra casa?

—Admirada! ¿y por qué, mi querida niña?

Este esceso de audacia aumentó mi indignacion.

—Escuchadme: nada hay en el mundo sino la voluntad de Mr. de Lancry que pudiese obligarme á volveros á ver

despues de las horribles palabras que tuvisteis la osadia de pronunciar contra mi madre. Ahora poco tenia miedo de hallarme sola con vos; ahora no tengo tanto, y puedo espresaros todo el horror que me inspirais.

—Matilde..... olvidais.....

—Me acuerdo, señora, de vuestras crueldades, me acuerdo de los disgustos con que colmásteis mi infancia y mi juventud. Sin embargo hubiera podido perdonarlos en favor de la felicidad que disfruto desde que me casé, felicidad á que habeis contribuido sin duda involuntariamente.

—Involuntariamente, no, mi querida niña, sabia bien lo que hacia, justamente por esto vuestra ingratitud....

—¿Mi ingratitud? Esta burla es cruel, señora.

—Sí..... sí..... vuestra ingratitud, exclamó Mad. de Maran, interrumpiéndome con cólera; si, sois una ingrata por no haber apreciado lo que hacia por vos, impidiendo que vuestro marido se cortase el pescuezo con aquel miserable Mr. de Mortagne.

—¿Era preciso, señora, recurrir á una horrorosa calumnia para impedir aquella desgracia? Además, Gontran, me había prometido.....

—Bella promesa que no hubiera cumplido..... cuando ahora respetará al que cree que es vuestro padre.

—Ahora! exclamé, ¿osais creer á Mr. de Lancry capaz de dar crédito á tan abominable mentira? Ah! señora, amo mucho á mi marido, siento mi amor bastante poderoso para resistir todas las pruebas, hasta su mismo abandono..... no hay en el mundo mas que una ocasion en que mi corazon tendria fuerza para acusarle..... esta seria el dia que... pero, no..... no..... es imposible, imposible! no ha mucho me dijo que esta atroz calumnia estaba destruida por su exageracion misma.

—Pues bien! ¿entonces de qué os quejais? Si Gontran no la cree; si Mr. de Mortagne no lo cree ¿qué mal os he hecho? Quizá impedi un acontecimiento fatal, esto es todo: dejadme pues tranquila.

—¿Esto es todo, señora? Y sin embargo, vos lo visteis, no pude resistir á la violencia de aquel horrible golpe.

No pude contener mis lágrimas al pronunciar estas últimas palabras. Mad. de Maran se levantó, vino á mí y tomó un acento casi afectuoso:

—Vamos, vamos, calmaos; sin duda no tuve razon, querida niña, quise hacer bien á mi modo... me porté mal porque no estoy acostumbrada á ello. Qué quereis; en aquella ocasion obré quizá como una víbora que hubiera creído ser una sanguijuela..... pero es preciso sin embargo tener consideracion á esta pobre víbora por su buena voluntad.

Esta horrible burla me incomodó.

—Os conozco demasiado, señora, para creer que haya en vos un buen sentimiento; vuestra malicia no se contenta con lo presente, abraza el porvenir y lo pasado; aquellas palabras no las digísteis sin calcular su resultado; encubren alguna segunda intencion que no se revelará sino muy pronto quizá.

—Pues bien! ¿entónces, dijo Mad. de Maran con impaciencia, que es lo que quereis inferir de ello? Lo hecho está hecho ¿no es asi? Gontran quiere que continúeis viéndome, lo obedecereis ¿de qué sirve recriminar mi malignidad? Soy ya vieja para cambiar..... Una de dos, ó mi aversion contra vos no está estinguida, ó lo está... Si lo está, nada teneis que temer de mí, y son inútiles vuestras quejas. Si no lo está, todo lo que me decís ó nada es una misma cosa. No podeis perjudicarme, y yo puedo perjudicaros; no intentéis entrar en lucha. Puedo... sé bastantes cosas..... Habeis visto como he arreglado á ese Lugarto, á quien su opulencia colosal y la simpleza del mundo parecen darle una patente de audacia y de insolencia..... ahora sabe que cuando muerdo muerdo bien, y que queda la cicatriz..... Me aborrecerá, euento con ello, pero al mismo tiempo me temerá como al fuego, porque si me encarnizo con él, lo batiré de salon en salon, y no lo contemplaré..... Asi ahora tengo bajo mi poder..... á este hombre ruin. Pues, acordaos bien, querida niña, mejor querrá tener por enemigos á mis enemigos que seguirme el alcance. Me entendeis, ¿no es así? añadió mi tia lanzándome una mirada irónica y cruel; no digo nada mas. No me apureis, y sed amable,....

Quedé llena de espanto..... No podia pronunciar una palabra. Lo que me decía Mad. de Maran no era mas que la verdad; eila sola podia sobreponerse á todo para atacar tan inhumanamente á Mr. de Lugarto en su orgullo, y dominarlo por el miedo.

Me estremecí pensando en la posibilidad de no sé que monstruoso convenio concluido entre este hombre y Mad. de Maran, convenio apoyado sobre su comun malignidad.

Un presentimiento invencible me decía que Gontran sufría á pesar suyo la influencia de Mr. de Lugarto. ¿A qué causa debia atribuirse esta influencia? Esto es lo que ignoraba. Abrumada por estas sospechas, reconocia que las amenazas de Mad. de Maran no eran vanas.

Oh! fué para mí horrible tener que verme forzada á contener mis resentimientos delante de aquella muger que habia ultrajado la memoria de mi madre.

Vamos, vamos, veo que nos entendemos, ¿no es así? me dijo Mad. de Maran con su sonrisa sardónica. Ireis al baile que dá por la mañana la embajadora de Inglaterra; quizá vaya yo para hacer de Medusa con el tal Lugarto, y tenerlo en mi dependencia: decid, pues, querida niña, ¿no os parece que le dí una linda muestra de mi habilidad? Examinad bien mañana su cara de cera virgen asi que me vea..... esto os divertirá y tambien á mí..... quizá os inmolaré..... á este archimillonario...., quizá, al contrario.... pero no diga nada. Lo verá el que viva.

Dejé á mi tia en un estado de inquietud inesplicable; me acordaba de su conversacion con una especie de terror. Por todas partes no veia mas que ódios, peligros y perfidias encubiertas. Hubiera preferido las francas amenazas á las fatales reticencias de Mad. de Maran.

Volví á mi casa embebida en estos tristes pensamientos. En un momento de desesperacion, pensé en Mr. de Mortagne, pero, gracias á mi tia, no podia ni aun pensar en mi único protector sin un recuerdo doloroso, sin acordarme de las escenas crueles que habian prece-

dido y seguido á mi casamiento.

Mi coche se paró un momento antes de entrar en el patio. Maquinalmente volví los ojos á la casa de enfrente.

En el segundo piso, por el hueco de una cortina medio levantada, reconocí á Mr. de Mortagne, sentado en un gran sillón, me pareció muy pálido; me hizo rápidamente una seña con la mano, como para decirme que velaba sobre mí, y en seguida hechó la cortina.

Tuve un momento de esperanza inesplicable, me sentí mas fuerte, menos asustada, sabiendo que este amigo estaba cerca de mí, no dudé de su apoyo en un caso estremo. Dí gracias á la Providencia por los socórrros imprevistos que parecia ofrecirme de este modo.

Mr. de Lancry no habia vuelto todavia, me vestí para comer, acordándome con recuerdos llenos de pena que en nuestro lindo retiro de Chantilly, me adornaba, y me iba al lado de Gontran muy ufana con la dicha que disfrutaba.

Ay! apenas hacia dos dias que me habia separado de allí, y me parecia que habian pasado meses.

Dieron las siete, y Gontran no parecia.

No me inquieté hasta cerca de las ocho; hice que Blondeau preguntase al ayuda de cámara de Mr. de Lancry si le habia dado alguna orden; no habia dado ninguna, y se le esperaba á comer.

A las ocho y media, no pudiendo vencer mis temores, me decidí á que uno de mis criados fuera á caballo á casa de Mr. de Lugarto, á fin de saber si Mr. de Lancry estaba en ella, y puse dos letras á mi marido suplicándole me tranquilizase.

Mr. de Lugarto vivia en la calle de Varennes: encargué la mayor prontitud, y esperé la vuelta de mi mensajero con gran impaciencia.

Media hora despues entró Blondeau.

—Y bien! grité.

—El señor vizconde está en casa de Mr. de Lugarto, é hizo que se le respondiera á Juan que estaba bueno, y que se previniese á la señora que no volveria has-



ta muy tarde.

—No me tranquilicé sino á medias. Para que Gontran me hubiese olvidado así, era preciso que hubiese tenido grandes motivos, esperé.....

Ay! por la primera vez sentí aquella voraz ansiedad con que se cuentan los minutos, las horas! Aquel rayo de esperanza que causa el menor ruido y el melancólico desaliento que le sucede.

Habia mandado á mi pobre Blodeau al cuarto del portero, recomendándole que acechase la vuelta de Mr. de Lancry, y me avisase inmediatamente. Sin los acontecimientos de aquel dia, semejantes temores hubieran sido pueriles, pero todo lo que habia pasado quizá los escusaba.

A media noche aun no habia parecido Gontran: entonces se apoderó de mí el mayor y mas exagerado sobresalto. Me acordé de las fatales miradas que Mr. de Lugarto habia lanzado á Gontran. Sin reflexionar en la verosimilitud de mis temores, creí que estaba en peligro Mr. de Lancry, pedí el coche y dije á Blondeau que me acompañase.

—Dios mio! ¿donde quereis ir, señora?

—A la puerta de Mr. Lugarto. Tú subirás á buscar á Mr. de Lancry y le dirás que estoy abajo esperándolo. No puedo soportar un momento mas esta incertidumbre.

—Pero, señora, sosegaos.

En este momento llegó á mi oído un ruido casi imperceptible, el de la puerta que se cerraba, y un instinto inexplicable me dijo que Gontran acababa de entrar.

Sin pensar en lo que hacia, salí de mi habitacion, corrí al encuentro de mi marido; lo encontré en la sala que precedia á su alcoba.

—Aquí está, Dios mio! Aquí está! ¿No os ha sucedido nada? exclamé con voz desfallecida, cogiéndole las manos.

—Nada, nada, pero pasemos á vuestra habitacion, me dijo Mr. de Lancry, mostrándome á su criado con una mirada airada.

Comprendí lo poco conveniente de esta escena delante de

nuestro criado: pues mi primer movimiento había sido enteramente irreflexivo.

Temia haber incomodado á Gontran; y así se me oprimió el corazón cuando me quedé sola con él. Entonces noté que estaba muy pálido y desfallecido.

—Dios mío! Gontran, ¿qué os ha sucedido? dígame como asustada.

—¿Y qué queréis que me sucediese? ¿Fstais loca? ¿Todo esto no es natural? añadió como desvariando, con una risa sardónica que me asustó. ¿Qué cosa mas sencilla? Volví á hallar al mejor de mis amigos, al tigre que he domado, sabéis..... Os presenté á este mi querido Lugarto; le parecéis encantadora; lo tratáis con el mayor desprecio..... Va á casa de vuestra tía, y esta lo abruma con los mas atroces epigramas..... El que tiene el mejor carácter del mundo, el mas inofensivo, el mas generoso, toma estas burlas por buena parte; se rie de ellas como yo mismo me rio ahora, muy alegremente..... En efecto no hay cosa mas punzante, mas chistosa que vuestros epigramas y los de vuestra tía; eran además muy bien traídos.

Me lo decia esto Mr. de Lancry con voz reprimida; interrumpida con carcajadas ásperas y nerviosas; me hablaba casi sin verme y paseándose agitado, como si estuviese delirando.

Dios mío!..... Dios mío!..... Gontran, me asustais... Por piedad... decid... ¿qué teneis?

Mi marido se paró de repente delante de mí, se pasó las manos por la cara; me pareció que volvía en sí, y me dijo con una voz terrible.

—¿Qué tengo?... ¿Qué tengo?... ¿No sabéis pues quién es el hombre de quien vos y vuestra tía os habeis burlado tan inhumanamente? Vuestra infernal tía concluyó lo que vos habiais comenzado esta mañana. Ah! Matilde!..... ¿qué habeis hecho? Infeliz muger! ojalá que las resultas de vuestra imprudencia no alcancen mas que á mí, añadió Gontran con un acento doloroso, saliendo de mi habitacion...

Quise seguirle..... Con un gesto imperioso mandó que me quedase.

---

## VII.

### EL BAILE POR LA MAÑANA.

---

Pasé una noche cruel.

Así que fué de dia envié á Blondeau á que supiese de Mr. de Lanéry. Me mandó á decir que estaba bueno.

Un poco antes de la hora de almorzar, entró en mi habitación; tenia la cara alegre y amable como si no hubiese pasado la escena de la noche anterior.

Quedé muda de sorpresa.

—Me tomó la mano, la besó con muy graciosa ternura, y me dijo:

—Un gran culpable viene á pedirnos perdon, amiga mia.

Habia tanta dulzura, tanta apacibilidad en la voz de Gontran que, á pesar mio, casi me tranquilicé. La influencia de mi marido sobre mí era tal, que mis facciones, por decirlo así, reflejaban siempre la espresion de las suyas, y además deseaba tan ardientemente ver lo feliz que ansiaba admitir

sus esplicaciones acerca de su conducta del dia anterior.

—¿De qué perdon hablais? le dije.

—Esto es muy dificultoso, Matilde, porque ¿cómo confesaros..... esplicaros..... tan gran crimen?

—Un crimen!.... Os chanceais... Pero tambien... decid..... oh! estais perdonado de antemano.

Lo sé... sois tan buena; y sin embargo este perdon no lo merezco.

—¿No os he inquietado ayer con mi amenaza, y casi asustado á mi vuelta?

—Es verdad..... vuestra agitacion.....

—Dios mio! mi linda Matilde, ¿cómo me atreveré á decir que habeis sido tan buena que os interesásteis... por.. un miserable borracho? Ya está pronunciada la terrible palabra... Si, ayer me detuvo Lugarto á comer en su casa con algunos amigos nuestros, se brindó no sé cuantas veces por mi felicidad, por vuestra hermosura; no pude, no quise negarme. Desde que me casé, perdí, gracias á Dios, la costumbre de las comidas inglesas, y así me atrevo á haceros esta abominable declaracion: me alegré mas de lo regular pensando en vos! Bien veis que no hice mas que cambiar de embriaguéz..... Pero, ay! tan bella como es la primera, tan bochornosa es la otra..... Vuelvo á decir ¿me perdonais?

—¿Qué? Las reprensiones de ayer cuando entrásteis.....

—¿Qué reprensiones?

—Me digísteis que mis epigramas y los de mi tia habian irritado hasta el extremo á Mr. de Lugarto, que su venganza podia ser terrible, y que.....

Mr. de Lancry dió una carcajada de risa tan franca, que creí en su sinceridad.

—Infeliz Lugarto, repitió, os he convertido en ogro, ya lo veo..... Pobre Matilde! me reiria mas, si no os hubiese inquietado. Pero hablando seriamente..... ¿qué terrible venganza..... pensais que Lugarto?.....

—Pero, amigo mio, ayer por la mañana me pareció que os habíais enojado por la dureza de mis respuestas.

—Si, sin duda; porque, os lo repito, á pesar de algunas excentricidades de carácter, miro á Lugarto como uno

de mis mejores amigos; como tal, deseo verle al abrigo de vuestros vivos ataques, mi linda niña; pero esto será difícil, y lo veo; se dirá el talento de los Maran, como se decia: el talento de los Mortemart. No obstante, os suplico que contempleis á este pobre si no por él..... que sea á lo menos por mí.

—Pero ayer..... me digísteis tambien que temíais irritarlo.

—Sin duda, porque entonces, cae en desolaciones sin fin, me hecha en cara que no lo amo, que soy un mal amigo; en una palabra, por su parte estas no son reprensiones, yo no las sufriria, sino quejas, y con eso me hace que sea mas compasivo para con él.....

—¿Y estás bien seguro de su amistad? pregunté vacilando á Gontran.

—Tanto mas seguro, cuanto que es mas rara, y no tiene razon alguna para afectar un sentimiento que no siente.

—Conté á Gontran la conversacion que habia escuchado entre Mr. de Lugarto y la princesa Ksernika.

—Esa es una broma de baile de máscara sin dominó, me dijo Gontran; querria divertirse atormentándola, esto no es de ninguna consecuencia con la princesa que es la mejor de las mugeres; á propósito, si ella os pidiere algo dádselo, os lo suplico; porque es muy buena amiga, y las buenas amigas son raras. Además, hoy por la mañana la vereis en la embajada de Inglaterra.

—¿Iremos á esa fiesta? dije á Mr. de Lancry en tono triste.

—Sin duda. la embajadora me ha escrito esta mañana una esquela muy amistosa, diciéndome que hasta ayer no habia sabido nuestra vuelta, y que esperaba tener el placer de veros hoy.

—Vamos, sea, amigo mio, iré, dije suspirando.

—Un suspiro, Matilde! pero estareis encantadora. Es un triunfo estar linda por la mañana, y estoy muy envanecido con vuestra rara hermosura.

—Ay! amigo mio, esta hermosura es para vos, y mas

envanecida estoy yo con ella cuando me aderezo para vos solo.

—Gontran se sonrió y me dijo: adivino..... ¿otra vez tus sueños de la casita?

—Otra vez mis sueños de felicidad..... Sí, Gontran.

—Pues bien, estad linda, muy linda, mas linda que todas las mugeres, bien veis que no pido sino una cosa muy fácil, y pensaremos en esa mania.

—Ciertamente, oh! sí, ciertamente! exclamé como enagenada.

—Silencio, me dijo Gontran, esto debe decirse de que-  
dito á mi corazon á fin que mi razon no os oiga porque es muy severa y diria: nó.

Entró Blondeau, trayendo una cajita de carton.

—¿Qué es eso?

—No sé, señora; lo dejaron en el cuarto del portero, pesa muy poco, deben de ser flores ò encages.....

Miré á Gontran, que no pudo menos de reirse.

Creí fuera una sorpresa. Mi corazon latia con mucha fuerza porque podria ser mis flores predilectas que deseaba volver á ver.

Por una de aquellas niñerías que valen mucho para las almas fatalistas, me dije á mí misma con la rapidéz del pensamiento: si encuentro en esta cajita un ramo de eleotrope y jazmines, será un buen presagio, y será feliz para mí el dia de hoy, sino me será fatal.

Hecho ya este reto á la suerte, casi me arrepentí de mi temeridad; y no me atrevia á abrir la cajita.

Gontran reparó que mi mano temblaba y que me ponía muy colorada.

—Y bien! Matilde, ¿qué teneis?

—Nada..... nada..... le dije y, superando mi emocion, abrí la cajita.

Ay! mi corazon se oprimió, y apenas pude contener las lágrimas. No hallé ni jazmines ni eleotrope; las flores que los reemplazaban eran hermosas, es verdad; nunca las habia visto iguales..... y con ellas me hubiera dado por muy contenta á no ser por mi malhadado deseo.

—Qué bueno sois! le dije á Gontran con agradecimiento.

—Son enforbias, plantas muy raras y precisas para adornar una belleza, me dijo con alegría Mr. de Lancry, no habrá cosa mas linda ni mas galana que estos dos ramos de flores de color de púrpura en medio de vuestros hermosos cabellos rubios cubiertos con un sombrerito de paja de arroz.

Llgamos á la embajada.

El tiempo estaba hermoso; las señoras adornadas con lujo; los rayos del sol quebrados y templados por el ramage de las plantas y de las flores que adornaban la galeria, no daban sino una suave claridad en aquellos grandes salones.

Generalmente hablando no hay cosa mas alegre, mas risueña que estos bailes por la mañana, en que el sol reemplaza á las bugias, á la tibia atmósfera de la primavera impregnada del perfume de las flores del jardin, al calor sofocante de los bailes del invierno.

A poco de llegar me encontré en presencia de Mad. la duquesa de Richeville, iba de braceró con una amiga suya. No pude dejar de ponerme muy sonrojada cuando la ví. Gontran no se percibió de ello.

Mad. de Richeville le dijo con mucha gracia; voy á pesar vuestro á daros libertad y á llevarme á Mad. de Lancry. Lord Mungo nos guarda dos ó tres asientos en la galeria. Bien atrevido y diestro será quien se los haga dejar antes que volvamos.

Mr. de Lancry, aunque al parecer no le gustó mucho, no pudo menos de aceptar la proposicion de Mad. de Richeville. Esta me cogió el brazo, Gontran ofreció el suyo á la señora que acompañaba á la duquesa, y nos dirigimos á los asientos guardados por Lord Mungo.

Me pareció en efecto perfectamente capaz de conservarlos y defenderlos por su fuerza de inercia; pues era un hombre de una gordura desmesurada. Así que nos vió, hizo en vano esfuerzos para levantarse. Mad. de Richeville dijo sonriéndose.

—Quizá he sido una imprudente en confiarle nuestros asientos, si no habia de poder dejarnoslos.

Sin embargo, gracias á un nuevo esfuerzo, Lord Mungo se levantó y nos sentamos las tres con mucha comodidad.

Gontran se alejó, despues de haberme hechado una mirada espresiva, señalándome á Mad. de Richeville.

A mi izquierda habia un plantío de camelias, y la duquesa estaba á mi derecha; asi volviéndose hácia mí podia hablarme en voz baja sin ser oida de nadie.

—Dios mio! me dijo, ¿os pareceré muy atrevida, no es asi, despues de lo que ha pasado entre nosotras?

—Señora.....

No tengais cuidado, tengo que hablaros de nuestro amigo, de Mr. de Mortagne. Ha estado muy de peligro....

—¿Qué decis? señora.....

—Sin duda, habia padecido tanto, y luego las últimas emociones lo agitaron mucho; al presente está aun algo malo, pero se halla mejor.

—Lo sé, ayer al volver á mi casa.....

—Los visteis en su ventana? Si, ha ido á vivir enfrente de vuestra casa para estar mas cerca de vos. Si supiéseis cuanto os ama! todos sus temores... No... no, no hablemos mas de esto, dijo la duquesa, de resultas de un movimiento que hice; creo que él y yo nos hemos engañado; parece que sois feliz..... habeis hecho una conversion, no me sorprendo de ello..... solamente no me atrevia á esperarlo.

—Soy muy feliz, señora, como lo habia previsto.

Y yo os juro que soy tambien muy feliz por haber salido falsa mi prevision. Pero, atended, ahora que estamos casi solas, no olvidéis que si tuviéseis algunas cartas que enviar á Mr. de Mortagne, le pongais el sobre calle de Granelle, casa de Richeville, en el caso que estuviese ausente por algunos dias..... En fin, pobre niña, sucédaos lo que os suceda, en cualquiera ocasion que sea, acordaos que teneis una muy verdadera y muy afecta amiga. Esto os parece extraño. ¿no es así? Todo lo que os pido es que pongais á prueba esta amistad que os ofrezco; nunca os faltará.

En este momento entró Mr. de Lugarto en el salon.



Involuntariamente hice un movimiento como de espanto arrimándome á la duquesa de Richeville.

—¿Qué es lo que teneis? me dijo.

—Tengo señora, un poco de frio; entra mucho aire por esta galeria.

Mad. de Richeville vió casualmente á Mr. de Lugarto que estaba hablando con muchas personas, y me dijo señalándomelo:

—¿Veis á aquel hombre?

—Si, señora, respondí temblando.

—Vuestra tia es un ángel de mansedumbre comparada á él. Es el orgullo en la bageza y la cobardía en la crueldad; y sin embargo la sociedad lo recibe. Hay cosas suyas que horrorizan. El año pasado perdió para siempre á una desgraciada jóven, Madama de Berny, que se halla á estas horas sola, abandonada de su familia, despreciada por todo el mundo; se condujo con ella de la manera mas brutal, mas escandalosa, y mas cruel. Mr. de Berny, bien por flaqueza, bien por desprecio, se ha reducido á una desdeñosa indiferencia acerca de la suerte de su muger. Mr. de Lugarto ha quedado impune otra vez! Puesto que los hombres son tan cobardes, las mugeres á lo menos deben hacer justicia á los Lugartos y á sus iguales! No comprendo como se tolera en el mundo semejante hombre ni que se le responda cuando habla, porque es ordinario, y su prudencia grande.

Me quedé callada, presentí que Mr. de Lugarto vendria á hablarme. En efecto, aun me estaba hablando Mad. de Richeville cuando él se acercó, me hizo un leve saludo, y me tendió la mano diciendo:

—Ola! habeis venido á este baile. Tuvísteis razon en complacerme.

Viendo que no tomaba la mano que me ofrecia, prosiguió sonriéndose sardónicamente:

—¿Estamos, pues, siempre en guerra? Debia creer lo contrario viéndoos puestas las flores que os envié esta mañana.

—No os cõprendo, caballero, le respondi, y di-

rigiéndome á Mad. de Richeville, le pregunté el nombre de dos mugeres muy lindas, que entraban en aquel momento.

Mr. de Lugarto no se desconcertó, y continuó:

—No me comprendéis: lo que os digo, es sin embargo muy claro. Las flores que teneis en la mano y en la cabeza, son de mis invernáculos. Yo fui quien os las envió esta mañana, sabed que no las regalo á todo el mundo; la primavera del año pasado regalé otras iguales á la linda joven Mad. de Berny..... Y en verdad que se tuvo por feliz.

Las flores que creia ser obsequio de Gontran me causaron horror; me fué bien cruel pensar que mi marido se habria entendido con Mr. de Lugarto para hacerme las aceptar. Ví algo de malo en aquella especie de comparacion que hacia entre mí y aquella muger de quien acababa de hablarme Mad. de Richeville. No pude contener un movimiento de cólera; despechada, arranqué algunas hojas del ramo que tenia en la mano.

—Cuidado, dijo Mr. de Lugarto, mostrándome una especie de licor blanco que salia del tallo de las ramas rotas, teneis la mano desnuda, esta sustancia es muy corrosiva; estas flores son muy lindas, pero la plata que las produce es muy venenosa.

En efecto, habia caido en mi dedo una gota de aquel licor; sentí un ligero escozor, quedándome una manchita amoratada en el cutis. (1)

No debia sin duda sorprenderme de la propiedad venenosa de aquellas flores, recordando que habian venido de manos de aquel hombre que tanto horror me causaba; pero no pude menos de hacer algunos pronósticos fatales pensando que habia algo de funesto y hasta de mortal, en su regalo. Aterrorizada, tiré el horrible ramo sobre las camelias que estaban cerca de mí.

Mr. de Lugarto, al ver lo que habia hecho, se sonrió y me dijo:

—Cualquiera diria que os habia mordido una ser-

---

(1) El jugo del euforbios es un veneno muy activo.

piente, es lástima que no podais tambien arrojar lejos de vos esos ramos de las mismas flores que adornan vuestros hermosos cabellos; me tengo por feliz, á pesar vuestro, de veros obligada á conservarlos.

—Oh! señora, dije en voz baja á Mad. de Richeville; lo que aquí pasa parece un sueño terrible; vamos fuera, os lo ruego, vamos á buscar á Mr. de Lancry, deseo retirarme.

—No vuelvo de mi estupor, me dijo la duquesa, ¿conocíais pues á este hombre?

—No, señora, es amigo íntimo de mi marido, él me lo presentó, le tengo tanto miedo como aversion; por favor, llevadme fuera de aquí.

Mientras que hablaba en voz baja con la duquesa, Mr. de Lugarto respondió de un modo distraido y altivo á los cumplimientos de algunos jóvenes grandes admiradores de su lujo y de sus caballos.

Mad. de Richeville permaneció un momento silenciosa y como absorta, y despues me dijo muy conmovida:

—Benedicid á Dios, pobre niña, por lo que ha hecho por vos Mr. de Mortagne; no sé por qué esa intimidad entre vuestro marido y Mr. de Lugarto me asusta; venid á buscar á Mr. de Lancry; estais muy pálida.

—Sí, señora, pero esto es una niñeria; me parece que estas horribles flores que tengo en la frente me causan vértigos.

No sé si me oyó Mr. de Lugarto; pero abandonando al punto á las personas que lo rodeaban, volvió en el momento en que nos levantamos Mad. de Richeville y yo.

—¿Os vais de ahí? me dijo, ¿Quereis mi brazo?

Sin responderle, me agarré al de Mad. de Richeville.

—A propósito, señora duquesa, dijo Mr. de Lugarto dejando caer sus palabras una á una, y observando el efecto que producian: tengo que haceros una pregunta bastante insignificante. ¿Hace mucho tiempo que la anciana Mad. de Albin estuvo en el pueblo de Bory en Anjou en casa del arrendador Anselmo?

Mad. de Richeville se quedó pasmada, se puso colo-

rada y pálida despues, así como le habia sncedido el dia antes á la princesa Ksernika.

Mr. de Lugarto me miraba con aire triunfante.

De repente sus facciones cambiaron de espresion, desapareció su impertinente audacia bajo una máscara de humildad forzada; saludó dos veces con odsequiosa finura, á una persona que yo no podia ver.

Me volví, y era Mr. de Rochegune.

Este último correspondió con un leve saludo de cabeza á las cortesías de Mr. de Lugarto, y se acercó á Mad. de Richeville.

Esta, todavia bajo el peso de su agitacion, no habia podido hablar una palabra; pero viendo á Mr. de Rochegune, pareció haberse alegrado mucho.

—Que bien me hace vuestra presencia, dijo ella, me siento mejor desde que estais ahí!

Mr. de Rochegune miró á Mad. de Richeville como admirado.

—Dios mio! ¿qué teneis, señora? le dijo.

Nada, una tontera, sabeis que creo en prosagios. Mad. de Lancry participá de mis supersticiones, acabamos de asustarnos por nada; pero viéndoos, á vos hombre sábio y de razon por escelencia, nuestras necias visiones se han desvanecido al momento.

Cuando Mad. de Richeville me nombró, Mr. de Rochegune se volvió respetuosamente hácia mí. No lo habia vuelto á ver desde la escena de reconocimiento de que habia sido testigo en su casa con mi tia y Gontran; me parecia muy cambiado; su sonrisa dolorosa daba un carácter singular á su figura grave y amable.

—Poco tiempo habeis hechabo en el viage, bien satisfechos deben estar vuestros amigos por haber vuelto tan pronto, dijo Mr. de Lugarto á Mr. de Rochegune con excesiva afabilidad, ¿me permitireis, segun lo espero, que os vaya á buscar una de estas mañanas?

—Sentiria que os molestáseis, porque raras veces estoy en casa, respondió Mr. de Rochegune con frialdad.

—Si no soy afortunado en mi primera visita, repuso

Mr. de Lugarto, quizá lo será en la segunda, no me desanimó tan fácilmente cuando se trata de una cosa á que doy mucho valor.

—Sois muy bueno, creo que exagerais mucho el valor de mis relaciones; pero como estoy aquí de paso y mi casa es demasiado modesta, no puedo absolutamente recibir sino á mis amigos.

Estas últimas palabras, dichas con mucha esperanza, terminaron la conversacion.

Mr. de Lugarte disimuló su indignacion, y queriendo sin duda vengarse con alguno, dijo á Mad. de Richeville.

—No olvidareis las noticias que os he dado, señora duquesa; cuando gustéis tendré el honor de ir á conversar con vos.

Con gran sorpresa mia y de Mr. de Rohegune, Mad. de Richeville contestó con voz alterada.

—Pues mañana si gustais..... De cuatro á cinco de la tarde me hallareis en casa.

No dejaré de aprovecharme de esta buena fortuna, señora duquesa, dijo Mr. de Lugarto haciendo una cortesía. Dirigiéndose luego á mi:

—Señora, tened cuidado..... os denuncio á Mr. de Lancry como un infiel..... Lo veo allá abajo en galanterias con la princesa Ksernika que es muy dominante, os lo prevengo..... porque un capricho en ella toma bien pronto el carácter de una pasion. Mirad... ved bien á ese monstruo de Lancry!... está tan embebido, que ni aun se acuerda que estais aqui.

En efecto, Gontran atravesaba por medio de un salon con la princesa Ksernika; le daba el brazo, y le hablaba sonriéndose.

Ella bajó los ojos, se puso un poco colorada, se sonrió tambien, é hizo un leve movimiento de impaciencia.

Gontran parecia insistir en su demanda; levantó ella los ojos hácia él, encontró su mirada, y en lugar de evitarla, me pareció que se complacia en soportarla. luego, como si Mr. de Lancry hasta entonces no se hubiese acordado de que yo estaba presente, hizo un movimiento re-

pentino, dijo una palabra á la princesa mirando hacia donde yo estaba, y al momento cambió la espresion de su fisonomía.

Todo pasó en menos tiempo del que es preciso para escribirlo; sentí celos por primera vez.

Nunca olvidaré el golpe tan grande y tan doloroso que sentí en el corazon, viendo á la princesa sonreirse de aquel modo con Gontran.

Estraño y cruel misterio! aquellos celos se apoderaron súbita y completamente de todas mis facultades; me parecia que hacia ya mucho tiempo que estaba habituada á esta clase de tormento.

En un instante experimenté sus aborrecimientos, sus humillaciones..... No me libré de ninguno de sus variados tormentos.

Ay! los celos son uno de aquellos sentimientos que empiezan con toda su madurez: nacen, como Minerva, armados de punta en blanco.

Mi alma se destrozó, mis mejillas tomaron un color rojo febril; Gontran se adelantó, daba el brazo á la princesa. Esta vino con aire ingenuo y risueño; conocí que mis lágrimas estaban prontas á correr, y así no pude hacer mas que saludarla sin responder á algunas palabras amables que me dirigió.

—Mr. de Rohegune, ¿quereis darme el brazo? dijo Mad. de Richeville, ¿tendreis la bondad de pedir mi coche?

—¿Vos aqui, Mr. de Rohegune? dijo Gontran tendiendo la mano á este último, os creia de viage. Creo no habreis olvidado el camino de vuestra antigua casa, y que Mad. de Lancry y yo tendremos el placer de veros á menudo.

—Pienso estar muy poco tiempo en Paris, dijo Mr. de Rohegune, pero no olvidaré vuestra amable proposicion y tendré al menos la honra de ir á despedirme de Mad. de Lancry, si me concede este favor.

Respondí maquinalmente; Mad. de Richeville y Mr. de Rohegune salieron de la galeria.

—Desearía irme, estoy un poco mala, díge á Mr. de Lancry.

—Todavía no, mi querida Matilde; la princesa ha tenido que atravesar toda la multitud para venir á encontrarnos.

Mr. de Lugarto se acercó á Mad. de Ksernika, y me pareció se habian mirado en señal de inteligencia.

La princesa, tan altiva el dia anterior, le dijo con una especie de afabilidad tímida.

—Os perdono vuestras malignidades, sois un hombre muy estremoso cuando menos. Se volvió, y añadió sentándose á mi lado.—Tomó el sitio de la duquesa de Richeville, de quien estaba en verdad celosa.

—Sois demasiado buena, señora, pero.....

—Voy á dar una vuelta por el baile con Lugarto, me dijo Gontran. Al instante, si lo deseais, vendré á buscaros.

Mr. de Lancry tomó el brazo de Mr. Lugarto, y se alejaron, dejándome con la princesa.

—¿Sabeis, me dijo esta muy alegre, que teneis un marido escelente? No lo conocia más que de reputacion, porque desde que entré en el mundo, la casualidad hizo que él ó yo estuviésemos siempre viajando; pero pienso resarcirme muy bien esta temporada; desde luego comienzo por preveniros que estamos muy metidos en galanterías y casi tengo ganas de olvidarlas porque me parece muy espuesto. Ah! que diriais, si fuese á quitároslo!

La princesa podia haber hablado por mucho más tiempo, sin que yo pensase en responderle. Lo que acababa de decirme podia pasar por una de aquellas chanzas que el mundo tolera. Sin embargo, cada una de sus palabras me abrumaba.

Mi amor á Gontran era tan grande, tan efectivo, tan ferviente, este amor sobre el cual reposaba mi vida, mi destino entero, era para mí el objeto de un culto tan religioso, que aun cuando no se me hubiese dolorosamente esci-

tado. me hubiera ofendido de la ligereza del lenguaje de la princesa.

Hay en todo sentimiento sincero y profundo que conoce lo que vale; una especie de austeridad sombría, de susceptibilidad hurana, de poder superior que se subleva á la menor profanacion. Por esta razon pensando en mi aislamiento, en mi carácter receloso, en lo desgraciada que fui en infancia, en la inmensa esperanza que habia fundado en mi matrimonio con Gontran, quizá se comprenderán mis resentimientos.

La princesa, sorprendida de mi silencio, me dijo:

—Parece que estais distraida, señora, ¿en qué pensais?

Estuve á punto de decirle con candor lo que sentia; y suplicarle, en nombre de mi felicidad, que no fuese coqueta con Gontran; pero reflexioné lo ridiculo de semejante paso; renuncié á él; así está el mundo, que no hay mas que desprecios y sarcasmos para la espresion de un dolor legitimo é ingénuo.

Entonces se indignó mi orgullo, palabras llenas de hiel y de pena me vinieron á los labios: traté de inspirarme de la malignidad de Mad. de Maran, traté, pero en vano, de hallar alguna respuesta cruel..... sufria mucho para tener talento.

Forzada á responder á una segunda interpelacion de la princesa, no pude hallar á la mano sino esta simpleza, que digo sonriéndome y no sin pena.

—No dudo, señora, del poder de vuestro mérito.....

—Dios mio! con qué aire tan sombrío trágico me deis esto! repuso Mad. de Ksernika riéndose á carcajadas. ¿Tendreis casualmente celos? ¿y celos de vuestro marido? Esto seria muy chocante.

—Señora.....

—Ah, no tengais una debilidad tan ridicula; al menos yo lo sentiria mucho. Mi triunfo seria mucho menor, los celos os harian perder gran parte de vuestra superioridad sobre mí. Veis mis pretensiones, mi vanidad; me atrevo á entrar en lucha con vos, con vos armada de tantas ventajas! cénfesad que esto es muy heróico!



Estaba como en un suplicio: me fué preciso la costumbre de disimular mis penas, costumbre que habia contraído en mi infancia, para no llorar á lágrima viva.

Ay! no hubiera creído tener que recurrir tan pronto á una facultad, fruto de aquel tiempo tan desdichado para mí. Todas las fuerzas de mi alma las empleé en este momento. Conocí que iba á dar una respuesta necia, y casi á mi pesar tartamudeé estas palabras absurdas:

—¿Hablais sériamente, señora?

La princesa comenzó de nuevo á reirse á carcajadas.

—Sí, hablo sériamente! repuso, me haceis una pregunta de niña de colegio. Ciertamente, todo lo que os dijo es muy sério. Estoy enamorada de Mr. de Lancry, y aqui teneis en mí una rival declarada, ¡ronta á disputaros su corazón por todos los medios posibles. Que hermosa ocasion! Arrebatat tan brillante conquista á una formidable adversaria.

Miré atentamente á Mad. de Ksernika, con la idea de penetrar el fondo de su pensamiento, me fué esto imposible, pues la espresion de sus facciones cambiaba á cada momento.

Sin embargo, poco á poco recobré mi sangre fria, y vencí mi emocion; traté de mostrarme alegre y risueña.

—Pero, señora, respondí, ¿sabeis que arriesgais mucho entrando en la liza con migo?

—Ciertamente, esto es lo que me enorgullece, porque sois mucho mas jóven, mucho mas amable que yo, dijo la princesa en tono burlo.

—Esta no es la cuestion, señora, lo que constituye mi superioridad es que no tengo como vos.... una reputacion que conservar.....

—Como es eso, señora, dijo la princesa mirándome con sorpresa, vuestra reputacion.....

—Señora, yo tengo la mia como vos teneis la vuestra..... Las hay de todas especies.

Mad. de Ksernika hizo un movimiento como de enfado. Continué de prisa.

—La vuestra es una reputacion de hermosura irresistible

tible por sucesos brillantes, y sobre todo numerosos; si en nuestra lucha obtenia otro una nueva conquista, no aumentará mucho vuestra gloria, cuando si sucumbís... juzgad, señora, ¿á quién? á una pobre jóven sin esperiencia que acaba de entrar en el mundo y que defiende llanamente... á su marido..... ó si os parece mejor, su felicidad.....

La princesa tomó su tono altivo, y me dijo con aspereza.

—¿Os habeis picado?

Ví en estas palabras que mi respuesta habia surtido efecto; y por ello sentí una alegría, aunque no completa.

—Nada menos que eso, porque chanceamos..... según creo.

Volvió Gontran con Mr. de Lugarto.

—Princesa, dijo Mr. de Lancry, las señoras de Aubeterre y Mr. de Saint-Prix acaban de arreglar que vayamos á un teatro subalterno y que cenemos en una fonda esta noche, ¿quereis venir con Mad. de Lancry, con Mr. de Lugarto y con migo?

—Sin duda, con el mayor placer, respondió ella.

—Ve aqui lo que tambien se propone, añadió Mr. de Lancry. Pronto darán las seis, el tiempo está hermoso, iremos á dar una vuelta al bosque de Boloña hasta las siete y media, desde allí nos iremos á ver á Arnal en el teatro del Vaudeville.

—Es escelente idea, repitió la princesa, adoptada por unanimidad: ¿no es verdad, Mad. de Lancry?

—Me siento bastante mala, diga á Gontran, y os suplico que me dispenseis de esa diversion.

—Por el contrario, respondió Mr. de Lancry, eso os distraerá.

—Arnal es muy gracioso, añadió Mr. de Lugarto.

—Es cosa convenida, repuso Gontran, voy á hacer que avisen á Saint-Prix y á las señoras de Aubeterre, y enviar en seguida por dos palcos para el Vaudeville, y á mandar hacer la cena en casa de Very.

—Pero, dijo la princesa, he venido con Mad. de Segnigny, y no están ahí mis criados.

—Nada mas sencillo, princesa, repitió Mr. de Lugarto. Lancry ha dispuesto de su coche para tomar los palcos, os ofrezco el mio como tambien á Mad. de Lancry y á Gontran.

—No puede estar mejor pensado, dijo mi marido ofreciendo su brazo á Mad. de Ksernika. Vamos á reunirnos con aquellas señoras, que nos están esperando.

Mr. de Lugarto me ofreció el brazo con una sonrisa de triunfo..... Me era imposible dejar de aceptarlo, á pesar de mi repugnancia.

Me dijo muy dequedito:

—Os contrista estar adornada con mis flores, aceptar mi brazo, venir en mi coche. Yo lo estoy, y es por causa vuestra, porque me tratais tan mal, que todos mis agasajos son para vos contrariedades.

No respondí palabra, atravesamos salones llenos de personas felices y alegres. Las ventanas abiertas dejaban ver el jardin con todo su tesoro de flores y de verdor.

Contemplaba este alegre cuadro, oyendo la armonia de la orquesta, y tenia la muerte en el corazon. Este contraste me era insoportable; me miraban mucho, y oia murmurar mi nombre y el de Mr. de Lugarto; me abochornaba pensando que todo el mundo lo despreciaba como yo, y estaba atormentada á causa de que se creyese que tenia intimidad con este hombre.

Así pareceria cuando menos; los hombres lo saludaban ó le decian algunas palabras de cumplimiento; muchas mugeres se sonreian respondiendo á su saludo; nos detuvimos en una puerta.

La jóven marquesa de Serigny, muy gran señora por otra parte, se acercó á Mr. de Lugarto y le dijo:

—Vengo á presentaros una demanda en nombre de una multitud de lindas señoras.

—Veamos, ¿de qué se trata? preguntó Mr. de Lugarto.

De uno ó dos bailes que debeis darnos esta primavera para celebrar vuestra vuelta; sabeis organizar tan bien una fiesta! será una delicia.

—Sí, sí, dadnos bailes de primavera, dijeron algu-

nas jóvenes uniéndose á Mad. de Serigny.

Mr. de Lugarto se volvió á mí, y me dijo en alta voz con su chocante familiaridad.

—Veamos, veamos..... decidid ¿quereis ó nó que dé algunos bailes? Fijad la época, el número y os obedezco.... á vos.....

Me puse roja de vergüenza; todos los ojos se volvieron hácia mí: noté algunas sonrisas, se me oprimió el corazón, y no pude contestar una palabra.

Lancry, responded por vuestra muger, dijo Lugarto á mi marido, que estaba delante de nosotros; preguntadle si quiere que dé bailes; ella no ha dicho ni sí ni nó.

—Pues bien, señoras, puesto que agrada á Mad. de Lancry, daré cuatro bailes.

—Dos por la mañana y dos por la noche, con iluminacion en vuestro magnífico jardín; será cosa hermosa, dijo Mad. de Serigny.

—Bien puede ser..... respondió Mr. de Lugarto, será preciso consultar el gusto de una de mis amigas, y me dirigió una mirada espresiva, y en quien tengo toda confianza.

—Mr. de Lugarto, siempre sois hombre escelente, dijeron muchas mugeres.

—Sin duda, cuando os doy bailes, respondió él con insolencia.

Seguimos adelante para ir á esperar los coches.



## VIII.

### LA CENA.

—

Estaba irritada de la imprudencia con que Mr. de Lugar-  
to se habia dirigido á mí; y de la indiscrecion con que  
señoras de la mejor y mas elevada sociedad, á causa de su ar-  
dor desenfrenado por el placer, mendigaban fiestas á un  
hombre á quien debian despreciar.

Llegó el coche de Mr. de Lugarto.

—Nadie en el mundo tiene iguales caballos, dijo  
la princesa.

—Son bastante caros, y así son magníficos, dijo Gon-  
tran; el tiro le cuesta quince mil francos.

Partimos para el bosque de Boloña; Mr. de Saint-  
Prix y las señoras de Aubeterre venian en un coche detrás  
del nuestro.

Estaba sumergida bajo el peso de las agitaciones vio-

lentas que habia sufrido en aquel día de *fiesta*.

La fuerza aparente y febril que me habia sostenido un momento, me abandonó del todo. En vano me habia prometido á mí misma luchar por humorada con la princesa; sin engañarme un vano orgullo, habia visto que podia incomodarla.

Caí en una especie de abatimiento doloroso, me resigné..... en mi interior ofrecí á Gontran el sacrificio que le hacia en asistir á las *diversiones* de aquella noche, que eran para mí un suplicio.

Sentia, con una especie de amargo consuelo, que sufriendo enteramente muchas de las congojas de los celos, mi amor á Gontran no sufría el menor menoscabo. No podria, segun creo, comparar mejor esta impresion que con la que siente una madre llorando los yerros de un hijo querido..... aborrece sus faltas queriéndolo siempre.

Oh! esto sucede porque en el amor invencible de las mugeres hay un sentimiento de caridad magnífica, superior á la inteligencia y á las facultades del vulgo. Mientras mas se sufre, mas se desea evitar tormentos al que causa los vuestros; se pone en práctica, con piadosa resignacion, el precepto evangélico: «No hagais á otro lo que no quisiérais se os hiciese á vosotros.» Me acuerdo que este pensamiento me vino á la memoria en el momento en que la princesa se raia muy alto y fuerte de un chiste de Gontran, acerca de la facha ridícula de un hombre que pasaba á caballo junto á nosotros.

Habia tal contraste entre mis ideas y las que se acababan de manifestar, que casi me sonrojé de vergüenza; y despues no pude menos de lanzar á la princesa una mirada de desprecio, incorporándome un poco.

Gontran lo advirtió, se aprovechó de un momento en que Mr. de Lugarto y Mad. de Ksernika estaban asomados á una de las puertecillas para ver pasar á monseñor el duque de Burdeos que volvia de Bagatelle, y me dijo muy bajo con impaciencia:

—No teneis cara de estar mala, sino de disgusto; os adquirireis en el mundo la reputacion de tener un carácter

insopportable; es lo último de lo ridículo; se hacen gastos para vos, y correspondéis con el mas desdeñoso silencio.

—Gontran, os aseguro que estoy mala..... Y se me asomaron á los ojos dos lágrimas, que habia podido contener por algun tiempo.

—Vamos, lágrimas ahora, no faltaba mas que eso para concluir, dijo encogiéndose de hombro.

Bagé la cabeza, llevé el pañuelo á la cara, y me limpié las lágrimas.

Sin duda sintió haberse mostrado impaciente, porque habiendo alzado los ojos hácia él, para mostrarle que ya no lloraba, se encontraron con los suyos.

Oh! nunca, nunca olvidaré la mirada llena de tristeza y de bondad que me lanzó.

Se contrajeron en seguida sus facciones..... con un movimiento mas rápido que el pensamiento; por espacio de un minuto segundo, su cara tan hermosa, tan noble, tomó el aspecto de una desesperacion terrible.

No pude contener un leve grito; tan asustada estaba.

La princesa y Mr. de Lugarto se volvieron al instante hácia nosotros.

Las facciones de mi marido habian vuelto á tomar su espresion alegre habitual, y me dijo:

—Perdonadme, Matilde, soy un torpe, por poco estrujo vuestro lindo pié.

Llegó la hora del teatro, fuimos á él con las personas que debian acompañarnos: las señoras de Aubeterre y su primo Mr. de Saint-Prix.

Las señoras estaban muy contentas, y por fortuna hablaban mucho. A los hombres le sucedia lo mismo. Me colóqué en un rincon del palco, y Mr. de Lugarto se puso detrás de mí.

Gontran parecia estar muy ocupado con la princesa, esta estuvo tan poco circunspecta, que varias veces le gritaron «chiton» por sus grandes carcajadas.

Respondia con escasos monosílabos á lo que me decia Mr. de Lugarto; y conversaba, aunque poco, con las señoras.

ras de Aubeterre, que estaban junto á mi.

La parte mímica de aquel teatro me hubiera quizá divertido en otra situacion, pero me parecía insoportable.

Antes de la última pieza, nos salimos para ir á cenar en casa de Very. Mr. de Lancry se colocó entre la princesa y una de las condesas de Aubeterre. Tenia yo á mi derecha á Mr. de Lugarto, y á mi izquierda á Mr. de Saint-Prix. Esperaba librarme de la conversacion del primero hablando con el segundo, pero fué en vano. Mr. de Saint-Prix era un gran gloton, tomó la cena por lo sério y apenas me respondió.

—Lancry tiene razon, teneis mal carácter, porque desconoceis á vuestros amigos, me dijo Mr. de Lugarto, de modo que nadie lo oyera sino yo; mas con el tiempo dejareis vuestras injustas prevenciones.....

No respondí nada, y él continuó en el mismo tono:

—Ohí á vuestro marido invitar á Mad. de Rochegune á que fuese á veros..... Espero desde luego que no recibiréis muy á menudo á aquel extravagante; es fastidioso como la lluvia, y yo le detesto.

No pude dejar de decir á Mr. Lugarto:

—Lo detestais sin duda tanto como lo temeis, porque esta mañana habeis estado mas que cortés con él.

—Ola... lo defendeis, dijo lanzándome una mirada firme.

—Tendré á honra contar á Mr. de Rochegune en el número de mis amigos, es un hombre de elevada cuna, de un talento poco comun y de un corazon noble.

—Ah!... ah!... asi, es bueno saberlo, dijo Mr. Lugarto con aquella sonrisa convulsiva que anunciaba siempre en él la cólera comprimida.

—Me callé, porque estaba resuelta á tener con Mr. de Lancry una esplicacion respecto á este hombre.

Vagos presentimientos me decian que se tramaba alguna maquinacion pérfida de que debiamos ser victimas Gontran y yó. Acordándome de la espresion desesperada que habia por un momento contraído las facciones de Gontran, hacia mil suposiciones contradictorias. No podia conciliar su



aparente de alegría y su estrechéz con la princesa, con la mirada tierna, desconsolada, casi suplicante que me habia lanzado á escondidas.

Concluyó al fin este dia cruel. Hay! debia contener por decirlo así, en semilla, muchas desgracias para lo sucesivo...

.....  
Acabo de leer otra vez estas páginas, y esta reflexion me parece mucho mas justa; no hay hecho alguno ni de los mas insignificantes de este dia, que no haya tenido luego mas tarde una consecuencia cruel.

IX



## XI.

### LA ESPLICACION.

---

Pasaron muchos dias, la princesa Ksernika vino á verme; creyendo sin duda no tener gran ventaja sobre mí en una conversacion un poco picante, se contentó con abrumarme de palabras afectuosas.

Gontran continuó mostrándose muy asiduo con ella, desde que la volvió á encontrar en el gran mundo.....

Mr. de Lugarto venia casi todos los dias á ver á mi marido, no cesaba de perseguirme con su odiosa presencia; á pesar mio, á pesar de las observaciones que habia hecho á Gontran, me enviaba muy á menudo flores. Pidió á mi marido un asiento en nuestro palco de la ópera para el fin de la temporada, y Mr. de Lancry se lo concedió, no obstante mis súplicas.

A todas mis objeciones no daba mas que esta respuesta:  
—«Lugarto es mi íntimo amigo; no puedo ni quiero

»romper una antigua amistad por satisfacer vuestra anti-  
 »patía tan injusta como fuera de razon. Lugarto os desa-  
 »grada, bien está, lo manifestais demasiado, os dejo en li-  
 »bertad de obrar á vuestro gusto; dejadme á mí la misma  
 »libertad respecto á él; tan solo por política, tratadlo bien  
 »delante de la gente.»

Ya habia conocido que la voluntad de Gontran era in-  
 mutable, y me resigné.

Felizmente advertí un cambio notable en los modales  
 de Mr. de Lugarto para conmigo. En vez de perseguirme  
 con su conversacion cuando nos hallábamos juntos en socie-  
 dad, apenas me dirigia algunas palabras. Gontran me ha-  
 bia obligado á ofrecer tambien un asiento en nuestro palco  
 á la princesa Ksernika. Continué sufriendo cruelmente por  
 mis sospechas de celos, y estuve veinte veces á punto de  
 hablar de ello á Gontran; pero no me atreví.

Me acordé de lo que me habian contado de mi ma-  
 dre, que sabia dominar y disimular el peso de su dolor;  
 sentí que tambien podia hacerlo, y así contuve y oculté  
 mi pena, y siempre me presenté á Mr. de Lancry con la  
 frente tranquila y serena.

Lo primero que hacia todos los dias era ver si se ha-  
 bia disminuido algo mi amor á Gontran, y siempre lo en-  
 contraba en el mismo estado.

Como estaba orgullosa de mi afecto, esperaba con una  
 especie de seguridad dolorosa que mi marido reconociese el  
 poco valor de la inclinacion á que me sacrificaba sin escrú-  
 pulo. Gontran era bueno conmigo, afable, no sospechaba  
 lo que sufría, pues siempre estaba alegre y contento.

En vano buscaba en sus facciones aquella espresion  
 pasagera de desesperacion, que tanto me habia llamado la  
 atencion y que, por un instante, me habia hecho pensar  
 que su conducta era efecto del influjo de Mr. de Lugarto.

Me engañaba sin embargo, creyendo que mis senti-  
 mientos perdian algo de su intensidad por estar compri-  
 midos y disimulados; no podia confiarlos á nadie, vivia sola,  
 no tenia una amiga, Ursula vivia muy lejos, y además hu-

liera considerado como sacrilegio cualquiera acusacion contra Gontran.

Generalmente las personas no se quejan sino para excusar sus represalias ó para dar muestras de resignacion.

Amaba á Gontran mas que nunca, mi resignacion era tan natural, que no podia envanecerme.

Un dolor sin limites, solitario, se acopiaba en mi corazon. A medida que lo invadía, sentía yo una sensacion singular. Me hallaba cada vez mas oprimida, como si me hubiese faltado poco á poco el aire. Temia llegase el momento en que mi alma saliese de madre, por decirlo asi, y tuviese por primera vez que suplicar á Gontran que se compadeciera de mí.

Llegó este momento.

Habia algunos dias que estaba mala, y una mañana dije á mi marido,

—Gontran, tengo que reclamar de vos una promesa muy cara para mí.

—¿Qué quieres decir, Matilde?

—Me consentisteis en que iriamos á pasar algun tiempo en nuestra casita de Chantilly. Bien veis que estamos á fines de Mayo; me parece que los aires sanos del bosque me harian provecho.

—Cómo! ¿pensais todavía en esa locura? Hace mas de ocho dias que se hechó abajo la casucha. Mi agente me ha dicho que el administrador del duque de Borbon habia tomado posesion de ella. Esto es negocio concluido.

Habia conservado un rayo de esperanza; pero al ver que era preciso renunciar á él, me deshice en lágrimas. Gontran me pareció impaciente, y me dijo:

—Pero, en verdad, mi querida amiga, no teneis sentido comun en llorar por semejante niñeria. Ya os lo he dicho, aunque ricos, nuestros bienes no nos permiten satisfacer todos vuestros caprichos.

—Caprichos! Tengo bien pocos, Gontran, y este era santo y sagrado para mí.

—Por última vez, lo hecho está hecho; es imposible volver á tratar de esa venta, además seria tener originali-

dades románticas si fuese preciso comprar todos los parages donde ha sido uno feliz; se veria cualquiera al cabo de algun tiempo con unas propiedades conmemoraticias que no producirian mas que recuerdos. Por desgracia, en nuestro siglo de hierro, se necesitan para vivir rentas de otra clase.

Esta burla de Gontran me hizo un daño horroroso. Siempre habia creido en su fé en aquellos tiempos tan afortunados; no pude dejar de responderle llorando.....

—Ay!.... amigo mio, esta ocasion de gasto inútil, como decís, era para mí la única.

—¿Es decir que desde aquel tiempo, os creéis muy desgraciada sin duda?

—No..... no..... no me quejo; solo hecho de menos aquellos hermosos dias en que érais todo para mí..... en que viviamos el uno para el otro.

—Puesto que se presenta la ocasion, repuso Mr. de Lancry despues de un largo silencio, no la perderé para daros algunos avisos ó consejos de que os aprovecharéis, segun lo espero..... No sé que idea romántica teneis formada del matrimonio, pero permitidme que os diga lo que debe ser para gente racional. Como dos amantes, ó mas bien como dos niños, hemos jugado á la «felicidad solitaria, á una cabaña y á un corazon», toda exageracion tiene su término, hemos gozado de todos estos deleites pastoriles. Ahora, debemos solamente ver en el matrimonio una dulce intimidad cimentada sobre una confianza, y sobre todo, sobre una libertad recíproca; pertenecemos al gran mundo, y debemos vivir para él y como él.

—Gontran, os acordais que me decíais: «para mí el matrimonio es la pasion en una union bendecida por Dios!» Os acordais que tambien me decíais: «me seria imposible entregarme á aquellas relaciones frias y monótonas, en que no tiene parte el corazon».....

—Os decia eso? os lo decia..... sin duda..... porque entonces estaba persuadido que ese sueño era realizable; lo creia de buena fé.

—Y no os engañábais Gontran; oh! aquella esperanza no era una quimera; para mí á lo menos..... nada ha cam-

biado..... el amor..... la pasion en el matrimonio; esta es, ó mas bien, si quereis esta será..... siempre mi vida, mi felicidad.....

—Las mugeres creen siempre sus deseos como hechos consumados. Os engañais en extremo, sois mucho mas jóven que yo. Puede que vuestra ilusion dure mucho mas tiempo que la mia; pero ella se disipará tambien; vereis que el amor romancesco que sentís debe, como todas las cosas, tener su término.....

—Gontran..... por piedad, no blasfemeis.

—Todo eso son palabras; es menester verlo todo claro en la vida. No hay cosa mejor..... la prueba de ello es que hace algun tiempo estais desapacible en extremo.... al mismo tiempo que yo tengo el carácter mas igual... Pensad como yo, renunciad idilios imaginarios, y adquirireis aquella complacencia, aquella indulgencia que hacen del matrimonio un paraiso en lugar de un infierno.

—Oh! Dios mio! Dios mio!..... ¿y oír esto... de vos... de vos?..... dige ocultando la cabeza entre mis manos para sofocar mis sollozos.

—Vamos..... una escena..... ah! que caracter!....

—No!..... no!..... Gontran, no os representaré una escena..... escuchad: os hablaré francamente. Sí!..... me precisa deciros que padezco hace mucho tiempo. Lo ignorábais..... porque á no ser así no tendríais mis penas por un juego. Sois tan bueno, tan generoso.....

Tomé la mano de Mr. de Lancry entre las mias.

—Vamos, hablad, Matilde..... si os he atormentado, ha sido sin saberlo. Si vuestros cargos son razonables me acusaré, me perdonareis, y en lo sucesivo no lo haré mas como dicen los niños..... añadió encogiéndose de hombros.

—No esperaba menos de vuestro corazon, amigo mio. Me animais, vuestro buen humor disipa la penosa impresion que me habian causado vuestras palabras en un principio..... Burlaos bien de vuestra pobre Matilde, añadí, esforzándome para sonreirme, despues de un momento de silencio. Estoy celosa de la princesa Ksernika..... sí, vuestro continuo trato con ella me causa un mal horrible; des-

de que os ocupais de esta muger, me parece que me olvidais.

—¿Son estas todas vuestras acusaciones? ¿Y qué concluiréis de ellas?

—Que podrias hacerme tan feliz como antes de ahora concediéndome una cosa que no debe de manera alguna costaros mucho, amigo mio.

—Bien, veamos, hablad, dijo él con impaciencia.

—Quisiera que pudiésemos romper las relaciones casi íntimas en que vivimos con la princesa..... y dejar poco á poco de verla.

—Eso es lo que me pedís! estais loco!

—Gontran!!

—Cómo!! exclamó encolerizado, no podré ser atento, galante con una muger sin que me persigais con vuestros celos!! Como! bajo el pretesto de calmar vuestras visiones; venis á pedirme que trate con indiscrecion á una persona que no merece sino vuestra consideracion, vuestro respeto; vamos, perdeis la cabeza!

—Ciertamente que sí..... la perderé si mis padecimientos se prolongan. Gontran! creedme, mi calma aparente oculta muchas penas! Por la memoria de mi pobre madre que tanto sufrió tambien, os lo juro..... lo que sufro desde algun tiempo á esta parte, es superior á mis fuerzas.

—¿Y qué quereis que haga? gritó cada vez mas encolerizado, ¿soy responsable de los sueños que os forjais para atormentaros?

—Pues si son falsas apariencias, disipadlas concediéndome lo que os pido.

—Justamente, porque se trata de apariencias que no tienen el menor fundamento, es por lo que no puedo cometer de caso pesado una groseria con una muger que cuento entre mis amigas y las vuestras.

—Pero, Gontran, se trata de mi felicidad, de mi reposo.....

—Escuchadme, Matilde, dijo Gontran comprimiéndose

no sin trabajo, tengo razon y voluntad. Es deber mio no hacer sino lo que me parezca justo, conveniente, asi como os lo digo con motivo de la repugnancia que mostrásteis á ir á ver á Mad. de Maran, y á recibir á mi amigo íntimo. Me encontrareis inflexible cuando se trate de prestarme á caprichos extravagantes; esto es deciros que no habrá..... me entendeis, ningun cambio en nuestras relaciones con la princesa.

—¿Segun eso, continuareis estando perenne á su lado? ¿Segun eso, vuestras miradas, vuestros obsequios serán para ella? ¿Segun eso, vuestro brazo será siempre para ella cuando se pasee? ¡Ella será, Dios mio, siempre ella!

—¿No quereis ser siempre vos, vos, siempre vos, á fin que vos y yo seamos ridiculizados? Pues, señora! sino tuviéseis un acceso tan difícil, tan desdeñoso, no faltaria, entre los que os rodeasen, un brazo en vez del mio! Hay mil coqueterias inocentes y admitidas por el mundo, que permiten á una muger buscar en los hombres que andan á su alrededor aquellas atenciones, aquellos cumplidos que su marido no puede consagrarle sin hacerse señalar con el dedo; pero teneis un ceño, una altivéz que aleja de vos á todo el mundo..... Y, despues de todo... venís á quejaros de estar aislada. Si yo hiciese lo que vos ¿qué seria? seria uno de aquellos maridos mazorrales, celosos, que no hablan á ninguna muger, no se mueven de un sitio, y que, asi que dan las doce vienen, como los espectros de las baladas, á robar por un aire avinagrado su muger á los que bailan con ella. Pues, querida mia, en cuanto á mí, estoy decidido á evitar siempre hacer semejante papel.

—Así, exclamé yo con pena, es preciso que me someta sin quejarme á esas extrañas leyes del gran mundo, que miran soberanamente como fuera de propósito, que un marido se ocupe de su muger, y que la colme de las atenciones que prodiga á otra cualquiera? Moda singular que consagra, por decirlo así, las apariencias de la infelicidad como una costumbre de buena sociedad, que mancha con un ridículo imperdonable toda atencion legítima y natural.... Os encogeis de hombros, Gontran..... Estas reflexiones de



mi corazón ulcerado os causan lástimas. ¿no es así?

—Os lo repetiré, señora, puesto que vivimos en el mundo, por el amor del cielo, vivamos como la gente del mundo... En cuanto á mí, estoy decidido á no cambiar en nada mi conducta... y deseo... y creo no deciros nunca «quiero» que modifiqueis la vuestra..... Me es ya bastante penoso veros corresponder tan mal á los agasajos de mi mejor amigo. En esta parte he renunciado á toda esperanza. Felizmente, el afecto que me profesa Lugarto no es de aquellos que una fantasía, una antipatía fuera de razón puede entibiar.....

—Y yo os digo, yo, que no tenéis enemigo mas mortal que ese hombre, exclamé, y os digo que es la sola causa de mis desazones y de las vuestras. El instinto de mi corazón no me engaña: egerce sobre vos no sé que misterioso influjo; ignoro sus causas, pero existe, ¿ois Gontran? existe. Bastantes veces, á pesar de vuestra aparente serenidad, he sorprendido en vuestro semblante la espresion de una melancólica desesperacion: estas no son ya sospechas, pues ahora son certidumbres. A ese hombre lo aborrezco... Y vos mismo, en el fondo de vuestro corazón..... es alegráis de este ódio... participáis de él!.....

—Esto es intolerable. ¿Por qué, pensáis, señora, que me pueda humillar á fingir una amistad que no profeso?

—Ese es el misterio, Gontran..... y sino temiese..... ¿Y por qué he de temer deciroslo todo? ¿No se trata de vuestra felicidad y de la mia? Pues bien si... este hombre os domina á vuestro pesar, y no os atreveis á confesarme la causa de esta dominación, ¿me creéis que no puedo perdonároslo todo?.... ¿Tendriais vergüenza de mí? ¿Uniéndome á vos, no quise ser partícipe no solo de vuestra vida venidera, si esto puede decirse, sino tambien de la pasada? Amigo mío, tengo ánimo, hallaré fuerzas, recursos inmensos en mi amor..... Cuanto mas débil y abatida me veais, tanto mas valiente y resuelta me hallareis, si se tratase de salvaros.....

—Salvarme! ¿Y de qué quereis salvarme?.... Eso es perder la cabeza!

—Dios mío! puedo deciroslo positivamente: Ese hombre os domina; este es un hecho. ¿Ha sorprendido quizá algún secreto vuestro, como los de la princesa y Mad. de Richeville, según sé?... Habéis sido pródigo, este hombre tiene un caudal de rey; quizá hayáis contraído obligaciones con él.....

—Y crees que por un motivo tan miserable consentiría en manifestarle una amistad que no le profesase!.... dijo Mr. de Lancry encolerizado.

—Creo, amigo mío, que sometido como lo estais á la opinion del mundo, sois capaz de imponeros los mayores sacrificios para presentaros en él.

—Señora... señora... cuidado.....

—Amigo mío. De mucho tiempo á esta parte teneis la costumbre de cifrar la felicidad en esas brillantes exterioridades,.... quizá creais que yo misma no renunciaria á ellas con gusto: cuanto os engañais! Qué me importa este lujo? Lo aborrezco si os causa el menor disgusto... Este lujo no era nada sin aquella divina felicidad que nos duró tan poco, que aun duraria quizá á no haber venido ese hombre! ¿Qué necesitamos para vivir oscuramente en cualquier rincón ignorado, vos, yo y mi pobre Blondeau? ¿Esta vida es mi sueño, mi desvarío ideal? Hasta que nos casamos, ¿no viví en la soledad, lejos de esos placeres que son para mí una fatiga, porque mi corazón no participa de ellos? Amigo mío, estais conmovido, lo veo..... Oh!.... por favor, escuchad á la que no piensa sino en vuestra felicidad, que la compraria á precio de su vida entera... Gontran, de rodillas, de rodillas os pido que no me oculteis nada, contad conmigo... Poned mi amor á prueba, buscad en él un amparo, un consuelo, vereis si os falta.

Me arrodillé delante de Gontran, con la cabeza baja y reposando sobre su pecho.

Gontran con los ojos fijos, parecia estar del todo absorto; sin responderme dió un profundo suspiro y ocultó la cabeza entre sus manos.

—Oh! lo veo... lo veo, exclamé con alegría, no me he engañado, ánimo! amigo mío, ánimo! Mirad, admito lo

imposible..... Supongamos que para libertaros de ese hombre, nos arruinemos completamente, ¿no nos queda mi amiga Ursula? Dios mio, acudiré á ella tan confiada, tan feliz como sería ella viniendo á mí. Cuando se ama como nos amamos, porque vos me amais..... á pesar de vuestras galanterías con la bella princesa, ¿acaso hay malos dias? Acordaos, pues, de aquella historia tan interesante que me contásteis en la ópera con tanta gracia. Pues bien! haremos lo que aquellas dos personas jóvenes tan nobles, tan animosas.....

—Gontran se levantó bruscamente, y me dijo con una amarga ironía:

—En verdad, pintais una existencias bien digna de envidiarse, y muy á propósito para recompensar la pérdida de un gran caudal! Hermosa vida sería por cierto! Soy loco en escuchar vuestros desvarios; me haceis el favor de no volver á tratar de esta materia; ninguna obligacion me liga á Lugarto; en otro tiempo me ha hecho algunos servicios; pero no han sido de dinero. Me sorprende que con la exaltacion romancesca de vuestras ideas no comprendais que el reconocimiento es suficiente para formar los lazos indisolubles de una amistad estrecha. En resúmen, os diré que vuestros celos son dignos de burla, que vuestras sospechas acerca de Lugarto son absurdas, que estoy en edad de saberme conducir en el mundo, y que lo mejor que podeis hacer, en provecho de nuestra comun tranquilidad, es tomar la vida como debe tomarse... ¿Me entendeis?

Lo que pasó en mí fué muy extraño. Hice en seguida este razonamiento:

Lo que yo quiero es la felicidad de Gontran. La mia debe considerarse como un medio de lograr aquel objeto. Si sacrificándome aseguro su reposo, su felicidad, no debo titubear, cuéstemme lo que me costare, haré lo que desea.

A la hora esta no he comprendido como me resigné tan repentinamente á tomar este partido extremo, que contrastaba tanto con las quejas que acababa de dar á Gontran. Ahora me parece que este súbito cambio participó de aquellas resoluciones desesperadas que se toman con la rapidéz

del pensamiento en los peligros de muerte.

—Os entiendo, Gontran, le digo, os obedeceré. Mis quejas os incomodan, no me quejaré mas; no tendreis que ocuparos de mí en el mundo..... no exigiré mas de vos... Hallais una distraccion en los obsequios que haceis á la princesa, no os reprenderé mas sobre este asunto. Veis que no comprendo el afecto que os une á Mr. de Lugarto, haré todo lo que pueda para vencer la aversion que ese hombre me inspira. Sola, añadí, no pudiendo contener las lágrimas, imploro de vos una gracia; ir al mundo lo menos posible. No podria vencer la indignacion que me hechais en cara; mal que me pese..... mi pensamiento se rebela con solo la idea de recibir otros obsequios que los vuestros, aun tratando de los mas insignificantes. Esta es una debilidad, es una niñería..... lo confieso..... pero sed generoso..... perdonádmela..... haré lo que quisiéreis. ¿Estais contento? ¿Me perdonais la impaciencia que os he causado? le digo procurando sonreirme á pesar de mis lágrimas.

—Pobre Matilde, dijo Gontran con una ternura que no pudo vencer, seria preciso ser de bronce para resistir á tanta amabilidad y bondad. ¿Me ha faltado quizá la razon?

—No! no! digo interrumpiéndole; me faltaba, como lo veis, le esperiencia de lo que os agradaba ó no..... Teneis razon..... estaba loca; ignoraba vuestros deseos; pero estad seguro, amigo mio..... esta lección no será perdida, creedlo. Ahora, y en todos tiempos, decidme bien franca y claramente vuestra voluntad, me resignaré á ella, pero si no es así, si no obstante todos mis esfuerzos, no pudiese algunas veces, ó mas bien raras veces..... lograr obedeceros..... cuando tuviéseis la prueba de que sino lo hago ha sido por ser superior á mis fuerzas, sereis bueno, indulgente; no es así. No me reprenderéis mas.

Gontran me miraba con admiracion, y casi con inquietud, me cogió la mano y la halló helada.

En efecto, iba perdiendo el sentido. Acababa de querer llevar á efecto una resolucion desesperada. No me faltaba la voluntad de cumplir mi promesa, pero sí la fuerza fisica para sostener esta escena cruel.

A no ser por mi marido que me sostuvo en sus brazos, hubiera caído al suelo; me dió una especie de vahido; por la noche se me declaró la calentura, y estuve enferma de gravedad algunos dias.



EL BILLETE.

---

Así pasé bastante tiempo, y sin embargo despues de nuestro retiro de Chantilly, conté estos dias entre los mas hermosos de mi vida.

Gontran estuvo á mi lado, prodigándome los mayores cuidados. Mis pensamientos eran melancólicos, tristes, pero de una tristeza grata. Algunas veces me preguntaba de que me serviria la vida en lo sucesivo. Temia haber agotado toda la felicidad que podia esperar. Entonces sinceramente, sin exageracion, pedia á Dios salir de este mundo; entonces, la muerte acaso me hubiera parecido buena.

Mi marido habia vuelto á ser afectuoso, obsequioso como en los primeros dias de nuestro casamiento; sentia el disgusto que me habia cansado; no se apartaba de mí; estaba libre de la presencia de Mr. de Lugarto.

Era tan grande mi felicidad, que olvidaba los sinsa-

botes que habian causado mi enfermedad. Casi temía el restablecimiento de mi salud por ver cesar las esmeradas atenciones de Gontran, porque á medida que mis males disminuían era él menos asiduo.

Era tal mi egoismo por retenerle cerca de mí, que deseaba ardientemente una recaída. Sin saberlo mi pobre Blondeau, que me asistía con una solitud maternal, cometí grandes imprudencias, y recaí de bastante gravedad.

No podré explicar la alegría que tuve viendo que habia logrado mi fin. Gontran volvió á ser durante algunos dias lo que habia sido antes. El estar siempre á su lado tenia tal influjo sobre mí, que presto volví á la vida: entonces de nuevo temia perderlo.

En medio de estas alternativas, me trazaba una línea de conducta de la cual me prometí no separarme; era en todo conforme á la última resolución que habia tomado, y no seria cierto decir que no me costaba mucho; pues en todo sacrificio hecho al amor, hay una especie de satisfacción que se aumenta, por decirlo así, en razon de la grandeza misma del sacrificio que se impone.

El dia despues de haberme levantado entró Blondeau en mi habitacion; me trajo la lista de las personas que habian venido á saber de mí, y estaban anotadas en ella.

La princesa de Ksernika, Mr. de Rochegune y Mr. de Lugarto estaban. Mad. de Maran habia tambien enviado á preguntár, pero no habia venido á verme. Nunca iba á casa de un enfermo, porque tenia la manía de creer que todas las enfermedades eran contagiosas.

Estrañé no ver en la lista el nombre de Mad. de Richeville, pues mis prevenciones contra ella habian en parte desaparecido, aunque no hubiese en nada reconocido la verdad de sus previsiones acerca de Gontran, porque uno de los síntomas del amor es una seguedad completa, siendo el encanto que poseia me atraía á pesar mio, y no dudaba de cuanto se interesaba por mí. ¿Mad. la duquesa de Richeville no ha enviado á saber de mí? pregunté á Blondeau.

—No! señora..... pero.....

—2—  
Vi en la fisonomía de Blondeau que tenia alguna cosa que decirme respecto á la lista, y que titubeaba.

—¿Qué tienes, estás turbada? (Aunque este tuteo era poco decente, no podia dejar la costumbre de mi infancia.)

—Es porque temo inquietaros, señora.

—¿Se trata de Mr. de Lancry? exclamé.

—No, no señora, es una ventura extraordinaria que ha pasado durante vuestra enfermedad. No os hubiera hablado de ella sino se tratase indirectamente de aquel buen sugeto Mr. de Mortagne.....

—Habla pronto, vamos.

—Pues bien! señora, al dia siguiente de caer usted mala, por la noche mientras estábais adormecida, bage á dar una vuelta por la casa, y vino Mr. de René, vuestro criado, á decirme que se iba.

—Es verdad, digo á Blondeau, acordándome de haber visto por la mañana un criado nuevo, cuya cara me habia llamado la atencion, porque no la conocia; ¿sabes por qué se fué René?

—Me dijo que porque se iba á Lorena.

—¿Y el que lo reemplazó de dónde vino?

—Estaba en casa de unos ingleses; acostumbrado á servir, me pareció muy buen hombre y bastante inteligente; pero, señora, no se trata de esto, como lo vais á ver. Por la noche me digeron que preguntaban por mí en la puerta, y me entregaron un billete en que estaban escritas las siguientes palabras de letra de Mr. de Mortagne, que distinguiria entre mil.

»Mi buena Mad. de Blondeau, tened toda confianza  
»en la persona que os entregará este billete; os dirá lo que  
»espero de vos, me han dicho que Matilde está mala, y  
»quiero todos los dias saber de ella por conducto vuestro.—  
»*Mortagne.*»

—Bien creereis, señora, que no dudé un momento. Bajé á la puerta, ví un coche de alquiler, la puertecilla estaba abierta; en él se hallaba un hombre cuya cara no pude distinguir por causa de la oscuridad, el cual me dijo con voz conmovida, y que no conocí:



—Madama Blondeau, vengo de parte de Mr. de Mortagne á saber de la vizcondesa de Lancry.....

—Está bien mala, dige al desconocido. Los médicos temen una mala noche.

—No os sorprendereis del misterio con que Mr. de Mortagne se informa por medio de un amigo suyo de la salud de Mad. de Lancry, añadió, cuando supiereis que importa á vuestra señorita no se pronuncie en su casa el nombre de Mr. de Mortagne.—Vos no me habeis ocultado, señora, añadió Blondeau, la escena cruel de vuestro contrato matrimonial; me pareció muy natural que Mr. de Mortagne quisiese saber como seguiais por un medio indirecto, tanto mas cuanto no estaba entonces en Paris.

—¿Pues donde está? dije á Blondeau.

—Aquella misma persona desconocida añadió que Mr. de Mortagne estaba ausente de Paris, á causa de asuntos muy importantes que os interesaba, y que le precisaba cubrir con el mayor misterio sus planes para llevarlos á cabo.

—Y qué significa eso?

—No lo sé señora. Lo que si sé es que el desconocido me dijo que no podia mandarme llamar en adelante á la puerta, sin fijar la atencion de vuestros criados, lo que seria perjudicial; que para tener noticias frecuentes y exactas de vuestra salud, me suplicaba en nombre de Mr. de Mortagne pusiese todos los dias una especie de boletin bajo una piedra grande en la reja del jardin por la parte de los Campos Eliseos, y que él vendria á recogerlo por la noche, pues á aquella hora no habia nadie en aquel parage; que si pudiese ir yo misma una vez que otra, me lo agradeceria mucho en nombre de Mr. de Mortagne; porque así podria tener noticias mas circunstanciadas; añadió que Mr. de Mortagne habia en un principio pensado enviar un criado á informarse del estado de vuestra salud, como suele hacerse, pero que esto no podia satisfacer su inquietud; me dijo, en fin, que tambien habia pensado suplicarme que le escribiese por el correo, bajo un nombre supuesto, pero que este medio era muy arriesgado.

—¿Y por qué?

—No sé, señora, no se espucó mas: me encargó mucho os digese, por concluir de una vez, que si en algun caso grave teniais que escribir á Mr. de Mortagne, no remitiéseis vuestra carta sino á la duquesa de Richeville, que la haria llegar á sus manos.

—Esto es extraño, dije á Blondeau. ¿Y qué hiciste tú?

—Lo que me habia pedido Mr. de Mortagne, escribir un boletín del estado en que os hallábais, bajo pretesto de pasearme en el jardin antes de volver á cuidaros, ponía todos los dias mi carta debajo de la reja, y el desconocido venia á recogerla. El dia que estuvísteis tan mala escribí de prisa cuatro palabras, y las puse como de costumbre. El dia siguiente no pude salir de vuestra habitacion hasta muy tarde, que fué cuando os aliviásteis: entonces escribí cuatro letras para Mr. de Mortagne, corrí á la reja; la noche estaba muy oscura; el desconocido me sintió sin duda, pues me dijo en voz baja:

—¿Sois vos, Mad. de Blondeau?

—Sí señor, le dije.—En nombre del cielo ¿cómo está la enferma? dijo con una voz que me pareció bastante alterada.

—Mejor, mucho mejor, le respondí; desde ayer no he salido de la alcoba, y traia aquí escritas dos palabras. Creo que al oír esta buena noticia el desconocido se prosternó en tierra, porque se le apagó la voz, por decirlo así, y oí estas palabras en tono de oracion: «Dios mio! Dios mio! alabado seais, ella vive, ella vivirá». Me voy al instante, digo al desconocido, tranquilizad á Mr. de Mortagne.

No tengais cuidado, mi apreciable Mad. de Blondeau, no pasará mucho tiempo sin que sepa la noticia.

—Volvia para casa cuando me pareció oír por el lado de la reja una especie de sollozos sofocados, un rumor de pendencia y un ruido sordo como el de la caída de un cuerpo pesado.

—Me asustas. ¿Y luego?

—Puse atencion de nuevo, y no oí nada. Volví bastante inquieta á la reja, escuché..... nada..... nada. llamé

en voz baja, no se me respondió..... Creí haberme engañado, y me volví adentro.

—¿Y el día siguiente? pregunté á Blondeau.

—El día siguiente al anocheecer llevé mi esquila al sitio acostumbrado; esperé mucho tiempo, nadie vino, supuse que el emisario de Mr. de Mortagne no habia podido venir mas pronto. Me volví adentro pensando ir por la mañana temprano á ver si el billete habia sido recogido como siempre.

—Y bien!

—Y bien, señora, al día siguiente lo encontré en su sitio..... Pero, señora, lo peor y lo que me causa mas temor es.....

—Dílo, exclamé viendo la perplejidad de Blondeau.

—Ah! señora, siguió juntando las manos, juzgad cual seria mi espanto cuando ví cerca de la reja una mancha de sangre bastante grande.

—Oh! eso es horroroso. ¿Y el billete..... el billete?

—Seguí siempre dejándolo para ver si venian á buscarlo; pero fué en vano. Hasta ayer, diez dias despues del acontecimiento, no han venido á recoger el billete..... Parece por desgracia cierto que el mensajero de Mr. de Mortagne fué el que dió el quejido que oí!

—Ay!..... eso parece muy probable..... ¿Y estás bien segura de haber oido un gemido y la caída de un cuerpo? dígame á Blondeau.

—Si, si, señora, y aquellas manchas de sangre prueban suficientemente que no me habia engañado.

—Escucha, Blondeau, Mr. de Mortagne vive enfrente de esta casa, será preciso que vayas esta noche á saber si está en Paris; iré mañana á ver á Mad. de Richeville para informarme, porque estoy muy inquieta. Asi que vuelva Mr. de Lancry, se lo diré todo, á fin de que se una á mí para ver de aclarar ese triste misterio.

—Señora, dijo Blondeau interrumpiéndome, permítidme que os advierta que quizá no seria prudente hablar de esto al señor vizconde, pues bien sabeis que detesta á Mr. de Mortagne; y el desconocido me dijo que este último

se ocupaba de graves intereses que os interesaban. Ayl señora, sois al presente feliz, añadió Blondeau, fijando en mi sus ojos bañados de lágrimas. Pero quien sabe, en fin..... puede llegar el dia en que necesiteis de la proteccion de Mr. de Mortagne. ¿No seria mejor no hablar de todo esto á nadie, por temor de divulgar alguna cosa, de llamar la atencion sobre Mr. de Mortagne, y contrariar quizá de este modo sus proyectos, perjudicando al misterio con que él cree deber guardarse? ¿Para qué instruir de ello al vizconde? Además, lo he hecho sin saberlo vos, si alguien ha errado, he sido yo. ¿Ha habido algo de malo en dar noticias á un pariente vuestro, el solo que os ha amado de veras?

No obstante la repugnancia que tenia á ocultar algo á Gontran, cedi á las razones de Blondeau.

Mis inquietudes respecto á la influencia que Mr. de Lugarto egercia sobre mi marido, estaban tan vivas como antes de mi enfermedad. Aquel hombre me inspiraba un gran terror, pensé que algun dia Gontran y yo quizá nos veriamos obligados á reclamar la proteccion de Mr. de Mortagne.

Se me figuraba que la conducta misteriosa de este último debia tener por objeto descubrir ó penetrar los malignos designios de Mr. de Lugarto. Bajo este aspecto, la desaparicion del emisario de Mr. de Mortagne despertaba mis temores.

En medio de estas inquietudes, me anunciaron á Mr. de Rochegune.

Hice que se le suplicara que esperase un momento; di algunas órdenes á Blondeau, y pasé al instante á verlo, dando gracias al cielo de poder quizá tener noticias de Mr. de Mortagne, pues sabia la intimidad que los unia.

## XI.

### LA ENTREVISTA.

Mr. de Rohegune me pareció muy cambiado, muy pálido; tenía el aspecto mas triste que de costumbre.

—Al punto señora, que supe que recibíais, me dijo, he venido á presentarme en vuestra casa para desempeñar una comision de que me ha encargado una amiga mia, que se tendria por muy afortunada en ser contada entre las vuestras.

—¿De quién quereis hablar?

—De la señora duquesa de Richeville. Habiéndose visto obligada á dejar repentinamente á Paris para ir á Anjou, no ha sabido sino allí y por mí vuestra enfermedad. Me ha suplicado os diese parte de cuanto se interesaba en vuestra pronta cura; y será un consuelo para ella saber que estais restablecida.....

—¿Un consuelo, caballero? ¿Le habrá sobrevenido algun penoso accidente?

—Lo temo, señora; salió súbitamente escribiéndome que una desgracia imprevista la obligaba á dejar á Paris; que no sabia aun toda la estension del golpe que la heria. Su última carta me dejó en la misma incertidumbre; no me ha escrito mas que para suplicarme sea intérprete suyo para con vos.

Involuntariamente me acordé de la especie de amenaza misteriosa que Mr. de Lugarto habia hecho á Mad. de Richeville; un presentimiento me decia que aquel hombre no era extraño á la desgracia que alejaba á la duquesa de Richeville de Paris.

—Hay otra persona, por quien tomo un interés bastante vivo, dige á Mr. de Rohegune, y que es tambien amigo vuestro, Mr. de Mortagne.

—Está ausente hace algunos dias, señora; se fué enfermo, porque tenia necesidad de cuidarse mucho para restablecer su salud, que ha sufrido ya recios ataques.

• —¿Sabeis dónde está Mr. de Mortagne?

—No, señora..... y siento tanto mas no saberlo, cuanto que de un dia á otro dejó la Francia..... quizá por mucho tiempo..... Antes de irme queria tener la honra de venir á tomar vuestras órdenes, señora, por si teniais algun encargo para Nápoles, donde voy á embarcarme.

—Sois demasiado bueno, pero no tengo en que aprovecharme de vuestra esmerada cortesania.

Mr. de Rohegune guardó silencio por algunos momentos, mostrándose como confuso. Por dos veces levantó los ojos hácia mí; otras tantas los bajó, en fin, despues de una larga perplegidad, me dijo con tono grave y sério:

—Señora, ¿creeis que soy un hombre de bien?

Miré á Mr. de Rohegune con estrañeza.

—Sois amigo de Mr. de Mortagne, le dige, y la casualidad me hizo convencer, de que érais digno de su amistad, Aquí, en esta casa, la escena de agradecimiento de que fui testigo.....

—Por favor, señora, dijo Mr. de Rohegune interrumpiéndome, permitidme olvidar ese tiempo; pues están unidos á él muchos recuerdos amargos para mí. Os he pregun-

tado, si me teneis por hombre de bien, porque es preciso que esté bien seguro de vuestra confianza, yo que os soy desconocido, yo á quien quizá no vereis mas para atreverme á decir lo que tengo que deciros.

—Estoy segura de que puedo escuchar sin temor.

—Voy pues, á hablar con sinceridad..... Una sola palabra..... Creed que el hombre en quien teneis á bien reconocer alguna nobleza de corazon, es incapaz de ocultar una segunda intencion. Si no supiéseis algunos antecedentes de mi vida, quizá el paso que intento dar os pareceria incomprendible. Permitidme, pues, que entre en algunos pormenores.

—Os escucho.

Mr. de Rochegune, antes de continuar, se quedó un poco parado. Su cara amable y triste se tornó en pensativa: continué con voz un poco alterada, no obstante los visibles esfuerzos que hacia para vencer su emocion.

—El proyecto favorito de Mr. de Mortagne y de mi padre, fué obtener vuestra mano para mí, señora.

—¿Caballero, á qué vienen estos recuerdos?

—Perdonadme que os hable de una cosa pasada, de proyectos que os interesan tan poco, pero que son indispensables. Habia oido decir á menudo á Mr. de Mortagne antes de su funesto viage á Italia, y tambien á mi padre, cuan desgraciada era vuestra infancia no obstante las bellas cualidades que se revelaban en vos. La relacion de los malos tratos que os hacia sufrir Mad. de Maran, escitó muchas veces la generosa indignacion de mi padre; yo era demasiado jóven, pero no olvidaré nunca el interés que me inspiraba vuestra posicion. Hasta entonces habia habitado con mi padre en una de sus tierras, esto es deciros, señora, que siempre tenia delante de los ojos el ejemplo de las mas nobles virtudes. Oyendo á Mr. de Mortagne contar algunas acciones de Mad. de Maran, supe por la primera vez de mi vida que habia seres malvados y perversos..... Cuando veia á Mr. de Mortagne, lo abrumaba de preguntas acerca de vos, erais para mí, señora, el dolor y la resignacion perso-

—Partí á viages largos; pensando muy á menudo en mi padre y en la Francia, dedicaba un triste pensamiento á la pobre huérfana abandonada á los malignos caprichos de una muger inhumana. Si supiéseis el ódio invencible que me ha inspirado siempre el abuso de la fuerza, si supiéseis que siempre me he ido al lado del débil contra el poderoso, no os admiraríais de oirme hablar así del grande interés que ya me inspirábais.

—Lo agradezco mucho, creedlo.

—Cuando volví, hallé á Mr. de Mortagne en Paris; nos enteró á mi padre y á mí del éxito de la violenta escena, de cuyas resultas vuestro consejo de familia os habia dejado bajo la tutela de Mad. de Maran. Entonces fué cuando mi padre me habló de proyectos que nunca debian realizarse; á la vuelta de la campaña de Grecia que habia proyectado con Mr. de Mortagne, quiso este aventurarlo todo para ilustrar la opinion de vuestra familia, á fin de sustraeros á la influencia de Mad. de Maran. Habeis sabido, señora, porqué odiosas maquinaciones nuestro valiente amigo fué hechado en las cárceles de Venecia, por espacio de algunos años; lo creimos perdido para nosotros..... Este hombre generoso nos habia interesado tan vivamente en vuestra suerte, que mi padre creyó obedecer á un deber piadoso, tratando de reemplazar á Mr. de Mortagne.

—¿Qué quereis decir?

—Mi padre hizo todo lo posible para acercarse á Mad. de Maran: en la noble ilusion de su bella alma, creia, por la sola influencia de la razon y de la virtud, poder decidir á vuestra tia á que cambiase de conducta con vos. Tuvo muchas entrevista con ella, y la halló inflexible. No puedo deciros, señora, sus penas, el disgusto que experimentó. Hizo oír á aquella muger un lenguaje sucesivamente severo, amenazador, suplicante; nada pudo hacerla variar.

—Ignoraba esta intervencion, ahora comprendo la aversion que mi tia ha mostrado siempre á vuestro señor padre.

—Despues de nuevos viages, lo perdí.....

Mr. de Rohegune calló un momento; bajó la cabeza,



se limpió con disimulo una lágrima, y continuó.

—Al morir mi padre me recomendó, en nombre de la amistad que nos unia á Mr. de Mortagne, velar siempre por la huérfana que por tantos títulos merecia el interés que se tomaba nuestro amigo. Ay! señora, estaba reducido á hacer votos inútiles por vuestra felicidad. Quise en vano hacerme presentar á Mad. de Maran; el nombre que llevaba fué un motivo de escluirme: me negó la entrada en su casa. Entonces teniais diez y seis años, segun creo. Muchas veces arrastrado por una especie de curiosidad piadosa que me inspiraba vuestra situacion, procuraba veros cuando saliais; habia en vuestro semblante no sé que mezcla de tristeza reprimida, de resignacion dolorosa que me herian el corazon. ¿Me perdonareis, no es así, esta parte misteriosa de vuestra vida? La respetuosa simpatía que sentia por vos, era como un legado religioso que mi padre y que Mr. de Mortagne, nuestro mejor amigo, habian dejado á mi corazon. No pudiendo veros, hablaba á menudo con Mad. de Richeville de vuestra posicion. La inquietud y cuidadosa vigilancia de Mad. de Maran, impidió á veces que algunos de nuestros amigos y de los suyos, pudiesen acercarse á vos. A la menor pregunta sobre vuestra suerte, sobre sus proyectos respecto á vos, cambiaba de conversacion ó se negaba formalmente á responder. Así se pasó un año. Recibí una carta de Mr. de Mortagne, en la cual me decia que no sin muchos esfuerzos y tentativas estrañas habia conseguido seducir á uno de sus carceleros y fugarse de Venecia. Obligado á detenerse en Marsella de resultas de sus fatigas, me escribió fuese allá lo mas pronto posible. Lo hice; lo encontré casi moribundo, pero ocupado de una sola idea, de vuestro porvenir. Le dije que Mad. de Richeville, habia en vano tratado de acercarséos. Me preguntó si estábais buena, si érais hermosa; le hice un retrato vuestro; y brilló en su semblante moribundo un rayo de felicidad y alegría.

—Esceiente amigo! exclamé.

—Sí, señora, no teneis uno mas ferviente, mas afectuoso..... No me apartaba de su lado..... Mad. de Riche-

ville, abandonando sus comodidades quizá, pero siguiendo el primer movimiento de su amistad y de su inalterable reconocimiento, fué á pasar algun tiempo en Marsella, llevó consigo uno de los mejores médicos de Paris, y se salvó Mr. de Mortagne..... Como siempre se ocupaba ante todo de vuestra suerte..... Volvió entonces á su pensamiento aquel proyecto de union que habia sido la alegría y la esperanza de mi padre..... Esta esperanza, que un momento creí realizable, bastó para darme, casi me atrevo á decirlo, el derecho..... de suplicaros dispusiéseis siempre de mi buen afecto. Mr. de Mortagne cuando llegó á Paris, debia tener con vos una larga entrevista. Consintiese ó no Mad. de Maran, queria daros parte de sus proyectos. Se cree lo que se desea, señora; me pareció tambien tener la mision de haceros olvidar una infancia y una juventud desgraciada! La amistad de Mr. de Mortagne me mostró el porvenir bajo tan bello aspecto, que volví á Paris participando casi de las esperanzas de mi amigo: de repente dos noticias á cual mas malas vinieron á desvanecer mi sueño, vuestro casamiento tratado con Mr. de Lancry, y la recaída grave de Mr. de Mortagne en Lyon, pues se temia no sobreviviese. Volé inmediatamente á su lado..... Lo que me conté empeoró de tal modo su enfermedad, que se apoderó de él una fiebre ardiente, que le duró cerca de un mes. Algunos negocios de entidad me obligaron á precederlo á Paris, á donde llegó la víspera de vuestro casamiento. En cuanto á mí, renunciando á una esperanza alimentada por algun tiempo, resolví viajar; puse en venta esta casa, y entonces tuve la honra de veros en ella con Mr. de Lancry y Mad. de Maran.

—Permitidme os haga una pregunta, ¿sabeis que es lo que hizo por mí Mad. de Richeville antes de mi casamiento?

Mr. de Rohegune me miró con sorpresa y me dijo con el acento mas sincero posible,

—No sé, señora, de que cosas quereis hablar.

—Tened á bien continuar, caballero, dije á Mr. de Rohegune,

Pensaba que iba á hablarme de Gontran en los mismos términos que Mad. de Richeville; aunque hasta entonces la conversacion de Mr. de Rohegune habia abundado en delicadeza, mesura y respeto, no hubiera sufrido el menor ataque contra Mr. de Lancry.

Mr. de Rohegune continuó:

—Bien veis, señora, por este largo preámbulo, que de diez años á esta parte vuestra suerte no ha dejado de ocupar á Mr. de Mortagne, á mi padre y á mí, y todo esto sin noticia vuestras; lo sé; pero en fin, ojalá que interés tan vivo, tan sostenido, pueda darme derecho para deciros una verdad útil, aunque cruel.

—Caballero, no sé lo que teneis que decirme.... pero si se trata de alguna acusacion contra Mr. de Lancry, es inutil prologar esta conversacion.

—Mr. de Rohegune me miró con estrañeza y lástima.

—Lo veo, señora, no tengo la honra de que me conozcáis.... desde el momento en que disteis vuestra mano á Mr. de Lancry, aquella eleccion tan honrosa para él lo presentó á mis ojos entre las personas á quienes me tendria por dichoso poder probar mi afecto. Una de las razones que me animan á venir á hablaros con toda confianza, es que mis palabras interesan tanto á Mr. de Lancry como á vos misma.

Este sencillo y noble lenguaje me libró de un peso enorme, pero despertó mis temores respecto á Gontran.

—¿Qué quereis decirme? dije con viveza.

Despues de un momento de silencio, me respondió:

—¿Veis muy á menudo á Mr. de Lugarto?

—Sí, señor, y casi á pesar mio, si no fuese amigo de Mr. de Lancry!.....

—¿Sabeis quién es Mr. de Lugarto?

—Ah! lo sé.

—¿Sabeis que Mr. de Lugarto pasa ahora su vida en casa de Mad. de Maran?

—Lo ignoraba..... por el contrario tenia entendido que Mad. de Maran lo trataba con la mas desapiadada ironía.

—Sin duda Mad. de Maran lo trató así hasta el día en que reconoció que no teníais enemigo mas peligroso que él.

Debia ser..... dije sonriéndome no sin pena..... mi tia casi me habia prevenido de esta nueva perfidia.

—Pero ignorábais toda la perversidad, toda la infamia de esta nueva maquinacion de Mad. de Maran... No sabeis cuán digno apoyo presta con sus discursos á las viles calumnias de Mr. de Lugarto!

—¿Y qué calumnias.? ¿Lo que dice semejante hombre puede tomarse en cuenta? ¿Y qué puede decir?.

—Oh! nada que él no pueda justificar. Nada que no sea verdad, lo que por desgracia hace mas fatales sus horribles columnias... dice que Mr. de Lancery es su íntimo amigo..... y lo prueba, presentándose sin cesar con vos y con él..... dice que todas las mañanas os envia flores, con las que os adornais, y esto tambien es verdad..... dice que las fiestas que va á dar, por vos es por quien las dá; dice que en público os manifestais indiferente con él, pero que esta indiferencia es una simulacion convenida para engañar á vuestro marido..... dice en fin, que le amais.

—Miré á Mr. de Rohegune tan pasmada, que creyó no lo habia entendido, y volvió á decir.

—Sí, señora, Mr. de Lugarto dice que le amais.

—Esta acusacion me pareció tan estúpida y escandalosa, que no pude menos de esclamar con una carcajada de risa sardónica.

—Yo amar á ese hombre! será un fátuo quien lo creyere posible. Siento amargamente la intimidad que hay entre él y mi marido, siento tambien ser objeto de atenciones quo desprecio y que aborrezco..... pero, no temo ver estas relaciones que detesto interpretadas de esa suerte

Mr. de Rohegune me miraba con una espresion de compasion dolorosa.

—Ay! señora, dijo despues de un largo silencio, mucho me cuesta convenceros de una realidad bien afflictiva; pero vuestro reposo, pero... lo diré el honor..... si el honor

de Mr. de Lancry me impone el deber de instruiros.....

Ay! hablad.....

—Sois demasiado jóven, estais ufana con la nobleza, con la pureza de vuestros sentimientos, tambien lo estais con el amor que teneis, con el que inspirais al hombre que escogisteis; estais ufana en fin con vuestra felicidad, porque es noble, grande y legitima, no haceis caso de calumnias infames; ¿quién las creerá? decís. Escuchad, señora. En vez de suponer al mundo lo que es, ancioso del escándalo y de la maledicencia, inclinacion á creer lo malo, porque la necesidad y la vulgaridad tienen justamente la inteligencia que se necesita para repetir, para estender una calumnia, suponed al mundo espectador imparcial..... ¿qué es lo que vé? Vos, hermosa, jóven, sin esperiencia, al parecer ya casi olvidada por vuestro marido, mientras que obsequia afectuosamente á una muger muy á la moda y de una reputacion á veces comprometida. No es esto todo, el amigo de vuestro marido va todos los dias á vuestra casa, os acompaña por todas partes, su fama es tal, que se le tiene por incapaz de ocuparse de una muger desinteresadamente, así lo probaba él, lo manifiesta á todo el mundo; las preferencias forzadas, no lo dudo, que recibe de vos, aquellas apariencias son emponzoñadas por la envidia que una muger en vuestra posicion inspira á todas las demás. Mad. de Maran, prosiguiendo la obra de perfidia y maldad que comenzó desde vuestra infancia, hace ahora otro papel. Dice que os casásteis con Mr. de Lancry contra su voluntad; que temia su inconstancia, de la cual está ahora dando pruebas suficientes, ocupándose tan á las claras de la princesa de Ksernika. Mad. de Maran dice tambien que ha hecho presente á Mr. de Lancry que os estaba impeliendo á poner os en el funesto caso de las represalias, que vuestra posicion es mas arriesgada porque veis á menudo á Mr. de Lugarto. A todo esto añade, que excepto algunos rasgos pueriles, no puede menos de reconocer en él ciertas cualidades y atractivos á propósito para seducir á una muger..... No es esto todo, señora, preparaos á el último golpe mas cruel aun que los otros, porque

no ataca mas que á vos sola. Mad. de Maran atribuye además á otra causa el pesar que experimenta por vuestro casamiento con Mr. de Lancry; asegura que de resultas de las enormes deudas contraídas por vuestro esposo antes de casaros, vuestro caudal está gravemente comprometido y que.....

—Titubeais, dige á Mr. de Rohegune conteniendo mi indignacion, no contra él, sino contra los autores de esta odiosa trama que se desarrollaba entonces toda entera ante mis ojos..... Continudad, continuad, estoy dispuesta á oirlo todo.....

—Y yo á decíroslo, porque, por fortuna, creo tener el medio de destruir y confundir tan malignas imposturas.....

—Y bien!

—Vuestra tia tiene la infamia de repetir que Mr. de Lancry, viendo sus negocios en mal estado, recurrió á la amistad de Mr. de Lugarto, y que depende tanto de este hombre, que se ve casi obligado á tolerar su continua permanencia á vuestro lado.

—Dios mio!.... Dios mio! exclamé ocultando la cara entre mis manos.....

—¿Os estreméis, señora? Este es un abismo de deshonra y de infamia ¿no es así? Vos tan noble, tan pura! apenas podeis comprender tal tegido de horrores..... Pues bien! creed á un hombre que en su vida ha dicho una mentira..... Estos son los rumores que corren acerca de vos, de Mr. de Lancry y de Mr. de Lugarto..... Y estos rumores no dejan de tener eco, no..... no; desgraciadamente esta es una conviccion apoyada sobre las mas funestas apariencias. Mr. de Lugarto ha obrado con una habilidad infernal; Mr. de Lancry, vos misma, señora, sin saberlo, habeis acreditado estas abominables calumnias.

Me hallaba muy abatida, y comprendia entonces la invencible aversion, el terror que por instinto me inspiraban las atenciones de Mr. de Lugarto. Entonces veia toda la estension del mal.

Mis sospechas atento á la clase de obligaciones que Mr. de Lancry hubiera podido contraer con Mr. de Lu-

garto, me parecian justificadas. En esto, sin duda, Mad. de Maran no calumniaba.

Aunque sin experiencia del mundo, conocia lo bastante para saber que acogia los rumores mas infames. Por desgracia me vinieron á la memoria mil circunstancias interpretadas en el sentido odioso que se daba á las relaciones que existian entre nosotros y Mr. de Lugarto.

Hasta entonces me habian parecido insignificantes, pero al presente me asustaban por la influencia que podian tener sobre el juicio del mundo.

Me sentí un momento abatida, apoyé mi cabeza enardecida en mis manos, sin poder hablar una palabra.

—Lo veís, señora, me dijo Mr. de Rohegune: era precisa toda la imperiosa necesidad del deber, era precisa la ausencia de Mr. de Mortagne, para decidirme á venir á daros este golpe doloroso. Ahora permitidme que os indique lo que creo útil en estas circunstancias: es preciso, sin perder un momento, hacérselo saber todo á Mr. de Lancry, para que no dude de la verdad, os suplico que le contéis nuestra conversacion; el modo de desvanecer esos rumores infames, es bien sencillo; no he olvidado las lecciones de Mr. de Mortagne, ante todo y para todo la verdad, por dura, por violenta que sea, este es el solo medio de destruir la perfidia y la mentira; así que hubiéseis confiado todo á Mr. de Lancry, ni vos ni él cambiareis nada en vuestro trato con Mr. de Lugarto. Dentro de algunos dias dareis una soíree, convidareis á ella á todos vuestros conocidos, á Mr. de Lugarto, á Mad. de Maran y á mí mismo; detendré mi salida hasta entonces, pues podré servirlos á lo que pienso; aquel dia en alta voz, á la faz de todos, ante un tribunal compuesto de la gente del gran mundo, acusaré á Mr. de Lugarto y á Mad. de Maran de haberos indignamente calumniado á vos y á Mr. de Lancry. Mad. de Maran, no obstante su audacia, Mr. de Lugarto, á pesar de su imprudencia, caerán rendidos bajo el peso de una acusacion tan grave; entonces vos y Mr. de Lancry, obligareis á ese hombre y á esa muger á que repitan delante de

todos las indignas mentiras que han propalado, y den la prueba de las infamias que sientan. Entonces, señora, creedme, por muy prevenido que esté el mundo, se verá obligado á creer en la maldad, en la infamia de los que batidos por vuestra generosa indignacion, no podrán mas que taríamudear una vil derrota.

—Sí..... sí..... teneis razon, exclamé reanimada por el noble lenguaje y por el generoso consejo de Mr. de Rochegune. Sí, esta es una inspiracion del cielo! Bendecido seais vos que nos le dais! Será preciso que la verdad salga triunfante de esa esplicacion.... No perdonaré, ni tendré compasion. Mentira á mentira perseguiré á esos infames hasta que confiesen su villanía á la faz de ese mundo á quien habian hecho cómplice y será su juez!

—Bien! bien! señora. Entonces partiré mas tranquilo, mas asegurado del porvenir de una persona á quien he consagrado el mas inalterable afecto....

—Ah! sois el digno, el noble amigo Mr. de Mortagne, dije alargando la mano á Mr. de Rochegune. En nombre de Mr. de Lancry, en nombre de nuestra eterna gratitud, recibid la seguridad de una amistad no menos viva que la vuestra. Con esta revelacion nos habeis salvado de muchas desgracias. Nunca, oh! nunca podremos olvidarlo.

Mr. de Rochegune tomó respetuosamente la mano que le ofrecí, la apretó cordialmente entre las suyas, y me dijo con emocion:

Por la sagrada memoria de mi padre, contraigo aqui la obligacion de ser para vos el hermano..... el mayor amigo..... ¿Lo quereis? ¿Me creeis digno de esta amistad, señora?

—Nos honra mucho á ambos para que no la contraigamos con júbilo y orgullo, le dije.

Llamaron á la puerta.

Entró Blondeau.

¿Qué quereis? le dije.

—Señora, respondió mirando con mucha atencion á Mr. de Rochegune; acabo de recibir esta carta que me dicen entregue al instante al señor marqués de Rochegune.



Me presentó una carta, la que di á Mr. de Rohegune; este dijo:

—Es de Mr. de Mortagne; le dejé cuatro letras en mi casa, previniéndole que estaba en la vuestra.... ¿Me permitís que la lea? quizá os interese.

Hice que sí con la cabeza á Mr. de Rohegune; abrió la carta y la leyó.

—Señora, me dijo en voz baja Blondeau, señalando á Mr. de Rohegune; conozco su voz..... él es.....

—¿Quién?

—La persona que venia á saber de vos de parte de Mr. de Mortagne.

—¿Qué dices?

—Es tan cierto como Dios está en el cielo, es él, señora, estoy segura de que no me engaño; es su voz le digo.

Mientras que Blondeau me hablaba, examiné las facciones de Mr. de Rohegune, que tomaron de repente una espresion que manifestaba la mayor ansiedad..... no pude dejar de decirle.

—¿Qué teneís? Mr. de Mortagne.....

—Es preciso que vaya á verlo al instante.... señora... Vamos á dejar á Paris..... por algun tiempo: está en acecho de una abominable maquinacion, me dijo sin esplicarse mas.

—¿Y ese complot á quién amenaza? exclamé.

—¿Me lo preguntais, señora?... vos..... vos.

—¿Y Gontran, y mi marido?

—Mr. de Mortagne os encarga ante todo que no lo dejéis; si él viaja, viajad con él; pero antes y sobre todo, para su salvacion y para la vuestra, no os separeis de él ni un solo instante.

—Dios mio! Dios mio!.... ¿y qué sospecha? ¿de quién tenemos tanto que temer?

—¿Es preciso deciroslo, señora? de Mr. de Lugarto. El inmenso caudal de este hombre pone á su disposicion los mayores recursos; es tan artero como malvado. Mr. de Mortagne, para contraminar sus proyectos, se ausentó ó fingió ausentarse de Paris de algun tiempo á esta parte.

—Pero, me dejais en una mortal inquietud.

—Ved la carta de Mr. de Mortagne; me escribe de prisa y no me dice cosa particular; mientras que durare la ausencia de Mad. de Richeville, no podreis tener noticias suyas, porque solo por su conducto, podria escribíros; teme que estén ganados muchos de vuestros criados, y la menor indiscrecion acerca de sus designios los haria abortar; se vé, pues, obligado á hacer las cosas con reserva y silencio..... Adios, señora, me voy mas consolado; si Mr. de Mortagne juzga que puedo asistiros en la justificacion que provocais, tendré la honra de venir á noticiároslo, si no, insistid en el proyecto que os he indicado; es el solo que puede cortar el mal por su raiz y confundir á los malvados..... No lo olvido, para remediar mi ausencia escribiré á Mr. de Mortagne todo lo que os he descubierto, autorizándolo para que se sirva de mi carta. Adios, señora, Mr. de Mortagne me dice que no se debe perder un minuto..... Esperanza y ánimo; teneis unos enemigos muy encarnizados.

—Pero contamos con dos amigos muy estimables, dije á Mr. de Rohegune. Adios, caballero, emprendeis una noble tarea, Dios os ayudará.

Se fué Mr. de Rohegune.

—El es, señora, el que fué acometido, herido, estoy seguro de ello, me dijo Blondeau. ¿No habeis notado cuán descolorido está, y la cicatriz que apenas podian ocultar sus cabellos?

—Te engañas, le dije.

Oh! señora, es su voz demasiado dulce para que no la reconozca.....

Abrió un criado la puerta, y anunció al señor conde de Lugarto.

Blondeau salió.

Me hallé sola con este hombre,



## XII.

### LA DECLARACION.

Al ver entrar á Mr. de Lugarto, casi estuve por retirarme; acordándome de los consejos de Mr. de Rochegune, contuve mi indignacion.

Mr. de Lugarto, contra su costumbre, estaba inquieto, turbado.

Debia leer en mi cara una parte de las emociones violentas que me agitaban, y que reprimia no sin trabajo. Sentada junto á una ventana, miraba al jardin esperando que Mr. de Lugarto tomase la palabra.

Despues de un silencio bastante largo, se sentó á mi lado, y me dijo bruscamente:

—Habeis estado enferma; he estado con mucho cuidado: me ha causado una pena que no podríais creer.

—Sé todo el interés que os tomáis por mí, le dije sonriéndome con pena.

—Siempre me aborreceis!

—Caballero....

—¿Para qué negarlo? sin embargo, ¿qué os he hecho?

—No tengo que responder á semejantes preguntas.

—Pero, en fin, á las personas se les dice lo que hay contra ellas. Desde que estais en Paris, siempre he tratado de seros grato....

—Ese trabajo era inútil.

—Bien lo he conocido, y fuera de eso, no habeis correspondido á mis obsequios, á mis agasajos, sino con el desprecio.

—En eso debíais haber conocido que esos obsequios, que esos agasajos no podian agradarme.

—¿Pero por qué? preguntó otra vez. ¿No me respondeis? ¿Era insultaros tener con vos atenciones que toda muger acoge, si nó con gratitud, al menos con complacencia?

—Alcé los ojos al cielo como para ponerlos por testigo del execrable doblez de este hombre.

Mr. de Lugarto hizo un movimiento de impaciencia; continuó tratando de dar á su voz áspera un acento afectuoso é insinuante.

—Veamos, no seais tan mala, hablemos como buenos amigos, sí, porque lo soy vuestro, aunque hayais hecho hasta aquí todo lo posible para irritarme; pero no sé como..... me habeis hechizado. Yo que siempre me acuerdo del mal que se me hace, que sé probar que me acuerdo, no puedo guardaros rencor, os lo perdono todo. Así es que ejercéis sobre mí una influencia increíble! En un principio no comprendí nada de esta influencia, luego poco á poco lo conocí..... pero vais á enfadaros..... En verdad, yo que no soy un escolar, yo que conozco á las mugeres, por la primera vez de mi vida..... titubeo.... para deciros... porque teneis un aire tan altivo que.... Vamos, peor que peor, si me mirais con esa cara, no es ese el medio de decidirme á hablar.

Miraba á Mr. de Lugarto tan altivamente, con una

especie de desprecio tan espresivo, que á pesar de su audacia, se calló un momento; pero abochornado luego de haberse dejado turbar, continuó:

—Además, soy estúpido, no os diré nada que ya no hayais hace tiempo adivinado, las mugeres no son ciegas, son las primeras que conocen los sentimientos que ellas inspiran..... os amo apasionadamente.

Mr. de Lugarto dijo estas últimas palabras con voz baja, alterada, trémula.

Advertida por Mr. de Rochegune, preveia esta insolente declaracion; mi semblante permaneció impasible.

Mr. de Lugarto esperaba una esplosion, y pareció muy sorprendido de mi calma y de mi silencio.

—Sí, os amo, ó por mejor decir, os adoro, continuó; yo que hasta ahora no he tenido sino fantasías, amores efímeros, siento á vuestro lado la necesidad de fijarme enteramente. Si quisiérais arreglariamos nuestra vida á las mil maravillas..... Al presente, estoy en intimidad con voz; podemos pasar una vida muy agradable..... ¿pero no me respondeis? ¿Os incomodo quizás?

—Continuad, continuad.

—¡Con qué tono me lo decís! ¿No me creéis quizás capaz de seros siempre fiel? Estais equivocada. He gozado de la vida y de todos sus placeres quizá con exceso; me tendria por feliz en poder reposar en un afecto tan dulce, tan tranquilo; mi carácter, que es á veces detestable, lo confieso ingenuamente, ganaria mucho en ello..... Estoy seguro de que, si quisiérais tomaros ese trabajo, podríais hacerme mucho mejor de lo que soy. Veamos haced la prueba, ¿qué os cuesta? Os amaré tanto..... Oh!..... no sabeis lo que es ser amada por un hombre que desprecia á todas..... Hareis de mí todo lo que quisiéreis..... y por todas partes dirán: Ved el imperio de Mad. de Lancry! ha sabido fijar, ablandar, dominar á aquel hombre, el mas indomable que hay en el mundo!!!

Sino hubiese sentido que tocaba en una crisis fatal de mi vida, y que un peligro nos amenazaba á mí y á Gontran, la increíble presuncion de este hombre, su fatuidad cí-

nica, cuya ridiculéz tocaba en odiosidad, me hubieran hecho sonreír de compasión; pero estaba poseída de presentimientos crueles.

Mr. de Lugarto me causaba susto, me parecía que, á pesar de su grosera audacia, no me hubiera hablado así..... si no hubiese creído poderlo hacer impunemente. Por lo tanto, le dije juntando las manos con sobresalto:

—¿Qué novedad es esa, caballero, que os atreveis á hablarme así?

—Mi lenguaje es con todo muy sencillo..... Dios mio! tranquilizaos..... no soy exigente..... no os pido mas que esperanzas para lo sucesivo acompañadas de un poco de confianza para el presente; dejaos amar, no os ocupeis de lo demás; sed tan solo un poco franca para hacer que no luche con la inclinacion que podría despertarse en vuestro corazón á favor mio. Vamos, confesad que os parecerá fastidioso que os hablen así; apuesto algo á que esto os incomoda..... Pues no teneis razon..... este es el lenguaje del verdadero amor..... El hombre que ama bien, se cree siempre seguro de hacer tarde ó temprano que se participe de su pasión..... Sois rara, suavisad esas miradas que espantan, ¿que es lo que os pido? ser feliz..... Vereis, vereis..... pero respondedme..... al menos..... al menos..... Matilde.

Al hablarme así Mr. de Lugarto se me acercó, y quiso tomarme una mano.

Oía este grosero lenguaje y me parecía que estaba soñando, conocia la imprudencia de aquel hombre, y casi llegué á dudar si, ignorándolo yo, merecia semejante humillacion.

Me creia castigada por no haber manifestado bastante á Mr. de Lugarto la aversion que me inspiraba.

Cuando quiso tomarme la mano, la vergüenza, la ira y el terror, escitaron mi cólera; me levanté bruscamente.

—Idos, grité, idos..... la aversion y el desprecio llegan algunas veces á tal punto, que el alma se revela á pesar de los esfuerzos que hace para contener; os digo que os vayais.

—No teneis piedad..... ni corazón..... exclamó Mr. de

Lugarito. No es agravio amaros, porque os amo, os juro que os amo; si hasta aquí os he ofendido, os pido perdón, eso procede de mi mala educacion..... no he estado acostumbrado á encontrar muchas mugeres como vos..... me han hechado á peder..... tengo malos modales, lo confieso; con una palabra..... una sola palabra un poco afectuosa..... hubiérais podido hacérmelos cambiar; me hubiera sido tan grato obedeceros..... no sabia que pensar..... viéndoos tan indiferente á mis obsequios, creia que no comprendíais lo que significaban, no sabia que imaginar para haceros entender que eran hijos del amor; algunas veces he estado tentado de alejarme, pero me detenia á pesar mio el encanto que poseeis, atended..... No os intereseis por mí, pero compadecedme; mandadme cualquier cosa; decidme que me aleje, y haré por obedeceros; pero que sepa al menos que este cruel sacrificio me será quizá un dia recompensado; respondedme..... por favor! respondedme..... Nada, nada, ni una palabra..... siempre esa mirada de ódio, de desprecio implacable! Ah! soy bien desgraciado.... y aun me tienen envidia! exclamó Mr. de Lugarito.

Dos lágrimas verdaderas ó fingidas corrieron por sus lívidas mejillas, y ocultó la cabeza entre sus manos.

Si no hubiera estado prevenida por Mr. de Roheguene de los odiosos rumores que esparcia este hombre, sin llamarme de manera alguna la atencion su dolor aparente, quizá lo hubiera creido. No vi en ello sino una insultante hipocresia.

Me dirigí á la puerta para irme.

Mr. de Lugarito conoció lo que iba á hacer, y se me puso al paso.

Tuve miedo.

Volví de priesa á la chimenea para tirar de la campanilla.

—Quereis reducirme á la desesperacion, exclamó con voz alterada, juntando sus manos en tono de súplica. Oh! decidme tan solo que no me impedireis que procure agradaros, que me permitireis trate de vencer la aversion que os

inspiro, nada mas que esto. Y se arrodilló á mis pies.  
Tiré arrebatadamente la campanilla, y entonces se levantó.

—Ah! ya lo veo, dijo poniéndose de repente cárdeno de rabia, nada pueden con vos, ni las súplicas, ni el afecto, ni la humanidad. Pues bien! emplearé otro medio; de rodillas, ois muger orgullosa, de rodillas me pedireis tenga piedad de vos.

Habia tanta confianza, tanta malignidad en el asento de este hombre, que temblé de espanto.

Entró un criado.

—Decid á mis criados que se vayan, dijo Mr. de Lugarto con la mayor sangre fria, y antes que yo hubiese podido pronunciar una palabra.

Nada parecia mas sencillo que esta órden, y así el criado se fué.

Estaba tan atónita que no me atreví á mandarlo detener.

Mr. de Lugarto, conteniendo su cólera un momento, perdió toda mesura.

Se puso horrible, sus ojos se encendieron, todo su cuerpo tembló convulsivamente, sus lábios descoloridos se contrajeron con un temblor nervioso.

Yo no podia dar un paso, esperaba perpleja alguna horrible revelacion.

—Ah! ¿quereis luchar conmigo? exclamó, pero no sabeis lo que puedo!.... Bien visteis que con una palabra humillé á aquella insolente princesa! En cuanto á la bella duquesa, no sabeis las lágrimas de sangre que le cuesta á estas horas su impertinencia con respecto á mí; no sabeis que si quisiera..... ¿entendeis? que si quisiera, no tendria mas que decir una palabra, una sola palabra para haceros caer desmayada de terror. Ah! creeis que cuando un hombre como yo quiere alguna cosa..... la quiere en vano! creeis que no sé vengarme del que me últraja! creeis que mientras me habeis colmado de desprecios é insultos, no os devolvia desprecios por desprecios, insultos por insultos! Hubiera sido demasiado tonto, pero sabed pues, que gracias



á mi y á vuestra tia, á quien he sabido poner de mi parte, estais ya perdida en la opinion pública, hagais lo que hagais de aquí adelante, esta es una herida incurable hecha á vuestra reputacion! El mundo juzga, condena y hiere con una deshonra eterna por cosas mil veces menores que esto! Sabed pues que para completar, para acabar de hacer mis calumnias verosimiles, la primera vez, por mi voluntad, he hecho adelantos á vuestro marido, que este, tambien por mi voluntad, os es infiel: este es un hecho bien averiguado para todos..... el mundo dice que os vengais de vuestro marido, engañándole conmigo..... Ahora os desafio á que destruyais estos rumores, estas esperiencias! que lo querais ó nó, estaré siempre, siempre cerca de vos..... Os asusto. os causo horror, tanto mejor; no tendreis sino un medio de libertaros de mi persecucion, estoy harto de las empresas fáciles; mejor quiero triunfar como se dice por el terror que por el amor..... Os veo ya suplicante..... llorosa..... espantada..... vuestros hermosos ojos anegados en lágrimas... tanto mejor, estareis entonces mas hechicera.

Al pronunciar estas palabras, sus ojos brillaban con una ferocidad salvage.

Algunos momentos habia que lo escuchaba maquinalmente, como si hubiese sido el juguete de un sueño horroroso; de repente oí ruido en la habitacion de mi marido,

Eran sus pasos, venia á el salon.....

—Junté las manos, y exclamé.—Alabado seais, Dios mio!.... aquí está.

Mr. de Lugarto me miró con sorpresa.

Se abrió la puerta y entró Mr. de Lancry.



### XIII.

#### EL RETO.

---

Al ver á Gontran, mi primer movimiento fué correr á él, y decir:

—Salvadme..... salvadme.....

Mis facciones desconcertadas llamaron su atención, y exclamó mirando á Mr. de Lugarto.

—¿Matilde, qué teneis? En nombre del cielo! ¿qué teneis?

Mr. de Lugarto se hechó á reir á carcajadas, y dijo á Mr. de Lancry.

—Querido mio, sabeis que es muy rara vuestra esposa! Es capaz de tomar por lo sério una majaderia.

—Sois un infame, grité, no tengo que guardar ningun miramiento..... descubriendo vuestra conducta á mi marido, no espongo sus dias, vos no os atreveréis á batiros con él, y él no se dignará batirse con vos.

—Ois como me trata, querido mio, dijo Mr. de Lu

garto á Mr. de Lanery; confesad que tengo buen carácter.

—Fuera chanzas, dijo Gontran; en la agitacion, en la palidéz de Mad. de Lanery, veo cuán conmovida está; cualquiera que sea mi amistad con vos, nunca sufriré que olvideis un momento el respeto que debeis á mi esposa.

—Lo tomáis así, querido mio, eso es indiferente, dijo Mr. de Lugarto, no hablemos mas de ello, olvidemos esta tontería, y hablemos de otra cosa..... ¿Qué pensais hacer esta noche?

—Lo ois, exclamé; este hombre os dice que olvideis lo que él llama una tontería! Va á pedirnos la mano y haceros de nuevo traicion; no..... no..... mi noble, mi generoso Gontran, aunque vuestra alma confiada y buena debe sufrir por este descubrimiento, voy á decíroslo todo; es preciso quitar la máscara á este hombre que creéis amigo vuestro, es preciso que sepais las voces infames que propala con respecto á vos y á mí; es preciso que sepais que aquí, ahora mismo, me ha declarado su indigno amor, no como una vana galantería..... miente..... miente.... no..... no..... desde luego habló de su amor suplicando... con lágrimas en los ojos, con palabras suaves é hipócritas.

—Caballero, dijo Gontran poniéndose encendido de cólera, y lanzando una furiosa mirada á Lugarto.

—Escuchad pues hasta el fin, querido mio, os repito que ella se indigna sin razon; que toma por lo sério una tontería.

—Y luego, continué, así que vió el desprecio, el disgusto que me inspiraba, entonces siguieron las amenazas de venganza, las revelaciones horribles; el mundo, me dijo, cree que sois infiel, Gontran; el mundo cree que me vengaba de vuestro abandono, amando á este hombre. ¿Habeis dicho esto; caballero, habeis dicho esto?

Mr. de Lugarto se sonrió y encogió de hombros.

—Mr. de Lugarto cuidado, dijo Gontran con voz apagada.... la paciencia humana tiene límites..... y desde hace bastante tiempo..... oh! bastante tiempo, soy paciente, bien lo veis.

Bajó los ojos Mr. de Lugarto, y no respondió palabra.

Ufana con su confusion, y esperando librarme para siempre de esta escena cruel, continué:

—Pero no es esto todo, está unido á nuestra mas mortal enemiga, á Mad. de Maran; para publicar por todas partes que vos, que vos mi noble Gontran..... aguantábais su presencia maldiciéndola..... que los obsequios que me hacia eran tolerados por vos..... ¿Y sabeis por qué? porque nuestro caudal estaba comprometido por vuestras deudas, y que habias recurrido al dinero de este hombre.

Me espantó por un momento la espresion de rabia que animó las facciones de Gontran.

Se levantó, asió á Mr. de Lugarto por el brazo, y le dijo con voz fulminante.

—¿Ois lo que dice mi muger? ¿Lo ois?

—En fin, Dios mio! nos veremos libres de este demonio, exclamé juntando las manos.

Mr. de Lugarto habia permanecido sentado.

Cuando Gontran se acercó á él, no hizo movimiento alguno; se desasió friamente de las manos de Gontran, lo miró, y le dijo con una calma sardónica que me aterró.

—Ya lo veo! querido mio, no hay duda que estais loco.

—Os digo, que esos rumores que estendeis son infames..... y que no sufriré.....

—¿No sufrireis? articuló lentamente Mr. de Lugarto, riéndose con una risa fingida.—Ah!.... ah!.... ah! es muy gracioso..... bajo palabra de honor. ¿no sufrireis? ¿Por ventura tratais de amenazarme, señor vizconde de Lancry?

—Si..... si..... suceda lo que suceda; una vez al menos yo.....

—¿Suceda lo que suceda, vizconde? dijo Mr. de Lugarto con voz aguda, interrumpiendo á mi marido. Suceda lo que suceda..... Repetidlo.

Gontran estaba sumido en una congoja inesplicable; su hermosa cara, dolorosamente contraida, espresaba el ódio, la rabia, la desesperacion; pero se hubiera dicho que una misteriosa influencia impedia la esplosion de estos violentos sentimientos.

Estallaron; Mr. de Lancry dió con el pié en el suelo.

—Y bien! sí si, suceda lo que suceda, puesto que me apurais, os insultaré, entendeis, os insultaré á la faz de todos: nos batiremos, y os mataré ó me matareis; uno de nosotros está de más en la tierra; esta existencia me es insoportable..... Si no fuera por el temor de causaros un placer infernal, me hubiera ya librado de esta vida, que me es odiosa.

Habia tanta desesperacion en estas palabras de Gontran, me amenazaba con tan nueva y formidable desgracia, que sentí que me faltaban las fuerzas.

—No me insultareis y no me batiré con vos, replicó con frialdad Mr. de Lugarto. Como ha dicho la señora, no me atreveré, y vos no os dignareis..... Pero volvamos á vuestro «suceda lo que suceda.» ¿Este es un reto..... eh! vizconde? Quereis que al momento delante de madama diga.....

—Deteneos! deteneos, no se hable mas! gritó Gontran esforzándose, por piedad..... no se hable mas.....

Se dejó caer en un sillón, llevó una mano á sus ojos, exclamando con voz ahogada:

—Dios mio!.... Dios mio!....

—Vamos pues..... bastante trabajo ha costado convenceros, mi querido é íntimo amigo, que no soy tan travieso como parezco, dijo Mr. de Lugarto ¿Que es lo que pido? vivir en paz con vos y con vuestra esposa, realizar el triángulo equilátero de los italianos, todo bien y con honor se entiende..... pero sois un miserable celoso, un Otelo. Veamos..... ¿de qué os quejais? Supongamos que hiciese la corte á vuestra esposa ¿qué importa? Ella es virtuosa, os adora y me detesta. Hé aquí tres razones por una para tranquilizaros..... una especie de cancerbero con tres cabezas que defiende suficientemente vuestra felicidad conyugal. Pero me decis «el mundo charla, cree que estais á buenas con mi muger.» Dejar charlar al mundo. ¿No estais seguro de la fidelidad de vuestra esposa? Vamos, vizconde, sed filósofo y no deis valor á palabras vanas. «Pero este rumor, por falso que sea, es repugnante» me direis. Eso es posi-

ble..... pero lo sabeis, de los males es medeester escoger el menor; y puesto que las charlatanerias del mundo os asustan, pensad pues, querido mio, qué haria el mundo..... si yo hablase sobre ciertas cosas..... si dijese como en Lóndres...  
—Caballero..... oh! caballero..... dijo Gontran en tono de súplica.

Mr. Lugarto me miró sonriéndose con ironía.

—Veis, he aquí á este gran matasiete suave como un guante..... Vos que sois la sabiduria misma, aconsejadle que sea razonable. Mirad, voy á concluir hablando como un traidor de melodrama: Vizconde de Lancry, estais en mi poder; no podreis libraros de mí sino asesinandome ó suicidándoos. Sé que no recurrireis á tales medios. Sentado esto, vamos á otra cosa. Vaya, querido mio, olvidemos los desvarios de vuestra esposa, vivamos todos tres en una dulce intimidad, como antes; dejemos hablar al mundo, y disfrutemos de la vida, porque es corta. Sin embargo, como no se me insulta impunemente, como tengo que vengarme de los desprecios de esta querida Matilde, quiero castigarla y la condeno á venir con vos á comer hoy á mi casa, para celebrar su convalescencia. Estaremos pocos..... la princesa Ksernika y tres ó cuatro señoras ó caballeros de nuestros amigos. Esto es muy sério, querido mio..... entendeis..... «lo quiero»..... Mad. de Lancry hará algunos dengues; pero dejo á vuestro cuidado decidir á mi bella enemiga. No os faltarán escelentes razones que darle, estoy seguro de ello...

Miraba yo á Gontran con asombro; no decia una palabra, tenia los ojos fijos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Mr. de Lugarto se levantó y añadió: direis pues, mis buenos amigos, que esto es una extravagancia! ¿Quién diria que á estas horas, en una de las mejores fondas del arrabal de San Honorato, en este bello dia de primavera, pasa una de aquellas escenas increíbles que harian la suerte de un autor de novelas?..... Sin embargo, es cierto..... La vida del hombre es ademas menos prosáica que lo que se cree..... Hasta luego; comeremos á las siete. Probareis un nuevo cocinero, acaba de salir de casa del principe de Tayllerad; se

cuentan de él maravillas. Ah! se me olvidaba, despedireis el coche despues de comer, iremos todos á Tivoli; hay allí una fiesta muy deliciosa, dicen que debe asistir á ella Mad. la duquesa de Berry. Pienso presentarme con vos, vuestra esposa y vuestra adorable princesa, miserable infiel..... Está convenido, yo os traeré á vuestra casa, y antes iremos á tomar helados en casa de Tortoni..... Lo veis, trato absolutamente de continuar comprometiendo á Matilde, y escojo bien mi teatro, segun creo..... Querido mio, ¿me habeis entendido?..... ¿Eh?.....

—Sí, caballero, dijo Gontran en voz baja.

—Cuento con vos y con mi bella enemiga..... Respondedme pues..... Os he dicho que lo queria..... esto debe ser suficiente, segun pienso.

Mad. de Lancry y yo..... iremos á comer á vuestra casa, respondió Gontran, esforzándose desesperadamente.

Mr. de Lugarto se fué, lanzándome una mirada de triunfo infernal.

#### XIV.

#### ESPLICACION.

---

Despues de haberse ido Mr. de Lugarto, ni Gontran ni yo tuvimos ánimo para decir una sola palabra; caí en un abismo de tristes reflexiones.

Era cierto, un misterioso, un terrible secreto ponía á Mr. de Lancry bajo la dependencia de Mr. de Lugarto!

Por la primera vez, habia mi marido hablado de matarse.

Este horrible pensamiento jamás se habia venido á mi imaginacion; me estremecia pensando en la resolucion de Gontran.

Sentí un golpe muy doloroso en el corazon, cuando gritó dirigiéndose á Mr. de Lugarto: «á no ser por el temor de causaros una alegria infernal, me habria matado.»



Ay! ¿y yo? ¿Olvidaba que no le sobreviviría?... me reprendí amargamente por haber tenido en tan poco la vida de Gontran, me hechaba en cara haberlo, por decirlo así, «amado mal.»

No era esta una vana humildad de corazón, era conciencia; sin duda siempre había sido para con él afectuosa, obsequiosa, sumisa, apasionada, pero había empleado mal estos nobles sentimientos, puesto que podía morir sin hecharme de menos.

Desde este momento adquirí esta amarga convicción nacida del amor mas ferviente y de una profunda desconfianza de mí misma: «Siempre se tiene la culpa de no ser amada.»

Me adhería con todas mis fuerzas á esta convicción paradójica sin duda; empleaba todos los recursos de mi alma, todo el poder de mi corazón para darle una autoridad irrecusable.

Las mugeres que han amado con aquella ceguedad sublime, con aquella magnífica abnegación que constituye la pasión, comprenderán la felicidad que hay en apoderarse de la menor ocasión de excusar las crueldades de aquel á quien se quiere, aun cuando se deba una misma sacrificar á esta rehabilitación.

Ahora que los años, ahora que la desgracia han madurado mi juicio, me parece que es preciso quizá atribuir tambien esta obstinada indulgencia á la imperiosa necesidad que tenemos de justificar nuestra elección á nuestros propios ojos, aun al precio de las mas caras esperanzas.

Una voz en este camino de desconfianza de mí..... me hechaba tambien en cara no haber sabido inspirar á Gontran bastante terneza para que me hubiese hecho saber el fatal secreto de que Mr. de Lugarto abusaba tan funestamente. Viendo la pesadumbre de Gontran, tuve casi por crimen haberme mostrado tan desdeñosa con Mr. de Lugarto, no haber sabido disimular mi aversión. En lugar de exasperarme con nosotros, quizá este hombre hubiera sido inofensivo!

Me creí feliz, y sin embargo casi espantada por esta última reflexion.

Tal era el formidable poder del amor! yo, tan envanecida sobre todo desde que pertenecia á Gontran, sentia casi haberme portado mal con el mas despreciable, el mas malvado de los hombres.

Al presente me sorprende el silencio prolongado que guardamos Gontran y yo despues de esta escena; pero las palabras de Mr. de Lugarto establecian tan claramente la horrible dependencia de Gontran con respecto á él, que debiamos estar algun tiempo como aturdidos de aquel golpe destructor.

Mr. de Lancry tenia la cara escondida entre sus manos.

Me acerqué á él temblando.

—¿Qué quieres mas? exclamó bruscamente. Alzó su frente que me pareció tan sombría como la noche, y me lanzó una mirada que me hizo perder el color.

—Hé aquí donde nos han conducido vuestra mordacidad y vuestra gasmoñería!! A una esplicacion positiva. Debeis ahora estar satisfecha; ¿mi posicion respecto á Lugarto es clara y terminante, segun espero?

—Como Gontran, debia escuchar sin indignarme las horribles declaraciones de ese hombre!.... ¿Pero y mi honor y el vuestro?

—Señora ¿quién os habla de comprometer vuestro honor y el mio? Hay un abismo entre una falta y una inocente galanteria..... Si hubiérais tenido una sombra de perspicacia, á las primeras palabras que os dije acerca de Lugarto hubiérais descubierto que era un hombre fácil de manejar. Pero no, á pesar de mis mas espresas recomendaciones, habeis tratado veinte veces de irritarlo. Estragado, maligno como es, encuentra un placer en los obstáculos, en la resistencia..... Algunas condescendencias afectuosas de parte vuestra nos hubieran desembarazado de él..... Pero le habeis picado en el juego..... Ahora, añadió Mr. de Lancry con rabia, ahora está irritado. A pesar mio, no me pude contener en decirle palabras muy duras..... ahora sé

que os obsequia, y me veo obligado á ser bastante cobarde para no abofetearlo, y para presentarme esta tarde, mañana, todos los dias en público con vos y con él!.... Hé aqui de lo que sois causa, señora.

—Yo..... yo.....

—Sí, si, mil veces si, puesto que estais segura de vos, como lo estoy yo mismo, hubiera estado bien sin aceptar sus obsequios, no rechazarlos brutalmente: hubiera estado bien decirle con gracia y bondad que su continua frecuencia os comprometía, y que puesto que él queria agradaros, debia empezar por obedeceros en eso; os hubiera escuchado, porque así no le hubiérais quitado toda esperanza, no le hubiérais exasperado..... ¿Pero me tocaba á mí entrar en estos pormenores? ¿Debia yo deciros el papel que debíais desempeñar en este caso? ¿No debíais haberme ahorrado este paso tan humillante como ridículo? Si me amais no hubiera tenido necesidad de deciros todo esto.... No basta ser muger de bien, hacer alarde de su virtud, añadió sonriéndose con amargura, es menester tambien no poner á su marido en una posicion de que no se puede salir sino por la deshonor ó por un crimen..... Oís, señora!!

—Gran Dios!.... Gontran.

—Hablais de deudas, de dinero..... Daria mi vida por no tener otras..... para con él, porque, sabedlo, infeliz muger: tiene en sus manos mas que mi vida..... entendedlo, mas que mi vida..... ¿comprendeis ahora?

—Comprendo, Dios mio!.... comprendo..... Perdonadme, Gontran, sois bueno; en este momento me decia á mí misma que no tenia razon; lo sabeis, antes de mi enfermedad tomé la resolucion de amaros por vos; esta resolucion, siempre la sostendré, amigo mio..... nuestra posicion es horrible..... Ese secreto, no os lo pregunto, no, no; ¿pero en fin, qué debe hacerse?

—Ir desde luego esta tarde á comer, despues á la fiesta.....

—Bien está, iremos..... iremos..... oh! vereis, tendré valor..... Hablaré á ese hombre sin manifestarle mi aversion. Si es necesario le pondre cara risueña. El mundo

interpretará mi conducta como quisiere..... poco me importa, con tal que á los ojos de Dios, á los vuestros, no tenga de que ruborizarme..... Gontran, tengo mas resolucion de lo que pensais..... Vamos, miremos nuestra posicion como debe verse..... ese hombre puede perderos, lo aborrezco tanto como os amo, Gontran; podré, os lo prometo, encubrir el horror que me inspira..... pero en fin, si algun dia me dice..... á mí..... porque ese hombre se atreve á todo: el secreto que puede perder á vuestro esposo, lo descubro, si no me amais.

Gontran se puso rojo de indignacion, y gritó:

—Lo mataria..... y me mataria despues!

—Ese hombre tenia razon..... amigo mio..... un crimen ó el suicidio..... vamos..... está bien..... en todo caso, no moriríais solo..... eso será lo mas horrible de nuestra suerte..... ahora escuchadme..... Esta mañana vino Mr. de Rochegune á despedirse; recibió estando aquí una carta de Mr. de Mortagne. No os enfadeis, Gontran, nuestra posicion es bien triste, y Mr. de Mortagne es quizá el solo amigo que nos queda, sabe, no sé como..... que Mr. de Lugarto tiene los peores designios respecto á vos y á mí; salió de Paris para desbaratarlos, hizo que se me encargase sobre todo no dejaros nunca, si viajábais! Todo esto es sin cüda bien vago, pero en fin, siempre es un consuelo pensar que tenemos amigos que velan por nosotros.

—Mr. de Mortagne tendrá bastante que hacer para que olvide sus infames insultos, exclamó Gontran.

—Lo que fuere preciso hacer para ello, amigo mio, lo hará de muy buena gana, creedlo.

—Pero en cuanto al hecho..... no se habia engañado, os previno que yo os haria muy desgraciada, dijo Gontran sumamente irritado, debeis reconocer la exactitud de sus provisiones.

—Amigo mio, digo tratando de sonreirme, sin duda alguna quiero mucho á Mr. de Mortagne, pero en este asunto debo negarle la razon; no sois vos, es ese hombre implacable quien me hace tan desgraciada! ¿Mientras estuvisteis libre, no me colmásteis de todas las felicidades po-

sibles? ¿Antes de nuestro casamiento, no os debí unos hermosos días llenos de amor y de esperanzas?

—Y esas esperanzas se han frustrado..... ¿no es así?

—Gontran..... bien sabeis que no es cierto. ¿No gocé de una dicha ideal de nuestro retiro de Chantilly? ¿Quién vino á rebatarnos de aquel Eden? Ese hombre odioso! ¿Su llegada no fué la señal de nuestros sinsabores? ¿No sé yo que obsequiando á esa muger de quien he tenido tantos celos, obedeciais tambien á la influencia de ese hombre? ¿No era preciso para sus horribles proyectos, que pareciese que me erais infiel? Os lo repito, Gontran, no os acuso.

—Sois, sin embargo, siempre y á pesar de todo, una noble y escelente criatura, me dijo Gontran mirándome como enternecido. Ah! mal haya el día en que escuché los consejos de mi tío y de vuestra tia!.... Que vida..... os he dado..... desgraciada niña! Oh! esto es horrible! Mirad, algunas veces me horrorizo de mí mismo.....

Despues de haber dicho estas palabras, se fué Gontran con violencia.

La desgracia suele dar una grande decision de carácter.

Resolvi seguir las órdenes de Gontran, esto es, estar afable con Mr. de Lugarto.

Ahora que no estoy ya bajo el encanto del amor que me inspiraba «su amigo,» apenas puedo concebir como pude resignarme á tan vergonzosa, á tan humillante concesion despues de la escena odiosa por la mañana.

Pero entonces no titubeaba; antes que todo era preciso ganar tiempo.

Mr. de Mortagne trabajaba por su lado; quizá esperaba encontrar el medio de arrancar á Gontran de la influencia de Mr. de Lugarto.

Partimos para la comida, para la fiesta.

Hacia un tiempo magnífico; me acuerdo de una circunstancia pueril, pero rara.

Nuestro coche se vió obligado á pararse en un ángulo del camino de Marigny por algunos instantes, y un pobre de fea y diforme figura se acercó y nos pidió una limosna.

Gontran, segun creo, no oyo; el mendigo nos lanzó una mirada llena de enojo, y nos dijo con gesto amenazador, en el momento en que nuestro coche hechaba á andar. Estos ricos son muy soberbios! son tan felices!

Por un movimiento espontáneo, nos miramos Gontran y yo, como para protestar contra esta acusacion de que éramos felices.

—Ay! sin embargo, el error de este pobre era escusable; veia á dos jóvenes en un coche brillante, rodeados de un lujo que el vulgo toma por felicidad, y que encubre tantos dolores, tantas llagas incurables. ¿Podia este pobre adivinar sinsabores? Y la fiesta suntuosa á que íbamos como á un suplicio con un sordo y vago temor! Qué lecciones tan tristes en estos contrastes de la apariencia y de la realidad!

Llegamos á casa de Mr. de Lugarto.

Mi desaliento, mi tristeza, habian cedido el puesto á una animacion febril y ficticia.

—Mr. de Lugarto nos recibió sonriéndose; triunfaba en el orgullo de su execrable maldad.

Su casa, que yo no conocia, estaba adornada con toda la manificencia imaginable, pero hacinados los muebles, acumulados sin gusto. En medio de este caos de cosas admirables, ciertas estrañas mezquindades denotaban los instintos de una sórdida avaricia. Esta vasta y opulenta habitacion, á pesar de sus proporciones, carecia de elegancia, de nobleza y de grandeza.

Hallamos reunidas á las personas que Mr. de Lugarto, nos habia anunciado.

De cuando en cuando, miraba yo á Gontran para cobrar ánimo.

—Mr. de Lugarto parecia sorprendido del cambio que habia en mis modales con respecto á él.

Todo lo que pude hacer, fué usar con él de una urbanidad casi afectuosa, con lo cual pareció mas bien sorprendido que otra cosa; me consideraba atentamente, como si dudase de estas apariencias; usó conmigo de los mayores cumplidos.

Gontran estaba sentado junto á la princesa de Ksernika; inquieto, embebido, apenas respondia á las coqueterias de aquella muger.

Mr. de Lugarto me dijo en voz baja, y separándose de la mesa, que el mas feliz de los hombres, puesto que parecia renunciar yo á mis injustas prevenciones contra él, que sentia amargamente su ira de por la mañana; pero que debia escusarlo en favor de la violencia de un amor de que no era dueño.

Ay! pensaba el escucharlo, ¿quién me hubiera dicho un dia, que á los tres meses de casada, despues de una union que era para mi tan adorablemente hermosa y santa, estaria reducida á oír semejantes palabras sin poder manifestar mi despecho, mi disgusto, mi indignacion? ¡Oh profanacion! oh sacrilegio! un amor que me habia figurado tan noble, tan grande, tan puro.....

Despues de comer, segun habia ordenado Mr. de Lugarto, subimos al coche, él, la princesa, yo y Gontran, y fuimos á Tívoli. Continuó mi suplicio.

Mr. de Lugarto me daba el brazo, y mi marido á la princesa; habia mucha gente en la fiesta; casi todas las personas de la corte que por su destino estaban en Paris, se hallaban allí.

Como habia estado mala largo tiempo, y hacia algunas semanas que no salia, me sorprendió, no sin sentimiento, notar alguna variacion en el modo con que se me recibia, como igualmente á Mr. de Lanery.

Los hombres lo saludaban con frialdad y distraccion, algunas señoras á quienes habló, apenas le respondieron. Mr. de Lugarto, por el contrario, fué acogido como de costumbre; su cara relumbraba de orgullo. Creí conocer que los hombres lo miraban con envidia, y que algunas mugeres me mostraban poco aprecio.

Me vinieron al pensamiento las revelaciones de Mr. de Rohegune, y temblaba pensando en las hablillas ignominiosas de que Gontran y yo éramos quizá objeto en aquel momento, pues tan graves se presentaban las apariencias....

Me sentia desfallecer, y dije a Mr. de Lugarto, en tono de súplica.

Teneis nuestro destino en vuestras manos, compadeceos de nosotros..... salgamos de este jardin.....

Ved aquí, señora, á la duquesa de Berry. Gontran no puede dejar de ir á saludarla, ni vos tampoco, me dijo Mr. de Lugarto.

En efecto, S. A. habia venido á la fiesta; y entonces entraba en una tienda de campaña donde estaba bailando.

Cobré un poco de esperanza. Cuando fui presentada á S. A. despues de casada, me recibió con la gracia afectuosa y cordial que le son propias.

—«Es un tesoro esta señorita de Maran; en verdad, sois mas afortunado de lo que mereceis, Mr. de Lancry, dijo ella á Gontran entre sonrisa y seriedad.

Pensé que S. A., recibiéndonos con su acostumbrada bondad, impondria á las malignas conversaciones del mundo, y que, segun costumbre de la corte, todas las personas que estaban presentes moderarian su conducta respecto á nosotros por la de S. A.

Tomé el brazo de Gontran, y nos acercamos á S. A. R. Mi corazon latia extraordinariamente.

Al vernos ir, las personas que acompañaban á S. A. se apartaron para dejar un espacio suficiente entre nosotros y la princesa.

Ví con sobresalto que la cara de S. A. ordinariamente espresiva y benévola, se oscureció de repente tornándose en altiva y severa.

A pesar de su seguridad, Mr. de Lancry se estremeció ligeramente, pues apenas habia saludado á la princesa real, cuando despues de haber mirado á mi marido con una especie de desden y arrogancia, como indignada de que nos hubiésemos atrevido á presentarnos delante de ella, nos volvió la espalda sin decirnos una palabra.

Mr. de Lancry se puso pálido de dolor y de rabia..... Me causó tanta lástima, que pude sofocar mis resentimientos. Le dije con voz firme:

—Amigo mio, disculpad á S. A. Ella, siempre tan



buena, tan generosa, habrá sido involuntariamente sorprendida por las calumnias del mundo..... Venid, venid..... Ni una palabra acerca de esto á Mr. de Lugarto; no demos este nuevo triunfo á su malignidad.

Me llevé casi á la fuerza á Mr. de Lancry.

Un gran número de personas deseosas de ver á S. A. la habian seguido; pudimos ocultar nuestra confusion en la muchedumbre y reunirnos con Mr. de Lugarto y Mad. de Ksernika.

Me parece que Mad. la duquesa de Berry os ha recibido perfectamente, dijo Mr. de Lugarto con ironía á Mr. de Lancry.

—Sí..... sí..... muy bien, dijo Gontran sonriéndose con incomodidad.

Yo daba el brazo á Gontran; su corazon latia tan fuerte, tan violentamente, que sentia sus pulsaciones. Ví que se contenia con trabajo.

—No quiero, amigo mio, quitaros por mas tiempo á Mad. de Ksernika, dijo Mr. de Lugarto.

—Me arrimé mas á Gontran, y él me dijo en voz baja. —Un momento mas..... dadle el brazo, os lo suplico.

El acento de su voz, me pareció alterada de un modo singular; añadió en voz bastante alta.

—Y yo, mi querido Lugarto, no quiero quitaros por mas tiempo á Mad. de Lancry; nos entendemos á las mil maravillas. Pero ¿no debemos ir á tomar helados en casa de Tortoni?

—Sin duda, respondió Mr. de Lugarto. Pensaba en ello, querido mio, y no os hubiera dispensado esta parte del *programa de nuestra soirée*, añadió con una risa sardónica.

—Ni yo tampoco, querido mio, repuso Gontran.

Yo estaba desolada, creia concluida esta malhadada noche. Todo Paris estaba en casa de Tortoni; nuestra presencia iba á ser una nueva ocasion de calumnias.

Al ir á buscar el coche, me dijo Mr. de Lugarto en voz baja:

—Me ha engañado Mr. de Lancry; la duquesa de Ber-

ry lo ha recibido de la manera mas humillante. Lo he conocido en las caras alegres de las personas que acompañaban á S. A.; porque Gontran es tan detestado por los hombres, como vos por las mugeres; todo esto gracias á vuestras ventajas naturales. Bien lo veis, «la ciudad y la córte» como se decia en otro tiempo, creen que estamos juntos de la mejor voluntad..... No teneis que temer por vuestra reputacion..... dejad pues que os ame, y vereis como logro hacerme soportar..... Ya, esta tarde, habeis sido mejor conmigo..... Mirad..... os amo tanto, que si quisiéseis podriais quitarme todo el poder sobre vuestro marido.

No le respondí palabra.

Subimos al coche, y llegamos á casa de Tortoni.

Ví allí á muchas personas que habian sido testigos del modo desdeñoso con que S. A. habia recibido á mi marido. Llegó á su colmo mi confusion cuando vi á muchas de ellas mirarnos y sonreirse malignamente.

—En fin, dijo Gontran, ha llegado el momento.

No sabiendo que queria decir, lo miraba. La espresion de su semblante me causó miedo.....

Me acuerdo de esta escena espantosa, como si pasara ahora.

Gontran estaba sentado á mi lado, tenia en frente á Mad. de Ksernika y á Mr. de Lugarto.

Se levantó repentinamente Mr. de Lancry, y dijo á Mr. de Lugarto en voz alta y colérica.

—Mr. de Lugarto, sois un hombre despreciable!....

Este, pasmado no obstante su audacia, no supo que responder.

Muchos hombres se levantaron al momento.

Reinó un profundo silencio en el salon.

No pude moverme..... me parecia que estaba soñando.

Gontran continuó:

—Mr. de Lugarto, os atreveis á atacar la reputacion de Mad. de Lancry, y hacer creer que soy un marido complaciente, porque os debo ciertas obligaciones; os digo aqui bien alto que sois un infame impostor! Mad. de Lancry os ha despreciado siempre como mereceis, y habeis indigna-

mente abusado de la intimidación que existía entre nosotros para dar apariencias á vuestras viles calumnias.

La primera, la sola idea que me ocurrió, fué que este hombre iba á perder á Gontran, y revelar el funesto secreto que poseía.

—Dios mío! Dios mío! exclamé deshecha en lágrimas.

Dos ó tres señoras que estaban junto á nosotros, y á quienes no conocía sino de vista, se vinieron á mí y me rodearon con la mayor solicitud, al mismo tiempo que muchos hombres se interponían entre Gontran y Mr. de Lugarto.

Este último, pasado su primer estupor, redobló su imprudencia; lo oí responder á Mr. de Lancry con la apariencia de una dignidad contenida y ofendida.

—No comprendo, caballero, el motivo de vuestras acusaciones aquí en alta voz, pues nadie respeta mas profundamente que yo á Mad. de Lancry, é ignoro del todo las calumnias á que aludía. En cuanto á las obligaciones que podais tener respecto á mí, no recuerdo haber dicho una palabra á nadie..... Vuestro ataque es tan violento, caballero, vuestra acusación tan grave y sobre todo tan imprevista, pues acabamos de pasar la tarde juntos, que no puedo atribuirlo sino á una vision pasagera que deploro sin explicármela.

—Vellaco ruin! gritó Gontran fuera de sí por la falsa moderación y por la infernal perfidia de la respuesta de Mr. de Lugarto.

—Todas las personas aquí presentes, dijo este último, comprenderán, lo espero, en que posición estamos uno respecto á otro, y que hay injurias que se debe saber tolerar...

—¿Y esto, lo tolerais?..... exclamó Gontran.

Y oí el ruido de una bofetada.

Hubo un momento de bullicio, sobre el cual sobresalió la voz de Mr. de Lugarto, á quien se llevaban, y que gritaba con un acento de rabia que no olvidaré jamás:

—Ofensa por ofensa, estamos iguales. Mañana sabrá Paris todo como me vengo!.....

## XV.

### UNA VISITA.

Pasé una noche horrible.

Apenas Mr. de Lancry me hubo traído á casa, caí en una crisis nerviosa que me privó de conocimiento.

No me acuerdo de lo que pasó en el espacio de las muchas horas que duró. Cesó á eso de las cuatro de la tarde.

Mi pobre Blondeau estaba sentada á mi cabecera y lloraba silenciosamente. Llevé las manos á la frente como para reunir mis recuerdos. Acordándome de la escena del día anterior, no dudaba de que se hubiese efectuado un duelo.

Ay! este era el menor de mis temores. Mr. de Lugar-to podia perder á Gontran. ¿Quizá habia hablado?

—¿Donde está Mr. de Lancry? pregunté.

Blondeau me miró con una especie de ternera compasiva, y me dijo.

—El señor Vizconde salió esta mañana, señora, vino despues y volvió á salir.

—Y sin estar herido! exclamé.

Blondeau al parecer se sorprendió.

—¿Sin estar herido, señora?..... Nada menos que eso..... Si lo estuviese no hubiera podido ponerse..... en camino.

—En camino..... ¿qué dices?

—El señor vizconde cuando entró esta mañana dió orden de preparar su neceser de viage, una ó dos maletas, y se marchó, llevando consigo á su nuevo ayuda de cámara y dejando esta carta para vos, señora.

—¿Ha marchado?..... ha marchado..... sin mí! Y las advertencias de Mr. de Mortagne, exclamé. Aquí hay alguna cosa muy funesta.....

Abrí corriendo la carta de Gontran.

En pocas líneas me hacia saber que despues de la escena del dia anterior se habia verificado un desafio entre él y Mr. de Lugarto, que este último estaba herido levemente. Mi marido se veia obligado, me decia, á ausentarse por algunos dias para terminar «el negocio importante que yo sabia»; sentia mucho dejarme sola, pero debia comprender cuan graves y decisivas eran las cosas que iba á intentar.

—¿Y por qué puerta ha salido Mr. de Lancry? ¿Qué camino ha tomado? preguntaba á Blondeau, porque deseando obedecer lo que me habia encargado Mr. de Mortagne de no separarme nunca de Gontran, queria reunirme con él.

—No lo sé, señora.

—Es preciso que vayan al instante á la casa de postas de caballos á saber qué camino ha tomado Mr. de Lancry; por estas mismas noticias, tomadas de parada en parada, podré quizá alcanzarle. Vamos á partir..... al instante..... Tú me acompañarás.....

—¿Ponernos en marcha, señora, en el estado en que os hallais?..... es imposible.

—Te digo que es preciso..... No sabes cuán importante es.

—¿Y qué se ha de hacer, señora, para saber donde ha ido el señor vizconde? No salió ni en coche, ni en posta, hi-

zo venir un coche de alquiler, y subió en él con su ayuda de cámara.

Dios mío!.... Dios mío! exclamé desesperada.

No comprendía nada de la repentina partida de Gontran, temía alguna perfidia de Mr. de Lugarto.

Envié á Blondeau á informarse si este último estaba en Paris; se le respondió que sí, que su herida era de bastante gravedad, y que no podría salir por algunos días.

Me hallaba entregada á una mortal inquietud: Temblaba al pensar que Mr. de Mortagne hubiese, por decirlo así, previsto esta ausencia de Gontran, pues me había expresamente encargado que no me separase de Mr. de Lancry.

En vano Blondeau preguntó á los criados que presenciaron la salida de mi marido; no pudo saber la menor cosa.

Pasé el resto del día, y la noche siguiente en la mas inesplicable angustia. No podía comprender como Mr. de Lugarto había dejado de perder á Gontran: quizá lo había hecho, quizá mi marido: huía precipitadamente para librarse de las resultas de esta revelacion, y no había querido asustarme diciéndomelo.

No sabía á quien preguntar para que me ilustrase sobre este asunto.

Me decidí á ir aunque tuviese que vencerme, á casa de Mad. de Maran; pues mejor que nadie debía instruirme de lo que deseaba saber, porque acogia diligentemente todos los rumores odiosos relativos á nosotros.

Me disponia á ir á casa de mi tia, cuando me la anunciaron.

En cualquiera otra circunstancia, me hubiera sido odiosa esta visita....: Entonces, casi dí gracias al cielo porque me enviaba á Mad. de Maran.

No obstante, cuando ví el aire irónico y satisfecho de mi, tia me arrepentí de lo que había pensado un instante antes.

—Y bien!.... y bien! me dijo. ¿Qué es lo que hay? ¿Disenciones en vuestra casa, querida niña? ¿En este mo-

delo de familias dóciles y tratables? Se habla de tragedias..... que estoy segura de ello..... no son sino comedias..... felizmente.

—No sé lo que quereis decir, señora; á la hora esta estoy muy inquieta por Mr. de Lancry, pues no lo he visto despues de la escena cruel que al menos habrá hecho caer las calumnias de que éramos objeto Mr. de Lancry y yo.

—¿Qué es lo que decís, mi querida niña? ¿Creeis que ha hecho buen efecto aquella escena en casa de Tortoni? Ah! ya, estais loca?

—Creo, señora, que las personas honradas que hubiesen oido á Mr. de Lancry probar tan á las claras la infamia de Mr. de Lugarto, no serán ya eco de voces aun mas ridículas que odiosas; sino nos defienden en lo sucesivo, no nos atacarán.

—Dejadme tranquila con vuestras pruebas, nada ha justificado vuestro marido. ¿Nadie ha sido juguete de aquella comedia?

—Una comedia! señora, una comedia!

—Ciertamente; Mr. de Lugarto podia responder de otro modo que como lo hizo al apóstrofe agreste de vuestro marido?.... Podia confesar delante de todo el mundo que lo habíais preferido..... Así, querida niña, teneis la sencillez de creeros blanca como un cisne y vuestro marido tambien, porque Mr. de Lugarto ha proclamado vuestra inocencia en presencia de la araña de Tortoni? Pero el mas corto conocimiento del mundo le obligaba á obrar así. Era preciso ser un villano ó un fátuo, para conducirse de otro modo. Yo no soy suspicáz; veo que el tal Lugarto es tonto de remate cuando se trata de su título y de sus «estrellas de oro en campo de plata;» pero debo confesar con todo el mundo que, en esa ocasion, se condujo con una reserva, comedimiento y dignidad sin igual. ¿No son vuestros bellos ojos la causa de que se haya dejado amenazar, injuriar, casi matar por vuestro marido sin proferir una queja, y al contrario, defendiendo vuestra reputacion?.... Va-

mos!.... Galaor y Orondate son monstruos de cinismo y de fatuidad.... al lado de ese pobre Lugarto.

No hallaba que responder á Mad. de Maran. Tenia una esperiencia tan triste de la malignidad del mundo, que no dudaba de que la conducta de Mr. de Lancry y de Mr. de Lugarto pudiera interpretarse como decia mi tia.

Dejé caer con abatimiento la cabeza sobre el pecho.

Mad. de Maran, ufana de su triunfo, continuó con una cruel alegría.

—Lo peor que hay para Gontran, es que, á mas de esto.... el tal Lugarto se ha portado muy bien en el duelo; ha sido herido, el honor está satisfecho, como se dice, sin contar que en rigor este bello archi-millonario hubiera podido perfectamente negar á Gontran batirse con él.... pues vuestro marido tiene, segun se dice, el inconveniente de deberle una enorme cantidad de dinero. Seria, pues, lindo modo de pagar sus deudas embolsarle una buena estocada.... Pero puesto que Lugarto se contenta con esta moneda, todo está dicho. Esto claramente prueba que os ama con una furiosa pasion.... y aun despues de su herida, se dice que no hablaba de vos sino con los arrullos mas tiernos del mundo, os lo advierto.

—Así, señora.... despues de aquella escena, Mr. de Lancry y yo hemos caido aun mas en la opinion del mundo, dije con una calma que sorprendió á Mad. de Maran; Mr. de Lugarto, por el contrario, inspira el mayor interés.

—¿Hablais formalmente, querida niña? Así es ni mas ni menos, por eso me ves tan conmovida, tan inmutada. Venia expofeso.... á advertiros, á deciros quizá un poco tarde (mas vale arrepentirse tarde que nunca), que estaba desconsolada por haber consentido en que os casáseis con Gontran. ¿Quién hubiera nunca esperado esto de él? ¿Sabeis que además de todo ese Mortagne, con su vena de loco, no iba descamisado? Pero por mas que se dijo y por mas que se hizo, no hubo medio de quitaros ese bello marido de la cabeza, pobre niña! Y pensar que á los cuatro meses de casada, os hallais con un marido despreciado, arruinado, infiel!! Mirad.... esto parte el corazon! Bien



sé que me respondereis que la conducta de vuestro infiel os ha dado derecho para usar de represalias, y que al tal Lugarto no le falta gracia, á pesar de su cara de cera amarilla, de su epilepsia y de su manía de títulos; cuando se habla de que os agrada, me irrito..... me indigno.....

—¿De vera? señora..... dije yo.

—Ciertamente..... ¿pero parece no tomáis á mal lo que os digo, pues no os conmueve como debia?

—No, señora..... bien lo veis..... estoy tranquila..... y sobre todo, enternecida del sentimiento que os dicta los consuelos que acabais de darme.....

—Y teneis razon de estarlo; pero os decia que cuando se me hablaba de vuestra aficion á Lugarto, me indignaba, decia á las malas lenguas; os sorprenderiais furiosamente todos si supiéseis el por qué y el como de la aficion que tiene esta querida vizcondesita de Lancry á Mr. de Lugarto..... Hay en esa jóven un modo de abnegacion animosa, segun el gusto de las mugeres heróicas de la antigüedad; alguna cosa así como una mezcla de Porcia y de la madre de los Gracos: es la verdad esto que os digo. Viéndoos á esta hora tan tranquila, no puede pensarse que vuestro marido os hace la mas desgraciada de las mugeres, y que con razon ó sin ella, vuestra reputacion y la suya están perdidas; si se os acusa sin razon, debe seros muy horroroso.

—Escuchad, señora, dije á Mad. de Maran con una sangre fria que la confundió; habeis venido aquí para ver si se habian cumplido vuestras previsiones, si la jóven casada era tan desgraciada como la jóven soltera, como la niña lo habia sido..... ¿no es así?

—Seguid, os responderé despues..... Es admirable vuestra perspicacia.

—Pues bien, señora, voy á daros un golpe terrible; con él solo voy á vengarme de todo el mal que me habeis hecho, del que habeis querido hacerme.....

—Esto es admirable..... no me asustais, querida niña.

—Miradme cara á cara, señora, escuchad bien el acento de mi voz, notad la espresion de mis facciones.....

vos, tan penetrante, conoceréis si miento.

—Al caso..... al caso, dijo Mad. de Maran con aspereza.

—Ahora bien, señora, amo á Gontran como no lo he amado nunca..... ¿entendeis?.... Lo amo con pasion; lo amo aun mas que en otro tiempo; porque es desgraciado.... Este amor es mi fuerza, es mi ánimo, es mi consuelo; gracias á él he salido hasta ahora, quizá lastimada, pero sonriéndome, de las mas crueles lides..... Gracias á él, en fin, desafío al porvenir con frente tranquila y serena.

Habia tal acento de verdad en mis palabras; mi semblante, reanimado por el poder de mis convicciones, tenia sin duda tanta espresion, que no pudiendo Mad. de Maran ocultar su rabia, exclamó:

—Parece que dice verdad! Hay mugeres tan imbéciles que se enamoran así de un hombre! Tontas! les pegarian de palos, y esclamarian como las convulsionarias del diácono Paris «Oh dulzura encantadora!.... Oh inefable arrobamiento!»

Volviendo despues involuntariamente á sus hábitos antiguos, Mad. de Maran me estrechó violentamente el brazo, diciendo:

—¿Estais ciega, tonta ó loca?

La cólera de mi tia no me desagradó..... habia comprendido que amaba á Gontran; podia, debia consolarme del todo, puesto que Mad. de Maran estaba tan furiosa por ello.

—Es cosa de haceros encerrar, repitió mi tia.

—Lo amo, señora, no puedo deciros otra cosa.

Me hará perder la cabeza con su tema: lo amo!! lo amo!! lo amo!!! Bella respuesta! Lo amáis, pero él os ha arruinado, pero debe sumas enormes á ese Lugarto, pero desde el momento en que este exigiese su pago, os vereis reducida á la miseria.

—Partiré esta miseria con Gontran, señora.....

—¿Está deshonrado á los ojos del mundo.

—No lo está á los míos.

—Os desprecia, os ha dejado comprometer por Mr. de Lugarto.

—Gontran está seguro de mi amor.

—Está tan seguro que no os ama.

—Pero yo lo quiero, señora.

No sé con que acento pronuncié estas últimas palabras, que Mad. de Maran dió con el pié en el suelo y exclamó con rabia.

—Es preciso que el infierno ande aquí; este amor se ha tornado en locura: está incurable.

—Si..... oh! si..... lo habeis dicho, señora, es una locura, una santa, una noble locura la mia. Concentra todas las fuerzas de mi ánimo, todo el poder de mi alma en Gontran. Nada existe para mí mas que él..... Vivir su vida por cruel, por penosa, por humillante que sea..... este es mi solo deseo: teneis razon, estoy loca. ¿Qué es la locura sino un sentimiento exagerado á espensas de todos los otros? Pues bien; si..... estoy loca..... Y tengo, como las locas, recuerdos caros, queridos, adorados, embriagantes, que vienen á cada momento á iluminar mi espiritu, á transportarme á un mundo ideal; estos recuerdos son los dias inefables que he pasado á su lado, entonces que estaba tan ufana de ser bella y jóven, porque él amaba mi juventud y mi beldad.

—Pero, á estas horas, está cansado y hartó de vuestra belleza; en cuanto á vuestra juventud, linda ventaja!..... No tendreis mucho tiempo que disfrutarla.

—No podeis vos comprender estas cuestiones de juventud y belleza, ó mas bien la comprendeis demasiado, y eso causa vuestra rabia; pero el cielo es justo..... quiere que esperimeteis los tormentos de la envidia..... Os ha reservado un suplicio terrible, el de verme, á pesar de todo y para siempre jamás, feliz por aquel que, segun vos, debia causar mis mas crueles sinsabores! Mirad, señora, mañana me dirá; vete..... te aborrezco..... no podria arrancar de mi corazon este tesoro de recuerdos adorados, con los cuales viviria un siglo..... por despreciativo, por cruel que sea Gontran, podrá hacer que lo pasado no haya existido; á este tiempo pasado acogeré así que el presente se ponga sombrío y oscuro.

—Ah!.... ah! que sorprendente y relumbrante está ella con su idolatrado tiempo pasado.... dejadme en paz. ¿Se casó con vos, mas que por vuestro dinero? Aunque hubiérais sido fea y malvada como los siete pecados capitales, lo mismo se hubiera casado.

—Así, señora, cuán feliz he sido por ser á un tiempo rica, bella y afectuosa!

—Esto es intolerable, semejante amor es un obstinado frenesí, dijo Mad. de Maran fuera de sí. Pero, en fin, algun dia morirá; será preciso que muera este querido y bello ídolo. ¿Cómo es como os consolareis entonces? Ah!.... ah!.... ah!.... os cojo desprevenida! responded á esto.

—En este mundo pediré á Dios por él; en el otro lo volveré á ver. Mi vida se pasará entre la oracion y la esperanza.....

Mad. de Maran se levantó bruscamente, y dijo:

—Vamos, esta es una apuesta, un partido tomado, que no me engaña. Haceis de las tripas corazon..... sois tan orgullosa..... Moririais de desesperacion y de rabia..... mas bien que llorar delante de mí! Muy bien, niña mia, á vuestro gusto. Sois feliz, muy feliz, superlativamente feliz; no es así? Buen provecho os haga..... Yo me sentia dispuesta á compadecer vuestros disgustos, pero os encuentro con un temperamento muy robusto, en lugar de las penas de que yo no tengo porque ocuparme..... He debido venir, por caridad, á preveniros de lo que sé de vos y de vuestro bello Alcindor: todo esto lo encontrais sencillo y natural. Tanto mejor. No espereis ya de mí que os defienda ó compadezca en lo mas mínimo..... veremos á donde os conduce esta bella obstinacion.....

Mad. de Maran se fué enfurecida.....

Quedé satisfecha de mi firmeza y de la especie de revelacion que debia á la visita de Mad. de Maran.

Quizá á no ser por la violencia de sus ataques, no hubiera visto tan claro en mi corazon. Nunca me hubiera atrevido á contestar á las preguntas que me habia hecho.

Hay suposiciones tan dolorosas ó tan horribles, que por

instinto el ánimo no se para en ellas, pero una vez, admitidas, resueltas una vez, es una felicidad haberlas suscitado.

La visita de Mad. de Maran, tuvo un efecto contrario al que esperaba.

Esta discusion me dió mas á conocer el mucho amor que tenia á Mr. de Lancry.

Antes hubiera podido dudar de mí, ya no dudaba.

Habia sufrido sin perder nada los mas terribles momentos que mi amor podia sufrir.

Ay! mucho necesitaba de aquella poderosa conviccion para resistir á los nuevos tiros que me amenazaban.

XVI

EL CAMINO.



Un nuevo misero vino á abrirme  
Mi pobre Blanche cayó mala. Mi médico se adelantó  
al parecer de una indisposicion casi repentina; sin ser gran-  
de, estaba la pobre mujer en un estado de entorpecimiento  
y de somnolencia estranos.  
Mi inquietud con respecto á Clotilde se aumentaba mas  
y mas.  
No sabia en quien tener confianza, envié á casa de Mad.  
de Richville. Esta se encontraba en Ajoie, y no se sabia la  
época de su vuelta.  
Mr. de Montagne no habia vuelto á Paris, despues que  
habia enviado á mi casa una carta de Mr. de Rochegune.  
Con qué pena me acordaba de Ursula, mi única ami-  
ga! Hubiera podido si no pedirle consejos, al menos, con-  
tarle mis penas.

## XVI.

### EL CAMINO.

---

Un nuevo sinsabor vino á abrumarme.

Mi pobre Blondeau cayó mala. Mi médico se admiró al parecer de una indisposicion casi repentina; sin ser grave, estaba la pobre muger en un estado de entorpecimiento y de somnolencia estraños.

Mi inquietud con respecto á Gontran se aumentaba mas y mas.

No sabia en quien tener confianza, envié á casa de Mad. de Richeville. Estaba todavia en Anjou, y no se sabia la época de su vuelta.

Mr. de Mortagne no habia vuelto á Paris, despues que habia enviado á mi casa una carta de Mr. de Rohegune.

Con qué pena me acordaba de Ursula, mi única amiga! Hubiera podido si no pedirle consejos, al menos, contarle mis penas.

Me escribía á ménudo cartas llenas de melancolía y de tristeza. No era feliz, no porque su marido dejase de atenderla y obsequiarla, sino porque *no la comprendía*. Se quejaba de la vida monótona que pasaba, y echaba de menos nuestra infancia.

Desde mi entrada en el mundo, no habia contraído amistad con muger alguna; reconociendo completamente las generosas cualidades de Mad. de Richeville, tenia siempre á pesar mio un vago presentimiento de celos..... Habia ella tambien amado á Gontran!

Me hallaba aislada completamente, estaba rodeada de criados nuevos; casi toda mi casa se habia renovado; la mas antigua de mis dos doncellas habia lo mas seis semanas que estaba en casa. La indisposicion de Blondeau me privaba de la sola persona querida que podia entonces tener á mi lado.

Tres dias habia que ignoraba la suerte de Gontran.

A eso de las cinco de la tarde, Fritz, el ayuda de cámara que habia llevado consigo, llegó en uno de esos coches de alquiler que suelen hallarse en las casas de postas, y me trajo una carta de mi marido.

Me quedé atónica con las noticias que me dió.

Gontran estaba malo; me esperaba cerca de Chantilly, en una casa donde debia conducirme el hombre que me enviaba.

Mr. de Lancry deseaba que así que recibiese su carta marchase en posta con Blondeau y Fritz, para reunirme á él.

«Me importa mucho, añadia Mr. de Lancry, que se ignore en Paris que habeis venido á buscarme. Direis á vuestros criados que á las personas que fueren á preguntar, le respondan que habeis ido á pasar algunos dias con Mad. de Secherin. Escribireis tambien en este sentido á Mad. de Maran, á mi tio de Versac, y tambien á la princesa Ksernika. Os lo suplico, señora, por mucha repugnancia que tengais en escribir á esta última, es importante que se crea que os vais con Ursula, y no conmi-

«go. Yo os explicaré todo este misterio, que felizmente no  
«debe durar. Podeis fiaros completamente de Fritz, que os  
«envio; os conducirá cerca de Chantilly; allí os espero,  
«buena y querida Matilde. Animo! espero que nos están  
«aun reservados muy bellos dias.»

Lo confieso; mi alegría de volver á ver á Gontran, sobrepujó quizá á la inquietud que me causaba mi salud.

Dí las órdenes necesarias para marchar al instante. Aunque me era repugnante interrogar á mis criados, pregunté á Fritz si Mr. de Lancry habia caído malo en el viage ó á la vuelta.

—No puedo responder á la señora vizcondesa sobre este asunto, me dijo. Al llegar á Paris el señor vizconde me dejó cerca de Chantilly, en la casa donde os espera, señora; salió solo hace tres dias, y ha vuelto solo esta mañana. El señor vizconde parecia fatigado, enfermo; me mandó tomase un birlocho en la casa de postas, y viniese á buscar á la señora.

Me pasó por el corazon una vana esperanza. Pensé un momento que Gontran me habia engañado anunciando la destruccion de nuestra casita que me preparaba una sorpresa, y que en aquel retiro debiamos refugiarnos para huir de las malignas hablillas del mundo.

Tenia tanto afecto á esta adorable época de mi vida pasada que, por un escrúpulo exagerado, no queria, por decirlo asi, profanar mi esperanza y mis queridos recuerdos haciendo á Fritz la menor pregunta acerca de ello.

Segun me habia encomendado Gontran, escribí á Mad. de Maran, á Mr. de Versac y á Mad. de Ksernika, que iba á pasar algunos dias en el campo al lado de Ursula; di órden en casa que respondiesen lo mismo á los que viniesen á verme.

Sentia no poder llevar conmigo á Blondeau, pero no pensaba hablarle de mi partida, pues á pesar de su estado de salud, hubiera querido acompañarme.

Fuí á verla á su habitacion y apenas me conoció. Sus facciones no estaban alteradas, ni parecia enferma, pues solo



estaba absorvida en un letargo profundo.

A las seis salí de Paris.

La criada que me seguia con el ayuda de cámara de Mr. de Lancry era una jóven muy triste, y cuya fisonomía me desagradaba sin saber porque.

Nos hallábamos á fines de Junio; el cielo estaba sombrio, el aire pesado, el calor sofocante, amenazaba una tormenta.

A pesar de lo largo del dia, á eso de las siete y media, en el momento en que cambiaban caballos en Econen, era ya casi de noche. Comenzó á tronar bastante lejos; en el horizonte se notaban algunos relámpagos, y la atmósfera se puso mas cargada.

En esta parada, se suscitó una cuestion pueril entre mi criado y los postillones que me habian conducido. No refiero este hecho, al parecer tan poco importante, sino porque luego tuvo una grave consecuencia.

Hasta entonces se le habia pagado á cuatro francos, creo que por haber yo encargado se corriese bien; no sé porque en esta parada Fritz no quiso darles mas de tres. El postillon vino á reclamar á la portezuela, y mandé se diese lo que pedia, añadiendo que antes de todo queria caminar muy de prisa, porque me precisaba mucho llegar cuanto antes.

El maestro de postas, que se hallaba presente en la discusion, encargó á los postillones tuviesen mucho cuidado cuando llegasen á la bajada de Luzarches, porque el camino estaba casi todo desempedrado en aquel parage, de resultas de estarse componiendo, y que el peligro lo marcaban dos faroles.

Salimos de Econen.

Se aumentó la oscuridad, comenzó á llover, temia que los truenos espantasen á los caballos, y que algun accidente imprevisto retardase el momento de reunirme con Gontran.

Fuera de esto, contemplaba con una calma melancólica estos signos precursores de la tormenta.

Ay! estos grandes fenómenos de la naturaleza, por im-

ponentes, por terribles que sean, son mucho menos espantosos que las solapadas y viles maldades que zumban á nuestro alrededor. Hay tanta magestad en la conmocion de los elementos, que el alma se eleva sobre el miedo y no piensa sino en admirar religiosamente la magnificencia de aquella lucha.

Estos pensamientos me infundieron nuevas fuerzas, además iba á ver á Mr. de Lancry; estaba un poco malo, segun me decia, y contaba con mi existencia y con el reposo para curar.

Concluí persuadiéndome que él me esperaba, bien en nuestra antigua morada, bien en alguna otra casa, y que debiamos vivir aislados por algun tiempo.

Miraba este suceso tan deseado como la recompensa de mi afecto á Gontran; daba gracias á Dios de haberme inspirado tan bien. Tenia tal confianza en la fuerza de mis sentimientos, que no dudaba ya de la felicidad de mi marido, entregado en adelante á la sola influencia de mi amor.

Poco tiempo antes de llegar á la bajada de Luzarche, que segun me habian dicho era peligrosa, se paró mi coche un momento en lo alto de una cuesta que acabábamos de subir; era preciso atar las ruedas.

Oí desde luego el galope de un caballo que se acercaba cada vez mas..... Me asomé maquinalmente á la portezuela; pocos instantes despues un hombre á caballo, corriendo á rienda suelta, gritó á Fritz.

—Os siguen; andan tan de prisa que ya han pasado la posta de Eeonen..... No les traigo de delantera mas que un cuarto de hora; suben la cuesta; voy allá bajo á prevenir que.....

No pude oír el resto de su frase; siguió su camino á toda rienda.....

Llena de miedo, mi primer pensamiento fué que se trataba de Mr. de Lugarto.

—¿Quién nos sigue? ¿Quién es ese hombre? grité.

Fritz titubeó un momento, y me respondió.

—Es un hombre á quien el señor vizconde me mandó llevar una carta al mismo tiempo que iba á buscaros, se-

ñora..... Sin duda ha obrado segun las órdenes que le ha dado el señor vizconde, corriendo á preveniros de que nos seguían.

—¿Pero quién nos sigue? Dios mio.

—No sabré decirlo, señora, respondió Fritz como inquieto, bajándose para escuchar.

En efecto, en uno de aquellos momentos de profundo silencio, oimos el ruido aun lejano de un carruage; no obstante lo escarpado de la cuesta, se acercaba muy de prisa.....

—Allí vienen..... allí vienen..... dijo Fritz, casi sobresaltado.

Todo lo comprendí; sin duda Gontran, temiendo que Mr. de Lugarto descubriese su retiro ó supiese mi partida, habia mandado á un hombre de su confianza que observase sus pasos. Este hombre habia visto partir á Mr. de Lugarto, iba á prevenir á Mr. de Lancry que su retiro habia sido descubierto, y me avisaba de paso.

—Dios mio! ¿qué haremos..... qué haremos? exclamé.

El ruido del carruage se acercaba mas y mas.

Llegó á lo alto de la cuesta; no teniendo ya que subir, iba á alcanzarnos.

—No tenga miedo la señora vizcondesa, me dijo repentinamente Fritz. Tengo un miedo..... postillon, atencion á tus caballos, y vientre á tierra sin enrayar, parará despues de haber pasado el parage desempedrado donde están los faroles que se ven allí abajo.

Apenas habia acabado Fritz de hablar, cuando el coche corrió con una celeridad espantosa.

El carruage no corria sino volaba por aquella rápida cuesta.

Mucha destreza era preciso que tuviesen los postillones para atravesar la parte sana del camino; especie de paso estrecho practicado por en medio de enormes trozos del pavimento, y alumbrado solo por tres faroles colocados sobre estacas.

Vencido este obstáculo, nos paramos.

Miré por la vidriera de la testera del coche; Fritz ba-

jó de su puesto, corrió á los faroles y los apagó.

Los postillones volviendo la espalda á la parte del camino que acababan de pasar y que el coche les ocultaba, no pudieron ver la accion de Fritz.

Comprendí su designio.

La noche estaba tan oscura, que las personas que nos seguian, ignorando el peligro, pues no se habian parado en Econen, debian llegar á ciegas sobre aquellos montones de piedras y hacerce pedazos.

Habiamos bajado la cuesta con tanta rapidéz, que el otro carruage apenas se veia en lo alto de ella cuando Fritz gritó:

—Marcha! postillon..... diez francos de agujetas si seguís el camino á galope!

A pesar de esta recomendacion, los caballos sin aliento de resultas de una carrera tan desordenada, subieron lentamente el mal camino que seguia á la cuesta.

En un estado de angustia inesplicable no dejaba de mirar por la ventanilla de la testera del coche.

Fritz permanecio en pié para juzgar del resultado de su ardid.

La noche continuaba tan oscura que no se distinguia al carruage que nos seguia; no se veian sino dos puntos luminosos (sus linternas) que subian y bajaban con una espantosa celeridad por aquella rápida cuesta.

A la luz de un relámpago vi perfectamente un coche tirado por dos caballos blancos..... que corrian con impetuosidad.....

Todo quedó despues á oscuras.

Me vino entonces al pensamiento una idea terrible; si los desgraciados que corrian á una pérdida cierta no serian los que nos seguian!

Maquinalmente grité: parad!!

Un nuevo relámpago me dejó ver el carruage arrastrado por su irresistible carrera.....

Apenas estaba á veinte pasos de los montones de piedras, donde debia inevitablemente hacerse pedazos.....

No sé que me sucedió cuando creí reconocer la forma

particular del carruage de Mr. de Mortagne, y en el cual habia llegado de Italia para ir á casa de mi tia el dia que se firmó mi contrato de casamiento. Gontran me habia hablado varias veces de su estructora cómoda aunque rara.

Viendo desaparecer de repente los dos puntos luminosos que lo hacian notar..... di un doloroso grito y me tapé los ojos con las manos..... como si presenciase la horrible catástrofe que temia.

En este momento, llegaron nuestros caballos á lo alto de la cuesta que habiamos subido, y hallaron un terreno llano, siguieron corriendo con nueva impetuosidad.

En vano llamé á los postillones, el ruido de las ruedas ahogaban mi voz, y no me oyeron; me dejé caer en el fondo del coche casi desesperada.....

Poco á poco, temiendo fijarme en la idea de que Mr. de Mortagne fuese quizá victima, quise persuadirme, y me persuadí de que me habia engañado.

Por otra parte, no habia quizá mas que aquel coche de una forma particular; Mr. de Mortagne podia haberlo vendido, y Mr. de Lugarto haberlo comprado; así calmó ó mas bien calmé mi terror... Me esforzaba en creer que este último nos perseguia, y que la providencia castigaba al hombre que tanto mal nos habia hecho. En fin, iba á ver á Gontran, y esta esperanza sola me consolaba. Mr. de Lancry, prevenido por el mensajero que se nos habia adelantado, aclararia mis dudas sobre este asunto.

Despues de haber corrido media hora por el camino real, noté que lo dejábamos y entrábamos en uno de travesia.

Estaba tan oscura la noche, que no pude ver si habiamos entrado ó nó en el bosque.

Habiendo andado algun tiempo, paramos de repente. Seguia la tormenta.

Ví una casa de aspecto miserable, cuyas ventanas estaban cerradas.

Bajó Fritz, llamó y abrieron la puerta....

Mi corazon latia con exceso pensando que iba á volver á ver á Gontran.

Entré con viveza en la casa, mientras mis criados se ocupaban en sacar lo que venia en el coche.

Una muger de edad, á quien no conocí, me suplicó entrase en una salita del piso bajo.

—¿Dónde está Mr. de Lancry? pregunté.

—El señor vizconde ha dejado esta carta para la señora.

—¿No está aquí Mr. de Lancry? Dios mio!

—El señor vizconde no debe volver hasta mañana por la tarde; sin duda, así os lo habrá escrito en esta carta, señora.

Muy inquieta por la ausencia de Mr. de Lancry, tomé la carta que me daba aquella muger. Leí en ella estas palabras:

«No os inquieteis, mi querida Matilde, marchó al instante para aprovecharme de una muy feliz circunstancia que me proporciona terminar *todo* y poder en adelante no pensar sino en nuestra felicidad. Animo! mi tierna y generosa amiga, nuestros dias malos han concluido..... Esperadme, mañana á la noche, lo mas tarde, volveré; si la casa os agrada, permaneceremos en ella hasta que podamos ir á establecernos en vuestro castillo de Maran. A Dios, consuelo, esperanza de mi vida, perdonadme los disgustos que os he causado, y amadme.»

Aunque esta nueva partida me desazonaba mucho, me resigné sin la mayor pena, pensando que al dia siguiente volveria á ver á Mr. de Lancry. Por otra parte, qué placer para mi! Gontran realizaba mis secretas esperanzas, me prometia vivir solo conmigo en aquel retiro.

Desde algun tiempo habia presenciado acontecimientos tan misteriosos, que no podia sorprenderme esta nueva y repentina ausencia.

—¿No ha venido esta noche un hombre á caballo á traer á Mr. de Lancry noticias muy del momento? pregunté á la muger.

—No señora, no he visto á nadie.

Llamad á Fritz al instante, le dije con la mayor estrañeza.

—El señor vizconde dió orden á Fritz para conducir el coche á Chantilly con los caballos, porque no hay sitio para ellos, señora; ya se ha marchado sin haber entrado siquiera en la casa.

—¿Pero esta noche no ha venido aquí de Paris un hombre á caballo?

—No, señora.

—¿Qué habia sido de aquel mensajero? ¿Qué queria decir á Mr. de Lancry?

Comenzaba á inquietarme por hallarme aislada en aquella casa, con criados que no conocia.

Sentia sobre todo no tener conmigo á Blondeau. ¿Era Mr. de Lugarto el que me seguia? Admitiendo esta hipótesis, casi me tranquilizaba; su coche debia haberse hecho pedazos en medio del camino, y no podia continuar; pero si estuviese engañada, si en vez de él hubiera sido Mr. de Mortagne.....

Este pensamiento era horroroso; no quise fijarme en él.

La muger que me habia recibido me preguntó si queria que me sirviesen la cena. Habia salido de Paris antes de comer..... La fatiga me habia rendido, y así me decidí á tomar algo para recobrar las fuerzas.

Se fué la muger.

La sala en que me hallaba estaba amueblada con gusto, tapizada de encarnado y alumbrada por gran número de bugías, colocadas en candelabros dorados.

Reconocí el gusto de Gontran en algunas cosas; no me atrevia á consentirme que quizá habitaria por mucho tiempo aquella casa con Mr. de Lancry.

De allí á poco, la muger que me habia abierto trajo una mesa pequeña servida con esmero, diciéndome que el mismo Mr. de Lancry la habia dispuesto.

Agradecí esta atencion de Gontran, y despedí á la muger para estar sola y pensar con libertad en los acontecimientos de aquel dia.

Despues de haber tomado algunas cucharadas de sopa, comido una pechuga de gallina y bebido dos ó tres vasos de

agua, con un poco de vino de Burdeos, porque tenia una sed ardiente (se verá mas adelante porqué insisto en estos pormenores), desvié la mesa y arrimé mi silla á la chimenea, aunque estaba apagada.

La tormenta no habia aun cesado, se habia levantado un viento fuerte, y se oian sus prolongados y tristes bramidos. Al cabo de algun tiempo, cedi á una violenta fatiga moral y fisica, mis párpagos se cerraron á pesar mio; no queriendo todavia entregarme al sueño, me levanté bruscamente; di algunos pasos, y me acerqué casualmente á una puerta que debia comunicar con una pieza inmediata.

Bien fuese el viento, ó bien efecto de mi imaginacion, me pareció haber oido detrás de aquella puerta, un profundo y doloroso suspiro.

Retrocedí con presteza, tuve miedo.....

Tuve un vago presentimiento de que iba á sucederme alguna desgracia.

Ví un cordon de campanilla á un lado de la chimenea; lo cogi y tiré con violencia.....

Nadie vino.

Tiré de nuevo y mas fuerte..... no pareció nadie.....

Hice en vano una tercera prueba.....

Asustada con el silencio sepulcral que reinaba en la casa, me eché en un sillón, ocultando mi cara en las manos.

Entonces me pareció sentir que un adormecimiento me detenia en el sillón, sentia mis piernas pesadas, creí que se apoderaba de mí un sueño invencible.

Temiendo dormirme, queriendo absolutamente hallar á mi doncella ó á la persona que me habia servido, vencí el miedo, tomé una de las bugias de la mesa, y me adelanté hácia la puerta de la ante-sala.

Puse la mano en la manecilla de la puerta, cuando senti que andaban en la cerradura.

En efecto, cerraron la puerta por fuera.

Con este susto repentino, meneé la puerta con toda mi fuerza, pero me fué imposible abrirla.....

Ya sobrecogida, comenzado á entrever vagamente las



mas horribles maquinaciones, fui á la ventana; la abrí, las puertas estaban tambien cerradas por fuera.....

Corrí desatinada á la puerta, detrás de la cual me habia parecido oír un suspiro.

En ella apareció Mr. de Lugarto.

LVII

RELACIONES



Mr. de Lugarto estaba muy pálido; su cara tenia una  
expresion de malicia infernal, que nunca lo habia no-  
tado.  
—Los que habitan esta casa estan á mi devocion. To-  
das sus almas estan curadas; no hay poder humano que os  
saque de aqui antes de mañana.  
Tales fueron las primeras palabras de este hombre.  
La muchacha preguntaba con una especie de horror y sin  
poderle responder.  
—¿Por qué? preguntó ella.  
—No os sorprende á mi... no os sorprende...  
—Hablame familiarmente... Tengo muchas cosas  
que decirte. Saca de tu bolsillo una cartera, que puso en

## XVII.

### REVELACIONES.

---

Mr. de Lugarto estaba muy pálido; su cara tenía una espresion de malignidad infernal, que nunca le habia notado.

—Los que habitan esta casa están á mi devocion. Todas sus salidas están cerrada; no hay poder humano que os saque de aquí antes de mañana.

Tales fueron las primeras palabras de este hombre.

Lo miraba pasmada con una especie de horror y sin poderle responder.

De repente, refugiándome junto á una de las ventanas, grité:

—No os acerqueis á mí!.... no os acerqueis!....

Encogió los hombros, se sentó en un sillón, y me dijo:

—Hablemos familiarmente..... Tengo muchas cosas que deciros. Sacó de su bolsillo una cartera, que puso so-

bre la mesa. Sentaos, añadió, porque vá á ser largo, y debeis estar fatigada.

—Dios mio! tened piedad de mi, exclamé cayendo de rodillas sobre un sillón, y dirigí al cielo una ferviente oracion.

Mr. de Lugarto ojeo su cartera; tomó de ella algunos papeles, y dijo mostrándomelos.

—Aquí está lo que vá á sorprenderos..... Pero procedamos con orden.

Animada con la piadosa invocacion que acababa de dirigir á Dios, me levanté; quedé en pié, lancé una mirada firme á Mr. de Lugarto, y le dije:

—Hay un Dios en el cielo, y tengo amigos en la tierra.

—Sin duda; yo el primero..... Pero..... si contais tambien con Mr. de Mortagne, estais equivocada; su coche se hizo pedazos en la bajada de Luzarches. El quedó allí medio muerto.

Era verdad!..... el coche que nos seguia.....

—Era el suyo..... Oh! este Fritz vale mucho..... Sabia yo muy bien lo que hacia mandándole á vuestro marido que lo tomase.....

—Aterrada un momento por esta noticia fatal, recobré la esperanza pensando que Mr. de Lugarto no podia estar instruido de la suerte de Mr. de Mortagne.

—Mentis, le dije. Aunque sea cierto ese funesto acontecimiento, no podeis saber pormenor alguno acerca de Mr. de Mortagne, Fritz no se apartó de mí.

—No es Fritz, sino uno de los dos hombres á quienes tenia dada orden de seguir vuestro coche á una gran distancia, el que me ha hecho saber esta noticia..... Sin ser militar como mi querido Lancry, sé la utilidad de las retaguardias. Ved si me ha servido!.... Conociendo que Mr. de Mortagne trataba de alcanzaros, uno de aquellos fué á prevenirlo á Fritz y á mí en seguida el otro como «acompañante» quedó alguna distancia del coche de Mr. de Mortagne para observarlo; testigo del vuelco de vuestro salvador á la bajada de Luzarches, lo vió sacar medio muerto

de su carruaje; y mi fiel criado llegó aquí un cuarto de hora despues de vos, dejando su caballo á alguna distancia, para no despertar vuestras sospechas..... En una palabra, la prueba de que no teneis que esperar auxilios de Mr. de Mortagne, es que yo no temo, es que me veis aquí muy tranquilo y como se dice comunmente, á mis anchas.

Lo que me decia Mr. de Lugarto, era por desgracia tan probable, que no pude conservar esperanza alguna; me aflijí pensando en la fatalidad que me privaba del socorro que me enviaba la providencia.

—Oh! es una fuerte espada este Mr. de Mortagne, continuó Mr. de Lugarto; él y el otro Rohegune que el infierno confunda, me siguen los pasos hace dos meses; ocultos en la sombra, me han desbaratado ya dos ó tres proyectos respecto á vos, mi siempre bella enemiga! Han seducido criados míos que creia incorruptibles. Por fortuna Fritz, hace algun tiempo, medio mató al tal Rohegune, cuando iba de planton á la puerta de vuestro jardin para adquirir noticias de vuestra interesante salud, cuando estábais mala.

Era él!.... Dios mio! Mr. de Rohegune, era él!.... Un asesinato.....

—Vamos pues! ¿por quién me teneis? Una mera paliza..... un buen palo en la cabeza, nada mas..... Rohegune tuvo buen cuidado de no divulgar este lance. Este hombre virtuoso y filantrópico sabia, y yo tambien, que queriéndole le hubiera sido preciso explicar como y porque iba todas las noches á hacer centinela en la reja de vuestro jardin..... Esto podia comprometeros; por lo tanto debia callarse. Ya habia yo contado con ello.

—Tan cobarde como traidor y cruel, dije juntando las manos con terror.

—Cobarde..... no, *nervioso* sí. ¿Qué quereis? tengo la debilidad de tener apego á la vida. Todo esto es muy sencillo..... os amo..... y vos me haceis querer la existencia... A propósito de esto..... os debo parecer un adorador muy novicio ó muy frio. Tengo en mi poder una muger encantadora, la mas adorable de Paris sin duda alguna, y le cuento tranquilamente mis travesuras en vez de hablarle de

la llama que me abraza. Pero no os impacientéis..... voy á esplicaros esta conducta que os parece quizá un poco respetuosa. ¿Veis este reloj? Señala las once y media..... Pues bien!..... antes de las doce, estareis dormida con un sueño profundo..... invencible..... A las doce pues, estareis en mi poder..... ahora poco, cuando cenásteis, habeis tomado un narcótico infalible. Ya habeis sentido algunos síntomas de descaecimiento..... Al presente, esperando la buena hora... hablemos.

Dí un terrible grito..... porque me acordé de la especie de adormecimiento pasagero que un momento antes habia atribuido al sueño y al camino.

—Tened piedad de mí..... exclamé de rodillas. Esto es horrible..... infame..... ¿Qué os he hecho? Dios mio! perdon..... perdon.....

Mr. de Lugarto se echó á reir á carcajadas, y me dijo:

—Pero, señora ¿qué teneis? ¿qué me echais en cara? En verdad..... esto es increíble..... Estoy aquí, muy tranquilo en mi sillón, muy léjos de vos, contemplándoos con el mas profundo respeto, al veros suplicando, espantada, se diria que..... yo me conduzco como un Tarquino..... Vamos pues, bella Lucrecia, no, no sois justa..... Sabed al menos que si fuese presumido, creeria que me reprendiais mi reserva..... para provocar mi audacia.....

Pregunté, por decirlo así, mis sensaciones con una terrible ansiedad; me llevé las manos á la frente; estaba ardiendo, mi cabeza la sentia pesada, los parpagos se me cerraban.

A cada uno de estos fatales descubrimientos temblaba de espanto; estaba hincada, quise levantarme, y senti que mis rodillas se doblaban.

—Pero esto no es sueño, grité desesperada. No es una agonía, una viva agonía..... Pero esto es horrible! oh! Dios mio!..... Dios mio!..... ¿Es una ilusion?..... Pero, otra vez... no..... no..... siento que me faltan las fuerzas..... una nube oscurece mis ojos..... Dios del cielo! Dios vengador! ¿no acudireis á socorrerme?

Ay de mí! bien porque mi imaginacion, herida por la

revelacion de Mr. de Lugarto, aceleró los efectos del narcótico que habia tomado, bien porque obrase naturalmente, sentia una especie de languidez, de descaecimientos inven- cibles..... Apesar mio caí en un sillón, cerca de la mesa donde se habia servido la funesta cena.

Estaba agitada de un temblor convulsivo, apenas po- dia hablar; en medio de mi terror, en vano hacia ademanes de súplica á este monstruo.

—Bien seguro estaba yo del efecto de mi bebida..... dijo él, la he ensayado ya muchas veces. Bueno, ya estais sentada, presto no podreis hacer ningun movimiento; pero podeis todavia oír por algun tiempo..... Escuchadme pues, esto os distraerá.

Oia en efecto, pero muy vagamente.

Me parecia que era juguete de algun horrible sueño; mis ojos estaban parados. Aquel hombre me pareció enton- ces dotado de un poder sobrenatural.

Guardó silencio durante un momento, pues buscaba algunos papeles.

El viento se aumentaba y entraba silvando por la chi- menea. Sentia yo un entorpecimiento que iba invadiendo poco á poco todas mis facultades; por dos veces quise levanta- rme, pedir socorro, pero me faltaban las fuerzas y la voz.

—Os digo que es inútil, dijo Mr. de Lugarto, enco- giéndose de hombros: escuchadme pues..... vais á conocer á vuestro bien amado Gontran, y á saber el motivo de la aversion que le tengo..... Ahora dos años..... en Paris, ha- bia yo descubierto, en la posicion mas humilde, una perla de gracia, un tesoro de hermosura, un corazon noble, un talento encantador, una jóven adorable en una palabra. Es- ta me amó, pero no quiso en nada faltar á sus deberes..... Irritado por la contradiccion me enamoré perdidamente, la encontraba tan bella, tan buena, tan ingénua, que hubiera hecho la locura de casarme con ella, porque era una de aquellas virtudes que á pesar de sus rigores atraia en vez de rechazar. El infierno hizo que encontrase á Gontran de Lancry; travé amistad con él, le confié mi amor; mis pro- yectos los presenté á la jóven como mi mas íntimo amigo.

Un mes despues de esto, estaba yo privado de ella; le habia revelado mi nombre, y calumniado mis intenciones habia seducido á aquella niña tan pura hasta entonces..... La infeliz se suicidó viéndose abandonada por Lancry..... He aquí lo que me ha hecho..... vuestro marido..... ajó, man-eilló, mató el solo amor verdadero que yo quizá debia sentir en mi vida! Con el mismo golpe y para siempre hirió mi corazón y mi orgullo, arrebatándome una conquista que hubiera comprado á precio de mi mano..... esto no se lo perdonaré nunca. No sabeis lo que me ha hecho padecer este hombre.

Me pareció que Mr. de Lugarto habia salido de su fria ironía, al pronunciar estas últimas palabras, con acento muy conmovido.

—Habeis al menos conocido un sentimiento generoso y puro, exclamé. En nombre de ese sentimiento, de ese recuerdo, cruel pero sagrado, tened piedad de mí..... lo siento..... mis fuerzas me abandonan.....

Mr. de Lugarto respondió con una carcajada.

—Que niña sois..... Es cosa muy sencilla..... os he hecho tomar un narcótico para que surtiese su efecto. Vuestra soñolencia va á aumentarse hasta que os quedeis enteramente dormida. Volvamos á Lancry, si he olvidado á la jóven, me ha quedado en el corazón la rabia de haber sido sacrificado á Gontran, la sed de la venganza. Si hubiese tenido valor para batirme con Lancry, me parece que lo hubiera muerto, tanto lo aborrecia; pero os lo digo..... soy nervioso, he esperado, y además la venganza «se come muy bien fria,» como se dice vulgarmente..... Por otra parte, no sé que voz misteriosa me advertia que tarde ó temprano no podria escapárseme Gontran. El año pasado me hallaba en Lóndres, fué él allí; llevaba los últimos restos de su caudal; queria manifestar cierto brillo facticio para atraer y desposarse con alguna heredera rica..... le fuí á hablar con franqueza, comencé por reirme de la pieza que me habia jugado, quitándome aquella jóven; él se rió tambien, se prendó de ver que yo tomaba las cosas tan bien, volvimos á ser in-

timos amigos..... Su matrimonio no adelantaba; habia yo estendido la voz de que estaba arruinado de sus designios, añadiendo que se burlaba de antemano de la heredera que pensaba coger en sus redes conyugales. El orgullo aristocrático de las jóvenes de los tres reinos, se reveló contra las secretas pretenciones del insolente que yo habia descubierto.

En fin, á pesar de su buen nombre, de su talento, de su figura encantadora, ventajas que yo aborrecia, este querido Lancry no pudo lograr ninguna oscura heredera de la city..... Pero, lo veo, el sueño se apodera de vos cada vez mas, añadió Mr. de Lugarto, no ataca aun la inteligencia; hasta ahora no es mas que un adormecimiento físico. Continúo, porque veo en la espresion de vuestro semblante que me oís muy bien. Lancry habia, pues, agotado sus últimos recursos, haciendo esta caceria de herederas..... Su tio, el duque de Verzac, no queria ya darle un cuarto; vuestro querido Gontran iba á quedar reducido á buscar recursos, cuando el demonio le inspiró. Me pidió dinero prestado por primera vez; desde aquel dia ya era mio. Le presté mil luises con mucha facilidad; sabia que mi caudal era tan enorme, que aceptó sin escrúpulo y volvió á atacarme. Condescendí á sus deseos con un nuevo préstamo mas considerable. Se le trastornó la cabeza, y me tuvo por persona de quien debia sacarse provecho.

Le aconsejaba caritativamente que ostentase de nuevo un gran lujo. Se habia creído que estaba arruinado, se le veia aparecer de nuevo espléndido; se creeria que habia heredado, y no podria esta voz dejar de proporcionar algun rico casamiento. En cuanto al gasto, era cosa hecha, yo tenia tres ó cuatro millenes de renta; una vez bien casado él, me reembolsaria. Esta era una especie de empresa para la cual yo le prestaba los fondos; no se los debia reclamar hasta despues de la realizacion del proyecto. Parecia tonto, ¿no es asi? porque, despues de todo, Lancry podia no encontrar con quien casarse, y yo aventuraba mi dinero, aunque él me firmase obligaciones como las que tengo..... Pero, para el buen éxito de cierto proyecto diestramente combinado,



me era preciso inspirarle una ciega confianza en mi generosidad y en mi amistad..... Vais á ver si colocaba bien mi dinero..... Siempre que le prestaba alguna suma considerable, le daba un simple bono firmado por mí, contra mi banquero; notad bien esto. Un dia salí repentinamente de Londres, sin prevenírselo á Lancry, y sin mandarle decir donde iba. Sabía que estaba entonces sin dinero. Le destaqué un cierto judío muy majadero que, bajo su firma, le propuso unas mil libras. Lancry contando conmigo para reembolsarlas, firmó. Yo me hallaba en Brighton, desde donde no dejaba de observarlo..... Mi proyecto estaba en sazón.... El oro es una varita mágica. Algun tiempo despues de su empréstito, hice proponer seriamente á Lancry, una heredera con mas de cincuenta mil escudos de renta. Conocia á los padres de esta jóven; confiaban mucho en mí. Habia asegurado sobre mi propio caudal, que Lancry llevaria en dote mas de dos millones; solo obligaba á sus padres á que no tratasen la cuestion de dinero hasta que yo volviese. Lancry descaradamente se hacia tener por millonario; vió á el jóven, se le recibió bien, y se convino el dia en que se debian arreglar los asuntos de interés. Verificado esto, escribí á Lancry desde Brighton: su respuesta fué pedirme dos mil lises para pagar al judío, porque la obligacion vencia pronto; daba lugar á un auto de prision, y el acreedor era inclemente. Además, en el momento de hacer un casamiento de cincuenta mil escudos, hubiera sido una cosa atroz para Lancry que lo prendiesen, y ver así frustrarse una tan bella esperanza.

Llegada la vispera del dia del pago, lo tenia ya calculado todo, la ansiedad de Lancry era horrible; pero, milagro del cielo! envié á Gontran por el correo, y tambien esto, un bono de dos mil lises, pagable á la vista, contra mi banquero, y que no contenia, segun costumbre, mas que estas palabras: «Vale por dos mil lises en Brighton.—El conde de Lugarto.»—Escribí solo algunas letras á Lancry, para decirle que dejaba á Brighton mas adelante avisaria donde estaba. Habia arreglado todo de modo que el bono llegase de noche por el co

bia dado á Lancry un ayuda de cámara de mi confianza. Lancry puso el bono en una gabeta, y salió sin echarle la llave, porque vuestro tierno esposo no es muy cuidadoso: el criado toma el bono, segun yo le habia mandado, y me lo devuelve. Al dia siguiente Lancry busca su bono..... nada..... pregunta á su ayuda de cámara..... nada. Este hace su papel á las mil maravillas; no sabe lo que su amo le pregunta..... Viene el judio, quiere su dinero; amenaza con acudir á la familia de la novia, y hacer que se descomponga el casamiento.

Lancry apurado en extremo, se vé á riesgo de perder su heredera por la falta del maldito bono; rabia, estalla de cólera, en medio de esta desesperacion instruye á su criado, en quien por otra parte tenia mucha confianza, del atroz estado en que se hallaba. Mi perillan entonces, siguiendo punto por punto mis instrucciones, hace á su amo el razonamiento siguiente, despues de titubear algo. «El señor «conde de Lugarto ha remitido al señor vizconde, un bono «de dos mil luises; quiere pues, prestarle dos mil luises; ahora el señor vizconde ha perdido el bono. ¿Qué puede resultar si el señor vizconde hiciese otro bono? Miserable!.... «¿Una falsificacion?—Pero puesto que Mr. de Lugarto ha «enviado un bono al señor vizconde, y que este bono se ha «perdido..... es lo mismo. ¿A quién se le perjudica con hacer otro?»

Vuestro querido Gontran, despues de algunos escrúpulos de conciencia, se rindió á esta bella retórica de falsario: de allí á una hora presentó á mi banquero un bono falso mio..... Estais despierta..... añadió viendo que velvia en mi, por un esfuerzo casi desesperado.

—Mentís..... mentís, grité con voz desfallecida; Gontran es incapaz de semejante infamia.....

Casi aniquilada por este movimiento, volví á caer en el sillón.

Desde este instante sentí una especie de confusion extraña, á medida que hablaba Mr. de Lugarto; me parecia ver puesto en accion lo que me decia, los personajes que nombraba aparecian y desaparecian á mi vista como un

sueño, con la rapidéz del pensamiento.

—Miento tan poco acusando á Lancry de ser un falsario, continuó Mr. de Lugarto enseñándome un papel, que aquí teneis el bono falsificado. Vuelvo á mi relacion... No teneis mas que los diez minutos para escucharme sin dormiros. De allí á algunos dias prevení confidencialmente á mi banquero, y bajo el mas profundo secreto que Lancry, abusando de mi amistad, podría presentarle bonos falsos míos, pero, que por respeto al nombre que llevaba aquel miserable, decia yo, suplicaba á mi banquero se los pagase sin llamar la atencion, y que solo guardase el bono, y justificase bien el crimen de Mr. de Lancry, reservándome perseguir judicialmente á este indigno amigo si no se enmendaba en adelante.

Lo que se dijo se hizo testigos, cuya autoridad era irrecusable, pero cuya discrecion era segura; vieron á Lancry llevar el billete y tomar el dinero. Los testigos firmaron con mi banquero el documento que teneis presente, y en el cual he hecho todas las reserva para lo sucesivo. Lo veis, no tengo mas que decir una palabra para hacer condenar á vuestro marido como falsario.

Oculté mi cabeza entre las manos, llena de horror.

—Esto os esplica el secreto de mi dominacion sobre Lancry, y sobre muchas personas. Tengo una especie de policia particular, la pongo á la vista de todas las personas que quiero observar, y es muy raro sino descubro algun yerro ó alguna sórdida accion, que me los entregue atados de pies y manos.

Vos habeis presenciado una prueba de esto en mi dominacion sobre la princesa Ksernika y la duquesa de Richeville..... Pero volvamos á Gontran: aunque el judio de los dos mil luises fué pagado, no se verificó su enlace con la heredera rica. Retiré mi garantia sin explicarme. Lancry, puesto en el caso de justificar el caudal que decia tener, no probó nada; visto esto le volvieron la espalda, y se volvió á quedar pobre como Job, teniendo por todos bienes mas de docientos mil francos que me debia. Esto era duro, pero su alma me pertenecia, como hubiera dicho Satanás..... Cuan-

do Mr. de Lancry se vió en mi poder, se desesperó; ¿pero que habia de hacer? resignarse sopena de la marca.....

Entonces fué cuando recibió una carta de su tío, proponiéndooos en matrimonio. Esto me encantó; mi venganza iba á ser doble, iba á disponer de dos existencias en lugar de una..... Para hacer que se lograra este hermoso proyecto concebido por Mad. de Maran y Mr. de Verzac, presté á Lancry cien mil francos á cuenta de vuestro dote, con el fin de hacer frente á los gastos imprevistos, y que no se frustrase este buen negocio.

El matrimonio se concluyó. Yo estaba malo en Londres, y á no ser así, hubiera venido á asistir á vuestra boda como primer criado de honor. Restablecido ya, escribí á Lancry, que saboreaba su luna de miel en Chantilly..... Le mandaba que volviese al momento á Paris. Os llevó, os vi, os amé, y se me puso en la cabeza poseeros..... Esto es lo que quiero..... y lo quiero de veras. Declaré á vuestro marido que os haria la corte, se resignó rabiando..... Sin embargo, contaba con vuestra virtud y tenia razon..... asi me habeis puesto en la necesidad de recurrir, como se dice, á los grandes medios. El resto lo sabeis..... hasta la escena del otro día en la casa de Tortoni..... Su mala cabeza lo enfureció; exasperado por el mal recibimiento de S. A. R., le fué preciso echar aquella bravata ridícula.

A las dos de la mañana estaba en mi casa de rodillas, llorando, sollozando, suplicando, pidiendo perdon para él y para vos..... El merecia un precidio..... pero me dejé otra vez ablandar con estas condiciones. Primera: era preciso un duelo, y yo era demasiado *nervioso* para aceptar uno sério. Se convendria que pasariamos por habernos batido habiendo tenido por testigos á dos soldados; tambien se haria creer que yo habia recibido una estocada leve, me encargaria de hacer correr esta voz: esto es lo que se ha hecho, y paso por un calavera..... Segunda: Lancry debia inmediatamente salir para Lóndres, donde se halla á la hora esta. Antes de irse, sin que hubiese querido decirle con qué objeto, le obligué á que os escribiera dictándole la primera carta que recibisteis en Paris, y que os decidió á venir aquí. Las otras

son mias, porque vuestro marido no es el solo que sabe contrahacer los escritos y hacer falsificaciones.

Nada he olvidado, segun creo..... no..... Ahora que aun os queda un poco de conocimiento, mirad bien las consecuencias de vuestra posicion: de dos meses á esta parte el mundo está persuadido que estamos unidos de muy buena voluntad!..... si se pudiese dudar de ello, que se juzgue por los hechos..... Habeis venido aquí voluntariamente, habeis querido ocultar este viage y vuestra tia á Mr. de Verzac, á Mad. de Ksernika, pues les habeis escrito que íbais á casa de Mad. de Secherin, en el campo; se cree que vuestro marido me ha herido en desafio, se pensará que habeis venido corriendo aquí despues de su marcha, para consolarme en mis males. ¿Cómo lo negareis? ¿Dónde estarán vuestras pruebas? Mis cartas falsas, direis; pero ahora mismo es cuando vais á quedaros completamente dormida, os quitare las cartas y las quemaré.

¿Invocareis el testimonio de vuestros criados? Todos son míos, y dirán que es verdad; que han obrado por vuestra órden, pues sola dispusísteis el viage. No es esto todo, para colmo de vuestro horror..... uno de vuestros parientes, un hombre respetable, sabiendo sin duda vuestra infame conducta, os sigue para impedir que os perdais..... Vuestra pasion os siega de tal manera, que en complicidad con un lacayo, hubiese hecho caer á aquel hombre en un lazo abominable donde quizá haya perdido la vida..... Ahora bien! ¿qué decis? desafio al abogado mas hábil á que contradiga todo esto..... á que os impida que seais juzgada por las apariencias..... por el último y ruidoso escándalo: he arreglado las cosas de modo que sepa muy bien que no habeis estado en casa de Mad. de Secherin, y que habeis venido aquí á despediros tierna y tristemente de mí. Mañana por la mañana..... (vuestro sueño va á durar á lo menos ocho ó diez horas) marchó para Italia, os dejo despertar á vuestro placer, y escribir á Gontran á Lóndres que venga á consolaros si gustare..... Llevaré siempre conmigo..... esta preciosa «falsificacion»..... este hilo infernal en cuyo cabo tendré constantemente el alma de Gontran y la vuestra. En

cuanto á los cien mil escudos que me debe vuestro marido... y cuyos títulos son estos, mañana por la mañana, despues de mi partida, los encontrareis á vuestros piés, hecho pedazos, porque soy hombre galante y generoso.

Esta última infamia reanimó la poca fuerza y voluntad que aun me quedaban.....

Mr. de Lugarto se levantó, miró el reloj y me dijo: dentro de diez minutos sereis mia.

Haciendo yo un movimiento desesperado para levantarme del sillón en que estaba adormecida, vi un cuchillo.

Apenas me acuerdo ahora de los violentos pensamientos que me agitaron en aquel momento, bien porque quisiese librarme con la muerte del deshonor, bien porque creyese que un dolor, que la pérdida de mi sangre quizá me sacasen del estado horrible en que estaba sumida. Cogí el cuchillo, reconcentré toda mi energía para darme un golpe en el pecho; la hoja resbaló y me hirió levemente en el hombro.

Este movimiento fué tan rápido que no lo advirtió Mr. de Lugarto.

Una voz que conocí muy bien, gritó con espanto.

—Deteneos, Matilde!

Me levanté con un movimiento convulsivo, y di dos pasos alargando mis brazos á Mr. de Mortagne, era él.

Saliendo de una pieza inmediata, se arrojó á mí.

Mr. de Rohegune, que le acompañaba, con una mano asió por el cuello á Mr. de Lugarto, y con la otra dió dos vueltas á la llave de la puerta por donde acababan de entrar mis dos salvadores.



## XVIII.

### CASTIGO.

Senti tal conmocion cuando ví á Mr. de Mortagne y á Mr. de Rohegune, que volví enteramente en mí.

Quizá tambien la pequeña herida que me habia hecho, habia reemplazado á una sangria, porque me sentía casi en mi estado natural.

Mientras que Mr. de Mortagne curaba mi herida, Mr. de Rohegune se apoderaba de los papeles de Mr. de Lugaro, el cual se habia puesto cárdeno de terror.

Entonces ví que la cara de Mr. de Mortagne estaba magullada en muchas partes. Sus vestidos, y tambien los de Mr. de Rohegune, estaban llenos de lodo.

En mi primera sorpresa, no habia reflexionado en todo lo que este socorro tenía de providencial.

Mas tranquila, dí gracias á Dios, por haberme salvado.

No tomé mas que unaparte muda en la escena siguiente, pero quedó grabada en mi memoria con indelebres caracteres.

Mientras que duró, aunque Mr. de Rohegune fué mas testigo que actor, sus facciones alteradas y contraídas tuvieron una espresion quizá mas amenazante, mas espantosa aun, que la cólera de Mr. de Mortagne.

Siempre que la vista firme y ardiente de Mr. de Rohegune se fijaba sobre Mr. de Lugarto, parecia que despedia chispas; muchas veces noté en la contraccion nerviosa de sus manos, que hacia grandes esfuerzos para conservar una calma aparente. Siempre que sus ojos pardos y vivos se paraban sobre Mr. de Lugarto, este parecia ser presa de una dolorosa faccion.....

Despues de haberme prestado los primeros socorros, Mr. de Mortagne me colocó en un sillón, y me dijo:

—Ahora vais, pobre niña, á asistir al juicio y á la ejecucion de este monstruo..... Y se volvió hacia Mr. de Lugarto.

—Pero, ¿qué tratais de hacerme? No abusareis de vuestra fuerza, exclamó alzando las manos en ademan de súplica.

—De rodillas..... de rodillas... le dijo Mr. de Mortagne con voz terrible; y con su mano robusta cogió á Lugarto por el cuello, y lo hizo arrodillar con aspereza en el suelo.

—Esto es un asesinato..... un abuso de.....

—Calla, gritó Mr. de Mortagne.

—Pero.....

—Si hablas una palabra mas, te pongo una mordaza. Mr. de Lugarto bastante decaído, inclinó la cabeza...

—Escucha con atencion, dijo Mr. de Mortagne..... vas á escribir á Mr. de Lancry, que le envias el billete falso que puede perderlo; me es preciso que crea que lo hace voluntariamente, y que nadie ha sabido esto; me entiendes.....

Las facciones de Mr. de Lugarto, alteradas un momento, recobraron poco á poco su espresion audaz. Siempre



de rodillas, lanzó una mirada traidora á Mr. de Mortagne, y le respondió:

—Me teneis por un niño, caballero; podeis tomarme esos papeles á la fuerza, pero os desafio á que me obligueis á escribir lo que quereis que escriba.....

—¿No escribirás?.....

—No.....

—¿No?.....

—Otra y mil veces no..... no.....

Mr. de Mortagne guardó silencio un momento, miró al rededor, y dijo de repente:

—Rohegune, dadme el cordon de la cortina, ¿es bien sólido?.....

Muy sólido, dijo Mr. de Rohegune, quitando de su sitio un largo cordon de seda.

—¿Qué quereis hacer? gritó Lugarto medio levantándose.

Mr. de Mortagne lo hizo hincar.

—Liarte este cordon á la frente, y estrecharlo por medio de un torniquete..... (el cabo de este cuchillo será á propósito), y apretarlo hasta que cedas..... Es un tormento excelente que he visto practicar en la India..... Gracias á él, los mas obstinados obedecen.

—No lo hareis! exclamó temblando Mr. de Lugarto, no lo hareis; la justicia..... la ley.

Yo me encargo de responder á la justicia, lo que importa es que escribas, dijo Mr. de Mortagne con la mayor sangre fria, haciendo un lazo corredizo en el cordon de seda.

Pero no dejaré que se haga..... pero.....

—Mirame bien..... mira..... á Mr. de Rohegune, mira en seguida tu ruin persona, y verás si puedes resistirnos.

—Pero.....

—Concluyamos..... Rohegune, cogedle las manos.

La cara de Mr. de Lugarto, se puso horrorosa de rabia y terror.

Me tapé los ojos con el pañuelo, se trabó una corta lu-

cha, al cabo de la cual oí un grito penetrante, y luego estas palabras pronunciadas con voz trémula:

—Perdon..... perdon..... escribiré.....

—Escribe pues, dijo Mr. de Mortagne.

—Abusais de vuestra fuerza, sois dos contra uno... dijo entre dientes Mr. de Lugarto.

—¿Escribirás? ¿escribirás?

Mr. de Lugarto se resignó, y escribió las siguientes líneas, que le dictó Mr. de Mortagne:

«He hecho durar mucho tiempo la chanza pesada que «sabeis, mi querido Lancry, os remito el papel en cuestion «y que este secreto quede de aquí en adelante en nosotros «dos, porque me avergüenzo de todo esto; salgo para Italia, «adios! Tuyo.»

Mr. de Lugarto, despues de haber escrito, firmó.

—Espero que esto sea todo, añadió, cedo á la fuerza... Pero paciencia..... paciencia.....

—Calla, dijo Mr. de Mortagne; ¿cuanto dinero te debe Mr. de Lancry?

—Aquí están en esta cartera las obligaciones de Mr. de Lancry, dijo Mr. de Rohegune, trescientos veinte mil francos.

Mr. de Mortagne escribió algunas líneas en un papel, las dió á Mr. de Lugarto, y le dijo: Aquí teneis un bono de esa suma contra mi banquero, pagable á la vista. Harás que lo cobre tu corresponsal.

En seguida rompió los billetes de Gontran.

—Esto es indigno..... es una sustraccion de documentos..... pero.....

¿Y la maldita falsificacion? dijo Mr. de Mortagne sin responderle.

—Aquí está, respondió Mr. de Rohegune.

Mr. de Mortagne la puso con la carta que acababa de escribir de Mr. de Lugarto, y lo guardó todo en su cartera.

Viéndose arrebatado así el medio de continuar los tormentos de su victima, dió Mr. de Lugarto un grito de furor,

—Esto es una infamia, aquí hay fuerza..... alevosía... violencia!.....

—¿Quieres que te ponga una mordaza? dijo Mr. de Mortagne.

Te prohibo que hables hasta que te se pregunte.....  
Escribe mas.

—Pero.....

—Rohegune, dadme el cordon. Mr. de Lugarto alzó los ojos al cielo, y obedeció.

Mr. de Mortagne dictó lo que sigue á Mr. de Lugarto.

«Declaro haber escrito cartas falsas á la señora vizcondesa de Lancry, falsificando cartas para que pareciesen de su marido. Por estas cartas, Mr. de Lancry invitaba á su esposa á que fuese al instante á verlo, en una casa situada cerca de Chantilly. Mad. de Lancry, habiendo caido en este infame lazo, salió al instante de París; cuando llegó aquí, se encontró con otra carta de Mr. de Lancry igualmente falsificada por mí, en la cual suplicaba á su muger que no se molestase en esperarlo, anunciándole que estaria de vuelta el dia siguiente. Mad. de Lancry, estenuada del cansancio, aceptó la cena que yo habia hecho preparar, mezclando un poco de narcótico en todo lo que se le ha servido; cuando este veneno empezó á manifestarse, me presenté delante de Mad. de Lancry, tuve la barbárie de anunciarle que habia tomado un narcótico, y hacerle notar de minuto en minuto, la influencia creciente de aquella bebida, afirmando á Mad. de Lancry que á media noche estaria completamente dormida y en mi poder..... A esta horrible amenaza, Mad. de Lancry, prefiriendo la muerte á la deshonna, reunió lo que le quedaba de conocimiento, tomó un cuchillo y se hirió. Mr. de Mortagne y Mr. de Rohegune, que habian podido introducirse en la casa, y que, escondidos, habian sido testigo de toda aquella escena, entraron en la habitacion, y como yo soy tan cobarde como cruel.....»

—No escribo esto..... dijo Mr. de Lugarto tirando la pluma.

Mr. de Mortagne dió un gran revés en la cara á Mr. de Lugarto.

Quiso este levantarse.

Mr. de Mortagne lo hizo sentar, y le dijo:

—Quiero probarte lo que ya bien sabes, que eres un cobarde indecente; te he abofeteado; te debo una satisfaccion. Aquí están dos pistolas cargadas, hace una hermosa luna, Rochegune será nuestro testigo..... Ven.....

Asió á Mr. de Lugarto por el cuello, dando un paso hácia la puerta, mientras que Mr. de Rochegune me tomaba las pistolas, que cuando entró habia puesto sobre la mesa.

Mr. de Lugarto echaba espumarajos, y parecia ser presa de una violenta lucha.

—Vamos..... ven..... dijo Mr. de Mortagne queriendo llevarselo, ven..... tengo seguridad de que te mataré... porque Dios es justo..... Ven pues.

Mr. de Lugarto se levantó, dió un paso, pero el miedo sobropujó al deseo de vengar su ultrage; cayó rendido en su silla, diciendo á Mr. de Mortagne con voz alterada:

—Sois un duelista consumado; quereis asesinarme..... Yo.....

—Entonces escribe..... que eres un cobarbe, ó te rompo los huesos, gritó Mr. de Mortagne con voz terrible.

Mr. de Lugarto agachó la cabeza, tomó la pluma, y siguió escribiendo.

«Como soy tan cobarde como cruel.....»

—Abre un paréntesis, añadió Mr. de Mortagne.

«(Y tan cobarde que despues de haber sido ahora mismo abofeteado por Mr. de Mortagne.....

—Escribirás.

Mr. de Lugarto titubeó algo, pero se decidió.

«Que despues de haber si lo ahora mismo abofeteado por Mr. de Mortagne, no he tenido valor para aceptar el duelo que tenia á bien ofrecirme.....)

—Cierra el paréntesis.

«He declarado y confesado las infamias que acabo de escribir temblando de miedo. Declaro tambien haber hecho

«caer á Mr. de Rohegune en un lazo, de que fué instrumen-  
«to Fritz Muller, criado mio, como lo demostrará en el pro-  
«ceso que vá á entablarse por Mr. de Rohegune.....»

—Pero, dijo Mr. de Lugarto interrumpiéndose de nue-  
vo, pues consiento en todo..... ahorrad.....

—Callarás!... Escribe. «Hecho, firmado y declarado  
«verdadero, bajo el imperio del terror, que los cobardes de  
«mi especie experimentan siempre en presencia de los hom-  
«bres honrados y valerosos.—*Lugarto.*»

Despues de haber firmado su nombre, tiró Mr. de Lu-  
garto su pluma y escondió la cabeza entre sus manos.

—Ahora escucha, continuó Mr. de Mortagne. Maña-  
na por la mañana saldrás para Italia, y te prohibo, me en-  
tiendes bien..... te prohibo que vuelvas á poner los piés en  
Francia, á menos que no te autorice yo para ello..... te des-  
tiero.

—Esto es una locura, exclamó Mr. de Lugarto. Ade-  
más, desprecio vuestras amenazas, la ley me protegerá,  
quedaré en Francia si me conviene.....

—Escúchame, dijo Mr. de Mortagne, estirándose todo  
lo que daba de sí su grande y robusta talla, y apoyó su ma-  
no sobre el hombro de Mr. de Lugarto, que casi se vió  
obligado á rendirse bajo aquel peso.....

—Escúchame bien. Hace cuatro meses que has es-  
tado siendo el genio del mal de la mas adorable muger que  
existe sobre la tierra; has hecho todo lo posible para ajar su  
reputacion, para deshorrar á su marido; has usado de la  
mas execrable perfidia para acreditar rumores infamantes;  
has querido hacer asesinar á Mr. de Rohegune; has sido  
falsario para atraer aquí á Mad. de Lancry. Tú y tus cóm-  
plices, habeis sido tambien asesinos haciéndome caer en un  
horrible lazo; tú has sido envenenador, haciendo tomar á es-  
ta desgraciada una bebida que debia permitirte añadir un  
nuevo crimen á tantos crímenes..... Esto es lo que tú has  
hecho..... ¿oyes?.....

El aire, la voz, el acento de Mr. de Mortagne eran tan  
terribles, que Mr. de Lugarto, apesar de su audacia, no osó  
responder una sola palabra.

Mr. de Mortagne añadió con una exaltacion cada vez mas en aumento, y llamando hácia mí la atencion de Mr. de Lugarto:

—¿No sabes pues, que prometí á su madre moribunda, velar sobre ella como sobre un hijo mio? ¿No sabes qué peligros se han corrido atacando á los que yo amo?.... No sabes que á no ser por el interés que tenia en penetrar qual era el móvil del fatal predominio que ejercias sobre Mr. de Lancry, te hubiera yo echado de Francia á patadas, pues bien sabes que un hombre como yo, que quiere encarnizarse en perseguir á un miserable como tú..... consigue librar de él á la sociedad..... y que no hay tribunales que obren? Y además, gritó Mr. de Mortagne no pudiendo contenerse mas, esto es, porque estás fuera de la ley! Es verdad que soy demasiado bueno cuando no te mato como á un perro!.... ¿Será por que no tenga derecho?

—Derecho! exclamó Mr. de Lugarto, asustado de la violencia de Mr. de Mortagne.

—Sí, derecho..... sí..... tengo derecho para matarte..... aquí..... al instante. Matilde es parienta mia; tú la haces venir aquí valiéndote de cartas falsas; tengo la prueba de ello..... la envenenas, tambien tengo la prueba..... vas á cometer un crimen execrable, cuando yo, su amigo, su pariente, llego, te sorprendo..... tomo esta pistola, te la apoyo en el cráneo, y Mr. de Mortagne apuntó efectivamente con una pistola á la frente de Mr. de Lugarto, y te hago saltar los sesos. ¿Quién me vituperará despues?.... ¿Qué tribunal se atreverá á condenarme? ¿No has sido cogido en fragante delito?.... ¿No me pertenece tu vida, miserable?....

Asustado con el furor de Mr. de Mortagne, que se exaltaba poco á poco, y que seguia apuntándole á la frente con la pistola, Mr. de Lugarto aterrorizado, juntó las manos; su semblante se descompuso, y no tuvo fuerza sino para decir:

—Perdon..... perdon..... Cuidado! la pistola está cargada...

Y dejó caer sus brazos como si hubiese perdido todo conocimiento.

El mismo Mr. de Rochegune, asustado de la exasperacion de Mr. de Mortagne, le dijo.

—Tened piedad de este miserable.

—¿Y la tuvo de esta desgraciada niña? exclamó Mr. de Mortagne.

—Perdon... Dios mio... partiré cuando quisiereis... os lo juro, dijo Mr. de Lugarto en voz baja.

—¿Osas hacer aquí un juramento? No cuento con tu palabra, sino con la mia, y la doy, ¿oyes? mi palabra de hombre de honor, que no pondrás los piés en Francia, y por una buena razon que vas á oír..... Como además es menester que seas castigado por tus infamias, y que las vias legales no pueden convenirme, como tambien tú eres un falsario, un asesino, un envenenador, y á tus semejantes se les marca con un hierro ardiendo, quiero tambien marcarte..... ¿oyes?..... marcarte no en la espalda, sino en la frente..... marcarté con una T. y una F. para que se vea bien y siempre!..... de esa suerte, no tendrás ganas de volver á Francia.

—Este hombre es el demonio! exclamó Mr. de Lugarto juntando las manos con terror y medio levantándose..... Dios mio! Dios mio! ¿qué quereis hacerme todavia? ¿No me habeis insultado, humillado bastante?

—Quiero marcarte en la frente. La oja de este cuchillo, calentada á la luz de esta bugia, bastará para hacerte una señal que no se borre.

Diciendo estas palabras, Mr. de Mortagne tomó el cuchillo con que yo me habia herido, y lo arrimó á una de las luces.

Mr. de Lugarto lo miraba aterrizado; corrió á la puerta; pero estaba cerrada.

Volvió, se echó á mis piés, y me dijo con voz que movia compasion.

—Ch! eso nó..... eso nó..... señora..... compadeceos de mí. Os he ofendido, he sido un cobarde, un infame, par-

tiré..... partiré..... Nunca volveré..... pero eso nó..... Oh! por piedad! eso nó!!!

Las facciones de aquel hombre estaban trastornadas por el terror, lloraba y estendia las manos hácia Mr. de Mortagne.

Este, impasible, seguia caldeando la oja del cuchillo.

—Pero vos, caballero, sereis menos desapiadado! gritó Mr. de Lugarto dirigiéndose á Mr. de Rohegune. Os he hecho atacar traidoramente, lo confieso. Me arrepiento de ello, tened piedad de mí, pedid por mí..... Pero en nombre del cielo, que no haga eso..... para siempre!..... juzgad pues, marcado para siempre..... en la cara..... Ah! eso es horrible!..... es una idea infernal!

Mr. de Rohegune se encogió de hombros y no respondió.

—Señora, pero..... vos..... vos, ¡oh Dios mio! por la memoria de vuestra madre que tanto amábais..... señora; pedid por mí.

Apesar mio..... á pesar del mal horrible que me habia hecho aquel hombre, cedí en vista de lo bárbaro del castigo.

—Amigo mio, dije á Mr. de Mortagne, dejad á este hombre entregado á sus remordimientos; que parta, que parta.....

—Sus remordimientos! dijo Mr. de Mortagne, ¿los que son como este tienen remordimientos? La rabia de tener la frente marcada con un hierro ardiendo, es el solo remordimiento que puede conocer. Vamos, Rohegune, el cuchillo está ya caliente..... amarrémosle las manos.

—Por piedad, dejadlo, grité, no presenciare tan horrible tormento. Amigo mio, os lo suplico, semejante venganza es indigna de vos y de mí.

Despues de haber mirado un momento á Mr. de Lugarto que, en medio de sollosos pedia y suplicaba entre dientes, Mr. de Mortagne le dijo:

—Gracias á este ángel de bondad, por esta vez he tenido piedad de tí.

—Oh! vuestra mano..... vuestra mano..... dejadme



besar vuestra mano, dijo Mr. de Lugarto en un momento de reconocimiento indecible, arrastrándose de rodillas hasta cerca de Mr. de Mortagne.

—Pero te juro que si osas volver á Francia, lo que no hago ahora lo haré entonces; debes conocerme bastante para persuadirte de que no cedo por nada: yo y dos hombres determinados bastamos para esta ejecucion, y sabré muy bien apoderarme de tí.....

—Os prometo no volver á Francia, todo está listo para mi partida, mi coche llegará aquí mañana; al amanecer saldré para Italia, os lo juro, dijo Mr. de Lugarto, cuyos dientes daban unos con otros de terror.

—Matilde, hija mia, necesitas descansar, me dijo Mr. de Mortagne, vuestra doncella está ahí, no teneis ya que temer. Venid, Rochegune. Mañana, que estareis mas tranquila, os diré como hemos descubierto los malos designios de este hombre.

Seguí el consejo de Mr. de Mortagne, me retiré á la habitacion que se me habia preparado.

Presto cogí un sueño profundo.

LAS DESPEDIDAS.

Al día siguiente al despertarme, creía haber estado soñando, pero el vivo dolor que me causaba mi herida me hizo recordar la terrible escena de la noche anterior.

Mi primer movimiento fué dar gracias á Dios que me habia salvado, que me habia vuelto á Gontran.

Los misterios odiosos que por tan largo tiempo me habian afligido, estaban aclarados; no dudaba de que mi marido, ya tranquilo y seguro, no dejaria de volver á ser para mi lo habia sido en los primeros dias de nuestra union.

Atribuia al funesto influjo de Mr. de Lugarto todas las penas que Gontran involuntariamente me habia causado. ¿No se habia ocupado de Mad. de Ksernika por obedecer á su mal consejero?

Lo confieso, temia para mi pensamiento en el acto fatal que habia puesto á Mr. de Lanery, bajo la dependencia de Mr. de Lugarto,

Por lo tanto, queriendo concluir con estas penosas reflexiones, consideraba animosamente la conducta de Gontran, y procuraba paliarla con todos los rasiocinios posibles.....

Ay! tenia naturalmente muy arraigados mis principios morales para poder hallar un medio entre una reprobacion severa ó una aprobacion culpable.....

Condenaba á Gontran.

Me estremecí un momento notando que este funesto descubrimiento no disminuia en lo mas mínimo mi amor á Mr. de Lancry.

Casi me horroricé de amar siempre apasionadamente á un hombre capaz de una accion tan mala.

Lloraba amargamente su falta; me era horrible sentirme superior á él, y tener no que echarle en cara sino que perdonarle una bajeza.

Este sentimiento llegó á ser tan vivo, tan doloroso que, por una estraña inconsecuencia que apenas puedo explicar-me hoy, yo que no habia podido hallar una escusa honrosa á su infame accion, hice todo lo posible para persuadirme, de que en igual situacion hubiera hecho lo que Gontran.

No puedo explicar la alegría que experimenté euando, des pues de largas y maduras reflexiones á cual mas paradójicas, me convencí de esta especie de complicidad moral... con qué felicidad triunfante reconocí que ya no tenia derecho para vituperar á Gontran!

Sin duda habia en esta humillacion singular por parte mia un segundo pensamiento de sacrificio, de abnegacion que entonces no conocia, pero que me guiaban sin saberlo yo.

Cuando bajé á la sala, hallé en ella á Mr. de Rochegune, el cual se puso colorado, y me dijo que Mr. de Mortagne estaba dando algunas disposiciones para mi marcha.

—Estaba ayer tan mala, tan turbada, que apenas pude espresaros todo mi reconocimiento. Vos y Mr. de Mortagne habeis sido mis salvadores. No olvido que durante mi enfermedad...

—Os suplico, señora, que no hablemos de eso... Me habeis permitido que me llame amigo vuestro y me he conducido como tal.

—Ah! como ¿reconocer nunca?....

—Conservándome siempre este precioso título... señora, permitiéndome continuar mereciéndolo....

No sé porqué se me vino de repente al pensamiento la triste idea de que Mr. de Rohegune, sabiendo el acto de Gontran, se creeria quizá con derecho de juzgar severamente la conducta de mi marido.

Por una de aquellas raras conformidades del pensamiento de que hay tantos ejemplos, Mr. de Rohegune añadió en aquel mismo momento:

—Y cuando os suplico, señora, que me permitáis contarme entre vuestros amigos, me atrevo á creer que no olvidareis que me tendré por feliz en ser «siempre contado entre los amigos de Mr. de Lancry.»

Noté que Mr. de Rohegune dijo con intencion estas últimas palabras. Me pareció esta prenda tan generosa, respondia tan noblemente á mis temores, que no pude menos de esclamar afectuosamente.

—Oh! gracias, gracias en su nombre y el mio!

Mr. de Rohegune, admirado de este movimiento, me miró.... Nos entendimos....

Comprendió él mi gratitud como yo habia comprendido su afecto á Gontran.

Una dulce y triste sonrisa se dejó ver momentáneamente en los labios de Mr. de Rohegune, y me dijo con voz conmovida:

—Hay en la vida, señora, nobles goces, es muy fácil hacer bien á este precio....

Al estas palabras de Mr. de Rohegune siguieron algunos minutos de silencio.

Yo estaba cortada; por casualidad alcé los ojos hácia él, su mirar era vago y distraido, parecia que estaba soñando. Su fisonomía, ordinariamente severa y altiva, tenia una expresion de inefable bondad. Sus cabellos negros cubrian apenas una cicatriz reciente y profunda que tenia en la frente,

y que ya habia yo notado cuando fué á verme por primera vez despues de mi enfermedad.

Apesar mio, mis ojos se llenaron de lágrimas, pensando que habia sido la causa involuntaria del lazo en que habia caido Mr. de Rochegune, viniendo á saber noticias mias por medio de Blondeau. Queriendo romper el silencio, le dije:

—¿No padeceis ya.... de esa herida que recibisteis?.....

Al oír mi voz Mr. de Rochegune, se estremeció y se apresuró á responderme.

—No padezco ya, señora. Luego, como si esta conversacion le fuese molesta, me dijo con tono tierno.

—Todo mi temor ahora es que ese miserable Lugarto, aunque fuera de Francia, se vengue de Mr. de Mortagne.

—¿Cómo?

—Esta mañana marchó. Mr. de Mortagne quiso verlo subir al coche y hacerle otra nueva recomendacion..... Acordáos..... le dijo con gesto amenazante.

—No dejaré de acordarme mucho!!! respondió Mr. de Lugarto; á cualquier distancia que me halle..... sabré alcanzaros. Y despues de haber enseñado el puño á Mr. de Mortagne, mandó á los postillones que corriesen á toda rienda. Oh! señora, es imposible ver cosa mas horrible que la cara de ese hombre en el momento que hacia esta última amenaza: el ódio, la venganza, el terror, la rabia se confundian allí en una espantosa agitacion.

—Gran Dios! exclamé, es capaz aun en pais extranjero, de tramar alguna pérfida maquinacion contra Mr. de Mortagne; ese hombre halla en su riqueza tantos recursos para saciar su infernal maldad!

—Participo de vuestros temores, me dijo Mr. de Rochegune, y por desgracia me veo obligado á abandonar á Mr. de Mortagne..... á no ser asi..... velarian por sus dias como por los de mi padre.

—¿Y á donde vais?

—A Grecia, señora, á guerrear contra los turcos. Hay

una noble y santa causa que defender..... Y además necesito no estarme quieto.....

—Esa, segun dicen, es una guerra muy terrible, en que no se dá cuartel, dije á Mr. de Rohegune con interés.

Es una guerra como todas, señora, repuso él con una sonrisa melancólica, se mata ó se muere..... pero en esta si se muere es por una nacion generosa y heróica..... y esta muerte es bella y grande.

—Esos son tristes presentimientos, no penseis en ello. Yo tengo esperanza y aun conviccion de que os volverán á ver vuestros amigos.

—Y yo participo de esa conviccion, señora. No hay derecho de ser indiferente á la vida cuando se tiene la fortuna de poder ser útil á aquellos á quienes se ama y se respeta.

Entró Mr. de Mortagne, que parecia muy irritado.

—Acabo de saber otra infamia del tal Lugarto, dijo Mr. de Mortagne. Vuestra doncella, á quien acabo de hacer preguntas y amenazas, me ha confesado que habia sido acomodada en vuestra casa por aquel hombre, y que á fin de impedir que vuestra escelente Mad. de Blondeau os acompañase, habia por órden de Mr. de Lugarto, mezclado ciertos polvos en lo que bebia, lo cual puso á Blondeau tan mala que no pudo seguiros.

—Mi amigo Mr. de Rohegune, me ha dicho que al irse Mr. de Lugarto.....

—Sí, sí..... me amenazó, aguardó algun chasco diabólico, pero estaré con cuidado..... lo que deseaba era libraros de él, y se ha logrado..... Siento sin embargo no haberlo marcado..... Esto hubiera sido una garantia mas.

—Y tambien un motivo mas de ódio y de venganza para ese hombre, le dije.

—Si se detuviera uno por semejantes temores, nunca se haria nada, dijo Mr. de Mortagne. Sé muy bien con quien tengo que luchar..... Pero es preciso que os diga como he seguido las huellas de aquella abominable maquinacion. Algun tiempo despues de vuestra vuelta de Chantilly, supe por Rohegune las voces infames que hacia correr Lugarto acerca de vos; yo estaba malo, no podia salir.....

El primer ímpetu de Rochegune fué ir á buscar á Lugarto y mandarle que se callase; él le conocia desde algun tiempo, sabia que era muy cobarde, y no dudaba que una amenaza vigorosa lo intimidaria; lo persuadí á que no lo hiciese; habia yo escrito á Lóndres para informarme de como se habia portado Mr. de Lancry antes de su matrimonio.

Viendo que iba á enredar la conversacion acerca de Lancry, por un sentimiento de esquisita delicadeza, cuyo mérito aprecié, Mr. de Rochegune dijo á Mr. de Mortagne:

—Tengo que dar algunas órdenes para vuestra partida, os dejo.

Me saludó y se fué.

Mr. de Mortagne continuó.

—Se me dijo que en Lóndres Mr. de Lancry habia gastado mucho dinero, que segun la voz pública, ese dinero le habia sido prestado por Lugarto. Reuniendo á esto otros antecedentes, adiviné fácilmente que vuestro marido se hallaba bajo la dependencia de aquel hombre, sin creer con todo que esa dependencia se hubiese hecho mas absoluta, mas peligrosa aun por el acto que sabeis; aconsejé á Rochegune que aguardase hasta que me restableciese. Un hombre muy seguro que me sirve hace mas de veinte años, sonsacó á algunos de los criados de Lugarto. Por ellos supe que habian oido á menudo á Mr. de Lancry, encerrado con su amo, suplicarle que no lo perdiese. Esto me probó que se trataba de otra cosa que de deudas; quise penetrar á todo precio este secreto, y asegurarnos de las malas intenciones de Lugarto. Supe luego que me seguian, porque este hombre á fuerza de dinero se ha creado una especie de policia, por cuyo medio descubre una infinidad de secretos de que usa y abusa en las ocasiones, como lo habeis visto respecto á Mad. de Ksernika y Mad. de Richeville. Para desvanecer sus sospechas, salí de Paris; sus espías perdieron mis huellas; esto era poco despues de la época de vuestro casamiento..... Al cabo de algunos dias volví á establecerme en Paris en un barrio retirado; no

dejaba de observar los menores pasos de Mr. de Lugarto, sabian tan bien como él que los domésticos son corruptibles. Como todos criados son cómplices de algunas de las malas ó vergonzosas acciones de sus amos, me fué posible comprar algunos de ellos; así supe que desde algun tiempo habia alquilado y hecho amueblar una casa aislada junto á Chantilly..... En esta en que estamos..... Vine á cerciorarme yo mismo, y á reconocer la posicion de esta habitacion. Sabia que Lugarto falsificaba cualquiera letra con una habilidad detestable. Temiendo algun ardid, os hice decir por Rochegune que no dejareis nunca á vuestro marido, suponiendo que Lugarto escogeria el momento de su ausencia para juzgaros alguna mala partida. Ocurrió la escena de casa de Tortoni; no la supe hasta el dia siguiente por Mr. de Rochegune, envié á saber á vuestra casa, se me dijo que acabábais de partir para casa de Ursula, y que Mr. de Lancry estaba tambien de viage; envié á preguntar á casa de Lugarto; segun dijeron sus criados, estaba en cama herido de una estocada..... que habia recibido aquella mañana..... Conocia á este hombre, y no creí en la tal estocada, lo que sí me sorprendió fué vuestra separacion de Gontran; una hora de detencion ó perplijidad podia perderlo todo..... si efectivamente habiais ido á casa de Mad. de Secherin, no corriais riesgo alguno, no teniamos por consiguiente que ocuparnos de esta hipótesis; á todo trance nos decidimos á venir aquí. Ibamos á alcanzaros en la bajada de Luzarches, cuando ese demonio de hombre nos hizo tumbar en un monton de piedras; la caída fué terrible; perdí el conocimiento por algunos minutos.....

—Amigo mio..... Dios mio..... y por mí..... siempre por mí..... tantos peligros corridos ya.

—Estos peligros no cuestan nada, mi pobre niña, sino cuando me hacen llegar muy tarde..... Esta vez, gracias al cielo, no fué asi: despues de algunos momentos de aturdimiento, volví en mí..... Tenia, asi como Mr. de Rochegune, algunas contusiones..... Nuestros caballos no podian andar, el postillon se habia roto una pierna, necesitamos mas de una hora para llegar aquí, nos pusimos en camino...



Felizmente al cabo de un cuarto de hora, encontramos los caballos que os habian traído. Segun lo que nos dijeron los postillones, no habia duda en que érais vos. Mr. de Rochegune y yo tomamos los dos caballos y partimos á rienda suelta, á la media hora estábamos á pocos pasos de esta casa. Para no despertar sospechas, dejamos los caballos bastante lejos. Todas las ventanas estaban cerradas, pero se veia luz por las rendijas. Ibamos á decidirnos á llamar violentamente á la puerta, cuando se abrió otra del piso bajo; era vuestra doncella, que sin duda queria tomar el refresco. Vimos en la sala baja una muger anciana y á Fritz, de un salto entramos en aquella habitacion, pistola en mano. Rochegune se puso á la puerta, y yo en la ventana. Aquellos miserables se hincaron de rodillas muertos de miedo.

—Aquí debe haber una carbonera, un sótano, les dije, conducidos á él, ú os levantamos la tapa de los sesos.

—A la derecha, debajo del portal, está la puerta del sótano, me dijo la vieja.

Cinco minutos despues teniamos encerrados á Fritz y á las dos mugeres. Entramos en la habitacion que precede á la sala donde estábais; oimos hablar; era Lugarto; os descubria todas sus horribles maquinaciones. Estas revelaciones podian servirnos; esperamos hasta el momento, pobre niña, en que os herísteis con tanto valor.

—Noble y generoso amigo, dije á Mr. de Mortagne apretando sus manos entre las mias..... siempre..... siempre á mi lado..... cuando se trata de socorrerme ó de salvarme!

—Sin duda, siempre á vuestro lado..... ¿sin vos, qué interés tendria yo en vivir? Pero decidme hija mia, es menester echar hoy mismo en el correo esta carta para vuestro esposo: la encontrará cuando llegue á Lóndres: le llevará esa maldita falsificacion y le volverá la libertad. Para destruir los malvados proyectos y esplicar vuestra salida de Paris, á fin de que vuestro esposo no tenga sospecha alguna de lo que ha pasado esta noche, marchareis á casa de Mad. de Secherin; allí escribireis á Mr. de Lancry que, no queriendo estar en Paris sin él, habeis ido á pasar á casa de

Ursula el tiempo de su ausencia. Dirigireis la carta á vuestra casa, en Paris, y cuando él llegue la hallará.

—Pero, amigo mio, ¿por qué no decirlo todo á Gontran?

—¿Por qué? pobre niña! porque desde el momento en que vuestro esposo supiere que estais instruida de la bajeza que cometió, os aborrecerá..... tendrá que sonrojarse delante de vos..... y nunca os perdonará su falta.

—Ah! ¿podeis creer?

—Escuchad, Matilde..... no quiero recriminar, no quiero ver en Mr. de Lancry sino al hombre que amais; vuestro noble y santo afecto es una salvaguardia á mis ojos; pero en fin..... sé justa, cuando él sabia que érais tan desgraciada por causa de aquella horrible intimidad con un hombre á quien despreciaba, á quien aborrecia antes como vos, ¿tuvo valor para haceros esa fatal confesion? Nó, prefirió dejar acreditar las voces infamantes que corrian respecto á vos.

—Pero romper abiertamente con Mr. de Lugarto, era perderse.

—Era salvar vuestra reputacion..... Si vuestro esposo no hubiese sido un egoista abominable, hubiera animosamente arrostrado las consecuencias de su falta, en vez de dejaros deshonar á los ojos del mundo..... despues de la escena en casa de Tortoni, que al menos revelaba de su parte un rasgo de generosa indignacion, ¿no suscribió de nuevo á todo lo que exigió? ¿No os ha dejado abandonada cobardemente, por decirlo asi, á sus infames tentativas?..... Mirad, Matilde, pobre y querida niña! es preciso todo el respeto, toda la admiracion que me inspira vuestro afecto, para no decir lo que pienso..... no quiero entristeceros mas!..... Pero creed en mi esperiencia, no digais nunca á Gontran que sabeis su secreto..... Esta confesion seria fatal..... Os lo repito, el hombre que en las terribles circunstancias en que os habeis encontrado, no ha tenido bastante confianza en vuestro corazon para confesároslo todo, seria desapiedada si supiese que estábais instruido de un misterio que ha guardado con tanta obstinacion,

—Pero en fin, ¿si por casualidad Gontran descubre que he estado en esta casa?

—He pensado en ello..... He pensado tambien que por una nueva maldad, cuyo objeto no puedo concebir, Lugaro escribiese todo á vuestro esposo; entonces esta declaracion firmada por él, mi testimonio, el de Rohegune, bastarian para ponerlos al abrigo de toda calumnia, porque es menester preveerlo todo.

—Seguiré vuestros consejos, dije á Mr. de Mortagne suspirando. Sin embargo, os lo confieso, me cuesta mucho ocultar alguna cosa á Gontran.....

—Mr. de Mortagne, sin responderme, me cogió las dos manos, y me miró algunos momentos en silencio.....

Su semblante tan caracterizado, tenia una espresion de terneza inesplicable. Lloró á pesar suyo..... No podré decir cuán profundamente me conmoví viendo correr las lágrimas de un hombre tan enérgico y tan resuelto.

—Dios mio! ¿qué teneis? amigo mio, esclamé, sin poder contener mas mis lágrimas.

—No os veo aun feliz para lo sucesivo..... Pobre niña..... vuestro marido se ha librado de una espantosa dominacion, vuestro caudal está restablecido..... Mr. de Lancry tiene muchas culpas que hacerse perdonar, y el arrepentimiento debe mejorar las almas naturalmente buenas... No obstante temo, no estoy seguro.....

—Esos son vanos temores, amigo mio, el afecto que me teneis se alarma sin razon..... creedme.....

—Ay! quisiera engañarme, me dijo Mr. de Mortagne meneando tristemente la cabeza.

—A propósito, le dije, esta suma considerable que habeis pagado por nosotros..... se entiende que os la volveremos.

—Escuchad, Matilde, tengo cerca de sesenta mil libras de renta: en los años que Mad. de Maran me hizo pasar en los plomos de Venecia, ahorré á la fuerza, tengo pocas necesidades, empleo casi toda mi renta en consolar á nobles y oscuros desventurados; yo no he de tener mas heredero que vos, y esta suma es un adelanto de la herencia.

—Amigo mio, sin embargo.....

—Escuchadme todavía: vuestro contrato de matrimonio se hizo tan pérfidamente, que vos que llevásteis todo el caudal á la comunidad, no teneis derecho á reserva alguna: vuestro marido puede despojaros ó arruinaros completamente. Felizmente estoy aquí..... mis bienes garantizan vuestro porvenir.

—Amigo mio..... dejad esos temores; os aseguro que Gontran ha dejado ya su gusto por la ostentacion..... ya no juega.....

—El estado de la casa que teneis en Paris era ya demasiado considerable para vuestro caudal; estoy seguro que cuando se viere desembarazado de Lugarto, Mr. de Lancry se arrojará de nuevo en gastos inútiles..... Tenéis todavía en la actualidad una renta liquida de cien mil libras, y pagada vuestra casa; ahora bien! de aquí á cinco ó seis años, vuestro marido puede haberlo disipado todo..... Conozco á los pródigos.

—Pero amigo mio.....

—Pero, hija mia; no lo detuvo la vergüenza de cometer una falsificacion, para procurarse dinero.....

¿Qué freno lo contendrá cuando no tenga mas que sacar á manos llenas de vuestros bienes?.... Perdonadme..... Matilde..... os aflijo; pero hay verdades severas que es menester atreverse á decirlas..... Nunca he dejado de cumplir este deber, nunca faltaré á él..... Os pido encarecidamente que resistáis cuanto pudiéreis á las prodigalidades de vuestro esposo: por vos, por él mismo, tomad esta resolucion...

Yo, no quiero decirle nada; reservaré mi influencia para casos extremos. Es violento, arrebatado, se impacienta con las advertencias, poco me importa cuando vuestro interés exija que yo hable..... hablaré y de modo que sea entendido y escuchado, os respondo de ello! Vamos, adios, hija mia..... Al menor acontecimiento, escribidme á Paris; para siempre jamás contad conmigo..... y con Rohegune.. En cuanto á este, Dios me lo conserve..... porque va á una terrible guerra, y no es hombre que mira por ti..... Adios, otra vez! Os enviaré á Blondeau á casa de Mad. de Secherin;

un criado que me acompañaba ayer, y que acababa de llegar con mi coche, os seguirá. Hace mucho tiempo que lo tengo conmigo, y esto os garantiza de su conducta. Podeis llevar con él aquella muger que tragísteis; pero así que llegue Blondeau, despedidla, y cuando volvais á Paris limpiad vuestra casa, no sea que entre vuestros criados quede alguno de los puestos por Lugarto, y luego no admitais ninguno sino muy bien recomendado. Vamos, adios otra vez.

Abracé por última vez á este escelente amigo vertiendo dulces lágrimas.

Apreté afectuosamente las manos de Mr. de Rohegune, y salí para Turena, celebrando sorprender á Ursula con mi inesperada visita.



---

---

**XX.**

## LA FAMILIA SECHERIN.

—

La propiedad de Mr. de Secherin, donde vivia entonces con Ursula, estaba situada en Rouvray, en Turena, á orillas del Loira.

Me ví obligada á pasar por Paris; me detuve á fin de echar yo misma en el correo la carta de Mr. de Lugarto para Gontran, carta que debia calmar de júbilo á mi marido y libertarlo de la odiosa influencia que por tanto tiempo habia sufrido.

Estábamos á fines del mes de Junio.

Caminaba muy rápidamente, á medida que me alejaba de Paris, me parecia que respiraba mas libremente; la vista de las risueñas campiñas que atravesaba me calmaba, me hacia provecho; mi corazon se dilataba, iba á ver á la amiga de mi infancia.

Despues de tan crueles sacudimientos, iba á disfrutar del reposo de los campos, me parecia una fiesta gozar por al-

gunos dias la vida sencilla, pacifica de Ursula y de su marido.

Hacia mucho tiempo que no habia recibido carta de mi prima.

En las últimas, continuaba quejándose de su suerte, pero me decia que la soportaba con una resignacion melancólica.

Porque conocia la exaltacion de su carácter y la bondad de su marido, y no me inquietaba mucho.

No le habia escrito una palabra de lo que habia pasado; estaba decidida á no confiarle nada sobre este asunto; no era secreto solo mio, lo era tambien de Gontran.

Llegué á Rouvray á la caida de la tarde: hacia un hermoso dia de verano.

Dejé á la izquierda los grandes edificios en donde estaba establecida la fábrica de Mr. de Secherin. Entré en una hermosa calle de árboles que conducia á la casa donde habitaban.

Apenas habia llegado mi coche á la mitad de la calle, ví á Ursula.

Se pararon los caballos, abrieron la puertecilla, y me precipité en los brazos de mi prima.

Es imposible pintar su alegría, sobre todo su sorpresa, me abrazaba, me miraba como si pudiese dudar de sus ojos, y luego me volvía á abrazar.

—¿Eres tú? ¿eres tú? me decia. Qué agradable sorpresa!

—Ursula! Sí, yo soy, yo, tú hermana, vengo á pasar aqui algunos dias de que puedo disponer mientras mi marido está en Inglaterra.

—Qué vella idea has tenido, Matilde! Cuanto te lo agradezco! Qué lástima que nuestra pobre casa no sea digna de recibirte.

Me encogí de hombros sonriéndome.

—¿Y tu marido, donde está? ¿Cómo se halla?

—Muy bien, me dijo Ursula.

Despues de esta efusion de reconocimiento, examiné á

mi prima, me pareció aun mas linda que en otro tiempo.

—Eres feliz, porque estás hechicera, le dije.

—Feliz, replicó con un acento que repentinamente se tornó en lastimero..... ¿Feliz?.... Sí, feliz; y ahogó un suspiro. Pero tú..... eres la que habla de felicidad.

—Oh! si, exclamé, en este momento sobre todo, tú no sabes cuanto placer me causa volverte á ver, no sabes todo lo que ha sucedido despues de los dias pasados á tu lado.

Cogí el brazo á Ursula, y nos dirigimos á la casa.

Era bastante grande; el jardin que la rodeaba estaba simétricamente dividido en cuadros y cercado por árboles, tenia un aspecto sério y grave; al fin de una de aquellas bóvedas de verdura que salia á un terraplen, se veia el Loira.

—Hallarás esta casa muy al estilo de provincia, muy vulgar, ¿no es así? me dijo Ursula: pero Mr. de Secherin, ó mas bien su madre, no quiere cambiar nada en ella, con el pretesto de que así estaba en tiempo del difunto Mr. de Secherin, padre, lo que hace que esta casa esté muy fea, como lo puedes ver. ¿Y este horrible jardin francés, no diria cualquiera que era un jardin de convento, por lo triste y sombrío?

No, no desacredites esta casa, mi querida Ursula; este jardin me parece muy bueno, tiene un terraplen que dá al Loira; ¿no vale esto nada?

—Siempre indulgente y buena, querida Matilde.

—No, te aseguro que todo me agrada. Está esto tan sosegado, tan tranquilo!

—Oh! en cuanto á sosiego hay mucho; felizmente no se oye el ruido aturdidor de las máquinas de la fábrica de Mr. de Secherin.

—¿Son aquellos grandes edificios que se ven al entrar? Es un magnífico establecimiento.

—Magnífico..... como una fábrica. No hay cosa mas triste en el mundo..... á no ser oír hablar sin cesar de sus maravillosos resultados, del número de trabajadores que emplea. de su importancia en el pais, etc. Será menester, mi pobre Matilde, que te resignes á soportar á menudo estas conversaciones; ¡qué cambio para tí, habituada á aquella



brillante vida del mundo que, ay! no he hecho mas que vislumbrar antes de venir á enterarme aquí!

Miré á Ursula como reprehendiéndola.

—Hermana mia, hermana mia, le dije, temo tener que reñirte; estoy segura de que murmuras de tu felicidad..... Ah! ese mundo..... ese mundo es muy triste y muy malvado. Preferirian á sus falsos placeres la existencia tranquila de que gozas aquí.

Ursula me miró con sorpresa.

—Tú..... tú, me dijo, tú envidiarías mi suerte..... Muy desgraciada debes de ser, Matilde..... ¿Qué te ha sucedido? ¿Me has ocultado alguna cosa?

—No, mi querida Ursula, me di prisa á responderle; te aseguro que los placeres del mundo sorprenden pero no llenan el corazon; tú lo sabes, yo siempre he sido un poco huraña, aun en casa de Mad. de Maran, mejor queria pasar contigo las noches en vuestra habitacion, que estar en el salon.

—Cuando reconozco tu bondad, tu delicadeza habitual, me dijo Ursula, finjes que envidias mi suerte para que yo la desee; pero ven, te llevaré á tu habitacion, dispensarás tan modesta hospitalidad.

Entramos en la casa.

Todo era sencillo en ella, pero reinaba el mayor aseo; subimos la escalera que daba á un corredor, donde habia muchas puertas.

Ursula abrió una de ellas, pasamos una pequeña antesala, y me hallé en una habitacion grande cubierta de muebles antiguos. En un extremo habia una cama de pabellon con cortinas de telas de Persia. En las sobrepuestas y encima de la chimenea se veian tableros que representaban paises del gusto de Watteau.

No puedo decir lo que me alegré al ver aquellos paises con sus grupos de pastores, un poco amanerados, pero cuyo aspecto tranquilo y campestre regocijaba deliciosamente mi pensamiento. Habia ventanas grandes que daban al jardin y dominaban el Loira. Una cómoda y una

mesa para escribir, todo de madera y trabajo antiguo, completaban los muebles de aquella habitacion.

Ursula parecia avergonzada de la sencillez que tanto me encantaba. No encontraba cosa mas alegre, mas graciosa. Otras dos piezas amuebladas por el mismo estilo, una de ellas podia servir de sala, estaban al lado de mi cuarto.

—¿En verdad, me dijo Ursula, te hallarás muy mal acomodada?

—Me hallo tan bien, que si Mr. de Lancry quiere permanecer algun tiempo cuando venga á buscarme, estoy segura de que te costará mucho trabajo echarnos de tu casa.

—Vamos, te creo, mi buena Matilde; todo mi temor es que no te fastidies de esta vida que adornas, estoy segura de ello, con todo el brillo de tu imaginacion; temo tambien que la compañia de mi madre política, Mad. de Secherin, te parezca pronto insoportable.

—Tu marido decia que era la mejor de las mugeres.

—Los hijos son siempre indulgentes; la verás; no tiene talento, ni modales, es devota con exceso, tan terca que tendria una increíble firmeza de carácter si tuviese tanta inteligencia como voluntad; nunca hemos podido su hijo y yo conseguir que haga la menor variacion en esta casa, que aumente el número de criados, que mejore su servicio. Su eterno refran es: «Mi difunto el pobre Secherin hallaba todo esto muy bueno.» Asi, Matilde, tú que tienes, segun dicen, una de las mejores y mas elegantes casas de Paris, me dijo Ursula sonrojándose, no te burles de nosotros viéndonos servidas en la mesa por dos robustas lugareñas turenasas; esa es una de las manias de mi madre política, y nada en el mundo ha podido hacer que renuncie á ella.

Miraba á mi prima sin poderle ocultar mi tristeza.

—¿Cómo, Ursula, me conoces tan poco que me creas capaz de notar tales pequeñeces? ¿Antes que toda otra cosa no pienso en el placer de estar á tu lado?

Dieron las siete.

—Voy corriendo á enviarte tu doneella, me dijo Ursula; Mad. de Secherin cena á las ocho. Sí, cena, porque nada ha podido hacerle cambiar sus costumbres góticas, y sería capaz de sentarse á la mesa sin tí, si no estuviese lista.

Y yo lo sentiria, mi buena Ursula, porque tu madre política veria una falta de miramiento en mí, y como sabes, nada hay mas respetable para mí que las costumbres de familia.

Salió Ursula, sus temores, sus advertencias me desazonaron.

Parecia Ursula casi humillada, por no decir exasperada de la sencillez de su recibimiento, y se hubiera dicho que pensaba mas en su vanidad que en mí.

Ahora recuerdo que mi prima, siempre hablándome de su alegría, de su dicha porque hubiese ido á visitarla, atribuia su embarazo á los pueriles motivos que he dicho. Debía saber presto la verdadera y miserable causa de su confusion.

Me vestí muy de prisa y lo mas sencillamente posible.

Llamó Ursula á mi puerta.

—Dispensa que mi madre política no haya venido á verte, pues anda con mucho trabajo y le hubiera sido penoso subir la escalera. Mi marido va á venir pronto de la fábrica, y se nos reunirá en el salon.

—Bajemos al instante, porque estoy decidida á conquistar á tu madre política, dije á Ursula riéndome.

—Oh! te costará mucho trabajo, por mas que le he hecho presente tu clase, la posicion de tu marido, vuestra riqueza, no me ha parecido dispuesta á hacer mas gastos para tí que los que hace para una lugareña de nuestra subprefectura. Dispensarás esta falta de educacion, ¿no es así?

—Esta sencillez me hace formar por el contrario mejor opinion de tu madre política, querida Ursula, y es menester absolutamente que la agrade.

Bajamos, entramos en un comedor en que estaba pues-

ta la mesa, y despues en el salon en que estaba Mad. de Secherin.

Me acuerdo de los mas pequeños pormenores de esta escena, porque me llamó mucho la atencion la armonia que existia, por decirlo así, entre Mad. de Secherin y los objetos que la rodeaban.

Salia de tales agitaciones, que debia hallar un encanto infinito en todo lo que recordaba las ideas de calma, de tranquilidad.

Las ventanas y las puertas de vidrio de este salon daban á un cuadro del jardin esmaltado de flores. En medio estaba colocada una araña de cristal de roca, cubierta con una gasa; se veian varios cuadros dorados que contenian cabezas de estudio pintadas al lapiz por el marido de Ursula, cuando aprendia el dibujo en el colegio de Tours, y dedicadas á su padre ó á su madre los dias de sus cumpleaños, como lo atestiguaban las dedicatorias escritas con magnífica letra.

Sobre la chimenea habia un reloj de péndola y dos candeleros grandes de bronce dorado, cubiertos de gasa como la araña; sillones y dos canapés con sus fundas, componian todo el ajuar de esta pieza, cuyo pavimento estaba pintado y barnizado muy primorosamente.

Mad. de Secherin estaba sentada en una silla poltrona junto á una de las ventanas, debajo de la cual se extendia un bosquecillo de rosales. Un grande y viejo papagayo se paseaba con gravedad por el borde de la ventana.

La madre política de Ursula estaba hilando al compás de su torno.

Era una muger de unos setenta años, estaba vestida de negro y tocada con un gorro de batista sin adorno alguno.

A primera vista su fisonomía parecia solo caudilla, pero observándola mas atentamente, se descubria en ella una grande espresion de firmeza, mientras que su mirada sosegada, pero penetrante y escudriñadora, revelaba un largo hábito de observacion.

Me persuadí al instante de que Ursula estaba preve-

nida contra su suegra, y que la juzgaba mal.

Lo que sobre todo me probó que Mad. de Secherin no era una muger vulgar, es que me recibió con afable dignidad y sin cortedad alguna.

Cuando entré se levantó con trabajo, apoyándose en los brazos de su poltrona, me saludó afectuosamente, y me dijo:

—Sois demasiado buena, señora, en venir á ver á mi nuera; haremos lo que podamos mi hijo y yo, para que esteis contenta aquí.

—¿Cómo no he de estar contenta, señora? Me hallo al lado de una hermana á quien amo, y á cuyo marido aprecio mucho, y vos me recibís con una cordialidad que me hace esperar mucho mas.

—Me siento muy dispuesta á amaros; mi hijo me ha dicho que sois una escelente y honrada señora; las buenas gentes aman á las buenas gentes, espero que estareis contenta con nosotros.

—No lo dudo, señora.

—Nosotros no gastamos cumplimientos, dijo Mad. de Secherin poniéndose á hilar; vivimos á la antigua..... como en tiempo de mi marido. No he podido variar las costumbres que fueron suyas por espacio de tantos años....

—Comprendo esta religion de recuerdos, señora, y la admiro; así la ausencia de un ser amado se siente aun mas..... nada hay de amargo en ellos, pues se endulzan con la esperanza de reunirnos un dia con los que lloramos.

Mad. de Secherin me miró un instante con interés, y me dijo:

—Los buenos corazones entienden á los buenos corazones; suspiró luego, guardó silencio por algunos momentos y continuó, como si hubiese querido cambiar el curso sus pensamientos.

—He aquí nuestras costumbres de Turena, señora: nos desayunamos á las nueve, comemos á las dos, cenamos á las ocho, á las diez todos estamos acostados; porque, bien lo veis, quien se levanta temprano debe acostarse temprano.

Mi hijo está en pié cuando canta el gallo, y no puede volver hasta tarde.

Ursula me miró con aire casi suplicante, y se encogió de hombros mostrándome á su suegra.

Mi prima temia que me ofendiese la familiaridad natural con que Mad. de Secherin me recibia. Por el contrario, estaba yo prendada de su recibimiento; lo encontraba excelente.

No hay nada mas casero y mas vulgar que un cumplimiento falso y estrepitoso, que aquellas exageraciones de no ser mas pobres provinciales indignos de recibir las personas de la capital (estilo de subprefectura como decia Mad. de Maran).

Entró Mr. de Secherin precipitadamente; pareció enagenado de verme, y vino á mi con los brazos abiertos para abrazarme.

Su movimiento fué tan natural, tan cordial, que le tendí mis dos brazos no sin sonreirme y sonrojarme un poco.

Mr. de Secherin hizo resonar el salon con dos besos, con grande confusion de Ursula, que no pudo dejar de decir á media voz.

—En verdad, que estais loco! Qué modales! Matilde, perdonadle!

—Cómo, qué modales? exclamó él. ¿Por qué abrazo á nuestra prima con todo mi corazon? A fé mia que me alegro de verla, y se lo pruebo á mi modo.

—No veis que Ursula está encelada, mi querido primo, dije riéndome á Mr. de Secherin.

—Este pareció sin embargo reflexionar en las palabras de Ursula, y me dijo algo confuso, y casi triste.

—Mi muger quizá tiene razon. Sin duda no he hecho bien, prima mia, dispensadme, pero me tenia por tan feliz en volveros á ver, que no he reflexionado si estaba en uso ó en abrazaros.....

—Deseo, mi querido primo, suplicaros que empeceis engañando á Ursula á que no os riña injustamente.

—¿En verdad?.... No estais enojada, exclamó Mr. de Secherin, cuyo semblante se puso risueño al momento.

—¿Lo manifiesto? le dije.

—Sois buena, sois buena! Mirad, justa como vuestra excelente tia Mad. de Maran..... Y á propósito, ¿cómo está esa excelente señora?

—Muy bien, dije cambiando una mirada con Ursula.

—Ah! mamá, continuó Mr. de Secherin con exaltacion ¿no teneis idea de lo buena que es esa muger, Mad. de Maran, la tia de Mad. de Lancry? Es tan llana..... parece á vos como una gota á otra en el carácter; mamá, en esto es un retrato vuestro.

—Siempre me lo has dicho, hijo mio, y te creo.

—Y lo diré siempre. Mirad, Mad. de Lancry puede afirmároslo. La primera vez que me vió Mad. de Maran, me habló como vos me hubiérais hablado, mamá, me hizo advertencias, me predicó su poquito de sermon, porque decia cosas que no debia decir..... Es tan rara esta franqueza... ¿No es así, mamá?

—Los ancianos deben dar lecciones á los jóvenes, Dios los tiene en la tierra para eso, dijo sencillamente Mad. de Secherin, continuando su hilado. Despues, levantando por casualidad los ojos hácia su hijo, le dijo; ¿vas esta noche á la ciudad?

—No, mamá, contestó Mr. de Secherin. ¿Por qué queréis que vaya?

—Tienes puesto el vestido negro, corbata blanca y te has afeitado.

—Esto mamá, es una idea de mi muger: me dijo que me vistiese, tenia puesta la blusa cuando volví de la fábrica.

—¿Cómo? Ursula, por causa mia..... Ah! primo mio, reñiremos si cambiais la menor cosa en vuestros usos y costumbres, mientras esté yo aquí.....

—Pues! ves tú, bonitilla, dijo Mr. de Secherin; que tenia razon cuando te decia que para Mad. de Lancry seria igual que comiese con blusa y con la barba de antes de ayer.

—Te digo otra vez, mi querida prima, que me desesperaria si por haber venido aquí os debia incomodar en algo.

Pues vien! convencido, prima mia, acepto, diga lo que quiera mi muger, gastaré de aquí adelante la blusa. Me perdonareis, ¿no es verdad? Cuando uno está ocupado todo el dia, se halla mas cómodo vestido así.

El hecho es que te fatigas como si tuvieses todavia que adquirir tu caudal, hijo mio, dijo Mad. de Secherin suspirando, y Dios ha bendecido el trabajo de tu padre.

—Tranquilizáos, mamá; cuando mi inventario ascienda á cien mil libras de rentas, bien claras y bien netas, dejaré la mecánica. Yo me he dicho á mí mismo: mi muger juzga que no tengo aun bastante caudal; quiere tener cien mil libras de rentas para ir á brillar á Paris. Pues bien! tendrá sus cien mil libras de rentas! Es tan bueno, es tan agradable pensar que todo el trabajo que me tomo agrada á mi muger, pensar que está en mi mano realizar sus deseos, y que para hacerlo no se trata sino de trabajar como un negro..... Por eso tengo las manos tan curtidas, por eso no tengo tiempo para asearme, dijo Mr. de Secherin, riéndose á carcajadas, y me enseñó sus manos.

Úrsula se sonrojó de vergüenza y enfado, y lanzó una mirada furiosa á su marido.

Este me miró con timidéz, contemplando sus manos con aspecto sereno.

—Y cuando esta digna mano se ofrece como prenda de una promesa ó de amistad sincera, la amistad que jura, ó la promesa que hace son sagradas!..... lo sé, dije á Mr. de Secherin dándole la mano.

Este movimiento, estas palabras sencillas que me inspiraba mi simpatía por este escelente hombre, tan honrado, tan afectuoso como inculto, le hicieron asomar las lágrimas á los ojos, y llevó á sus labios la punta de mis dedos casi con veneracion.

Su madre interrumpió su labor, me miró y mi dijo en-  
ernecida:



—¿Señora, quereis permitirme que os abrace? haceis justicia á mi pobre hijo!!!

Lanzando Mad. de Secherin sobre Ursula, que se encogia de hombros, una mirada severa, hizo un movimiento para levantarse.....

—No es incomodeis, le dije inclinándome hácia ella. Me besó dos veces en la frente.

Cuando la miré, corrian dos lágaimas por sus venerables mejillas.

Se las limpió algo despacio, y volvió á su hilado.

—Pobre madre mia..... la veis..... hablándole así de mí..... me dijo Mr. de Secherin enternecido.

El reloj de la fábrica de Mr. de Secherin, dió las ocho.

—Mamá..... el brazo..... vamos á cenar. Tengo una hambre rabiosa, dijo Mr. de Secherin á su madre dirigiéndose hacia ella.

—No, no, hijo mio, da la mano á tu prima..... mi nuera me ayudará.

—Otro trastorno que no sufriré, ¿no estamos en familia? dije cogiendo el brazo á Ursula.

—Mad. de Lancry tiene razon, vamos mamá venid, dijo Mr. de Secherin acercándose á su madre, que se apoyó en él y pasó delante de nosotras.

—En verdad, Matilde, me dijo Ursula á media voz, con tono casi de picada, has hecho lo que querias, la conquista de mi suegra. Es la primera vez que ha dicho á su hijo que ofrezca su brazo á otra persona que á ella. Muchas veces han comido aquí parientas nuestras, y nunca ha sucedido semejante cosa.

—Tanto mejor! estoy muy ufana con mi conquista, dije Ursula sonriéndome, porque tu suegra me parece muy respetable y muy digna de que se le aprecie.

¿digna? ¿mi suegra? ¿te parece digna? Ah ya! te burlas de ella y de nosotros.

—Le parece tan buena, que me representa exactamente una de aquellas señoras de la antigua nobleza de las pro-

vincias de que nos hablaba Mad. de Maran..... que vivian en sus tierras sin ir nunca á Paris.

Ursula me miraba con sorpresa; creía que me burlaba, y yo decia la verdad, nada hay mas imponente que la vejez, cuando es reflexiva y venerable y tiene la conciencia de su autoridad.

Nos sentamos á la mesa.

—Mamá..... las llaves para sacar el vino, dijo Mr. de Secherin á su madre.

Ursula se sonrojó de nuevo de confusion y enojo, mientras que su suegra sacaba de su faltriquera un enorme manojo de llaves y lo daba á una de las dos criadas.

Mr. de Secherin dijo el benedicite, y empezamos á cenar.

La comida era escelente, casi delicada, servida sin seremonia; pero con un esquisito aseo.

—Prima, vais á probar la pasta hecha por mamá, me dijo Mr. de Secherin ofreciéndome un pastel que tenia delante; vereis que bueno; no hay nadie como mamá para hacer estas tortas. Mi desgracia es que bonitilla no quiere aprender á hacerlas, porque desdeña ocuparse de estas cosas.

—No tiene razon, primo mio, desdeña una de las cosas que ilustran á nuestra familia, dije en tono muy sério.

—Ah! yal ¿cómo es esto, prima?

—Como, Ursula, dije á mi prima, no te acuerdas, que Mad. de Maran nos decia siempre que nuestra tia, hermana de nuestro abuelo, de Surgy y la condesa de Brione (una princesa de la casa de Lorena, Mr. de Secherin, notad bien esto) tenian pasion por hacer canastillo de jazmin y pastelillos de jalea de naranja, y que el rey Luis XV se tenia por muy feliz cuando estas señoras le daban alguna parte de sus obras culinarias. ¿No te acuerdas de esto?

—Sí, sí, dijo Ursula, lo habia olvidado.

—Pastelillos de jalea de naranjas deben ser muy buenos! dijo Mad. de Secherin, será preciso que trates de hacerlos.

—Ahora bien bonitilla ¿no te decide esto?... Cuando

una princesa de la casa de Lorena hacia pastelillos.... bien puedes tú.....

—Dispénsame..... no tengo gusto para esas distracciones, dijo Ursula, no tengo además el honor de estar aparentada con la casa Lorena.

—Pero mamá no pertenece á la casa de Lorena, y eso no le impide hacer galletitas, tú tambien puedes.

Tuve piedad de la impaciencia de Ursula, interrumpí á su marido para preguntarle si estaba contento con su fábrica.

Se enagenó con esta pregunta, y entró en toda clase de pormenores que en verdad me interesaron mucho.

Siempre hay algo curioso é instructivo que buscar y que hallar en los hombres especiales.

Una vez metido en las ideas relativas á los hechos que conocia perfectamente, Mr. de Secherin se esplicó con facilidad, con exactitud, y sino con elocuencia, con alma y energia.

Me acuerdo que le pregunté si ocupaba muchos muchachos en su fábrica.

—Empleo todos los que puedo haber á la mano, y una vez en ella..... no los dejo ir..... hago firmar una escritura á sus padres, y es preciso que me los dejen el mayor tiempo posible.

—¿Qué ventajas encontráis en emplear esos muchachos?

—¿Qué ventaja, prima? la de impedir que sus padres, á veces egoistas y duros, sobrecarguen de trabajo á esos pobres chicos infelices..... En mi fábrica no hacen mas que lo que pueden hacer, aprenden un oficio, y llegan á ser honrados, laboriosos, teniendo siempre á la vista buenos ejemplos, porque yo no tengo gente mala en casa; esto me hace gastar mas dinero, pues los pobres muchachos me cuestan mas que lo que me ganan; pero es lo mismo, ese es mi lujo..... y cuando los veo felices y robustos, trabajar con alegria, á fé mia prima, conozco que he hecho buen empleo de mi dinero.....

—Admiro tanto mas vuestro comportamiento, mi buen

primo, cuanto habia oido decir que muchos de vuestros compañeros.....

—Esquilman á los muchachos ¿no es eso? exclamó Mr. de Secherin con indignacion, ruines..... Mirad prima, esto me hace acordar de una cosa que no he dicho á mi muger ni á mamá, porque no valia la pena y me hubiera hecho pasar por un camorrista: pero puesto que tratamos de esto, voy á decíroslo todo. Un dia, esto era antes de casarme, entré en Paris á visitar una fábrica y me veo muchachos estenuados, enfermos trabajando mas que los hombres, y por qué salario!.... Dios mio!.... apenas para comprar el pan; me incomodó, y de buenas á primeras dije al amo del establecimiento que los estaba enseñando ¡cómo teneis valor de hacer perecer á estos infelices muchachos á fuego lento, porque los matais, señor mio!—Mi compañero me respondió que me mezclaba en lo que no me correspondia, y que no necesitaba de que le diesen consejos.—Le respondí que me correspondia, que tambien era fabricante y que su avaricia y la de sus semejantes bastaban para desacreditar una profesion honrosa. Me envió á pasear; lo envié yo tambien; soy, prima, naturalmente tan manso como un cordero, pero cuando se me calientan los cascos, no respondo de mí; en fin, no sé como se lió la cosa, pasamos á palabras mayores; tengo diestra la mano; mi compañero habia servido, al dia siguiente nos batimos. Nunca habia tomado en la mano una pistola, pero en la caza no soy mal tirador. Finalmente, le planté una bala en el brazo derecho.....

—Hijo mio! te batiste! exclamó Mad. de Secherin, que habia escuchado esta sencilla narracion con todas las muestras de grande ansiedad; y juntó las manos con ademán de terror.

—Vamos, estaba seguro de ello, ahora mamá me va á reñir, me dijo en voz muy baja Mr. de Secherin.

Levantándose en seguida y yéndose á ella, le dijo con un tono lleno de afectuosa ternura:

—Vamos, mamá, hice mal, fué una tontera de joven; no os he hablado de ello porque os hubiera inquietado.

—Hijo mio! mi pobre niño! dijo Mad. de Secherin abrazándolo con efusion; qué mal me has hecho!....

—Pero, Dios mio! mamá, eso pasó..... ya pasó.

—Tambien ha pasado tu nacimiento, y todos los dias doy gracias al Señor por haberme dado un buen hijo, dijo Mad. de Secherin con una afectuosa sencillez, enjugándose las lágrimas.

Esta escena, que me probaba que el marido de Ursula era tan valeroso, tan enérgico como honrado y afectuoso, fué interrumpida por una de las dos criadas que entregó una carta á Mr. de Secherin.

—Toma muger, es de Chopinelle, dijo á Ursula. Probablemente no podrá venir á hacernos la partida esta noche.

Mad. de Secherin abrió la carta y leyó.

—¿Es una de vuestras vecinas? dije á Ursula.

—Es de nuestro subprefecto, respondió poniéndose encarnada.

Sorprendida, la miré con atencion, no para perturbarla, sino por un movimiento maquinal, y, con gran sorpresa mia, Ursula se puso mas sonrojada.

—Está bien, continuó Mr. de Secherin, no puede venir esta noche, hay que escribir circulares, porque se habla de reelecciones. Es un escelente mozo el tal Chopinelle, y muy bien parecido. Este es uno que siempre está bien vestido, que se afeita todos los dias y gasta guantes. Chopinelle es de lo que no se encuentra en el mundo, prima mia.

—Le dije sonriéndome..... no conozco este apellido...

—Concurre sin embargo con lo mas encopetado de la sociedad cuando está en Paris. ¿No es así, muger? Come en casa de los ministros y es el romadizo del «noble arrabal», como dice siempre ¿no es verdad, bonitilla?

—Creo que Mr. de Chopinelle exagera, dijo Ursula con seguedad.

—¿Cómo dices eso tú que te incomodas cuando se le contradice, y que lo escuchas siempre como un oráculo?

—Creo que Mr. de Chopinelle es un embustero, dijo Mad. de Secherin.

—Ah! bueno! mamá, bueno!.... vais á tener una famosa contienda con Ursula, si hablais mal de su *pais*, porque Chopinelle es de Paris como ella, y además su pareja privilegiada de wals y su acompañante de romances, porque tiene Chopinelle una soberbia voz, ¿no es así, bonitilla? una voz como un cañon de órgano. Será menester que canteis juntos, para nuestra prima, aquel lindo duo, tú lo sabes..... bien lo sabes, aquel duo que habeis repetido tantas veces, aquel de una ópera italiana que concluye en.....

Ursula, queriendo sin duda interrumpir una conversacion que le era desagradable, dijo á su suegra:

—Mi prima está muy cansada del viage..... Necesita descansar.

—Es justo, nuera mia..... Perdonadme, señora, añadió Mad. de Secherin volviéndose hácia mí; hijo, dí la oracion de gracias.

Dicha esta, volvimos al salon, dí las buenas noches, y subí á mi habitacion con Ursula.

—Mañana por la mañana vendré á despertarte, y hablaremos, me dijo como turbada. Esta noche debes estar fatigada..... descansa.



---

## XXI.

### LA CARTA.

—

Al dia siguiente cuando me levanté, escribí una estensa carta á Gontran, suplicándole que viniese á reunirse conmigo en Rouvray lo mas pronto posible.

Mi marido debia recibir esta carta en Paris á su vuelta de Lóndres: podria por lo tanto verlo antes de ocho dias.

Era la primera vez que escribia á Gontran; tenia tanto que decirle! á cada instante estaba á punto de contárselo todo; pero me acordaba de los consejos de Mr. de Mortagne, y me resignaba al silencio.

Escrita mi carta, esperé á Ursula con bastante impaciencia.

Todos mis recuerdos de infancia y de la juventud se habian despertado, habian desarrollado y madurado mi juicio.

Veia con verdadera desazon que mi prima desconocia

las excelentes cualidades de su marido. Por excesiva que fuese la melancolía que Ursula afectaba en otro tiempo, prefería esta exageración al tono seco, resuelto y casi despreciativo que me parecía haber tomado con su suegra y con Mr. de Secherin.

Reflexionando mas, escusaba á Ursula; era sola, no tenía quien la aconsejase, y una vez empeñada en un camino falso, debía estraviarse en él cada dia mas, por falta de un consejo saludable y de amigo. Varias veces pensé en el sonrojo, en la turbación de mi prima, cuando su marido habia hablado de Mr. de Chopinelle.

En su aislamiento, quizá Ursula se habria mostrado un poco coqueta con aquel hombre. Resolví hablarle muy francamente sobre este asunto, y suplicarle que no se expusiese á disensiones domésticas por un asunto tan miserable.

Mad. de Secherin me pareció una señora muy sensata, muy firme y muy observadora. Tenía sobre su hijo quizá aun mas influencia que Ursula; me pareció que esta tenía contra aquella alguna queja secreta, y que se contenía hasta que un momento oportuno le permitiese estallar.

Las personas de semejante carácter, por lo ordinario prudentes, tranquilas, tenaces, de talento perspicaz, de corazón sencillo y recto, de una piedad austera, no conocen ni contemplaciones ni temperamentos; una religiosa imparcialidad les hace esperar *las pruebas* con una impaciencia invencible, pues, cuando se creen en lo cierto y en lo verdadero, son desapiadados.

Entró Ursula en mi habitación.

Después de algunas frases insignificantes, le dije:

Es preciso reñirte, hermana mia, no eres razonable; me habíais prometido hacer la educación de tu marido, pulirlo un poco. Con algunas palabras graciosas y tiernas, obtendrias todo de él. Porque, estoy segura de ello, yo que no tengo influencia sobre él, en algunos dias lo cambiaria mucho con ventaja suya.

—Tú haces milagros. Has hechizado á mi suegra. Mi marido me ha dicho esta mañana que estaba loca por ti.



Admitiendo este triunfo, ya ves que no es tan difícil hacerse amar.

—No es difícil, mi querida Matilde..... Es enojo, no tengo necesidad de ser amada por Mad. de Secherin.

—Escucha Ursula, créeme, te engañas con respecto al carácter y al talento de tu suegra.

—Para ti, tiene el aire de una gran señora. Vas ahora á descubrirle genio, dijo Ursula sonriéndose irónicamente.

—¿Genio? no, pero si mucha penetracion. Continúa-mente hace muchas observaciones.

—¿Qué puede observar? No la temo.

—Lo creo..... Sin embargo ¿por qué no la contem-  
plas?

—¿Por qué? Quisiera verte en mi lugar, mi pobre Matilde.

—¿En tu lugar?.... Me divertiria mucho.

—¿Aqui?

—Aqui.

—¿Pero en qué?

—Te lo digo, en hacerme amar, en poner mi poder á prueba, en hacer maravillas, en cambiar á tu marido en un elegante, y en atraer á tu suegra para que haga todas las mejoras deseables en esta casa que tanto te desagrada.

—Eso es imposible, tú no conoces lo terca que es Mad. de Secherin, y el horror que tiene mi marido á todo lo que oprime ó ajusta.

—Has prueba de ello una y otra vez. ¿Qué he hecho yo desde ayer para estar mejor con ella?

—Oh! tú, eres muy seductora, tú sabes agradar, tú ocultas tus impresiones desagradables. Yo no sé disimular nada, soy muy franca. Durante algunos meses he sufrido una profunda melancolia, una gran tristeza. Mi desesperacion se ha gastado en lágrimas; al presente me he endurecido; he sufrido tanto! Mi corazon es insensible hasta el dolor; me burlo, desprecio, mas me gusta esto.

Desde el principio de nuestra conversacion, el acento de Ursula habia sido nervioso, duro, seco.

—Hermana mía, le dije, tú no estás en tu estado natural, me ocultas algunas penas.

—Ninguna, te lo juro, he tomado mi partido; cuando tengamos el caudal suficiente para ir á vivir á Paris, iré hasta entonces vivo maquinalmente, huyendo de mis sueños de jóven, cuando vienen algunas veces..... á pesar mio..... porque estas memorias queridas no me recuerdan sino á tí y á mí..... y nuestros dias felices..... Ah! Matilde!.... Matilde!

Despues de un largo silencio se echó á llorar, como si cediese de repente á una emocion hasta entonces contenida.

—Oh! bien segura estaba yo, exclamé, que mi amiga, que mi hermana me disimulaba alguna cosa; que sus palabras breves y acres salian de sus lábios, pero no de su corazon.

—Pues bien! sí..... sí, perdóname..... Ayer, despues del primer movimiento de alegria que me causó tu llegada, se apoderó en mí un mal sentimiento; me avergoncé de todo lo que me cercaba, me avergoncé de mi melancolia habitual; temí parecerte ridicula con mis eternas lágrimas; quise estar resuelta, indiferente, irónica, pero este papel fingido, disimulado, no lo puedo soportar. Delante de tí, no puede mentir..... Tu pobre Ursula siente hoy tan vivamente, mas vivamente quizá que en otro tiempo, el mal casamiento que contrató. Ayer, esta mañana, cuando me quejaba de lo triste de esta casa, mentia..... de su falta de elegancia, mentia. ¿Qué me importa el cuadro de la vida..... cuando esta vida está marchita para siempre?.... Ah! Matilde..... con un corazon que me hubiese comprendido, la existencia mas dura, la mas desgraciada me hubiera enagenado.

—Pobre Ursula, te amo así mas; me agradan mas tus lágrimas que tu irónica y fria sonrisa. Sin embargo, dime: tu marido parece que te complace hasta en tus menores deseos..... ¿Aunque ya es rico, no trabaja sin descanso para satisfacer en su dia tu gusto por la opulencia?

—Quieres hablar, no es así, Matilde, del caudal que le

he mandado adquirir..... á fin de ir á brillar á Paris, dijo Ursula sonriéndose con pena. ¿Te parezco muy egoísta, muy codiciosa, muy vana, no es así?

—Ursula, estás loca. No digo eso.

—No, no, es verdad; perdóname, Matilde. Me desazonaria mucho si me sospechases capaz de una codicia vergonzosa de dinero..... Escúchame. Cuando llegué aquí, mi marido me habló de abandonar su fábrica, de vivir descansado, de consagrarme todos sus instantes. Matilde, te lo confesaré, me asusté, mas quizá por él que por mí, de esta vida desocupada que me ofrecía. Son tan diferentes nuestros gustos! hay tan poca simpatía entre nosotros! Y luego, sabía que le costaba mucho abandonar sus ocupaciones, los hábitos de una vida activa que eran para él una segunda naturaleza, conservaban su salud. Hubiera recompensado muy mal semejante sacrificio, no quise aceptar. Por no decirle: «Ese ocio que quereis consagrarme, me sería indiferente ó pesado,» me fué preciso hallar un pretesto..... Me vi forzada á fingir no sé qué deseo, qué vanidad desmesurada; y le dije, que en lugar de abandonar los negocios, me daría al contrario un placer en continuarlos hasta que adquiriese un caudal considerable con que pudiésemos brillar en Paris..... Un caudal..... Matilde, Matilde..... tú me conoces, tú sabes el caso que hago del lujo y del esplendor: y aunque mi marido reuniese el caudal que piensa, ay! lo conozco, no gozaria yo de él..... mi vida se gasta lenta y sordamente, hermana mia.

Diciendo Ursula estas últimas palabras, bajó la cabeza; parecía estar sumida en un dolor inmenso.

La espresion melancólica de su fisonomía, la languidez de sus miradas, estaban tan de acuerdo con aquellas tristes palabras, que lo confieso, creí ciegamente en lo que me decía.

Me admiraba el medio que habia hallado de aparentar sacrificarse á su marido, obligándolo á trabajar sin descanso para aumentar un caudal ya considerable.

Llevó tan léjos mi ceguedad, que me inquietaron los siniestros presentimientos de Ursula.

Los combati vivamente.

—Pero en fin, le dije, ¿por qué figurarse un porvenir tan sombrío?.... ¿por qué renunciar á toda esperanza?

—Ursula me cogió las dos manos, fijó en mí sus ojos anegados en lágrimas, y murmuró con voz dolorosamente conmovida.

—Hablas de esperanza, amiga mia, ay! te lo escribí el dia despues de aquella fatal union, mi esperanza es un pobre lugar oscuro en el cementerio del pueblo; mi porvenir es la eternidad.....

Y apoyó su cabeza sobre mi hombro llorando.

Poco á poco se calmó.

Nuestra conversacion habia tomado tal carácter, que no veia una transicion posible para preguntarle si habia usado de alguna coquetería con Mr. de Chopinelle.

Sabiendo la exaltacion de mi prima, temia los peligros de la soledad; creia útil, urgente, darle parte de mis temores; no titubeé.

—Dime, Ursula, ¿tratas mucha gente? le pregunté.

—Algunos parientes de mi marido y algunos negociantes de Rouvray, con los cuales está en relaciones de negocios.

—¿Pero no tienes intimidad habitual?

—Sí, uno ó dos antiguos amigos de mi suegra, algunas veces el sustituto del procurador del rey, y tambien nuestro subprefecto.

—Ese Mr. de Chopinelle?

—Justamente, que escribió ayer á mi marido, como sabes.

Ursula pronunció estas palabras tan naturalmente, con tan poco embarazo, que creí infundadas mis sospechas.

—¿Y has contado con él? ¿Es buen músico?

Detestable; canta muy en falso. Por desgracia, Mr. de Secherin está muy unido con él, y me he visto obligada por urbanidad, á aguantar no sé cuantos duos y ensayos de duos. Ah! Matilde, añadió Ursula meneando tristemente la cabeza, ¿te acuerdas de lo que decíamos? «Ha-

blada á dos, la música es una lengua divina, sagrada, que no debe profanarse!.... Cuánto he sufrido en verme obligada á cantar con este hombre, yo que pensaba como tú, que solo con una persona á quien se ama tiernamente, se pueden comunicar aquellos rasgos del alma, aquellos acentos apaisanados que el canto produce!

Me acordé que en efecto, en lo fuerte de nuestra admiracion por música, no comprendiamos como se podia cantar un duo apasionado con otra persona que aquella á quien se amaba.

Las últimas palabras de Ursula destruyeron mis dudas acerca de su coquetería; no temí decirle sonriéndome:

—Vas á burlarte de mí..... ¿Pues no se me habia figurado que el suprefecto te hacia la corte?

Ursula, á pesar de las lágrimas que aun se mecian en sus largas pestañas, prorrumpió en una carcajada tan franca, tan natural, tan estrepitosa, que quedé engañada del todo.

—Mr. de Chopinelle! exclamó entre sus carcajadas. Dios mio! que idea tan singular! Tú no sabes lo que es Mr. de Chopinelle, lo verás. Ah! Dios mio... Dios mio... Mr. de Chopinelle..... hacerme la corte!!!

La risa es contagiosa; á pesar mio, participé de la hilaridad de mi prima.

Concluida esta escena de risa, Ursula, por uno de aquellos repentinos cambios de impresiones que eran uno de sus mayores encantos, me dijo tristemente:

—Ay! Matilde..... una de las causas de mi eterno disgusto es que como ves..... mi corazon está muerto..... muerto para siempre..... ha sido tan dolorosamente atormentado por un sufrimiento contenido por mucho tiempo, que apenas late este pobre corazon, y estos débiles latidos tu amistad sola los causa..... Y luego, hermana mia, añadió Ursula con una dignidad afectuosa, á mi marido le faltan sin duda todas las ventajas que inspiran, que dominan la pasion, pero es bueno, honrado, obsequioso, y creedme, Matilde, me seria tan imposible ultrajarle..... como tenerle amor.

—Bien, bien, Ursula, reconozco tu corazón, dije apretándole la mano.

—Además, dijo sonriéndose tan lastimosamente, que se me asomaron las lágrimas á los ojos, soy como los niños, que padecen..... Hallo una especie de dulce consuelo en ser compadecida..... y nunca me atreveria á quejarme si fuese culpable.....

Estaba prevenida á favor de Ursula, pero la persona mas desconfiada, la mas suspicaz ¿no hubiera sido desarmada como yo lo fui por las apariencias de tan ingenua sinceridad?

Alegria burlona, sensibilidad, delicadeza, dignidad.... lo habia empleado todo para convencerme, y quedé convencida.

Ahora mejor instruida, estoy siempre confundida, me atreveria casi á decir que de admiracion (hay horrores bellos,) pensando con qué arte aquella muger sabia alternativamente hacer vibrar todas las cuerdas del alma; con qué destreza, con qué artificio pasaba de las lágrimas á la sonrisa, del candor á la dignidad, del orgullo á la ternura para persuadirnos una mentira.

Atacaba todo vuestro talento, vuestros sentimientos, vuestros vicios, vuestras virtudes, vuestras simpatías, vuestros odios, no dejaba en fin una sola de las fibras de vuestro corazón, sin haberla interrogado. . . . .

A eso de las tres, Mr. de Secherin estaba ocupado en su fábrica, Mad. de Secherin dormia su siesta acostumbrada, yo estaba con Ursula en el salon, cuando entró Mr. de Chopinelle.

Era un jóven moreno, con patillas negras; su grueso y robusto talle carecia de gracia, tenia los piés y las manos enormes; sus facciones bastante regulares. Pero de expresion comun, debian valerle en provincia el título de *hermoso*.

Probablemente, á causa de la estacion, traía sombrero de paja y corbata chica; un redingote de barragan verde con botones de metal, un pantalon de listas azules y zapa-

tos do color gris completaban su trage pastoral.

Apenas ví aquel conjunto vulgar, me aseguré completamente de la tranquilidad del corazon de mi prima, y miré á esta sonriéndome malignamente; contestóme ella del mismo modo.

Correspondió con un saludo muy frio á los estrepitosos y familiares cumplimientos de Mr. de Chopinelle.

Me pareció que habia entrado en el salon como un verdadero vencedor, como un amigo íntimo á quien se espera impacientemente.

Estaba como aturdido del recibimiento frio de Ursula.

De repente reflexionó Mr. de Chopinelle, y conoció sin duda que su aire de conquistador debia ser impertinente delante de una persona estraña. Se sonrió, y su mirada parecia decir á Ursula: «Estad tranquila, no temais; no voy á comprometeros; disimularé nuestra correspondencia.»

Este modo de manejarse, fatuo, insolente y ridiculo, me chocó; entonces no suponía yo ni por un momento que la conducta de mi prima hubiese autorizado en lo mas mínimo las impertinentes afectaciones de Mr. de Chopinelle.

—¿Qué hay de nuevo en Rouvray, Mr. de Chopinelle? le dijo Ursula continuando su labor.

Nada importante, señora, como no sea administrativamente; y añadió, con tono de importancia y con misterio: Se habla de una disolucion. Mi correspondencia me ha ocupado é impedido venir ayer á hacer tercio á nuestro grueso turenés.

¿Qué quereis?.... antes de ser amable es menester ser funcionario.....

Miré á Ursula, y ésta se encogió de hombros.

Aquellas palabras: «nuestro grueso turenés» se aplicaban sin duda á su marido. No me gustó esta chanza.

Mr. de Chopinelle continuó:

—Pensais bien, señora, que mis atenciones no se deben limitar á eso, añadió inclinándose graciosamente de-

lante de Ursula, pero los negocios del estado antes que todo.

Mi querida amiga..... Mr. de Chopinelle, subprefecto de nuestro distrito, me dijo Ursula indicándome á Mr. de Chopinelle con un signo de cabeza.

Le hiee un corto saludo.

—¿La señora ha llegado de la capital?

—Si señor.

—A esta hora le debe parecer la provincia bien desapacible, bien fastidiosa, bien estúpida! Para nosotros los parisienses es una verdadera Siberia..... un destierro, otro tanto que ir á los antípodas..... No teneis idea, señora, de las figuras que se ven en mi distrito y de la vida que se pasa en él, bajo mi palabra de honor se creeria que estábamos en el pais de los Hurones, por no decir mas. Felizmente ha sido echada Mad. de Secherin, como yó, á esta tierra estraña; si permaneceis aquí algun tiempo, improvisaremos una pequeña colonia parisiense en medio de los salvages de la Turerena. ¿Sereis sin duda música? me preguntó Mr. de Chopinelle.

Felizmente se encargó de mi respuesta, y añadió:

—No hay que dudarlo, apuesto á que la señora tiene una voz encantadora; transportaremos aquí la patria de las artes. Mad. de Secherin tiene un delicioso talento. Mad. de de Secherin, jóven, por supuesto, porque su suegra nunca ha sabido cantar sino la misa, ah! ah! ah!..... Mr. de Chopinelle me miró muy ufano con esta impertinencia.

Conoció que no era de mi gusto, y se volvió hácia Ursula.

—Caballero, le respondió ella secamente, lo que decís de la madre de mi marido me parece que no viene al caso.

Se aumentó la sorpresa de Mr. de Chopinelle.

—Ah va! ¿teneis algo contra mí, pues me recibis de esta suerte? Se diria que era un estraño para con vos, dijo con cierta especie de enfado.

—En verdad, caballero, no sé que es lo que quereis decir. Hablemos, si gustais del camino vecinal que nos pro-



meteis continuamente, replicó Ursula con la mayor sangre fría.

Mr. de Chopinelle, queriendo sin duda justificar el lenguaje familiar que usaba con mi prima, se olvidó hasta el extremo de decir:

—No sé si es la presencia de la señora la que así os intimida; pero ordinariamente, confesad que me tratais con menos ceremonia, señora. ¿No soy ya el amigo de la casa?... Bien.... bien me quejaré á mi querido Secherin, os lo advierto.

Si no hubiese tenido en Ursula una confianza ciega, insensata, el mal humor de aquel hombre me hubiese dado mucho que pensar.

Pero no ví en Mr. de Chopinelle mas que un necio ridículo, que queria á mis ojos abusar de una apariencia de intimidad, que la vida del campo autoriza para hacerme creer que Ursula lo veia con cierto interés.

Para dar una idea de la tontera de este personage, es por lo que he citado algunas palabras de su conversacion, que no fué mas que una mezcla fastidiosa de lugares comunes y de pretensiones insoportables.

No he comprendido nunca como podria hallarse grande placer en divertirse con los tontos; su vulgaridad, sus necedades me repugnan, me entristecen tanto como la vista de una enfermedad física.

La frialdad, la repugnancia que no pude menos de mostrar á Mr. de Chopinelle, abreviaron singularmente su visita.

Despues de haberse ido, Ursula me preguntó riéndose á carcajadas, si seguia creyendo que ella se ocupaba del subprefecto, si era posible encontrar un hombre mas absurdo, y si no me avergonzaba de mis sospechas.

Participé de la risa de Ursula, y no conservé la menor duda acerca de su sinceridad.

Mr. de Chopinelle no volvió durante algunos dias, con grande sorpresa de Mr. de Secherin, que no cesaba de hacer preguntas á su muger, á las cuales respondia esta con impaciencia.

Completamente asegurada acerca de la coquetería de Ursula, al cabo de algunos días hice otro reconocimiento que me sorprendió mucho más.

En presencia mía, el tono de mi prima con su marido era frío, algunas veces desdeñoso; no obstante Mr. de Secherin parecía no advertirlo; pues cualquiera diría que era el hombre más feliz del mundo, y con gran disgusto de Ursula hacía alusión á mil circunstancias que probaban que existían entre ellos las mejores relaciones, y que su mujer lo colmaba de atenciones.

Muchas veces Mr. de Secherin dijo á Ursula riéndose y encogiéndose de hombros:

—¿Es por causa de nuestra prima por lo que no quieres parecer cariñosa conmigo?

En efecto, después de haberme largo tiempo preguntado á mí misma por qué mi prima disimulaba una conducta tan conforme á los consejos que le daba, me convencí de que era por conservar siempre el derecho de decirse la más desafortunada de las mujeres, y para poder quejarse á mí de haber sido sacrificada.

Esta convicción me tranquilizó acerca del destino de Ursula.

Por la primera vez reconocí una especie de monomanía melancólica en las tristezas exageradas que había afectado en nuestra primera conversación á mi llegada á Rouvray. No acuso á mi prima por falsedad, la creí casi desgraciada por avergonzarse de su felicidad, y por no atreverse á confesar que habiendo reconocido las nobles y generosas cualidades de su marido, había sabiamente tomado su partido acerca de algunas de sus vulgaridades. Bien segura una vez de que sus disgustos no eran sino una prevención, una especie de fingimiento, no tuve valor para contrariar á Ursula, la creía, la veía feliz; lo demás me era indiferente.

Estaba bien lejos de sentir las lágrimas que había consagrado á sus dolores supuestos. Pero no pude menos de sonreirme pensando que el complemento de la felicidad de Ursula era llamarse la más miserable de las criaturas. Mientras más observaba, más reconocía que el imperio

que tenía sobre su marido era inmenso; algunas veces dudaba que el de Mad. de Secherin pudiese igualarle.

Esta tenía siempre para con Ursula una frialdad comprimida, que á veces parecía ofender á su hijo.

A los ocho ó diez dias despues de la escena que he contado, vino Mr. de Chopinelle á comer á Rouvray. Pretestó numerosas ocupaciones para excusar su ausencia.

Mr. de Secherin lo recibió con una completa y alegre cordialidad.

Despues de cenar, Mad. de Secherin en lugar de jugar, segun su costumbre, á los cientos con su hijo, se puso á hilar en su torno.

Las ventanas estaban abiertas, hacia hermoso tiempo.

Ursula y Mr. de Chopinelle hablaban sentados en un canapé detrás de la silla de Mad. de Secherin, que estaba completamente embebida con su torno.

Gracias á la pantalla de un reverbero, el salon estaba á media luz.

—Fui á sentarme cerca de una de las ventanas; el cielo estaba despejado; las estrellas brillantes. Caí en un enagenamiento profundo.

No sé cuanto tiempo estuve ocupada en aquellas reflexiones; cuando volví maquinalmente la cabeza, ví á Mr. de Chopinelle, sentado junto á Ursula, darle una carta que ella metió con viveza en el bolsillo del delantal que tenía puesto.

Estaba completamente oculta en el afeizar de la ventana; mi prima no podia verme, pensaba sin duda que me era imposible verla.

Creí que era una ilusion.

En este momento, Mad. de Secherin interrumpió el movimiento mesurado de su torno, y con un tono natural dijo á Ursula volviendo un poco la cabeza:

—Nuera mia, venid, os suplico, á tenerme esta ma-  
deja que voy á partir.

Se levantó Ursula, y se arrimó á su suegra.

Veia muy bien esta escena.

Ursula tenía puesto un trage de muselina blanco con

listas color de rosa, y un delantal de seda azul guarnecido de encage negro: en pié delante de Mad. de Secherin, tenia la madeja de hilo en sus dos manos alzadas. Sin duda incómoda con aquella ocupacion que le habia impuesto su suegra, daba ligeramente en el suelo con la punta de su lindo pié.

De repente por un movimiento mas rápido que el pensamiento, Mad. de Secherin metió su mano en el bolsillo del delantal de Ursula, y cogió la carta de Mr. de Chopinelle.

—Con los traidores es preciso usar de traicion! exclamó con voz amenazante. He visto todo en aquel espejo!

Y señaló hácia un espejo colocado en frente de ella, en el cual debió reflejar lo que pasaba detrás de su silla.

—Señora! dijo Ursula perdiendo el color.

—Hace mucho tiempo que os observo, respondió Mad. de Secherin. Mi hijo va á saberlo todo.



## XXI.

### POR LA NOCHE SE REFLEXIONA.

Habia pasado esta escena tan rápidamente, que apenas tuve tiempo de acercarme á Mad. de Secherin y decirle:

—En nombre del cielo, señora, hablad más bajo, pueden oiros, vuestro hijo debe volver de un momento á otro.

—Siento que no esté aquí, respondió esta inflexible muger.

Mr. de Chopinelle estaba anonadado, atónito, en pié detrás de Ursula, no pudo pronunciar una palabra.

—Señora, dije á mi vez, mi prima es mas imprudente que culpable.

—Mi pobre hijo..... mi pobre hijo, dijo Mad. de Secherin sin responderme, mirando con dolor la carta que acababa de cojer. Y por esta muger se mata trabajando! y por esta muger olvida algunas veces á su madre..... Pero

Dios es justo. sí, sí, es justo..... no permite que los culpables queden impunes.

Tiró de la campanilla.

Acudió una criada.

—Id á decir á mi hijo que venga á hablar conmigo al instante; debe estar en la fábrica, dijo Mad. de Secherin.

La criada obedeció.

Miraba yo á Ursula; su calma era imperturbable.

—Vais en fin á ser tratada como mereceis, le dijo Mad. de Secherin con indignacion, mostrándole la carta; mi hijo vá saberlo todo.

Ursula habia recobrado toda su sangre fria.

Miró á su suegra con el aire mas natural del mundo, y le dijo:

—En verdad, señora, no comprendo que es lo que me vituperais; no sé á que aludís diciéndome: que ahora seré tratada como merezco; me parece que antes de acusarme debíais abrir esa carta, si ella causa vuestro enojo, y asegurarnos de su contenido.

Mad. de Secherin alzó vivamente la cabeza, y miró á mi prima con una profunda sorpresa.

—Cómo! os atreveis á decir..... exclamó.

—Nada mas sencillo, señora..... El dia del cumpleaños de mi marido se acerca. Encargué á este caballero (señalando á Mr. de Chopinelle) una comision relativa á una sorpresa que preparo á Mr. de Secherin. Previniendo el caso de que Mr. de Chopinelle no pudiese hablarme á solas de esta comision, y queriendo que todo estuviese secreto... le habia suplicado me escribiese cuatro letras sobre este asunto..... He aquí el gran misterio.....

Aliviada de un peso enorme, me arrojé al cuello de Ursula. Habia hablado de una manera tan sencilla, tan natural, tan cándida, que me reprendia á mí misma haber sospechado de ella.

Dije á Mad. de Secherin:

—Lo veis, señora, os habeis engañado.

Mad. de Secherin estaba como atónita.

Miraba la carta que tenia en las manos, y parecia no poder creer lo que escuchaba.

—¿Cómo, decia, hablándose así misma, me habré engañado? ¿despues de tanto tiempo que los observo?.... Pero, no, no, repuso vivamente, abriendo la carta; el corazon de una madre no se engaña..... ¿Por qué sentire tanta aversion contra esta muger? No soy injusta, ni rencorosa... no..... no..... es preciso que sea culpable, lo es!

Se acercó al reverbero para leer la carta, y buscó sus espejuelos.

La fisonomía de mi prima permaneciò impacible.

Dijo sonriéndose á Mr. de Chopinelle:

—Vamos, caballero..... adios nuestra sorpresa.

El subprefecto miró á mi prima con aire estúpido, azorado, tomó luego bruscamente su sombrero, y se dirigió á la puerta.

Encontró por ella á Mr. de Secherin.

Mr. de Secherin cogió por el brazo á Mr. Chopinelle, le detuvo, y le dijo riéndose:

—¿Cómo? ¿os vais ya, Chopinelle? ¿Estais loco? ¿Y la revancha al ecarté que debeis darme? Vamos, no se hu-ye así.

Por fin, aquí está mi hijo, exclamó Mad. de Secherin que tenia siempre la carta abierta, sin haberla aun mirado; todo va á aclararse.

Mr. de Secherin habia traído consigo á Mr. Chopinelle, y no lo soltaba del brazo. Aclararse, ¿qué cosa, mamá? dijo.

—Oh! amigo, una muy terrible aventura, se apresuró Ursula á decir con alegria. Figuraos que Mr. de Chopinelle acaba de entregarme ahora mismo una carta en secreto, si..... muy misteriosamente, como si se hubiese tratado de una verdadera declaracion de amor. Ahora sabed lo que es esta carta... Ay! es menester decidirse á deciroslo... contiene algunas noticias relativas á una sorpresa que os preparaba para el día de vuestro cumpleaños, y de que habia encargado á Mr. de Chopinelle; como era probable que

no tuviese ocasion de hablar con este caballero á solas, le habia suplicado que me escribiera lo que no pudiese decirme, á fin de que nadie sospechase nada. Desgraciadamente ahora todo está divulgado, y no podré gozar de vuestra sorpresa.....

—Aguarda..... aguarda; así es; pasado mañana es día de San Benito, dijo Mr. de Secherin. ¿Cómo, muger, tú me mimas así? ¿Y escoge por cómplice al querido Chopinelle? Ah! ah! ¿Señor subprefecto, quereis coaligaros como mi muger? añadió riéndose á carcajadas. Ah! conspirais los dos para hacerme sorpresas.

—Una sorpresa, dijo Mad. de Secherin lanzando una mirada penetrante á Ursula. Vamos á verlo.

Y desdobló la carta.

Mr. de Chopinelle se puso cárdeno.

Yo temblaba, un doloroso presentimiento me dijo que Ursula, con una presencia de espíritu que me confundía, y con una mentira audaz, no habia hecho sino retardar un escándalo terrible.

Viendo la emocion del subprefecto, me persuadí que aquella carta era un billete amoroso. Quise á todo riesgo intentar por última vez salvar á Ursula; exclamé tratando de ocultar la alteracion de mi voz.

—¿Sabeis, mi querido primo, que estas especies de sorpresas son sagradas, que es menester respetarlas?

—Lo creo así mamá, os suplico que no leais esta carta; volvedla á Ursula, á fin de que ella y su cómplice puedan maquinarse juntos; fingiré no saber nada.

—Dadme, dadme la carta, señora, dijo Mr. de Chopinelle alargando la mano.

Aquella mano temblaba como la hoja de un árbol.

Creí que todo estaba perdido.

En este momento Ursula, que no habia quitado los ojos de su suegra, y que se habia acercado á ella poco á poco y disimuladamente, cogió la carta riéndose á carcajadas, y gritó:

—Mi buena mamá, no habrá preferencia..... ni vos ni nadie sabrá esta sorpresa.



—Bueno!.... bueno! huye, muchacha, huye! dijo Mr. de Secherin.

Ursula salió corriendo.

La seguí maquinalmente, lo mismo hizo Mr. de Chopinelle; fuera ya del salon, exclamó éste como desatinado, enjugándose la frente:

—Qué sangre fria!.... ella nos ha salvado..... Ah! qué muger!! qué muger!

Así que estuvimos solos, rompió mi prima la carta y metió los pedazos en el bolsillo de su delantal.

—Ah! Ursula, le dije en tono de reprension, todavia estoy temblando; qué terrible leccion!.... Dios quiera que no sea perdida!

—Podeis alabaros de tener una famosa presencia de ánimo..... A no ser por vos, todo estaba descubierto. No tengo una gota de sangre en las venas, dijo Mr. de Chopinelle como consternado. Ah! Ursula..... qué muger sois!

Si hubiera podido conservar la menor duda, estas últimas palabras de Mr. de Copinelle, y su emocion, hubiesen bastado para disiparla.

Mi prima nos miró como muy admirada; se hechó á reir, y me dijo:

—Aquí entre nosotros, mi buena Matilde, ¿hablas seriamente? ¿qué quieres decir con tu *terrible leccion*? ¿Porqué me dices eso? ¿Qué relacion tienen esas *terribles* palabras con una inocente sorpresa que ha estado á pique de descubrirse? ¿No se diria que se trataba de una cosa grave? ¿Vas tú á creer como mi suegra, que era una declaracion de amor? añadió riéndose á carcajadas.

Esta seguridad burlesca y descarada, me espantaba y me hacia callar.

El subprefecto, no ménos atónito que yo, me miró y dijo neciamente:

—Esto sorprende.... no se puede creer lo que se vé. Ah! qué muger!!

Ursula redobló sus carcajadas, y dijo:

—¿Y vos tambien, Mr. de Chopinelle? ¿Os turbais... perdeis el color..... os sorprendeis de mi presencia de ánimo-

mo que ha impedido, decís, que todo se descubriese? En verdad, estoy contristada por las emociones que os he causado encargándoos de esta pobre comision. Pero sabed que sois poco diestro. añadió con una sonrisa despreciativa, sabed que vuestro aire turbado, despavorido, hubiera bastado para dar una apariencia de verosimilitud á las sospechas de mi suegra..... Para hombre de estado, sois bien poco dueño de vos..... y á propósito de simplezas.... ¿Qué hubiera sucedido, os pregunto, si se hubiese tratado de alguna cosa seria? Dudo mucho que adelantais en política, mi pobre Mr. de Chopinelle.

—Cómo, exclamé yo á pesar mio, indignada de tanta audacia; si tu marido hubiese abierto aquella carta!

—Sabria cual era el presente que queria darle para su cumpleaños; nuestra sorpresa se frustaba, esto es todo....

Y me miró Ursula atentamente sin sonrojarse.

Sus facciones estaban tan serenas, tan risueñas como si hubiese dicho la verdad.

Nos habiamos quedado en el pórtico.

Mr. de Secherin se reunió á nosotros, tambien sonriéndose, alegre como tenia de costumbre.

Ursula exclamó así que le vió.

—Vuestra madre está muy enojada con mi niñeria ¿no es así? Además, lo que he hecho era tan malo..... Dios mio..... pero ahora pienso en ello; ¿sabeis que tenia apariencia de temer que leyeseis la carta? Mirad, estoy segura de que vuestra madre os habrá hablado en este sentido; y tendria razon, porque las apariencias parecen en contra mia.

—Ah! ah! ah! dijo Mr. de Secherin riéndose á carcajadas. ¿Estás loca..... con tus apariencias? Por el contrario..... con gran sorpresa mia, en vez de enojarse porque le habias quitado la carta de las manos, cuando te fuistes, mamá me miró atentamente sin decirme una palabra, despues me pidió el brazo y entró en su habitacion; no pude sacarle una palabra.

Ursula meneó tristemente la cabeza, y dijo: lo veis, amigo mio, estaba segura de ello; vuestra madre está eno-

jada conmigo. ¡Cuánto siento haber estado tan aturdida! No me lo perdonaré nunca.

Y brilló una lágrima en los ojos de Ursula.

—Vamos, vamos, dijo su marido enternecido, te vas á incomodar, á ponerte mala por una tontera..... cuando te digo que mamá no ha dicho una palabra; vaya, tranquilízate.

—Por eso justamente: su silencio me acusa, está profundamente resentida, habrá por lo mismo tomado esta tontera por una falta de miramiento.

Mr. de Chopinelle se fué, mientras que Mr. de Secherin consolaba á Ursula.

Pretesté tener jaqueca para retirarme.

Ursula y su marido me acompañaron hasta la puerta de mi habitacion; me dieron las buenas noches, y me quedé sola.

Ursula era culpable..... no podia conservar la menor duda sobre ello.

Se me oprimió el corazon; sufría una de las mas dolorosas angustias que jamás he sentido. Ursula me habia mentido..... siempre mentido.

Era falsa; su llorosa melancolía, su tristeza meditabunda, sus escrúpulos, que se asustaba de todo lo que no era esquisitamente delicado, todo esto no era mas que un juego, una apariencia.

Me compadecia de sus sufrimientos morales, y ella no sufría nada; ¡habia cometido una falta, y sin la excusa siquiera de la pasion, del atractivo que puede inspirar un hombre eminentemente dotado!

Habia sacrificado sus deberes á un hombre ridículo, de quien se sonrojaba porque se burlaba de él, porque lo negaba con una imperturbable seguridad.

En la escena que podia perderla, su frente permaneció serena, intrépida; conjuró la tormenta que iba á estallar, con una presencia de ánimo, con una sangre fria, con una audacia que me espantaron.

Pasé una noche triste y agitada.

Al dia siguiente, cuando desperté, me dijo mi don-

cella que Mr. de Secherin habia venido ya varias veces á saber cuando podria recibirlo, porque tenia que hablarme.

Bastante inquieta, me vestí de prisa, y envié á llamar á mi primo.

Vino al momento, me pareció que estaba triste é inquieto.

—¿Qué teneis que decirme, mi querido primo?

—Una cosa muy grave..... prima mia. Como sois de la familia, y la mejor amiga de mi muger, no debemos tener secretos para vos.....

¿Sabeis lo que me sucede? Una teja me cae sobre la cabeza.....

Cuando á las personas de edad se le mete alguna cosa en la cabeza.....

—No comprendo, primo.

—¿Hubiérais jamás creído que mamá fuese dura é injusta con mi pobre muger? dijo. Pues bien! es así. Esta noche Ursula me lo ha contado todo, deshecha en lágrimas, yo tenia el corazon traspasado; ¿creereis que cuando no estoy aquí, mamá la trata con injusticia? que la trata mal de palabra, que la riñe..... y Ursula como una pobre cordera de Dios que es, sufria todo esto sin quejarse! Fué preciso la escena de ayer para colmar la medida.

—¿La escena de ayer?

—Sí... ciertamente..... Ursula me lo ha contado todo..... Las sospechas absurdas de mamá respecto á aquella carta de Chopinelle, es sobre todo lo que ha herido profundamente á mi muger, y habia motivo para ello. Porque en fin, como mi muger me decia esta noche: «Bien comprendes, mi pobre Secherin, que mientras se ha tratado de cosas indiferentes, he podido callar; pero ahora se trata de una sospecha que ataca á tu honor y el mio, y no puedo resignarme por mas tiempo á callártelo. «Esto seria casi confesar que tu madre tiene razon en acusarme». Esclamó Mr. de Secherin, las suegras y las nuevas, el fuego y el agua, el diablo que quiere confesar. Hubiera debido conocerlo, pero mi pobre muger no decia

nunca una palabra, en todo cedia á mamá... Es tan buena, tan excelente!

Mr. de Secherin se puso á andar con agitacion.

Ví que Ursula, por temor de ser acusada por su suegra, la habia acusado á su marido, y usado de su influencia para ponerse completamente en buen lugar.

Aunque estaba indignado con la conducta de Ursula y desazonada con la ceguedad de su marido, no quise decir una palabra que pudiese despertar sus sospechas; traté de calmar la irritacion que parecia tener contra su madre.

—Todo esto se apaciguará, mi querido primo, le dije; lo sabeis, el corazon de una madre es siempre un poco celoso. Es una falta de la verdadera ternura.

—No guardo rencor á la *buena muger*. Le diré si no una cosa muy sencilla: ¿sosteneis, mamá, que Chopinelle obsequia á mi muger hace tres meses? Pues bien! justamente hace ese mismo tiempo que mi muger está mas cariñosa conmigo que lo ha estado nunca... Esto es verdad, prima mia; no podeis tener idea de cómo me mima y me contempla de tres meses acá, mi *lobo* acá, mi *buen perro* allá, porque Ursula hace como vuestra tia queria que hiciese; debe en eso hacerle justicia, reserva todos estos nombres cariñosos para cuando estamos solos. En fin, os digo que nunca, nunca he sido mas feliz, he estado mas alegre, mas contento, que de tres meses á esta parte. Estos no son sueños, ni palabras!.... Es la pura verdad, lo he experimentado, lo experimento! Así, todo lo que mamá me dijese y nada, seria una misma cosa... Ah! ah! añadió riéndose sinceramente, mi muger enamorada de Chopinelle..... ¿Puede concebirse semejante idea? esto es un delirio..... Y, como me decia Ursula esta noche, si no fuera por cometer una accion fea con Chopinelle, y que lo pagase el camino vecinal que tan necesario seria á mi fábrica, hace algun tiempo que le hubiera enviado á pasear con sus duos; le fastidia en extremo; le lastima el oido, porque en lugar de cantar parece que chilla como un diablo acatarrado, así decia Ursula. Me habia siempre producido mal efecto, pero como no lo entiendo, nada habia

dicho..... ni Ursula tampoco, de miedo de contrariarme burlándose de mi amigo íntimo; os pregunto, ¿cómo tendrá mamá la cabeza cuando se puede imaginar semejantes cosas? Un mozo gordo tan tonto. En fin, es preciso que sea muy ridículo el tal Chopinelle! pues mi pobre Ursula, á pesar de sus lágrimas, ha estado de tan buen humor esta noche, que nos hemos estado riendo como dos niños. Es tan chusca, tan alegre, cuando está de humor. No podeis tener idea de ello, prima, porque delante de vos, teme que os parezca de mal tono lo que hace. Pero, entre nosotros, no hay muchacha más alegre, por eso siento velar triste, por eso es menester tener un corazón de piedra para affigirla, pobre cilla cordera..... y mamá que de ordinario es tan buena, justamente la vá tomando entre ojos..... A ella..... á ella.....

—Estoy segura, primo mio, que Ursula no tiene nada que echarse en cara; pero, lo sabeis, la vejez es suspicaz..... y luego me parece que vuestra madre no os ha dicho nada hasta ahora contra vuestra esposa.

—No, sin duda, no puede dejar de suceder; ahora comprendo el aspecto que tenia mamá ayer noche. Está en su carácter no hacer nada á medias, ese silencio anuncia una fuerte escena; conozco á mamá, no habla sino cuando tiene que hablar..... pero entonces es terrible.....

—Las familias mas unidas no están libres de semejantes discusiones, bien lo sabeis, primo mio.... pero estas tormentas pasan y se olvidan luego.

—Sin duda, pero despues de esto, como decia Ursula, para evitar esas tormentas de que hablais, seria mejor, tanto para nosotros, como para mamá, vivir un poco mas separados..... Hay á dos tiros de fusil de aquí una bonita casa que está en venta; nos estableceriamos en ella mi mujer y yo, dejando aquí á mamá, comprendéis, estaria ella mas á su placer..... si lo hiciéramos.

—Dejar á vuestra madre, primo mio..... cuidado..... despues de tanto tiempo que está habituada á vuestro lado.

—No seria dejarla, la veriamos todos los dias, mas bien dos ó tres veces que una..... además. Ursula tiene el pe-

cho muy delicado á pesar de su exterior de gozar de muy buena salud; las horas de comer de mamá son tan diferentes de aquellas á que estaba habituada que le cuesta el mayor trabajo hacerse á ellas. Al cabo de tiempo caeria mala; ha luchado cuanto ha podido sin decirmelo la pobre niña; pero á estas horas, me ha dicho que no podia aguantar mas.

—Así, primo mio, os veo casi decidido á separaros de vuestra madre. Esta resolucion es muy grave. Me parece que se ha tomado muy de prisa: ayer pensábais en ello.

—No, sin duda..... es decir, algunas veces, mi muger me habia hablado de ello de mal humor; pero esta noche me ha hecho comprender que despues de todo lo que habia pasado seria esto para mamá y para nosotros el partido mas conveniente, y yo soy enteramente de su parecer... Ahora que sé que mamá es injusta con mi muger, temprano ó tarde se enfriarán nuestras relaciones. ¿Os parece que no tenemos razon para obrar así, prima mia? Oh! desde luego, Ursula me dijo: antes de todo consulta á Matilde y sigamos su parecer.

—Puesto que me pedís mi parecer, os diré que sigais como hasta aquí. Vuestra pobre madre no cuenta con esa separacion repentina que seria para ella golpe terrible.

—¿Lo creéis, prima?

—¿Pero vos no lo sentís?

—A la verdad tendria un doloroso disgusto, si fuese preciso dejar á mamá del todo..... no sé si podria resolverme á ello; pero no se trata sino de irnos á establecer á dos tiros de fusil de esta casa, nada mas....

A pesar de todo, creedme, esta determinacion le causaria mucha pena, no os apresureis..... creedme, esperad... reflexionad.....

Entró una de las criadas de Mad. de Secherin, y dijo á mi primo:

—Mad. de Secherin dice que vayais á verla; tambien suplica á la señora tenga la bondad de acompañaros. Espera en la habitacion de las tres ventanas.....

—¿En la habitacion de mi difunto padre?.... dijo mi

primo mirándome con una sorpresa mezclada de temor; ¿qué hay pues de extraordinario? desde la muerte de mi papá, no va mi madre á esta habitacion sino á rezar; para ella viene á ser como una capilla..... Mirad, prima, no teneis idea de la tristeza, del miedo que esto me causa..... Conozco á mi madre, va á pasar una cosa muy grave.

Muy sorprendida de ser convocada por Mad. de Sécherin, seguí á mi primo con un triste presentimiento.

He conservado una inmensa impresion de aquella escena de familia. Me parece que debia renovarse bastantes veces. Los sentimientos que estaban en juego eran, son, y serán siempre profundamente *humanos*.

La conversacion que acababa de tener con Mr. de Sécherin, me probaba evidentemente lo que habia adivinado á medias, que Ursula, léjos de sufrir por la vulgaridad de su marido, afectaba participar de ella, á fin de asegurar mas aun su influencia sobre él.

La astucia, la habilidad de mi prima me espantaban.

Tuve intencion de dejar á Rouvray; me arrepenti de haber ido allí; un secreto presentimiento me decía que este viage me seria fatal.

Acordándome de mi infancia, de las humillaciones que Mad. de Maran habia hecho sufrir á mi prima por causa mia, comparando mi posicion con la suya, comenzaba á persuadirme que, á pesar de sus continuas seguridades de afecto, Ursula era muy falsa, muy pérfida, muy interesada para no ser tambien demasiado envidiosa.

Sentia vagamente que no podia haberme perdonado las ventajas aparentes que siempre habia tenido sobre ella, y que tarde ó temprano procuraria vengarse de ello.

La sangre fria, la audacia que le habia visto desenvolver el día antes, me espantaban.

Una muger tan jóven, tan bella, tan atrevida, tan diestra, me parecia la criatura mas peligrosa del mundo.

No sonrojándose por nada, atreviéndose á todo, mintiendo con un descaro imperturbable, reuniendo el don de las lágrimas lastimeras á la mas seductora sonrisa..... con talento, encantadora y *sin alma*..... ¿qué no podia em-



prender? ¿Quién podía resistirla? ¿Qué no conseguiría?

Siguiendo á Mr. de Secherin para ir á ver á su madre, pensaba en la infinita habilidad con que Ursula habia preparado á su marido para las revelaciones que Mad. de Secherin iba sin duda á hacerle.

Entré con mi primo en la habitacion donde lo esperaba su madre.

XXXX

L'AMOUR ET LA ZÉLE



habia sido de repente en el aspecto de  
aquella habitacion que habia sido la del difunto Mr. de  
Secherin.  
Su vida, por un momento religioso, habia dejado  
aquella pieza en el estado en que se hallaba cuando murio  
su marido.  
Después de las muelas se veian sus algunas botellas con  
medicinas; sobre un pedestal habia un busto, sin duda  
la estatua que representaba la mano de Mr. de Secherin.  
Una estatuilla con un pedestal de cristal.  
Las habitaciones siempre cerradas, era á veces, las co-  
mo un capullo; la puerta que habia permanecido en ella  
los portales de la casa, guardaba la dolencia tristes de  
sus estancias, en pedestal, tal es la manera de un trun-  
co correspondiente y también la agonia y la muerte.  
Temblaba á pesar mio; mi primo perdió el color y se

---

## XXIII.

### LA SUEGRA Y LA NUERA.

---

Habia algo de imponente, de lúgubre en el aspecto de aquella habitacion que habia sido la del difunto Mr. de Secherin.

Su viuda, por un recuerdo religioso, habia dejado aquella pieza en el estado en que se hallaba cuando murió su marido.

Sobre los muebles se veian aun algunas botellas con medicinas; sobre un bufete una carta sin acabar, sin duda la última que escribió la mano de Mr. de Secherin..... estaba cubierta con un fanal de cristal.....

Esta habitacion, siempre cerrada, era húmeda, fria como un sepulcro; la poca luz que dejaba penetrar en ella una persiana entreabierta, aumentaba la dolorosa tristeza de una estancia, en que todo traia á la memoria de una manera sorprendente y fúnebre la agonía y la muerte.

Temblaba á pesar mio; mi primo perdió el color y se

acercó á su madre con un temor respetuoso.

Mad. de Secherin estaba, segun su costumbre, vestida de negro; habia sustituido un gorro de viuda al blanco que usaba ordinariamente..... Sus desordenados cabellos salian de aquel triste tocado, sus cejas canosas estaban frungidas dolorosamente, su fisonomía tenia un carácter de tristeza, de sufrimiento y de severidad, que me conmovió y me impuso profundamente.

De repente, sin proferir una palabra, Mad. de Secherin tendió los brazos á su hijo; se arrojó á ellos llorando, y durante algunos momentos tuvo abrazada estrechamente á su madre.

Esta decia con voz ahogada: Hijo mio..... mi pobre hijo..... ánimo.....

Se enjugó los ojos Mr. de Secherin, y dijo á su madre con agitacion:

—Por Dios! ¿mamá, porqué hacernos venir aquí, á la habitacion de mi padre? Os recuerda, y á mí tambien momentos bastante crueles; esto os daña..... no está en el órden.

—Este lugar es sagrado para mí, hijo mio, bien lo sabes; vengo á él á menudo á rezar..... Viene á ser un lugar santo..... Me parece que tu padre me vé y me escucha mejor cuando estoy aquí.

Dirigiéndose luego á mí:

—Señora, sois de la familia, sois un ángel de virtud, de bondad..... Por esto me he tomado la libertad de llamáros..... Sois amiga de mi hijo, sabeis que es honrado y bueno, nos abandonareis? ¿No estareis á favor nuestro? Estareis por la justicia ¿no es así?

Y estendió hácia mí sus trémulas manos.

—Señora..... yo no sé en que puedo.....

—Voy á decíroslo todo..... y aunque esa infeliz muger os llama su hermana, sereis justa..... estoy segura de ello, no podeis tener nada de comun con los perversos.

Mr. de Secherin me miró, me hizo una seña de inteligencia como para decirme que adivinaba el pensamiento de su madre.

Esta cogió una mano de su hijo entre las suyas, lo miró con una solicitud afectuosa, y le dijo con voz muy conmovida:

—Hijo mio; si te sobreviniese alguna gran desgracia vendrias á mí, ¿no es verdad? te consolarias á mi lado..... Yo ocuparia el lugar de todo lo que hubieras perdido..... no serias nunca desgraciado del todo, pues me tendrias á mí, ¿no es así?

—Pero, mamá..... ¿por qué me decís esto?

—Escucha, escucha, te digo esto para probarte que el Señor nunca abandona á los que son buenos y honrados... ¿entiendes? Si un corazon falso y perverso los engaña, encuentran, para consolarse, un corazon dedicado enteramente á ellos..... el corazon de una madre..... y con esto..... olvidan á las indignas criaturas que los engañan..... Animo, mi pobre hijo..... ánimo.

Sin duda Mad. de Secherin queria y creia preparar á su hijo para el terrible golpe que iba á darle, revelándole la conducta de Ursula.

Me pareció que Mr. de Secherin estaba impaciente con estos preliminares.

En fin, su madre, no pudiendo reprimir mas su indignacion, exclamó:

—Es preciso dejarla.... abandonarla sin volverla á ver..... ¿Entiendes?..... Pero te quedaré yo.....

—Cs lo repito, mamá, esplicaos.....

—Pues bien!....,

—Pues bien! mamá.....

—Hijo mio, tu muger te engaña..... dijo Mad. de Secherin con voz alterada, mirando á mi primo con miedo.

Esperaba una crisis violenta; cómo se quedó cuando vió á su hijo encogerse de hombros diciendo solamente!

—Mirad, mamá, dejemos esto; sé lo que quereis decir..... ¿Quereis hablar de Chopinelle? Pues bien! aqui entre nosotros, eso no significa nada.

Es imposible pintar el estupor de Mad. de Secherin al oir á su hijo acoger de ese modo una revelacion, que ella

creia tan terrible. Su instinto de madre, la ilustró de repente, y exclamó:

—Ella se me ha adelantado, y oculté su cabeza entre las manos.

—Pues bien! si..... repuso su hijo; si mi muger me ha prevenido que parecia estábais creida en que la carta que habia entregado Chopinelle era un billete amoroso, me previno que creias que ese hombre la amaba, y que ella le correspondia..... Ahora bien, mamá, os engañais..... vis-teis mal..... No hablemos mas de ello, y dadme un abrazo..... Si tuviese menos confianza en Ursula de la que tengo..... me hubiera causado mucha pena..... porque me hubiera hecho sospechar de mí pobre mugercita.

Mi primo parecia estar tan completamente seguro, tan ciegamente persuadido de la honradéz de su muger, que su madre quiso dar un golpe terrible, decisivo, presintiendo que serian inútiles los miramientos.

Se levantó erguida, tranquila, imponente, alzó las manos al cielo, y exclamó con un acento inspirado que parecia salir de lo mas profundo de sus entrañas:

—Por la sagrada memoria de vuestro padre! tan cierto como Dios está en los cielos..... que sea castigada como sacrilega eternamente, si vuestra muger no es culpable.

Esta acusacion era formidable..... este juramento solemne tenia tal autoridad en boca de una muger piadosa y austera, que Mr. de Secherin, no obstante su gran fé en Ursula, se puso blanco como el papel.

Inmóvil, y con los ojos fijos, contemplaba á su madre con una angustia indecible.

Mucho me sorprendió y asustó la espresion de dolor, de rabia, de desesperacion que por un momento dió un carácter de energía casi agreste á las facciones de Mr. de Secherin, de ordinario tan benignas.

—Las pruebas..... las pruebas de ello, madre mia, gritó.

—Las pruebas, pides las pruebas..... y te lo he jurado y te lo juro por la memoria sagrada de tu padre! dijo Mad. de Secherin con tono reprobivo y doloroso.

—Dios mio!.... Dios mio!.... Es posible! es posible! exclamó Mr. de Secherin escondiendo la cabeza entre las manos con descaecimiento.

Su madre continuó.

—Ayer tenia en mis manos una prueba, estoy bien segura de ello..... pero ese demonio me la arrebató..... Me desconcertó tanto su andacia, que no pude decir una palabra..... Y despues quise pensar mas en ello, pedir á Dios que me inspirase lo que debia hacer... Toda esta noche he pensado en ello... Recordé todo lo que habia visto, sus señas de inteligencia, su modo de manejarse, pedí al cielo que me iluminase: esta mañana vine aquí, me puse de rodillas, supliqué á tu pobre padre, que nos vé y que nos oye, que me inspirase tambien..... Mis oraciones fueron oidas. Me he sntido..... tan convencida de lo que te digo, que he proferido el juramento..... ¿entiendes? el juramento sagrado... Tú me conoces..... mas bien moriria que acusar á un inocente; no condenaria mi alma por toda una eternidad por un sacrilegio..... Es preciso que sea una revelacion del cielo la que me dice que esa infeliz es culpable.

—Es verdad! mi madre no cometeria un sacrilegio! es preciso que esté bien segura, y sin embargo..... Dios mio!.... ¿qué he de creer?.... ¿qué he de creer? murmuraba Mr. de Secherin con voz apagada, apoyando con violencia sus puños cerrados sobre su frente.

Alzó su madre los ojos en aire de súplica, despues se acercó á su hijo, le puso sobre los hombros sus venerables manos, y le dijo con acento de piedad y de inefable terneza:

—Es preciso creer á tu madre, porque Dios la inspira, mi pobre hijo, me ha escogido sin duda para darte este golpe cruel, porque yo puedo consolarte, tranquilizarte, curarte..... Viviremos solos los dos, como en otro tiempo..... Oh! verás, verás, no notarás la falta de esa mala muger.... Me hallarás á tu lado..... siempre á tu lado..... Seré contigo mas de lo que he sido hasta el presente, porque, como puedes hacerte cargo..... veia que te hacia menos falta....

desde que ella estaba aquí..... *ella*..... No me atrevia á decirlo, pues me costaba mucha pena..... oh! mucha pena. Esto es lo que aumentaba mi tristeza despues de la muerte de mi pobre marido. Pero ahora procuraré estar mas alegre..... Lo estaré para distraerte..... te respondo de ello, estoy segura..... verás..... verás..... dijo la pobre madre tratando de sonreirse á pesar de sus lágrimas. Seré tan feliz en recuperar á mi hijo para mí sola, que me pondré tan alegre como en mi juventud: te aseguro que no te enojarás un instante conmigo..... Todavía tengo buenos ojos..... Pues bien!.... por la noche te leeré, y esto te aliviará de tus trabajos..... Y luego pediré á Dios á tu cabecera; te dormirás bendecido por tu madre..... pasaremos una existencia muy dulce, muy tranquila..... Te aseguro que te amaré tanto..... oh! tanto..... que no tendrás que echar nada de menos.

En este momento se abrió una puerta y entró Ursula.

Estoy persuadida que Ursula habia escuchado el principio de esta conversacion, y que habia con habilidad dispuesto su entrada.

Presintiendo el grave acontecimiento que iba á pasar, habia aumentado la coqueteria en su adorno.

La veo todavía llegar tranquila, sonriéndose, sincera, nunca me habia parecido mas linda..... Llevaba mangas cortas que dejaban ver sus brazos desnudos de una blancura y perfeccion admirables, su trage de muselina inglesa, forrado de blanco, con florecitas azules, un poco escotado, mostraba sus lindos hombros y diseñaba todas sus formas: sus cabellos negros, espesos, sugetos hasta las sienes, caian bucles sobre su cuello.

Al entrar miró fugitivamente á su marido, haciéndole con la cabeza una especie de saludo muy gracioso.

La mirada de Ursula fué tan tierna y lánguida..... que Mr. de Secherin, no obstante la angustia en que estaba sumido, no pudo menos de sonrojarse, de conmoverse de amor y de admiracion.

Su fisonomía hasta entonces alterada por la duda, se despojó de repente; miró á su muger con ojos ávidos y encantados; desde este momento pareció deslumbrado por la influencia irresistible de aquella seductora verdad.

Lo repito, en mi vida me habia parecido Ursula mas hechicera.

Mi prima parecia que ignoraba completamente lo que habia pasado.

Saludó respetuosamente á su suegra, se sentó no léjos de ella en un sofá, apoyó su hermoso brazo sobre el respaldo, cruzó las piernas de modo que su ropa descubriese el tobillo del mas lindo pié del mundo.

Si en una circunstancia tan grave insisto en estos pormenores, al parecer pueriles, é insisto tambien en la «postura» de Ursula, es por estar cierta de que todo, hasta aquella postura llena de una coquetería provocativa, habia sido calculada por mi prima con una increíble habilidad.

Fuese casualidad ó hecho á propósito..... Ursula se sentó justamente bajo un rayo del sol que penetraba en aquella sombría habitacion, por una de las persianas que estaba entreabierta.

Nunca olvidaré este sorprendente contraste.

Allí, Ursula, con todo el brillo de la verdad, parecia estar rodeada de una luminosa aureola que hacia mas relumbrante la poca luz que habia en la otra parte de la habitacion.

Mas léjos, á la sombra, estaba la madre de Mr. de Secherin, vestida rigurosamente de luto, pálida, desolada, agobiada por la tristeza y por la vejez.

Ay! así que vi la cuestion que se agitaba colocada, por decirlo así, entre estas dos mugeres, una de las cuales estaba próxima á la tumba, y la otra en la primera época de la vida, se apoderó de mí una inmensa tristeza.

Iba á presenciar una de aquellas luchas tan comunes en la carrera de todos, y que ponen en choque los sentimientos mas sagrados y las pasiones mas *humanas*.

Sentía una grande simpatía por esta pobre madre anciana, porque era vieja, porque era madre. Mi corazon fué



herido de un doloroso presentimiento..... Me acuerdo que en el instante mismo en que ingeniándose con todas las fuerzas de su corazón, para consolar á su hijo, le enumeraba con una afectuosa naturalidad las distracciones que le reserva, y le preguntaba qué podía echar de menos..... En este mismo momento entró Ursula, bella, coqueta, atrevida, incitativa.

Funesta casualidad, funesta reunion que parecia decir á este hombre desgraciado ESCOJE..... es preciso de aquí en adelante pasar tu vida con aquella muger austera, piadosa, con la cara marchita por la tristeza y por los años, ó con esta encantadora que reúne todas las seducciones.....

Sin duda el instinto maternal de Mad. de Secherin, le reveló el peligro de la lucha que iba á sostener.

Su fisonomía no habia hasta entonces espresado sino los mas tiernos sentimientos; pero á la vista de mi prima, su frente se oscureció, sus facciones se contrajeron violentamente y revelaron la indignacion, el desprecio y el odio.

Sorprendida con la audacia de mi prima, Mad. de Secherin habia guardado silencio por un momento. De repente exclamó:

—¿Qué venís á hacer aquí?..... idos..... idos: se me dio levantó del sillón, y le mostró la puerta con imperio.

Ursula miró á su suegra con una sorpresa natural y dolorosa, y preguntó luego á Mr. de Secherin con una mirada llena de dulzura y de resignacion.

—¿Pero mamá?..... dijo este titubeando.

—Quiero que se vaya, no quiero que mancille mas con su presencia esta habitacion sagrada para mí. Es indigna de permanecer aquí..... Quiero que se vaya, hijo mío. ¿Entendeis? quiero que se vaya.

Mr. de Secherin se manifestó impaciente, y dijo á su madre:

—Pero en fin, mamá, no se condena á las gentes sin oirlas, no señora.

—La patrocinais!..... la patrocinais, exclamó Mad. de Secherin juntando las manos; luego repitió, dejándolas caer con descaecimiento..... La patrocinais todavia!

Ursula, volviendo hácia su marido sus grandes ojos donde empezaba á brillar una lágrima, le dijo con voz conmovida y trémula:

—Por Dios! por Dios, amigo mio, ¿qué significa esto?

Y vos, señora, añadió dirigiéndose á su suegra con aire de súplica, decidme, por Dios ¿qué he hecho para merecer semejante tratamiento?

—Qué es lo que habeis hecho? Habeis hecho la desgracia de mi hijo..... Le habeis engañado indignamente. Pero no jugareis ya con él, lo he instruido, y él os tiene todo el desprecio, toda la aversion que mereceis.

A estas palabras, pronunciadas con voz imponente, miró Ursula á su marido que se hallaba sumido en una angustia inesplicable; se tapó la cara con sus manos, y no dijo mas que estas palabras, en tono de acusacion lastimera.

—Ah! amigo mio!

Apoyó su cara en el respaldo del sofá; no se veian sino sus blancos y hechiceros hombros agitados por una especie de temblor.

—Mamá, dijo Mr. de Secherin dando una patada; ¿porqué decís eso? ¿Por qué tengo aversion y desprecio á mi muger?

—Porque lo merece. Bien sabes tú..... que lo merece..... Ven..... ven, mi pobre hijo, dejémosla..... Y trató de levantarse.

—Esto no puede pasar así! exclamó su hijo, no se puede acusar á mi muger sin dar pruebas de la falta que decís ha cometido..... Escuchad, mamá, se trata de la felicidad de toda mi vida; conoceréis muy bien que no la sacrificaré con ligereza.

—¿Con ligereza? ¿con ligereza, hijo mio? cuando os he jurado que esta muger era culpable!

—Es culpable, es culpable..... eso os es muy fácil decirlo..... Yo no puedo..... renunciar á toda felicidad de mi vida, porque vos estais persuadida de una cosa.....

—«¿Ella» toda la felicidad de vuestra vida? ¿Y qué

soy yo entonces para vos? dijo indignada Mad de Secherin.

—Por Dios, mamá, sois mi madre, os respeto, os amo tiernamente. Pero dijo con gran pesar, amo tambien apasionadamente á Ursula, la amo como se ama á la primera, á la sola muger que se ha amado, y no la sacrificaré jamás á vuestras prevenciones sí no son fundadas.

—Luego me acusais de perjura, hijo infeliz!

—No os acuso..... Me decís que mi muger es culpable, pues bien! probadmelo.

Mad. de Secherin exclamó con un acento de terrible indignacion.

—Osais pedirme otras pruebas que el juramento que os hecho aquí á la faz de Dios que me oye..... por la sagrada memoria de vuestro padre.....

En nombre del cielo, mamá, no os irriteis..... Yo queria no dudar de lo que decís, pero despues de todo, podeis engañaros de buena fé, podeis estar cegada por ese desapego que teneis á mi muger, y tomar por una revelacion del cielo lo que no es mas que una consecuencia de la aversion que le teneis; porque ya que se trata de eso, os diré que sé que no amais á mi muger, y esto me esplica ahora muchas cosas.....

—Pues bien, si, la aborrezco si, la desprecio, porque os ha engañado indignamente, porque ha deshonorado vuestro nombre..... y no toleraré que una infeliz como ella deshonne un nombre que vuestro padre y yo siempre hemos honrado.

Ursula no hacia sino sollozar de cuando en cuando.

Su marido encolerizado, dijo:

—Madre mia..... no debeis abusar de vuestra posicion..... Os repito que si teneis pruebas contra mi muger, las manifesteis, aquí está..... acusadla. Si no puede defenderse..... si es culpable, no tendré compasion de ella..... Pero hasta que llegue ese caso..... no la insulteis. No..... no toleraré que se la insulte delante de mí.....

—¿Escuchais?..... Me amenaza..... Dios mio! tú lo oyes; me amenaza en la habitacion donde murió su padre.....

—Por Dios! mamá..... mamá..... perdonadme, dijo Mr. de Secherin, arrodillándose delante de su madre, y cogiéndole la mano que retiró con indignacion.

De repente alzó mi prima su cara hechicera inundada en lágrimas.

La miré con mucha atencion, y por primera vez advertí lo que no habia podido notar hasta entonces, que sus ojos, aunque bañados en lágrimas, no estaban ni encendidos ni hinchados; quizá parecian aun mas brillantes con el llanto que corria dulcemente, y casi con coquetería si los comparo con los sollozos amargos y convulsivos del verdadero dolor.

Hasta entonces no comprendí que podia estar hermosa llorando; las facciones mas hechiceras me habian siempre parecido desfiguradas por la contraccion nerviosa de la desesperacion.

Al movimiento que hizo Ursula, su marido se volvió hácia ella.

—Amigo mio, le dijo con voz firme, digna, afectuosa, nunca seré un motivo de desavenencia entre vos y vuestra madre; he tenido la desgracia de desagradarle, me resigno con mi suerte, os afirma que soy culpable..... Os lo atestigua con un juramento solemne; no le hagais la injuria de dudar de él... Creedla... Olvidadme como á una muger indigna de vos... Matilde me llevará á casa de mi padre, vos os quedareis con vuestra madre, y le hareis olvidar con vuestra ternura la desazon que le he causado, ay! muy involuntariamente.

Mad. de Secherin miró á su nuera, y le dijo con dureza:

—¿Creeis reparar así el mal que habeis hecho á mi hijo? Hubiera podido casarse con una muger digna de él, pero, gracias á vos, ahora se encuentra solo y encadenado para toda..... Felizmente le quedo yo... y lo consolaré.

—Ah! no temais, señora, lo conozco, y puso sus manos sobre el corazon; dentro de poco vuestro hijo estará libre.....

—Podrá escoger mejor, dijo Ursula con un acento de

tristeza lúgubre, como si su tumba estuviese ya medio abierta.

Mr. de Secherin no pudo resistir este último tiro; se echó á llorar, é hincado, como estaba, delante de su madre, se volvió á Ursula y cogió su mano, que colmó de besos, diciéndole con voz cortada:

—Pobre muger mia..... cálmate..... cálmate..... mi madre no piensa lo que dice..... no hagas caso de ella, perdónala..... ¿Te acuso yo? ¿Puedo vivir sin tí? ¿No estoy seguro de tu corazón?

El dolor tan verdadero de este excelente hombre me enterneció, estaba irritada con la falsedad de Ursula, pero ¿qué podía decir?

Mad. de Secherin, viendo el cambio repentino de su hijo, exclamó:

—¿Así me sacrificais á esta hipócrita? ¿Son suficientes unas lágrimas falsas para darle la razón contra vuestra madre?

Mr. de Secherin se levantó bruscamente, y respondió conteniéndose apenas:

—¿Quereis volverme loco... madre mia? Por última vez..... ¿teneis, sí ó nó, pruebas contra mi muger... creéis que Chopinelle obsequia á Ursula, y que la ama, no es eso?.... Pues bien! yo no lo creo..... Decís que mi muger me hará desgraciado; muy bien! yo os declaro que hasta ahora me ha hecho el mas feliz de los hombres. Tengo innumerables pruebas del afecto de Ursula, de su amor, de su ternura.... Al presente, para acusarla, necesito pruebas, pero pruebas positivas, irrecusables, de su perfidia y de su traición..... Nunca tendré valor para sacrificar mi felicidad á vuestras antipatias.

—Pero yo sabré sacrificar el mas caro deseo de mi vida á la felicidad de vuestra madre, amigo mio, dijo Ursula con imponente dignidad. Mi presencia le es enfadosa. A mí, pues, me toca alejarme..... No olvidéis nunca que vuestra madre es vuestra madre!.... desde vuestra infancia os ha cuidado, os ha colmado de caricias. Yo os amo de un año á esta parte; mi afecto no puede compararse al

suyo..... Si hubiese tenido la dicha de haberos consagrado largos años, trataría de luchar quizá contra las injustas prevenciones de vuestra madre, á quien amo, á quien respeto. Pero, ay de mí! he hecho tan poco por vos, tengo tan pocos derechos que hacer valer, que sufriré mi suerte sin quejarme..... Adios... adios y para siempre adios.

Ursula dió un paso hácia la puerta, poniéndose las manos en los ojos.

Su marido se fué precipitadamente á ella, la detuvo, la hizo volver atrás, la obligó á sentarse, y volviéndose á Mad. de Secherin, le dijo:

—Bien veis, madre mia, que este es un ángel, un ángel de Dios; no mas quejas, no mas reprensiones.

Mad. de Secherin se sonrió amargamente.—Sois tan ciego... tan insensato, que crees en sus protestas hipócritas... ¿No veis que por no poder defenderse quiere pasar por víctima..... y que quiere irse con su afrenta?

—No señora, no creais eso, dijo tristemente Ursula: me callo, porque respeto, porque admiro el sentimiento que os dicta vuestra conducta! Si, señora, nada es mas santo á mis ojos que el amor de una madre á su hijo! Si me atreviese á comparar el que tiene una muger á su marido á esta afeccion sagrada, os diria que comprendo todos los celos, todas las desconfianzas por absurdas que sean, porque tambien soy capaz de sentirlas. Una palabra, señora; desde el principio de esta discusion cruel, Matilde, mi prima, mi hermana, ha estado callada; conoceis sus virtudes, su carácter honrado; ah! si me hubiese creido culpable, á pesar de su amistad y de los lazos que nos unen, me hubiese condenado. Ay! señora, sé cuanto sufre en no poder defenderme..... esto seria acusaros..... acusaros casi de sacrilegio..... por eso está obligada á callarse.

—¿Vos..... y..... vos tambien..... la patrocinais? exclamó la desgraciada madre juntando las manos, volviéndose hácia mí; pero es imposible..... hablad..... hablad... que no pueda decir esta pérfida que vuestro silencio la absuelve.

¿Qué podía hacer yo? Nunca hubiera tenido valor para acusarla, no pude sino responder:

—Señora, las apariencias engañan algunas veces, y...

—Lo veis, madre mía, mi prima está también convencida de su inocencia! dijo Mr. de Secherin.

—¿Qué importa eso? se apresuró Ursula á decir con tristeza. Por mas que mi prima proclame mi inocencia, entre vuestra madre y yo, amigo mio, no teneis que titubear un momento..... Pero, señora, dijo Ursula con voz interrumpida de sollozos, como tengo que llevar conmigo por único consuelo la estimacion del hombre á quien hubiera sacrificado mi vida con tanta dicha, me permitireis que me justifique, ¿ne es así? me permitireis que pregunte si en mi conducta podeis citar un solo hecho que me condene... esto, señora, oh! esto solamente por piedad.

—Oh! sin duda, sin duda..... sois tan astuta, tan diestra, que os cuidásteis de no dejaros sorprender á pesar de mi vigilancia, dijo Mad. de Secherin fuera de sí por tanta falsedad..... Ah! pago la pena de mi debilidad; si desde mis primeras sospechas, las hubiese descubierto á mi hijo, él os hubiera espiado mejor que yo..... era vieja..... estaba achacosa..... no tenia fuerza para luchar con vos..... No hubiérais estado horas enteras encerrada con Mr. de Chopinelle..... con el pretesto de cantar.

—Pero por Dios, señora, habeis estado bastantes veces en la habitación en que me hallaba..... Mi marido, además, me habia suplicado cantase con su amigo.

—No comprendéis, dijo Mad. de Secherin, que por eso justamente es por lo que no tengo prueba alguna palpable, y que sin embargo, estoy convencida de vuestro crimen como de mi existencia..... que Dios me dió valor para hacer un juramento, un juramento sagrado para convenceros de impostura. Vamos! aquella carta..... aquella carta de ayer os hubiera confundido..... Bien sabiais lo que hicisteis arriesgándolo todo para cogerla.

—Todavía la carta..... Eso no está en razon, dijo Mr.

de Secherin, volver justamente contra mi muger una cosa que hacia en obsequio mio.

—Dios mio! Dios mio, no obstante eso soy inocente, exclamó Ursula echándose á los piés de Mad. de Secherin. Bien veis que no teneis prueba alguna efectiva contra mí... Me someto á todo, abandonaré á mi marido, no lo veré mas, saldré de vuestra casa, iré á vivir en la oscuridad, en el dolor, en el duelo, pero al ménos dejadme llevar mi honor y la estimacion de mi marido; no os pido mas que esto..... oh!..... que esto, para ayudarme á pasar los pocos dias que me quedan. Sois buena, generosa, el amor ciego que teneis á vuestro hijo, es lo que os previene contra mí.. Sed solamente justa..... tened tan solo alguna compasion á la pobre Ursula, que tanto habiera querido llamaros su madre!

Ursula quiso llevar á sus lábios la mano de Mad. de Secherin.

Esta la retiró con dureza diciendo:

—No me toqueis, hipócrita infame.

Mr. de Secherin no pudo sufrir esta última accion.

Cogió suavemente á su muger por el brazo, diciéndole con voz trémula de cólera:

—Levántate Ursula, levántate, mi buena y digna muger, basta ya de humillaciones como esa..... yo soy el solo juez..... Te declaro inocente, y dígame y hágase lo que se quiera, te miraré siempre como á mi mejor, á mi mas sincera amiga.

—Infeliz! eso ya no es ceguedad..... es locura, exclamó Mad. de Secherin. Ten cuidado..... te ridiculizarás tanto siendo el juguete de esa muger, que ni aun te se podrá compadecer.

Estas últimas palabras de la suegra de Ursula fueron muy imprudentes; herian al vivo el amor propio de Mr. de Secherin; por lo tanto repuso irritado:

—Pues bien..... mejor quiero ser ridículo que injusto, traidor y malvado.

—¿Por quién dices eso, hijo mio? Responded.

—No replicó..... Esta escena ha durado demasiado,



ha causado un mal horrible á mi muger, á vos y á mí..... Todo lo que pudiérais añadir seria inútil..... Estoy decidido á no sufrir mas que se ataque delante de mí á este ángel de dulzura y de bondad.

—Osais amenazarme en la casa de vuestro padre..... amenazarme para sostener á una infame que en el fondo de su corazon se rie de vos!

—Madre mia..... no me pongais en un extremo..... Os lo repito, digais ó hagais lo que quiérais, amaré, respetaré á mi muger, sí, y la defenderé contra todos los que la ataquen, sean quienes fueren.

—Contra mí..... ¿no es así? Te atreves á repetirlo, hijo ingrato.....

—Pues bien..... sí, sí, aun contra vos, si la atacais injustamente, dijo Mr. de Secherin no pudiendo ya contenerse. Ella no quiere mas que mi felicidad..... y vos no quereis sino hacerme desgraciado, atormentando lo que me es mas caro en el mundo.

Ursula, medio recostada en el sofá, ocultaba la cabeza entre sus manos y lloraba á lágrima viva.

La cara de Mad. de Secherin tomó una espresion amenazadora, y dijo con voz firme:

—Hijo mio..... sabeis que mi voluntad es irrevocable..... ó esta muger se vá de la casa de vuestro padre..... ú os reis con ella, y no os volveré á ver en mi vida.....

—Madre mia.....

—Señora, dije, cuidado..... no cedais á un primer movimiento.

—Os digo, hijo mio, que si no abandonais á esa muger en este mismo instante, no os volveré á ver en mi vida, repuso Mad. de Secherin; los dos saldreis de aquí, y como no tendré ya hijo, separaré mis bienes para dejárselos á los pobres.

—¿Creeís, madre mia, que sea yo tan miserable que me arredre semejante amenaza? dijo Mr. de Secherin.

—Si, ahora porque esa muger os ha hecho tan codicioso, tan interesado como ella..... privaros de mi herencia, es un medio de castigaros á ambos.....

—¿Conque, madre mía, me echais de la casa de mi madre..... me desheredais porque no quiero participar del odio que os ciega contra mi muger?

—Sí, sí, te hecho, hijo cruel.... te hecho por no ver á esa criatura..... te echo. En este momento la voz, el acento de la desgracia da madre, cambió completamente de espression, y exclamó con una agitacion dolorosa y deshecha en lágrimas.—Te echo..... Dios mio..... porque no podria verte así continuamente engañado, ¡hijo infeliz! te echo porque no me veas morir de pena.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tanta alma, con una compasion tan maternal, que Mr. de Secherin se puso de rodillas y le dijo:

—Perdon..... perdon.....

En este momento dió Ursula un profundo gemido, dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá, uno de sus brazos quedó colgando hácia el suelo; perdió el sentido.

La casualidad hizo que su posicion fuese adorable por la languidez y por la gracia. Sus mejillas estaban rojas; de sus ojos cerrados salian lágrimas transparentes como gotas de rocío; su pecho palpitaba con violencia. Por dos ó tres veces llevó maquinalmente la mano á su corsé, como si estuviese dolorosamente oprimida.

Apenas creia yo la realidad de aquel desmayo. Sin embargo, corré á ella.....

—La matais, madre mía, bien veis como la matais; gritó Mr. de Secherin fuera de sí, desesperado, precipitándose hácia su muger.

La cólera de Mad. de Secherin se reanimó, y dijo con furiosa indignacion:

—Ese desmayo es una comedia como todo lo demás. No os ocupeis de él..... bien pronto volverá en sí la hipócrita!

—Ah! esto es horrible..... repuso Mr. de Secherin, tan solo por piedad! Pues bien! puesto que lo quereis, madre mía, separémonos, seperémonos para siempre..... despues de palabras tan crueles no podria en adelante veros sin dolor.....

—Hijo indigno..... el Señor te castigará por tu propio pecado..... vete; te lo mando..... te mal.....

—Señora..... es vuestro hijo..... y arrojándome á Mad. de Secherin, detuve la maldicion que ya tenia en los lábios.

—No, no le maldeciré..... ha perdido la razon..... Dios lo ha abandonado..... que se quede con esa infame.... Este castigo es horrible..... pero lo merece.....

—En seguida se fué la infeliz madre.

Mr. de Secherin, arrodillado junto á Ursula, cubria sus manos, sus cabellos y su frente de besos y de lágrimas, llamándola á grandes voces.

—Se muere..... prima mia, exclamó, Aflojadla, bien veis que se muere.

En fin, de esta escena fué el que debia ser: la crisis nerviosa de Ursula cesó algunos minutos despues de haberse ido Mad. de Secherin.

Al volver en sí, se deshizo en lágrimas, y persistió en su resolucion de irse á casa de su padre; porque le era en lo sucesivo imposible vivir con su suegra.

En vano quise vislumbrar la posibilidad de una reconciliacion, Ursula se obstinó en *sacrificarme*.

Las últimas dudas de Mr. de Secherin desaparecieron ante aquella influencia irresistible para él.

La misma tarde del dia de esta escena declaró á su madre que se irian á habitar una casa inmediata que estaba de venta.

—La separacion quedó resuelta y convenida.

En el momento mismo en que Mr. de Secherin venia á darme esta triste nueva, oí ruido de caballos en el pátio y corrí á la ventana: era mi marido, era Gontran.



---

## XXIV.

### VUELTA Y PARTIDA.

Cací llorando en los brazos de Gontran.

Semejantes emociones no pueden describirse..... Lo veía volver salvo..... salvo del mas terrible riesgo que puede correr un hombre.

Vi en sus bellas facciones alteradas, fatigadas, las trazas recientes de las desazones que habia sufrido.

Veinte veces me pidió perdon de las penas involuntarias que me habia causado, prometiéndome hacérmelas olvidar á fuerza de obsequios y de amor.

Me atreveré casi á decir que no sentia los crueles acontecimientos de que habia sido victima durante algunos meses, porque el contraste triste y doloroso de lo pasado hacia brillar mi situacion presente.

Lo que predominó sobre todo en medio del caos de las tiernas agitaciones que me conmovieron con la vuelta de Gontran, fué una gran serenidad, una completa confianza

para lo sucesivo; no creía en las felicidades perfectas, me parecía que mi vida acababa de ser experimentada con bastante dureza para que pudiese, sin una pretencion exorbitante, contar en adelante con dias tranquilos y felices.

No me ocupaba sino del deseo de ocultarle la noche terrible que habia pasado en la casa de Mr. de Lugarto. Estaba deseosa de saber cómo Mr. de Lancry me desfiguraria los verdaderos motivos de su marcha repentina y de su vuelta. Temía que me dijese una mentira..... esto me haria desconfiada para el resto de mi vida.

Bien veia que hasta entonces me habia ocultado el funesto secreto que existia entre él y Mr. de Lugarto. Esta confesion no hubiera salvado á Gontran, y habria suscitado en mí los mas horribles terrores..... Pero temia que por justificar una ausencia bastante larga, no hiciese prueba de demasiada imaginacion al darme cuenta de ella.

Mis temores no se realizaron. Gontran evitó, por decirlo así, la mentira, confesándome una parte de la verdad; me dijo habia debido grandes obligaciones de dinero á Mr. de Lugarto, que además este tenia en su poder papeles muy importantes que podian comprometer no solo á él, sino tambien el honor de una familia de la manera mas funesta, dándome á entender que se trataba de las cartas de una muger.

Añadió Mr. de Lancry que para recobrar esos papeles, que no estaban ya en poder de Mr. de Lugarto, le habia sido preciso ir á Inglaterra, donde en fin los habia recogido y destruido despues de un sin número de trabajos.

Muchas veces me preguntó si despues de su partida habia visto á Mr. de Lugarto.

Segun me habia encargado Mr. de Mortagne, le respondí que así que recibí su carta salí para la Turena, prefiriendo pasar el tiempo de su ausencia al lado de Ursula.

Por las preguntas de Mr. de Lancry, conocí que no comprendia cómo Mr. de Lugarto le habia enviado el billete falsificado que hasta entonces habia guardado tan cuidadosamente.

Mi marido queria saber si mis ruegos ó mi influencia

habian tenido parte en la restitucion que le habia hecho Mr. de Lugarto.

Me arrepentí de nuevo de haber disimulado alguna cosa á Mr. de Lancry, pero acordándome de las recomendaciones de Mr. de Mortagne y de la promesa que le habia hecho, callé sobre este asunto.

Sin duda temia Gontran despertar mis sospechas preguntándome de un modo indirecto, pues no me habló mas de Mr. de Lugarto.

Otra cosa me embarazaba; Mr. de Mortagne habia pagado á Mr. de Lugarto las sumas que le debia mi marido. Luego que Gontran, que lo ignoraba, quisiese satisfacerlas, todo se descubriría. Mr. de Lancry me tranquilizó con respecto á esto, diciéndome que pagaria mas adelante el dinero que debia á Mr. de Lugarto, abonándole los intereses.

Dadas y recibidas estas esplicaciones, Gontran parecia haberse librado de un gran peso.

Su fisonomia espresó una especie de confianza tranquila, que nunca habia observado en él ni aun antes de casarnos.

Nada mas sencillo; desde que lo conocí, siempre habia estado bajo el yugo de las amenazas de Mr. de Lugarto, su génio malo.

Ay! he sido un momento bastante injusta con la Providencia, para sentir casi el tinte de melancolia y de tristeza, que los disgustos habian dado á las facciones de Gontran.

Me pareció que, desgraciado, me pertenecía mas.....

Viéndolo tan jóven, tan bello, tan alegre, y además tan libre de toda desgracia, casi temí para lo venidero.

Habia ya sentido los horribles tormentos de los celos, y sin embargo, ocupándose de la princesa Ksernika, Gontran no habia hecho mas que obedecer á las amenazas de Mr. de Lugarto.

Pronto lancé léjos de mí estos tristes pensamientos, como un ultrage á la felicidad que habia vuelto.

Ay! este temor era un presentimiento.

Instruí á Gontran del rompimiento que habia habido entre Mr. de Secherin y su madre, sin decirle la causa. El secreto de Ursula no me pertenecia. Atribuí á discusiones de intereses, en un principio leve, y despues cada vez mas graves, la determinacion que tomaba mi primo de vivir por separado de su madre.

Gontran me pareció que le repugnaba mucho no poder, como esperaba, pasar algunos dias en Rouvray.

—Este tiempo hubiera sido suficiente, me dijo, para que en nuestro castillo de Maran se hiciesen algunos reparos indispensables, á fin de ponerlo mas habitable, porque hace mucho tiempo que nadie lo ocupa. Pero las tristes divisiones que acababan de ocurrir entre mi prima y su suegra, no nos permiten detenernos mas tiempo en Rouvray.

En vano el dia siguiente, hallándose sola con Mr. de Secherin, quise intentar una reconciliacion entre él y su madre; me pareció mas irritado que el dia anterior.

Ursula habia continuado haciendo su papel con su habitual superioridad; no habia dicho una palabra contra su suegra; comprendia, admiraba segun decia, los celos de afecto que impelen á una madre á exigir el sacrificio de su nuera.

Su marido no tenia mas que decir una palabra, y ella obedecia, consentia en todo; si fuese necesario, abandonaba al esposo de su corazon, para complacer á Mad. de Secherin.

Esta, como todas las personas de carácter firme y justo, se mostró por su parte cada vez mas inflexible en su aversion á Ursula.

Fuí á ver á Mad. de Secherin para despedirme.

En vano le hablé de su hijo, del abandono, de la soledad en que iba á vivir, nada queria oir hasta que mi primo hubiese echado á su muger.

Lo que me probó aun mas la increíble y fatal influencia de mi prima sobre su marido, es que lo hallaba, no obstante ser tan buen hijo, de corazon tan noble y generoso, casi indiferente á esta dolorosa separacion.

Me dijo que su madre se calmaria, y que entonces iria á verla todos los dias. Casi estaba contento con lo que habia acontecido, porque tarde ó temprano hubiera sido preciso separarse.

La acusacion de Mad. de Secherin no era segun el marido de Ursula, sino un pretesto para alejar á su nuera, que nunca habia podido «sufrir, porque amaba mucho á su «hijo.»—«Si, prima mia, esta es toda la cuestion! Mi mu-  
«ger me ama mucho; mi madre está celosa.»

.....  
Ay de mí! la casualidad me reservaba un nuevo golpe bastante cruel, y que en aquellas circunstancias parecia ser una burla del destino.

El dia despues de su llegada, Gontran habia ido á dar algunas órdenes relativas á nuestra partida, que debia verificarse despues del medio dia.

Me habia aprovechado de este momento, para tener con Mr. de Secherin la conversacion de que acabo de hablar; nos habiamos paseado largo tiempo hablando en una calle de setos muy espesos, situada en medio del jardin.

Mi primo me dejó.

Habiendo quedado sola me senté pensativa en un banco situado al pié de un grupo de piedras pintadas, que representaba un pastor y una pastora.

Estas estátuas tan comunes en los jardines del siglo pasado, se elevaban al fin de la calle de árboles de que he hablado. Su pedestal era ancho, cuadrado, estaba rodeado de cuatro bancos.

Del modo que estaba situada daba mi espalda á la calle de árboles, y estaba oculta del todo por aquel pequeño grupo.

No sé por qué en lugar de pensar en mi dicha y en Gontran, pensaba en la perfidia de Ursula; desde la escena del dia anterior, mi prima habia siempre evitado encontrarse conmigo.

De repente oí su voz. Hablaba con alguno acercándose poco á poco.



Un presentimiento del corazón me dijo que hablaba con Gontran.

Escuché..... no me engañé.

En vez de levantarme é irme á reunir con Ursula y con mi marido, tuve el infame pensamiento de querer sorprender su conversacion.

Sin razon, sin motivo, un rayo de celos me habia súbitamente atravesado el corazón.

Aguanté la respiracion, y escuchaba con ansia.....

Ahora que estoy con la sangre fria, me preguntó si obré entonces bajo el imperio de alguna sospecha. Me ví forzada á convenir en que no tenia ninguna; esta resolucion fué instantánea, involuntaria.

Seguí escuchando con mucho cuidado.

La arena que sonaba bajo los piés de Ursula y de Gontran durante su marcha, me impidió desde luego oír ni distinguir nada.

Cuando estuvieron á algunos pasos cerca de mí, pude oír las siguientes palabras que decia Ursula con la voz mas dulce y mas melancólica:

*...Tanta tristeza en la soledad..... porque esto es estar sola de veras.....*

No pude oír mas.

Gontran y ella cuando llegaron al fin de la calle, se volvieron y se alejaron; dejé de oír sus pasos.

En las palabras de Ursula que habia podido coger, nada debia sorprenderme ni agraviarme. Mi prima, fiel á su mania de pasar por una muger incomprensible y desgraciada, repetia sin duda á Gontran la romántica mentira que tantas veces me habia repetido. Y además..... ¿no podia quizá hablar de sí misma?

No obstante, sentí en el corazón un golpe tan doloroso, una angustia tan punzante..... el porvenir, que habia un momento entrevisto tan alegre y tan hermoso, se cubrió súbitamente de un velo tan fúnebre, que fui herida de un invencible y fatal presentimiento.

¿Por qué me decia yo á mí misma, experimentaré una

agitacion tan dolorosa, tan profunda, por causa de algunas palabras insignificantes?

¿Ocultan alguna perfidia, alguna traicion?

Bajo la impresion todavia de la cruel escena que habia presenciado el dia anterior, quise ver en el temor que me agitaba, una revelacion divina semejante á la que habia iluminado á Mad. de Secherin, acerca de la conducta culpable de mi prima.

No puedo decir con qué angustia, con qué ansiedad esperaba la segunda vuelta del paseo de Gontran y Ursula.

Por un momento me sonrojé de vergüenza, pensando á que innoble espionaje descendia, hice un movimiento para irme, pero me detuvo una funesta curiosidad.

Los oí acercarse de nuevo.

Mi corazon comenzó á latir con fuerza, se hubiera dicho que sus latidos iban acordes con el ruido leve y mesurado de los pasos.

Esta vez oí la voz de Gontran.

—Oh! reconocí aquella voz tan hechicera, hablaba, á mi parecer, con una espresion graciosa y tan bajo que no oí mas que estas palabras:

—«¿Os acordais, decís, os acordais? Oh! érais tan....»

No pude oír el resto de la frase.

Se alejaron otra vez.

Ay! en aquellas palabras de Gontran no habia nada que pudiese darme lugar á sospechar; sin embargo, pensando en que iban dirigidas á otra, me hicieron un mal terrible.

¿De qué recuerdos hablaba él? ¿Por qué preguntaba á aquella muger si se acordaba? ¿De qué podia acordarse esta? Entonces se me vino á la memoria, que un mes antes de mi casamiento, Gontran habia visto á Ursula en casa de mi tia casi todos los dias.

Entonces por desgracia..... por desgracia..... me acuerdo que Ursula me habia dicho cien veces que mi marido le parecia muy bien, que yo era la mas feliz de las mugeres, y que una dicha como la mia no estaba reservada para ella.

Entonces desgraciada..... desgraciada..... me acuerdo de la humillacion, de la rabia de Ursula, cuando despues de casada, delante de Gontran, Mad. de Maran, con una malignidad infernal, habia hecho patentes todas las ridiculeces de Mr. de Secherin.

Conociendo en este caso la perfidia, el disimulo, la corrupcion de mi prima, ¿no tenia que temer que quisiese vengarse de todo lo que Mad. de Maran le habia hecho sufrir en otro tiempo, sin duda con la esperanza de hacerme un dia víctima de crueles represalias?

Sin duda alguna, mi tía con su escesiva sagacidad, habia adivinado desde la juventud de Ursula los defectos y los vicios que debian, en desarrollándose, serme tan funestos; porque nuestra amistad de la infancia, nuestros vínculos de parentesco, debian un dia unirnos una á otra.

—Estas tristes reflexiones fueron interrumpidas de nuevo.

Gontran seguia hablando.

En esta ocasion su acento era alegre, chancero.

Ursula le respondió en el mismo tono, porque oí una alegre carcajada.

Gontran continuó: «Vereis que tengo razon... vereis, os diré tanto para probároslo...»

«Mirad, primo, respondió Ursula con tono de coqueta y de reprension graciosa; estais loco, es un horror esto de...»

Nada mas, nada mas,

Se alejaron otra vez,

—¿Qué significaban aquellas palabras?

—¿A qué aludia Gontran diciendo á mi prima «que veria»? ¿Qué queria probarle?

¿Y ella por qué le decia con tanta coquetería «que estaba loco»? Dios mio! ¿de qué hablaban?

Esta vez me pareció que Ursula y Gontran andaban con mas lentitud, y que de cuando en cuando se paraban.

Gontran decia con voz dulce y suplicante: Os lo suplico!.....

Se pararon.

Ursula respondió con un acento que me pareció muy alterado.

—«No penseis en ello. No sabeis cuantas lágrimas he derramado despues que... Pero, vamos, estoy mas loca que vos, pues me haceis hablar cosas que no queria decir.... no mereceis... añadió hablando con voz precipitada y andando tan de prisa, que se me escapó el fin de la frase.»

Me senti desfallecer.

Esta posicion era horrible.

Me trastornaron las mas violentas sospechas, y esto por unos trozos de conversacion que no tenian otro sentido que el que le daban mis insensatos celos.

Despues de este terror venia la duda, y luego un rayo de esperanza. Admitiendo que Ursula fuese tan indigna que tratase de agradar á Gontran, y yo pudiese pensarlo sin calumniarla, ¿no habia ya olvidado sus deberes por un hombre fátuo y vulgar? Admitiendo, decia yo, esta indignidad, él... él, Gontran, á quien tenia consagrada mi vida, á quien hasta entonces habia colmado de amor y de dicha; ¿Gontran, por quien tanto y tanto habia ya sufrido, tendria nunca el valor y la crueldad de olvidarme por ella?

No, no, esto es imposible, me decia yo á mí misma; no salgo de un abismo de penas, desazones y desesperacion, sino para caer al instante en otro mas profundo todavia.

No, no, esto es imposible. Gontran llegó ayer, parte esta mañana; es imposible que en una conversacion de una hora haya tratado de agradar, haya agradado á esta muger, y que ya piense burlarse.

Ursula es muy audaz; la muger de menos vergüenza guarda las exterioridades. Y luego á estos rayos de esperanzas sucedian las grandes dudas. Me venia al pensamiento todo lo que me habia dicho Mad. de Richeville, acerca del carácter egoista é inconstante de Gontran.

Ursula me parecia cada vez mas seductora y peligrosa. Si mi marido la encontraba en Paris, ¿no podia ella,

bajo el pretesto de nuestra amistad, ir á menudo á mi casa?

—Esta idea y las agitaciones que estaba reprimiendo por algunos momentos, me trastornaron de tal modo, que sin pensar que descubria que los habia estado espiando, salí de repente del escondrijo y entré en la calle de árboles.

Ursula y Gontran estaban muy lejos en el otro extremo.

Ví á Mr. de Secherin reunirse con ellos, y acompañarlos por el lado de la casa.

Respiré mas libremente, y me quedé algun tiempo mas en el jardín.

Por una rara inesplicable inconstancia de impresion, así que Ursula desapareció, poco á poco volvió la calma á mi corazon, me ruboricé de mi flaqueza, me eché en cara el haber ajado la felicidad que la Providencia me enviaba; ¿no iba á estar sola en Maran con Lancry? ¿No iban á renacer los hermosos dias de la casita de Chantilly? El invierno estaba todavia lejano, si temia la coquetería de Ursula respecto á mi marido, encontraria mil medios de alejarla; en fin, si fuese preciso tocar los extremos, contaría á Gontran la aventura de Mr. de Chopinelle, y entonces no haria sino despreciar á Ursula.

¿Por qué extraño contraste este acceso de necia confianza sucedió á la mas dolorosa pesadumbre? Esto es lo que no puedo decir.

Antes de salir de Rouvray, quise ir á despedirme de Mad. de Secherin.

La hallé tranquila, digna y fuerte; me dió la mano, y la besé religiosamente.

—Esta tarde, me dijo, mi hijo y esa muger dejarán esta casa, viviré en adelante sola esperando á mi hijo. Sí, continuó viendo mi sorpresa, algun dia volverá, Dios me lo ha dicho..... Me dejará en la tierra el tiempo preciso para ver á mi hijo bastante desgraciado; pero tambien para consolarlo.

Me llegó al alma el acento casi inspirado con que Mad. de Secherin pronunció estas últimas palabras.

Añadió mirándome con compasion:

—Sois buena y generosa, estais convencida como yo, estoy segura de ello, de que *esa muger* es una indigna, pero no habeis tenido valor para acusarla..... Si os hubiérais unido á mí, era perdida. Esto no es vituperar vuestra clemencia, pediré al Señor para que la que habeis protegido no os cause algun dia disgustos.

—¿Qué decís, señora? exclamé, sintiendo renacer mis temores.

—Os digo que Dios me inspira..... nada mas. . . .

Ay! estas palabras eran proféticas, sobre todo si las aplicaba á la escena de la calle de árboles.

Llegó el momento de irnos.

—Ursula me abrazó con su ordinario afecto, mi primo nos despidió cordialmente.

Nada habia en las palabras ó en la espresion de la cara de Gontran que pudiese hacer sospechar que sentia dejar á Ursula.

Abandonamos aquella casa tan pacífica cuando llegué á ella, y que habia sido despues teatro de tan penosas divisiones.



## XXV.

### EL CASTILLO DE MARAN.

A medida que nos alejábamos de Rouvray, me sentia menos oprimida.

Pronto olvidé casi del todo las dolorosas agitaciones que habia experimentado, para no pensar sino en la dicha de volver á hallarme sola con mi marido.

Este viage me causaba mucha alegría recordándome las tiernas palabras, los delicados obsequios de que me habia colmado Gontran, cuando despues de casados salimos para Chantilly.

Hallaba una gran semejanza entre estas dos épocas de mi vida. Esta vez iba tambien sola con Gontran, para permanecer largo tiempo en medio una alegre y apacible soledad.

Esta impresion de felicidad fué tan profunda, esta es-

peranza fué tan radiosa, que dominó todos mis demás pensamientos.

Esperaba con impaciencia la primera palabra de Gontran.

Desde que salimos de Rouvray no habia hablado nada. Hallaba mil razones en mi corazón, para que esta primera palabra estuviese llena de gracia y de bondad. Me decía á mí misma casi con satisfacion, que mi marido tenia algunos agravios que reprenderse, y que iba á espiarlos con aquellas dulces lisonjas, aquellas esquisitas atenciones cuyo secreto poseia.

De repente Mr. de Lanery bostezó dos veces, apoyó su cabeza sobre uno de los apoyos del coche, y se durmió profundamente sin decirme una palabra.....

Esta indiferencia me causó desde luego un daño atroz. No pude contener algunas lágrimas acordándome de las caricias que me habia prodigado en nuestro primer viage.

Me pregunté á mí misma, no sin dolor, qué habia hecho para merecerla. ¿No debia por el contrario serle cada vez mas cara? ¿No habia sufrido ya bastante por él?

A este primer movimiento sucedió la reflexion.

Tuve vergüenza de mí misma; me acusaba de egoismo, de exageracion ridícula y romancesca.

¿Qué cosa mas sencilla y mas natural, que aquel sueño que reprendia en Gontran? ¿Debia contenerse por causa mia?

Enjugué mis lágrimas y contemplé sus facciones.

No se veian ya en ellas las señales de las fatigas y de los disgustos, que en otro tiempo las alteraban.

Nunca me habia parecido mas hermoso; una de aquellas medias sonrisas que anuncia siempre un sueño feliz y tranquilo, daba á su boca una espresion muy graciosa; por dos veces movió ligeramente sus labios como si hubiese pronunciado algunas palabras.

Escuché con mucha atencion y ansia.

No entendí nada.

Viéndolo dormido, bello, tranquilo y sonriéndose, me tuve por feliz por haberle proporcionado tal dicha: libre de



la odiosa dominacion de Mr. de Lugarto, jóven, rico, amado con idolatria, ¿podia haber en el mundo un hombre mas feliz? ¿No reunia todas las ventajas, todas las condiciones de la felicidad humana?

Reflexionando un momento sobre estas cualidades, tuve miedo por un momento; debiamos permanecer en Maran hasta principios de invierno; este largo porvenir de soledad me encantaba; ¿pero agradaria á Gontran?

Comenzaba á desconfiar de mí misma, á temer no complacer bastante á mi marido. Habia ya sufrido tanto, que no sentia aquella alegria que en otro tiempo me inspiraba la presencia de Gontran.

Comparaba lo que era antes de mi casamiento ó durante mi feliz permanencia en Chantilly, con lo que era llegar á Maran, y á pesar mio, me sobrecogian necios pavores.

Creí estar fea y triste, me preguntaba á mí misma si me quedaba suficiente verdad para agradar á mi marido, durante los muchos dias que íbamos á pasar en la soledad; luego me venia al pensamiento aquella conversacion de la calle de árboles, que habia olvidado por un momento.

De allí pasaba á exagerar mis imperfecciones, á desnaturalizar mis ventajas, á envidiar el talento, el carácter de Ursula, á envidiar tambien su fisonomia sucesivamente animada, coqueta, simpática, melancólica ó alegre....

Sin tener un orgullo insensato, sabia que era un poco mas bella que mi prima, que tenia cualidades sólidas, un corazon noble, una franqueza á toda prueba, un cariño sin limites á mi marido, cariño ya experimentado y que nunca habia faltado..... No podia dudar que Ursula era embustera, disimulada, que despreciaba todo lo que veneran las almas nobles y elevadas.

Ahora bien! cuando pensaba que quizá agradaba á Gontran, sentia no parecerme á mi prima.....

Durante el camino, Gontran estuvo distraido, silencioso; achacaba yo todo esto al cambio político que acababa de verificarse, y al cual no era él quizá tan indiferente como queria parecer.

Se me olvidó decir que en el camino habíamos sabido la revolución de Julio.

Por extraña que yo fuese á la política, experimentaba un sentimiento de profunda y respetuosa compasión por aquel rey anciano, que sin duda volvía por segunda vez á una tierra de destierro, lejos de aquella Francia que tanto había querido, y que su familia había regado con su sangre.

Deseaba con impaciencia llegar á Maran.

Blondeau me había dicho varias veces que mi madre había pasado dos veranos en aquella tierra, y que la había yo acompañado cuando apenas tenía dos años; nunca mi madre, decía, se había hallado mas feliz que en aquella soledad, donde se veía libre de la malignidad de Mad. de Maran, y de la glacial indiferencia de mi padre.

Estaba contentísima por saber que el castillo había estado sin habitar: estas memorias tan preciosas para mí, me parecían así mas completas, mas santamente conservadas.

Blondeau debía darme mil noticias curiosas acerca de las habitaciones que mi madre había ocupado con preferencia á las demás, acerca de los paseos que mas le agradaban.

Me acercaba con un interés religioso á aquella morada, que por tantas razones era sagrada para mí.

Me parecía tambien que una vez allí, en aquel lugar donde en todas partes hablaría de mi madre, estaría bajo su invisible protección, porque desde lo alto del cielo velaría sobre su hija y pediría á Dios que no le enviase nuevos sufrimientos.

Muchas veces había tenido ocasion de apreciar el tino, la delicadeza de Gontran; estaba por lo tanto bien segura de verle participar de la veneración que me inspiraba aquella casa.

Al salir de Rouvray, escribí á Blondeau que fuese al instante á Maran. Mr. de Lancry al pasar por Paris, había ya enviado una parte de nuestros criados á aquella tierra situada á algunas leguas de Vendome.

Llegamos á Maran una hermosa mañana de verano. Una larga calle de árboles conducía al pátio exterior. Era preciso pasar dos puentes colocados sobre un ria-

chuelo que bañaba los muros del castillo, hecho de ladrillos al gusto del siglo de Luis XIII; otro puente de piedras conducía al primer patio, cerrado con una reja paralela al cuerpo principal.

La vegetacion era magnífica en los alrededores del castillo.

El administrador, prevenido de nuestra llegada por nuestro correo, nos esperaba en la reja, y nos condujo á una larga galeria situada en el cuerpo bajo y llena de cuadros de familia.

Las seis ventanas de esta pieza daban al foso lleno de agua que circundaba el castillo. A pesar del calor del estío, casi hacia frio en aquel enorme salon. Sus paredes eran tan gruesas, que los alfeizares de las ventanas tenian cinco ó seis piés de ancho.

Impaciente de visitar la casa, ofrecí sonriéndome mi brazo á Gontran, y le dije:

—Vamos, amigo mio, venid pronto, deseo volver á verlo todo, aunque no me acuerdo de nada. No podeis tener una idea de como me palpita el corazon al pensar que voy á recorrer los lugares habitados en otro tiempo por mi pobre madre. Además, es menester que os haga los honores de mi casa. Me tengo por tan feliz, estoy tan envanecida en teneros aquí! Oh! añadí sonriéndome, vos sois la castellana de estos lugares, aquí estais bajo mi imperio y voy á colmaros con amor mas despótico.

En lugar de participar de mi alegria, como yo esperaba, Gontran me respondió como con disgusto, esforzándose por sonreirse y mirando al rededor con repugnancia.

—Aquí entre nosotros, vuestro castillo me parece un poco arruinado, noble castellana, si todas las piezas se semejan á esta... Es sensible que nuestras últimas incomodidades me hallan impedido pensar en haber enviado aquí un arquitecto; sin echároslo en cara, vos que no teniais otra cosa en que pensar, mi querida amiga, hubiérais debido encargarnos de estos pormenores. Bien sabiais el estado deplorable en que se hallaba el castillo.

En un principio mi marido se sonrió un poco, y con-

cluyó por hablarme casi secamente.

Lo miraba con una dolorosa sorpresa, y le dije con suavidad.

—Pero acordaos, amigo mio, que tambien he sido atormentada como vos, con todas las agitaciones que hemos sufrido; he estado muy mala, y no me ha sido posible ocuparme de esas cosas. Creia que.....

—Por Dios, me dijo Gontran interrumpiéndome con impaciencia, os vuelvo á decir que no os echo nada en cara, mi querida amiga..... Tan solo siento que ni vos ni yo hayamos pensado en los reparos indispensables de esta casa. Ahora no hay ya que pensar en ello... Gracias á esta maldita revolucion, no se puede viajar por parte alguna, no se puede ir á los baños. Quizá dentro de quince dias esté ardiendo la Europa. Paris debe estar insoportable. Es preciso resignarnos á quedar aquí. Por eso siento habernos establecido tan mal.

—Por vos sobre todo es por lo que me contrista esa falta de comodidad, amigo mio..... En cuanto á mí, me contemplo tan feliz por estar aquí con vos, que siempre me hallaré bien.

—Sois mil veces buena, querida mia. Tambien me tengo por muy feliz en partir esta soledad con vos; comprendo todos los motivos que os hacen tan estimable esta morada..... Pero esto no es una razon para pasar sin tapices y sin persianas, pues no las veo en ventana alguna, y este castillo parece un farol.

Lo siento, amigo mio, pero tranquilizáos, hallaremos medio de remediarlo, haciendo venir algunos obreros de Vendome..... Yo me encargo de cuidar y acelerar los trabajos. Por amor propio, quiero que Maran sea para vos la mejor habitacion del mundo; solo os exijo un poco de indulgencia por mis esfuerzos.

—Trabajadores!..... exclamó él con impaciencia, no nos faltaba mas que eso..... No hay cosa mas insoportable que los trabajadores..... y sin embargo, será menester conformarse..... Ah!..... esto va á ser muy divertido..... tendré con ello una gran distraccion!

—Gontran, dije muy contristada por el mal humor de mi marido; no exageremos quizá lo arruinado de nuestro castillo..... no hemos visto mas que esta galería.

Se puede juzgar perfectamente del resto por la muestra; esta es la pieza de honor..... el salon de recibir. Se vé que el administrador ha acumulado aquí todo lo espléndido de la casa, añadió echándose á reir como violentado.—Vamos, mi querida amiga, inspeccionad vuestra morada..... y tratad de sacar de ella el mejor partido posible esperando á los obreros..... puesto que es preciso conformarse con esta molestia. En cuanto á mí, voy á ver las cuadras; apuesto algo á que no tienen pesebres ni nada, y yo que acabo justamente de traer de Inglaterra una docena de caballos! Esto es muy agradable..... En verdad, no sé en qué piensan vuestros agentes que han dejado esta casa en semejante estado de ruina.

—Estoy disgustada por ello, amigo mio..... os suplico..... no os enojeis..... dadme vuestras órdenes, las haré ejecutar de la mejor gana del mundo.

Mi resignacion enterneció sin duda á Mr. de Lanery, sintió mi impaciencia, y me dijo apaciguándose:

—Lo repito, no os acuso, mi querida amiga, no tenéis la culpa de ello, pero si las cuadras son malas, no me será muy agradable, porque durante los cinco ó seis mortales meses que vamos á pasar aquí, no tendré mas placer que mis caballos y la caza..... A propósito, ¿distamos mucho de Vendome?.....

—Seis ú ocho leguas... segun creo... amigo mio.

—Tanto mejor, eso es muy cómodo para las provisiones de carne: no tendremos que esperar la marea; no nos falta mas para tener unas comidas detestables. No sé, en verdad, como vuestra familia se conforma á vivir aquí.

—Mi padre habitó muy poco en Maran, amigo mio... mi madre pasó en él algun tiempo, y bien sabeis que nosotras las mugeres nos contentamos con poco.

—A vos toca..... mi querida amiga, alimentaros con sueños y fantasias: en cuanto á mí, os declaro, que en el campo me vuelvo muy positivo y muy material; pido por

ello un millon de perdones á vuestra exaltacion romancesca; pero cuando no se tiene otro placer que la mesa, es, creo, permitido, que la comida sea buena. Me obligareis mucho si os entendeis con vuestro mayordomo, para hallar medios de proveernos lo mejor posible; tendré si fuese preciso, un carro cubierto y dos caballos listos para que vayan á Vendome por las provisiones; porque yo, que no vivo de abstracciones, estoy por lo sólido..... pero voy á las cuadras.

Se fué Gontran.

Tal fué nuestra primera conversacion, cuando llegamos al castillo de Maran.



---

## XXVI.

### LA VIDA DEL CASTILLO.

---

Algun tiempo despues de haber llegado á Maran, me sentí débil, mala; estuve atacada á veces por espacio de una hora de una enfermedad desconocida.

Pronto reconocí que me habia formado una grande ilusion, esperando que Gontran volveria á ser para mí lo que habia sido durante el primer mes de nuestro matrimonio; su carácter se agriaba en la soledad. No obstante, la vida que pasaba parecia agradarle.

A veces, en presencia mia, parecia estar pensativo, absorto; ya creia que pensaba en Ursula, ya que sentia á pesar suyo las desazones que su indiferencia me causaba.

Si lo interrumpia en medio de sus reflexiones, me respondia con aspereza, ó se levantaba impaciente sin decirme una palabra, como si lo hubiese distraido de un dulce y caro sueño.

Lo que sin embargo me daba algunas veces un rayo

de esperanza, era el cambio repentino de mi marido respecto á mí. La tibieza me hubiera asustado mas, y hubiera sido mas natural.

Fué un dia fatal aquel en que me convencí de que Gontran no me tenia ya amor; desde luego no creyó necesario guardar conmigo aquellas formas buenas de sociedad, aquellas consideraciones que todos los hombres deben á toda muger, aunque sea la suya.

Desde aquel momento se acabaron los obsequios, nada de aquellos desahogos de corazon, nada que probase en el deseo ó necesidad de agradarme.

Es preciso decir algunas palabras sobre la nueva vida que pensaba Gontran.

Despues de estar en Maran, hizo venir los perros y los caballos de caza de Inglaterra. Habia arrendado uno de los bosques del estado que lindaba con nuestra propiedad, cazaba tres veces á la semana á la carrera, tres veces á tiro. Descansaba el Domingo, era el solo dia que pasaba á mi lado.

Habitualmente, salia despues de almorzar, no lo volvía á ver hasta la tarde cuando venia de cazar. Nos sentábamos á la mesa, comia bien, me hablaba poco, bebia mucho, y lo confesaré, ay! era preciso algunas veces que uno de mis criados lo llevase á su habitacion que estaba contigua á la mia.

Siempre habia visto á mi marido muy primoroso, muy elegante quizá con exceso; solo conmigo no se cuidaba de ello. No parecia vivir sino para cazar y para comer bien.

Qué vergüenza! Qué profanacion! En cuanto á mi, no era ya para él sino una de las condiciones de su vida tosca y sensual.

Sufri largo tiempo en silencio este abandono, este cambio en sus modales, que al menos hasta entonces habian sido siempre perfectos.

Esta existencia solitaria sobre la cual habia yo fundado tantas esperanzas, se pasaba para mí triste, marchita y descolorida.

Segun mi costumbre, concentraba mi pena hasta que desbordase; llegó el dia en que no pude sufrir mas.



Era un sábado, habia hecho un viento récio casi todo el dia; sin duda la caceria de Gontran habia sido mala, porque, por la tarde, cuando volvió al castillo, sus picadores no tocaron sus sonatas de costumbre.

Sabia yo por experiencia que estos dias tenia mi marido mal humor; iba temerosa á verlo; mi corazon se oprimió cuando oí resonar sus gruesas botas con espuelas en las lozas de la escalera.

—¿No ha sido buena vuestra caceria, amigo mio? le dije:

—No; estoy molido, me dijo, y entró en una salita que yo preferia porque la habia ocupado mi madre:

Mr. de Lancry se echó sobre un canapé, como inquieto y disgustado, sin decirme una sola palabra.

Viéndolo así con sus vestidos llenos de lodo, su barba larga, sus cabellos desordenados, que salian de su gorrilla, apenas podia reconocer á aquel á quien siempre habia visto vestido con tanto aseo y elegancia.

—Tirad de la campanilla, querida mia, que nos den de comer lo mas pronto posible, pues tengo hambre, dijo Gontran volviéndose en el canapé, arrimando despues un alzapié de tapicería y poniendo en él las botas cubiertas de fango.

—Ah! exclamé corriendo á él, dejad por favor ese alzapié, pues lo bordó mi madre, tomad otro taburete, os lo suplico.

Gontran se encogió de hombros, tomó otra silla, y me dijo:

—Por Dios! que sois singular en vuestras afecciones. ¿Qué tiene que ver con la memoria de vuestra madre que yo ponga ó nó los piés en esa silla?

—Me sorprendo, amigo mio, de que no comprendáis el culto de lo pasado..... es á veces el consuelo de los dias presentes.

—Ah! si vais á comenzar á echarla de metafísica sentimental..... renuncio á ello..... la vida que paso es poco á propósito para desarrollar la inteligencia.....

—En efecto, de algun tiempo á esta parte, Gontran,

haceis segun creo, mucho mas que pensais.

—Gracias á Dios! siempre habia pensado en pasar algunos meses de vida material, en la cual la *parte animal*, como se dice, tomase la superioridad. Pues bien, esta vida la estoy pasando, y me hallo muy bien en ella..... No hay superfluidad de adorno, de elegancia y primor de tocador, que no haya dejado valientemente á un lado. Yo era un verdadero sibarita; heme aquí, á estas horas, hecho un verdadero espartano, un oso, un rústico. A fé mia que me encuentro mas cómodo en ser gusano algun tiempo..... de estas tierras, hasta que llegue el momento de transformarse de nuevo en brillante mariposa..... Pero llamaid, os lo suplico, quiero decir á Herberto (así se llamaba nuestro mayordomo) que ponga á enfriar en nieve una botella de vino añejo del Rhin..... ¡y que escelente es el que teneis aquí! es de Joanisber como ambar..... ¿de donde le traian este vino á vuestro padre?

—Me parece, amigo mio, haber oido decir á Mad. de Maran que el emperador de Austria se lo regaló cuando estavo de enviado en Viena.

—A fé mia tuvo razon vuestro padre en olvidar este vino aquí, porque es escelente.

Tiré de la campanilla, mi marido dió sus órdenes, bostezó y me dijo:

—Tocad en vuestro piano la obertura del sitio de Corinto, mientras nos preparan la comida.

Miré á Gontran con disgusto.

No se acordaba sin duda que esa era la ópera que se ejecutaba cuando por primera vez me hallé con él en el palco de los gentiles hombres de cámara.

Si no lo habia olvidado, su peticion era un amargo sarcasmo.

Mis ojos se bañaron de lágrimas á pesar mio, y le dije:

—Perdonadme, amigo mio, no sabré tocar esa pieza.

—¿Es porque os lo suplico? Vamos, ea..... haced lo que quisiéreis, tocadme entonces otra. Os pido esto para matar el tiempo esperando la hora de comer.

—¿Para matar el tiempo?.... ¿Os pesa ahora, Gontran?

—¿A mí? no del todo..... lo mato con el menor trabajo del mundo..... nunca se me ha pasado mas pronto. No tenia idea de esta buena y material existencia de caballero de lugar, la encuentro adorable. No sé si continuara divirtiéndome mucho tiempo; pero hasta el presente, estoy encantado, la caza es para mí una verdadera pasion. El encargado de mis provisiones es excelente..... Con él, de cada diez piezas, cojo una..... Tengo un famoso tirador. Tomás es un cocinero perfecto. Gracias á algunas mejoras, las cuerdas están ahora muy habitables; estamos casi bien cómodos en este antiguo castillo; vos siempre estáis linda como un ángel, ¿cómo quereis que el tiempo se pase?

Mi marido me hablaba con tanta sinceridad, con tanto descuido, que me pareció consideraba que su conducta era tan sencilla, tan natural, que no sospechaba el disgusto que me causaba.

Este pensamiento endulzó la pena de mis reprensiones.

Miré á Gontran atentamente; le dije algo conmovida:

—¿Y á mí..... Gontran, me creéis feliz?

Medio echado sobre el canapé, me respondió dándose negligentemente con su látigo en las botas:

—¿Vos? os creo á fé mía muy feliz, tan feliz como podeis serlo con ese carácter del diablo..... ¿Qué os falta?

—Nada, teneis razon Gontran..... Os veo por la mañana á la hora del desayuno..... luego por la tarde en la mesa..... algunas veces una hora ó dos el Domingo..... cuando me haceis poner en limpio vuestro libro de caza.

—Y bien; ¿qué mas quereis? Es preciso por ventura, que esté continuamente á vuestro lado? Creedme, esos eternos solos pronto os causarían un aburrimiento mortal.

—Os habia pedido, amigo mio, pasear á caballo con vos; así os podría acompañar algunas veces en la caza.

—Vaya! vaya! sois muy medrosa, mi querida amiga; y además no hay cosa mas engorrosa que una muger en la

caza; ella no goza placer alguno é impide que lo disfruten los demás. Si tuviese alguno á quien confiaros..... en hora buena; pero no tenemos un vecino educado, y además vos no quereis ver á nadie; sois una solitaria de las mas huerañas.

—Seria para mí un gran placer pasear á caballo con vos, amigo mio, pero solamente con vos.....

—Entonces, como os lo he dicho, es imposible..... Sois extravagante, mi pobre Matilde..... Nunca quereis sino las cosas fuera de razon.

—Es justo, no hablemos mas de ello..... Soy la mas feliz de las mugeres..... Mi felicidad debe serme suficiente, y llevé el pañuelo á los ojos.

Para Gontran eran muy naturales y muy poco ofensivas las respuestas que acababa de darme.

Pareció tan sorprendido como disgustado de verme llorar.

—¿A qué viene eso? me dijo impacientado. ¿Estamos hablando tranquilamente, y llorais? Pero por qué? ¿Queréis representarme una escena?

—¿Una escena? no, Gontran, no tengo nada que decir, porque desde que llegamos á Maran, no os apercibo del contraste que existe entre la vida que pasamos y la que pasábamos en Chantilly.

—Ah! ya estamos!..... Chantilly, otra vez Chantilly, siempre Chantilly. No teneis mas que esta palabra en la boca como una acusacion. Sabed que hablándome así siempre de aquel tiempo, concluireis por hacerme tomar entre ojos aquella hechicera luna de miel.

Y añadió riéndose de este chiste:

—¿Qué quereis, amiga mia?

Luna de miel: vivió..... lo que viven las lunas de miel. No son versos, pero este pensamiento.... es lo mismo.

—Ah! Gontran..... no digáis blasfemias contra los felices recuerdos que me quedan.

—Pues bien! entonces no me repitáis siempre la misma cosa, sino os castigaré del mismo modo..... racionémos como buenos amigos sin enfadarnos..... ¿Creeis que

me casé para pasar mi vida á vuestros piés, para arrullarlos? Nunca estais contenta. Si estamos en la gran sociedad, sois celosa, si vivimos solos, no tienen fin vuestras exigencias. Esto llega á hacer perder la paciencia..... al fin; dijo no pudiendo contenerse mas.

—Gontran, no teneis piedad..... olvidais que he sufrido ya mucho por vos, y que tengo derecho á que se me contemple.

—Ah! Dios mio! Dios mio! exclamó Gontran; que carácter! ¿Es esa otra recriminacion? vamos, decidlo francamente. ¿Habeis sufrido mucho? Si lo decis por Lugarto no teneis razon.

—No tengo razon!

—Ciertamente; no puedo menos de repetiros lo que os dije en otro tiempo á este respecto. Si hubiéseis tenido un poco de habilidad, de sagacidad, con algunas condescendencias afectuosas, nos hubiérais desembarazado de él sin comprometeros como lo hicisteis.

—Sin comprometerme! ¿es culpa mia?.....

—No importa! sea por vuestra culpa ó no, habeis estado comprometida, y yo, tarde ó temprano, seré ridiculizado.

—Yo seria despreciada!.....

—¿Señora, creeis que pueda serme agradable cuando estemos de vuelta en Paris ser señalado con el dedo, como un marido burlado?..... Pero en verdad, continuó encolerizado, es preciso que esteis loca, loca rematada..... para entablar semejantes discusiones..... Mirad, dejémos esto..... haréis que os diga alguna cosa dura, prorrumpiréis en acusaciones, en sollozos, y quiero que comais tranquila y comer yo tambien.

—Eso que decís es horrible, repuse despues de un momento de estupor, me acusais á mí!..... á mí, que soy víctima de todas las calumnias de ese hombre. Vamos, Gontran, no sé que suerte me amenaza en lo venidero..... pero por esta tarde, tranquilizáos, no prorrumpiré en sollozos, podreis comer tranquilo; he llorado ya tanto, que mis lágrimas se agotan. La desgracia me ha hecho racional. No os

vituperaré, sería inútil; solo quiero sepais que sufro, que estoy resignada..... pero que soy insensible á vuestra indiferencia.

—Vamos, hablad, dijo Mr. de Lancry, levantándose bruscamente y andando á paso largo. He hecho todo lo que he podido para que la conversacion fuese de burlas, no podré librarme de una escena. Esta mañana he hecho mala cacería, el fin del dia será digno del principio. Vamos, decid..... concluyamos..... Sabed, no obstante, que no tengo mas que un deseo; el de vivir con descanso y veros feliz.....

—Os doy gracias porque quereis escucharme, Gontran. Pues bien! es muy cruel para mí ver que desde que estamos aquí, no habeis dicho una palabra cariñosa, una palabra que salga del corazon, vivís á mi lado como si no existiese.

—Pero en nombre del cielo! ¿qué es lo que significa toda esa monserga? ¿Qué quereis pues que os diga? Si tanto apeteceis galanterias, inspirádmelas.

—Teneis razon. Hace mucho tiempo que estoy penetrada de esta verdad; *se merece aquello que se inspira*. A pesar de vuestra aspereza, os amo siempre; mereceis este amor.

—Entonces, sed razonable; pues que ni vos ni yo podemos nada en contra lo que es, me dijo Gontran con menos cólera. Luego añadió:

En verdad, Matilde..... vuestro carácter romancesco, exaltado, os hará la mas desgraciada de las mugeres; sed razonable. Os lo he dicho cien veces, no se cansan las gentes para conjugar perpétuamente y por todos los tonos el verbo amar; se casan para tener una casa, una asistencia mas cómoda; se casan para vivir sin sujecion de ninguna clase todo el tiempo que uno está con su muger; es claro que si se casasen para continuar sus obsequios, para decir requiebros, sería lo mismo que quedarse solteros.

—Gontran..... Gontran..... qué desengaño!

—Algun dia me dareis las gracias porque he hecho justicia á esos vanos desvaríos; es preciso saber ser severo

algunas veces; este es el papel que tenemos que representar nosotros los hombres..... nosotros que estamos destinados á llegar á ser padres de familia; á nosotros nos toca hablar el lenguaje de la razon, y decidido lo hablaré..... Oh! desde luego, estoy muy decidido á no dejaros ninguna ilusion; una vez destruidas, vereis como os colocais perfectamente bien en la realidad que os quedará.

—Eso es verdad, Gontran, destruidas una vez todas mis ilusiones, me colocaré perfectamente en la realidad, que me quedará, como decís, será la eternidad.

—Vamos, amenazas de muerte ahora! qué cosa tan alegre! qué conversacion tan agradable!.... ¿Y luego os quejareis de hallarme áspero y desapacible? Vengo á casa; en lugar de veros agradable, alegre, feliz, os hallo triste y sombría; confesad al ménos que esto no es á propósito para ser amable.

—Es verdad, mi alma está desolada.... no puedo ocultároslo ya por mas tiempo, dije con bastante pena, porque el tono burlon, irónico que Gontran afectaba, me haria aun mas que su aspereza. No hay nada que impaciente mas, añadí, que ver caer las lágrimas, que se hacen derramar... Pero esa no es culpa mia..... no puedo como en otro tiempo sonreirme á cada golpe.

—Pues bien, sea así, me resigné á veros siempre llorar; ¿qué quereis que le haga? ¿Puedo impedirós que os tengáis por la mas desgraciada de las mugeres?

—Gontran, sed justo por Dios..... Vamos, cual es mi vida. ¿Que sois para mí?.... ó mas bien ¿qué soy yo para vos? Buenos días, buenas noches..... Mi cacería ha sido buena ó mala..... Tocadme tal cancion en el piano..... Haced que se escriba á mis arrendatarios que están atrasados... Esta no obstante es mi vida, Gontran, quereis que os divierta, que esté alegre, que me ria.... Es posible eso? Ay... vuestra bondad, vuestro amor es.....

—En fin, ya está la comida, dijo Gontran oyendo la campana, quiero mejor irme á sentar á la mesa que responderos, porque concluiréis por hacerme salir de quicio, y lo

sentiria; discutir con vos sobre este asunto es batirse con los molinos de viento.

Nos avisaron que la mesa estaba lista.

—Venís? me dijo Gontran.

—Dispensadme, amigo mio, no tengo ganas, estoy mala.

—Esto es muy agradable, y sobre todo de un excelente efecto para nuestros criados, me dijo Gontran. Como gustéis..... mi querida amiga.....

Se fué á sentar á la mesa.

Despues de haberse ido mi marido, me fuí á mi habitacion y me eché á llorar.

Nada habia podido enternecerlo; estaba cierta de ello. Ni aun sospechaba la estencion de los disgustos que me causaba. En mis quejas no veia sino una exaltacion vaga, romancesca; habia perdido para siempre toda esperanza de que se compadeciese de mí.

A pesar de su egoismo, de su opinion, no hubiera sido insensible del todo á mis penas si las hubiese comprendido.

—«Si no os hablo el tierno lenguaje de otro tiempo, es porque no me lo inspirais ya,» me habia respondido.

Esta era una de aquellas revelaciones que se interponian entre mí y la esperanza como un muro de bronce.

En mi abatimiento no supe que responder; apenas tenia diez y ocho años..... y delante de mí, la vida..... la vida entera.

Esta conversacion con Gontran, acababa de herirme de tal manera, que me sentia en un raro acceso de franqueza respecto á mí misma.

De esta conviccion nace que Gontran podia aun, si quisiese, hacerme feliz como en otro tiempo.

Esta última esperanza bastaba para mantener, para avivar este fatal amor. Una mezcla de orgullo y de desconfianza me persuadian de que era todavia capaz de inspirar á Gontran la adorable terneza que habia sentido, pero que me faltaba *destreza de corazon*, si decirse puede.



De esta suerte me esplicó las pasiones indomables que sobreviven en las mugeres á los desdenes mas bárbaros.

Quise intentar la última prueba, y ver hasta qué punto estaba enamorado Gontran.

Algunas veces pensando en el afecto de Mr. de Mortagne, habia tambien pensado en Mr. de Rohegune, en su afecto tan ardiente..... La severidad misma de estos recuerdos me probaban cuan poco culpables eran.

A los ojos de la razon, de la equidad, no habia punto de comparacion entre Mr. de Lancry y Mr. de Rohegune en cuanto á los datos esenciales, y lo mismo en cuanto al papel que cada uno de ellos hacia en el mundo.

Los amores que es preciso escusar diciendo que la *passion es ciega*, son casi siempre amores poco dignos; persistiendo en adorar á un hombre de quien sufría desprecios, insultos, era, lo conozeo, culpable de uno de esos *amores sin nombre*.



---

## XXVII.

### UNA BUENA OBRA.

---

Las reflexiones que hice despues de aquella triste conversacion con mi marido, no fueron estériles; pensé que quizá la falta de una ocupacion interesante, me hacia tan susceptible, tan imprecionable.

Renuncié para siempre y con amargas lágrimas, lo confieso, á la conviccion de que mi amor podia ser la sola, la constante ocupacion de mi vida.

Luego fué mas léjos: de resultas de mi costumbre de acusarme para acusar á Gontran, me eché en cara haber hasta entonces concentrado mi existencia en su cariño; me dije á mi misma que Dios me castigaba.

Desde que me ocurrió este pensamiento, me salvé; lo pasado me pareció bajo un aspecto enteramente nuevo, comprendí que la exageracion de mis sentimientos romancesco habia debido disgustar á Gontran. Comprendi que una mujer tenia en la tierra otra mision que cumplir que amar á

su marido, ó mas bien que ardiendo por un ser único y adorado, el amor inmenso de nuestro corazon debia lanzar generosos reflejos sobre todos los que sufren..... lo mismo que nuestra religion por ser la única que ha creado los mundos, debe manifestarse por nuestra bondad y por nuestra piedad para con todos.....

El dia en que este pensamiento me habia iluminado como una revelacion, esperé con impaciencia la vuelta de Gontran.

Sin duda mi fisonomia manifestaba mi alegria, mis esperanzas, porque al verme me dijo:

—Teneis la cara muy alegre.....

—Amigo mio, he hecho hoy un precioso descubrimiento.

—¿Cómo?

—He descubierto que teniais razon en reñirme, que yo no la tenia en ser exagerada, romancesca, como me echásteis en cara; en una palabra, que mi amor hácia vos estaba mal empleado; he descubierto en fin que no bastaba decir: Gontran, soy digna de vos, sino que era menester probaroslo de otro modo que con pretestos.

—¿Qué quereis decir, Matilde?

—Sí..... mis quejas continuas debian impacientaros, no me quejaré mas en lo sucesivo, no me vereis triste, melancólica; cuando volváis, estaré siempre, como hoy, alegre, feliz.

—Tanto mejor, mil veces mejor; ¿por qué razon cambiareis así?

—Oh! tengo grandes proyectos.

—¿Grandes proyectos que harán que seáis feliz y estéis alegre?

—Vamos, pronto ¿qué cosa es esa?

—¿Conoceis el castillo chico?..... (era una cosa grande que dependia del castillo de Maran, y que lindaba con tierras del comun; en tiempo de mi abuelo, se alojaba en ella á los huéspedes, cuando no habia sitio en el castillo.) ¿Habeis visto bien el castillo pequeño? dije á Gontran. Es del todo inútil.

—¿Cómo inútil? Allí es donde tengo mi perrera, mi guarnes, y donde se alojan mis criados de caza.....

—Cuando sepais para lo que destino el castillo chico, dije sonriéndome, estoy segura de que convendreis conmigo en que vuestra perrera, vuestro guarnes y vuestros criados pueden establecerse en el castillo grande, una parte del cual está desocupada.

Mr. de Lancry me miró con sorpresa y me dijo:

—Cómo!..... ¿pensáis desalojar á mis criados del castillo chico?..... esto es una chanza.

—No por cierto, os lo aseguro.....

—Vamos, vamos, no hablemos mas de eso, mi querida amiga, es imposible poder colocar mi perrera en otra parte en el castillo chico; el jardín que depende de él está cercado, y es excelente para desahogo de los perros chicos y para las perras preñadas. La antigua perrera es húmeda y no tiene mas que un corralillo oscuro, bien veis que no hay que pensar en ese cambio.

—Sabed, amigo mio, que casi estoy contenta de que tengais á ese castillo chico para vuestras diversiones, pues vuestra parte será mas meritoria que la mia en la buena obra que medito, porque habreis hecho un corto sacrificio, y yo nó.

Me pareció que mi marido se habia sorprendido mucho.

—Una buena obra..... un sacrificio..... Ah, ya! mi querida amiga, no me hableis mas en enigmas, ¿qué significa todo esto?

—Esto significa que tengo una excelente idea, por lo cual vais desde luego á darme las gracias; quiero fundar en el castillo chico una escuela para niñas, en el piso bajo; en el primer cuerpo haré poner algunas camas para mugeres pobres enfermas. Tres ó cuatro buenas hermanas serán suficientes para este pequeño establecimiento, que estará bajo mi vigilancia, y que nos valdrá las bendiciones de todos los infelices del pais; yo misma daré leccion á las niñas, tendrán la mitad del jardín para jugar, y la otra mitad para los pobres convalecientes. Y bien! ¿direis ahora que vuestros perros estarán mal en el departamento de la familia?

Mr. de Lancry soltó una gran carcajada que me desconcertó, y me dijo interrumpiéndose para reír de nuevo:

—Encuentro, en verdad, esta idea muy original, ni hay sino vos, mi querida amiga, para tenerlas semejantes.....

—Cómo!.....

—Ay! ya, ¿imagináis que vaya á cargarme aquí con un hato de mendigos y de niños, para tener la cabeza aturdida con la gritería de las muchachas y la vista incómoda con las viejas enfermas?

—Pero, amigo mio, el castillo chico está léjos de aquí, y no se puede ver ni oír.

—Vamos, vamos, sois una niña mimada..... una loquilla, me dijo mi marido con una sangre fria burlesca que me traspasó el corazón. No hablemos mas de esa niñería. Cómo! ¿por el placer de jugar á la maestra de escuela y á la hermana de caridad, podeis pensar seriamente en desalojar mis criados y mis perros que se hallan allí perfectamente?

Pero, amigo mio.....

Veamos, querida, como se os pueden ocurrir esos proyectos. Decídmelo francamente.

—¿Cómo, Gontran? dije sintiendo que me iban á brotar las lágrimas, porque estaba agena de esperar semejante acojida y tales sarcasmos; voy á deciros como me ha ocurrido esto. He reconocido que teníais razon, que debia hacer otra cosa que hablaros sin cesar de mi cariño, he sentido que era casi una impiedad no pensar sino en el amor que os tengo, y que, sin amaros, menos debia hacer todo el bien que pudiese. He pensado que esto seria además un medio de engrandecer mi afecto; porque el deseo de parecer aun mas digna de vos, es lo que me ha inspirado esta resolución..... He aquí como me ha ocurrido esta idea, Gontran.

—Sin duda el objeto es muy laudable, mi querida amiga, comprendo que teneis necesidad de distraeros. Pero os confieso que hay otras cosas que preferirian á los planes, aunque deba sacar una parte del provecho de esas buenas obras, á que me asociáis tan generosamente. Aquí entre nos-

otros, soy muy servidor de vuestras intenciones filantrópicas, pero mas adelante buscaré otro medio de procurar mi salvacion.

—Pero, amigo mio.....

—Vamos, os lo suplico, Matilde, no hablemos mas de esto. Si tuviéseis otro carácter, creeria que os chanceábais. Hablo sériamente, Gontran, y sériamente os suplico que me concedais lo que os pido.

—¿Y sériamente, Matilde, pretendéis burlaros de mí?

—¿Gontran, qué lenguaje, qué acojida, y por qué? Porque os suplico que os asociéis á mi para una obra buena y útil.

Mr. de Lancry se encogió de hombros algo impaciente, y me dijo con aspereza.

—He hecho todo lo que he podido para no ver sino una chanza en esa ocurrencia; pero, puesto que me forzais á hablaros claramente, os diré por última vez que lo que me pedis es imposible. Me entendéis, completa y absolutamente imposible. Creo que esto es bien claro, y que evitareis volver á hablar sobre este asunto.

Por la primera vez de mi vida me sublevé contra la voluntad de Mr. de Lancry; le dije con mucha firmeza: siento mucho no estar de acuerdo con vos en este asunto, amigo mio; pero este proyecto es practicable, deseo mucho que se ejecute y se ejecutará.

Mi marido me miró con aire mas sorprendido que iritado, y me dijo sonriéndose irónicamente:

—¿Soy el dueño ó nó?

—Sois el amo, amigo mio; no me opongo á vuestros gustos; por favor, dejadme la misma libertad.

—Qué diantre! qué lejos vais! Cómo! que os deje en libertad de malgastar ocho ó diez mil francos al año, y aun mas, por un capricho que os pasa por la cabeza, porque no sabeis en que gastos os meteria esa bella manía de caridad que tan súbitamente os ocurre..... Pero mirad, solo por responderos parezco un loco.

—Si la cuestion del dinero es lo que os llama la aten-

cion, no os cuideis de ello; ahorraré de lo que me dais mensualmente, y.....

—Nada de eso, mi querida amiga, quiero que os vistais con la elegancia que corresponde á nuestros bienes y á nuestra posición. Veamos francamente; ¿creeis que por dejaros enseñar el A, B, C, á las muchachas, ó para daros el beneplácito de proveer de drogas á las ancianas, toleraria que os vistais con una ridicula mezquindad? Vamos.... mi querida Matilde..... quiero que se diga que Mad. de Lancry es una de las mugeres mas elegantes de Paris; vos sois uno de mis lujos mas encantadores.....

Habia tanto egoismo, tanta sequedad en las objeciones que me hizo mi marido, habia tan poca compasion hácia el piadoso y noble sentimiento á que yo obedecia, que me indigné.

Por primera vez, pensé que despues de todo estaba en mi casa, en la casa de mi padre, y que sin cometer una injusticia podia muy bien querer gastar en buenas obras una parte bien mínima del caudal que mi marido disipaba en prodigalidades.

Respondí pues á Mr. de Lancry, despues de un largo silencio:

—Me dispensareis de no ser de vuestra opinion en esto de la escuela y de.....

Gontran encolerizado dió una patada en el suelo, no me dejó continuar, y dijo:

—Todavía! todavía! Despues de todo lo que os he dicho! Vaya! ¿habeis jurado sacarme fuera de quicio? No me habeis escuchado: os digo que no quiero, que no quiero!... ¿Cuántas veces será menester que os lo repita?

No me pude contener mas y exclamé:

—Pues bien!.... yo lo quiero.

—Lo quereis! esto es nuevo. Dios me perdone, decís que lo quereis.

—Si, porque al fin estoy cansada de sufrir y de resignarme siempre. Este lenguaje es nuevo. Os sorprende, lo

concibo, Gontran; pero esta vez no cederé; lo que pido es justo, es razonable, y lo obtendré.

—Ah! ah!..... vos! ¿vos lo obtendreis? ¿Y cómo será eso? decidmelo si gustais. Veamos, por qué medio. ¿A quien acudiréis para forzarme á hacer lo que no quiero? Vamos, responded..... Antes de llegar á esos extremos, á esas amenazas, os habeis asegurado de los medios de conseguir vuestro objeto; os lo digo otra vez, responded.

Me amedrenté..... no hayé qué contestar á mi marido..... No solo me espantaba una cuestion con él, sino que me parecia imposible. Mi instinto me decia que la ley, que las costumbres, daban la razon á Mr. de Lancry contra mí.

Antes de renunciar á esta esperanza, quise intentar el último esfuerzo, dirigiéndome al corazon, á la generosidad de Gontran.

—Sin duda alguna, no pue lo forzaros á hacer lo que deseo, amigo mio; pero no puedo pedirlo como una gracia..... No tomeis á mal las palabras que voy á deciros, pero vuestra negativa me obligaba á hablaros así, y añadí temblando y sonrojándome de vergüenza.

—Esta casa pertenecia á mi padre, y.....

—Si esa es una manera indirecta de hacerme conocer que habeis traído al matrimonio una gran parte del caudal que poseemos, respondió Gontran con la mayor sangre fria, la reconvencion es delicada y de buen gusto seguramente; pero me llama la atencion un poco. Lo esperaba hace algun tiempo, esto debia suceder un dia ú otro, es el refran habitual de las mugeres cuando un marido prudente y firme se opone á caprichos. Pues bien! señora, que esta casa haya ó no pertenecido á vuestro padre, que el caudal que tenemos haya venido por vuestra parte y no por la mia, no importa una vez por todas; acordaos bien que estamos casados, de tal suerte que me habeis dado tales poderes; que á mí solo, entendeis, á mí solo pertenece la administracion de estos bienes, yo solo autorizo ó nó los gastos que hayais de hacer; os pido mil perdones de haber entrado en estos pormenores de gobierno, mas espero que esto una vez bien entendido os evitarán á vos el desagrado de pedir en adelante



cosas imposibles, y á mí el disgusto de negáros las. En verdad, si no pusiese órden, haria un lindo empleo de vuestros bienes..... Ahora seis meses queriais comprar una casa en Chantilly, bajo pretesto de que habiamos pasado allí algunos dias felices.

—Ah! Gontran, dije no pudiendo contener mis lágrimas por mas tiempo; mirad, esto es doloroso, os habeis hecho inhumano! Al menos en otro tiempo, á vuestras asperezas sucedian tal cual vez la ternura y la bondad, al menos os compadeciais del mal que me causábais..... Pero ahora, nada, nada, ni una palabra de consuelo..... Ay! lo comprendo, en otro tiempo érais desgraciado, el porvenir os inquietaba; tambien sabiais entonces lo que era sinsabor y eso os hacia ser mejor.

—Reprensiones, siempre reprensiones! dijo Gontran levantando los ojos al cielo.

Su voz me pareció menos amenazadora, creia haberle conmovido.

—Gontran, dije, quizá mis acusaciones son amargas... Sin embargo, sed justo; á parte de aquellos dias rápidos de felicidad, decid, decid..... no he sido muy desgraciada.... Pensad en mi infancia, en mi juventud tan triste y tan llena de penas. Mirad, no os pido mas que una cosa; olvidad lo que soy para vos, consideradme solamente como una estraña, y decid, decid..... si no os muevo á compasion.

Y me senté en un sillón, ocultando la cabeza entre las manos, no pudiendo hablar una palabra.

—Vamos, veremos, calmaos, me dijo Mr. de Lanery acercándose y sentándose á mi lado. Sois una loquilla; tenéis un carácter tan exaltado, que todo lo exageráis..... Porque por vuestro interés me niego á sancionar vuestros proyectos estravagantes..... vamos..... generosos si quereis..... pero inejecutables..... os encolerizáis..... poneis las cosas en lo peor.

—Si supiéseis de resultas de que pensamientos he llegado á desear fundar esta buena obra, dije á Gontran, comprenderiais porque insistia sobre este asunto.

—Lo comprendo todo, mi querida amiga. Pero vamos, hablemos en razon. Vais á gastar mucho, mucho dinero para establecer vuestra escuela y vuestro hospital..... Es una noble y piadosa distraccion la que quereis proporcionarnos, ¿pero es racional, tambien humano, acostumbrar á los pobres á gozar de beneficios que pueden ser tan efimeros?

—Os aseguro, amigo mio, que nunca me cansaré de hacer bien.

—Hay sin embargo mil circunstancias en que esto os seria imposible. Por ejemplo, para no citaros mas que una, no seria nada raro que vendiese esta tierra un dia ú otro.

—Vender esta tierra..... Dios mio! ¿Y por qué?

—Vale mas de un millon y no me rinde veinte mil libras de renta líquida, la casa es incómoda, las tierras estan divididas; en suma, esta es una mansion muy desapacible; ahora bien, vendiendo á Maran en un millon y colocado el dinero en los fondos del Estado ó en el banco de Francia, nos produciria cincuenta mil libras de renta en lugar de veinte que apenas nos rinde esta tierra.

—Todas esas quiméricas ventajas no equivalen al sacrificio de treinta mil libras de renta, convenid en ello.

—Niña, dijo Gontran con compasion burlona, vos no entendeis nada de negocios; nunca son muchas las rentas; no sabeis lo que cuesta una casa, y por otra parte, quiero que este invierno en Paris recibamos mucha gente y con magnificencia; trato de probar que la revolucion de Julio no nos ha abatido como se cree.

Pero sériamente, amigo, no penseis en vender á Maran. Os suplico no hagais eso; tengo tanto cariño á este castillo.

—Por eso convendrá deshacernos de él antes que os aficionéis mas.

—Pero, amigo mio, yo no queria.....

—¿Volvemos á empezar otra vez nuestras contiendas? Escuchad la razon..... ¿Cuántas veces he de deciros que la ley me dá absolutamente, escuchais, absolutamente, el manejo y administracion de vuestros bienes, que puedo vender, comprar, como me parezca? Si lo creo útil á nuestro in-

terés vender esta tierra, la venderé..... y estoy tan próximo á convencerme de ello, que no puedo consentir en dejaros fundar aquí establecimientos de beneficencia que apenas podrian durar seis meses..... Sabido ya esto, os dejo; voy á ver como han comido mis perros, porque hoy ha sido muy dura la caceria.

Se fué Mr. de Lancry, dejándome sola.



---

## XXVIII.

EMMA.

---

Lo que me habia dicho mi marido sobre de vender á Maran y aumentar sus gastos me espantaba, conocia que no podia combatir en nada su voluntad. Me acordé de las advertencias de Mad. de Richeville y Mr. de Mortagne, acerca de la prodigalidad de Mr. de Lancry: temblé al pensar que nuestros bienes estaban completamente á su disposicion. Su repulsa de concederme lo que pedia para fundar un asilo de caridad me disgustó mucho; pero no me desanimé, no pudiendo hacer el bien en una escala tan grande, resolví socorrer como mejor pudiese á los infelices que encontrase, buscando en el cumplimiento de estos piadosos deberes una distraccion á mi tristeza.

Mi pobre Blondeau sirvió de mucho; por las noticias que me dió pude consolar á algunos enfermos. Dios me recompensó; mi tristeza de amarga y punzante se tornó en melancólica y contemplativa. Sentia una especie de calma

y de reposo; me consolaba del trato áspero ó de la indiferencia de mi marido pensando en las lágrimas que me habian merecido algunos beneficios. Me complacía en asociar á Gontran á estas obras de caridad. Daba siempre en su nombre, y sentia una grata conmocion al oirnos confundir, en una comun bendicion.

Así pasaron muchos dias, mi marido pasaba siempre la misma vida, y parecia no reparar en el cambio que se habia efectuado en mí; solamente me dijo una vez:

—Veo con gusto que habeis renunciado á vuestras locuras; habeis tenido razon, mientras mas examino esta tierra, mas me convenzo de hacer un gran negocio desembarazándonos de ella.

Tenia ya adquirida la suficiente esperiencia del carácter de Gontran, para no tratar de luchar contra su voluntad, sabiendo que no tenia medio alguno para hacerle cambiar. No respondí otra cosa sino que él era dueño de obrar segun mejor le pareciese; pero escribí á Mr. de Mortagne para prevenirle esta resolución, y preguntarle si podia oponerme á ella. Hacia cerca de dos meses que nos habiamos separado de Ursula. Una mañana, despues de haber salido mi marido para cazar, recibí por el correo una carta de Rouvray. Mr. de Secherin me anunciaba que, fiel á la promesa que me habia hecho, Ursula llegaria dentro de muy poco con él á Maran, á fin de pasar algunos dias á nuestro lado. Su fábrica iba muy bien, y su primer oficial lo reemplazaria perfectamente durante su ausencia. Mr. de Secherin no habia querido ceder á Ursula el placer de escribirme y de causarme esta sorpresa. Algunas palabras de mi prima escritas al pié de la carta, me repetian lo que decia su marido sobre este asunto.

Leí la carta dos veces; no podia creer á mis ojos nada; sin embargo, era mas natural en la apariencia: veinte veces habia convenido con Ursula en que vendria á pasar algun tiempo conmigo; pero entonces la tenia aun por mi amiga y hermana.

Me acordé de aquellas palabras que cogí durante la

conversacion de Ursula y Gontran, que habian tan vivamente escitado mis celos.

Temblé al pensar que mi prima viviendo con nosotros, habia de ver á mi marido todos los dias. Me persuadí que habia convenido con Gontran este viage á Maran. Mi primera intencion fué escribir á Mad. de Secherin que ibamos á dejar nuestra tierra, y que no podiamos recibirla. Pero no me atreví á tomar esta determinacion sin prevenirselo á mi marido. Me resigné á esperar que volviese de la caza.

Ay! con estos nuevos sentimientos de celos sentia los dos meses que acababa de pasar. Los disgustos que en ellos habia sufrido, no eran nada para los que me estaban reservados, si mi prima venia á Maran.

En medio de estas reflexiones, oí de repente ruido de caballos de posta; entró un coche en el pátio del castillo, pensé que Ursula para quitarme toda ocasion de repulsa habia quizá querido llegar al mismo tiempo que su carta, y corrí á la ventana..... ¡Cual fué mi sorpresa al ver á Mad. de Richeville bajar del coche con una jóven que no conocia!

Por la primera vez, me agradó ver á la duquesa; me pareció que el cielo me enviaba una amiga en el momento en que me era mas necesaria. La esperiencia me habia probado que viniendo en otro tiempo á advertirme cuales eran los defectos de Gontran, habia querido prestarme un servicio inmenso. Pensé que, en la posicion difícil en que me colocaba la próxima llegada de Ursula, los consejos de la amiga de Mr. de Mortagne podian servirme mucho. Iba á salir de la sala para bajar al eneuentro de Mad. de Richeville, cuando entró.

La hallé tan cambiada despues de los tres meses que no la habia visto, que no pude reprimir un movimiento de sorpresa. Lo conoció y me dijo con su graciosa y agradable sonrisa:

—Apenas me conoceis, ¿no es así? Oh! es porque he padecido mucho. Pero hablemos de vos, de vos, me dijo cogiendo mis manos entre las suyas; Maran no estaba muy

lejos de mi camino, he hecho un rodeo para veros de paso... ¿Y Mr. de Lancry, dónde está?

—Cazando, señora, por todo el día, dije á Mad. de Richeville.

Sin duda por el acento, por la mirada que acompañaron á estas palabras, la duquesa comprendió que yo me tenía por afortunada de poder en esta ocasión hablar algún tiempo con ella, y que tenía alguna confianza que hacerle; meneó tristemente la cabeza y me miró con una expresión de tierno interés. Pero reflexionando que no estaba sola, me dijo señalándome á la jóven que la acompañaba:

—Permitidme que os presente á la señorita Emma de Lostanges..... mi..... parienta, añadió Mad. de Richeville despues de titubear un momento.

No habia aun examinado á aquella jóven. Quedé pasmada de admiracion. Aunque apenas tenia catorce años, representaba diez y seis á causa de su talle esvelto y elegante. Tenia bellos ojos, hermosa nariz, su boca era perfectísima, su frente de marfil y sus mejillas de una sonrosada blancura, estaban cercadas de hermosos cabellos rubios rizados, y tan espesos que á pesar de su finura, formaban en la cabeza de Emma una enorme trenza hecha rodete.

Esta interesante figura realizaba el ideal de la belleza antigua. A pesar de la poca edad de la señorita de Lostanges, sus facciones, su conjunto le daban una apariencia de candor sério, de gravedad amable, de noble serenidad que imponia y encantaba al mismo tiempo. Su modo de mirar, sobre todo..... tenia una expresión de mansedumbre angelical que, á pesar mio, me hizo asomar las lágrimas.....

Ay! ay!..... pobre Emma! mis tristes presentimientos no me engañaban..... Los seres tan completamente dotados que se les creeria de una esencia superior á la nuestra, tienen solo aquellas miradas que reflejan, por decirlo así, de antemano los gozos celestiales, del seno de los cuales son algunas veces arrebatados muy pronto. Dios no deja

por largo tiempo sus ángeles entre los hombres.

Emma... Emma, amiga mia. Oh! tú, mi verdadera hermana, tú me ves, me escuchas. Oh! tú que has pasado como una aparicion divina y santa en la vida de los que te han querido.....

Me llamó tanto la atencion la belleza de la señorita de Lostanges, que volviéndome á Mad. de Richeville no pude menos de decirle á media voz.

Dios mio! qué hermosa es! qué hermosa es!

Emma me oyó, bajó sus hermosos párpados, y se sonrojó.

—¿Es verdad? me respondió involuntariamente Mad. de Richeville con aire de orgullo. Despues me miró como inquieta, su cara pálida y enflaquecida se enrojeció al mismo tiempo. Algunos instantes despues me dijo:

—¿Está aquí nuestra buena Blondeau?

—Si, sin duda.

—Pues bien! me hareis el favor de hacerla llamar; desearia hablar con vos; mientras tanto, le confiaria á Emma para que le enseñase vuestro parque, dicen que es muy gracioso.

Tiré de la campanilla, envié á llamar á Blondeau, se llevó á la señorita de Lostanges, á la cual no pudo dejar ir Mad. de Richeville sin darle un beso en la frente.

—Ah! pobre desgraciada niña! exclamó Mad. de Richeville así que estuvimos solas..... todo lo he sabido: vuestro esposo debia dinero á aquel infame Lugarto, que abusó de la dependencia en que se hallaba Mr. de Lancry respecto á él, para comprometeros horrorosamente, hubo un duelo..... en que fué herido este miserable.

Estas palabras de Mad. de Richeville me probaron que no sabia el vergonzoso comportamiento de Gontran, ni de las escenas de la casa aislada. Agradecí la discrecion de Mr. de Mortagne, me hubiera sido muy penoso abochornarme por mi marido.

—Así es, señora; Mr. de Lugarto nos hizo todo el mal que pudo, pero gracias á Dios, á estas horas se halla fuera



de Francia. Pero, vos misma ¿no teneis tambien motivo para quejaros de él?

—Me hizo sufrir el mayor dolor que he tenido en mi vida.

—Señora; perdonadme..... perdonadme..... ¿El interés que tomáis por mí ha sido quizá la causa de su ódio contra vos?

—¿Por qué os lo he de negar, pobre niña?.... es verdad..... sabia la grande amistad que me unia á Mr. de Mortagne, y necesariamente á vos. Quiso alejarme, y privaros de una amiga en el momento en que mas la necesitábais.

—Y quizá me habeis acusado..... á mí, causa involuntaria de vuestros disgustos.....

No, no, Matilde; era tan desgraciada, que por el contrario, me reprendí de no haber sino muy raras veces pensado en vos en medio de la desgracia que me affigia..... Lo veis, Matilde; no soy sino mi sombra..... He sufrido tanto, he llorado tanto!

—No me atrevo á preguntaros... que es lo que ha causado esa pena horrorosa.

—Escuchad, Matilde... Ojalá que pueda esta prueba de completa confianza que voy á daros..... provocar la vuestra. En vuestra palidéz... en vuestra triste y dolorosa sonrisa... lo veo, Matilde... Matilde... no sois feliz.....

Me callé; corrió una lágrima por mis mejillas.

Mad. de Richeville juntó fuertemente las manos, alzó los ojos al cielo, y me miró meneando la cabeza como diciéndome: Ay! ¿no os habia prevenido?

Despues de algunos momentos de silencio, continuó:

—Mirad; hay en vos, pobre niña, no sé que encanto interesante que inspira una extrema confianza..... Antes de vuestro casamiento, os hice una declaracion triste..... confiaba en que aquella confesion, por humillante que fuese para mí, sirviera por decirlo así, de garantia á los consejos, á los avisos que acababa de daros..... Sucedió lo que debia suceder, Matilde... Vuestro corazon estaba apasionadamente prendado... no me creisteis..... no podiais creer

me. Esta no es una reconvencion, al contrario, es una excusa que doy á una ceguedad de que yo misma he participado..... Confiándoos lo que voy á deciros, Matilde..... espero ser esta vez mas dichosa..... No me ocultareis vuestras penas... podré seros útil.

—Ah! señora..... cuán culpable he sido en otro tiempo, cuán cruel con vos, dije conmovida por las palabras de Mad. de Richeville. Me dijo esta:

—Cruel conmigo..... no..... sino con vos misma, niña desgraciada..... Vamos, ánimo, no desesperéis. Lo veis..... ahora soy yo la que os consuela, la que os hace esperar.

—Esperar! dije suspirando.

La duquesa cogió tiernamente mis manos entre las suyas.

—Sí, esperar..... mis consejos os dieron derecho á ello; pero para que sean eficaces, es menester que lo sepa todo... Comienzo..... mi ejemplo os decidirá.

—No dudeis de ello, señora. En cuanto os vi llegar, di gracias á Dios porque me enviaba..... una amiga..... ¿Puedo decirlo?

—Sí, oh! sí, decid, decid á una madre..... porque las penas me han envejecido, y mi corazon os ama mas que nunca..... escuchadme..... En aquel baile de mañana de la embajada de Inglaterra, Mr. de Lugarto me dijo estas palabras: ¿hace mucho tiempo que la señorita Albin fué al pueblo de Bory, á casa del arrendatario Anselmo en Anjou? No me detengo explicaros como este hombre habia descubierto un secreto de la mayor importancia para mí..... con aquella revelacion imprevista quedé pasmada. Mr. de Lugarto me pidió una entrevista para el dia siguiente. Se la concedí; tenia gran deseo en saber hasta que punto estaba ese hombre instruido de un secreto que yo creia tener bien guardado. Mr. de Lugarto vino á verme. «Haceis criar una niña bajo el nombre de Emma de Lostanges,» me dijo. Esto era verdad..... Perdí el color..... «La señorita de Albin está encargada de su educacion.» Tambien era cierto..... «Esta jóven hace un mes que está en el campo, en Anjou, en casa del arrendador Anselmo.» Era tambien

verdad..... «Sé quien es la madre, quien es el padre de esa jóven,» añadió, luego despues de haber gozado un instante de mi susto, lentamente estas últimas palabras con expresion de triunfo infernal: «Esa jóven está á la muerte hace tres dias..... á estas horas quizá no exista.» Salió en seguida diciendo: «Trataré siempre como encarnizados enemigos míos á los que sean amigos de Mortagne, Rochegune y Matilde. Ahora que sé el misterio del nacimiento de Emma, sabed como me vengaré..... Mi primer pensamiento al salir de la especie de anonadamiento á que me habia reducido aquella revelacion, fué pedir caballos..... Sali para Anjou la tarde misma. Aquel demonio no me habia engañado, Emma estaba moribunda.

—Gran Dios! señora!

—Mr. de Lugarto habia sabido por la señorita Albín, miserable criatura á quien habia ganado con el oro, habia sabido, digo, el mal estado de la infeliz Emma, se habia servido de esta horrible noticia para alejarme de Paris, pues podia perjudicar á sus pérfidos proyectos acerca de vos, y mi presencia al lado de Emma debía servir de prueba á su denuncia. Sus perfidias estaban bien calculadas; lloraba yo á la cabecera de Emma cuando mi marido llegó. Estábamos separados tácitamente desde muchos años: la conducta de Mr. de Richeville en esta ocasion os lo hará conocer.—Esta jóven es hija vuestra, me dijo.—Ay! en el momento de ver bajar á aquel ángel al sepulcro, yo, desolada por la desesperacion, por los remordimientos de una falta que el cielo castigaba tan terriblemente, no osé, no quise mentir.

—Cómo! exclamé interrumpiendo á Mad. de Richeville, Emma!

—Emma..... es mi hija, me respondió la duquesa bajando los ojos con confusion.

—No pude contener un movimiento que Mad. de Richeville temó por reprehension, y se dió prisa á decir.

—Oh! no me condeneis antes de haberme escuchado. Sin duda he sido culpable, muy culpable, pero si supiéseis, os lo diré todo, y me compadecereis, estoy segura de ello. Despues de aquella confesion, Mr. de Richeville me dijo en

la cabecera de la cama de aquella niña moribunda: «He «disipado todos mis bienes; os quedan cien mil libras de «renta, dadme la mitad, ó sino entablo demanda de divor- «cio, hay un escándalo horrible, tengo todas las cartas que «prueban que la señorita de Lostanges es hija vuestra, que «nació durante mi viage á Italia..... No es esto todo, tam- «bien tengo todas las cartas que habeis escrito á Mr. de «Lancry.....»

—Ah! señora, dije sonrojándome. Mr. de Lugarto es quien, abusando de su influjo sobre mi marido, lo obligaria á entregarle las cartas.

—No lo dudo, creo á Mr. de Lancry incapaz de haber cometido voluntariamente semejante infamia. ¿Qué os he de decir, Matilde? trastornada, medio loca por el dolor, asustada con la amenaza de un proceso que me deshonoraria, de un proceso que iba á entregar á los sarcasmos del mundo una memoria sagrada para mí..... la del padre de Emma.....

—No existe ya, señora?

—No, hace seis años..... que murió, dijo Mad. de Richeville llevándose las manos á la frente con una dolorosa agitacion. Continuó:

En presencia de tantas razones que me hacian temer el escándalo con que me amenazaba Mr. de Richeville, si no ejecutaba su voluntad, accedí á todo..... Como hombre de prevision, añadió la duquesa con amarga sonrisa, habia llevado consigo uno de sus agentes de negocios; los documentos estaban preparados. Allí, junto al lecho de mi hija, firmé el abandono de la mitad de mis bienes. En cambio de esta donacion, las cartas de Mr. de Lancry y que se referian al nacimiento de Emma, me fueron entregadas; gracias al cielo, al presente mi marido no tiene armas contra mí.

—Oh! eso es muy triste! esclamé; junto á un lecho de muerte..... ir á imponer semejantes condiciones!

—Os acabo de hacer, Matilde, me dijo la duquesa de Richeville, la confesion de las dos graves faltas que he cometido.... se me han achacado bastantes aventuras, y sin embargo, por ese Dios soberanamente bueno que me ha

vuelto mi hija, os lo juro, Matilde..... nunca he dado motivo á las calumnias con que me han abrumado. Yo no pretendo negar mis faltas, son inmensas..... Pero si supiéseis que casada á los diez y seis años..... con Mr. de Richeville, fui algunos meses despues de mi union sacrificada desdñosa, brutalmente, ¡qué desgracia, Dios mio! Durante cuatro años, las adulaciones que me prodigaban en el mundo bastaron para consolarme del abandono de mi marido; durante estos cuatro años de embriaguéz ó mas bien el aturdimiento, dejó dormido un corazon; no amaba á nadie, pero no conocia un momento de fastidio; poco á poco me cansé de estas fiestas, de esta existencia vacia y ruidosa. Mi marido habia partido para Italia, donde permaneció dos años; estaba sola, libre; una melancolia profunda se apoderó de mi. Por primera vez, las diversiones del mundo no me satisfacian. Que os diré Matilde..... en aquella época encontré en el mundo al padre de Emma. Largo tiempo he combatido un amor violento, me hizo olvidar mis deberes. Si alguna falta podia ser escusada, ennoblecida por el valor del que la hacia cometer, mi amor era excusable; el que yo amaba reunia las mas raras cualidades y encantos. Esta pasion profunda duró seis años, casi desconocida al mundo, porque pasaba la mayor parte de este tiempo en una de mis tierras. La muerte se llevó al que habia amado tanto... despues de este doloroso golpe, pasé muchos años en estrañas alternativas, ya queriendo luchar contra la pena que me devoraba, me entregaba con ardor á todos los placeres; acogia con una especie de coqueteria distraida, inocente, os lo juro; pero mil veces mas comprometida que muchas faltas, acogia, digo, á todos..... porque mi corazon siempre estaba frio y muerto á las emociones del amor, cuando aquellos hombres cuyos obsequios habia recibido con tanta indiferencia, se creian amados, me pedian alguna prueba de afecto sério, apenas los comprendia, creia salir de un sueño, sus pretensiones me indignaban. Su despecho, su ódio al verse engañados en las esperanzas que habia desgraciadamente animado, fomentaban las abominables calumnias de que era victima y las que habeis oido á Mad. de

Míran hacer tan crueles alusiones..... Entonces viéndome atacada injustamente, indignada de la malignidad del mundo, buscaba un refugio en la oracion; no pudiendo sentir nada sin exageracion, me dedicaba á las austeridades mas rigurosas, me ponía un cilicio, vivía meses enteros en la mas retirada soledad, pero en vano pedia el reposo; Dios no me oía, veía la impiedad en aquellas oraciones desesperadas, violentas, en aquellas veleidades de religion á que no me dedicaba sino como un acceso y como por vengarme de las maledicencias que mis ligerezas habian provocado; despues de tantas luchas, despues de tantos amargos desencaños, quise buscar mi último consuelo en el amor, ó mas bien esperaba revivir lo pasado, aquel tiempo que me habia sido tan caro. Ay! esta fué mi gran falta, creí neciamente que se podia amar dos veces. En lugar de conservar en mi corazon una memoria preciosa y sagrada, blasfemé aquel primero y único amor!.... Parodiando sus arrojios, sus afectos, sus entusiasmos, amé ó mas bien creí amar á Mr. de Lanery, bien pronto conocí mi error, vertí amargas lágrimas por esta nueva falta tan inútil para mi felicidad; no quiero justificar la odiosa conducta de Mr. de Lanery para conmigo, Matilde, pero quizá conoció la tibieza de mi afecto, aunque le manifestaba un cariño sin límites, cada dia reconocia con gran tristeza que no se ama sino una vez; aun cuando un segundo amor hubiese tenido la vivacidad del primero, no seria nunca sino una repeticion, un reflejo, un eco. Despues de haber roto con Mr. de Lanery, última y fatal prueba, volví al mundo sin interés, pensando de continuo en mi hija, que los miramientos no me permitian tener á mi lado; entonces supe la enfermedad de Emma, una muger en la cual tenia confianza, la señorita Albin, á cuyo cuidado la habia puesto, fué corrompida por las ofertas de Mr. de Lugarto.

—Qué infamia!

—Le vendió la correspondencia que habia mantenido con ella, y todos los documentos relativos al nacimiento de Emma, que le habia confiado, no habiendo los frecuentes viages de Mr. de Mortagne permitido á este escelente ima-

go encargarse de aquel depósito. Así que mi marido arrancó mi confesion, en la cabecera de mi hija moribunda, hice voto, si Dios se dignaba volverla á la vida, abandonar para siempre el mundo y pasar el resto de mis dias en un retiro que tuviese todos los caracteres de la vida religiosa. Dios tuvo piedad de mí, salvó á Emma; despues de aquel voto no puedo ponderaros de cuanta calma disfruto..... Mi existencia va en lo sucesivo á pasar entre mi hija y el ejercicio de esta religion, cuya infinita dulzura empiezo á comprender.....

Ved cuán culpable he sido..... He sido demasiado culpable para tener derecho á semejante felicidad, añadió Mad. de Richeville suspirando profundamente.

—Ah! no creiais eso, señora, Dios perdona tanto al arrepentido!

—El os oiga, Matilde!

—¿Dónde vais ahora, señora?

—A Paris, me retiraré al convento del Sagrado Corazon, donde voy á llevar á Emma. Allí viviré en lo sucesivo. Cuando Emma esté en edad de casarse, suplicaré á Mr. de Mortagne, á vos, Matilde, á vos que conoceis el triste secreto de su nacimiento, que busqueis un hombre bastante generoso, para no hacer á la pobre niña responsable de la falta de su madre. Le cederé el resto de mis bienes reservando una módica pension, consagraré mi vida en lo sucesivo á la espiacion de mis errores, y Dios oirá quizá..... los votos que haré por la felicidad de mi hija.

Habia en las palabras, en la confesion de Mad. de Richeville tanta sencillez, anunciaba una resolucion tan firme y tan sincera, que me conmoví mucho.

Estaba tan enternecida de verla tan hermosa, tan jóven, porque apenas tenia de treinta á treinta y cinco años, irse á un retiro y renunciar al mundo donde todavia podia brillar con tantas ventajas.

—Ah! señora, le dije, ¿cómo Dios no ha de tener piedad de vos y os ha de perdonar?

—Ha sido ya tan misericordioso volviéndome á mi hi-

ja, dotándola tan bien, porque no teneis idea de las adorables cualidades de esta niña; si supiéseis qué corazón, qué alma, qué talento!.... No, el amor de madre no me ciega... dijo la duquesa sin poder contener sus lágrimas, es imposible encontrar mas bondad, unida á mas nobleza, á mas rectitud, y una sensibilidad tan expansiva, tan verdadera..... Mirad, su alma se lee en su cara angelical, y..... pero perdonad..... perdonad, dispensad á una pobre madre; pero hallo tan raras veces ocasion de decir *mi hija*, que abuso.....

—Ah! le dije, podeis creerlo, señora: tened entendido que comprendo cuán penosa debe seros esa violencia.

—Si..... oh! muy penosa, Matilde, sobre todo cuando estoy sola con Emma, aunque la colmo de caricias, aunque me ama tiernamente, ¡ay! no sabe..... no sabrá nunca que soy su madre..... Me parece que si lo supiese me habia de amar de otra manera, su voz tendria otro acento, sus ojos otro modo de mirar: no soy para ella mas que una parienta á quien ha visto raras veces..... ¡Qué seria pues, si supiese que era su madre!.... Algunas veces estoy á punto de confesarlo todo, pero me contiene la vergüenza... Nunca me espondré á sonrojarme delante de ese ángel. Pero perdonad, os lo repito, Matilde, que os hable tanto de mí..... ya sabeis mi vida, imitaréis mi confianza..... Ahora hablemos de vos..... os lo suplico..... no me oculteis nada. Creedme, la experiencia de la desgracia madura la razon, mis consejos podrán seros útiles.

Despues de un momento de perplejidad, conté á Mad. de Richeville todos los motivos que habia tenido para estar celosa de Ursula; mis sospechas sobre su amistad con Mr. de Chopinelle, lo que habia sorprendido de su conversacion con mi marido, y en fin, mis recelos de la próxima llegada de mi prima.

Mad. de Richeville me dijo:

—Matilde, amais muy apasionadamente á vuestro marido..... tanto mejor, un amor como el vuestro es una cosa santa y noble; sin duda se padece, pero el corazón está satisfecho, y este ardor febril é inquieto vale mas que el va-



cío y la nada. Vuestra prima me parece muy peligrosa. En otro tiempo Mad. de Maran os encomiaba siempre á costa de Ursula con una malignidad muy bien calculada. Sabia que las mugeres de aquel carácter no olvidaban nada, que en ellas las heridas del orgullo son incurables. Ursula querrá vengarse á su vez de las humillaciones de su infancia, de las ridiculeces de su marido, de las de su primer amante.... La fatalidad ha querido que fuéseis testigo de muchas escenas de que tiene que abochornarse; no lo olvidará nunca... Miradla pues como vuestra mas mortal enemiga. Habeis sido demasiado buena para ella.

Los malvados no perdonan el bien que se les hace.

—Y ella, no obstante, va á venir á protestarme su hipócrita amistad. Nunca, oh! nunca lo sufriré.

—Matilde, conoceis el carácter intratable de vuestro marido; si quiere que recibais á vuestra prima, os vereis obligada á obedecerle.

—Oh! nunca, nunca.

—Pobre niña ¿qué hareis?

—Suplicaré á Gontran, verá mis lágrimas, tendrá piedad de mí, porque estoy segura de ello, si viene aquí, caeré enferma.

—Mr. de Lancry no tendrá piedad, Matilde, porque creo como vos que quizá este viage ha sido convenido entre él y Ursula.

—¿Creeis que él la ama?

—Como puede amarla..... Despues de lo que me habeis dicho, no dudo de que vuestra prima haya usado con él de una coquetería estremada y provocativa, se pon dran de acuerdo y á no ser por la casualidad que os hizo oír algunas palabras de su conversacion, vuestras sospechas no se hubieran despertado.

—Pero que he de hacer, Dios mio! ¿Qué he de hacer?

—Una vez ya aquí mi prima, señora, mi desgracia será cierta; Gontran no obsequiará mas que á ella, mi vida será un suplicio de todos los momentos.

—No creais eso. Por el contrario, si seguís mis consejos, Ursula no estará sino muy pocos dias en vuestra casa.

durante ese tiempo resistirá hasta los menores obsequios de vuestro marido.

—¿Qué decis, señora?

—Escuchadme, Matilde. Vuestra prima, esa muger tan melancólica, tan románesca, atiende, antes que todo, al influjo que ejerce sobre su marido. Para asegurar ese influjo nada omite, adula su vulgaridad, participa de ella, lo exagera, todo esto es muy sencillo. Ursula es orgullosa, codiciosa y pobre; abrumba á su marido de trabajo, á fin de estar luego en estado de pasar en Paris una vida opulenta. Que sepa mañana Mr. de Secherin que Ursula lo burla, mañana la abandona, Ursula se queda pobre, sin otro recurso que su dote. Ella se casó para ser rica, sacrificará mucho sino todo, por conservar esta fortuna.

—Ah! señora, su marido la ama tanto, es tan bueno, tan débil!

—Segun lo que me habeis dicho de él, es tan valiente como honrado y bueno, nunca transijen semejantes caracteres con el honor, y no descenden á bajezas aunque adoren á su muger. Desde el momento en que estuviere cierto de que ella lo deshonra, la abandonará; será atrozmente desgraciado, pero no la volverá á ver jamás.

—Me aconsejais pues que denuncie á Ursula, esclamé.

—Os aconsejo, hija mia, que espereis aquí á vuestra prima, y que le digais el mismo dia de su llegada con calma y firmeza: «Vuestro viage á Maran estaba concertado  
«con mi marido, no me burlais, os declaro que estoy deter-  
«minada á todo para alejaros de mi casa. No puedo impe-  
«dir á Mr. de Laucry que se deje seducir por vuestras co-  
«queterías, pero no sufriré que vengais á iusultarme aquí;  
«dominiais completamente á Mr. de Secherin, os será muy  
«fácil, en cinco ó seis dias, decidirlo á partir con el pretes-  
«to de que se ha enfriado vuestra amistad, de lo cual os da-  
«ré yo misma la ocasion. Si no accedeis, mañana me dirijo  
«á vuestro marido, y le declaro francamente que sin razon  
«ó con ella estoy celosa de vos, y que le suplico os lleve de  
«aquí. Ved pues si quereis concederme de buen grado lo

«que puedo obtener por otro medio.» Habladle así Matilde, añadió Mad. de Richeville, y os juro que no titubeará en irse, temerá con razon que una vez despertadas sus sospechas, pierde aquella ciega confianza que constituye toda la fuerza, toda la audacia y todo el porvenir de vuestra prima. Habia escuchado atentamente á Mad. de Richeville; lo que me acababa de decir me parecía exacto y verdadero. Mil circunstancias olvidadas viniéndome á la memoria, me probaron que la duquesa adivinaba perfectamente el carácter de Ursula. Solamente le confesaba que temia la seguridad descarada de que tantas pruebas me habia dado mi prima.

—Por eso, Matilde, os aconsejo sobre todo que nunca discutais con ella; no salgais de esto: «Idos de mi casa ú «os quito la máscara para con vuestro marido;» nada mas, nada mas.

—Ah! señora, esto es muy cruel.

—Matilde, nada de debilidad, perderíais todo.

—Ay! señora, si Gontran no me ama ya... me sacrificará por cualquiera otra lo mismo que por Ursula, dije con decaecimiento.

—Mi pobre niña, siempre es preciso en la vida comenzar por asegurarse el reposo y toda la felicidad que se puede desear; Ursula alejada, estareis tranquila aquí hasta el invierno; esto será siempre alguna ganancia, ya de vuelta en Paris, si temeis aun sus coqueterias, recurrireis á las mismas amenazas... Concibo que vuestra generosidad se asusta de esto... pero no llegar á ese extremo..... Creedme, la amenaza que hareis á vuestra prima, será suficiente para hacerla renunciar á sus proyectos de seducion..... Temerá mucho volver á ser pobre por el abandono de su marido, para poneros en la necesidad de perderla... Las mugeres como ella son incapaces de un sacrificio, aun cuando se trate de sus malas pasiones.

Puso fin á esta conversacion Mad. de Blondeau, que entró con Emma.

Esta corrió á su madre y le dió abrazándola un hermoso ramillete de rosas. Vino á sentarse un momento á un canapé entre la duquesa y yo. Mad. de Richeville cogió

una mano de Emma en una de las suyas, y con la otra compuso los cabellos de su hija que el viento habia descompuesto un poco.

Mad. de Richeville no queria ver á Gontran, me dejó á la caída de la tarde. No habia recibido noticias de Mr. de Mortagne, y no habia respondido á la carta que le habia escrito para prevenirlo de la intencion que tenia mi marido de vender á Maran.

Sentí algunas inquietudes. Mad. de Richeville me prometió escribirme así que llegase á Paris, para tranquilizarme sobre este punto. Me encargó tambien la tuviese muy al corriente de lo que pasase en Maran despues que llegase Ursula, y que me acordase de sus consejos.

Me separé de esta escelente amiga con una opresion cruel de corazon.

Por la noche, cuando Gontran volvió de caza, le dije que habia estado á visitarme Mad. de Richeville.

Pareció muy indiferente. Le dí en seguida la carta de Mr. de Secherin, que anunciaba la próxima llegada de mi prima. Mr. de Lancry me respondió con mucha frialdad que le pareció bien, porque Ursula me haria compañía.

Cuatro ó cinco dias despues de mi conversacion con Mad. de Richeville, llegaron á Maran Mr. y Mad. de Secherin.



## XXIX.

### LAS DOS AMIGAS.

Ursula se arrojó á mi cuello y me abrazó con mucha cordialidad. Correspondí friamente á estos testimonios de amistad. Mi prima no advirtió ó fingió no advertir la tibieza con que la recibí.

Despues de los primeros cumplimientos, Mr. de Secherin me dijo con un suspiro, mirando á su muger:

—Y bien! prima, el dia despues de vuestra partida nos separamos de mamá, dejamos á Rouvray. Ay! no podeis figuraros, prima mia, lo que costó esto á mi muger. Tenia traspasada el alma, prueba su buen corazon, porque sin murmurar, mamá habia sido muy dura é injusta con ella. ¿Pero qué quereis? cuando á las personas de edad se les mete una cosa en la cabeza, no se les puede convencer.

—¿Vivís siempre á poca distancia de Rouvray, le dije, para poder ver á vuestra madre y vigilar vuestra fábrica?

—Si, prima, veo muy á menudo á mi madre, le vá muy bien, y como dice mi muger, estoy seguro que mamá está mejor, está mas libre, y nosotros tambien. Pero no ha querido recibir á Ursula; que quereis, tiene esa idea. Mi muger ha llorado mucho, paciencia; por fin, no importa, no se trata de eso, ahora mi fábrica marcha bien, segun mis cuentas tengo sesenta y ocho mil libras de rentas, y á fé mia, Ursula y yo queremos gozar un poco de la vida... ¿No sabeis nuestro proyecto?

No por cierto, querido primo.

—Amigo mio, dijo Ursula, vais á ser indiscreto, os suplico que.....

—Indiscreto con nuestra prima, exclamó Mr. de Secherin interrumpiendo á su muger, ¿es posible eso?

¿No es vuestra hermana, vuestra mejor amiga de la infancia? Y acercándose á mi oido me dijo muy bajo: veis, prima, le hablo de *vos*; no tuteo ya á mi muger; y siguió en tono alto: y por otra parte, estoy seguro de que lo que voy á proponer á nuestra prima le causará un verdadero placer como nos lo causa á nosotros. En una palabra, señora vizcondesa, cuando os casásteis nos propusisteis ceder-nos en Paris una parte en vuestra casa que no habitábais toda entera... Pues bien! aceptamos.....

Miré á Ursula con tanta sorpresa como admiracion; aparentó no comprenderme, y se sonrió mientras que Mr. de Secherin continuaba.

—¿Os acordais de lo que nos decíais, prima? venid á Paris, no formaremos mas que una familia, el invierno en Paris, el verano en Maran ó en Rouvray; bien! estos bellos proyectos que tanto os agradaban y á nosotros tambien... van á realizarse, no os dejaremos ya. Todos los años iré á ver á mamá, os dejaré á Ursula, he hecho preparar un apeadero en mi fábrica; ahora venimos á pedir os hospitalidad hasta que marchemos juntos á Paris. A fin de no perder el tiempo, ni tener mi dinero parado, tomaré interés en la casa de banco de unos de mis amigos, casa muy segura, pues que ha resistido á la revolucion de Julio..... esto me ocupará durante mi permanencia en Paris. Solo os

dejaré algun tiempo para hacer un corto viage. Se trata de una hacienda que me proponen y que quiero ver. Durante este tiempo, vos y Ursula convendreis en todo lo que fuese necesario para establecernos en Paris; tanto vale tenernos por inquilinos, ¿no es así, prima? Pero las mugeres no entienden de negocios, yo lo arreglaré todo con Mr. de Lancry. Y bien! prima, confesad que no esperábais esto... y que os hemos causado una sorpresa...

—Mr. de Secherin era poco perspicaz, y no advirtió mi espanto.

Mi posicion era muy penosa, pues cuando tenía una ciega confianza en la amistad de Ursula, le habia hecho esta proposicion, suplicándole que la aceptara.

Interpretando mi silencio á su manera, dijo Mr. de Secherin:

—Y bien! no lo esperábais! Estaba seguro, no nos creíais capaces de ello.

—En efecto, primo, estaba léjos de esperar.....

—¿Qué nos acordásemos de sus ofertas, mi buena Matilde?.... Ah! era hacer una injuria á mí y á mi marido tambien, dijo Ursula en tono de reprehension graciosa.

No queriendo chocar antes de haber tenido con ella la conversacion que deseaba, segun los consejos de Mad. de Richeville, respondí algo turbada.

—Sin duda esperaba esta buena fortuna, querido primo; pero no contaba fuese tan pronto, estoy sorprendida de lo que la habeis apresurado.

—Os creo prima, porque lo decís. Os conozco, no sois de las mugeres que dicen sí, cuando piensan que nó. Mamá me lo repetia siempre: «Mad de Lancry es la verdad, es el honor personificado; lo que dice es como una palabra del «Evangelio.» ¿No es así, Ursula?

—Sin duda, amigo mio; vuestra madre, al decir esto pensaba como yo.

—Es verdad..... Veis, prima no teneis amiga ¿qué es lo que digo? hermana mas cariñosa que mi muger. Siempre está con Matilde acá, Matilde allá. Sobre todo despues de

vuestro corto viaje á Rouvray, está endiablada por venir á vivir con vos. Juzgad que me sucederá á mí que no juro sino por vos, sin olvidar á mi primo Lancry. Ah! prima, según parece, los dos haceis un par. Habeis nacido para Mr. de Lancry y él ha nacido para vos..... Lo mismo que yo, sin vanidad, he nacido para Ursula, y Ursula para mí...

Pero tambien es muy cierto que los grandes señores se han hecho para las grandes señoras como vos, añadió Mr. de Secherin riéndose á carcajadas, y las lugareñas como Ursula para los buenos lugareños como yó.

—Primo, no soy de vuestro parecer; no hay ninguna diferencia entre Ursula y yo; somos parientas, dije, viendo que la conversacion tomaba un giro molesto, y que Mr. de Secherin heria profundamente el orgullo de su muger.

Desgraciadamente, cuando mi primo cogia una idea, era imposible distraerle, continuó:

—No me comprendéis, prima; no hablo del nacimiento, bien sé que la familia de mi muger es noble, y que yo no soy mas que un buen artesano; pero digo que vos y vuestro marido teneis alguna cosa superior, imponente, que ni yo ni mi Ursula tenemos, y por mi parte, estoy contento..... sí, contento. ¿Creeis que si mi muger hubiera tenido ese gran aire de princesa que teneis, la hubiera yo tutado el dia de mi boda? Ah! no, no me hubiera atrevido... Por el contrario, con su cara hechicera, de que cada dia estoy mas enamorado, me tranquilizó de tal modo que en seguida le dije: *tú*, y ella me contestó: *tú*, y al instante fuimos un par de amigos. En fin, entre vos y ella hay cierta diferencia, que.....

—No, dije á Mr. de Secherin, no trateis de darnos cuenta de la variedad de vuestras impresiones; contentáos con sentirlas. Amais apasionadamente á Ursula, por eso la tratais con confianza, porque hallais en ella, con razon, la gracia y el encanto que atrae, mientras que á mí me encontráis digna é imponente; en una palabra, le teneis amor, y aun una franca y sincera amistad..... Esta es la diferencia.

—Es un prodigio como dais la razon de todo, dijo



Mr. de Secherin. Ah! á propósito de cosas prodigiosas, continuó, voy á sorprenderos; soy un excelente jinete.

—¿Cómo?

—Es una prueba mas de cariño que me ha dado mi marido, dijo Ursula. Despues que te fuiste, querida Matilde, me mandó mi médico que hiciese ejercicio á caballo. Mr. de Secherin tuvo la bondad de hacer venir de Tours un maestro de equitacion, y aprendió al mismo tiempo que yo para poder acompañarme.

Me ocurrió al instante la idea de que Ursula habia aprendido á montar á caballo, con el fin de estando ya en Maran, proporcionarse ocasion de hablar á solas con mi marido, porque desde que llegamos aquí, siempre se habia opuesto Gont ran á que me dedicase á este ejercicio.

—Y no podeis imaginaros, continuó mi primo, con qué ardor, con qué valor aprendia Ursula. Lo que solo se le habia ordenado como medicina, llegó á ser un verdadero placer; montaba á caballo dos ó tres veces al dia en un prado de la fábrica que parecia hecho al propósito. Era tan atrevida, tan intrépida, que el picador dijo que no habia visto persona que tuviese iguales disposiciones.

—Amigo mio, exagerais, dijo Ursula con modestia.

—¿Exagero? pues bien! apuesto á que no hay caballo alguno de Mr. de Lancry que no pueda montar Ursula, dijo Mr. de Secherin; y, en cuanto á mí, no podré decir otro tanto..... ni vos, prima, porque no sois muy jinete, segun creo.....

—No, primo mio, pero seria muy imprudente que Ursula ensayase montar algunos de los caballos de Mr. de Lancry, pues ninguno ha sido enseñado para muger, y habria peligro en ello.

—Peligro!..... Ah! no la conoceis bien! ¿Peligro? Temme ella algo por ventura?.... Ah! si la viéseis que gentil está y que bien le sienta la amazona! qué buen cuerpo le hace! Con solo verla tengo la cabeza trastornada. Enseñarás tu amazona á nuestra prima, ¿no es verdad?

—Sabed, amigo mio, que se dice un vestido de montar y no una amazona, dijo Ursula sonriéndose.

—Es verdad, es verdad, me lo has dicho, lo habia olvidado. Oh! tu eres otra señorita de Maran. ¿No es así prima? Matilde no podrá estrañar esta pequeña enmienda, amigo mio, porque ella misma me ha recomendado que lo haga ¿es así hermana?

—Sí!!! sí!!! respondí con distraccion. Estaba incómoda, los celos, y, lo diré: la envidia me atormentaba. Veia ya á Ursula á caballo al lado de Gontran, coqueta, atrevida, impetuosa, y dando largos paseos, y yo!! yo sola. No, no, me dije á mí misma temblando de cólera, esto no sucederá. Es preciso que Ursula se vaya; seguiré los consejos de Mad. de Richeville.

En el momento en que estaba entregada á estos amargos pensamientos, dijo Ursula:

—Ya pronto es hora de comer, querida Matilde, ten la bondad de hacer que llamen á mi doncella..... para que nos lleven á la habitacion que debemos acupar.

—Ah! sí, y componte; has traído tan buenos vestidos; Figuraos, prima, dijo Mr. de Secherin, que trae tantas cajas y cartoneras que me ví obligado á comprar un carro cubierto en Tours para conducir todo el ajuar, inclusa Celestina. La señorita Celestina, quiero decir, una doncella, segun dicen, que mi muger ha hecho venir de Paris. Es verdad que peina á la perfeccion.

Estos preparativos de coqueteria de Ursula, aumentaron mis sospechas; no pude dejar de decirle con bastante aspereza:

—Dios mio! ¿por qué has hecho tantos preparativos? para venir á pasar algun tiempo con nosotros que no vemos á nadie..... Se diria que tienes grandes proyectos de conquista; no sé á quien quieres seducir aquí. Esto me dá mucha inquietud, añadí con voz alterada esforzándome para sonreirme.

Ursula no me respondió, pero se inclinó á Mr. de Secherin con un movimiento de cabeza lleno de coqueteria, y me dijo con el candor mas maravillosamente simulado.

—Quiero seducir á mi marido... no hay mas que esto. Mr. de Secherin no pudo resistir este ataque; cogió la

mano de mi prima, la besó tiernamente repetidas veces, y exclamó:

—¿Es linda y natural?.... prima, ¿lo es? Pero tiene razon. Olvidais vuestras lecciones cuando me deciais: «Querido primo, para su marido, sobre todo, debe una muger componerse, hacer gastos, y vice versa, un marido debe ataviarse, debe hacer gastos sobre todo para su muger.» Ah!.... ah!.... prima, no olvidamos vuestros consejos, vamos, tranquilizáos. Tambien voy á imitar á Ursula, y á pedir os permiso para ponerme para ella lo mas hermoso que pudiere..... porque desde que un marido se abandona, prueba que no ama á su muger, y cuando no ama á su muger.....

—Todo puede exagerarse, dije á Mr. de Secherin interrumpiéndole, porque Gontran podia volver de un momento á otro, y me hubiera humillado mucho que Ursula descubriese con qué desden me trataba mi marido algun tiempo hacia.

Continué:

—Hay cierta libertad que se conforma perfectamente con la vida del campo, el cuidado de componerse está entonces fuera de su lugar, es casi del mal gusto.

—Ah! Matilde!.... Matilde!.... dijo Ursula sonriéndose, mirate; qué elegancia!.... No te he visto nunca vestida con mas coqueteria...

No supe que responder. No queriendo omitir nada para reanimar el amor de Gontran, tanto en Maran como en Chantilly, no tenia sino un objeto, el de agradarle lo mas que pudiese, á pesar de sus desdenes.

En este momento oí abrirse una puerta; reconocí los pasos de Gontran, y me sonrojé de vergüenza.

Entró... cual fué mi sorpresa... Estaba vestido con una elegancia y un cuidado estremoso.

Estaba tan habituada á verlo con vestidos sucios, que apenas lo reconocí. Examiné atentamente á Ursula cuando entró mi marido, y observé que no tuvo variacion su semblante.

Gontran estaba de muy buen humor. Su cara, que en

dos meses apenas se habia sonreido conmigo, tomó la expresion graciosa que cuando queria le daba una seducion irresistible.

—Ursula y su marido nos dejaron un instante antes de comer.

No pude dejar de decir á Gontran:

Sabíais que Ursula habia llegado.

—¿Decís eso... porque he dejado mis vestidos de caza y no me los quito cuando estoy solo con vos?

—Sin duda, esta es una niñería, pero me parece que lo que haceis por una estraña.....

—Podria hacerlo por vos, ¿no es eso? me preguntó.

—Creo, amigo mio, que tengo tantos derechos como mi prima para ser tratada con miramiento.

—Permitidme, querida amiga, os haga observar que los miramientos ó atenciones no consisten en un vestido hecho de este modo ó del otro. Es muy sencillo que me vista con decencia para recibir á vuestra prima. No soy yo quien la ha convidado á venir aquí, sino vos; creo pues hacer una cosa que os agrade recibéndola bien, y teniendo con ella los miramientos y atenciones que todo hombre debe á una muger que tiene la honra de recibir en su casa.

—¿Ignorábais que Ursula debia venir aquí este otoño? pregunté á mi marido procurando leer en su fisonomia. Se mantuvo impassible y me respondió.

—Yo ignoraba completamente, pero celebro su venida. Su presencia os distraerá, y su marido es el mejor de los hombres... Pero ¿qué teneis? la llegada de vuestra amiga de la infancia no os produce la alegria que yo esperaba...

—Tengo razones para ello, amigo mio... Y temo que la permanencia de mi prima aquí no sea tan larga como ella espera.

—¿Los negocios de su marido la abreviarán sin duda? ¿Os ha prevenido algo?

—No... pero...

—¿Pero?... ¿qué quereis decir?

—Que suplicaré á Ursula que se vaya...

—Vos! ¿y por qué?

—Porque... porque...

—Y bien!

—Porque tengo motivos para temer su presencia.... porque... estoy celosa, Gontran!

—De vuestra prima! Ah! ya, estais loca, mi querida amiga!

—No estoy loca, Gontran..... El instinto de mi corazon no me engaña.

—Si es así, respondió Gontran, vais á hacer que me sea muy agradable su permanencia en Maran! Esta vision promete!.... Está visto, con vos no hay un momento de reposo. Qué carácter tan desgraciado teneis..... para vos y para los demás.

—Pero por Dios..... no es falta mia, si tengo sospechas..... si.....

—Pero os repito, vuestras sospechas no tienen sentido comun; reflexionad que es acusarme sin razon, atormentaros sin motivo.

—Es verdad! es verdad! Gontran, sed generoso! tranquilizadme..... tengo tanto sobresalto!

—Podre Matilde..... me dijo Gontran con afectuosa dignidad, no os hablaré de mi amor, quizá no me creerias, pero sabed que Mr. de Secherin, nuestro pariente, viene á vivir con nosotros, y que seria miserable si pensase en abusar tan bajamente de la hospitalidad que le ofrecemos.

Apreté la mano de Gontran entre las mias; estas sencillas y nobles palabras me reanimaron.

Volvieron Ursula y su marido. Me pareció mi prima tan linda, tan graciosa, sus ojos estaban tan amables y tan brillantes, su sonrisa era fina y agraciada, su cuerpo tan perfecto, que no pude menos de mirarme en un espejo que estaba en frente de mí para compararme con ella.

Ay! noté con dolor que estaba pálida, que mis facciones estaban cambiadas, marchitas, lánguidas, porque hacia algun tiempo que estaba mala, sentia una molestia, un descaecimiento doloroso que atribuia al disgusto y que se aumentaba sin cesar. Por primera vez, advertí que mi semblante habia perdido aquella primera flor de la juventud que

hacia tan hechiceras las facciones de Ursula.

La comida fué muy alegre, gracias á mi marido que estuvo muy jovial y gracioso. Ursula estaba muy mortificada, temia parecer muy alegre á mis ojos y perder su prestigio melancólico; por otra parte, sentia no mostrarse á Gontran bajo un aspecto mas brillante. Al fin de la comida, Mr. de Secherin volvió á su malhadada proposicion.

—Primo, dijo á Mr. de Lancry, sostenia ahora poco á Mad. de Lancry que mi muger era capaz de montar cualquiera de vuestros caballos.

—Cómo, señora, ¿montais á caballo? dijo Gontran con sorpresa. Es una buena fortuna para nosotros, y casi me atreveré á decir para vos, porque las inmediaciones de Maran son deliciosas, y me tengo por muy contento en poderos ofrecer esta distraccion.

—Pero, amigo mio, dije á mi marido, no teneis caballos de muger..... porque bien sabeis que nunca habeis querido permitirme que os acompañase á la caza. Y seria una gran imprudencia esponer á Ursula á.....

—Os he dicho ya que mi muger sabe montar á caballo muy bien, prima..... dijo Mr. de Secherin interrumpiéndome..... de dos meses acá no ha hecho otra cosa.

—Tiene razon Matilde, dijo Ursula con resignacion, será mas prudente abstenerme de este ejercicio.

—Debeis creer, señora, le dijo Gontran, que por nada del mundo querria esponeros á peligro alguno. Mad. de Lancry nunca ha montado á caballo; por prudencia, he debido privarme del placer de llevarla conmigo..... mientras que vos..... segun lo que me dice mi primo.....

—Os respondo de que mi muger os sorprenderá! dijo Mr. de Secherin. El picador de Tours no hacia tanto.

—Justamente tengo una yegua escelente muy mansa, dijo Mr. de Lancry; no la puede haber mejor para Mad. de Secherin, y si mi prima quiere concederme alguna confianza, no tendrá porque temer.

—Sin duda, tengo confianza en vos, primo, dijo Ursula algo perpleja, pero considerado bien todo, sentiria mucho

gozar de una diversion de que no pudiese participar Matilde.

—Qué niña sois, dijo Mr. de Secherin á su muger, porque Mad. de Lancry no monte á caballo, no os impedirá á vos que monteis. ¿No es verdad, prima?

—Veamos, querida Matilde, me dijo Gontran, vais á decidir esta grave cuestion en última instancia; vuestra gran sabiduria será el solo juez..... ¿Permitís ó no á Mad. de Secherin que monte á caballo? Tened cuidado..... si decís que no..... la privareis, y á mí tambien..... de un gran placer, os guardaremos los dos un rencor mortal, os lo prevengo.

—Será bien hecho, y me uniré á ellos, dijo Mr. de Secherin riéndose á carcajadas, porque habreis impedido á mi muger parecer en toda su belleza; nunca está mas linda que á caballo.

No podia objetar ninguna razon seria, y respondi tartamudeando.

—No me opongo á ello..... por prudencia hacia esta observacion á Ursula.

Tranquilizaos, no habrá peligro alguno, repuso mi marido, respondo de la mansedumbre de «Stella;» la puede montar un niño.

—Puesto que absolutamente lo quereis, Matilde, me dijo mi prima, lo haré, pero en verdad, tengo miedo de ser tan torpe.....

—En cuanto eso, prima, dijo Gontran sonriéndose, os desafio, y sea dicho sin adulacion, porque es imposible á ciertas personas no hacerlo todo con gracia y soltura. Si no encantan no es por falta suya.

—¿Y cuando es esa bella partida? preguntó Mr. de Secherin.

Quizá mañana. Esta tarde estaba hermosa al ponerse el sol, dijo Gontran, hará un tiempo soberbio: montaremos á caballo á la una, y haremos una caceria de señoritas.

—Yo, prima, soy muy mal ginete para seguir en la caza, os lo advierto.....

—Vos, mi querido Mr. de Secherin, nos acompañaréis en coche con Mad. de Lancry; uno de mis criados que conoce perfectamente el bosque, montará á caballo y os conducirán por las encrucijadas, desde donde podré ver perfectamente la cacería.

—En buena hora..... he aquí una verdadera fiesta, una diversion real, dijo Mr. de Secherin; yo, que nunca he cazado sino con mi guarda bosque y sus podencos..... Lo que es menester es que haga buen tiempo.

—Os aseguro que mañana hará un dia despejado; Mad. de Secherin lo desea mucho. Mañana tendremos un dia delicioso, respondo de ello, dijo Gontran.

Me fué imposible aquella noche hablar en secreto á mi prima; paraba en la misma habitacion que su marido, y dos ó tres veces despues de comer, me pareció que evitaba hallarse conmigo sola. Pasé muy mala noche. Al mal fisico que me atormentaba se unia una gran tristeza.

Senti todo lo mas punzante, lo mas amargo de los celos. En vano quise convencerme de la injusticia, de la exageracion de mis sospechas; en vano me dije que quizá no habia en el fondo de la conducta de Ursula sino una inocente coqueteria, no pude tranquilizarme.

Me propuse observar atentamente en aquel cruel dia á mi prima y á Gontran, y tener al dia siguiente una conversacion seria con ella.

Mi marido no se habia engañado, el dia estaba despejado, un sol resplandeciente de Octubre anunciaba uno de aquellos últimos dias de otoño casi tan hermosos como los del verano.....

Al medio dia salimos para reunirnos en la cacería.





---

## XXX.

### LA CACERIA.

—

Mr. de Lancry habia dispuesto que todos los lacayos se vistiesen la gran librea; desde las ventanas del castillo los vimos salir con los perros al son retumbante de las trompas. Vino por mí y por Mr. de Secherin un carruaje con cuatro caballos.

No insisto en estos pueriles pormenores de opulencia sino por dos razones, porque ví en la espresion de la cara de Ursula, que admiraba tanto como envidiaba aquel aparato de fiesta, contrastaba dolorosamente con mi tristeza.

Esperaba con impaciencia que se presentase Ursula. Ansiaba ver si estaba tan bien á caballo como decia su marido; esperaba que no fuese así; deseaba un accidente peligroso, sino que ocurriese algo que pudiese ridiculizarla á los ojos de Gontran, y la castigase de su presuncion.

Ay! no tuve esta miserable satisfaccion. Cuando mi

prima á caballo se reunió con mi marido, estaba mas linda que nunca.

Nunca he comprendido como los celos «disminuyen» ó desnaturalizan las ventajas de una rival; por el contrario, siempre me las habia exagerado. Ursula estaba tan elegante y graciosa á caballo, que estuve á punto de llorar de enfado.

Todavía la estoy viendo: su vestido de montar era muy lindo, llevaba sombrero de hombre y el cuello de la camisa vuelto sobre una graciosa corbata. Nunca habia visto sus ojos con un azul mas puro, podia haberse dicho que el cielo reflejaba en ellos como en un espejo.

La yegua que montaba con una soltura que me confundió, parecia tenerse por dichosa con el leve peso que llevaba, y andaba con paso tan acompasado, que apenas tocaba la yerba.

Gontran iba en un hermoso caballo de carrera, negro como el ébano, y se habia vestido con todo primor y lujo, lo que me llamó la atención, tanto mas cuanto para ir á cazar siempre se vestia con el mayor desaliño.

Mi prima trató de acercarse al carruaje para hablarme!.... Su yegua, asustada sin duda con mi sombrilla, no quiso arrimarse.

Confieso con vergüenza, que no me desazonó este contratiempo que ponía la habilidad de Ursula en un apuro, pero con gran sorpresa mia, no me atrevo á decir con espanto, frunció sus lindas cejas, alzó el látigo y comenzó á castigar á la yegua.

—Cuidado, señora, no pegueis á «Stella» porque es muy viva, gritó Gontran asustado con la audacia de Ursula.

—No la echeis de valiente, muchacha, te lo suplico, dijo mi primo estendiendo con ansiedad sus dos manos juntas hácia su muger.

Pero esta, con muestras de cólera, dió otro latigazo á «Stella,» la cual se encabritó tan violentamente, que no pude menos de dar un grito.

Ursula, sin intimidarse al parecer, se encorbó sobre

el cuello de «Stella,» cogiéndolo con la mano, con un movimiento tan natural, que parecia no correr riesgo alguno.

—Bravo, prima, bien, gritó Gontran sin poder ocultar su admiracion; ¡qué sangre fria! ¡qué ánimo!

Escitada Ursula con esta aprobacion, quiso vencer la obstinacion de su yegua y obligarla á que se acercase al carruage, lo logró despues de bregar algunos momentos.

Este incidente, que esperaba redundase en contra de mi prima, no sirvió sino para darle nuevo brillo, domó al indócil animal, y lo forzó á permanecer inmediato á nosotros. Entonces gozó de su triunfo y lanzó una brillante mirada á Gontran, como para decirle que su presencia era la que le daba tanto valor.

—Y bien prima, dijo Mr. de Secherin, ¿qué os habia dicho? ¿Es atrevida? Confesad que es un verdadero ginete.

—En verdad, señora, dijo Gontran muy sorprendido, no dejo de admirar vuestra intrepidéz, vuestra gracia. Se olvida el peligro que correis para no pensar sino en admiraros.

—Oh! es tan divertido montar á caballo! dijo naturalmente Ursula, y volviéndose á mí, ¿cómo te privas de un placer tan hechicero? Para nosotras las mugeres, sobre todo, qué felicidad poder, á pesar de nuestra debilidad, amaestrar, domar, dominar un ser que nos mataria mil veces si no se opusiese la habilidad á la fuerza, y una voluntad inteligente á su terquedad brutal.

—Esto es un trozo de la historia de vuestra dominacion en general, dijo Gontran sonriéndose, y nos domais, á nosotros, casi segun los mismos principios y por los mismos medios..... Pero, Dios mio! ¿qué teneis, querida amiga? me dijo Mr. de Lancry viendo la alteracion de mis facciones, porque el triunfo de Ursula y la admiracion que Gontran habia mostrado, me hacian un mal atroz.

—No tengo nada, amigo; el ejemplo de Ursula me anima, y desde mañana quiero montar á caballo.

Jamás habeis tratado de hacerlo, querida amiga, y creo que no tendreis muchas disposiciones, sois muy tímida.....

—Os digo que montaré aun cuando me matase en el acto, dije.

—Bien, bien, hablaremos de eso, me dijo Gontran; pero vámonos al sitio de la caza, porque ya es tarde. Prima, estoy á vuestras órdenes.

—Nos volveremos á ver al momento; adios, Matilde, dijo Ursula saludándome con la mano.

No cometais ninguna imprudencia, mugercita mia; Mr. de Lancry, os la recomiendo, dijo Mr. de Secherin.

—Estad tranquilo, querido primo, dijo mi marido, quien es tan ligera, tan diestra y tan atrevida, nunca arriesga nada.

Ursula y Gontran salieron á galope. Los acompañamos durante algun tiempo. Los seguí con la vista cuanto pude, pero desaparecieron en una calle de árboles tortuosa, por donde no podia pasar el carruage.

Todos estos pormenores parecerán pueriles á los que no conocen las grandes angustias de los celos y las punzantes heridas del amor propio ofendido. Sin embargo, esta escena, tan insignificante en las apariencias, me trastornó de tal modo, que estuve á pique de cometer una accion infame... de denunciar á Mr. de Secherin la conducta de Ursula, y de hacerle participar de mis sospechas contra su muger.

Felizmente la vergüenza contuvo en mis lábios esta terrible confesion. Si mi primo hubiese tenido la menor perspicacia, hubiera adivinado la causa de mi agitacion y de mi inquietud. No le respondia sino como distraída, y algunas veces me entregaba á profundas distracciones, apenas interrumpidas por el ruido de la caceria, que de tiempo en tiempo atravesaba por las largas calles de árboles convergentes al sitio donde íbamos á colocarnos para verla pasar, guiados por uno de los criados de Mr. de Lancry.

Lo que me causaba una impresion profunda, fatal, estraña, era ver de cuando en cuando aparecer rápidamente en el fondo de algun camino sombrío á Gontran y Ursula, siempre juntos. El sonido lejano y melancólico de las trompas que resonaban en el bosque, los ladridos de los

perros me parecian de mal agüero... Ay! la triste disposicion del ánimo cubre con velos de luto los objetos mas alegres, y busca lúgubres presagios en lo que causa la alegria y la embriaguéz de todos...

Mr. de Secherin estaba tan trasportado con el espectáculo nuevo que tenia á la vista, que no notó mi languidez ni mi tristeza; el mal de que me resentia hacia tiempo, se aumentaba mas y mas. A veces sentia temblores raros que atribuia á los nervios. Tenia la cabeza cargada, dolorida y desvanecida.

Acabábamos de llegar y de pararnos en una encrucijada del bosque, cuando Ursula y Gontran se adelantaron rápidamente por una calle transversal. Creia que venian á reunirse con nosotros, y salí del carruage.

En efecto, estuvieron cerca, pero no se detuvieron.

—Matilde, me gritó Ursula pasando con viveza y saludándome con la mano, estoy loca..... embriagada con la caza.

Y con las mejillas coloradas, los ojos brillantes y atrevidos, dió un latigazo á la yegua para que corriese mas.

—El ciervo no durará media hora! nos gritó Gontran, los perros cazan á las mil maravillas..... vá desboscarse.

Echándose sobre el cuello de su caballo, alcanzó á Ursula que se le habia adelantado un poco, y ambos desaparecieron de nuevo.

—Cómo se divierte..... Dios mio! cómo se divierte!... dijo Mr. de Secherin con alegria; pero prima, ¿qué es lo que quiere decir Mr. de Gontran con aquellas palabras «va desboscarse?»

Habia oido bastante á menudo hablar de cacerias á mi marido, para poder responder á la pregunta de Mr. de Secherin.

—Esto quiere decir que el infeliz animal batido en los bosques va á tomar el llano, sus últimas esperanzas de salvarse, despues de lo cual será muerto..... sin piedad.

Me hallaba tan atacada de los nervios, habia por tanto tiempo reprimido mis lágrimas, que, aprovechando por decirlo así, esta ocasion ridicula de entregarme á un acceso de debilidad, me eché á llorar.

—Mr. de Secherin me miró pasmado, y me dijo con interés:

—Dios mio, cómo os contrista la muerte de un ciervo, vos que debeis estar acostumbrada á estas cosas..... Vamos, prima, sed razonable, quizá despues de todo se librará de su mala suerte esa pobre victima!

Los que hayan sufrido un dolor íntimo comprimido, ocultado, no sonreirán de desprecio, cuando diga que respondiéndolo á las últimas palabras de Mr. de Secherin, hice «para mí sola» una especie de alusion á mi propia persona, á fin de poder desahogar un poco en voz alta los disgustos que me oprimian.

Esto es ridículo, muy ridículo! lo sé, pero son felices los que ignoran que el sufrimiento mas punzante es á veces grotesco en su espresion, lo que segun creo, es cúmulo de la tortura moral.....

Respondi á Mr. de Secherin, llorando:

—No, no, la víctima no podrá librarse: ¿qué puede hacer? luchar, ¿no es así? Pero es preciso luchar y le faltan las fuerzas. Durará algun tiempo, no tiene mas remedio que resignarse..... tender el cuello al cuchillo y morir..... sin embargo, la vida le habia parecido agradable..... ¿Pero cómo habia de pensar morir en un tiempo tan hermoso, con este sol.... bello, al sonido de estas trompas y de los gritos de los cazadores? ¿Quién piensa en morir? ¿Para quién es un duelo esta fiesta?..... Pero la victima no mas..... llorará, y se reirán de sus lágrimas, y la matarán sin piedad..... sin piedad!!!

—Es un hecho, dijo Mr. de Secherin casi enternecido, que las pobres vestias lloran en el momento de morir.... pero, escuchad prima, continuó, se dice tambien que los ciervos antes de morir se defienden algunas veces muy bien, y que al morir la víctima tiene al ménos el placer de vengarse.

En mi desacuerdo, respondiéndolo á mi pensamiento, en vez de responder á Mr. de Secherin, me enjugué las lágrimas, lo miré atentamente, y le dije con amarga sonrisa.

—Oh! ¿no es así? ¿la venganza..... la venganza? ¿no

morir débilmente, despreciada, burlada, insultada, hacer á su vez derramar lágrimas á los que se han reído de vuestros dolores, oh! ¿no es así?.... la venganza, la venganza sobre todo! para castigar el insulto..... el insulto vil y miserable..... el insulto que se queda impune..... que se cree impune, por que el honor, la grandeza de un corazón noble impide una innoble delacion..... Oh! esto, esto debe al fin tener un término ¿no es verdad? Sí, teneis razon... la venganza.

—Ah!... prima, dijo Mr. de Secherin conteniendo apenas su gana de reir, ¿cómo quereis que se insulte á un ciervo, y que piense en vengarse?

Miré á Mr. de Secherin: no lo habia comprendido.

Al cabo de algunos momentos volví en mí y le dije.

—Perdonad, perdonad, querido primo, estoy loca, teneis razon, mi sensibilidad me ha trastornado.

—Asi lo creo, hablábais de ese pobre ciervo como si fuera una persona..... Pero volvamos á andar. ¿Ois qué bien suena allá abajo la trompa? Efectivamente la caza es una diversion de reyes.

Eché á andar el carruage.

Me aproveché de este movimiento para entregarme sin reserva á las mas amargas reflexiones. Me figuraba á Gontran y á Ursula marchando al paso uno cerca de otro, dejando sus caballos ir á la ventura por las interminables calles de árboles tapizadas de yerba, y sombreadas por el follage del otoño.....

Felices los amantes que gozan con ardor de este templado dia, de este lujo real, de esta vida festiva, pensando en un porvenir mas embriagante aun, diciéndose tiernas palabras de amor, y cambiándose grandes y ardientes miradas..... Qué rabia!..... qué dolor!..... qué tormento!..... Y yo..... yo..... estoy aquí destrozada, afrentada, olvidada, burlada, porque ellos se burlan, se rien de mí..... de mí que me paseo sosegadamente con este marido á quien se ultraja, á quien se engaña..... Y soy yo..... yo la que he dado á este hombre y casi deshonorado el castillo donde corte-

ja á mi rival, el lujo con que la deslumbra, los placeres con que se embriaga!

Al cabo de media hora, envió Gontran uno de sus criados á prevenirnos que el ciervo habia sido cogido cerca de un estanque, pero que el camino para ir á él era tan malo, que los carruages no podian pasarlo, y que volviese al castillo donde se nos reuniria con Mad. de Secherin.

Llegamos á Maran pocos momentos antes que Ursula y Gontran. Despues de habernos vestido para comer, entramos en el salon, donde estaban mi prima, mi marido y Mr. de Secherin. En la mesa hizo los mayores elogios del valor y la habilidad de Ursula, la cual añadió no haber nunca disfrutado de un placer mas vivo.

Mi prima estuvo mas alegre que el dia anterior, parecia cuidarse poco de conservar á mis ojos sus apariencias melancólicas. Aceptó resueltamente algunos brindis á mi salud que le propuso Gontran, y bebió, sin hacerse mucho de rogar, varios vasos de vino de Champagne con grande admiracion de Mr. de Secherin, que no cesaba de decir.

—Mi muger es un verdadero demonio.

Despues de comer se debia hacer el destrozo del ciervo en el pátio del castillo, iluminado con ese objeto. Gontran habia querido reservar este sangriento espectáculo á Mad. de Secherin.

A eso de las nueve tocaron los picadores algunas sonatas. Fuimos á una azotea que daba al pátio.

Los hachones que tenian nuestros criados de gran librea daban una claridad rojiza al edificio, una parte del cual estaba oscuro del todo. Esto me pareció de mal agüero.

Concluida toda la sangrienta operacion, me dejé caer sobre una silla que estaba junto á una ventana medio oculta por las cortinas. Miraba maquinalmente el reflejo de las luces de los hachones que se iban apagando, cuando ví que Gontran abrazó á Ursula por la cintura, y arrimó sus labios á la mejilla de mi prima, á pesar de alguna ligera resistencia por parte de ella.

En toda mi vida olvidaré lo que sentí en aquel momento; por una estraña fatalidad, el dolor mas atroz que



habia sentido en mi vida me reveló, por decirlo así, la alegría mas inmensa que habia conocido.....

No sé por qué fenómeno, el golpe que sentí fué tan violento, que al mismo instante un temblor profundo..... me enteró súbitamente de la causa del achaque ó dolencia que sufría hacia algun tiempo..... «Conocí que era MADRE.»

Esta doble impresion de embriagante alegría y de espantosa desgracia fué tal, que por un momento creí que mi cabeza iba á trastornarse.

En medio de mi desaliento, me levanté maquinalmente, atravesé el salon, me encerré en mi habitacion, é hincándome de rodillas, no pude decir mas que estas palabras.

—Dios mio! tú me has oido, no puedo ser ya desgraciada. En el instante en que iba á morir de dolor, me has enviado una esperanza inefable!

—No habia visto á Blondeau, que estaba en mi alcoba.

—Gran Dios! ¿señora qué teneis? dijo.

Sin responderle le mostré la puerta de la habitacion.

—Quiero estar sola; cierra esa puerta, déjame, vé á decir que quiero estar sola.

Salió Blondeau, fué á prevenir á Mr. de Lancry que estaba indispuesta, y que queria estar sola.

Lo quedé en efecto para meditar.

No podia dudar de la infidelidad de mi marido..... y era madre.....

... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...

... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...

... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...

... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...

... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...  
 ... de la ...

# INDICE DEL TOMO PRIMERO.

## INTRODUCCION.

PAGINA.

CAPITULO	I.	El café de Lebeuf . . . . .	5
	II.	La carta . . . . .	15
	III.	Las averiguaciones. . . . .	25
	IV.	La cita. . . . .	37
	V.	El coronel Ulrik. . . . .	47

## PARTE PRIMERA.

### MIS PRIMEROS AÑOS Y MI ENTRADA EN EL MUNDO.

CAPITULO	I.	La señorita de Maran . . . . .	1
	II.	El protector . . . . .	13
	III.	El consejo de familia . . . . .	24
	IV.	Una amiga de la infancia. . . . .	37
	V.	Primera comunión . . . . .	47
	VI.	La entrada en el mundo. . . . .	54
	VII.	El baile. . . . .	60
	VIII.	La presentacion . . . . .	67
	IX.	El dia siguiente del baile . . . . .	79
	X.	La ópera . . . . .	85
	XI.	La declaracion. . . . .	94
	XII.	La carta . . . . .	104
	XIII.	La entrevista. . . . .	113
	XIV.	Justificacion . . . . .	126
	XV.	La visita . . . . .	135
	XVI.	Mr. y Mad. Secherin . . . . .	147
	XVII.	La confesion . . . . .	156
	XVIII.	La carta . . . . .	163
	XIX.	Mr, de Mortagne. . . . .	172

**PART E SEGUNDA.**

**EL CASAMIENTO.**

CAPITULO	I.	La retirada.	185
	II.	La partida . . . . .	194
	III.	La visita de boda . . . . .	204
	IV.	Mr. de Lugarto . . . . .	211
	V.	La princesa de Ksernika. . . . .	222
	VI.	La señora de Maran. . . . .	230
	VII.	El baile por la mañana. . . . .	237
	VIII.	La cena. . . . .	255
	IX.	La esplicacion . . . . .	260
	X.	El billete . . . . .	272
	XI.	La entrevista . . . . .	279
	XII.	La declaracion. . . . .	293
	XIII.	El reto . . . . .	300
	XIV.	Esplicacion. . . . .	306
	XV.	Una visita . . . . .	328
	XVI.	El camino . . . . .	340
	XVII.	Revelaciones . . . . .	353
	XVIII.	Castigo . . . . .	364
	XIX.	Las despedidas. . . . .	376
	XX.	La familia Secherin . . . . .	393
	XXI.	La carta. . . . .	407
	XXII.	Por la noche se reflexiona . . . . .	420
	XXIII.	La suegra y la nuera. . . . .	438
	XXIV.	Vuelta y partida . . . . .	449
	XXV.	El castillo de Maran . . . . .	457
	XXVI.	La vida del castillo . . . . .	458
	XXVII.	Una buena obra . . . . .	467
	XXVIII.	Emma . . . . .	478
	XXIX.	Las dos amigas. . . . .	495
	XXX.	La caceria . . . . .	507

